

# El Martillo de Lucifer



Niven, Larry

Produced by calibre 0.6.13

# **El Martillo de Lucifer**

**Larry Niven**

# CENSO DE PERSONAJES

Timothy Hamner, astrónomo aficionado.

Arthur Clay Jellison, senador de Estados Unidos, de California.

Maureen Jellison, hija del anterior.

Harvey Randall, productor y director de la emisora de TV NBS.

Señora Loretta Stewart Randall.

Barry Price, Ingeniero supervisor, Proyecto nuclear San Joaquín.

Dolores Munson, secretaria ejecutiva de Barry Price.

Eileen Susan Hancock, ayudante de dirección de «Suministros para instalaciones sanitarias Corrigan», de Burbank.

Leonilla Alexandrovna Malik, doctora en medicina y cosmonauta.

Mark Czescu, motociclista.

Gordon Vanee, presidente de un banco y vecino de Harvey Randall.

Andy Randall, hijo de Harvey Randall.

Charlie Bascomb, cámara.

Manuel Arguñéz, técnico de sonido.

Doctor Charles Sharps, científico planetario y director de proyecto, Laboratorios de propulsión a reacción, Instituto de Tecnología de California.

Penelope Joyce Wilson, diseñadora de modas.

Fred Lauren, condenado por delitos sexuales.

Coronel John Baker, Astronauta de la Fuerza Aérea de Estados Unidos.

Harry Newcomber, cartero. Servicio Postal de los Estados Unidos.

Señora Dora Cox, ama de casa y esposa del capataz del rancho del senador Jellison.

George Christopher, ranchero, vecino del senador Jellison.

Alice Cox, escolar y amazona.

Joe Corrigan, propietario de «Suministros para instalaciones sanitarias»

Alim Nassor, anteriormente George Washington Carver Davis, antiguo líder político.

Harold Davis, hermano natural de Alim Nassor.

El reverendo Henry Armitage.

Doctor Dan Forrester, miembro del grupo técnico, JPL.

Teniente coronel Rick Delanty, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, astronauta.

Señora Gloria Delanty.

Brigadier Pieter Jakov, cosmonauta.

Frank Stoner, motociclista.

Joanna McPherson, compañera de cuarto de Mark Czescu.

Colleen Darcy, cajero de un banco.

General Thomas Bambridge, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, Comandante en jefe, Mando Aéreo Estratégico.

John Kim, secretario de prensa del alcalde de Los Angeles.

El ilustrísimo Bentley Allen, alcalde de Los Angeles.

Eric Larsen, patrullero de Burbank.

Joe Harris, investigador de Burbank.

Guardianes del Cometa, grupo religioso del sur de California.

Mayor Bennet Rosten, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, comandante del escuadrón de civiles armados para prestar servicios de emergencia.

Señora Marie Vanee, esposa de Gordon Vanee.

Harry Stimms, comerciante del ramo automovilístico, Tujunga, California.

Cabo del Ejército Roger Gillings.

Sargento del Ejército Thomas Hooker.

Marty Robbins, ayudante y vigilante de Tim Hamner.

Jason Gillcuddy, escritor.

Hugo Beck, propietario de una comuna en las estribaciones de Sierra Alta.

## PROLOGO

Antes de que el sol ardiera, antes de que los planetas se formaran, existían el caos y los cometas.

El caos era una condensación local en el medio interestelar. Su masa era lo bastante grande para que sus componentes se atrajeran, sostuvieran y condensaran más. Se formaron remolinos. Partículas de polvo y gas congelado fueron arrastradas por la corriente, entraron en contacto y se unieron. Se formaron copos, y luego bolas dispersas de gases helados. La vorágine prevaleció durante una inmensidad de tiempo, ocupando la quinta parte de un año luz. El centro se contrajo todavía más. Remolinos locales, que giraban frenéticamente cerca del centro de la borrasca cósmica, se desgajaron para formar planetas.

Se formó una especie de nube de nieve, lejos del torbellino. Los hielos unieron aquel enjambre; pero lenta, muy lentamente, sólo unas pocas moléculas a la vez. Metano, amoníaco, dióxido de carbono... y, a veces, objetos más densos que chocaban con la masa y se empotraban en ella. Así pues, contenía rocas y hierro. Ahora era una sola masa estable. Se formaron otros hielos y sustancias químicas que sólo podían ser estables en el frío interestelar.

Su extensión era de unos seis kilómetros cuando sobrevino el desastre. El fin fue súbito. En unos cincuenta años, un parpadeo en su existencia, el centro del torbellino se desintegró. Ardió un nuevo sol, tremendamente brillante.

En aquella llamarada infernal destellaron miríadas de cometas que se convirtieron en vapor. Los planetas perdieron sus atmósferas. Un gran viento de presión lumínica arrebató al sistema interno todo el gas disperso y el polvo, y lo lanzó a las estrellas.

Apenas era perceptible. Estaba doscientas veces más alejado del sol que el recientemente formado

planeta Neptuno. El nuevo sol no era más que una estrella con un brillo fuera de lo corriente, que ahora disminuía gradualmente.

Abajo, en el remolino, había una actividad frenética. Gases hirvientes abandonaban las rocas del sistema interior. Sustancias químicas complejas se formaban en los mares del tercer planeta. Innumerables huracanes barrían la superficie y el interior de los gigantescos mundos gaseosos. Los mundos internos jamás conocerían la calma.

La única calma auténtica se encontraba al borde del espacio interestelar, en el halo, donde millones de cometas, extendidos en una delgada capa, cada uno tan alejado de su hermano más próximo como la Tierra lo está de Marte, navegan para siempre a través del frío y negro vacío.

Ahí, su interminable sueño tranquilo podría durar miles de millones de años... pero no eternamente.

Nada dura eternamente.

## **Primera parte – EL YUNQUE**

*Hasta los mismos dioses luchan en vano contra el aburrimiento.*

Nietzsche

## **ENERO: EL PORTENTO**

*Se han marchitado los laureles de nuestro país y los meteoros hacen que se oculten de espanto las estrellas fijas en el cielo. La Luna, de pálido rostro, lanza resplandores sangrientos sobre la tierra, y los profetas de semblante escuálido cuchichean anuncios de cambios terribles. Signos son éstos que presagian la muerte o la caída de los reyes.*

William Shakespeare, *El rey Ricardo II*

El Mercedes azul ingresó en el amplio camino circular de la mansión de Beverly Hills exactamente a las seis y cinco. Era muy comprensible que Julia Sutter se quedara sorprendida.

—¡Dios mío, George, si es Tim! Y a la hora en punto.

George Sutter se aproximó a la ventana, donde estaba ella. Sí, aquel era el coche de Tim. Soltó un gruñido y volvió al bar. Las fiestas de su mujer eran siempre acontecimientos importantes, y él no comprendía que, después de varias semanas de cuidadosa preparación, Julia temiera tanto que nadie se presentase. Era una psicosis tan familiar que debería existir un nombre con que designarla.

Pero allí estaba Tim Hamner, y puntual. Aquello era extraño. La fortuna de Tim se remontaba a la tercera generación. Una fortuna antigua, según el criterio de Los Angeles, y una fortuna muy considerable. Tim sólo acudía a las fiestas cuando le apetecía.

El arquitecto de los Sutter había sido un entusiasta del hormigón. La casa tenía muros y ángulos cuadrados, y en los jardines había estanques de formas irregulares, suavemente curvadas. No era una arquitectura extraña para Beverly Hills, pero sorprendía a los visitantes del Este. A la derecha había un chalet en el estilo tradicional de Monterrey, de estuco blanco y rojos tejados, y a la izquierda un castillo normando trasplantado a California como por arte de magia. La mansión de los Sutter estaba situada a una buena distancia de la calle, de modo que parecía divorciada de las altas palmeras que los prohombres municipales habían decretado para aquella zona de Beverly Hills. Un largo camino curvo conducía a la casa. En el porche, ocho diligentes jóvenes, con chaquetas rojas, se ocupaban del aparcamiento.

Hamner dejó el motor en marcha y bajó del coche. Sonó el dispositivo que advertía de que había dejado puesta la llave de contacto. De ordinario, Tim habría soltado una maldición, pero esta vez ni se dio cuenta. Sus ojos tenían una expresión soñadora. Dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta y luego deslizó la mano en su interior. El joven encargado del aparcamiento vaciló. Normalmente, la gente no daba propina hasta que se iba. Hamner echó a andar, con su expresión soñadora, y el muchacho se marchó con el vehículo.

Hamner volvió la cabeza para mirar a los jóvenes de las chaquetas rojas y se preguntó si alguno de ellos estaría interesado por la astronomía. Casi siempre eran estudiantes de la UCLA o la Universidad de Loyola. Tal vez... Decidió que no, aunque de mala gana, y entró en la casa, llevándose de vez en cuando la mano al bolsillo para hacer crujir el telegrama entre sus dedos.

Las grandes puertas dobles daban a una enorme área que abarcaba toda la casa. Amplios arcos, bordeados de ladrillo rojo, separaban la entrada del resto de la casa: una mera sugerencia de paredes entre estancias. El suelo, continuo en todo el amplio espacio, estaba compuesto por baldosas marrones con brillantes dibujos incrustados. De más de doscientos invitados que se esperaban, menos de una docena se agrupaban cerca del bar. Su conversación era animada y alegre, en un tono más alto de lo necesario. Parecían aislados en aquel espacio vacío, sólo ocupado por todas aquellas mesas con velas y manteles lujosos. Había casi tantos sirvientes uniformados como invitados. Hamner no observó nada de esto. Estaba acostumbrado a ello desde niño.

Julia Sutter se apartó del pequeño grupo de invitados y se acercó rápidamente a él. La piel que rodeaba sus ojos estaba tensa, pues se había sometido a una operación de cirugía estética y el rostro parecía más joven que las manos. Hizo ademán de besar a Tim, pero apenas le rozó la mejilla.

—¡Tim, cuánto me alegro de verte! — exclamó, y en seguida observó la radiante sonrisa de él. Retrocedió un poco y entornó los ojos-. Por Dios, Tim, ¿qué has estado fumando? — le preguntó en un tono de fingida inquietud que encubría una preocupación real.

Tim Hamner era alto y huesudo. Apenas un indicio de barriga rompía la estilización de sus líneas. Su largo rostro parecía hecho a propósito para reflejar melancolía. La familia de su madre había sido propietaria de un negocio muy rentable que ofrecía servicios de inhumación y depósito de cadáveres, y aquello se notaba. Pero aquella noche su rostro ostentaba la mejor de sus sonrisas, y había una extraña luz en sus ojos.

—¡El cometa Hamner-Brown!

Julia le miró fijamente.

—¿Cómo dices?

Aquello no tenía sentido. Los cometas no se fuman. Trató de descifrar las palabras de Tim mientras dirigía una mirada a su marido para ver si ya estaba tomando la segunda copa, y luego otra a la puerta. Se preguntó cuándo llegarían los demás. Las invitaciones habían sido explícitas. Los invitados importantes solían llegar temprano y no podían quedarse hasta muy tarde...

Oyó el ruido de un potente vehículo en el exterior y, a través de las estrechas ventanas que enmarcaban la puerta, vio a media docena de personas que bajaban de una limosina negra. Tim tendría que cuidar de sí mismo. Julia le dio unas palmaditas en el brazo al tiempo que decía:

—Eso está muy bien, Timmy. ¿Quieres perdonarme, por favor?

Le dirigió una sonrisa cálida pero apresurada y se marchó.

Si aquello molestó a Tim, no hubo signo alguno que lo mostrara. Se dirigió al bar, lentamente, mientras Julia iba a recibir a su invitado más importante, el senador Jellison, con todo su séquito. El senador siempre llevaba a alguien consigo, tanto familiares como ayudantes administrativos. Cuando Tim llegó al bar, su sonrisa seguía siendo resplandeciente.

—Buenas noches, señor Hamner.

—Buenas son, en efecto. Esta noche ando sobre nubes rosas. Felicítame, Rodrigo. ¡Van a darle mi nombre a un cometa!

Michael Rodríguez, que estaba colocando vasos detrás de la barra, estuvo a punto de dejar caer uno.

—¿Un cometa?

—Exactamente. El cometa Hamner-Brown. Se acerca, Rodrigo, puedes verlo... Será alrededor de junio,



semana más o menos.

Hamner se sacó el telegrama del bolsillo y lo abrió con un solo movimiento rápido de la mano.

—No lo veremos desde Los Angeles -dijo Rodríguez, riendo-. ¿Qué le sirvo esta noche?

—Whisky con hielo. Puede que lo veas. Podría ser tan grande como el cometa Halley.

Hamner cogió el vaso y miró a su alrededor. Había un grupo alrededor de George Sutter. Aquella aglomeración atrajo a Tim como un imán. Agarró el telegrama con una mano y el vaso con la otra, mientras Julia iba presentando a los recién llegados.

El cuerpo del senador Arthur Clay Jellison era una especie de mole, más musculoso que grueso. Era voluminoso, alegre y tenía espesos cabellos blancos. Resultaba muy fotogénico, y la mitad de la población del país le hubiera reconocido. Su voz sonaba exactamente como en la televisión, resonante, envolvente, de modo que cualquier cosa que dijera adquiriría una misteriosa importancia.

Maureen Jellison, la hija del senador, tenía largos cabellos rojizos y la piel muy blanca. Su belleza habría intimidado a Tim en cualquier otra velada. Pero aquella noche no.

Por fin Julia Sutter se dirigió de nuevo a él.

—¿Qué me decías acerca de un...?

—¡El cometa Hamner-Brown! —exclamó Tim mostrando el telegrama-. ¡El observatorio de Kitt Peak ha confirmado mi observación! ¡Es un cometa auténtico, mi cometa, y van a ponerle mi nombre!

Maureen Jellison enarcó ligeramente las cejas. George Sutter vació su vaso antes de hacer la pregunta elemental:

—¿Quién es ese Brown?

Hamner se encogió de hombros. Un poco del líquido de su vaso, todavía sin probar, se derramó sobre la alfombra, y Julia frunció el ceño.

—Nadie ha oído jamás hablar de él -explicó Tim-, pero la Unión Astronómica Internacional afirma que su observación del cometa ha sido simultánea.

—En ese caso, lo que posees es la mitad de un cometa -dijo George Sutter.

Tim se echó a reír con toda naturalidad.

—El día que poseas medio cometa, George, te compraré todos esos bonos que tanto te empeñas en venderme. Y te pagaré todo lo que bebas por la noche.

Terminó su whisky de un par de tragos, en el mismo momento que perdía a su audiencia. George volvía al bar. Julia tomaba al senador Jellison del brazo y le conducía al encuentro de nuevos invitados, seguidos de cerca por los ayudantes administrativos del político.

—Medio cometa es mucho -dijo Maureen Jellison, la única que no se había movido. Tim Hamner se volvió hacia ella-. Dime, ¿cómo puedes ver algo a través de esa atmósfera tan contaminada?

Por el tono de su voz y la expresión de su rostro parecía interesada. Podría haberse marchado con su padre, pero allí estaba. Tim sentía el calorillo del licor en la garganta y el estómago. Empezó a hablar a la muchacha de su observatorio en la montaña, que estaba a muchos kilómetros después del monte Wilson, pero lo bastante alejado, en las montañas de Los Angeles, para que las luces de Pasadena no estropearan la visión. Allí tenía víveres y un ayudante, y pasaba las noches de meses enteros observando el cielo, siguiendo la trayectoria de asteroides conocidos y de las lunas exteriores, haciendo que su vista y su memoria se familiarizaran con el territorio estelar, buscando siempre el punto luminoso que no debería estar allí, la anomalía que...

Maureen Jellison tenía la mirada inequívocamente vidriosa, y Tim se interrumpió.

—Oye, ¿no te estoy aburriendo? – le preguntó.

—No, no -se apresuró ella a responder-. Perdona. Ha sido sólo... una idea que me ha pasado por la cabeza.

—Sé que a veces me entusiasmo demasiado.

Ella sonrió y meneó la cabeza, haciendo ondear su magnífica cabellera rojiza.

—No, de veras me interesa lo que dices. Papá es miembro del subcomité financiero para la ciencia y la astronáutica. Le gusta la ciencia pura, y me ha contagiado sus preferencias. Estaba pensando que... Eres un hombre que sabe lo que quiere y lo ha encontrado. – De súbito se puso muy seria y añadió: No son muchos los que pueden decir lo mismo.

Tim se rió, azorado. Todavía no estaba acostumbrado al éxito.

—¿Qué puedo hacer para que se repita ese elogio?

—Eso es, exactamente -replicó ella-. ¿Qué ocurre cuando uno se ha paseado por la luna y luego, de repente, cancelan el programa espacial?

—Pues... no lo sé. Creo que a veces tienen problemas...

—No te preocupes por eso -dijo Maureen-. Ahora estás en la luna. Disfrútalo.

El viento cálido y seco conocido como Santa Ana barrió las colinas de Los Angeles, limpiando a la ciudad de humo y niebla. Al caer la tarde, las luces titilaron con una brillantez desusada. Los

ocupantes del Coronado verde que corría con las ventanillas abiertas disfrutaban del agradable clima veraniego en pleno enero. Eran Harvey Randall y su esposa Loretta. Cuando llegaron a la casa de Sutter, Harvey entregó el coche al sirviente de chaqueta roja y aguardó, mientras Loretta componía su sonrisa, antes de cruzar las grandes puertas de entrada.

Les esperaba la habitual escena multitudinaria de una fiesta en Beverly Hills. Un centenar de personas diseminadas entre las mesitas y otro centenar dividido en grupos. En un ángulo, unos mariachis tocaban una alegre música de fondo, y el cantante, a pesar de que no tenía micrófono, se desenvolvía bastante bien, informando a todo el mundo sobre el estado de su corazón. Los recién llegados saludaron a sus anfitriones y se separaron. Loretta encontró en seguida alguien con quien conversar, y Harvey localizó el bar buscando la mayor aglomeración de gente. Recogió dos gintonics mientras fragmentos de conversación rebotaban a su alrededor.

—Le tenemos prohibido que pise la alfombra blanca, y él obedece. El otro día tenía al gato inmovilizado en medio de la alfombra y él recorría su perímetro una y otra vez, como un centinela...

—...una chica preciosa sentada delante de mí, en el avión. Un verdadero bombón, aunque todo lo que podía verle era la cabellera y la parte posterior de la cabeza. Estaba pensando en la manera de entrar en contacto con ella cuando se volvió y dijo: «¡Tío Pete! ¿Qué estás haciendo aquí?»

—...¡Ya lo creo que es una gran ayuda! Cuando llamo y digo que soy el concejal Robbins, todos los caminos se allanan. Ni uno de mis clientes ha perdido una buena opción desde que el alcalde me nombró.

Aquellos retazos de conversación se quedaban grabados en la mente de Harvey Randall. No podía evitar prestarles atención, ni tampoco quería evitarlo: era una deformación profesional, propia de su trabajo en una emisora de televisión. La gente le fascinaba. Le hubiera gustado saber las reacciones que aquellas frases despertaban en otras mentes.

Miró a su alrededor, en busca de Loretta, pero ella era demasiado baja para destacar entre aquella muchedumbre. En cambio vio la cabeza de Brenda Tey, inconfundible por su peinado alto y el color del pelo, de un rojo anaranjado poco convincente. Era la mujer que había hablado con Loretta antes de que Harvey se dirigiera al bar, y él empezó a abrirse camino entre el mar de brazos que sostenían vasos con bebidas.

—¡Veinte mil millones de dólares y todo lo que conseguimos es un montón de piedras! — oyó decir a alguien—. Esos cohetes inmensos no son más que miles de millones tirados al agua. ¿Por qué gastar todo ese dinero en aventuras espaciales cuando podríamos ser...?

—No digas tonterías -le interrumpió Harvey.

George Sutter se volvió, sorprendido.

—Oh, hola, Harv. Ocurrirá lo mismo con esa lanzadera espacial, ni más ni menos. Dinero y más dinero tirado por la ventana.

—Está usted muy equivocado -terció una voz clara, dulce y penetrante, que interrumpió la perorata de George, reclamando atención. George se detuvo a mitad de la frase.

Harvey descubrió a una pelirroja espectacular, con un atrevido vestido de noche verde, que sostuvo su mirada e hizo que él la apartara primero.

—¿Está usted de acuerdo en que dice tonterías? — preguntó Harvey sonriente.

—He dicho, con un poco más de tacto, que está equivocado -replicó ella, devolviéndole la sonrisa. Entonces volvió al ataque-: Señor Sutter, la NASA no invirtió el dinero del Apolo en maquinaria, sino que pagamos la investigación para construirla, y todavía tenemos los resultados. El conocimiento no se tira al agua. En cuanto a la lanzadera espacial, es el precio por llegar allí donde realmente podemos aprender cosas, y en este aspecto no puede considerarse un precio excesivo...

Un pecho y un hombro de mujer se restregaron juguetonamente contra el brazo de Harvey. No podía ser otra que Loretta, y lo era, en efecto. El le ofreció la bebida. Su propio vaso estaba semivacío. Cuando Loretta empezó a hablar, Harvey le hizo un gesto para que se callara, un poco más rudamente de lo que solía, e ignoró la expresión de protesta de la mujer.

La pelirroja conocía sus posibilidades. Si el razonamiento sutil y la lógica bastaban para vencer en una discusión, ella vencía. Pero tenía muchos más recursos: atraía las miradas de todos los hombres y tenía un lento acento sureño que infundía importancia a cada palabra, y una voz tan pura y musical que toda interrupción parecía fuera de lugar.

La desigual contienda finalizó cuando George descubrió que su vaso estaba vacío y, con visible alivio, se dirigió al bar. Sonriendo con expresión de triunfo, la muchacha se volvió hacia Harvey, y él la felicitó con un movimiento de cabeza.

—Soy Harvey Randall. Le presento a mi esposa, Loretta.

—Maureen Jellison. Es un placer. — Frunció ligeramente el ceño-. Ahora recuerdo. Usted fue el último reportero estadounidense en Camboya. — Estrechó las manos que le tendían Harvey y Loretta-. ¿No derribaron allí su helicóptero?

—Sí, dos veces -dijo Loretta con orgullo-. Harvey sacó al piloto, un muchacho de la Fuerza Aérea. Las líneas enemigas cubrían casi cien kilómetros.

Maureen asintió gravemente. Era quince años más joven que los Randall, y parecía muy dueña de sí misma.

—Y ahora está aquí. ¿Son de esta región?

—Yo sí -dijo Harvey-. Loretta es de Detroit...

–De Grosse Pointe -terció Loretta de manera automática.

–...pero yo nací en Los Angeles. – Harvey nunca podía decir la verdad exacta cuando se refería a Loretta-. La verdad es que los naturales de la región somos escasos.

–¿Y ahora a qué se dedica? – preguntó Maureen.

–Documentales. Noticiarios, principalmente.

–Ya sé quién es usted -dijo Loretta con cierto tono admirativo-. Acabo de conocer a su padre, el senador Jellison.

–Así es. – Maureen pareció pensativa, y luego mostró una amplia sonrisa-. Oiga, si usted se dedica a difundir noticias, hay alguien a quien debe conocer. Se llama Tim Hamner.

Harvey frunció el ceño. El nombre le era familiar, pero no lograba situarlo.

–¿Por qué?

–¿Hamner? – preguntó Loretta a su vez-. ¿Un hombre joven que sonríe de una manera inquietante? – Se echó a reír-. Parece un adolescente que ha empuinado un poco el codo. No deja hablar a nadie. Posee medio cometa.

–Ese es él -dijo Maureen. Su sonrisa hizo que Loretta sintiera que formaba parte de una conspiración.

–También posee mucho jabón -dijo Harvey.

Ahora fue Maureen quien pareció desconcertada.

–Acabo de recordarlo -explicó Harvey-. Ese muchacho heredó la empresa de jabones Kalva.

–Puede ser, pero está más orgulloso del cometa -dijo Maureen-. No le culpo de ello. Mi querido y viejo padre pudo haber llegado a presidente de la nación en una oportunidad, pero jamás estuvo cerca del descubrimiento de un cometa. – Recorrió la estancia con la mirada hasta que descubrió a su objetivo-. El hombre alto que lleva un traje blanco y marrón. Lo conocerá por su sonrisa. Acérquese a él y se lo dirá todo.

Harvey notó que Loretta le tiraba del brazo, y a regañadientes se apartó de Maureen. Cuando volvió la cabeza, alguien se había llevado a la muchacha. Fue a buscar otras dos copas.

Como de costumbre, Harvey Randall bebió en exceso y se preguntó por qué asistía a las fiestas. En el fondo conocía la respuesta: para Loretta constituían una forma de participar en la vida de su marido. A ella no le gustaban los viajes de Harvey para recoger datos. El único intento de llevarla de excursión con su hijo había sido un desastre. Cuando iba con él para el rodaje de exteriores quería alojarse en los

mejores hoteles, y cuando acudía a los pequeños bares y lugares de encuentro preferidos por Harvey, le costaba mucho ocultar su desagrado.

Pero Loretta se encontraba a gusto en fiestas como aquella. Sí, aquella fiesta había sido especialmente grata. Incluso logró sostener una conversación privada con el senador Jellison. Harvey la dejó con el senador y fue en busca de más bebida.

—Poca ginebra, Rodríguez, por favor.

El camarero sonrió y mezcló el brebaje sin hacer ningún comentario. Harvey permaneció de pie con los vasos en las manos. Tim Hamner estaba solo en una de las mesitas. Miraba a Harvey, pero su expresión era nebulosa y no veía nada. Su sonrisa parecía congelada. Harvey cruzó la estancia y se dejó caer en la otra silla, ante la mesa de Tim.

—¿El señor Hamner? Soy Harvey Randall. Maureen Jellison me ha dicho que debo llamarle «cometa».

El rostro de Hamner se iluminó. Su sonrisa pareció ensancharse más, si eso era posible. Se sacó un telegrama del bolsillo y lo agitó.

—¡Correcto! La observación ha sido confirmada esta tarde. Es el cometa Hamner-Brown.

—No vaya tan deprisa, que no le sigo.

—¿Ella no le ha dicho nada? ¡Bien! Soy Tim Hamner, astrónomo. Bueno, no soy profesional, pero mi equipo sí lo es. Y de todos modos me dedico a eso. Soy astrónomo aficionado. Hace una semana descubrí una mancha luminosa no lejos de Neptuno. Una luz muy débil, pero no tenía que estar allí. Seguí observándola y comprobé que se movía. La estudié durante el tiempo suficiente para asegurarme, y luego redacté un informe. Es un cometa nuevo. Kitt Peak acaba de confirmarlo. La Unión Astronómica Internacional le pone mi nombre... y el de Brown.

Por un instante, la envidia sacudió con violencia a Harvey Randall. Fue una sensación fugaz que desapareció con la misma rapidez. Él hizo que desapareciera, empujándola al fondo de su mente, donde más tarde pudiera recogerla y analizarla. Estaba avergonzado. Pero sin aquella sensación, su primera pregunta hubiera sido más discreta.

—¿Quién es Brown?

La expresión de Hamner no varió.

—Gavin Brown es un muchacho de Centerville, Iowa. El mismo montó su telescopio. Comunicó el descubrimiento del cometa al mismo tiempo que yo. La Unión Astronómica lo considera una observación simultánea. Si no hubiera esperado para asegurarme... -Hamner se encogió de hombros y prosiguió:- Llamé a Brown esta tarde. Le he enviado un pasaje de avión, pues quiero verle. No quería venir, hasta que le prometí enseñarle el observatorio solar en el monte Wilson. ¡Eso es lo único que en realidad le interesa! ¡Manchas solares! ¡Descubrió el cometa por casualidad!

–¿Cuándo veremos ese cometa? – preguntó Harvey-. Mejor dicho, ¿será visible?

–Es demasiado pronto para decirlo. Espere un mes. Siga las noticias.

–Yo no tengo que seguir las noticias, sino encontrarlas. Y esto podría ser una noticia. Dígame más.

Hamner estaba deseoso de decirle cuanto quisiera. Habló y habló, mientras Harvey asentía con una sonrisa cada vez más ancha. ¡Magnífico! No era necesario saber lo que significaban todas aquellas palabras para comprender que el equipo era caro, y probablemente fotogénico, por añadidura. Un equipo costoso y complicado. El chico con una aguja curvada por anzuelo y una vara de mimbre por caña había capturado un pez tan gordo como el millonario.

–Señor Hamner, si este cometa mereciese que le dediquemos un documental...

–Sí, es posible. El descubrimiento podría ser importante. Hasta qué punto tienen importancia los astrónomos aficionados...

¡Había mordido el anzuelo!

–Lo que iba a preguntarle es si, en el caso de que podamos hacer un documental sobre el cometa, la firma de jabones Kalva estaría dispuesta a patrocinarlo.

El cambio que se operó en Hamner fue sutil pero evidente. Al instante Harvey sospesó la opinión que aquel hombre le merecía. Hamner tenía mucha experiencia con las personas que iban detrás de su dinero. Podía ser un exaltado, pero no era tonto.

–Dígame, señor Randall, ¿no hizo usted aquel programa sobre el glaciar de Alaska?

–Llámeme Harvey. Sí, en efecto.

–Fue malísimo.

–Desde luego -convino Harvey-. El patrocinador insistió en dirigir el asunto. Se hizo con el control, lo mantuvo y así salieron las cosas. Yo no he heredado la mayor parte de las acciones de una gran empresa.

Al infierno contigo, señor Timothy Cometa Hamner, se dijo Harvey para sus adentros.

–Yo sí los he heredado. Y valdría la pena hacerlo... Usted también realizó el documental sobre la presa de la Puerta del Infierno, ¿no es así?

–En efecto.

–Ese sí que me gustó.

–A mí también.

–Bien. – Hamner meneó la cabeza varias veces-. Mire, podría valer la pena patrocinar este documental. Aunque el cometa nunca llegue a ser visible, a pesar de que yo creo que lo será. Dios sabe lo que gastan del presupuesto publicitario patrocinando basura que nadie quiere ver. Por el mismo precio, se podría contar algo interesante. Harvey, su vaso está vacío.

Fueron al bar. La fiesta estaba decayendo con rapidez. Los Jellison se disponían a marcharse, pero Loretta había encontrado a alguien más con quien conversar. Harvey reconoció a un concejal que había tratado de conseguir que su emisora dedicara el programa a un parque que constituía su principal objetivo. Probablemente pensaba que Loretta influiría en Harvey -lo cual era correcto- y que Harvey influiría en la programación de la red y de su emisora en Los Angeles, lo cual era risible.

Rodríguez estaba ocupado en aquel momento, y los dos hombres permanecieron junto al bar.

–Hay toda clase de nuevo y excelente instrumental para el estudio de los cometas -dijo Hamner-, incluido un gran telescopio orbital utilizado una sola vez, para el Kahoutek. Los científicos de todo el mundo querrán saber en qué difieren los cometas, en qué se diferencia el Kahoutek del Hamner-Brown. Aquí mismo hay muchos científicos, los de la Universidad Tecnológica de California y los astrónomos planetarios del JPL. Todos quieren saber más sobre el planeta Hamner-Brown.

Aquel nombre, Hamner-Brown, resonaba en su boca. Era evidente que a Tim Hamner le encantaba.

–Verá -siguió diciendo el astrónomo-, los cometas no son sólo objetos que se encuentran a una gran altura. Son restos de la enorme nube gaseosa que formó el sistema solar. Si pudiéramos averiguar algo positivo sobre los cometas, tal vez enviando una sonda espacial, tendríamos más datos de cómo era la nube primitiva de gas y polvo antes de que se condensara y formara el Sol, los planetas, los satélites y todo lo demás.

–Pero usted está sobrio... -dijo Harvey con asombro.

Aquella observación sorprendió a Hamner, pero no tardó en echarse a reír.

–Tenía la intención de emborracharme para celebrar el acontecimiento, pero creo que he pasado el tiempo hablando en vez de beber.

Rodríguez se acercó y puso dos vasos ante ellos. Hamner alzó el suyo, en un gesto de brindis.

–El brillo de sus ojos me hizo suponer que estaba bebido -dijo Harvey-, pero cuanto dice usted tiene mucho sentido. Dudo que podamos lograr el lanzamiento de una sonda espacial, pero qué diablos, podríamos intentarlo. Sin embargo, una empresa así supondría más que el simple rodaje de un documental. Oiga, ¿hay auténticas posibilidades? Quiero decir si podríamos enviar una sonda al cometa, porque yo conozco algunas personas en la industria aeroespacial y...



Y eso sería material noticiable de primera, pensó Harvey. Ya empezaba a barajar los nombres de sus posibles colaboradores. Charlie Bascomb estaba disponible para rodar...

—Jellison también estaría interesado -dijo Hamner-. Pero mire, Harv, yo sé mucho de cometas, aunque no tanto como usted cree. De momento, todo son suposiciones. Faltan varios meses hasta que el cometa llegue al perihelio. Es el punto más cercano al sol -añadió rápidamente-, lo cual no es lo mismo que el punto más cercano a la tierra...

—¿A qué distancia pasará? — preguntó Harvey.

Hamner se encogió de hombros.

—Todavía no he analizado la órbita. Puede que pase cerca. En cualquier caso, el Hamner-Brown se moverá con rapidez cuando rodee al sol. Habrá recorrido toda la distancia desde el halo, más allá de Plutón, y es una larga distancia. Comprenda que yo no voy a calcular realmente la órbita. Tendré que esperar a que lo hagan los profesionales, lo mismo que usted.

Harvey asintió. Los dos hombres alzaron sus vasos y bebieron.

—Pero me gusta la idea -dijo Hamner-. Las iniciativas científicas para estudiar el Hamner-Brown van a ser muy grandes, y no iría mal reforzar la idea con la ayuda del gran público. Me gusta.

—Como es natural -dijo Harvey cautelosamente- deberán disponer de un compromiso firme de patrocinio antes de ponerme a trabajar en el asunto. ¿Está seguro de que le interesaría a Jabones Kalva? El programa podría atraer a una gran audiencia... pero también podría darse el caso contrario.

Hamner asintió.

—Con el cometa Kahoutek se quemaron. Nadie quiere ser defraudado de nuevo.

—Así es.

—Claro que puede contar con Jabones Kalva. Hagamos comprender por qué es tan importante estudiar los cometas aun cuando no sea posible verlos. Porque yo puedo prometer el patrocinio, pero lo que no puedo prometer es que se presente el cometa. Tal vez sea totalmente invisible. No le diga a la gente nada más que eso.

—Tengo una reputación porque los hechos que ofrezco son ciertos.

—Cuando su patrocinador no interviene -dijo Hamner.

—Incluso entonces, los hechos que divulgo son ciertos.

—Bien. Pero de momento no hay hechos. El cometa Hamner-Brown es bastante grande. Tiene que serlo, pues de lo contrario no habría podido verlo a una distancia tan enorme. Y parece que se acerca

mucho al sol. Hay una posibilidad de que sea espectacular, pero la verdad es que resulta imposible saberlo. La cola podría extenderse mucho o simplemente desaparecer. Eso depende del cometa.

—Ya, ya -dijo Harvey-. Oiga, ¿puede usted nombrarme a un solo reportero que perdiese su reputación a causa del Kahoutek? — Hizo un gesto de asentimiento mientras el otro le miraba perplejo-. ¿Lo ve? Ninguno. El público culpó a los astrónomos por exagerar tanto el fenómeno, pero nadie echó la culpa a los periodistas.

—¿Por qué habían de hacerlo? Ustedes se limitaban a repetir lo que decían los astrónomos.

—Sí -convino Harvey- pero no siempre: citábamos a los que decían cosas interesantes. Imagine que efectuamos dos entrevistas. Un hombre dice que el Kahoutek será el cometa más grande jamás visto. Otro dice que sí, que será un cometa, pero que tal vez no sea visible sin unas gafas especiales. ¿Adivina qué entrevista aparecerá en el noticiario de las seis?

Hamner se echó a reír y luego se llevó el vaso a los labios. Estaba apurando la bebida cuando se acercó Julia Sutter.

—¿Estás ocupado, Tim? — le preguntó. Y sin aguardar respuesta añadió-: Tu primo Barry está haciendo tonterías en la cocina. ¿Podrías intentar enviarlo a casa?

La mujer hablaba en voz baja y tono perentorio. Harvey la detestaba. Se preguntó si Hamner estaba sobrio y si recordaría lo que habían hablado a la mañana siguiente.

—En seguida estoy contigo, Julia -dijo Hamner, apartándose de ella para volver a Harvey-. Quiero que quede muy claro: nuestra serie sobre el cometa Hamner-Brown va a ser ante todo sincera, aunque nos expongamos a críticas. Jabones Kalva puede permitírselo. ¿Cuándo quiere comenzar?

Harvey pensó que, después de todo, tal vez había un poco de justicia en el mundo.

—En seguida, Tim. Quiero rodar algunas escenas con usted y Gavin Brown en el monte Wilson. Y oír los comentarios de ese muchacho cuando usted le muestre sus instalaciones.

Hamner acogió con una sonrisa las palabras del periodista. Aquello le gustaba.

—Muy bien. Le llamaré mañana.

Loretta dormía apaciblemente en la otra cama.

Harvey había pasado bastante tiempo con la vista fija en el techo. Conocía aquella sensación. Tendría que levantarse.

Se levantó y preparó un gran tazón de cacao que llevó a su estudio. Kipling, el perro, le saludó meneando alegremente la cola, y Harvey frotó distraído las orejas del pastor alemán, mientras abría

las cortinas. Al fondo la ciudad de Los Angeles estaba envuelta en una semioscuridad. El viento Santa Ana se había llevado la niebla y el humo. Las autopistas eran ríos de luz en movimiento incluso en una hora tan avanzada. Otras grandes vías urbanas estaban señaladas por una cuadrícula luminosa cuya brillantez amarillo anaranjada Harvey percibió por primera vez. Según Hamner, aquellas luces dificultaban mucho la visión en el observatorio del monte Wilson.

La extensión de la ciudad era interminable. Altos y sombríos bloques de pisos, rectángulos azules de piscinas aún iluminadas, automóviles, brillantes luces destellantes que parpadeaban a intervalos, el helicóptero de la policía municipal. Harvey se apartó de la ventana y fue hasta la mesa, cogió un libro y lo dejó, rascó las orejas del perro y, con mucho cuidado, puesto que no confiaba en la rapidez de sus movimientos, depositó el tazón de cacao sobre la mesa.

Nunca había tenido dificultades para dormir en la montaña, cuando acampaba. En cuanto oscurecía, se metía en el saco de dormir y lo hacía a pierna suelta toda la noche. Solamente en la ciudad sufría de insomnio. Durante años había tratado de combatir aquel problema yaciendo rígidamente boca arriba. En las noches de insomnio se levantaba y permanecía en estado de vigilia todo el tiempo necesario, hasta que empezaba a rondarle el sueño. El miércoles era el único día en que no solía tener dificultades para dormir. Era el día en que hacía el amor con Loretta. Una vez, muchos años atrás, Harvey había tratado de alterar aquella costumbre. Sí, Loretta acudía a su cama un lunes por la noche, pero no siempre y nunca por la tarde, cuando había luz. Por otra parte, en martes o sábado no resultaba tan agradable, porque sabían que el miércoles era su día amoroso, el día en que estaban dispuestos... Y con el tiempo la costumbre se había afirmado como cemento armado.

Harvey desechó estos pensamientos y se concentró en su buena suerte. Hamner había hablado en serio. Haría el documental. Reflexionó en los problemas que surgirían. Necesitarían un experto en fotografía con luz insuficiente; probablemente fotografiar al cometa requeriría largo tiempo. Sería divertido. Tendría que darle las gracias a Maureen Jellison por haberle puesto en contacto con Hamner. Buena chica. Era más auténtica que la mayoría de mujeres que Harvey había conocido. Qué pena que Loretta estuviera presente cuando conversaban...

Apenas fue consciente de este último pensamiento, puesto que lo rechazó rápidamente. Era un hábito que había desarrollado tiempo atrás. Conocía a demasiados hombres que estaban convencidos de que detestaban a sus esposas, cuando lo cierto era que no les desagradaban en absoluto. La hierba no siempre era más verde al otro lado de la valla. Aquella era una lección que había aprendido de sus padres y que nunca había olvidado. Su padre fue arquitecto y constructor, siempre cercano a la alta sociedad de Hollywood, pero nunca pudo lograr los grandes contratos que le hubieran enriquecido. Sin embargo había asistido a muchísimas fiestas de Hollywood. Bert Randall también tuvo tiempo para llevarse a Harvey a las montañas, y en aquellas largas acampadas hablaba a su hijo de productores, estrellas y guionistas que gastaban más de lo que ganaban y se fabricaban ilusiones que nunca podrían satisfacer.

—No pueden ser felices -decía Bert Randall-. Siempre están pensando en que la mujer de otro es mejor en la cama, o que luce más en las fiestas, y se convencen a sí mismos de que lo creen. Toda esta maldita ciudad ha llegado a creer en sus propios corresponsales de prensa, y nadie puede vivir con arreglo a esos sueños.

Y todo ello era cierto. Los sueños podían ser peligrosos. Era mejor concentrarse en lo que uno tenía. Y lo que él tenía, pensó Harvey, era mucho. Un buen trabajo, una gran casa, una piscina...

Nada de eso te ha salido gratis, le dijo una maliciosa vocecita interior, y en cuanto a tu trabajo, no puedes hacer en él lo que te parezca.

Harvey no quiso escucharla.

*Los cometas no estaban solos en el halo.*

*Remolinos locales cercanos al centro del torbellino -aquella amalgama de gases que giraba velozmente y que al fin se contrajo para formar el sol- se hablan condensado y constituido los planetas. El inmenso calor de la estrella recién formada había desgarrado las cubiertas gaseosas de los más próximos, dejando trozos de roca fundida y hierro. Otros mundos más alejados hablan permanecido como grandes bolas de gas a las que los hombres, al cabo de mil millones de años, darían los nombres de sus dioses. También hablan existido remolinos muy distantes del eje del remolino.*

*Uno de ellos había formado un planeta del tamaño de Saturno, y todavía estaba haciendo acopio de masa. Sus anillos eran anchos y hermosos bajo la luz estelar. Las tormentas agitaban su superficie, pues la energía de su contracción mantenía al centro extremadamente caliente. Su enorme órbita estaba inclinada casi verticalmente con respecto al plano del sistema interno, y su imponente recorrido a través del halo de cometas tardó millares de años en completarse.*

*En ocasiones un cometa se desviaba, acercándose demasiado al gigantesco planeta negro, y desaparecía entre los anillos o la atmósfera cuyo espesor era de millares de kilómetros. A veces, aquella tremenda masa arrancaba un cometa de su órbita y lo lanzaba al espacio interestelar, donde se perdía para siempre. Y otras veces el planeta negro hacia caer un cometa en el torbellino y el fuego infernal de su sistema interno.*

*Las miríadas de cometas que hablan sobrevivido a la ignición del sol se movían en órbitas lentas y estables. Pero cuando pasó el gigante negro, las órbitas se convirtieron en un caos. Los cometas que calan en el torbellino podían retornar parcialmente vaporizados y caer de nuevo, una y otra vez, hasta que no quedaba nada más que una nube de piedras. Pero muchos no regresaron jamás.*

## **ENERO: INTERLUDIO**

*Sé el primero en tu manzana que ayude a paralizar la red de energía eléctrica del nordeste.*

*El Otro East Village se enorgullece en anunciar el primer apagón anual de los Hombres Lobo, jijado para las tres de la tarde del miércoles, 19 de agosto de 1970. Pongamos a prueba el sistema una vez más. Conecta todos los aparatos eléctricos que estén a tu alcance. Ayuda a las compañías que producen y distribuyen la energía eléctrica a mejorar sus balances consumiendo tanto como puedas. E incluso entonces busca la manera de consumir un poco más. Conecta, en especial, calentadores eléctricos, tostadores, aparatos de aire acondicionado y cualquier otro aparato de un consumo elevado. Si los refrigeradores se conectan al máximo, dejando las puertas abiertas, pueden enfriar un piso grande con facilidad. Tras toda una tarde de alegre consumo a tope, nos reuniremos.*

*El Otro East Village* (publicación underground) Julio de 1970

En un día claro el panorama se extendía sin límites. Desde su posición ventajosa en el piso superior del Proyecto Nuclear San Joaquín, el supervisor local Barry Price tenía una vista excelente del vasto terreno en forma de plato romboidal que en otro tiempo había sido un mar interior y ahora era el centro de la industria agrícola californiana. El valle de San Joaquín se extendía 320 kilómetros al norte y 50 al sur. El complejo incompleto de energía nuclear se alzaba en una pequeña elevación de seis metros por encima del valle totalmente llano, y era la colina más alta a la vista.

Incluso a aquella hora temprana se oía el fragor de una actividad industrial. Los obreros que construían el complejo trabajaban durante toda la noche, en tres turnos completos, los sábados y domingos, y si Barry Price hubiera tenido autoridad para ello habrían trabajado también en Navidad y Año Nuevo. Trabajando a este ritmo, habían terminado el reactor número uno y avanzado bastante en el número dos, mientras otros obreros iniciaban las excavaciones para emplazar los números tres y cuatro. Pero aquel apresuramiento no servía de nada. El número uno estaba terminado, pero los tribunales y los abogados no permitían que se pusiera en marcha.

La mesa de trabajo de Barry Price estaba llena de papeles. El supervisor llevaba el pelo muy corto y un bigote fino como el filo de una navaja. Vestía lo que su ex esposa había denominado su uniforme de ingeniero: pantalones color caqui, camisa y chaqueta también caqui y ambas con hombreras. De su cinturón pendía una calculadora de bolsillo (en otro tiempo había sido una regla de cálculo), llevaba lápices en los bolsillos de la camisa y un cuaderno de notas en el de la chaqueta. En ocasiones obligadas -como sucedía cada vez con más frecuencia con las presentaciones ante el tribunal, el informe de sus actuaciones ante el alcalde de Los Angeles y sus concejales encargados del agua y la energía, los testimonios ante el Congreso y la Comisión Reguladora Nuclear o la legislatura del Estado- se ponía a desgana un traje de franela gris y corbata. Pero cuando estaba en el césped de su hogar se ponía de nuevo, aliviado, sus ropas de trabajo, y le molestaba en grado sumo tener que cambiarse si venían visitantes.

Su taza de café estaba vacía, y aquella era su última excusa. Conectó el intercomunicador.

—Dolores, pueden pasar esos bomberos que vienen a visitarnos.

—Aún no están aquí -dijo la interpelada.

Era un respiro momentáneo. Volvió a enfrascarse en sus papeles, asqueado por lo que estaba haciendo. Mientras trabajaba se decía a sí mismo: «Soy un ingeniero, maldita sea. Si hubiera querido dedicar todo mi tiempo a informes legales o a sentarme en una sala de justicia, habría sido abogado, o un asesino de masas.»

Lamentaba haber aceptado aquel trabajo cada vez más. Él era un técnico en sistemas energéticos, y muy bueno además. Lo había demostrado al convertirse en el supervisor de planta más joven en la Edison de Pennsylvania y al lograr el funcionamiento de la central nuclear de Milford con la mayor eficacia y el mejor récord de seguridad en el país. Y había querido aquel puesto, estar al frente de San Joaquín y poner la planta en marcha, con sus cuatro mil megawatios de limpia energía eléctrica cuando el proyecto se hubiera completado. Pero su trabajo consistía en construir, actuar, no en explicar. La maquinaria era lo suyo, y aún lo eran más los obreros de la construcción, los operarios eléctricos, los instaladores de líneas y los trabajadores del patio de maniobras. Su entusiasmo por la energía nuclear era contagioso y se extendía a todos cuantos trabajaban para él... ¿Y qué?, pensó con amargura. Ahora tenía que dedicar todo su tiempo a tareas burocráticas.

Entró Dolores, con más memorándums urgentes a los que había que responder. Cada uno de ellos requería la pericia de un especialista en relaciones públicas, y procedía de alguna persona lo bastante importante para exigir el tiempo del ingeniero supervisor. Barry levantó la pila de memorándums y documentos que la mujer había depositado en la bandeja de «pendiente».

—Mira cuánta basura -le dijo-. Hasta el último de estos papeles es cosa de los políticos.

Ella le guiñó un ojo.

—Donde hay patrón no manda marinero.

Barry le devolvió el guiño.

—No es tan sencillo. ¿Quieres cenar conmigo?

—Claro.

Por la sonrisa de la muchacha, él notó la ilusión con que esperaba su encuentro. ¡Barry Price se acuesta con su secretaria! Supongo, pensó, que el Departamento se molestaría si llegara a saberlo. Al infierno con ellos.

Percibió la calma, aquel silencio enervante. El edificio debería zumbir con las tenues vibraciones de las turbinas y el sonido de los megawatios vertiéndose en la rejilla, alimentando la ciudad de Los Angeles y sus industrias. Pero no había nada. Allá abajo estaba el edificio rectangular que contenía las turbinas, hermosas máquinas, una alabanza a la ingenuidad humana, con un peso de centenares de toneladas y equilibradas hasta el microgramo, capaces de revolucionar a velocidades fantásticas sin vibrar en absoluto... ¿Por qué la gente no podía comprender? ¿Por qué no apreciaba todo el mundo la belleza de la maquinaria de precisión, su magnificencia?

—Animo -le dijo Dolores, leyendo sus pensamientos-. Los operarios están trabajando. Tal vez esta vez nos dejarán terminar.

—Eso sería toda una noticia, ¿verdad? Pero lo cierto es que preferiría que no lo fuera. Cuanta menos publicidad tenemos, mejor vamos. Es una idiotez.

Dolores asintió y se acercó a las ventanas. Su mirada recorrió el valle San Joaquín, hacia la lejana sierra del Temblor.

—Hay bastante neblina -comentó-. Uno de estos días...

—Sí -dijo Barry, animado por la idea. California meridional necesitaba energía, y debido a la escasez de gas natural, sólo quedaban las alternativas del carbón y la energía nuclear... y no había forma de evitar la niebla y la contaminación quemando carbón-. Nosotros tenemos el único procedimiento limpio. Y hemos ganado cada vez que el público ha ido a votar. Se diría que hasta los abogados y los políticos han comprendido el mensaje.

Barry sabía que estaba predicando a un converso, pero le aliviaba hablarle a alguien, a cualquiera, que estuviera de su lado y comprendiera.

Una lucecita se encendió en el intercomunicador y Dolores Sonrió a su jefe antes de salir apresuradamente para recibir a la delegación de la Junta estatal. Barry se preparó para otra larga jornada.

Era una hora punta en la mañana de Los Angeles: torrentes de coches en movimiento, el tenue olor de la neblina y los gases de escape a pesar del viento Santa Ana que había soplado la noche anterior, retazos de niebla matinal procedente de la costa que se disolvían a medida que avanzaban los vientos más cálidos del interior. Pero una hora punta por la mañana también tiene sus ventajas. Las autopistas estaban atestadas, pero los conductores no eran necesariamente idiotas. La mayoría hacían el mismo camino a la misma hora todos los días. Tenían experiencia. En los accesos nadie hacía adelantamientos absurdos para ganar unos metros, y en las salidas los automóviles parecían guardar turnos.

Eileen lo había observado en más de una ocasión. A pesar de su afición a los tebeos, que había hecho de los conductores californianos el hazmerreír de todo el mundo, en las autopistas eran mucho mejores que las gentes de cualquier otro lugar que ella hubiera visto, pues podían conducir con la atención dividida. También ella tenía experiencia.

Ahora las costumbres de Eileen apenas variaban. Dedicaba cinco minutos a una última taza de café antes de entrar en la autopista. Depositaba la taza en el pequeño anaquel que había conseguido en J. C. Whitney, y se cepillaba el cabello durante otros cinco minutos. En aquel momento ya estaba lo bastante despierta para hacer un trabajo efectivo. Necesitaba otra media hora para llegar a «Suministros para instalaciones sanitarias Corrigan», en Burbank, y durante ese tiempo podía

despachar bastantes asuntos utilizando el dictáfono. Así mejoraba también su habilidad como conductora. Sin el dictáfono estaría tensa y nerviosa, y a cada atasco, por pequeño que fuera, sentiría una irremediable frustración.

—Martes. Habla con Corrigan sobre los filtros de agua -emitió el aparato-. Un par de clientes han instalado esos condenados aparatos sin saber que faltaban piezas. — Eileen hizo un gesto de asentimiento. Ya se había encargado del asunto y aplacado las iras de un tipo con aspecto de piloto de gabarra que resultó estar relacionado con uno de los más importantes urbanizadores del valle. Aquello era una prueba palpable de que nunca debe darse por concluida una operación sólo porque parezca una venta de un sólo artículo. Pulsó el botón y grabó: Jueves. Ordena al almacén que verifiquen todos los filtros en existencia, que busquen los que carecen de tuercas Leed. Y envía una carta al fabricante. — Pulsó de nuevo el botón para escuchar lo que había grabado.

Eileen Susan Hancock tenía treinta y cuatro años. Era muy bonita, sin duda, pero ciertos ademanes disminuían el efecto de su belleza. Movía las manos en exceso y su forma de sonreír era demasiado abrupta, como si encendiera de pronto una bombilla. También su manera de andar dejaba mucho que desear: tendía siempre a dejar atrás a los demás. Alguien le dijo una vez que aquello era simbólico, que dejaba a la gente atrás tanto física como emocionalmente. No dijo «intelectualmente», y si lo hubiera hecho ella no lo habría creído, pero en gran parte era verdad. Había decidido ser algo más que una simple secretaria mucho antes de que existiera el movimiento pro derechos de la mujer, y se las había arreglado para conseguirlo, a pesar de su responsabilidad para criar a un hermano menor.

Si alguna vez hablaba de la situación, se reía de lo trivial que resultaba. Una hermana mayor logra que su hermano pequeño vaya a la universidad, pero ella misma no puede ir. Colabora para que su hermano se case, pero ella permanece soltera. Pero la verdad era diferente. Eileen había detestado la universidad. Tal vez, pensaba a veces, aunque nunca se lo decía a nadie, una universidad realmente buena, un lugar donde le hagan a uno pensar, le habría entusiasmado. Pero sentarse en un aula mientras un profesor desganado explicaba un texto que ella ya había leído para enseñarle algo que ya sabía, había sido superior a sus fuerzas, y cuando abandonó los estudios universitarios no fue por razones económicas. En cuanto al matrimonio, no había nadie con quien pudiera vivir. Una vez lo había intentado, con un teniente de policía -al que le había puesto muy nervioso vivir con ella sin la oportuna licencia del Ayuntamiento- y lo que había sido una buena relación se deshizo en menos de un mes. Hubo otro hombre, pero estaba casado y no quería dejar a su mujer. Y un tercero, que se marchó al Este para realizar un trabajo que debía durar tres meses y no había terminado aún cuatro años después... Cuando pensaba en estas cosas, Eileen se decía que la culpa no era suya. Los hombres la llamaban «hipertiroidea» o decían que era «del tipo nervioso», según su educación y vocabulario, y la mayoría no intentaban mantenerse a su altura. Tenía un ingenio mordaz que utilizaba con demasiada frecuencia. Odiaba las conversaciones aburridas y hablaba con una rapidez excesiva. Por otra parte, su voz estaba dotada de un tono gutural debido a un consumo excesivo de cigarrillos.

Eileen recorría la misma ruta desde hacía ocho años. Tomaba la curva del cruce de cuatro niveles sin notarlo. Pero una vez, años antes, había lanzado el coche por aquella curva, abandonando la autopista por el siguiente carril de salida, y, tras estacionar el vehículo, había retrocedido para contemplar aquel laberinto formado por fideos de cemento armado. Dándose cuenta de que parecía una turista embobada, se había echado a reír, pero aun así había seguido contemplando el espectáculo.



—Miércoles -emitió el magnetófono-. Robin va a tratar de cerrar el trato con Marina. Si lo logra, seré ayudante del director general. Si no lo consigue, no hay posibilidad. Problema... -Las orejas y la garganta de Eileen habían enrojecido, y movía demasiado a menudo las manos sobre el volante, pero escuchó todo lo que decía su voz del miércoles-: Quiere acostarse conmigo, está claro que no todo han sido bromas y juegos de palabras. Si le paro los pies, ¿pondré en peligro la venta? ¿Voy a la cama con él para asegurar el trato? ¿O me pierdo algo bueno debido a las implicaciones?

—Oh, qué mierda -dijo Eileen entre dientes. Hizo retroceder la cinta y grabó sobre aquel segmento-: Todavía no he decidido si voy a aceptar la invitación a cenar de Robin Geston. Nota: debo podar adecuadamente esta cinta. ¿Qué pasaría si alguien robara el magnetófono? Recuerda a Nixon.

Con un gesto brusco, apagó el magnetofón.

Pero el problema seguía pendiente, y Eileen sentía un vivo resentimiento por hallarse en un mundo donde tenía esa clase de problemas. Pensó en lo que diría en la carta al maldito fabricante que había despachado los filtros sin cerciorarse de que tenían todas las piezas, y aquello le hizo sentirse mejor.

Anocheceía en Siberia. La doctora Leonilla Alexandrovna Malik había terminado su jornada. Su último paciente había sido una niña de cuatro años, hija de un ingeniero del centro de desarrollo espacial en las inmensidades septentrionales de la Unión Soviética.

Era a mediados del invierno, y soplaba un frío viento del norte. En el exterior de la enfermería se amontonaba la nieve, e incluso dentro la doctora podía sentir aquel frío que odiaba. Había nacido en Leningrado, por lo que los inviernos rigurosos le eran familiares, pero alentaba la esperanza de que la transfiriesen a Baikunyar, o incluso a Kapustin Yar, en el mar Negro. Le molestaba tener que dedicarse a aquel trabajo, aunque, naturalmente, poco era lo que podía hacer al respecto. Por aquellos parajes no había demasiadas personas con experiencia pediátrica. De todos modos, era una lástima que todo su esfuerzo fuera sólo en aquella dirección. También se había entrenado como cosmonauta, y confiaba en que le asignaran una misión espacial.

Tal vez no tendría que esperar demasiado. Se decía que los americanos entrenaban ya a mujeres astronautas. Si parecía que los americanos iban a enviar una mujer al espacio, la Unión Soviética también lo haría, y con rapidez. El último experimento soviético con una mujer cosmonauta había sido un desastre. Leonilla se preguntaba si la mujer había tenido la culpa. Conocía a Valentina Tereskovna y al cosmonauta con el que se había casado, pero nunca hablaban de las causas que habían provocado la caída de su nave espacial, perdiendo así la oportunidad de que la Unión Soviética efectuara el primer acoplamiento espacial de la historia. Desde luego, pensó Leonilla, Valentina era mucho mayor. Aquel incidente había ocurrido en los primeros tiempos de la exploración espacial. Ahora las cosas eran diferentes. En cualquier caso, los cosmonautas tenían poco qué hacer. El control en tierra tomaba todas las decisiones importantes. A Leonilla le parecía que este sistema era bastante absurdo, y sus colegas cosmonautas, todos ellos masculinos, compartían esta opinión, pero no en voz alta.

Leonilla colocó el último de los instrumentos que había utilizado en el autoclave y preparó su maletín.

Cosmonauta o no, era también médico, y llevaba las herramientas del oficio a dondequiera que fuese, por si alguien necesitaba sus cuidados. Se puso el gorro de piel y una pesada chaqueta de cuero. Se estremeció un poco al oír el sonido del viento en el exterior. En la estancia contigua una radio emitía noticias, y Leonilla se detuvo a escuchar cuando oyó una palabra clave.

Un cometa. Un nuevo cometa.

Se preguntó si existirían planes para explorarlo. Luego suspiró. Si había una misión espacial para estudiar el cometa, no la incluiría a ella. No tenía capacidad para esa misión. Podía ser piloto, médico, técnico en sistemas de salvamento, pero el campo de la astronomía no era el suyo. Una misión así sería adjudicada a Pieter, Basil o Sergei.

Era una verdadera lástima. Pero el acontecimiento era interesante. Un nuevo cometa.

*Una plaga se extendía por la Tierra. Tres mil millones de años después de la formación del planeta se produjo una virulenta mutación, una forma de vida que utilizaba directamente la luz solar. La fuente energética más eficaz dio al mutante verde un vigor hiperactivo, feroz, y a medida que avanzaba para conquistar el mundo, emitía raudales de oxígeno que envenenaba el aire. El oxígeno puro abrasó los tejidos de la vida dominante en la Tierra, que sirvieron para fertilizar al mutante.*

*Aquel fue también un período desastroso para el cometa. El gigante negro se interpuso en su camino por primera vez. Un inmenso calor se había generado durante la formación del planeta, e irradiaría hacia las estrellas durante los siguientes mil millones de años. Un torrente de luz infrarroja hacía hervir el hidrógeno y el helio que envolvían al cometa. Luego pasó el intruso y volvió la calma. El cometa siguió navegando a través del frío y negro silencio, ahora un poco más ligero, moviéndose en una órbita levemente cambiada.*

## **FEBRERO: UNO**

*Por otro lado, es necesario configurar la estructura social del mundo obrero de tal manera que se elimine su temor de ser una simple pieza de una máquina impersonal. Una auténtica solución sólo puede darse a través de la concepción de que el trabajo, cualquiera que sea, es al servicio de Dios y de la comunidad y, en consecuencia, es la expresión de la dignidad humana.*

Emil Brunner, *Conferencias de Gifford*, 1948

El bulevar Westwood no se encontraba precisamente en el camino entre la sede de la NBS y el hogar de los Randall, cerca de Beverly Glen, y este alejamiento era la razón principal por la que a Harvey

Randall le gustaban sus bares. No era probable que tropezara con ningún empleado de la emisora ni que encontrara a ninguno de los amigos de Loretta.

Los estudiantes recorrían la ancha calle, con toda clase de atuendos. Los había barbudos y con téjanos, con el pelo bien cortado y peinado y pantalones caros, otros deliberadamente extravagantes, jóvenes de tradicional aspecto conservador y todas las variaciones imaginables entre estos extremos. Harvey paseó con ellos. Pasó ante librerías especializadas. Una de ellas se dedicaba al movimiento de liberación gay. Otra ostentaba el rótulo agresivo y excluyente «Librería para machos adultos». Otra librería atraía a una muchedumbre interesada por la ciencia ficción. Harvey tomó mentalmente nota para visitarla. Probablemente tendrían allí mucho material sobre cometas y astronomía dirigido a un público general. Más tarde se enteraría de que en la librería de la universidad UCLA podría obtener el material realmente técnico.

Más allá del edificio de la Hermandad Femenina había un establecimiento en cuyo ventanal de vidrio cilindrado se leía: «Primer bar federal de protección.» En el interior había taburetes, tres mesitas, cuatro reservados, un billar mecánico y un tocadiscos automático. Las paredes estaban decoradas con los caprichos de la clientela. En la barra había provisión de rotuladores, y las paredes se blanqueaban de vez en cuando. En algunos lugares la pintura se desprendía y revelaba comentarios escritos años atrás, como una especie de arqueología de la cultura pop.

Como un viejo fatigado, Harvey avanzó con dificultad en la penumbra. Cuando sus pupilas se adaptaron, descubrió a Mark Czescu en un taburete. Se detuvo junto a él y apoyó los codos en la barra.

Czescu tendría más de treinta años, pero su edad era indefinida, un perpetuo hombre joven dispuesto a iniciar su carrera. Harvey sabía que Mark había servido en la Armada durante cuatro años, y que había pasado por varias universidades, empezando por la UCLA, así como por diversos institutos de rango inferior. A veces todavía se refería a sí mismo como estudiante, pero nadie creía que jamás llegara a terminar una carrera. Llevaba botas de motorista, unos tejanos viejos, una camiseta y un arrugado sombrero australiano. Lucía una larga cabellera negra y una barba no menos negra y poblada. Sus uñas presentaban una suciedad compacta, y había manchas recientes de grasa en sus pantalones, pero aparte de eso las manos y la ropa estaban limpias. Simplemente, no tenía una necesidad patológica de restregarse hasta parecer inmaculado.

Cuando Mark no sonreía, tenía un aspecto temible, a pesar de su barriga respetable de bebedor de cerveza. Sonreía mucho, pero podía tomarse muy en serio ciertas cosas, y a veces se relacionaba con un grupo de matones, que formaban parte de su mundo. Mark Czescu podría correr con los motoristas verdaderos si quisiera, pero no quería. En aquel momento parecía preocupado.

—No tienes buen aspecto -dijo a modo de saludo.

—Tengo ganas de matar a alguien -dijo Harvey.

—Si eso es lo que deseas, tal vez podría encontrar a alguien.

—No. Se trata de mis jefes, maldita sea su alma. — Harvey pidió una jarra y dos vasos, y pasó por alto la

sugerencia de Mark. Sabía que éste podía encargarse de un verdadero asesinato. También aquello formaba parte de la imagen de Czescu: saber más que su interlocutor sobre cualquier tema que se planteara. A Harvey solía divertirlo, pero en aquel momento no estaba de humor para bromas-. Quiero algo de ellos -prosiguió- y ellos saben que van a dármelo. ¿Cómo diablos no van a saberlo? ¡Si hasta tengo comprometido al patrocinador! Pero los hijos de puta tienen que seguir la comedia. Si mañana uno de ellos se cae de un balcón, necesitaré otro mes para convencer a su sustituto, y no dispongo de tiempo.

No era malo seguirle el humor a Czescu. El tipo podía ser útil, era muy divertido y... tal vez podría cometer un asesinato. Uno nunca sabía realmente de lo que era capaz.

—Bueno, ¿y qué es lo que te van a dar? — preguntó Mark.

—Un cometa. Voy a hacer toda una serie de documentales sobre un nuevo cometa. Resulta que el tipo que lo descubrió posee el setenta por ciento de la empresa que patrocinará los programas.

Czescu soltó una risa ahogada, y Harvey hizo un gesto de asentimiento.

—Es un proyecto precioso. Ahora tengo la oportunidad de hacer la clase de películas que realmente quiero hacer, y de aprender mucho. No como la última basura que rodé, entrevistando a fatalistas, cada uno con su visión particular del fin del mundo. Antes de terminarlo tenía ganas de cortarme el cuello y acabar con todo.

—¿Y qué es lo que no marcha bien?

Harvey suspiró, tomó un trago de cerveza y prosiguió:

—Mira, hay tres o cuatro tipos que podrían enviarme realmente a freír espárragos. Pero eso sería un error, ¿sabes? Los de Nueva York no tolerarían que se malogre una serie patrocinada. Así que van a aceptarla. Pero ¿cómo se sabría que tienen el poder de decir que no si no vacilaran y exigieran que redacte tratos y prepare presupuestos y toda esa basura? Nada de eso sirve para maldita la cosa, pero ellos han de tener «una base firme para tomar decisiones». Cuatro divos asquerosos que son los que tienen el auténtico poder.

«Bueno, podría soportarlos, pero es que no son sólo ellos, sino que hay un par de docenas más que serían incapaces de impedir la reposición de un tostón insufrible, pero también quieren demostrar lo importantes que son. Y para demostrarse unos a otros que podrían impedir la realización de ese programa, si quisieran, ponen todas las objeciones que pueden. Ten en cuenta los intereses preferentes del patrocinador. No hagas nada que pueda enfurecer a Jabones Kalva. Tonterías. Pero tengo que aguantarlas. — De repente Harvey se dio cuenta de que hablaba demasiado sobre algo que no le importaba al otro gran cosa-. Mira, cambiemos de tema.

—De acuerdo. ¿Has observado el nombre de este sitio?

—Sí, no deja de ser chocante. «Primer bar federal de protección.» Tiene algo de establecimiento

bancario.

–Exacto. A lo mejor otros hacen suya también la idea. ¿Qué te parece «Seguros del loco Eddie»?

–No está mal. A ver que tal suena este: «Clínica oncológica del gordo Jack.»

–Quedaría mejor «Clínica oncológica y cementerio del gordo Jack» -dijo Czescu.

La rigidez que Harvey sentía en el cuello y los hombros iba desapareciendo. Bebió más cerveza y luego fue a uno de los reservados, donde podía apoyarse en la pared. Mark le siguió y se sentó frente a él.

–Oye, Harv, ¿cuándo haremos otro viaje? ¿Aún funciona tu moto?

–Sí. – Un año atrás, no, dos años o más atrás, se tomó Otro respiro y Mark Czescu le llevó consigo en un viaje por la costa. Bebieron en pequeños bares, hablaron con tipos que, como ellos, iban sin rumbo y acamparon donde les vino en gana. Czescu cuidó de las motos y Harvey pagó las cuentas, pero no subieron mucho. Fue una época sin preocupaciones-. La moto funciona, pero no podré usarla. Cuando empiece esta serie necesitaré todo mi tiempo.

–¿No tendrás algún trabajito para mí? – le preguntó Mark.

Harvey se encogió de hombros.

–¿Por qué no? – Mark solía trabajar en los programas de Harvey. Llevaba cámaras o tablillas sujetapapeles, se ocupaba del mantenimiento o manejaba la claqueta-. Pero tendrás que cerrar la boca durante algún tiempo.

–Te doy mi palabra. Soy un hippie.

El bar se estaba llenando. El tocadiscos automático dejó de funcionar y Mark se levantó.

–Voy a tocar algo para ti -dijo a su amigo-. Sacó una guitarra de doce cuerdas que estaba detrás de la barra y se sentó en el extremo de la sala. También esto formaba parte de su modo de vida: Czescu cantaba a cambio de bebida y comida en los bares. Mientras viajaban costa arriba, Mark había logrado alimentar gratis a los dos en la mitad de los lugares entre Los Angeles y Carmel. Era buen músico, tanto que parecía profesional, pero le faltaba disciplina. Cada vez que lograba un trabajo regular, no duraba en él más de una semana. Para Mark, los que ganaban grandes sumas eran magos poseedores de un secreto que él jamás llegaría a aprender del todo.

Mark tañó un acorde de prueba y luego inició una estrofa. La melodía era una vieja canción vaquera, *Frías y limpias aguas*.

Me paso el día ante la sucia tele, sin gota de cultura, Pura cultura.

Cháchara política a todo pasto y concursos con premios que duran demasiado y te hacen hablar de cultura. Pura... dulce... cultura.

Harvey mostró riendo su aprobación. Un hombre gordo que estaba ante la barra le envió una jarra de cerveza, y Mark dio las gracias con un movimiento de cabeza.

*El sol se pone, y en la ciudad oyes el grito que pide cultura.*

*Dulce cultura.*

*Mientras los abogados sonríen y los polis se aprestan a reprimir*

*el pecado de cultura.*

*Cultura. Pura... cultura.*

Hubo una breve pausa mientras Mark tañía la guitarra. Los acordes sonaban de manera discordante. Era evidente que estaban mal, pero no menos evidente que eran adecuados, como si Mark buscara algo que nunca podría encontrar.

Sigue sintonizando, amigo, eso te instalará en una tendencia.

*Y tu mente va a doblegarse,*

*Para atraparte al final,*

*Con cultura. Cultura. Pura cultura.*

*Ya ves, amigo, para ti y para mí, para una mente libre,*

*está la tele, para ti y para mí.*

*Y la cultura. Cultura. Pura... dulce... cultura.*

La guitarra se detuvo y con voz seca, punteando las palabras, Mark añadió:

—Es casi tanto como lo que consigues de una vieja película de Bogart. ¡Pura, dulce, cultura! Leonard Bernstein dirige la orquesta sinfónica de Londres y los Rolling Stones en una deslumbrante exhibición de ¡cultura! Pura, dulce, cultura. Amigos, esta noche tenemos un debate entre los Trabajadores Agrícolas Unidos y veintidós amas de casa enloquecidas por el hambre armadas con cuchillos de carnicero. Es cultura. P-u-r-a, d-u-l-c-e, c-u-l-t-u-r-a.

«Dios mío, pensó Harvey, me gustaría grabar eso y reproducirlo durante una de las malditas reuniones del consejo ejecutivo en la emisora.» Harvey se recostó, disfrutando de aquel instante. Dentro de poco tendría que regresar a casa para cenar, volvería a Loretta, Andy y Kipling, y al hogar que amaba pero cuyo precio era tan condenadamente elevado.

El viento Santa Ana, cálido y seco, soplaba todavía de uno a otro lado de la depresión de Los Angeles. Harvey conducía con las ventanillas abiertas, la chaqueta amontonada en el asiento contiguo y la corbata encima del montón. Los faros revelaban a veces las laderas verdes de las colinas entre árboles desnudos y palmeras. Sumido en la total oscuridad veraniega del febrero californiano, Harvey estaba abstraído mientras conducía. Tarareaba la canción de Mark. «Un día, pensó, un día me las ingeniaré para introducir una cinta en el sistema de hilo musical, de modo que el setenta y cinco por ciento de los empleados y directivos de Los Angeles y Beverly Hills tendrán que escucharla.» Sólo se concentraba a medias en la carretera, entregado a pensamientos aislados que se desvanecían cuando algún coche delante de él reducía la velocidad y surgía como una ola el brillo de las luces de frenado.

Al llegar a lo alto de la colina giró a la derecha en dirección a Mulholland, después realizó otro giro a la derecha, hacia Benedict Canyon, y descendió ligeramente para dirigirse en línea recta a Fox. Fox Lañe formaba parte del conjunto de calles curvas y cortas entre casas construidas quince años atrás. Una de ellas pertenecía a Harvey, y era una cortesía de la Caja de Ahorros y Préstamos de Pasadena. Más abajo, siguiendo Benedict Canyon, se encontraba el desvío que conducía a Cielo Drive, donde Charlie Manson había demostrado al mundo que la civilización no es ni eterna ni segura. Después de aquella horrible mañana de domingo en 1969, se habían agotado las existencias de armas y perros guardianes en Beverly Hills. Los pedidos de pistolas tardaban semanas en servirse. Y desde entonces, a pesar de la pistola, la escopeta y el perro de Harvey, Loretta quería mudarse, deseosa de seguridad.

El hogar de Harvey era una gran casa blanca con tejado verde, precedida de una franja de césped bien cuidado, un árbol corpulento y un pequeño porche. Su valor de reventa era considerable, pues aunque se trataba de la casa menos cara, Harvey sabía bien que este último extremo es relativo.

Su casa tenía un camino de acceso convencional, no una gran senda circular como la casa de enfrente. Harvey dobló la esquina con rapidez, aminoró la marcha en el camino de acceso y abrió la puerta del garaje desde el interior del coche mediante un aparato electrónico. La puerta se abrió un instante antes de que llegara a ella, con una sincronización perfecta, y Harvey se anotó mentalmente un tanto. La puerta del garaje se cerró tras él, y permaneció un momento sentado en medio de la oscuridad. A Harvey no le gustaba conducir en horas punta, y lo hacía dos veces al día casi todos los días de su vida. Pensó que era un buen momento para darse una ducha. Bajó del vehículo, salió del garaje y desando el camino hacia la puerta de la cocina.

—Eh, Harv -gritó alguien con voz de barítono.

—¿Sí? —respondió Harvey. Era Gordie Vanee, el vecino de la izquierda, y se acercaba cruzando su césped y arrastrando su rastrillo. Se apoyó en la valla y Harvey le imitó, pensando mientras lo hacía en las caricaturas de amas de casa que cuchichean de esa manera. Pero a Loretta no le gustaba Marie Vanee, y de todos modos nunca se le ocurriría apoyarse en una valla-. ¿Qué hay, Gordie? ¿Cómo van

las cosas en el banco?

La sonrisa de Gordie fluctuó.

—Van tirando. En cualquier caso, no creo que tengas ganas de una charla sobre la inflación. Oye, ¿tienes libre el fin de semana? Pensé que podríamos llevar a los chicos de excursión a la nieve.

—Chico, eso es estupendo. — Nieve limpia, pensó Harvey. Era difícil de creer que a menos de una hora de distancia, en las montañas cercanas a Los Angeles, había nieve espesa y un viento silvestre que soplaba entre la vegetación siempre verde, mientras ellos estaban allí, en mangas de camisa y en la oscuridad-. Pero no creo que pueda, Gordie. Voy a tener trabajo. — «O así lo espero, por Cristo», dijo para sus adentros-. Será mejor que no cuentes conmigo.

—¿Y qué me dices de Andy? Pensé que podría venir como jefe de patrulla.

—Es un poco joven para eso...

—No creas, tiene experiencia. Algunos chicos vienen de excursión por primera vez. Andy nos sería útil.

—Claro, está arriba, haciendo los deberes. ¿Adonde iréis?

—A la cumbre Cloudburst.

Harvey se echó a reír. El observatorio de Tim Hamner no estaba lejos de allí, aunque Harvey nunca lo había visto. Durante sus excursiones había pasado cerca, por lo menos una docena de veces.

Los dos vecinos comentaron los detalles. Con el viento Santa Ana la nieve se fundiría excepto en las cumbres más altas, pero sin duda habría nieve en las laderas septentrionales. Una docena de muchachos exploradores y Gordie. Parecía divertido, y lo era. Harvey meneó la cabeza con pesar.

—¿Sabes, Gordie? Cuando yo era chico la excursión a Cloudburst necesitaba una buena semana, porque no había carreteras. Ahora podemos ir en una hora. Es el progreso.

—Sí, pero también tiene sus ventajas. Gracias al progreso podemos ir allí y no perder el trabajo.

—Claro. Cuánto me gustaría ir. — Cuando llegaran arriba, tras una hora de viaje, buscaran un lugar adecuado, sacaran las cosas de las mochilas y levantaran el campamento, buscaran leña húmeda y lograran hacerla arder, y encendieran sus hornillos portátiles, los alimentos congelados les sabrían como siempre deliciosos. Y el café a media noche, bajo un refugio a resguardo del viento y escuchando el sonido de éste por encima... Pero todo aquello no valía un cometa-. Siento mucho tener que quedarme.

—No te preocupes. Hablaré con Andy. ¿Querrás encargarte de preparar su equipo?

—Desde luego.



Lo que Gordie quería decir era: «No dejes que Loretta prepare la mochila de tu hijo. Ya es bastante duro ir de excursión a esas alturas sin todos los cachivaches que le hace llevar. Botellas de agua caliente, mantas adicionales, una vez incluso llevaba un despertador.»

Harvey tuvo que volver al coche para recoger la chaqueta y la corbata. Cuando salió del garaje tomó otra dirección, pasando por el jardín trasero. Había pensado preguntarle a Gordie: «¿Qué te parecería llamar a tu banco «Banco de Gordo y Tertulia de Señoras»?» Pero por la expresión del rostro de Gordie cuando le mencionó el banco, prefirió dejarlo correr. Sin duda su vecino tenía algún problema personal relacionado con su trabajo.

Andy estaba en el jardín trasero, al otro lado de la piscina, jugando a baloncesto en solitario. Randall permaneció inmóvil, observándole. En un tiempo mínimo, en lo que debía haber sido un año pero parecía una semana, Andy había pasado de ser un chiquillo a... a una especie de figura leñosa, todo brazos, piernas y manos, largos huesos en equilibrio tras una pelota de baloncesto. Lanzó el balón con exquisito cuidado, brincó para cogerlo de rebote, hizo una finta y volvió a lanzar para marcar un tanto perfecto. Andy no sonrió, y se limitó a hacer un gesto de asentimiento con una grave satisfacción.

Harvey pensó que el chico no era malo.

Sus pantalones eran nuevos, pero no le llegaban a los tobillos. El próximo septiembre cumpliría quince años y ya podría ir a la escuela superior. Había pensado matricularle en la Escuela Juvenil de Harvard, que era la mejor de Los Angeles, pero aquel centro pedía una fortuna sólo por reservarle una plaza, y el especialista en ortodoncia quería unos miles de dólares en el acto y algunos más posteriormente. Andy estaba metido en un club de electrónica y no pasaría mucho tiempo antes de que quisiera tener un microordenador propio, cosa de la que nadie podría culparle, y... Randall entró sigilosamente en la casa, satisfecho de que Andy no se hubiera percatado de su presencia.

*Un adolescente solía ser un bien. Podía trabajar en los campos, dirigir una yunta o hasta conducir un tractor. La presión podía ser compartida, traspasada a unos hombros más jóvenes. Y un hombre podía descansar.*

En la papelería de la cocina había papel de envolver. Loretta había estado de compras otra vez. La Navidad se había convertido en una serie de cuentas por pagar, y aquellas facturas acabarían posándose en la mesa de Harvey, el cual ya había oído el informe radiado sobre las cotizaciones de bolsa. El mercado estaba bajo.

Loretta no estaba presente. Harvey entró en el gran vestuario al lado del baño, se desnudó y se metió en la ducha. El agua caliente le golpeó la nuca, llevándose la tensión. Su mente cambió de rumbo, y se imaginó como una masa de carne a la que daban masaje con presión hidráulica. Deseó que su mente cambiara realmente de rumbo.

*Andy tiene conciencia. Sabe Dios que nunca he tratado de hacer que se sintiera culpable. Disciplina, sí. Castigos, de cara a la pared, incluso algún cachete, pero cuando se ha terminado, se ha terminado, sin que queden rastros de culpabilidad... De todos modos sabe lo que es la culpa. Si supiera lo que me*

*cuesta en dinero y en años de vida, si supiera hasta qué punto influye en la manera en que me veo obligado a vivir, la mierda que tengo que soportar para conservar ese maldito trabajo y conseguir las pagas que nos mantienen a jio... ¿Qué haría Andy si lo supiera? ¿Se iría de casa? ¿Conseguiría un empleo como barrendero en San Francisco para tratar de reembolsarme? No, no hay miedo de que llegue a saberlo.*

Entre el ruido del agua oyó el sonido de una voz. Salió de su mundo interior y encontró a Loretta sonriente a través de la puerta de vidrio de la ducha.

—Hola. ¿Cómo ha ido? — preguntó, pero sus palabras eran inaudibles.

Harvey la saludó con la mano y ella lo tomó como una invitación. Observó cómo se desvestía lenta, lascivamente y se deslizaba apresuradamente a través de la puerta de vidrio para que el agua no saliera afuera... Y no era miércoles. Harvey la rodeó con sus brazos. El agua caía sobre los dos, y se besaron. Y no era miércoles.

—¿Cómo ha ido? — preguntó ella de nuevo.

El había leído sus labios la primera vez, pero sin pensar que le preguntaba aquello. Ahora tenía que responder.

—Creo que lo harán.

—Claro, sería absurdo que se negaran. Si esperan demasiado, la CBS les quitará la idea.

—Tienes razón -convino él, consciente de que aquella charla ponía fin a la magia de la ducha orgiástica.

—¿No hay alguna forma de decirles lo estúpidos que son?

—No. — Harvey movió la rosca de la ducha y el agua cayó en forma de fina lluvia.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo saben, porque no están jugando el mismo juego que nosotros.

—Todo depende de ti. Si insistes en hacerlo a tu manera, sólo por una vez...

El cabello de Loretta se oscurecía y mojaba bajo la ducha. Abrazó a su marido y le miró al rostro, buscando la expresión resuelta que significaría que le había convencido, que defendería sus principios y obligaría a sus superiores a enfrentarse con las consecuencias de sus errores.

—Sí, todo depende de mí, lo cual me convierte en el blanco perfecto si algo sale mal. Vuélvete y te frotaré la espalda.

Loretta se volvió. Harvey cogió el jabón. Los músculos de su rostro se distendieron, sus manos jabonosas trazaron dibujos en los resbaladizos contornos de la espalda de su esposa... lentamente, cada movimiento una caricia... pero estaba pensando. *¿No sabes lo que me harán? Nunca me despedirían, pero un día mi despacho es un cuarto para guardar las escobas, y al día siguiente la alfombra ha desaparecido. Luego mi teléfono no funciona. Y cuando no pueda más y me vaya, todo el mundo en la empresa habrá olvidado que existo. Y todavía dependemos de cada centavo que gano.*

Siempre le había encantado la espalda de Loretta. Trató de concentrarse para sentir lujuria... pero no sintió nada.

*Ella estaba interesada por el asunto desde el principio. Al fin y al cabo, se trata también de su vida. Sería injusto mantenerla al margen. Pero ella no comprenderla. ¡Puedo escamotearle a Mark el tema! Se beberá mi cerveza y hablará de cualquier otra cosa, si lo planeo bien. Pero no puedo hablar con Loretta de la misma manera... Lo que necesito es un trago.*

Loretta le enjabonó la espalda, y luego se secaron mutuamente con las grandes toallas de baño. Ella todavía trataba de decirle cómo debía enfocar la situación en la emisora. Sabía que algo iba mal y, como solía hacer, le sondeaba, intentando comprender y ayudar.

*Miríadas de órbitas más tarde, cuando los verdaderos humanos se extendían por un mundo sometido al rigor de una era glacial, el planeta negro se presentó de nuevo.*

*Ahora el cometa era más grande. Había crecido copo a copo aislado de nieve, a lo largo de mil millones de años, hasta medir siete kilómetros de un lado a otro. Pero ahora su superficie bullía en un baño de calor infrarrojo. Dentro de las capas del cometa, bolsas de hidrógeno y helio se vaporizaban y rezumaban a través de la corteza. El pequeño sol fue eclipsado. El disco negro cubrió un tercio del cielo, dejando escapar el calor de su nacimiento.*

*Luego pasó y retornó la calma.*

*El cometa se había recuperado de su paso anterior. ¿Qué son los siglos y milenios en el halo de los cometas? Pero el tiempo había llegado por fin a este cometa. El gigante negro lo había detenido al pasar por su órbita.*

*Lentamente, impulsado por el débil tirón de la gravedad solar, empezó a caer hacia el torbellino.*

## **FEBRERO: DOS**

*Parece que los planetas interiores fueron bombardeados sin cesar desde su formación. Marte, Mercurio y la luna de la Tierra han sido golpeados repetidas veces por objetos cuyo tamaño varía desde los micrometeoritos a lo que -fuera lo que fuese- chocó con la Luna y creó la gran depresión de lava llamada Oceanus Procellarum.*

*Aunque en principio se pensó que Marte, dado que estaba en el borde del cinturón de asteroides, experimentó una tasa mayor de bombardeo meteórico, el examen de Mercurio indica que Marte no es excepcional, y los planetas interiores tienen aproximadamente las mismas posibilidades de ser golpeados...*

*Mariner. Informe preliminar*

El rebosaba material del equipo: cámaras, magnetófonos, luces, reflectores y acumuladores, todos los objetos propios de una unidad móvil de televisión. El cámara Charlie Bascomb estaba en el fondo, con el técnico de sonido Manuel Arguilez. Todo era normal, excepto que Mark Czescu se hallaba en el asiento delantero cuando Harvey salió de las oficinas de la NBS.

Harvey hizo una seña a Mark, y éste le siguió. Se dirigieron hacia el lugar del aparcamiento del estudio, donde dejaban sus coches los ejecutivos de la compañía.

—Mira -dijo Harvey- tu trabajo recibe el nombre de ayudante de dirección. Eso, en teoría, te sitúa entre el personal directivo.

—De acuerdo -convino Mark.

—Pero no eres un directivo, sino el que maneja la claqueta.

—Soy un hippie -puntualizó Mark, visiblemente herido.

—No te enfades ni te pongas de malhumor. Compréndelo. Hace mucho tiempo que el equipo está conmigo. Conocen el juego. Tú no.

—Lo sé perfectamente.

—Muy bien. Puedes ser de gran ayuda. Sólo debes recordar una cosa. Lo que no necesitamos es...

—Es decir a todo el mundo cómo debe hacer su trabajo. — Sonrió de oreja a oreja-. Me gusta trabajar para ti. No lo estropearé.

—Estupendo.

Harvey no detectó signos de ironía en la voz de Mark y se tranquilizó. La realización de aquella entrevista le había preocupado, lo cual no hacía más que dificultar las cosas. En cierta ocasión, uno de

sus asociados había observado que Mark era como una jungla: no había nada malo en él, pero de vez en cuando era necesario apartarlo del camino a machetazos, pues de lo contrario envolvía a uno en sus lianas.

El furgón partió al instante. Harvey había viajado mucho en aquel vehículo: del oleoducto de Alaska al extremo inferior de la Baja California, e incluso había estado en América Central. Harvey y el furgón eran viejos amigos. Era un voluminoso International Harvester de tres plazas, con motor de camión, feo como un pecado y en el que se podía confiar plenamente. Harvey condujo en silencio hacia la autopista de Ventura y giró en dirección a Pasadena. Había poco tráfico.

—Fíjate -dijo Harvey-, siempre nos quejamos de que nada funciona bien, pero vamos a recorrer ochenta kilómetros para realizar esta entrevista, y podemos contar con que estaremos allí en menos de una hora. Cuando yo era niño, para hacer un viaje de ochenta kilómetros tenías que preparar víveres y confiar en que llegarías al anochecer.

—¿Es que ibas a caballo? — preguntó Charlie.

—No, pero en Los Angeles no había autopistas.

—Ah.

Atravesaron Glendale y giraron hacia el norte, por Linda Vista, para dejar atrás la cuenca Rose. Charlie y Manuel hablaban de unas apuestas que habían perdido hacía unas semanas.

—Tenía entendido que el Instituto Tecnológico de California era el propietario del JPL -dijo Charlie.

—Y así es -confirmó Mark.

—Pues está condenadamente lejos de Pasadena.

—Ahí es donde prueban los motores a reacción. JPL son las siglas de «Laboratorios de propulsión a reacción». Como todo el mundo consideraba esas instalaciones peligrosas, el Instituto Tecnológico levantó los laboratorios en Arroyo. — Hizo un gesto señalando las casas-. Luego construyeron el barrio más caro en esta parte de Los Angeles, precisamente alrededor de los laboratorios.

El guarda les esperaba, y les indicó un aparcamiento cerca de uno de los edificios más grandes. El JPL descansaba en la hondonada conocida como Arroyo y la llenaba con sus edificios de oficinas. Una gran torre central de acero y vidrio parecía extrañamente fuera de lugar entre las viejas estructuras «temporales» de la Fuerza Aérea construidas veinte años antes.

Fueron recibidos por una encargada de relaciones públicas que les hizo firmar en un registro de entrada y les dio tarjetas de identidad que prendieron en las solapas. El interior era parecido al de cualquier otro edificio de oficinas, aunque variaba algo: en los pasillos había rimeros de tarjetas de IBM, y casi nadie llevaba chaqueta o corbata. Pasaron junto a un enorme globo de Marte en color que acumulaba polvo en un rincón. Nadie prestó la menor atención a Harvey y sus acompañantes. No era

insólito ver a la gente de la televisión. El JPL había construido las sondas espaciales Pioneer y Mariner, y había enviado el Viking a Marte.

–Ya hemos llegado -dijo la encargada de relaciones públicas.

El despacho era agradable. Había estanterías con libros en las paredes y ecuaciones incomprensibles en las pizarras. Toda superficie plana a la vista estaba ocupada por libros, y la cara mesa de madera de teca estaba cubierta de salidas impresas de IBM.

–Doctor Sharps, está aquí Harvey Randall -dijo la señorita de relaciones públicas, quedándose cerca de la puerta.

Charles Sharps llevaba unas gafas con los extremos curvados para abarcar todo el campo de visión; muy modernistas, lograban que su pálido rostro recordara vagamente el de un insecto. Tenía el cabello negro y liso, y lo llevaba corto. Sus dedos jugaban con un rotulador o exploraban el interior de los bolsillos, pero siempre estaban en movimiento. Parecía tener unos treinta años, pero podría ser mayor, y llevaba chaqueta y corbata.

–Bueno, concretemos el asunto -dijo Sharps-. Usted desea una explicación sobre los cometas. ¿Para usted mismo o para el público?

–Ambas cosas. Que sea sencilla y comprensible, si no es mucha molestia.

–¿Mucha molestia? – Sharps se echó a reír-. ¿Por qué iba a ser mucha molestia? Su emisora dice a la NASA que quiere hacer un documental sobre el espacio y la NASA lanza cohetes. ¿Verdad, Charlene?

La señorita de relaciones públicas asintió.

–Nos han pedido que cooperemos...

–Cooperar. – Sharps se rió de nuevo-. Estaría sobre ascuas si creyera que así íbamos a conseguir un presupuesto. ¿Cuándo empezamos?

–Ahora mismo, por favor -dijo Harvey-. El equipo preparará las cosas mientras hablamos. No les haga caso. Creo que usted es aquí el experto en cometas.

–Supongo que sí -dijo Sharps-. La verdad es que me gustan los asteroides, pero alguien ha de estudiar los cometas. Supongo que está interesado sobre todo en el Hamner-Brown.

–Exactamente.

Charlie buscó la mirada de Harvey. Ya estaban listos. Harvey hizo un gesto de asentimiento que autorizaba al equipo para comenzar. Manuel escuchaba y observaba el indicador.

–Empezamos -dijo el técnico en sonido.

Mark se puso delante de la cámara.

–Entrevista a Sharps, primera toma -dijo haciendo sonar la claqueta.

Sharps se sobresaltó, como todas las personas que se someten por primera vez a una entrevista filmada. Charlie enfocó la cámara en Sharps. Ya filmaría a Harvey haciendo las preguntas más tarde, cuando Sharps no estuviera presente.

–Dígame, doctor Sharps, ¿el cometa Hamner-Brown será visible a simple vista?

–No lo sé. – Bosquejó algo inverosímil en el dorso de la salida impresa de IBM que tenía ante sí. El dibujo podría representar un par de monstruos de Loch Ness apareándose-. Dentro de un mes sabremos mucho más. Ya sabemos que se acercará tanto al sol como Venus, pero... -Se interrumpió y miró a la cámara-. ¿A qué nivel quiere que le hable?

–Al que usted quiera -dijo Harvey-. Haga que yo lo entienda y luego decidiremos cómo podemos decírselo al público.

Sharps se encogió de hombros.

–Muy bien. Tenemos el sistema solar ahí. – Señaló con la mano hacia la pared. Cerca de la pizarra colgaba un gran mapa de los planetas y sus órbitas-. Los planetas y los satélites, siempre donde tienen que estar. Cada uno de ellos realiza una complicada danza alrededor de otro. Cada planeta, cada satélite, incluso cada roca pequeña en el cinturón de asteroides, baila al son de la melodía newtoniana de la gravedad. Mercurio ha perdido un poco el paso y tenemos que revisar el espacio para hacerlo entrar en el esquema.

–¿Cómo es eso? – preguntó Harvey. El mismo hubiera preferido ocuparse de la poesía, pero qué diablos...

–La órbita de Mercurio cambia un poco cada año. No mucho, pero más de lo que Newton diría que debe cambiar. Un hombre llamado Einstein encontró una buena explicación, y de paso se las ingenió para hacer del universo un lugar más extraño de lo que era antes.

–Oh, supongo que no necesitamos la relatividad para comprender los cometas...

–No, no, pero la órbita de un cometa está determinada por algo más que la gravedad. Es sorprendente, ¿verdad?

–Sí. ¿Vamos a tener que revisar el universo de nuevo?

–¿Qué? No, es algo más sencillo. Mire... -Sharps se puso en pie de un salto y se dirigió a la pizarra. Buscó la tiza, murmurando.

–Tenga -dijo Mark, alargándole un trozo de tiza que se había sacado del bolsillo.

–Gracias. – Sharps dibujó un globo blanco y luego una curva parabólica-. Este es el cometa. Ahora pongamos los planetas. – Dibujó dos círculos-. La Tierra y Venus.

–Creía que los planetas se movían en órbitas elípticas -dijo Harvey.

–Así es, en efecto, pero a cualquier escala que dibuje no es posible ver la diferencia. Ahora observe la órbita del cometa. Ambos brazos de la curva parecen iguales, entran y salen. Es una parábola de libro de texto, ¿de acuerdo?

–Sí.

–Pero así es el aspecto real del cometa cuando cae alejándose del sol. Un núcleo denso, un coma, o manto que rodea al núcleo, de polvo fino y gas. – Dibujó de nuevo-. Y un penacho de gas y polvo que brilla mientras se aparta del sol, por delante del cometa, hacia afuera. La cola. Una gran cola, a veces de centenares de millones de kilómetros, pero que casi es un vacío. Tiene que serlo, puesto que si fuera compacta habría suficiente materia en el cometa para llenar todo ese espacio.

–Claro.

–De acuerdo. Volvamos a los libros de texto. El material que bulle sale de la cabeza del cometa y pasa a la cabellera. Es un gas tenue, formado por partículas diminutas, tan pequeñas que la luz del sol puede apartarlas. La presión de la luz del sol las aleja, de modo que la cola siempre está en la dirección opuesta al sol. ¿De acuerdo? La cola sigue al cometa al entrar en él y va por delante al salir. Pero... el material hierve de manera desigual. Cuando el cometa cae por primera vez en el sistema solar es una masa sólida. Al menos eso es lo que creemos, porque nadie lo sabe realmente. Tenemos varios modelos que concuerdan con las observaciones. A mí me gusta el modelo de la bola de nieve sucia. El cometa está formado por rocas y polvo, que forman una bola con hielos y gases helados, un poco de agua helada, metano, dióxido de carbono, hielo seco, cianógeno y nitrógeno, toda clase de material. Hay bolsas de estos gases que revientan y estallan en un sitio u otro. Es como la propulsión a chorro, y eso es lo que cambia la órbita. – Sharps siguió dibujando con la tiza, ya reducida a la mínima expresión. Guando terminó, el brazo entrante tenía unos trazos que representaban movimiento, y el brazo saliente estaba difuminado y se parecía a la cola de un cometa-. Así que no sabemos lo cerca que está de la Tierra.

–Ya lo veo. Y tampoco sabrá el tamaño que tendrá la cola.

–Exacto. Pero parece que éste es un nuevo cometa. Tal vez nunca ha viajado antes hasta acercarse al sol. No es como el cometa Halley, que viene cada setenta años y cada vez es menor. Los cometas mueren un poco cada vez que pasan cerca del sol. Pierden para siempre todo ese material de la cola, de modo que cada vez la cola es más pequeña, hasta que finalmente no queda nada más que el núcleo, formado por un montón de rocas, que ocasiona lluvias de meteoros. Algunas de nuestras mejores estrellas fugaces son trozos de antiguos cometas que caen hacia la Tierra.



–Pero éste es nuevo...

–Cierto, así que podría tener una cola espectacular.

–Creo recordar que ya se dijo eso acerca del Kahoutek.

–Y yo creo recordar que se equivocaron. ¿No hubo incluso un intento de vender medallas conmemorativas que mostrarían al Kahoutek exactamente cuando apareciera? Ya ve usted que no hay forma de saberlo. Pero me parece que el Hamner-Brown será realmente espectacular. Y debería pasar muy cerca de la Tierra.

Sharps trazó un punto dentro del curso difuminado de salida del cometa.

–Aquí es donde estaremos. Desde luego, no veremos mucho hasta que el cometa pase por encima de la Tierra, pues basta entonces tendremos que mirar directamente al sol para verlo, y será difícil de observar. Pero una vez haya pasado, será todo un espectáculo. Ha habido cometas con colas que ocupaban la mitad del cielo y podían verse a la luz del día. En este siglo tenemos que ver un gran cometa.

–Oiga, doctor -dijo Mark-. Usted ha puesto a la Tierra en medio del camino de esa cosa. ¿Podría chocar con nosotros?

Harvey se volvió y lanzó una furiosa mirada a Mark.

Sharps se había echado a reír.

–Las probabilidades de que eso no suceda son de una cifra astronómica contra uno. Usted ve la Tierra como un punto en la pizarra. En realidad, si dibujara esto a escala usted no podría ver la Tierra en el dibujo, ni tampoco el núcleo del cometa. ¿Qué probabilidades hay de que dos puntos minúsculos se encuentren? – Miró a la pizarra con el ceño fruncido-. Naturalmente, es probable que la cola nos alcance. Podría cubrírnos durante semanas.

–¿Qué ocurriría en ese caso? – preguntó Harvey.

–Ya nos alcanzó la cola del cometa Halley -replicó Mark-. No hizo daño a nadie. Unas bonitas luces y...

Esta vez la mirada de Harvey bastó para que se interrumpiera.

–Su amigo tiene razón -dijo Sharps.

«Ya lo sabía», pensó Harvey, molesto.

–Doctor Sharps, ¿por qué todos los astrónomos están tan entusiasmados con el cometa Hamner-Brown? – inquirió Harvey.

—Hombre, podemos aprender mucho de los cometas. Cosas como el origen del sistema solar. Son más antiguos que la Tierra y están formados de materia primaria. Este cometa puede haber estado más allá de Plutón durante miles de millones de años. La teoría más reciente afirma que el sistema solar se condensó de una nube de polvo y gas, un torbellino en el medio interestelar. La mayor parte de la materia se desintegró cuando el sol empezó a arder, pero todavía hay cierta cantidad en el cometa. Podemos analizar la cola, tal como hicimos con el Kahoutek, el cual no constituyó una decepción para los astrónomos. Utilizamos instrumentos de los que antes no habíamos dispuesto, como el Skylab, y muchas otras cosas.

—¿Y eso fue de utilidad? — quiso saber Harvey.

—¿Útil? ¡Fue magnífico! ¡Deberíamos hacerlo de nuevo!

—Sharps movió las manos con gestos dramáticos. Harvey lanzó una rápida mirada a su equipo. La cámara rodaba y Manuel tenía esa expresión satisfecha del técnico en sonido cuando las cosas marchaban bien en sus audífonos.

—¿Podríamos enviar a tiempo algún aparato como el Skylab? — preguntó Harvey.

—¿El Skylab? No. Pero Rockwell dispone de una cápsula Apolo que podríamos usar. Y aquí, en los laboratorios, tenemos el equipo adecuado. Hay grandes secciones propulsadoras de proyectiles militares, cosas que el Pentágono ya no necesita. Podríamos hacerlo, si nos pusiéramos ahora manos a la obra y no nos acobardáramos. — Sharps adoptó una expresión compungida-. Pero no lo haremos, y es una lástima. De esa manera podríamos aprender realmente algo del Hamner-Brown.

Una vez recogidas las cámaras y el equipo de sonido, los técnicos salieron con la señorita de relaciones públicas. Harvey se despidió de Sharps.

—¿Quiere una taza de café, Harvey? — preguntó Sharps-. No tendrá prisa, ¿verdad?

—Supongo que no.

Sharps oprimió un botón del intercomunicador.

—Larry, tráenos café, por favor. — Se volvió a Harvey-. Lo peor de todo es que la nación entera depende de la tecnología. Detenga las ruedas un par de días y se producirán alborotos. No hay ningún sitio que no esté al borde de una revolución. Piense en Los Angeles o Nueva York sin electricidad. O, a un plazo más largo, si se paralizan las fábricas de fertilizantes, o, a un plazo todavía más largo, sin nueva tecnología durante diez años. ¿Qué le sucedería a nuestro nivel de vida?

—Claro, somos una civilización altamente tecnológica...

—Sin embargo -le interrumpió Sharps con voz firme, decidido a continuar-. Sin embargo, esos malditos estúpidos no dedican su atención diez minutos al día a la ciencia y la tecnología. ¿Cuántas

personas saben lo que están haciendo? ¿De dónde proceden estas alfombras y las ropas que vestimos? ¿Qué hacen los carburadores? ¿De dónde salen las semillas de sésamo? ¿Lo sabe usted? ¿Lo sabe uno de cada treinta votantes? No dedicarán diez minutos al día a pensar en la tecnología que los mantiene vivos. No es de extrañar que el presupuesto de investigación haya sido recortado hasta quedarse en nada. Y eso tendremos que pagarlo. Un día necesitaremos algo que podría haberse creado años antes pero que no lo fue... -Se detuvo e inquirió-: Dígame, Harvey, ¿este programa suyo de televisión será algo importante o le dedicarán el presupuesto corriente de un programa científico?

—Será de primera -dijo Harvey-. Una serie sobre el valor del Hamner-Brown y, de paso, sobre el valor de la ciencia. Naturalmente, no puedo garantizar que la gente no prefiera ver reposiciones del show de Lucy Ball.

—Claro. Oh, gracias, Larry. Deja el café ahí mismo.

Harvey había esperado tazas de papel y café de máquina automática, pero el ayudante de Sharps trajo una reluciente cafetera termo, cucharillas de plata y servicio de azúcar y crema de leche en una bandeja de teca taraceada.

—Sírvase usted mismo, Harvey. Es un buen café. ¿Moka mezclado con Java?

—Exacto -dijo el ayudante.

—Muy bien. — Hizo un gesto para despedir al ayudante-. Harv, ¿por qué este súbito cambio de actitud en un medio de comunicación de masas?

Harvey se encogió de hombros.

—El patrocinador insiste en ello. Por cierto, el patrocinador es Jabones Kalva, empresa a cuyo frente se encuentra Timothy Hamner, el cual...

Un acceso de risa interrumpió a Harvey. El júbilo contorsionó el rostro delgado de Sharps.

—¡Magnífico! — exclamó, y a continuación pareció reflexionar-. Una serie. Dígame, Harv, si un político nos ayudara en el estudio, quiero decir nos ayudara mucho, ¿podría salir en la serie y obtener alguna publicidad favorable?

—Claro. Hamner insistiría en ello, y yo no tendría nada que objetar...

—Maravilloso. — Sharps alzó su taza de café-. Salud. Gracias, Harv, muchas gracias. Creo que nos veremos más.

Sharps esperó hasta que Harvey Randall hubo abandonado el edificio. Permaneció sentado, inmóvil, algo poco frecuente en él, y sintió la emoción en la boca del estómago. Aquello podría salir bien. Finalmente oprimió el botón del intercomunicador.

–Larry, ponme con el senador Arthur Jellison en Washington. Gracias.

Esperó con impaciencia hasta que sonó el teléfono.

–Ahora hablará contigo -le dijo su ayudante.

Sharps cogió el auricular.

–Aquí Sharps. – Tuvo que esperar de nuevo hasta que la secretaria le pasó al senador.

–Sí. Escucha, Art, tengo que hacerte una proposición. ¿Sabes lo del cometa?

–¿Cometa? Ah, el cometa. Es curioso que lo menciones. He conocido al tipo que lo descubrió. Resulta que es un contribuyente importante, pero nunca le había visto antes.

–Bien, escucha esto -dijo Sharps-: es importante, la oportunidad del siglo...

–Eso es lo que dijeron del Kahoutek...

–¡Al diablo con el Kahoutek! Oye, Art, ¿qué posibilidades tenemos de conseguir fondos para una sonda?

–¿Cuánto?

–Todo lo que podamos conseguir. El laboratorio puede remendar una caja negra no tripulada, algo que puede enviarse en un proyectil Thor-Delta...

–No hay problema. Puedo conseguírtelo -dijo Jellison.

–Pero eso no es todo lo que podemos conseguir. Lo que necesitamos es una sonda tripulada, digamos un par de hombres en un Apolo con cierto equipo en lugar de un tercer tripulante. Art, ese cometa va a pasar muy cerca. Desde ahí arriba podríamos obtener buenas fotografías, no sólo de la cola y la cabellera, sino que hay buenas posibilidades de obtener muestras ¡de la cabeza! ¿Sabes lo que eso significa?

–La verdad es que no, pero tú acabas de decirme que es importante. – Jellison se quedó un momento silencioso-. Lo siento. Estoy de acuerdo contigo, pero no hay ninguna posibilidad. De todos modos, no podríamos lanzar un Apolo aunque contáramos con el presupuesto...

–Sí que podemos. Acabo de comprobarlo en Rockwell. Es una misión con un índice de riesgo más elevado de lo que le gusta a la NASA, pero podríamos hacerlo. Tenemos la maquinaria...

–No importa. No puedo conseguirte un presupuesto para eso.

Sharps frunció el ceño. Sintió crecer en su estómago la mórbida emoción. Arthur Jellison era un viejo amigo, y a Charlie Sharps no le gustaba hacer chantaje, pero...

—¿Ni siquiera si los rusos envían un Soyuz?

—¿Qué? Pero ellos no van a...

—Oh, claro que sí -dijo Sharps, pensando que no era realmente una mentira, sino una suposición.

—¿Puedes probar lo que dices?

—Dentro de algunos días. Puedes contar con ello: los rusos van a subir para observar el Hamner-Brown.

—Eso me cubrirá de mierda.

—¿Cómo dices, senador?

—Que eso me cubrirá de mierda.

—Ah.

—Estás bromeando conmigo, Charlie, ¿no es así?

—No, de veras, Art. Es importante. Y de todos modos necesitamos otra misión espacial, para mantener el interés por el espacio. Tú mismo querías que se aprobara un vuelo tripulado...

—Sí, pero no tengo posibilidad de conseguirlo. — Otra pausa de silencio. Luego, hablando más para sí mismo que para Sharps, Jellison añadió:- Así que los rusos van a ir. Y sin duda lo harán a bombo y platillo.

—Estoy seguro de que lo harán así. Nuevo silencio. Charlie Sharps casi contuvo el aliento.

—De acuerdo -dijo al fin Jellison-. Husmearé en las alturas y veré qué reacciones obtengo. Pero será mejor que me des pruebas de inmediato.

—Senador, dentro de una semana te daré pruebas inequívocas.

—De acuerdo, lo intentaré. ¿Algo más?

—De momento, no.

—Muy bien. Gracias por el informe, Charlie.

La comunicación se cortó. Sharps pensó en lo abrupto que era aquel hombre. Sonrió y luego pulsó de

nuevo el botón del intercomunicador.

—Larry, quiero hablar con el doctor Sergei Fadayeve de Moscú, y ya sé la hora que es allí. Simplemente, haz que se ponga.

*La leyenda de Gilgamesh consistió en un puñado de historias inconexas que se extendieron por el semicírculo fértil de la Tierra, en Asia... y el cometa apenas había cambiado. Aún se encontraba muy lejos del torbellino. La órbita de la tuna errante llamada Plutón parecería un cuarto creciente suspendido cerca del borde, a prudente distancia. El sol, un punto excesivamente brillante, todavía irradiaba mucho menos calor a través de la corteza del cometa de lo que había irradiado el gigante negro en sus peores momentos. Ahora la corteza estaba compuesta principalmente por granizo que reflejaba la mayor parte del calor hacia las estrellas.*

*Pero el tiempo transcurrió.*

*Marte absorbió el agua en otra vuelta de su largo e imperfecto ciclo climático. Los hombres se extendieron por la Tierra, riendo y rascándose. Y el cometa siguió cayendo. Un soplo del viento solar, formado por protones a alta velocidad, desolló su corteza. Gran parte del hidrógeno y el helio contenido en sus capas se había disipado. El torbellino se acercaba.*

## MARZO: UNO

*Y el Señor colgó un arcoiris como señal, La próxima vez no será agua sino fuego.*

Canto espiritual tradicional

Mark Czescu miró la casa y emitió un silbido. Era de estilo Tudor californiano, de estuco blanquecino con macizas vigas de madera insertas en los ángulos, de auténtica madera. Algunos lugares, como Glendale, tenían el mismo estilo de casa con vigas de imitación en madera contrachapada, pero no Bel Air.

La casa destacada por su tamaño entre todas aquellas casas notablemente grandes. Mark pulsó el timbre de la puerta de entrada, que fue abierta al instante por un hombre joven de largos cabellos y fino bigote, el cual miró los bastos pantalones de Mark, sus botas y las grandes cajas marrones que había dejado en el porche.

—No necesitamos nada -le dijo.

—No vendo nada. Soy Mark Czescu, de la NBS.

—Oh, perdone. Suele venir toda clase de gente a vender cosas. Pase, por favor. Me llamo George y ayudo en la casa. — Levantó una de las cajas—. Cómo pesa.

—Sí -convino Mark, mirando a su alrededor. Había cuadros, un telescopio, globos de la Tierra, Marte y la Luna, estatuillas de cristal, piezas de cristal de Steuben, recuerdos de viajes. La sala había sido dispuesta como para una representación teatral, con los sofás de cara al receptor de televisión-. Debe haber sido muy duro mover todo esto.

—Desde luego. Deje la caja ahí. ¿Se trata de algo complicado?

—No, si uno entiende de grabadores de vídeo.

—Yo debería entender -dijo George-. Soy estudiante de teatro, de la UCLA. Pero todavía no hemos cursado esas técnicas. Usted podría enseñarme.

—¿Va usted a manejarlo esta noche?

—No, tengo un ensayo, *El pato salvaje*, con un buen papel. El señor Hamner lo hará.

—Entonces le enseñaré a él.

—En ese caso tendrá que esperar. Aún no ha llegado a casa. ¿Le apetece una cerveza?

—Me irá muy bien. — Mark siguió a George a la cocina, una estancia grande con cromo brillante y fórmica por doquier. Tenía dos picas, dos hornos de gas y dos cocinas económicas. Un largo mostrador exhibía bandejas de canapés cubiertos con papel de celofán. Había también una mesa y estantes con libros de cocina, las últimas novelas de acción de Travis McGee y *Un actor se prepara* de Stanislavski. Sólo las novelas y el libro de Stanislavski mostraban signos de haber sido usados-. Hubiera pensado que Hamner buscaría para que le ayudara a un estudiante de astronomía...

—El chico anterior lo era -dijo George mientras sacaba latas de cerveza del frigorífico-. Se peleaban mucho.

—Así que Hamner lo despidió.

—No, lo envió a su centro en las montañas. A Hamner le gusta pelear, pero no cuando está en casa. Es fácil trabajar para él. Tengo televisor en color en mi habitación y puedo usar la piscina y la sauna.

—Vaya, esto es una bicoca. — Mark tomó un sorbo de cerveza-. Aquí deben celebrarse fiestas cada dos por tres.

George se rió.

–Qué va. Sólo hay fiestas cuando traigo a compañeros de reparto. O parientes, como esta noche.

Mark miró a George cuidadosamente: el fino bigote, los finos rasgos del actor. Le acometió un súbito pensamiento.

–¿Hamner es marica o algo por el estilo?

–No, por Dios -replicó George-. No. Lo que ocurre es que no sale mucho. Le busqué un ligue con la segunda actriz de nuestra última obra. Una buena chica, de Seattle. Hamner salió con ella un par de veces y luego, nada. Irene dijo que fue cortés y un perfecto caballero hasta que estuvieron solos. Entonces se abalanzó sobre ella.

–Ella debió haberse abalanzado a su vez.

–Eso es lo que le dije, pero no lo hizo. – George inclinó la cabeza a un lado-. Vaya, ya ha llegado el señor Hamner. Reconozco el ruido del motor.

Tim Hamner se dirigió a la puerta lateral y entró en el pequeño apartamento que consideraba su hogar. Era la parte de la casa que le parecía más cómoda, aunque utilizaba todo el edificio. A Hamner no le gustaba su casa. Había sido elegida por los administradores del dinero de su familia a causa de su valor de reventa, y se notaba. Aquel lugar proporcionaba a Hamner mucho espacio para exhibir las cosas que coleccionaba, pero no parecía un hogar.

Se sirvió un whisky y se dejó caer en un sillón, colocando los pies en un taburete a juego. Se sentía bien tras haber cumplido con su deber. Había asistido a una reunión de directores, escuchado todos los informes y felicitado al presidente de la empresa por los beneficios del trimestre. Tim tenía una inclinación natural a dejar que quienes les gustaba jugar con el dinero lo hicieran, pero un primo suyo había perdido toda su fortuna de esa manera. Nunca estaba de más hacer saber a los directivos financieros que uno miraba por encima de su hombro.

Pensar en la reunión le hizo recordar a la secretaria de la oficina, que había charlado animadamente con Tim antes de la reunión, pero cuando la invitó a cenar al día siguiente ella adujo una cita. Tal vez era cierto que estaba citada con alguien. Había sido muy cortés, pero le había rechazado. Tal vez, pensó, tal vez debía haberle pedido que salieran el viernes, o la próxima semana. Pero si ella le hubiera dicho que no, entonces no habría tenido duda de la razón de su negativa.

Oyó que George hablaba con alguien en la sala de estar y se preguntó quién podría ser. George no le molestaría hasta que saliera de aquel lugar. Aquello era lo bueno de su casa: podía disponer del pequeño apartamento para él solo. Entonces recordó que el visitante debía ser el hombre de la NBS, el cual traería las escenas cortadas, las que a Tim le gustaban pero que no saldrían en el documental. Se levantó entusiasmado y empezó a cambiarse de ropa.

Penelope Wilson llegó cerca de las seis. Jamás respondía al diminuto Penny. Su madre había insistido



en que no lo hiciera. Al verla a través de la mirilla de la puerta, Tim Hamner recordó que también había renunciado a Penelope y utilizaba sólo su segundo nombre, el cual no podía recordar.

«Sé valiente», pensó. Abrió la puerta y, sin ocultar su desconcierto, espetó a la muchacha:

—¡Rápido! ¿Cuál es tu segundo nombre?

—Joyce. Hola, Tim. ¿Soy la primera en llegar?

—Sí. Vaya, estás muy elegante -observó él, ayudándola a quitarse la chaqueta.

La conocía desde siempre, es decir, desde la escuela primaria. Penelope Joyce había asistido a la misma escuela preparatoria de niñas que la hermana de Tim y media docena de primas. Ella era la más fea, con su ancha boca, su mandíbula demasiado cuadrada y una figura de la que lo más amable que podría decirse es que era robusta. Pero en la universidad había empezado a mejorar.

Aquella noche estaba realmente elegante. Su cabello era largo y ondulante, y estaba muy bien arreglado. El corte de su vestido era impecable, y de un color y textura suaves a la vista. Tim sintió deseos de tocarlo. Había vivido con su hermana lo suficiente para saber que conseguir aquel efecto debía costar mucho tiempo, aun cuando él no tuviera la menor idea de cómo lo hacía.

Tim deseó que la aprobación de la muchacha fuera total. Esperó mientras ella inspeccionaba su sala de estar, preguntándose por qué no la había invitado hasta entonces. Finalmente, ella le miró con una expresión que no había vuelto a ver en ella desde los tiempos escolares, cuando ella se erigió en juez de toda moral.

—Es bonita esta habitación -aprobó, y a continuación soltó una risita tonta que dio al traste con su pose.

—Me alegro de que te guste. En serio, me alegro mucho.

—¿De veras? ¿Tan importante es mi opinión? —dijo ella, bromeando todavía con las expresiones faciales de su infancia.

—Sí. Dentro de unos minutos toda la maldita familia estará aquí, y la mayoría de ellos no han visto este lugar. Tú piensas como ellos, así que, si a ti te gusta, a ellos también les agradará.

—Ya. Creo que me merecía eso.

—Eh, no quería decir...

Ella le interrumpió con su risa. Tim le alargó un vaso y se sentaron.

—He estado pensando... -dijo ella en tono meditativo-, ¿por qué me has pedido que venga esta noche cuando hace al menos dos años que no nos vemos?

Tim estaba preparado en parte para esa pregunta. Ella siempre había sido directa, y decidió ser franco.

—Pensé en quién quería que viniera esta noche, para mayor satisfacción de mi ego, porque nada me satisfará tanto como hablar de mi cometa. Pensé en Gil Waters, el número uno de mi clase en Cate, en mi familia y en ti. Entonces me di cuenta de que pensaba en todas las personas a las que más quería impresionar.

—¿A mí también?

—Exacto. ¿Recuerdas que solíamos charlar? Y yo nunca pude decirte lo que quería hacer con mi vida. El resto de mi familia, todos aquellos con quienes me crié, ganan dinero, coleccionan obras de arte o coches de carreras, o hacen algo. Pero yo... yo sólo quiero observar el cielo.

Ella sonrió.

—Me siento realmente halagada, Tim.

—Estás elegante de veras. ¿Ese vestido es creación propia?

—Sí, gracias.

Era agradable charlar con aquella muchacha. Tim lo consideraba un delicioso redescubrimiento cuando sonó el timbre de la puerta. Los demás habían llegado.

Fue una velada placentera. Los proveedores habían hecho bien su trabajo, de modo que no hubo problema alguno con la comida, incluso sin la ayuda de George. Tim se relajó y descubrió que se divertía.

Los demás escucharon. Nunca lo habían hecho hasta entonces. Escucharon a Tim, que les contaba cómo lo había logrado: las horas de observación, bajo el frío y la oscuridad, estudiando diseños estelares y manteniendo el registro al día; las horas interminables revisando fotografías, todo ello sin ningún resultado, excepto la alegría de conocer el universo. Y ellos le escucharon, incluso Greg, quien no solía ocultar lo que le inspiraban los hombres ricos que no prestaban la atención adecuada a su fortuna.

No era más que una reunión de familia en la sala de estar de Tim, pero se sentía exaltado, nervioso, con todos sus sentidos alerta. Vio cómo Barry sonreía y meneaba la cabeza, y por estos gestos pudo leer su mente: ¡Vaya forma de emplear la vida! Tim pensó que en realidad le envidiaba, y aquello le encantó. Alzó la vista para mirar el rostro burlón y divertido de su hermana. Jill siempre había sido capaz de decir lo que Tim estaba pensando. Había estado más unido a ella que a su hermano Pat. Pero fue este último quien le acorraló detrás del bar para hablarle.

—Me gusta este sitio -le dijo-. Mamá no sabe cómo juzgarlo. —Ladeó la cabeza para señalar a su madre, que paseaba por la estancia mirando los diversos objetos-. Apuesto a que sé lo que está pensando. ¿Lo haces?

–¿Hacer qué?

–Traer chicas aquí... Orgías salvajes.

–Eso no es asunto tuyo.

Pat se encogió de hombros.

–Lástima. Sabes, hay veces en que desearía... Bah, al diablo con ello. Pero tendrías que aprovecharte mientras puedas. Tu libertad no va a durar para siempre. Mamá tomará cartas en el asunto.

–Sí, claro -dijo Tim. ¿Por qué diablos Pat tenía que sacar el tema a colación? Ya lo haría su madre, antes de que finalizara la velada. Timmy, volvería a preguntarle, ¿por qué no te has casado todavía?

Un día responderé, se dijo Tim. Un día le diré: «Porque cada vez que encuentro una chica con la que creo que podría vivir, tú la asustas tanto que echa a correr. Esa es la razón.»

–Aún tengo apetito -anunció Penelope Joyce.

–Dios mío. – Jill le dio unas palmaditas en el vientre-. ¿Dónde lo metes? Quiero saber tu secreto. Pero no me digas que es tu ropa. Según Greg, no podemos permitirnos tus creaciones.

Penelope cogió la mano de Tim.

–Vamos, enseñame dónde está el maíz. Yo preparo las palomitas. Tú saca los platos.

–Pero...

–Ellos mismos se servirán bebidas. – Condujo a Tim a la cocina-. Dejemos que hablen de ti mientras no estás presente. Te admirarán todavía más. Después de todo, esta noche eres la estrella.

–¿Lo crees así? – preguntó, mirándola a los ojos-. Nunca sé cuándo me tomas el pelo.

–Es una suerte. ¿Dónde está la mantequilla?

La exhibición fue magnífica. Tim lo supo cuando vio a su familia contemplarla, mirándole *a él* en el televisor.

Randall había recorrido el mundo y mostraba astrónomos aficionados que observaban el cielo.

–La mayoría de los cometas han sido descubiertos por aficionados -decía la voz de Randall-. El público casi nunca aprecia hasta qué punto estos observadores del cielo ayudan a los grandes observatorios. Naturalmente, algunos de estos aficionados no son tales.

La escena terminaba con la imagen de Tim Hamner enseñando su observatorio en la montaña, y a su ayudante, Marty, que demostraba el funcionamiento del equipo. Tim había pensado que la secuencia sería demasiado corta, pero cuando vio a su familia contemplándole y como, al terminar, parecían ansiosos por ver más, se dio cuenta de que Harv Randall había tenido razón. Siempre hay que dejar al público con deseos de ver más. La voz de Randall proseguía:

—Y algunos son más aficionados que otros. — La cámara se centró en un sonriente muchacho junto a un telescopio. El aparato parecía de alcance, pero no cabía duda que era de fabricación casera-. Gavin Brown, de Centerville, Iowa. Gavia, ¿cómo es que buscabas cometas en el momento y lugar apropiados?

—Nos los buscaba. — La voz de Brown no era agradable. Era joven, tímido y hablaba demasiado alto-. Hice algunos ajustes en el aparato porque quería observar Mercurio a la luz del día, pero hay que tenerlo todo perfectamente ajustado para encontrar a Mercurio, pues está muy cerca del sol, y...

—Así que descubriste el cometa Hamner-Brown por casualidad -dijo Harvey Randall.

Greg McClave se echó a reír. Jill dirigió una dura mirada a su marido.

—Dime, Gavin -preguntó Randall-. Puesto que no viste el cometa hasta bastante después que el señor Hamner, pero informaste de él casi al mismo tiempo, ¿cómo supiste que era un cometa nuevo?

—Era algo que no tenía que estar allí.

—¿Quieres decir que conoces todo lo que ha de estar ahí? — La pantalla mostró una fotografía del cielo alrededor del cometa Hamner-Brown. Estaba lleno de estrellas.

—Claro, como todo el mundo, ¿no?

—Es cierto -dijo Tim a los demás-. Estuvo aquí una semana, y juro que es capaz de dibujar mapas estelares de memoria.

—¿Estuvo aquí? — preguntó la madre de Tim.

—Sí, en el cuarto de los invitados.

La madre de Tim dirigió una mirada inquisitiva al televisor.

—¿Adonde ha ido George esta noche? — preguntó Jill-. ¿Tenía otra cita? Mamá, ¿sabías que el ayudante de Tim ha estado saliendo con Linda Gillray?

—Dame palomitas -pidió Penelope Joyce-. ¿Dónde está Brown ahora, Tim?

—Ha vuelto a Iowa.

–¿Esos anuncios venden mucho jabón? – preguntó Greg, señalando el televisor.

–Kalva va muy bien -replicó Tim-. El año pasado vendimos el veintiséis coma cuatro por ciento del mercado.

–Vaya, deben ser mejores de lo que creía -comentó Greg-. ¿Quién es tu publicitario?

El programa continuó. Tim Hamner ya no aparecía mucho más. Una vez descubierto, el cometa Hamner-Brown pertenecía al mundo. Ahora la estrella del programa era Charles Sharps, quien hablaba de los cometas y de la importancia de conocer el sol, los planetas y las estrellas. Tim no estaba decepcionado, pero pensó que los demás sí lo estaban, con excepción de Pat, quien contemplaba a Sharps y asentía con la cabeza. En una ocasión, Pat alzó la vista y dijo:

–Si hubiera tenido un profesor de ciencias como él en mi primer año de colegio superior, yo mismo habría descubierto un cometa. ¿Le conoces bien?

–¿A Sharps? Nunca he hablado con él. Pero sale más en las cintas de vídeo, y yo también.

Greg echó un vistazo al reloj.

–He de estar en la oficina a las cinco de la madrugada. El mercado se está volviendo loco. Y después de este programa, irá peor.

–¿Eh? ¿Por qué lo dices? – preguntó Tim con el ceño fruncido.

–Cometas, signos en el cielo -dijo Greg-, portentos de cambios malignos. Te sorprendería saber cuántos inversores se toman estas cosas en serio. Y no hablemos del diagrama que ha dibujado el profesor. El que mostraba al cometa chocando con la Tierra.

–Pero no chocaba -protestó Pat.

–¡Tim! ¿Podría chocar? – preguntó su madre.

–¡Claro que no! ¿No habéis oído? Sharps ha dicho que hay miles de millones de posibilidades de que choque contra una.

–Lo he visto -dijo Greg-. Y él ha dicho que, a veces, los cometas chocaron con la Tierra. Y este pasará cerca.

–Pero no quería significar eso -protestó Tim.

Greg se encogió de hombros.

–Conozco el mercado. Tengo que estar en la oficina cuando abra la bolsa...

Sonó el teléfono, y Tim pareció sorprenderse. Antes de que tuviera tiempo de levantarse, Jill respondió. Escuchó un momento y luego pareció también sorprendida.

—Quieren saber si pueden pasar una conferencia de Nueva York.

—¿Eh? — Tim se levantó para atender al teléfono. Escuchó, mientras en la pantalla de televisión un funcionario de la NASA explicaba cómo sería posible, sólo posible, enviar una sonda para estudiar el cometa. Tim colgó el auricular.

—Pareces aturdido -le dijo Penelope Joyce.

—Lo estoy. Era uno de los productores. Quieren que salga en el «Show de medianoche», junto con el doctor Sharps. Mira por dónde al fin voy a conocerle, Pat.

—Yo veo ese programa todas las noches -dijo la madre de Tim en tono admirativo. La gente que salía en el «Show de medianoche» era importante.

El documental de Randall terminaba de una manera apoteósica, con fotografías del sol y las estrellas tomadas por el Skylab y un elocuente ruego para que se enviara una sonda tripulada a explorar el cometa Hamner-Brown. Tras el último anuncio comercial, la familia empezó a despedirse. Una vez más, Tim se percató de lo poco que tenían en común. ¿De qué hablar con el gerente de una agencia de bolsa o con un constructor de casas, aunque fueran su cuñado y su hermano? Al fin se quedó a solas con Penelope Joyce, y le preparó una bebida.

—¿Sabes? — le dijo a la muchacha-. Me siento como en la noche de estreno de una mala comedia.

—Como una de aquellas obras de ciencia ficción que solíamos ver. ¿Recuerdas la que trataba de la invasión de la ciudad por los «guardianes del recinto sagrado»?

Tim se echó a reír.

—Ah, sí. No he visto *Iluminad el cielo* desde... Dios mío, desde que estuviste enrolada en aquel grupo teatral durante las vacaciones de verano. Tienes razón. Este programa ha sido algo parecido.

—¡Bah!

—¿Bah?

—Sí, ¡bah! Siempre has pensado así sin ninguna razón para ello, y ahora tampoco la tienes. Puedes estar orgulloso, Tim. ¿Qué harás ahora? ¿Buscar otro cometa?

—No, creo que no. — Exprimió una lima en el gintonic de la muchacha y le alargó la bebida-. No lo sé. No domino lo bastante bien la teoría para hacer realmente lo que quiero.

—Entonces, aprende la teoría.

—Tal vez. — Se sentó al lado de ella—. De todos modos, habré entrado en los libros de historia. Salud.

Penelope alzó el vaso, respondiendo al brindis. No se burlaba de él.

—Salud.

—Lo seguiré hasta donde vaya, haga lo que haga. Randall quiere otro documental, y lo haremos, si no nos regañan demasiado.

—¿Si no te regañan? ¿Te preocupa eso?

—Me estás tomando el pelo de nuevo.

—Esta vez no.

—Humm. Bien. Apoyaré financieramente otro documental. Porque lo quiero así. Haremos cuanto podamos para conseguir el envío de una sonda espacial. Si la publicidad es suficiente, podríamos lograrlo. Y ese Sharps realmente entiende de cometas.

Ella le puso una mano en su brazo.

—Adelante, Tim. Ninguno de los que esta noche han estado aquí ha realizado la mitad de lo que quiere hacer. Tú ya has conseguido tres cuartas partes, y has empezado a obtener el resto.

El la miró y pensó que si se casara con ella su madre soltaría un gran suspiro de alivio. Pertenecía a una clase limitada de mujeres todas las cuales parecían conocer a su hermana Jill. Habían ido al este para estudiar en la universidad, y a Nueva York en vacaciones. Habían roto las mismas reglas, no temían a sus madres, eran hermosas y temibles. El impulso sexual de un muchacho adolescente era demasiado poderoso, demasiado fácil de torcer y reprimir. Convertía la belleza de una mujer joven en una llama, y cuando a la llama se unía una total confianza en sí misma... una muchacha como cualquiera de las amigas de Jill podría ser algo temible para un chico que jamás había creído en sí mismo.

Joyce no era temible, porque no era lo bastante bonita.

Ella frunció el ceño.

—¿En qué estás pensando?

Oh, no, no podía responder a aquella pregunta.

—Recordaba muchas cosas.

¿Acaso le habían dejado deliberadamente a solas con Joyce? Desde luego, ella se había quedado después de que todos los demás se marcharan. Si él ahora diera un paso...

Pero no tenía valor para hacerlo. O, se dijo a sí mismo, la amabilidad necesaria. Joyce era elegante, sí, pero uno no se acuesta con un jarrón de cristal de Steuben. Se levantó y fue al grabador de vídeo.

—¿Quieres ver algunas de las otras escenas?

Ella vaciló un momento. Le miró atentamente y luego, con idéntico cuidado, vació su vaso y lo dejó sobre la mesita.

—Gracias, Tim, pero será mejor que me vaya a dormir. Mañana tengo mucho trabajo.

Se despidió sonriente, y Tim pensó que su sonrisa era un poco forzada.

*El torbellino estaba intolerablemente atestado. Masas de todos los tamaños se arremolinaban, curvando el espacio en una compleja topología que cambiaba sin cesar. Los satélites y planetas interiores estaban llenos de cicatrices: cráteres bajo las atmósferas de la Tierra y Venus, desnudos muros circulares y lagos helados de magma extendidos de un lado a otro en las superficies de Marte, Mercurio y la luna de la Tierra.*

*Aquí existía incluso la posibilidad de huida. Los campos de gravedad alrededor de Saturno y Júpiter podían arrojar de nuevo un cometa hacia el frío y la oscuridad. Pero Saturno y Júpiter estaban mal colocados, y el cometa continuó cayendo, acelerando, hirviendo.*

*¡Hirviendo! Bolsas de sustancias químicas volátiles estallaron y arrojaron chorros de polvo y cristales de hielo. Ahora el cometa se movía en una nube radiante que podría haberlo protegido del calor, pero no lo hizo, sino que la niebla captó la luz del sol a través de millares de kilómetros cúbicos y la reflejó de nuevo sobre la cabeza del cometa desde todas direcciones.*

*El calor en la superficie del núcleo fue absorbido hacia el interior. Más bolsas de gas se rompieron y actuaron como toberas de maniobras en una nave espacial, lanzando la cabeza del cometa a un lado y a otro. Las masas tiraban de él al pasar, perdido, ciego, cayendo... El cometa moribundo cayó más allá de Marte, invisible dentro de una nube de polvo y cristales que tenía el mismo tamaño de Marte.*

*En la Tierra, un telescopio lo descubrió como un punto difuminado cerca de Neptuno.*

## **MARZO: INTERLUDIOS**

*Ninguno de los astronautas caminó sobre roca lunar sólida, porque en todos los lugares a los que*



*fueron había «suelo» bajo sus pies. La presencia de esta capa de polvo se debe a que la Luna ha sido bombardeada por meteoritos a lo largo del tiempo geológico. Los continuos impactos han pulverizado de tal manera la superficie que han creado una capa residual de cascotes rocosos de varios metros de espesor.*

Dr. John A. Wood, Instituto Smithsonian

Fred Lauren realizó delicados ajustes en el telescopio. Era un instrumento de gran tamaño, un refractor de diez centímetros sobre un pesado trípode. El piso le costaba demasiado dinero, pero lo necesitaba por el lugar en que se hallaba. Sus únicos muebles eran un sofá barato, algunos cojines en el suelo y el gran telescopio.

Fred observó una ventana a oscuras a unos cuatrocientos metros de distancia. Ella debería volver pronto a casa, como siempre. ¿Qué podría estar haciendo? Se había marchado sola, pues nadie se había presentado para buscarla. La idea le asustó primero y luego le hizo sentirse angustiado. ¿Y si hubiera encontrado un hombre en alguna parte? ¿Si hubieran ido a cenar y luego a su apartamento? En aquel momento el desconocido podría estar tocándole los pechos con sus puercas manos. Tendría unas manos velludas, ásperas, como las de un mecánico, y las deslizaría hacia abajo, acariciándole la suave curva de su vientre.

¡No! Ella no era de esas, no dejaría que nadie le hiciera algo así, de ninguna manera.

Pero todas las mujeres lo hacían. Incluso su madre. Fred Lauren se estremeció. Un recuerdo que rechazaba le vino a la mente. Se vio cuando tenía nueve años recién cumplidos, el día que entró en la habitación de su madre para pedirle que rezara con él, y la encontró tendida en la cama, con el hombre al que llamaba tío Jack encima de ella, emitiendo quejidos y retorciéndose, y el tío Jack había saltado del lecho.

—¡Maldito bastardo, voy a cortarte los testículos! ¿Quieres mirar? ¡Ya lo creo que vas a mirar! ¡Quédate ahí, y si dices una palabra te cortaré lo que tienes entre las piernas!

El había mirado, y su madre dejó que aquel hombre...

La ventana se iluminó. ¡Ella había vuelto a casa! Fred contuvo el aliento. ¿Estaría sola?

La mujer llevaba una gran bolsa de víveres, que dejó en la cocina. Fred pensó que a continuación se serviría una copa. Ojalá no bebiera tanto. Parecía fatigada. La observó mientras ella se preparaba un martini y llevaba la coctelera a la cocina. Fred no la siguió con el telescopio, aunque podría haberlo hecho. Prefería esperar.

Ella tenía un rostro triangular, con grandes pómulos, la boca pequeña y grandes ojos oscuros. Su cabello rubio, largo y flotante, estaba teñido. Su vello púbico era muy negro. Fred le había perdonado aquella pequeña decepción, pero al principio le había sorprendido.

Regresó con la coctelera y una cuchara de cristal. En una tienda de regalos, en la misma calle, había una cuchara para cóctel de plata, y Fred la miraba a menudo, tratando de reunir el valor suficiente para comprársela. Tal vez ella le invitaría a su apartamento. Pero no lo haría hasta que él le hiciera regalos, y él no podría hacerlo porque sabía lo que a ella le gustaba y, naturalmente, ella querría saber cómo se había enterado. Fred Lauren alargó la mano para tocar a la mujer a través del espejo mágico de su telescopio... pero sólo mentalmente, sólo en su anhelo desesperado.

Ahora, ahora iba a hacerlo. Ella no tenía suficientes vestidos buenos para llevar al trabajo. Trabajaba en un banco, y aunque los bancos permiten que las chicas lleven pantalones y todas las cosas desagradables con que las chicas se visten últimamente, ella no lo hacía. Colleen era distinta. Fred sabía su nombre. Quería abrir una cuenta en su banco, pero no se atrevía. Ella se vestía bien para lograr ascensos y había sido promovida a la sección de cuentas nuevas, y Fred no podría hablarle allí. Estaba orgulloso de su ascenso, pero hubiera preferido que siguiese de cajera, porque entonces él podría entrar, acercarse a su ventanilla y...

Ella se quitó el vestido azul y lo colgó cuidadosamente en el único armario. Su piso era muy pequeño, constaba sólo de una habitación con un baño y una cocina y comedor juntos. Dormía en el sofá.

Sus enaguas estaban raídas. El la había observado mientras las remendaba por la noche. Bajo las enaguas llevaba unas bragas negras con puntillas. Fred podía ver el color a través de las enaguas. A veces, las bragas eran rosas con listas negras.

Pronto se daría un baño. Los baños de Colleen eran prolongados. Fred podría trasladarse a su casa y llamar a la puerta antes de que ella hubiera terminado. Sin duda abriría la puerta, porque confiaba en la gente. Una vez había abierto la puerta vestida sólo con una toalla, dejando atónito al empleado de la telefónica que había llamado, y otra vez fue el vigilante del edificio. Fred supo que podía imitar la voz del vigilante. Le siguió a un bar y le oyó hablar. Ella abriría la puerta...

Pero no podía hacerlo. Sabía lo que haría si ella le abría la puerta. Sabía lo que ocurriría después. Esa sería la tercera vez, el tercer delito sexual. Entonces le encerrarían con todos aquellos hombres, aquellos animales. Fred recordaba lo que los hombres enjaulados le habían llamado y cómo se habían aprovechado de él. Gimoteó y ahogó el sonido, como si ella pudiera oírle.

La mujer se puso una bata. Mientras se hacía la cena en la cocina, se sentó en el sofá y encendió el televisor. Fred cruzó la habitación para encender su propio aparato y sintonizar el mismo canal, y luego regresó rápidamente al telescopio. Ahora podía mirar por encima del hombro de la mujer, ver la imagen de su televisor y escuchar el sonido, y era como si Fred y su chica estuvieran juntos viendo la televisión.

Era un programa sobre un cometa.

Las manos del hombre eran grandes, esbeltas, suaves, más fuertes de lo que parecían. Se movían expertamente sobre el cuerpo de Maureen. Ella gimió y de súbito atrajo al hombre hacia sí,

arqueándose y envolviéndole entre sus largas piernas. El la apartó poco a poco y siguió acariciándola, actuando sobre ella como... las toberas de un módulo lunar. Aquella imagen extraña y discordante permaneció en su mente, mientras los labios y la lengua del hombre exploraban sus senos. Llegó por fin el momento, y ella pudo perderse en él. Ahora no pensaba en ninguna técnica, pero él la tenía. Nunca perdía el dominio de sí mismo. No terminaría hasta que ella lo hubiera hecho, podía estar segura de ello, y ahora no había tiempo para pensar, sólo las oleadas de una sensación estremecedora...

Le pareció como si volviera a casa después de un largo viaje.

Permanecieron tendidos, cada uno respirando el aliento del otro. Finalmente, él se movió. Maureen le cogió por los cabellos rizados, alzándole la cabeza. De pie, aquel hombre tenía su misma estatura: los astronautas no suelen ser muy altos. Cuando estaba encima de ella, su cabeza le llegaba a la garganta. Ella se incorporó para besarle y exhaló un suspiro de satisfacción.

Ninguna idea extraña cruzaba ya la mente de Maureen. Ojalá le amara, se dijo. ¿Por qué no le quiero? ¿Porque es tan vulnerable?

—Dime, Johnny. ¿Tu mente se distrae alguna vez?

El pensó la pregunta antes de responderla.

—Cuentan una anécdota de John Glenn... -Se apoyó en un codo-. Los médicos espaciales trataban de averiguar todo lo que podríamos soportar sin perder eficacia. Había un montón de cables conectados al cuerpo de Glenn para que pudieran observar los latidos de su corazón y la respiración mientras se entrenaba en un simulacro de vuelo Géminis. De improviso empezaron a arrojar un chorro de virutas de hierro que caían sobre una bandeja metálica en movimiento, justo a su espalda. El ruido era infernal, y siguió durante mucho rato. El corazón de Glenn se sobresaltó y aparecieron grandes alteraciones en la representación gráfica, pero él ni siquiera se movió. Continuó entrenándose durante todo el programa y al final llamó a los médicos hijos de perra.

Esperó a que ella terminara de reír y luego, un poco tristemente, añadió:

—No podemos distraernos. Oye, si vamos a ver tu programa debemos levantarnos.

—Supongo que sí. Tú primero.

—De acuerdo. — Se inclinó para besarla de nuevo y saltó de la cama.

Ella oyó el ruido de la ducha y pensó en unirse a él, pero ahora Johnny no estaría interesado. Había dicho algo inconveniente y ahora él estaría recordando su frustrada carrera, frustrada no porque hubiera cometido algún error, sino porque el país había dejado en suspenso la exploración espacial.

Encontró su bata en el lugar donde él, previsoriamente, la había dejado. *No podemos distraernos*. Cada cosa a su tiempo, y hacerla perfectamente. Tanto si se paseaba a lo largo de un Skylab averiado para

repararlo en órbita como si dirigía una aventura amorosa, lo hacía correctamente. Y nunca tenía prisa.

Cuando se conocieron, Baker estaba en la oficina astronáutica de Houston, y le nombraron agente de enlace entre el senador Jellison y el grupo. Johnny Baker tenía esposa y dos hijos adolescentes, y se había portado como un perfecto caballero, llevando a Maureen a cenar cuando convocaban al senador, acompañándola durante la semana que el senador estaba en Washington, llevándola a Florida para ver un lanzamiento...

Fue un perfecto caballero hasta el momento en que tuvieron que regresar a la habitación de su hotel, donde ella se había dejado el monedero, y todavía no estaba segura de quién había seducido a quién. Maureen no se acostaba con hombres casados. No le gustaba acostarse con hombres a los que no amaba. Pero, dejando el amor aparte, había algo en Johnny que le atraía, y Maureen estaba indefensa ante ello. Aquel hombre tenía un solo objetivo y la capacidad de ir tras él a toda costa. Por otra parte, ella era joven, había estado casada una vez y no había hecho ningún voto de castidad. Al diablo con lo que pensarán los demás. Maureen saltó de la cama y conectó el televisor, para romper la cadena de pensamientos, pero éstos siguieron agolpándose en su mente. «No soy una puta, se dijo. El se divorciará la semana próxima, y yo no tengo nada que ver con ello. Ann nunca estuvo enterada de nuestra relación, y sigue sin saberlo. Pero es posible que, de no ser por mí, él no la hubiera dejado marchar. Puede que yo tenga la culpa, pero ella nunca lo ha sabido. Todavía somos buenas amigas.»

Ann le había dicho que su marido ya no era el mismo.

—Ha cambiado desde la misión espacial. Anteriormente nuestra vida fue dura, porque él estaba constantemente entrenándose y nos veíamos poco, pero aún me pertenecía un poco. Después tuvo su oportunidad, todo salió bien y mi marido se convirtió en un héroe... pero lo perdí.

Ann no podía comprenderlo. Maureen, sí. El cambio no se debía a la misión espacial, sino a que ya no había más misiones. Johnny Baker había trabajado toda su vida, se había entrenado intensamente para una sola cosa, y ya nadie iba a repetirla...

Una meta en la vida. Un poco a la manera de Tim Hamner. Johnny tuvo una meta, y a lo mejor Maureen había tratado de participar un poco de ella. Pero ahora Johnny había agotado aquella meta, y lo más importante en la vida de Maureen Jellison era la lucha con una estúpida dama de Washington. Todavía se sentía molesta cada vez que pensaba en ello.

La dama se llamaba Annabelle Cole y era una mujer liberada. Seis meses atrás se había interesado por la extinción del caracol, y dentro de seis meses puede que le preocupara el declive de la tradición artística entre los aborígenes australianos. De momento se limitaba a culpar a los hombres de todo lo malo que había ocurrido en el mundo. Nadie replicaba a sus excentricidades. No se atrevían. No eran pocos los negocios que se concretaban en las fiestas de Annabelle.

Maureen debió mostrarse desagradable la noche en que Annabelle la abordó en busca del apoyo de su padre. Quería que el Congreso destinara fondos para el estudio de matrices artificiales, a fin de liberar a las mujeres de la esclavitud a sus cuerpos súbitamente alterados. Y Maureen le dijo que tener bebés formaba parte de la relación sexual y que si deseaba librarse del embarazo podía dejar de hacer el

amor. Luego le sorprendió haber sido capaz de decir eso, ella que jamás había estado embarazada.

Tal vez su padre perdiera algunos contactos importantes debido a la escasa diplomacia de Maureen, pero ella se las ingeniaría para impedirlo. Dentro de seis meses, cuando Annabelle encontrara una nueva causa, Maureen daría una fiesta e invitaría a alguien cuyo conocimiento fuera imprescindible para Annabelle. Lo tenía todo planeado. Y aquel era precisamente el problema: ¿como si una pelea con Annabelle Cole fuera el acontecimiento más importante en su vida!

—Prepararé algo para beber -dijo Johnny-. Será mejor que te duches, el programa empezará en seguida.

—Ya voy -respondió ella, mientras pensaba en las posibilidades de una vida en común con aquel hombre. Casarse con él, impulsarle a una nueva carrera, hacer que dirigiera un negocio o escribiera sus memorias. Haría bien cualquier cosa que intentara... Pero ¿por qué no podía encontrar ella metas propias?

La estancia era inequívocamente masculina, con libros y modelos de los aviones de combate que Johnny Baker había pilotado, y un Skylab con las alas rotas. Había también una gran foto enmarcada de un hombre embutido en un voluminoso traje espacial avanzando por el vacío a lo largo de una de aquellas alas, una forma sin rostro, extraña, desconectada de la nave espacial, arriesgándose a sufrir la muerte en las condiciones más solitarias posibles si se descuidaba un solo instante. Debajo de la foto colgaba la medalla de la NASA.

Recuerdos de tiempos pasados. Todo pertenecía a otra época. No había fotografías de la lanzadera espacial, cuyo programa se había retrasado una vez más, ni nada que recordara al Pentágono, donde Johnny trabajaba ahora. Dos fotos de los niños, una con Ann al fondo, la pequeña, morena y competente Ann, que ya tenía una expresión de perpleja infelicidad en la foto.

Johnny sujetaba fuertemente el vaso, pero se había olvidado de él. Maureen podía observar su rostro sin que él se diera cuenta. La mirada de Johnny Baker estaba fija en la pantalla.

Se veían órbitas parabólicas trazadas contra los recorridos concéntricos circulares de los planetas. Viejas fotos de los cometas Halley, Brook, Cunningham y otros, culminando con un punto borroso que era el cometa Hamner-Brown. Un hombre con unas gafas que le daban un aspecto de insecto hablaba animadamente.

—Sí, algún día chocarán con nosotros, y probablemente no se tratará de un asteroide, porque las órbitas están demasiado próximas. Han debido existir asteroides cuyas órbitas cruzaran la de la Tierra, pero han tenido cuatro mil millones de años para alcanzarnos, y la mayoría finalmente lo han hecho. Chocaron hace tanto tiempo que incluso los cráteres han desaparecido, excepto los más grandes y recientes. ¡Pero fíjense en la Luna! Los cometas son diferentes.

El puntero del conferenciante señaló una parábola dibujada con tiza.

—Hay una masa más allá de Plutón, tal vez un planeta sin descubrir... Incluso tenemos un nombre para ella: Perséfone. Esa masa altera las órbitas de estas grandes bolas de nieve, y se precipitan sobre

nosotros dejando una estela de sustancias químicas hirvientes. Ninguna de ellas ha tenido posibilidad de alcanzar la Tierra hasta que han sido arrojadas al sistema interior. Un día nos alcanzarán. Lo sabremos con un año de anticipación, tal vez más, si podemos aprender lo suficiente sobre el planeta Hamner-Brown.

En aquel momento apareció en la pantalla una joven antiséptica anunciando que no se sentía a gusto en su casa, y alguien le dijo que por ese motivo Jabones Kalva había inventado un nuevo desinfectante para su inodoro. Sonriente, Johnny Baker regresó del mundo estelar.

—Este hombre se explica bien, ¿no te parece?

—Es un programa bien hecho. ¿Te dije que conocí al hombre que lo ha realizado? Y también conocí a Tim Hamner. En la misma fiesta, con Harvey Randall. Hamner es un caso, un maníaco. Acababa de descubrir ese cometa y no podía esperar para decírselo a todo el mundo.

Johnny Baker se llevó el vaso a los labios. Luego, tras una larga pausa, dijo:

—Por el Pentágono corren unos curiosos temores.

—¿Ah, sí?

—Me llamó Gus, de Downey. Parece que Rockwell está restaurando un Apolo, y se hablaba de utilizar las secciones propulsoras Titán de un proyectil Big Bird para otro proyecto. ¿Sabes algo?

Ella tomó un sorbo de su bebida y sintió una oleada de tristeza. Ahora sabía por qué Johnny Baker le había llamado el día anterior. Había estado seis semanas en el Pentágono, seis semanas en Washington sin intentar verla, y ahora... «Está bien, pensó, voy a sorprenderte un poco.»

—Papá está tratando de que el Congreso destine fondos para una misión de estudio del cometa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Johnny.

—Completamente en serio.

—Pero...

Le temblaban las manos, lo cual era muy raro en él. John Baker había pilotado cazas sobre Hanoi, y sus maniobras eran siempre perfectas. Los MIG enemigos nunca tenían una oportunidad. Y una vez había extraído esquilas de metralla al jefe de su escuadrilla, porque no había tiempo para esperar a los sanitarios. Una esquirla se había clavado en el pecho del jefe y Baker la había extraído y partido diestramente para exponer la arteria, que pinzó con dedos firmes mientras el jefe gritaba y los morteros del Vietcong llovían sobre el campo. Pero sus manos nunca habían temblado.

Ahora, en cambio, temblaban.

–El Congreso no concederá el dinero.

–A lo mejor sí. Los rusos están planeando una misión. No podemos dejar que nos lleven la delantera -dijo Maureen-. La paz depende de que les mostremos que aún estamos dispuestos a competir, si eso es lo que quieren. Y si competimos, vamos a ganar.

–No me importa si es con los marcianos con quien competimos. Tengo que ir. – Apuró su vaso, con manos súbitamente firmes, y repitió: Tengo que ir.

Maureen le observaba fascinada. Había dejado de temblar porque tenía una misión. Y ahora ella sabía qué misión era: ella, conseguir que ella le embarcara en aquella expedición. Un minuto antes, Johnny podría haber estado realmente enamorado de ella, pero ahora no.

–Lo siento -dijo abruptamente-. Tenemos poco tiempo para estar juntos y te cargo con esto, pero... Me has puesto sobre ascuas, no puedo pensar en otra cosa.

Bebió de un largo trago su whisky diluido en agua helada y volvió a fijarse en la pantalla. Maureen se preguntó si había estado imaginando cosas. ¿Hasta qué punto John Baker era inteligente?

Por fin terminaron los anuncios y en la pantalla aparecieron de nuevo los Laboratorios de Propulsión a Reacción.

Harry Newcombe mascaba apresuradamente el resto de su bocadillo mientras conducía con una mano la camioneta del correo. El reglamento le facilitaba tiempo libre para almorzar, pero él nunca lo tomaba. Utilizaba el tiempo para cosas mejores.

Bastante después del mediodía llegó al rancho Silver Valley. Como siempre, se detuvo ante la valla. Desde allí podía ver, a través de un paso en las colinas, la majestad de la Sierra Alta, al Este. La nieve resplandecía en sus cumbres. Al oeste había más colinas, y el sol muy bajo por encima de ellas. Harry se bajó del vehículo para abrir la valla, la cruzó y luego la cerró de nuevo cuidadosamente. No hizo caso del gran buzón situado a un lado de la valla.

Se detuvo de nuevo para coger una granada del bosquecillo que se había formado a partir de un solo árbol y que aún, desatendido, se propagaba ladera abajo, hacia el arroyo. Harry lo había visto crecer durante el medio año que hacía aquella ruta, y se preguntaba cuándo llegarían los granados al terreno poblado de cardos. ¿Eliminarían a las matas espinosas? La verdad es que él no tenía idea, pues era un muchacho de ciudad, o, mejor dicho, lo había sido. Y si no volvía a ver una ciudad nunca más en su vida, tanto mejor.

Harry se cargó la saca a la espalda y avanzó ladeado hacia la puerta. Tocó el timbre y dejó la saca en el suelo.

Cesó el tenue fragor de una aspiradora. La señora Cox abrió la puerta y sonrió al ver la voluminosa saca junto a Harry.

–Vaya, el correo. Hola, Harry.

–Hola, señora Cox. Aquí me tiene con un saco de basura.

–Pasa, Harry. ¿Te apetece un café?

–No me retenga, señora Cox. Va en contra del reglamento.

–Café recién hecho. Y panecillos que acaban de salir del horno.

–Bueno... No puedo resistirme a eso. – Harry metió la mano en una pequeña bolsa que colgaba de su hombro.

–Carta de su hermana de Idaho. Y algo del senador. – Le entregó las cartas, luego cargó de nuevo la saca a la espalda y avanzó unos pasos-. ¿Quiere que lo deje en algún sitio en especial?

–La mesa del comedor es lo bastante grande.

Harry vertió el contenido de la saca sobre una hermosa mesa de madera pulida que parecía haber sido tallada de un solo tronco y tener cincuenta años por lo menos. Ya no se fabricaban muebles así. Si había una pieza semejante en la casa del guarda, ¿qué habría en la gran mansión en lo alto de la colina?

La mesa quedó inundada bajo un diluvio de correspondencia: peticiones de ayuda de organizaciones caritativas, cartas de varios partidos políticos y de universidades. Ofertas de participación en sorteos mediante la compra de discos, ropas, libros, suscripciones a revistas. «¡Usted ya puede haber ganado 100\$ a la semana durante toda su vida!» Panfletos religiosos y políticos, literatura sobre el impuesto único, muestras gratuitas de jabón, dentífrico, detergente y desodorante.

Alice Cox trajo el café. Sólo tenía once años, pero ya era hermosa, con una larga cabellera rubia y ojos azules. Era una muchacha confiada, como Henry sabía por haberla visto cuando estaba libre de servicio. Pero allí podía ser confiada, puesto que nadie iba a molestarla. La mayoría de los hombres de Silver Valley estaban bien armados, y sabían muy bien qué hacer con cualquiera que molestara a una niña de once años.

Aquella era una de las cosas del valle que a Harry le gustaban. No la amenaza de violencia, porque Harry detestaba la violencia. Pero no era más que una amenaza. Los rifles salían de los armeros sólo para la caza de ciervos, en la temporada o fuera de ella si los rancheros estaban hambrientos o los ciervos se metían en las cosechas.

La señora Cox trajo panecillos. La mitad de las personas en la ruta de Harry le ofrecían café y comida cuando él les llevaba el correo, y Harry solía dejar de lado el reglamento. La señora Cox no hacía el mejor café del lugar, pero sin lugar a dudas la taza en que lo servía era la más elegante, de fina porcelana, demasiado buena para un cartero medio hippie. La primera vez que Harry fue a la casa



bebíó agua en una taza de hojalata y no pasó de la puerta. Ahora se sentaba ante la mesa y bebía café en taza de porcelana. Aquella era otra razón para mantenerse alejado de las ciudades.

Harry sorbió el café apresuradamente. Había otra muchacha rubia, ésta de dieciocho años y abordable, y el cartero tenía también un montón de correo para ella. Estaría en casa. Donna Adams siempre estaba en casa cuando iba Harry.

—Hay mucha correspondencia para el senador -dijo Harry.

—Sí, está otra vez en Washington -informó la señora Cox.

—Pero volverá pronto -terció Alice.

—Ojalá vuelva pronto -dijo la señora Cox-. Cuando el senador está en su residencia hay mucho movimiento, gente que viene y va, todos importantes. El presidente pasó una noche en la mansión. Los del servicio secreto lo pusieron todo patas arriba. Los agentes recorrían el rancho de un extremo a otro. — Se echó a reír y Alice se unió a ella. Harry pareció perplejo-. Como si alguien en este valle pudiera hacer daño al presidente de Estados Unidos -concluyó la señora Cox.

—Sigo pensando que su senador Jellison es un mito -dijo Harvey-. Hace ocho meses que hago esta ruta y todavía no lo he visto ni una vez.

La señora Cox le miró de arriba abajo. Parecía un buen muchacho, aunque la señora Adams decía que su hija le prestaba demasiada atención. Los cabellos largos, flotantes, rizados y castaños de Harry estarían bien en una chica. Tenía una hermosa barba, pero la auténtica obra maestra era el bigote, cuyos largos extremos Harry a veces curvaba y atusaba formando círculos que recordaban unas gafas pequeñas.

La señora Cox pensaba que, a pesar de todo aquel pelo, era pequeño y delgado, menos robusto que ella. No entendía lo que Donna Adams podía ver en él. Tal vez el coche. Harry tenía un coche deportivo, mientras que todos los chicos del lugar conducían camionetas, como sus padres.

—Es probable que conozcas muy pronto al senador -dijo la señora Cox, lo cual era un signo de aprobación definitiva, aunque Harry no lo sabía. La señora Cox era muy meticulosa con respecto a las personas a las que conocía el senador.

Alice había estado hurgando entre el montón de papel multicolor depositado en la mesa.

—Esta vez hay muchas cartas. ¿De cuándo son?

—Es el correo de dos semanas -dijo Harry.

—Bueno, Harry, te lo agradecemos -dijo la señora Cox.

—Y yo también -añadió Alice-. Si tú no lo trajeras a la casa yo tendría que ir a buscarlo.

Harry regresó a la camioneta y bajó por el largo camino, deteniéndose de nuevo para mirar la Sierra Alta, y luego se dirigió al rancho siguiente, que estaba casi a un kilómetro de distancia. El senador tenía una buena extensión de terreno, aunque en su mayoría estaba dedicado a pasto de secano, lleno de agujeros causados por las ardillas listadas. La tierra era buena, pero no había suficiente agua para regarla.

Al llegar a la valla del siguiente rancho, Harry vio que George Christopher estaba haciendo algo incomprensible en los naranjos. Pensó que probablemente los estaba preparando para la fumigación. Cuando Harry abrió la valla de entrada, Christopher se acercó pausadamente. Era un hombre corpulento, de la altura de Harry, pero dos o tres veces su anchura, con el cuello muy grueso. La cabeza era calva y bronceada, pero Christopher no tendría mucho más de treinta años. Llevaba una camisa de franela a cuadros, pantalones oscuros y botas llenas de barro.

Harry dejó la saca en el suelo, y Christopher frunció el ceño.

—¿Otra vez traes esa porquería, Harry? — le preguntó sin apartar la vista de los largos cabellos y la barba extravagantemente arreglada, al tiempo que fruncía más el ceño.

Harry le sonrió.

—Sí, cada dos semanas, como un reloj. Lo llevaré a la casa.

—No es necesario.

—Me gusta hacerlo. — No había una señora Christopher, pero George tenía una hermana más o menos de la edad de Alice Cox, a la que le gustaba hablar con Harry. Era una chica muy lista, con la que resultaba agradable hablar y que tenía muchas noticias sobre el valle de Harry.

—De acuerdo. Ten cuidado con el perro.

—Desde luego. — Harry nunca se preocupaba por los perros.

—¿Te has preguntado alguna vez lo que las empresas publicitarias darían por tu cabeza? — le preguntó Christopher.

—Lo negociaré con ellos con una condición: que me digan por qué el gobierno les hace pagar menos para que puedan hacernos perder más tiempo. ¿Y tus impuestos?

El semblante ceñudo de Christopher se suavizó y casi sonrió.

—Adelante, Harry. Las causas perdidas son las únicas por las que merece la pena luchar, y la causa del contribuyente es la más perdida de todas. Cerraré la valla después de ti.

Final de la jornada. Harry entró en las salas de clasificación, detrás de la oficina de correos. Había una

nota para él en el tablón de anuncios:

«Peludo: el Lobo quiere verte. Gina XXX.»

Gina, alta, negra, de postura erecta y huesos largos, la única persona de color en el valle, que Harry supiera, estaba tías el mostrador. Harry le hizo un guiño y luego llamó a la puerta del supervisor.

Cuando entró, el señor Wolfe le miró fríamente.

–Feliz día de reparto de basura, Harry -dijo Wolfe.

La entrevista empezaba mal, pero Harry sonrió.

–Gracias, y feliz día para usted también, señor.

–No es gracioso, Harry. ¿Por qué separas la correspondencia comercial y la reservas para entregarla un día cada des semanas?

Harry se encogió de hombros. Podía haberle explicado que clasificar la propaganda le ocupaba tanto tiempo que no tenía oportunidad de charlar con sus clientes, de manera que había empezado a dejar que se acumulara. Así es como había empezado, pero se había hecho popular entre la gente.

–Todo el mundo está contento con este sistema -se defendió Harry-. La gente puede leer la propaganda o arrojarla a la chimenea.

–Es ilegal retener el correo de un ciudadano -dijo Wolfe.

–Si alguien se ha quejado, lo borraré de la lista. Me gusta que mis clientes sean felices.

–Es la señora Adams -le informó Wolfe.

Vaya, qué lástima. Sin el reparto de basura, Harry no tendría una excusa para ir a la casa de los Adams y hablar con Donna.

–A partir de ahora repartirás el correo comercial de acuerdo con el reglamento -dijo Wolfe-. Tal como llegue, no en lotes. Se acabará el día de reparto de basura.

–Sí señor. ¿Puedo hacer algo más para satisfacerle?

–Aféitate la barba y córtate el pelo.

Harry meneó la cabeza. Ya conocía aquella parte del reglamento.

Wolfe suspiró.

—Harry, no tienes la actitud adecuada para ser un cartero.

El despacho de Eileen Susan Hancock era pequeño y estrecho, pero era un despacho. Había luchado durante años para conseguir un despacho propio, lejos de la zona detrás del mostrador. Y por fin lo había conseguido, lo cual demostraba que era algo más que una secretaria.

Ceñuda, estaba haciendo cuentas con su calculadora de bolsillo cuando una idea repentina le hizo estallar en risas. Un instante después se dio cuenta de que Joe Corrigan estaba de pie junto a la puerta. Corrigan entró en el despacho. El botón superior del pantalón volvía a estar desabrochado, y la razón era que su mujer no le dejaba comprar tallas mayores, pues no había perdido la esperanza de que rebajaría de peso. Con los pulgares en el cinto, Corrigan miró a su secretaria burlonamente.

La risa de Eileen se detuvo en seco. Volvió a sus operaciones, sin sonreír siquiera.

—Bueno -dijo su jefe-, dígame qué es lo que le hacía tanta gracia.

Eileen le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? Oh, no. No podría decírselo.

—Ya sé. Piensa que si consigue volverme loco usted podría hacerse con el mando de la empresa. ¿No es así? Pues no le saldrá bien. Ya he tomado mis precauciones al respecto. — A Corrigan le gustaba verla así. Eileen era todo o nada: muy seria y eficiente en el trabajo o absolutamente divertida-. De acuerdo -suspiró Corrigan-. Le cambiaré mi secreto por el suyo. Han venido los decoradores. Robin Geston ha firmado el contrato para el asunto de la Marina.

—Vaya, es una buena noticia.

—Sí, eso significa que necesitaremos más ayuda. Por de pronto, queda usted nombrada ayudante general de dirección, si le interesa el cargo.

—Oh, sí que me interesa. Gracias.

Sonrió de una manera intermitente, como una bombilla que se enciende y se apaga casi antes de que uno pueda verla, y pulsó de nuevo los botones de la calculadora.

—Sabía que lo aceptaría. Por eso hice que vinieran los decoradores. Van a convertir la habitación que hay junto a mi despacho en un nuevo despacho para usted. Les he dicho que se pongan en contacto con usted. — Corrigan depositó su humanidad en un ángulo de la mesa-. Ya está, guardaba este secreto como una sorpresa para usted. Ahora dígame el suyo.

—Lo he olvidado -dijo Eileen-. Y he de terminar estos cálculos para que usted pueda llevárselos a Bakersfield.

–De acuerdo –dijo Corrigan, y volvió a su despacho derrotado.

Si él supiera... Eileen sintió impulsos de reír, pero se contuvo. En realidad no deseaba tomarle el pelo a Corrigan. «Bien, lo hice», había pensado. Y Robin se portó bien. No era el mejor amante del mundo, pero tampoco pretendía serlo, y le había sugerido una repetición. «Los amantes necesitan práctica», le había dicho, y también: «La segunda vez es siempre mejor que la primera.»

Pero no habían concretado un próximo encuentro. Tal vez, sólo tal vez, ella le abordaría alguna vez, pero no era probable. Además, él le había dicho claramente que estaba casado. Hasta entonces ella sólo lo había sospechado.

Nunca había habido el menor indicio de que los negocios tuvieran algo que ver con sus vidas privadas. Pero él había firmado el contrato con Suministros para instalaciones sanitarias Corrigan, un negocio muy importante, y era divertido que hubieran tenido aquella clase de relación. Se preguntaba si se hubiera despreocupado tanto por el estado civil de Robin si el contrato no hubiese estado pendiente de firma. Pero él había firmado. Y ahora ella estaba allí, sumando cifras y revisando papeles, y de repente se preguntó qué tenía que ver aquello con las instalaciones sanitarias. Ella no fabricaba tuberías ni las colocaba, no las escariaba ni decía a la gente dónde ponerlas. Lo único que hacía era manejar papeles.

Su trabajo era importante. Había que medirlo por el caos que podría crear con un error fortuito o malicioso: millares de toneladas de material podrían ser enviadas a cualquier parte de la tierra por un simple desliz de su pluma. Pero lo que hacía no tenía que ver con la creación, con hacer las cosas que mantenían cohesionada la civilización, más que el impuesto sobre la renta o lo que hace el fogonero de una locomotora diesel.

Probablemente el señor Corrigan se pasaría el día entero preguntándose por qué de repente se había echado a reír, pero no podía decírselo de ninguna manera. Le había sobrevenido de una manera inesperada e irresistible. Lo que había hecho con Robin Geston la noche anterior era lo más cerca que había llegado jamás a cualquier actividad verdaderamente relacionada con las instalaciones sanitarias.

Pasarían horas antes de que se informara que el coche había sido robado. Alim Nassor estaba bastante seguro de ello, sabía que podría sentarse en él otros diez minutos. Alim Nassor había sido un gran hombre. Cuando volviera a ser grande tendría que ocultar lo que ahora estaba haciendo.

Antes de ser grande se llamaba George Washington Carver Davis. Su madre había estado orgullosa de ese nombre. Decía que el nombre de la familia era Jefferson Davis. Ese blanco había sido un tipo duro, pero su nombre era el de un perdedor, no tenía fuerza. Desde entonces, Alim había tenido muchos nombres callejeros, ninguno de los cuales había gustado a su madre. Cuando ésta le echó de casa, él adoptó su propio nombre.

*Alim Nassor* significa conquistador sabio tanto en árabe como en swahili. Pocos conocían este significado, pero ¿qué más daba? El nombre tenía fuerza. Alim Nassor tenía mucha más fuerza de la que jamás había tenido George Washington Carver. Los periódicos hablaban de Alim Nassor, y

todavía podía entrar en el Ayuntamiento y ver a la gente. Podía hacerlo desde que puso fin a un alboroto callejero con un navaja de resorte, las hojas de afeitar que llevaba en los zapatos y la cadena enrollada a su cintura. Y hubo todo aquel dinero del gobierno para un tipo duro. Los blancos manejaban el dinero a paladas. Lo que fuera, con tal de mantener la tranquilidad en el gueto negro. Había sido un buen juego, lástima que se hubiera terminado.

Maldijo en silencio al pensar en el alcalde Bentley Allen. Los Angeles tenía otro alcalde negro, y el maldito había cerrado la espita. Había nuevas personas en el consistorio. Y aquel estúpido congresista negro hijo de perra que no podía conformarse con el cargo, no, sino que tenía que enchufar a todos sus parientes, y lo descubrieron los puñeteros reporteros de la televisión. En estos tiempos, un político negro necesitaba una reputación impecable...

Bien, el juego había terminado, pero él había comenzado otro. Once trabajos, y todos ellos habían salido a pedir de boca. Habían conseguido... tal vez un botín de un cuarto de millón de dólares en cuatro años. Pero después de traficar con los artículos robados se quedaron reducidos a menos de cien mil. Veinte mil para cada uno de los cuatro hombres en cuatro años. ¡Aquello ni siquiera era un sueldo! Y después de pagar las facturas de los abogados, no sería exagerado decir que las ganancias no habían pasado de cinco mil dólares al año.

Aquél iba a ser el treceavo trabajo. Sería rápido. Era un almacén con un gran movimiento comercial. Alim esperaba, siempre consciente del tiempo. Salieron dos clientes, y nadie bajaba por la calle. Aquel trabajo no le satisfacía. Le disgustaba el derramamiento de sangre. Los blancos no importaba, pero había que tener cuidado para no hacer daño a los hermanos. Había remachado aquello una y otra vez a sus compañeros. ¿Qué pensaban de él ahora? Pero estaba metido hasta el cuello en aquello y tenía que actuar rápido.

El sitio estaba maduro. Lo había reservado para una emergencia y la situación era de emergencia total. Probablemente su abogado blanco no estaría de acuerdo con su acción, pero los abogados y los funcionarios de fianzas querían pan, y en seguida. Era absurdo robar un almacén para pagar a un abogado que le defendería por haber atracado otro almacén. Algún día las cosas serían diferentes. Alim Nassor las haría diferentes.

Era casi la hora. Hacía dos minutos uno de sus hermanos se había hecho detener por una infracción de tráfico a catorce manzanas de distancia, lo cual requirió la presencia de un coche patrulla. Hacía veinte minutos que otro hermano había tenido una «discusión de familia», la hermana había llamado a la comisaría y habían enviado otro coche. Así pues, los dos coches patrulla estaban ocupados. Las zonas negras no eran patrulladas de la misma manera que los distritos de los blancos. Los negros no suscribían importantes pólizas de seguros, ni sabían influir en el Ayuntamiento.

A veces Alim ponía en funcionamiento hasta cuatro tácticas de diversión, incluyendo atascos de tráfico. Se limitaban a repartir pan entre los chicos, para que se entretuvieran en las calles. Alim Nassor era un dirigente nato. No le habían echado el guante desde su juventud, con excepción del último trabajo, cuando un policía fuera de servicio salió de una lavandería automática. ¿Quién habría pensado que aquel hermano era un cerdo policía? Todavía se preguntaba si debía haberlo liquidado o no. En cualquier caso, no lo había hecho. Corrió a un callejón y se desprendió del arma, la máscara y

la pistola. Los abogados se encargarían de esas cosas. Sólo había otra prueba, que era la identificación del tendero blanco, pero había maneras de hablar con él para que no testificara...

Llegó la hora Alim bajó del coche. La máscara parecía un rostro. A cinco metros de distancia, nadie diría que se trataba de una máscara. Llevaba el arma bajo la cazadora. Cinco minutos después del trabajo, la cazadora y la máscara habrían desaparecido. Alim dejó de pensar, ahuyentó el pasado y el futuro. Cruzó la calle a su debido tiempo, pues no quería hacer nada que llamara la atención. El almacén estaba vacío.

Todo fue bien, sin problemas. Obtuvo el dinero y estaba a punto de salir cuando entró un hermano. Era un hombre al que Alim conocía desde mucho tiempo atrás. ¿Qué estaba haciendo el muy bastardo en aquella parte de la ciudad? ¡Nadie del barrio de Boyle Heights debería estar más abajo de Watts! Vaya inconveniente. Alim se dio cuenta de que el hermano le había reconocido, tal vez por su forma de andar o por cualquier otra cosa, pero sabía quién era.

Apenas tardó un segundo en tomar una decisión. Se volvió, apuntó el arma y disparó dos veces, para asegurarse. El hombre cayó al suelo. El horror se reflejaba en los ojos del tendero, y Alim disparó tres veces más. Otro atraco no hubiera molestado a nadie, pero los cerdos trabajaban a fondo cuando se trataba de asesinato. Aunque lamentable, era mejor no dejar testigos.

Salió rápidamente y no se dirigió al coche robado que estaba al otro lado de la calle, sino que caminó media manzana, se internó en un callejón y salió a otra calle. Todavía sentía en el brazo ese cosquilleo peculiar y atávico. El hombre había sido hecho para usar una porra, y una pistola es el último grito en porras. Cierra el puño, y si el enemigo está lo bastante cerca para verle el rostro, un golpe lo derribará al suelo, sin vida. ¡Poder! Alim conocía gente a la que había enviciado aquella sensación.

Su hermano, hijo de su misma madre, no sólo de raza, le esperaba en un coche que no era robado. Avanzaron al límite permitido de velocidad, lo bastante rápido para no llamar la atención, pero con suficiente lentitud para que no les detuvieran.

—He tenido que despachar a dos -dijo Alim.

Harold se estremeció, pero su voz era fría.

—Lástima. ¿Quiénes eran?

—Nadie. Nadie importante.

## MARZO: DOS

*La mayoría de los astrónomos conciben a los cometas como una vasta nube que rodea el sistema solar*

*y que tal vez se extienden hasta llegar a medio camino de la estrella más próxima. El astrónomo holandés J. H. Oort, con cuyo nombre suele designarse la nube, ha calculado que ésta podría contener quizá cien mil millones de cometas.*

Brian Marsden, Instituto Smithsonian

Los acomodaron en la confortable Sala Verde. Dos ujieres y una camarera sorprendentemente bonita llenaban sus vasos en cuanto estaban vacíos, por lo que Tim Hamner bebió más de lo que quería. Pero pensó que estaba bien en comparación con Arnold. Arnold era un autor de *best-sellers*, y nunca hablaba de nada que no saliera en sus libros. Cuando Tim le dijo que el cometa Hamner-Brown ya era visible a simple vista, Arnold no supo de qué le estaba hablando, y cuando Tim se lo dijo, quiso conocer a Brown.

Uno de los ujieres hizo una seña y Tim, vacilante, se puso en pie. Las escaleras no le habían parecido tan empinadas cuando las bajó. Llegó al estudio y escuchó el fin del monólogo profesional de Johnny y los aplausos del auditorio.

Johnny estaba en plena forma y bromeaba con los demás invitados. Tim recordó, por haberlo leído en el cartel de la entrada, que Sharps, del JPL, había dado una conferencia sobre cometas, y que Johnny parecía saber mucho de astronomía. La otra invitada, una matrona respetable cuyo busto, veinte años atrás, había proporcionado un nuevo término a la lengua inglesa, no cesaba de interrumpir con chistes de color subido. La matrona estaba ebria como una cuba. Tim recordó que se llamaba Mary Jane, y que ya nadie la conocía por su nombre artístico. Con su edad y su peso, hubiera sido ridículo.

Las palabras de apertura provocaron en Tim un instante de pánico al verse ante el público. Entonces Johnny se volvió hacia él y le preguntó, completamente serio:

—¿Cómo se descubre un cometa? Ojalá pudiera hacerlo.

—No tendrías tiempo -replicó Tim-. Se necesitan años, décadas a veces, y nunca se tienen garantías. Coges un telescopio y, a través de él, memorizas el cielo. Luego te pasas todas las noches contemplando nada y helándote el culo. Hace frío en ese observatorio en la montaña.

Mary Jane dijo algo. Johnny estaba alarmado, pero no lo mostró. El técnico de sonido, con sus auriculares, hizo a Johnny una seña.

—¿Te gusta poseer un cometa? — preguntó Johnny.

—Medio cometa -dijo Tim automáticamente-. Me encanta.

—No lo poseerá durante mucho tiempo -dijo el doctor Sharps.

—¿Eh? ¿Cómo es eso? — inquirió Tim.



—Los rusos se apropiarán de él -explicó Sharps-. Van a enviar un Soyuz para estudiarlo de cerca desde el espacio. Cuando lo consigan, el cometa será suyo.

La noticia era desoladora.

—¿Pero no podemos hacer nada? — preguntó Tim.

—Claro. Podemos lanzar un Apolo o algo más grande. Tenemos todo el equipo necesario inmovilizado, oxidándose. Incluso llevamos a cabo los trabajos preliminares. Pero el dinero se agotó.

—¿Pero -quiso saber Tim- podríais lanzar un cohete si tuvierais el dinero?

—Podríamos subir allí y observar cómo la cola del cometa envuelve a la Tierra. Es una vergüenza que el pueblo americano no se preocupe más por la tecnología. A nadie le importa un comino, mientras funcionen sus cacharros eléctricos. ¿Te has detenido a pensar en cómo dependemos de cosas que ninguno de nosotros comprende? — Sharps abarcó con un gesto espectacular el estudio de televisión.

Johnny empezó a decir algo, acerca del ama de casa que usaba un computador doméstico como pasatiempo, y cambió de idea. El auditorio en el estudio escuchaba. Había un prudente silencio que Johnny hacía tiempo que había aprendido a respetar. Querían oír a Sharps. Tal vez aquella sería una buena noche y aquel uno de los programas que la gente grabaría para verlo una y otra vez, los domingos, los aniversarios...

—No sólo la televisión -decía Sharps-. La chapa de fórmica de tu mesa, por ejemplo. ¿Qué es la fórmica? ¿Alguien sabe cómo se fabrica? ¿O cómo se fabrica un lápiz? Y mucho menos la penicilina. Nuestras vidas dependen de esas cosas, y ninguno de nosotros sabe mucho de ellas. Ni siquiera yo.

—Yo siempre me he preguntado qué es lo que hace crujientes a las tiras de los sostenes -dijo Mary Jane.

Johnny se apresuró a intervenir para centrar de nuevo el programa en Sharps.

—Pero dime, Charlie, ¿qué beneficios producirá el estudio de ese cometa? ¿Cómo cambiará eso nuestras vidas?

Sharps se encogió de hombros.

—Puede que no cambie nada. Tú me preguntas por los beneficios de la nueva investigación, y todo lo que puedo responderte es que siempre ha sido beneficiosa, quizá no de la manera que tú lo considerarías. ¿Quién habría pensado que obtendríamos toda una nueva tecnología médica gracias al programa espacial? Pues la conseguimos. Hoy hay centenares de personas vivas porque los técnicos especializados en el factor humano tuvieron que crear nuevos instrumentos para los astronautas. Johnny, ¿has oído hablar alguna vez del Club de Roma?

Sí, Johnny había oído hablar, pero sería necesario recordárselo al auditorio.

—Son un grupo de personas que realizaron simulaciones mediante ordenadores electrónicos para descubrir cuánto nos durarían nuestros recursos naturales. Incluso con un crecimiento cero de la población...

—Nos dices que estamos acabados -le interrumpió Sharps-, y eso es estúpido. Estamos acabados sólo porque ellos no nos dejarán usar realmente la tecnología. Dicen que se están agotando los metales, pero hay más metal en un pequeño asteroide que todo el extraído en las minas de todo el mundo en los últimos cinco años. Y hay centenares de millares de asteroides. Todo lo que hay que hacer es ir a por ellos.

—¿Podemos hacerlo?

—¡Puedes apostar a que sí! Hasta con la tecnología que ya tenemos, podríamos hacerlo. Johnny, ahí en el espacio está lloviendo sopa, y nosotros ni siquiera sabemos algo sobre los platos para contenerla.

El público del estudio aplaudió. No habían recibido ninguna indicación de los ayudantes de producción, pero aplaudieron. Johnny dirigió a Sharps una sonrisa aprobadora y decidió como iría el resto del programa. Pero primero hubo una señal frenética: pausa para el anuncio de Jabones Kalva.

El programa siguió después del anuncio. Cuando Sharps se calentaba, era realmente dinámico. Sus manos delgadas y huesudas oscilaban como aspas de molino. También habló sobre molinos de viento, y sobre la cantidad de energía que el sol emite a diario, acerca de la llamarada solar que había observado la tripulación del Skylab.

—¡Johnny, había suficiente energía en aquella pequeña llamarada para hacer que funcionara toda nuestra civilización durante siglos! ¡Y esos idiotas hablan de destrucción!

Pero estaban descuidando a Tim Hamner, y Johnny tuvo que hacerle intervenir en la conversación. Hamner permanecía sentado, asintiendo, disfrutando con toda evidencia de lo que decía Sharps. Johnny se las ingenió para que el científico volviera a ocuparse del cometa y entonces vio su oportunidad.

—Charlie, has dicho que los rusos observarían de cerca el cometa Hamner-Brown. ¿A qué distancia?

—Podrán acercarse mucho. Sin ninguna duda atravesaremos la cola del cometa. Ya te he mostrado por qué no podemos saber cuánto se acercará la cabeza... pero pasará *muy* cerca. Si tenemos suerte, tal vez pasará a una distancia como la que nos separa de la Luna.

—Yo no llamaría a eso suerte -dijo Mary Jane.

—Tim, es tu cometa -dijo Johnny-. ¿Crees que el Hammer-Brown podría realmente chocar con el planeta?

–Es Hamner, no Hammer -puntualizó Tim.

–Oh. – Johnny se echó a reír-. ¿Qué he dicho? ¿Hammer? Si chocara contra nosotros sería un nombre más apropiado, ¿no crees?

–Tú lo has dicho -intervino Charlie Sharps.

–¿Qué haríamos si ocurriera? – preguntó Johnny.

–Bueno, ya tenemos algunos hoyos considerables debidos a impactos de meteoritos -dijo Tim-. El cráter del Meteoro, en Arizona, tiene casi dos kilómetros de anchura. El Vredevort, en África del Sur, es tan grande que sólo puede verse desde el aire.

–Y esos fueron meteoritos pequeños -comentó Sharps. Todos se volvieron a mirarle y él sonrió-. ¿Os habéis fijado alguna vez en lo circular que es la bahía del Hudson, o el mar del Japón?

–¿Esos accidentes geográficos fueron producidos por impactos de meteoros? – preguntó Johnny. La idea era aterradora.

–Muchos pensamos que sí. Y algo de enorme tamaño chocó con la Luna y casi la partió... Una cuarta parte de su superficie está cubierta por un llamado océano, que en otro tiempo fue un mar de lava que fluyó del punto donde chocó un gran asteroide.

–Naturalmente, no sabemos de qué está formado el Hamner-Brown -informó Tim.

–Tal vez es hora de que lo averigüemos -dijo Mary Jane.

–Es sólo cuestión de tiempo -dijo Sharps-. Cuanto más largo sea el tiempo considerado, mayores son las probabilidades de que un cometa llegue a chocar con nosotros. Pero no creo que debamos preocuparnos por el Hamner-Brown.

Henry Armitage era un predicador que tenía un programa en la televisión. Había predicado por la radio hasta que ano de sus fieles le dejó una herencia de diez millones de dólares. Ahora tenía su propia revista en papel satinado, su programa de televisión se veía en un centenar de ciudades y poseía un complejo de edificios en Pasadena que incluían una editorial.

Con todo, Henry redactaba gran parte de la revista, y siempre hacía los editoriales. Le encantaba mezclarse con los problemas del mundo. Sabía lo que significaban. Eran los signos de una mayor alegría venidera. Estaba escrito:

»-Dinos -habían preguntado los discípulos al Maestro-: ¿Cuándo veremos esos signos? ¿Y cuál será la señal de tu venida y la del fin del mundo?

»Y Jesús respondió diciéndoles:

»-Tened cuidado para que ningún hombre os engañe, pues muchos vendrán en mi nombre diciendo "Yo soy el Cristo", y engañarán a muchos.»

A la entrada del condado Inyo, en California, Henry había visto un aviso de la policía clavado en un poste: «Charles Manson, también conocido como Jesucristo y Dios.»

«Y oiréis hablar de guerras y rumores de guerras. Procurad que no os conturbe, pues todas esas cosas deben pasar, pero todavía no son el fin. Pues una nación se alzaría contra otra y un reino contra otro reino. Y habrá hambres y pestes y terremotos en diversos lugares.»

El Evangelio de Mateo era el favorito de Henry, y su texto preferido entre todos los de la Biblia, que era su libro favorito. ¿No eran estos los tiempos de los que habló Cristo? Los signos estaban presentes por todas partes en el mundo.

Se sentó ante su lujosa mesa de trabajo. El televisor estaba oculto tras un panel que se abría cuando Henry oprimía un botón. Había progresado mucho desde que en los años treinta iniciara su carrera en Idaho. A veces aquella ostentosa riqueza molestaba a Henry, pero sus partidarios insistían en ello, aun cuando Henry y su esposa hubieran sido igualmente felices en un entorno más sencillo.

Henry trataba de redactar su editorial, pero no se sentía inspirado. Como lección de humildad había encendido el televisor, que ofrecía una entrevista. La lección consistía en contemplar aquella superficial frivolidad sin detestar a quienes tomaban parte en ella. Y aquello era duro, muy duro...

Algo llamó su atención. Un hombre delgado y alto que vestía una chaqueta deportiva de punto de espina y movía mucho los brazos. Henry admiró su técnica. Aquel hombre podría ser un formidable predicador. Centró toda su atención en lo que decía.

El hombre hablaba de un cometa. ¿Un cometa? ¿Un signo de los cielos? Henry sabía lo que eran los cometas, pero el hecho de que los cometas fueran fenómenos naturales no significaba que su presencia no fuera milagrosa. Henry había visto a muchos pacientes curados gracias a sus plegarias, mientras que los médicos más tarde «explicaban» el milagro.

Un cometa. Y pasaría muy cerca de la tierra. ¿Podría ser éste el signo final de todo? Cogió un bloc de papel y empezó a escribir en desgarradas letras de imprenta, utilizando una docena de lápices. Llenó tres páginas antes de dar con su titular, y volvió a la primera página.

Dentro de dos semanas su revista estaría en medio millón de hogares de todo el mundo. Y en la portada, en grandes letras de un rojo deslumbrante, se leería este titular:

## **EL MARTILLO DE DIOS**

Sería también un buen texto para sus programas de televisión. Henry empezó a escribir frenéticamente, sintiendo lo que había sentido casi cuarenta años atrás, cuando realmente había empezado a comprender el capítulo 24 del Evangelio de Mateo y transmitiera el mensaje a un mundo al que no le importaba.

El Martillo de Dios llegaba para castigar a los decadentes y los obstinados. Henry escribió afanosamente.

## **ABRIL: UNO**

*De la furia de los hombres del Norte,*

*Líbranos, Señor. Del gran cometa,*

*Líbranos buen Dios.*

Letanía medieval

Tim Hamner llegó en taxi en el mismo momento en que el furgón de Harvey se detenía ante los Laboratorios de Propulsión a Reacción. Harvey lanzó un juramento al tiempo que Tim entregaba al conductor un billete de veinte dólares y lo despedía. Pero cuando Hamner se acercó a él, Harvey le recibió con la mejor de las sonrisas.

Hamner parecía avergonzado.

—Mire, Harvey, ya sé que dije que no me metería en esto... y no lo voy a hacer. Pero conocí a Sharps en aquella entrevista por televisión.

—Sí, la vi. Sharps estuvo muy bien.

—Desde luego -convino Hamner-. Quiero verle otra vez. Llamé al JPL y me dijeron que usted vendría aquí para Celebrar una entrevista. Harvey, quisiera estar presente.

Harvey se sentía airado, pero aquella era una petición razonable por parte de un patrocinador.

—Claro que sí.

Charlene, la señorita de relaciones públicas, esperaba, y no puso el menor reparo a la inesperada

aparición de Tim Hamner entre el equipo de rodaje. El despacho de Sharps no había cambiado. Había libros diversos desparramados sobre su lujoso escritorio, y en vez de una salida impresa de IBM había un gran diagrama. Harvey pensó que cambiaba el reparto, pero la obra era la misma.

—Vaya -dijo Sharps, alzando una ceja al ver a Hamner-. ¿El patrocinador viene a vigilarle, Harvey? Espero que esto no lleve mucho tiempo. Tengo que ir a los laboratorios dentro de poco.

Harvey hizo una seña a los miembros del equipo. Charlie ya estaba preparando las cosas para el rodaje y Mark iba de un lado a otro con el fotómetro. Mark se había perfeccionado mucho en su trabajo. Parecía cuajar en él. Harvey no recordaba que hubiera durado tanto tiempo en ningún otro empleo. Si ahora lo abandonara, Mark le echaría de menos.

—Estamos interesados en la sonda -dijo Harvey-. ¿Cree usted que va a salir bien?

Sharps le sonrió.

—Las perspectivas son inmejorables, gracias al senador Arthur Jellison. ¿Recuerda la conversación que tuvimos al respecto?

—Sí.

—Bien, él es el hombre. Le agradeceré toda buena publicidad que pueda dedicarle.

Harvey asintió e hizo una señal al equipo.

—Empecemos.

—Rodando -dijo Manuel.

Charlie estaba detrás de la cámara, y Mark se adelantó con la claqueta.

—Entrevista a Sharps. Primera toma.

—Doctor Sharps -dijo Harvey-. Ha habido algunas críticas a la proposición de enviar una misión Apolo para estudiar el cometa. Se dice que sería demasiado peligroso.

Sharps hizo un gesto de rechazo.

—¿Peligroso? Ya lo hemos hecho antes. Una perfecta sección propulsora y una cápsula probada. No hemos dedicado tantos meses de planeamientos como a la NASA le gusta, pero pregunte a los hombres que tripularán la nave, pregunte a los astronautas si ellos creen que será peligroso.

—¿Ya ha sido escogida la tripulación?

—No... ¡Pero hay cuarenta voluntarios! — exclamó Sharps sonriendo a la cámara.

Harvey siguió haciendo preguntas. Hablaron de los instrumentos que llevaría el Apolo. Muchos de ellos se estaban ensamblando en el JPL y el Instituto Tecnológico de California.

—Los estudiantes y técnicos están haciendo horas extras gratuitas -dijo Sharps-. Sólo para ayudar.

—¿Sin cobrar? — preguntó Harvey.

—Exacto. Hacen su trabajo normal, las cosas que tenemos contratadas, y luego dedican su tiempo libre a la misión al cometa. Sin cobrar.

Harvey pensó que aquello no estaba mal. Tomó nota de que debía entrevistar a algunos de los técnicos. Tal vez encontraría a un conserje que trabajara horas extras para ayudar.

—Parece que no pueden transportar suficiente equipo -dijo Harvey.

—Bueno, la verdad es que no podemos llevar demasiadas cosas -convino Sharps-. Desde luego, no todo lo que nos gustaría llevar. Pero ¿qué significa suficiente? Podemos llevar lo suficiente para aprender mucho.

—De acuerdo. Doctor Sharps, tengo entendido que ha hecho un nuevo diagrama de la órbita del cometa Hamner-Brown. Y que tiene nuevas fotografías.

—Las fotos las tiene el observatorio Hale. En efecto, hemos trazado la órbita. Podemos decir con seguridad que se trata de un gran cometa. Tiene el coma más largo jamás registrada a esa distancia del sol. Eso significa que queda mucho hielo en la bola de nieve. Y se acercará mucho. Primero pasará a una distancia razonable, y veremos una cola espectacular. Luego entrará en la órbita de Venus y en su mayor parte se desvanecerá, aunque parte de la cola puede ser visible durante cierto tiempo. Quiero decir visible a simple vista. Después estará demasiado próximo al sol para que podamos verlo desde aquí, pero, naturalmente, la tripulación del Apolo podrá efectuar buenas observaciones. No volveremos a verlo hasta que pase muy cerca de la Tierra en su viaje de regreso. Por entonces llenará totalmente el cielo con la cola. Estoy dispuesto a apostar que esa cola será visible a la luz del día.

Mark Czescu soltó un silbido. Manuel no hizo ninguna maniobra correctora, por lo que Harvey supo que la cinta no había registrado el silbido. También Harvey sentía ganas de silbar.

Se abrió la puerta del despacho y entró un hombre de baja estatura, de rasgos imprecisos y rechoncho, que aparentaba unos treinta años. Llevaba una barba bien cuidada y gruesas gafas. Llevaba una camisa de lana y ambos bolsillos estaban repletos de plumas y lápices de todos los colores y grosores imaginables. De su cinturón colgaba una calculadora de bolsillo.

—Oh, lo siento... Creí que estabas solo -dijo en tono de disculpa, y empezó a retroceder.

—No, no, quédate y escucha esto -le dijo Sharps-. Les presento al doctor Dan Forrester. Su trabajo oficial es programador de computadores. Está doctorado en astronomía. Normalmente aquí le

llamamos nuestro genio cuerdo.

Detrás de Harvey, Mark susurró:

—Si le llaman genio con esa pinta...

Harvey asintió. El también lo había pensado.

—Dan ha estado haciendo más reconstrucciones de la órbita del cometa Hamner-Brown. También se ocupa de averiguar la fecha óptima para el lanzamiento del Apolo, dada la limitada cantidad de equipo que podemos llevar y la cantidad igualmente limitada de artículos de consumo.

—¿Artículos de consumo? — preguntó Harvey.

—Alimentos, agua, aire. Ocupan volumen. Sólo podemos ocupar un volumen determinado, así que cambiamos artículos de consumo por instrumentos. Pero los artículos de consumo significan tiempo en órbita, por lo que Dan está trabajando en el siguiente problema: ¿Es mejor efectuar el lanzamiento más temprano, con menos equipo, de manera que puedan permanecer más tiempo arriba pero conseguir menos información...?

—Información no -dijo Forrester, de nuevo en tono de disculpa-. Siento interrumpir...

—No, díganos lo que quiere decir -le pidió Harvey.

—Estamos tratando de conseguir la máxima información -explicó Forrester-, de modo que el problema consiste en si conseguimos más información teniendo más datos en un tiempo más breve o menos datos en un tiempo más largo.

Harvey asintió.

—¿Y qué datos ha obtenido sobre el cometa Hamner-Brown? ¿A qué distancia estará cuando pase por el punto más próximo?

—Cero -dijo Forrester, sin sonreír siquiera.

—¿Eh? ¿Quiere decir que se nos echa encima?

—Lo dudo. — Ahora sonrió-. La distancia es cero dentro de los límites de la predicción, lo que implica un error de al menos tres cuartos de millón de kilómetros.

Harvey se tranquilizó. Observó que todos los presentes *en* la sala, incluida Charlene, se tranquilizaban. Allí se tomaban en serio a Forrester. Harvey se volvió hacia Sharps.

—Díganos, ¿qué sucedería si el cometa chocara con nosotros? Supongamos que tenemos esa desgracia.



—¿Se refiere a la cabeza? ¿Al núcleo? Porque parece como si pudiéramos pasar a través de la cabellera externa, que no es más que gas.

—No, me refiero a la cabeza. ¿Qué ocurre? ¿El fin del mundo?

—Oh, no, nada semejante. Probablemente sería el fin de la civilización.

Durante un momento hubo un silencio total en la estancia.

—Pero doctor Sharps -dijo Harvey en tono de perplejidad-, usted me dijo que un cometa, incluso la cabeza, está formado principalmente por hielo esponjoso que contiene rocas. E incluso el hielo está compuesto de gases helantes. Eso no parece peligroso.

De hecho, el objetivo de Harvey era dejar constancia oficial de lo que Sharps le había dicho en privado.

—Varias cabezas -dijo Dan Forrester-. Al menos eso es lo que parece. Creo que ya está empezando a dividirse. Y si lo hace ahora, lo hará más tarde, probablemente..., quizá.

—Así que es aún menos peligroso -comentó Harvey.

Pero Sharps no le escuchaba. Dirigió la mirada al techo.

—¿Ya se están desgajando los témpanos?

—Aja -confirmó Forrester, sonriente.

Sharps reparó de nuevo en Harvey Randall.

—Usted preguntaba por el peligro -dijo-. Consideremos la cuestión. Tenemos varias masas, en su mayor parte constituidas por material que hierve para formar la cabellera y la cola: polvo fino, gases helados espumosos, con bolsas de las que ha desaparecido hace tiempo la materia realmente volátil, y tal vez algunas rocas empotradas. Un momento...

Randall miró a Forrester, que sonreía beatíficamente.

—Probablemente esa es la razón de que ya sea tan brillante. Algunos de los gases están interactuando. ¡Piensa en lo que veremos cuando realmente empiecen a bullir cerca del sol!

La mirada de Sharps volvía a ser reflexiva, perdida.

—Doctor Sharps -dijo Harvey rápidamente.

—Oh, sí, claro. ¿Qué ocurrirá si nos alcanza, lo cual no ocurrirá? Bien, lo que hace al núcleo peligroso es su tamaño y el hecho de que avanza velozmente, con enormes energías.

–¿Debido a las rocas? – preguntó Harvey. Si se trataba de las rocas podía comprenderlo-. ¿Qué tamaño tienen esas rocas?

–No mucho -dijo Forrester-. Pero eso es teoría.

–Exacto. – Sharps tuvo nuevamente conciencia de la cámara-. Esta es la razón por la que necesitamos la sonda. No lo sabemos. Pero supongo que las rocas son pequeñas, desde el tamaño de una pelota de béisbol al de una pequeña colina.

Harvey se sintió aliviado. Aquello no podía ser peligroso. ¿Una pequeña colina?

–Pero eso realmente no importa -prosiguió Sharps-. Las rocas estarán empotradas en los gases helados y el granizo. Todo ello chocaría como varias masas sólidas, no como un conjunto de pequeños pedruscos.

Harvey se detuvo a pensar en las palabras de Sharps. Aquella entrevista filmada requeriría una revisión a fondo antes de su emisión.

–Sigue sin parecer peligroso. Incluso los meteoros de ferroníquel se queman mucho antes de que choquen con el suelo. De hecho, en toda la historia hay un solo caso registrado de que alguien haya sido lesionado por un meteorito.

–Sí -intervino Forrester-. Aquella señora de Alabama. Vi su foto en la revista *Life*. Presentaba el moratón más grande que he visto en mi vida. Creo que hubo incluso un juicio, ya que la señora reclamaba la propiedad del meteorito porque aterrizó en su sótano.

–Mire -dijo Harvey-. El cometa Hamner-Brown entrará en la atmósfera con una violencia mucho mayor que cualquier meteorito normal, y en su mayor parte está formado por hielo. Las masas arderán con más rapidez, ¿no es así?

Dos cabezas hicieron movimientos negativos: un rostro delgado que llevaba unas gafas con aspecto de insecto y otro rostro con una poblada barba y gruesas gafas. Y Mark, apoyado en la pared, también meneaba la cabeza.

–Atravesaría rápidamente la atmósfera -dijo Sharps-. Cuando la masa supera cierto tamaño, deja de tener importancia si la Tierra tiene atmósfera o no.

–Excepto para nosotros -dijo Forrester, impasible.

Sharps se detuvo un instante y luego se echó a reír, aunque de modo contenido. Sharps hacía lo posible para evitar ofender a Forrester.

–Lo que necesitamos es una buena analogía. Hummm... -El surco en el ceño de Sharps se profundizó.

–Helado con crema, frutas, almíbar y nueces, y encima dulce en pasta de chocolate -dijo Forrester.

–¿Qué?

–Lo dicho. Un par de kilómetros cúbicos de esa pasta lanzados a velocidad cometaria.

Los ojos de Sharps brillaron.

–¡Me gusta! Lancemos contra la tierra un par de kilómetros cúbicos de helado.

Dios mío, pensó Harvey, se han vuelto majaretas. Los dos hombres se precipitaron hacia la pizarra. Sharps empezó a dibujar.

–De acuerdo: el helado. Veamos, ponemos la crema de vainilla en el centro con una capa de pasta de chocolate encima...

No hizo caso de un sonido ahogado detrás de él. Tim Hamner no había dicho ni una palabra durante toda la entrevista. Ahora estaba doblado, sujetándose el vientre, tratando de contener la risa. Alzó la vista, sofocado, con semblante serio.

–¡No puedo aguantar! – exclamó, soltando unas risotadas que parecían rebuznos de asno-. ¡Mi cometa! Dos kilómetros cúbicos de helado con pasta de chocolate...

–La pasta de chocolate será la cubierta exterior -amplió Forrester-, de manera que se calentará cuando el cometa Hammer rodee al sol.

–Se llama Hamner-Brown -dijo Tim con expresión seria.

–No, amigo, esto es un par de kilómetros cúbicos de helado con *pasta de chocolate* -dijo Sharps-, y el helado seguirá congelándose bajo la cubierta.

–Pero te olvidas de... -dijo Harvey.

–Pondremos la cereza en un polo y diremos que ese polo estaba en sombra en el perihelio. – Sharps hizo un dibujo que mostraba que cuando el cometa rodeara al sol, la cereza en el eje esferoide achatado estaría en la cara apartada del sol-. No queremos que se abra. Y lo llenaremos de nuez machacada que representará las rocas.

–¿Ponemos una cereza de sesenta metros?

–Transportada por la Real Fuerza Aérea del Canadá -dijo Mark.

–¡Muy bien pensado! – celebró Forrester-. ¡Ya veremos qué tal sale eso por televisión!

–Y ahora, a medida que el cometa rodea el sol, dejando una estela luminosa de falsa crema batida y

apunta hacia nuestras cabezas... Dan, ¿cuál es la densidad del helado de vainilla?

Forrester se encogió de hombros.

–Flota. Digamos que dos tercios.

–Exacto. Punto seis, seis, seis. Eso es. – Sharps se sacó una calculadora del bolsillo y pulsó los botones frenéticamente-. Me encantan estas cosas. Antes utilizaba reglas de cálculo. Nunca comprendí dónde estaban los decimales... Disponemos de un par de kilómetros cúbicos. Hagamos un cálculo exacto en centímetros y elevémoslo al cubo... Sale una buena cantidad. Llevaría bastante tiempo comerse todo eso. Ahora calculemos la densidad... Dos mil millones de toneladas Vayamos ahora a la pasta de chocolate...

Sharps pulsó los botones de la calculadora, y Harvey pensó que era feliz como una almeja. Una almeja muy voluble equipada con una calculadora de Texas Instruments, la última maravilla de bolsillo.

–¿Cuál dirías que es la densidad de la pasta de chocolate? – preguntó Sharps.

–Pongamos cero nueve -replicó Forrester.

–¿Ninguno de vosotros ha hecho pasta de chocolate? – preguntó Charlene-. No flota. Para probarlo basta echarla en un vaso de agua fría. Al menos, así es como lo hacía mi madre.

–Pongamos entonces uno coma dos -dijo Forrester.

–Otros dos mil quinientos millones de toneladas de pasta de chocolate -añadió Sharps. Hamner, tras él, emitió más ruidos sofocados.

–Creo que podemos pasar por alto las rocas -dijo Sharps-. ¿Ve la razón ahora?

–Dios mío, sí -respondió Harvey. Miró al cámara sobresaltado-. Sí, doctor Sharps, realmente podemos prescindir de las rocas.

–¿No irá a mostrar esto en el programa, verdad? – Tim Hamner parecía indignado.

–¿No quiere usted que salga? – le preguntó Harvey.

–No... no... -Hamner volvió a sujetarse el vientre, convulsionado por la risa.

–Ahora llega a velocidades cometarias. Velozmente. Veamos, ¿cuál es la velocidad parabólica en la órbita de la Tierra, Dan?

–Veintinueve coma siete kilómetros por segundo, elevado al cuadrado.

–Cuarenta y dos kilómetros por segundo -anunció Sharps-. Y tenemos que añadir la velocidad orbital

de la Tierra. Depende de la geometría del impacto. ¿Cincuenta kilómetros por segundo sería una velocidad aproximativa razonable?

—Yo diría que sí -convino Forrester-. Los meteoros oscilan entre veinte y setenta, tal vez. Es razonable.

—De acuerdo. Pongamos cincuenta, multiplicado por un medio para corregir la cifra. Multipliquemos la masa en gramos. Diez al cuadrado por veintiocho ergios. Eso para el helado de vainilla. Ahora podemos suponer que la mayor parte de la crema de chocolate ha hervido, pero comprenda, Harvey, que a esas velocidades no es posible permanecer demasiado tiempo en la atmósfera. ¡Es posible atravesarla en un par de segundos! En cualquier caso, cualquiera que sea el volumen de la masa que arda, gran parte de la energía se transfiere al equilibrio calorífico de la Tierra, lo cual, en sí, sería una explosión espectacular. Supondremos que el veinte por ciento de la energía de la pasta de chocolate se transfiere a la Tierra y... -Pulsó más botones y añadió, alzando el tono de voz-: nuestro total definitivo es dos coma siete multiplicado por diez elevado a veintiocho ergios. Bien, esa sería la potencia del impacto.

—No tiene mucho sentido para mí -dijo Harvey-. Parece una cifra grande...

—Una cifra seguida por veintiocho ceros -musitó Mark.

—Se aproximará a los seiscientos cuarenta mil megatones -añadió amablemente Forrester-. Sí, es una cifra grande.

—Dios mío, el planeta quedaría pasteurizado -dijo Mark.

—No del todo. — Forrester había sacado su propia calculadora del estuche adosado al cinturón-. Serían unos tres mil Krakatoas, o trescientas explosiones como la de Thera, si es cierto lo que dicen de Thera.

—¿Qué es Thera? — preguntó Harvey.

—Un volcán en el Mediterráneo, de la Edad del Bronce -explicó Mark-. De ahí procede la leyenda de la Atlántida.

—Su amigo está en lo cierto -dijo Sharps-. Pero no estoy seguro de la cantidad de energía. Mírelo de esta manera. La humanidad entera gasta cerca de diez elevado a veintinueve ergios al año, todo comprendido: energía eléctrica, carbón, energía nuclear, coches..., todo lo que se le ocurra. Nuestro helado con pasta de chocolate entra en escena con cerca del treinta por ciento del presupuesto anual de energía de todo el mundo.

—Hummm. Entonces no es tan malo -dijo Harvey.

—No tan malo. ¿No tan malo como qué? La energía de un año en un minuto. Probablemente caería en el océano. Si lo hiciera en la tierra, las cosas irían mal para quienes estuvieran debajo, pero la mayor parte de la energía sería de nuevo irradiada al espacio con bastante rapidez. Si cae en el agua, la

vaporizará. Veamos, ergios convertidos en calorías... Maldita sea, no puedo hacer esa operación con mi calculadora.

—Yo sí -dijo Forrester-. El impacto vaporizaría unos sesenta millones de kilómetros cúbicos de agua. Sería suficiente para cubrir todos los Estados Unidos con una capa de agua de sesenta y cuatro metros de altura.

—De acuerdo -aceptó Sharps-. Así pues, sesenta millones de kilómetros cúbicos de agua van a la atmósfera. Llovería, Harvey. Gran parte de esa agua pasaría por las zonas polares, se helaría, caería en forma de nieve. En seguida se formarían glaciares que se deslizarían hacia el sur... Sí, Harvey. Los historiadores creen que la explosión del Thera cambió el clima de la Tierra. Sabemos que el Tamboura, casi tan potente como el Krakatoa, originó lo que los historiadores del siglo pasado llamaron «el año sin verano». Hambre, falta de cosechas. Nuestro helado con pasta de chocolate probablemente desencadenaría una era glacial, con todas esas nubes que reflejan calor. La luz del sol llegaría menos a la Tierra. La nieve también refleja el calor, con lo que la luz sería aún menor. Haría más frío, nevaría más, los glaciares avanzarían hacia el sur porque ya no se funden con tanta rapidez. Es un círculo cerrado.

Todo aquello había adquirido una tremenda gravedad.

—¿Pero cómo pueden detenerse las eras glaciales? — preguntó Harvey.

Forrester y Sharps se encogieron de hombros al unísono.

—¿Así que mi cometa va a ocasionar una era glacial? — preguntó Hamner.

—No -dijo Forrester-. Estábamos hablando del helado con pasta de chocolate. El cometa es mayor...

—¿Mucho mayor?

Forrester hizo un gesto de incertidumbre.

—Tal vez diez veces.

—Sí -dijo Harvey, cuya mente era un torbellino de imágenes. Veía glaciares avanzando a través de campos y bosques, entre vegetación ya muerta por la nieve. El hielo invadía Norteamérica, cruzaba California, Europa, llegaba a los Alpes y los Pirineos. Invierno tras invierno, cada uno más frío que el anterior, más frío que la tremenda helada del invierno 1976-1977. Diablos, y ni siquiera habían mencionado las mareas-. Pero un cometa no será tan denso como un par de kilómetros cúbicos de he... he...

La comicidad de la comparación fue superior a sus fuerzas. Harvey se recostó en su asiento, sin poder contener la risa.

Más tarde Harvey preparó su cinta, ya a solas, en un decorado del estudio que representaba un

despacho, con libros falsos en los estantes y una alfombra raída en el suelo. Sus frases serían intercaladas entre las de Sharps, de manera que al final quedaría una entrevista homogénea.

—Veamos, pues. Los puntos a recordar son los siguientes. En primer lugar, las probabilidades de que alguna parte del cometa Hamner-Brown nos alcance son literalmente astronómicas. A tales distancias, incluso el mismo diablo no podría dar en un blanco tan pequeño como la Tierra. En segundo lugar, si nos alcanzara, probablemente se trataría de varias masas grandes. Algunas de ellas caerían en el océano, otras chocarían con la tierra, donde los daños serían locales. Pero si el Hamner-Brown entero chocara con la Tierra, sería como si el mismo diablo nos hubiera golpeado repetidas veces con un enorme martillo.

## ABRIL: INTERLUDIOS

*Hace cincuenta años, en Atizona: La fricción con él aire hace incandescente la superficie, a medida que el oxígeno de la atmósfera suelda el hierro. De esta gran masa flotante, pedazos chisporroteantes tan grandes como casas salen disparados mientras que el meteoro, viajando en ángulo bajo, se aproxima al suelo. Un enorme cilindro de aire supercalentado es impulsado por el meteorioide y, al golpear, este aire es impelido hacia él campo circundante, produciéndose una violenta explosión que abrasa instantáneamente todo ser vivo en casi doscientos kilómetros a la redonda.*

Frank W. Lane, *La furia de los elementos* (Chilton, 1965)

Leonilla Malik garabateó una receta y la entregó a su paciente. Era el último de la mañana, y cuando el hombre salió del consultorio, Leonilla sacó la botella de Grand Marnier que guardaba en el cajón inferior de su mesa y se sirvió un vasito. El caro licor era un regalo de uno de sus Compañeros cosmonautas, y beberlo le proporcionaba una deliciosa sensación de decadencia. Su amigo también le trajo unas prendas interiores de seda, de París. Mientras saboreaba el dulce licor, Leonilla pensó que nunca había salido de Rusia. Por mucho que lo intentara, nunca la dejarían salir.

No estaba muy segura de su posición en el sistema. Su padre había sido un médico con una reputación bastante sólida entre la élite del Kremlin. Luego vino el «complot de los médicos», una absurda patraña estalinista de que los médicos del Kremlin trataban de envenenar al líder revolucionario de nuestros tiempos, héroe del pueblo, maestro e inspirado dirigente del proletariado mundial, el camarada Josef Vissarionovich Stalin. Su padre y otros cuarenta médicos habían desaparecido en la Lubianka.

Uno de los legados de su padre era un ejemplar del *Pravda* de 1950, en el que había subrayado todas las menciones del nombre de Stalin: noventa veces sólo en la primera página, diez veces como gran líder y seis como gran Stalin.

Leonilla pensó que su padre debería haber envenenado a aquel bastardo. Al fin y al cabo, en el país había una larga tradición en esa práctica. En las facultades de medicina soviéticas no se enseñaba el juramento de Hipócrates, pero ella lo había leído.

Como hija de un enemigo del pueblo, el futuro de Leonilla no se presentaba muy brillante, pero luego advino una nueva era y el doctor Malik fue rehabilitado. A modo de reparación, Leonilla se libró de un empleo de secretaria en una oscura ciudad ucraniana y fue a la universidad. Su relación con un coronel de la Fuerza Aérea le sirvió para aprender a volar, y de ahí su extraña y ambigua situación entre la corporación de cosmonautas. El coronel ya era general y hacía mucho tiempo que se había casado, pero seguía ayudándola.

Leonilla no había estado nunca en el espacio. Se había entrenado para ello, pero jamás la habían elegido. Entretanto, trataba a los aviadores y sus familiares, volaba siempre que podía y confiaba en que algún día tendría una oportunidad.

Se oyeron unos golpes en la puerta. El sargento Breslov, un muchacho que no tendría más de diecinueve años, orgulloso de ser un sargento del Ejército Rojo, aunque, naturalmente, ya no se llamaba así desde que Stalin se vio obligado a darle otro nombre durante lo que él llamó la gran guerra patriótica. Breslov hubiera preferido que siguiera llamándose Ejército Rojo. A menudo expresaba sus deseos de llevar la libertad al mundo a punto de bayoneta.

—Hay un largo mensaje para ti, camarada capitán. Te han transferido a Baikunyar.

Frunció el ceño al ver la botella que Leonilla se había olvidado de guardar.

—De vuelta al trabajo -dijo Leonilla-. Esto hay que celebrarlo. ¿Quieres un trago?

Sirvió un vaso a Breslov y éste lo bebió en posición de firmes. Era una forma de demostrar desaprobación ante los oficiales que bebían antes del almuerzo. Naturalmente, muchos lo hacían, lo que para Breslov era otra indicación de lo mal que habían ido las cosas desde los tiempos gloriosos del Ejército Rojo, de los que tanto se jactaba su padre.

Tres horas después, Leonilla volaba en dirección al aeropuerto espacial. Apenas podía creerlo. Habían llegado órdenes urgentes autorizándola a pilotar un caza de entrenamiento y disponiendo que sus pertenencias se enviaran tras ella. Aquella prisa indicaba que debía tratarse de algo muy importante. Dejó de lado las elucubraciones y se entregó a la alegría de volar. Sola, en los cielos transparentes, sin que nadie mirase lo que hacía por encima de su hombro, sin otros pilotos ansiosos de su oportunidad. Era el éxtasis. Una sola cosa podría ser mejor.

¿Tal vez era aquella la razón de que la hubieran llamado? Ella no tenía experiencia en misiones espaciales, pero tal vez... Había sido afortunada durante largo tiempo. ¿Por qué no iba a tener más suerte? Se imaginó tripulando un Soyuz auténtico, esperando que los grandes cohetes propulsores rugieran y lanzaran la nave espacial. Entusiasmada, emprendió con el avión de entrenamiento una serie de ejercicios acrobáticos que habrían supuesto su descalificación si alguien la hubiera visto.



Una súbita ventolera en el valle San Joaquín sacudió levemente el remolque, haciendo que Barry Price se despertara al instante. Permaneció tendido, inmóvil, escuchando el ruido tranquilizador de las excavadoras. Su equipo trabajaba todavía en la planta de energía nuclear. Había luz en el exterior. Se sentó cautelosamente, para no despertar a Dolores, pero ella se agitó y abrió un ojo.

—¿Qué hora es? — preguntó, todavía adormilada.

—Cerca de las seis.

—Oh, Dios mío. Vuelve a la cama.

Tendió los brazos hacia él. Las sábanas cayeron, descubriendo sus senos bronceados.

El se apartó, y luego cogió sus manos y las retuvo mientras se inclinaba para besarla.

—Mujer, eres insaciable.

—Todavía no he tenido ninguna queja. ¿De veras tienes que levantarte?

—Sí. He de adelantar trabajo antes de que vengan unos visitantes, y he de leer ese informe que McCleve envió ayer. Tenía que haberlo hecho anoche.

Ella sonrió con picardía.

—Lo que hicimos ha sido más divertido. ¿No vas a acostarte de nuevo?

—No. — Fue hasta el lavabo y dejó correr el agua para que se calentara.

—Te despiertas antes que cualquier otro hombre que haya conocido -dijo Dolores-. Pero yo no voy a levantarme de madrugada.

Se tapó la cabeza con la almohada, pero siguió moviéndose ligeramente bajo las sábanas, haciendo saber a su amante que estaba despierta.

Todavía disponible, pensó Barry mientras se vestía. Si por ella fuera, nunca saldrían de la cama. Una vez vestido fingió creer que ella dormía y abandonó rápidamente el remolque. En el exterior, estiró sus miembros y respiró hondo el fresco aire matinal. Su remolque se encontraba en el borde del campamento que albergaba a la mayor parte de los trabajadores del Proyecto Nuclear San Joaquín. Dolores también disponía de uno de aquellos remolques, bastante alejado del suyo, pero ella no lo usaba mucho últimamente. Barry se encaminó hacia la planta con una sonrisa que se desvaneció al pensar en Dolores.

Era una mujer estupenda, y lo que hacían en su abundante tiempo libre no había afectado en absoluto a su trabajo. Era más ayudante administrativa que secretaria, y Barry sabía demasiado bien que no

podría hacer nada sin ella. Por lo menos era tan importante para su trabajo como el director de operaciones, y aquello aterraba a Barry Price. Esperaba el sentido de posesión, las exigencias para que le dedicara tiempo y atención que habían hecho tan desagradable la vida con Grace, su esposa. No podía creer que Dolores quedara satisfecha con ser simplemente su... ¿Qué era?, se preguntó. No sería correcto considerarla su querida. El no la mantenía. Dolores no estaba dispuesta a permitir a ningún hombre que tuviera esa clase de dominio sobre su vida. Pensó que la mejor calificación sería la de amante, y que no debía darle más vueltas, sino disfrutar de la situación y estar contento.

Se detuvo para servirse un café de la gran cafetera que estaba en la cabaña del supervisor de construcción. Siempre tenían un café excelente. Se llevó una taza a su despacho y cogió el informe de McCleve.

Un minuto después gritaba enfurecido.

Todavía no se había calmado cuando llegó Dolores, hacia las ocho treinta, provista de otra taza de café. Encontró a Barry andando de un lado a otro de la estancia.

—¿Qué ocurre? — le preguntó.

Barry pensó que aquella era otra de las cosas que le gustaban de ella. Nunca pedía nada personal en la oficina.

—Esto. — Le mostró el informe—. ¿Sabes lo que quieren esos idiotas?

—Desde luego que no.

—¡Quieren que *oculte* la planta! ¡Pretenden que excavemos un terraplén de quince metros alrededor de todo el complejo!

—¿Eso proporcionaría mayor seguridad a la planta? — inquirió Dolores.

—¡No! Sería un puro afeitado, ni siquiera eso. Maldita sea, San Joaquín es bonito, la planta es hermosa. Deberíamos estar orgullosos de ella y no tratar de esconderla tras un montón de tierra.

Dolores dejó la taza sobre la mesa y en su rostro se dibujó una sonrisa incierta.

—¿Estás obligado a hacerlo?

—Espero que no, pero McCleve dice que a los miembros de la junta les gusta la idea, lo mismo que al alcalde. ¡Si me obligan a eso se va a retrasar todo el programa! Tendré que distraer hombres de las excavaciones del cuarto reactor y...

—Y entretanto van a venir las damas de la Asociación de Padres y Maestros. Estarán aquí dentro de un cuarto de hora.

–Dios mío. Gracias, querida. He de recobrar la compostura.

–Sí, será mejor que lo hagas. Pareces un oso. Sé agradable, que esas señoras están de nuestro lado.

–Me alegro de que alguien lo esté.

Barry regresó a su mesa de trabajo y miró el montón de trabajo que aún había de hacer, esperando que las señoras no le robaran demasiado tiempo. Tal vez tendría ocasión de telefonear al alcalde y quizá éste sería razonable y él podría volver al trabajo de nuevo...

La planta bullía de actividad. Excavadoras, elevadores de cargas y camiones cargados de cemento se movían sin cesar, trazando un intrincado dibujo que no parecía tener orden ni concierto. Los obreros acarreaban materiales de construcción. Barry Price condujo al grupo a través de aquel torbellino, casi sin percibirlo.

Las señoras habían visto las películas del departamento de relaciones públicas, y juiciosamente se habían vestido con pantalones y llevaban zapatos de tacón bajo. No tuvieron ningún inconveniente en ponerse los cascos que les entregó Dolores. Hasta entonces, tampoco habían formulado demasiadas preguntas.

Barry las llevó al emplazamiento del reactor número tres. Era un laberinto de vigas de acero y estructuras de madera terciada, visible porque la cúpula cobertora no estaba terminada. Sería un buen lugar para mostrar a las visitantes las características de seguridad. Barry confiaba en que le escucharían. Dolores dijo que le habían parecido muy razonables, y él tenía esperanzas, pero la experiencia pasada le hacía mantenerse en guardia. Llegaron a una zona más tranquila donde en aquel momento había pocos obreros de la construcción. Seguía oyéndose el ruido de las excavadoras, los carpinteros que elevaban estructuras y los soldadores que unían tuberías...

–Ya sé que le hacemos perder mucho tiempo -dijo la señora Gunderson-, pero creemos que es importante. Muchos padres nos preguntan sobre la planta. La escuela está sólo a pocos kilómetros...

Barry sonrió, mostrando su acuerdo y dando a entender que todo estaba bien, que conocía la importancia de su visita. Pero no lo decía de corazón. Seguía pensando en el informe de McCleve.

–¿Trabajan todos esos obreros para usted? – preguntó otra señora.

–Bueno, son obreros de Bechtel, la empresa que construye las plantas. El departamento de agua y energía no puede mantener permanentemente en nómina a tantos obreros de la construcción.

La señora Gunderson no se interesaba por los detalles administrativos. Su carácter era parecido al de Barry: quería ir al grano, y en seguida. Era una mujer robusta y bien vestida. Su marido poseía una granja en algún lugar de la vecindad.

–Iba usted a enseñarnos el equipo de seguridad -le dijo.

–Exacto. – Barry señaló la cúpula en construcción-. En primer lugar tenemos la misma cobertura. Es de hormigón armado y muy gruesa, por lo que si algo ocurre dentro, el problema no sale al exterior. Pero lo que ustedes querían ver es esto. – Indicó una gran tubería que se introducía en la cúpula incompleta-. Es nuestro primer sistema de enfriamiento, de acero inoxidable y con sesenta centímetros de diámetro. El grosor de la pared es de dos centímetros y medio. Ahí hay un trozo cortado. Apuesto a que no pueden levantarlo.

La señora Gunderson decidió probarlo. Intentó levantarn el trozo de tubería, que medía más de un metro, pero no pudo moverlo.

–Para que perdiéramos líquido refrigerante, esa tubería tendría que romperse del todo -explicó Barry-. No sé cómo podría suceder, pero imaginemos que ocurre. Dentro de la cobertura los hombres están colocando ahora los tanques para enfriamiento de emergencia. Sí, esos grandes objetos. Si desciende alguna vez la presión del agua de los sistemas primarios de enfriamiento, esos tanques lanzan agua a presión elevada, dirigida al mismo núcleo del reactor.

Barry condujo a las visitantes a través de la estructura, haciendo que reparasen en todo. Les mostró las bombas que mantendrían lleno de agua el depósito del reactor, y el inmenso tanque que contendría el agua para las turbinas.

–Todo esto puede utilizarse para un enfriamiento de emergencia.

–¿Cuál es la cantidad de agua suministrada? – preguntó la señora Gunderson.

–Unos cuatrocientos litros por minuto. Más o menos lo que pueden expulsar seis mangueras de jardín.

–Eso no parece mucho. ¿Y es todo lo que necesitan?

–Todo cuanto necesitamos. Créame, señora Gunderson, no hay nadie más preocupado por la seguridad de los niños que nosotros. La mayor parte de los llamados accidentes, para los que nos preparamos, nunca han ocurrido. Tenemos personal cuyo trabajo consiste en imaginar extraños accidentes, cosas absurdas que estamos seguros de que jamás sucederán, de modo que estemos preparados para cualquier eventualidad.

Barry dejó que las señoras fueran de un lado a otro, inspeccionando las instalaciones, sabiendo que les impresionaría el imponente tamaño de todo, como le impresionaba a él. Amaba aquellas plantas de energía. Había pasado la mayor parte de su vida preparándose para aquel trabajo.

Cuando lo hubieron visto todo, las acompañó al centro de visitantes, donde los encargados de relaciones públicas le sustituirían. Confiaba en que hubiera cumplido bien con su cometido. Aquellas personas podían ser de gran ayuda, si querían. Pero también podían hacer mucho daño...

–Hay otra cosa que me preocupa -dijo la señora Gunderson-. El sabotaje. Ya sé que ustedes han hecho todo lo posible para prevenir accidentes, pero suponga que alguien tratara deliberadamente de... de hacer que estalle la central. Después de todo, aquí no tienen muchos guardas, y hay un montón de

gente loca en este mundo.

—Sí, ya hemos pensado en todas las formas en que podrían intentarlo -dijo Barry, sonriente-. Disculpen si no se las cuento.

Las señoras le devolvieron la sonrisa, inseguras. Finalmente, la señora Gunderson preguntó:

—¿Está entonces convencido de que un puñado de locos puede dañar la planta?

Barry meneó la cabeza.

—No, señora. Estamos convencidos de que nada que puedan hacernos les perjudicará a ustedes, pero nadie puede proteger a la planta en sí. Considere las turbinas, por ejemplo. Giran a tres mil seiscientas revoluciones por minuto. Esas hojas giran a tal velocidad que si cayeran unas gotas de agua en las tuberías de vapor, las turbinas se romperían. El patio de maniobras es vulnerable a cualquier idiota que tenga dinamita. No, no podemos impedirles que destruyan la planta, como tampoco podemos impedirles que incendien los tanques de petróleo de una planta de combustible fósil. Lo que podemos hacer es poner los medios para que nadie Ajeno al recinto de la planta de energía reciba daño alguno.

—¿Y sus propios operarios?

Barry se encogió de hombros.

—Mire, nadie considera notable que la policía y los bomberos se entreguen a su trabajo -replicó-. No se habla mucho de los trabajadores de centrales energéticas. Tal vez sería distinto si la gente viera a uno de nuestros aprendices metido en aceite hasta la cintura para ajustar una válvula, o a un electricista subido a un poste en medio de una tormenta eléctrica. Haremos nuestro trabajo, señora Gunderson, si nos dejan.

En El Lago, suburbio de Houston, el tiempo era despejado y soplaba un viento cálido. La estación lluviosa había finalizado, y un centenar de familias disfrutaban del buen tiempo en los jardines traseros de sus casas. En el supermercado se habían agotado las existencias de cerveza.

Activo, hambriento y feliz por estar en casa durante todo un fin de semana, Rick Delanty recogió las hamburguesas de la parrilla y las depositó en los panecillos. Al calor y el humo de su jardín trasero se unía el bullicio de una docena de amigos con sus esposas. A lo lejos se oían los gritos de los niños que jugaban a algún juego nuevo. Rick pensó que los chicos se acostumbraban pronto a pasarlo bien, aunque no lo hicieran muy a menudo. Tener a su padre en casa no era nada especial para ellos.

—...Esa idea no es nada nueva -decía su mujer-. Hace décadas que los escritores de ciencia ficción empezaron a hablar de grandes colonias espaciales. — Era alta y muy morena, y llevaba el cabello recogido en pequeñas trenzas-. Precisamente, Heinlein escribió sobre ellas. — Miró a Rick en busca de confirmación, pero su marido estaba atareado ante la parrilla, mientras recordaba cómo era su mujer cuando ambos estudiaban en Chicago.

—No, la idea es nueva -dijo un miembro de cierto club muy selecto. Evan había estado en la Luna... o casi. Fue el hombre que permaneció en la cápsula Apollo-. O'Neill ha calculado el coste económico de construir esas colonias espaciales gigantes. Ha demostrado que podemos hacerlo, que no se trata de cuentos.

—Me gusta -dijo Gloria-. Un proyecto de una familia de astronautas. ¿Firmamos un contrato?

—Ya lo hiciste al casarte con el piloto de pruebas -dijo Jane Ritchie.

—Oh, ¿estamos casados? — preguntó Gloria-. Evan, ¿es posible que los que trabajáis en el departamento de entrenamiento seáis capaces de cumplir con un horario?

John Baker salió de la casa.

—¡Eh, Rickie! Creí que me había equivocado de casa. Desde ahí afuera no se veía ninguna señal de actividad.

Hubo un coro de saludos, calurosos por parte de los hombres que no habían visto al coronel John Baker desde que se marchó a Washington, y no tan calurosos por parte de las mujeres. Baker había conseguido divorciarse después de su misión. Ocurría con muchos astronautas, y el regreso de Baker a Houston despertaba en los otros curiosidad.

Baker saludó a todos con la mano y luego olisqueó.

—¿Hay uno de esos bocadillos para mí?

—Tomaré nota de su pedido, señor, pero a menos que haya una cancelación...

—¿Por qué no sirves nunca pollo frito?

—No quiero parecer poco original, porque yo soy...

—Negro -dijo Johnny Baker.

—¿Eh? — Rick se miró las manos con aparente consternación-. No, eso es sólo grasa de hamburguesa.

—¿Sabes a quien van a elegir para el vuelo de observación del cometa? — preguntó Evan.

—No tengo ni idea -dijo Baker-. Nadie habla de ello en Washington.

—Diablos, van a enviarme a mí -declaró Rick Delanty-. Lo sé de buena fuente.

Baker se quedó inmóvil, con su lata de cerveza a medio abrir. Otros tres hombres que se encontraban cerca dejaron de hablar, y las esposas contuvieron el aliento.

–Fui a ver a una adivina en Texarkana, y ella...

–¡Por Dios, dame su nombre y dirección, rápido! – exclamó Johnny. Los otros se limitaron a sonreír y reanudaron su conversación-. Has hecho algo terrible -susurró Johnny, y se rió por lo bajo.

–Sí -dijo Rick sin la menor vergüenza. Empezó a dar la vuelta a las hamburguesas con una espátula de largo mango-. ¿Por qué no nos lo dirán antes? Nos tienen a doce de nosotros bajo entrenamiento durante semanas y aún no dicen ni una palabra. Y este será el último vuelo para todos hasta que terminen el proyecto de la lanzadera espacial. Hace seis años que estoy en la lista y no he subido ni una sola vez. A veces me pregunto si vale la pena. – Dejó la espátula a un lado y añadió-: Me lo pregunto, y entonces me acuerdo de Deke Slayton.

Baker asintió. Deke Slayton fue un miembro del primer grupo de siete, uno de los primeros astronautas que eligieron, y no voló hasta el encuentro entre el Apolo y el Soyuz en el espacio. Pasaron trece años antes de que le asignaran una misión espacial. Era un astronauta tan bueno como cualquier otro, pero era mejor en actividades de tierra, como entrenamiento y control de la misión. Demasiado bueno en tierra.

–No comprendo cómo resistió -dijo Johnny Baker.

–Yo tampoco. Pero soy el único astronauta negro del mundo. Sigo pensando que eso ha de servir para algo.

Gloria se acercó a la parrilla.

–Hola, Johnny. ¿De qué estáis hablando?

Jane, que estaba cerca del refrigerador portátil que contenía las cervezas, gritó:

–¿De qué hablan siempre los astronautas cuando hay una misión planeada?

–Tal vez esperan el momento apropiado -dijo Johnny Baker-. Cuando haya disturbios raciales. Entonces pueden enviar un negro al espacio para demostrar que todos somos iguales.

–Eso no tiene gracia -dijo Gloria.

–Pero es una teoría tan buena como cualquier otra -terció Rick-. Si supiera cuáles son los métodos de elección de la NASA, volaría en todas las misiones. Pero bueno, ¿por qué has vuelto del Pentágono?

–Son órdenes. He de empezar a entrenar de nuevo. Estoy en el grupo de posibles observadores del cometa.

–Humm. – Rick examinó con la espátula una de las hamburguesas. Estaba casi hecha-. No creo que nos enviaran a los dos. Tú irías primero.

Baker se encogió de hombros.

—Yo tampoco entiendo cómo lo hacen. Nunca he comprendido como logré ir en el Skylab.

—Esta misión es muy adecuada para ti -dijo Rick-. Tienes experiencia en trabajos de reparación en el espacio. Y esta vez lo van a decidir rápido, pues no hay tiempo para hacer todas las pruebas. Sería lógico que te eligieran.

Gloria asintió, así como los demás, que escuchaban atentamente. Luego volvieron a sus conversaciones. Johnny Baker engulló su cerveza, ocultando una expresión de alivio. Si a ellos les parecía lógico, probablemente también se lo parecía al Departamento Astronáutico de Houston.

—Sin embargo, os traigo algo de lo que se dice en Washington. No es oficial, pero sí de fiar. Los rusos van a enviar una mujer.

Se hizo un profundo silencio entre los presentes.

—Se llama Leonilla Malik. Es doctora en medicina, de modo que no tendremos necesidad de llevar un médico con nosotros. — Johnny Baker alzó la voz para que todos le oyeran-. Es definitivo: los rusos envían a esa astronauta, y nosotros ensamblaremos con su Soyuz. La fuente que me ha proporcionado esta información es confidencial, pero digna de toda confianza.

Drew Welling fue el único que habló.

—Tal vez piensen que tienen algo que demostrar.

—Quizá nosotros también -replicó alguien.

Rick sintió como si algo estallara suavemente en su estómago. Nadie le había prometido nada en absoluto, pero hasta aquel momento no había sido consciente de ello.

—¿Por qué de repente todo el mundo me mira?

—Se te están quemando las hamburguesas -dijo Johnny.

Rick miró la carne humeante y dijo:

—Arded, pequeñas, arded.

A las tres de la madrugada Loretta Randall oyó extraños ruidos en la cocina y fue a ver qué ocurría.

El periódico del día anterior estaba extendido sobre el suelo. El mayor de sus moldes rectangulares para pasteles estaba en el medio, lleno con una capa de harina, que se había extendido por el periódico



y más allá de sus bordes. Harvey arrojaba algo al interior del molde. Parecía cansado y triste.

—¡Dios mío, Harvey! — exclamó Loretta-. ¿Qué estás haciendo?

—Hola. Mañana vendrá la señora de la limpieza, ¿no?

—Sí, claro, es viernes, pero ¿qué va a pensar?

—El doctor Sharps dice que todos los cráteres son circulares. — Harvey alzó la mano por encima del molde, con una nuez entre los dedos, que dejó caer. La harina se esparció-. Sea cual sea la velocidad o la masa o el ángulo de vuelo de un meteorito, deja un círculo. Creo que tiene razón.

La harina estaba desparramada junto con guisantes y piedrecillas. Un pesacartas había dejado un círculo del tamaño de un plato, que ya estaba casi borrado bajo cráteres más pequeños. Harvey retrocedió, se agachó y lanzó un tapón de botella en un ángulo bajo. La harina se esparció por el papel. El nuevo cráter era un círculo.

Loretta suspiró, convencida de que su marido estaba majareta.

—Pero, Harvey, ¿por qué haces esto? ¿Sabes la hora que es?

—Y si tiene razón, entonces...

Harvey echó un vistazo al globo terráqueo que había traído de su despacho, sobre el que había trazado círculos con rotulador: el mar de Japón, la bahía de Bengala, el arco de islas que señala el mar de las Indias, un doble círculo dentro del golfo de México. Si aquellos accidentes geográficos hubieran sido causados por la caída de un meteorito, los océanos habrían hervido y toda vida habría sido arrasada. ¿Con qué frecuencia se había iniciado la vida en la Tierra, para ser arrasada de su superficie y formada de nuevo?

Si pudiera explicárselo a Loretta con suficiente brevedad, ella permanecería despierta hasta el alba, aterrorizada.

—No te preocupes -dijo a su mujer-. Es para el documental.

—Ven a la cama. Mañana limpiaremos todo esto, antes de que llegue María.

—No, no lo toques, no dejes que lo quite. Quiero sacar fotografías... desde muchos ángulos...

Se apoyó en ella, vacilante, y sus caderas chocaron entre sí mientras volvían a la cama.

**ABRIL: DOS**



*Nadie sabe cuántos objetos cuyo tamaño oscila desde varios kilómetros de diámetro hacia abajo pueden pasar cada año cerca de la Tierra sin que los apercibamos.*

Dr. Robert S. Richardson, Observatorio Hale, Monte Wilson

Tina Hamner esperaba junto al furgón cuando Harvey salió del estudio. Al verle, Harvey frunció el ceño.

—Hola, Tim. ¿Qué hace aquí?

—Si entrara, sería la visita de un patrocinador, con todas las molestias que eso comporta. Pero yo no quiero molestarle, sino pedirle un favor.

—¿Un favor?

—Invíteme a un trago y se lo explicaré.

Harvey miró el costoso atuendo de Tim, que no era muy apropiado para el bar al que solía ir, por lo que decidió llevarle al Brown Derby. El empleado del aparcamiento reconoció a Tim Hamner, lo mismo que la camarera, la cual les acompañó de inmediato al interior.

—Bien, ¿de qué se trata? — le preguntó Harvey, una vez instalados en un reservado.

—Lo pasé muy bien en el JPL con usted -dijo Hamner-. Creo que he perdido el control de mi cometa. No puedo hacer nada que los expertos no hagan mejor, y lo mismo ocurre con la serie de televisión. La serie es suya, Harvey, pero...

—Tim hizo una pausa para tomar un trago. No estaba acostumbrado a pedir favores, sobre todo a personas que trabajaban para él-. Harvey, me gustaría salir en más entrevistas. Sin cobrar, naturalmente.

Qué fastidio, se dijo Harvey. ¿Qué ocurriría si le dijera que eso no es posible? ¿Hablaría con su agencia? Harvey no tenía ninguna necesidad de una prueba de fuerza en aquellos momentos.

—No siempre es tan interesante, ¿sabe? Ahora mismo estamos haciendo entrevistas al público en la calle.

—¿Y no son bastante aburridas?

—Es posible, pero a veces nos encontramos con personas que saben muy bien lo que dicen. Además, no hace ningún daño tener de vez en cuando una relación directa con los espectadores.

¡Y yo hago las cosas a mi manera, maldita sea!, pensó Harvey.

—¿Qué está buscando? ¿Puede utilizar mucho material de esas entrevistas?

Harvey se encogió de hombros.

—No voy a tirar el buen material... pero esa no es la cuestión. Lo que busco son actitudes, lo inesperado. Si supiera con exactitud lo que busco, se lo encargaría a algún otro, y...

—Siga, siga. — Tim entornó los ojos. Había visto una expresión curiosa en el rostro de Randall.

—Bien, hay extrañas reacciones que no comprendo. Empezaron después de que Johnny llamara al cometa el Martillo...

—Podría haberse mordido la lengua.

—Y probablemente aumentarán cuando emitamos el programa con la analogía del helado con pasta de chocolate. Tim, es casi como si mucha gente deseara realmente el fin del mundo.

—Pero eso es ridículo.

—Tal vez, pero esas son las reacciones que obtenemos. — Harvey pensó que sería ridículo para Tim, pero no tanto para el nombre obligado a realizar un trabajo que odia, o la mujer forzada a acostarse con un jefe asqueroso para mantener su empleo...- Mire, usted es el patrocinador. No puedo detenerle, pero insisto en que yo soy quien establece las reglas. Además, empezamos por la mañana muy temprano...

—Sí. — Tim vació su vaso-. Me acostumbraré. Dicen que uno puede acostumbrarse a ahorcar si ahorca durante bastante tiempo.

El furgón estaba lleno de instrumentos y personas. Cámaras, equipo de vídeo y una mesa portátil. A Mark Czescu le costó encontrar un lugar para sentarse. Tres personas ocupaban ahora los asientos traseros, ya que Hamner seguía empeñado en sentarse delante. Mark recordó viajes al desierto en compañía de motoristas. Primero se acomodaban cuidadosamente ciclomotores y equipo mecánica, y luego se introducía a los corredores de cualquier manera. Mientras esperaba que los demás salieran del estudio, Mark encendió la radio.

Una voz autoritaria habló en el tono convincente del orador profesional.

—«Y esta buena nueva del reino deberá ser predicada en todo el mundo, para que todas las naciones sean testigo. Y entonces llegará el fin. Cuando veáis así la abominación y desolación de que habló el profeta Daniel, quedaos en el lugar sagrado: entonces dejad que quienes están en Judea huyan a las montañas.» -El tono de voz cambió, pasando de la lectura a la prédica-. Amigos, ¿no habéis visto lo que ahora se hace en las iglesias? ¿No es abominación? El que pueda entender, que entienda. ¡Y el martillo se acerca! Viene para castigar a los malvados. «Y entonces habrá una gran tribulación, como

no la ha habido desde el principio del mundo ni volverá a haberla jamás. Y a menos que esos días no sean breves, ninguna vida se salvará.»

—Realmente impresiona -dijo una voz detrás de Mark. Charlie Bascomb entró en el furgón.

—El reverendo Henry Armitage les ha ofrecido la buena nueva -dijo el locutor de radio-. La voz de Dios se emite en todas las lenguas del mundo, obedeciendo al mandamiento. Sus contribuciones hacen posible estas emisiones.

—Seguro que le escuchan mucho estos días -dijo Mark-. Debe tener un montón de nuevos donantes.

Se dirigieron a Burbank y al llegar estacionaron cerca de los estudios de la Warner Brothers. Era una buena calle: muchas tiendas y establecimientos, desde los que tenían cámaras de televisión ocultas hasta restaurantes caros. La gente deambulaba por la ancha avenida. Estrellas en ciernes y personal de producción de los estudios se mezclaban con serios hombres de negocios procedentes de las compañías de seguros. Amas de casa de clase media estacionaban sus rancheras y se dirigían a las calles. Una célebre personalidad de la televisión que vivía cerca de Toluca Lake pasó cerca de ellos. Mark reconoció su nariz ganchuda.

Mientras los técnicos preparaban la cámara y el equipo de sonido, Harvey llevó a Tim Hamner a un restaurante, para tomar café. Cuando todo estuvo dispuesto, Mark se unió a ellos. Al aproximarse al reservado, oyó la voz de Randall. Harvey tenía un timbre de voz inequívoco.

—...se trata de averiguar lo que piensan ellos. Lo que yo pienso lo oculto tras preguntas neutrales y una voz neutral. Lo que usted piensa, lo oculta con su silencio. ¿Está claro?

—Totalmente -respondió Hamner. Parecía más despierto de lo que había estado durante el viaje-. ¿Qué tengo que hacer?

—Puede dar una sensación de cooperar. Por ejemplo, ayudar a Mark. Y también puede quitarse de en medio.

—Tengo un buen magnetofón -dijo Hamner-. Podría...

—Nada de lo que usted tenga nos sería de utilidad -le interrumpió Randall-. No está sindicado.

Alzó la vista y vio a Mark, que le hizo una seña de que todo estaba listo. Entonces se levantó y salió. Mark acompañó a Hamner.

—A mí me vino con la misma canción. Realmente me comió los sesos.

—Le creo. Me parece que si le estropeo una entrevista me dejará en la estacada. Y los taxis desde aquí a casa cuestan un ojo de la cara.

—¿Sabe? —le dijo Mark-. Creía que usted era el patrocinador.

—Sí. Ese Harv Randall es un tipo duro de pelar -comentó Hamner-. ¿Hace mucho que se dedica a este trabajo?

Mark meneó la cabeza.

—Es temporal, sólo trabajo para Harv. A lo mejor algún día lo haré de manera permanente, pero ya sabe cómo es el negocio de la televisión. Restringiría mi libertad.

Burbank estaba envuelta en la neblina de la contaminación.

—Veo que la Hertz ha conseguido las montañas -dijo Hamner.

Mark le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Cómo es eso?

Hamner señaló hacia el norte, donde el horizonte del valle San Fernando se desvanecía en una mancha marrón.

—A veces cuidamos las montañas. Yo incluso tengo un observatorio en una de ellas. Pero veo que hoy el imperio de alquiler de coches Hertz se ha apoderado de ellas.

Llegaron al furgón. Las cámaras estaban dispuestas, listas para enfocar primeros planos o vistas panorámicas. Harvey Randall ya había abordado a un hombre musculoso que llevaba casco y un mono de trabajo. Parecía fuera de lugar entre los vendedores y los hombres de negocios.

—...Rich Gollantz. Estamos construyendo el edificio Avery, allá abajo.

La voz y los gestos de Harvey Randall intentaban conseguir que las personas hablaran. Si era necesario, su imagen haciendo las preguntas podía ser filmada de nuevo.

—¿Ha oído hablar del cometa Hamner-Brown?

Gollantz se echó a reír.

—No paso tanto tiempo pensando en cometas como usted podría esperar. — Harvey sonrió-. Pero vi el «Show de medianoche» en el que dijeron que podría chocar con la Tierra.

—¿Y qué pensó al respecto? — inquirió Harvey.

—Un montón de... basura. — Gollantz miró a la cámara-. La gente siempre está diciendo algo parecido. Que si el ozono se acaba y moriremos todos Y recuerde el sesenta y ocho, cuando todos los adivinos dijeron que California se iba a hundir en el mar, y los chalados huyeron a las colinas.

—Sí, pero los astrónomos dicen que si nos alcanzara la cabeza del cometa causaría...

—Una era glacial -le interrumpió Gollantz-. Ya lo sé Lo leí en la revista *Astronomía*. -Sonrió y se rascó bajo el casco metálico-. Eso sí que sería algo espectacular. Piense en todos los nuevos proyectos de construcción que necesitaríamos. Y los chicos del departamento de bienestar social podrían pagar con pieles de oso polar en vez de cheques. Claro que alguien tendría que cazar primero a los osos. Tal vez yo podría conseguir ese empleo. — La sonrisa de Gollantz se ensanchó-. Sí, podría ser divertido. No me importaría tratar de ganarme la vida como un buen cazador.

Harvey trató de sonsacar más. No era probable que aquella entrevista produjera material utilizable, pero no era aquel su objetivo. Harvey estaba pescando, con la cámara como cebo. La emisora no aprobaba este método de investigación. Era demasiado caro, muy vulgar y de poca fiabilidad, según ellos. Aquella opinión era un reflejo directo de la de los equipos especializados en investigación motivacional que querían ser contratados por la NBS.

Harvey hizo algunas preguntas más sobre ciencia y tecnología. A Gollantz le gustaba estar ante la cámara. ¿Había oído hablar del lanzamiento de un Apolo para estudiar el cometa, y qué pensaba de ello?

—Me gusta. Será un buen *show*, con un montón de buenas fotos, y me costará menos de lo que pago por ir al cine, puede estar seguro de eso. Eh, espero que dejen subir de nuevo a Johnny Baker.

—¿Conoce usted al coronel Baker?

—No, pero me gustaría. Me encantaría conocerle. He visto las fotos en que aparece reparando el Skylab. Aquello fue un buen trabajo de construcción. Y cuando regresó a tierra, seguro que dio guerra a esos bastardos de la NASA. Sí, tendría que volar de nuevo Eh, tengo que marcharme. Hay trabajo que hacer.

Se despidió con un gesto de la mano y se marchó. Mark le siguió para cerrar la claqueta tras él.

—¿Puede concederme un momento, señor?

El hombre joven caminaba con la cabeza gacha, perdido en sus pensamientos. No tenía mal aspecto, pero su rostro era curiosamente rígido. Por un instante pareció enfadado cuando Randall interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí?

—Estamos hablando con el público acerca del cometa Hamner-Brown. ¿Puede decirme su nombre?

—Fred Lauren.

—¿Opina algo en especial sobre el cometa?

—No. — Casi a regañadientes añadió: Vi su programa.

Los músculos se tensaron en las mandíbulas de Fred Lauren, de una manera que Harvey reconoció. Algunos hombres van por la vida perpetuamente airados. Los músculos que cierran sus mandíbulas y hacen rechinar sus dientes son muy prominentes.

Harvey se preguntó si habría dado con un enfermo mental. Sin embargo...

—¿Ha oído que existe una posibilidad de que la cabeza del cometa choque con la Tierra?

—¿Chocar con la Tierra? — El hombre pareció asombrado. De repente dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, andando con mucha más rapidez que cuando se había aproximado.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Tim Hamner.

—No lo sé -respondió Harvey. ¿Acaso aquel hombre se disponía a cometer un asesinato? Los locos violentos son liberados constantemente, pues no hay bastante sitio en los hospitales psiquiátricos. ¿Sería Lauren uno de esos, o sólo un hombre que había tenido una discusión con su jefe?-. Bueno, nunca lo sabremos. Si no puede aguantar quedarse con las ganas de saber, será mejor que se dedique a otra cosa.

Fred no había mirado el programa anterior de Randall. Había estado mirando a Colleen que contemplaba un programa sobre un cometa... Pero algo de lo que había oído empezó a salir a la superficie. La Tierra se encontraba en medio del camino que recorrería el cometa. Y si éste chocaba, la civilización acabaría entre llamas.

El fin del mundo. Pensó que moriría, que todos morirían. Abandonó toda idea de volver al trabajo. Había un quiosco de periódicos más abajo de la calle y se dirigió rápidamente hacia él.

Hubo otras entrevistas. Amas de casa que nunca habían oído hablar del cometa. Una estrella en ciernes que reconoció a Tim Hamner por haberlo visto en el «Show de medianoche» y quiso que la filmaran besándole. Amas de casa que sabían tanto del cometa como Randall. Un muchacho explorador que tenía grandes conocimientos de astronomía.

Harvey pudo descubrir algunas tendencias. Una de ellas era sorprendente. En Burbank había una importante industria espacial, y la gente aprobaba por abrumadora mayoría el próximo lanzamiento del Apolo. No obstante, aquella unanimidad casi total era algo fuera de lo corriente incluso en aquella ciudad. Harvey sospechó que la gente quería otro vuelo tripulado y ver más a sus héroes, los astronautas, y el cometa era una buena excusa para ello. Había quienes murmuraban sobre los costes, pero la mayoría, como Rich Gollantz, pensaban que pagaban más todos los meses por un entretenimiento peor.

Estaban a punto de recoger el equipo cuando Harvey vio a una muchacha de notable belleza, y pensó



que nunca estaría de más filmarla. Parecía preocupada y andaba apresuradamente por la acera, con expresión abstraída.

Su sonrisa fue repentina y muy agradable.

—No veo demasiado la televisión -le dijo-, y me temo que no he oído hablar de su cometa. Las cosas han ido bastante mal últimamente en la oficina...

—Será un cometa muy grande -dijo Harvey-. Esté atenta el próximo verano. También van a enviar una misión espacial para estudiarlo. ¿Lo aprueba usted?

Ella no respondió de inmediato.

—¿Eso permitirá aprender muchas cosas? — Cuando Harvey asintió, ella añadió-: Entonces estoy a favor, si no es demasiado costoso y si el gobierno puede pagarlo, lo que me parece dudoso.

Harvey dijo algo acerca de lo que costaría estudiar el cometa: menos que el dinero invertido en asistir al fútbol.

—Claro, pero el gobierno no tiene el dinero. Y no van a renunciar a nada, de manera que tendrán que darle a la máquina de fabricar billetes, con lo que el déficit será mayor y habrá más inflación. Naturalmente, de todos modos va a haber más inflación, así que no hay inconveniente en que estudien el cometa con nuestro dinero.

Harvey hizo unos ruidos que querían ser alentadores. La muchacha se había puesto muy seria. Su sonrisa se desvaneció y adoptó una expresión pensativa que pronto se tradujo en ira.

—¿Pero qué más da? El gobierno no escucha, nadie se preocupa. Desde luego, espero que envíen un Apolo al espacio. Así, al menos, sucede algo. No todo es pasar papeles de una bandeja a otra. — La sonrisa reapareció en el rostro de la muchacha-. ¿Y por qué tengo yo que hablarle de los problemas políticos del mundo? He de irme.

La muchacha se escabulló antes de que Harvey pudiera preguntarle su nombre.

Había un hombre de color muy bien vestido, esperando pacientemente, con el deseo evidente de aparecer ante la Cámara. Harvey se preguntó si sería musulmán, pues éstos solían vestir de un modo muy conservador. Pero resultó ser miembro del gabinete del alcalde, y quería comunicar a todo el mundo que el alcalde se preocupaba, y si los votantes aprobaban la nueva emisión de bonos para controlar la contaminación, la gente podría ver las estrellas desde el valle de San Fernando.

—No saldrá en pantalla más de cinco segundos -decía Tim Hamner-. El tiempo justo para mostrar esa encantadora sonrisa. Sólo tendrá que decir: «¿Qué es eso de Hamner-Brown?» Luego pasaremos a alguien que esté seguro de que el cometa va a convertir en añicos la ciudad.

Ella se echó a reír.

–De acuerdo. Firmaré su formulario.

–Estupendo. ¿Su nombre, por favor?

–Eileen Susan Hancock.

Hamner lo anotó cuidadosamente.

–¿Dirección y número de teléfono?

La mujer frunció el ceño. Miró el vehículo de la televisión y todo el equipo de filmación. Miró el caro traje deportivo de Hamner y el reloj Pulsar extraplano que llevaba.

–No creo que...

–Nos gusta comprobar las referencias de la gente antes de rodar -explicó Tim-. Mire, no he dicho en serio eso de que el cometa va a convertir en añicos la ciudad. No soy realmente profesional en esto. Trabajo gratis. Soy también el patrocinador del programa, y el hombre que descubrió el cometa.

Eileen hizo una mueca de asombro fingido.

–¡Qué... incestuoso! – Ambos se echaron a reír-. ¿Cómo puede ser todo eso?

–Porque tuve un buen abuelo que me dejó en herencia un montón de dinero y una empresa llamada Jabones Kalva. Invertí parte del dinero en la construcción de un observatorio y descubrí un cometa. Conseguí que la empresa patrocinara un documental sobre el cometa para que pudiera jactarme de ello. Como ve, todo es perfectamente lógico.

–Desde luego, ahora que lo ha explicado no es difícil de entender.

–Oiga, si no quiere darme su dirección.

–Oh, sí, se la daré. – Vivía en un bloque de muchos pisos, al oeste de Los Angeles. También le dio su número de teléfono. Se despidió de él con un enérgico apretón de manos.

–Tengo que irme corriendo, pero me alegro de haberle conocido. Me ha hecho empezar el día con buen pie.

Se marchó, dejando a Hamner deslumbrado y sonriendo alegremente.

–Ragnarok -dijo el hombre-. Armagedón. – Tenía una voz fuerte, persuasiva. Llevaba una barba muy poblada, con dos mechones de un blanco níveo en la barbilla, y su mirada era tierna y amable-. Los profetas de todas las tierras dicen que este día está al caer. El Día del Juicio. La guerra de fuego y hielo presagiada por los antiguos. El Martillo es hielo, y llegará envuelto en fuego.

—¿Y qué aconseja usted? — preguntó Harvey Randall.

El hombre vaciló, tal vez temiendo que Randall se burlara de él.

—Únase a una iglesia. Únase a cualquier iglesia en la que pueda creer. «En la casa de mi padre hay muchas moradas.» Los que son realmente religiosos no serán abandonados.

—¿Qué haría usted si el cometa Hamner-Brown no choca con nosotros?

—Chocará.

Harvey hizo que el hombre se volviera hacia Mark, armado con la claqueta, e hizo una señal a Charlie para que seleccionara aquella entrevista. No había sido un mal día. Disponían de varios minutos de película utilizables y Harvey había aprendido algo sobre el estado de ánimo de los televidentes.

Mark se acercó a él, con la claqueta en la mano.

—Todo ha salido a pedir de boca, ¿verdad? Habrás observado que no he dicho ni palabra.

—Si, te has portado muy bien.

Hamner llegó sonriendo, como si saborease algún placer íntimo. Cargó su equipo de grabación en el furgón y subió a bordo.

—¿No os habéis dejado nada?

—Ragnarok se acerca. La Tierra perecerá envuelta en hielo y fuego. Tenía la mejor barba que he visto en mi vida. ¿Dónde diablos estaba?

—Haciendo una entrevista -dijo Tim. Durante todo el viaje de regreso conservó aquella alegre sonrisa.

Desde los locales de la NBS Tim Hamner se dirigió a Bullocks. Sabía lo que estaba buscando. Después pasó por una floristería y luego por una farmacia, donde compró somníferos. Iba a llevar un extraño horario.

Se dejó caer en la cama totalmente vestido. Estaba profundamente dormido cuando sonó el teléfono, alrededor de las seis y media. Se dio la vuelta y buscó a tientas el aparato.

—¿Diga?

—Desearía hablar con el señor Tim Hamner.

—Soy yo. ¿Eres Eileen? Lo siento, estaba dormido. Iba a llamarte.

—Pues ya no hace falta. Tim, desde luego sabes cómo atraer la atención de una chica. Las flores son bonitas, pero el jarrón... ¡Acabamos de conocernos!

—Entonces tú también eres aficionada al cristal de Steuben. Tengo una hermosa colección.

—¿Ah, sí?

—Tengo lo último en animales. — Tim se sentó en la cama—. Tengo... déjame ver, una ballena azul, un unicornio, una jirafa heredada de mi abuela, en estilo antiguo. Y el Príncipe Rana. ¿Has visto el Príncipe Rana?

—He visto fotografías de Su Majestad. Eh, Tim, déjame que te invite a cenar. Hay un restaurante fuera de lo corriente que se llama Dar Magrib.

Los hombres solían quedarse en suspenso cuando Eileen les invitaba a cenar, pero la pausa de Tim apenas fue perceptible.

—El señor Hamner acepta encantado. Sí, Dar Magrib es algo fuera de lo corriente. ¿Has estado en él?

—Sí, y es muy bueno.

—¿E ibas a llevarme ahí sin advertírmelo? ¿Sin decirme que tendré que comer con los dedos?

Eileen se echó a reír.

—Ponía a prueba tu buena disposición.

—Aja. ¿Por qué no vienes aquí para tomar un cóctel antes de ir a cenar? Te presentaré a Su Majestad y las demás piezas de cristal.

Tim le indicó el camino para ir a su casa.

Fred Lauren llegó a casa con un montón de revistas. Las dejó al lado de la tumbona, se tendió, haciendo chirriar los muelles, y empezó a leer el *National Enquirer*.

El artículo confirmó sus peores temores. Era seguro que el cometa chocaría, y nadie tenía idea de dónde sería el choque. Pero caería en verano y en consecuencia, como aclaraba la ilustración, el impacto se produciría en el hemisferio septentrional. Nadie sabía el volumen que tendría la cabeza del cometa, pero según la revista supondría el fin del mundo.

Fred había oído la prédica por la radio, aquel loco que salía en todas las emisoras. El fin del mundo se aproximaba. Fred apretó las mandíbulas y cogió el ejemplar de *Astronomy*. Según esta revista había cien mil posibilidades contra una de que el cometa pasara de largo, pero Fred apenas reparó en ello. Lo que le interesó fueron las representaciones artísticas, de un vivo realismo, del choque de un asteroide que lanzaba chorros de magma fundido, de un asteroide de «tipo medio» posado sobre la

ciudad de Los Angeles, para dar una idea de su tamaño, y de la cabeza de un cometa chocando con el océano y dejando al descubierto el lecho del mar.

Había oscurecido para poder seguir leyendo, pero Fred no pensó en encender la luz. Muchos hombres nunca creen que van a morir, pero Fred lo creía en aquel momento. Permaneció sentado en la oscuridad hasta que se le ocurrió que Colleen debía haber llegado a casa, y se dirigió al telescopio.

La muchacha no estaba visible, pero había luces en la casa. De súbito, la imaginación de Fred llenó de llamas la estancia vacía. La pared de estuco que rodeaba la ventana brilló con una luz cegadora que se fue apagando lentamente para revelar cortinajes ardiendo, ropas de cama, el sofá, la mesa y el mantel, todo ello ardiendo. Las ventanas se rompían, las astillas volaban. La puerta del baño... se abrió.

La muchacha salió poniéndose una bata. Estaba desnuda. Para Fred resplandecía como una santa, como una belleza casi imposible de ver directamente. Pasó una eternidad antes de que cerrase la bata... y en aquella eternidad Fred la vio bañada en la luz del cometa mortífero. Colleen brillaba como una estrella, con los párpados fuertemente cerrados en un gesto inútil, el rostro lleno de astillas de vidrio, la bata y los largos cabellos chamuscados, ennegrecidos... Y había desaparecido antes de que él la hubiese conocido. Fred se apartó del telescopio. La voz de la razón le decía que no podían conocerse. El sabía muy bien qué haría, y no podría enfrentarse de nuevo a la cárcel.

¿La cárcel? ¿Cuándo el cometa venía para ponerle fin al mundo? Los juicios llevaban tiempo. Nunca iría a la cárcel. Moriría primero. Fred Lauren sonrió de una manera muy extraña. Los músculos en los ángulos de sus mandíbulas estaban agarrotados. ¡Moriría primero!

## MAYO

*Hacia los años 1790, los filósofos y científicos tenían conocimiento de que numerosas personas afirmaban haber visto caer piedras del cielo, pero los científicos más eminentes se mostraban escépticos. El primer avance importante tuvo lugar en 1794, cuando un abogado alemán, E. F. F. Chladni, publicó un estudio de algunos presuntos meteoritos, uno de los cuales se había encontrado después de avistar una bola de fuego. Chladni aceptó la evidencia de que estos meteoritos habían caído del cielo e infirió correctamente que se trataba de objetos extraterrestres que se habían calentado al atravesar la atmósfera de la Tierra. Chladni incluso postuló que podrían ser fragmentos de un planeta destrozado, idea que dio pie a las primeras teorías sobre los asteroides, y el primero de ellos fue descubierto siete años después. Las teorías de Chladni fueron rechazadas en general, no porque estuvieran mal concebidas, pues había podido obtener pruebas convincentes, sino porque sus contemporáneos no estaban dispuestos a aceptar la idea de que piedras extraterrestres pudieran caer del cielo.*

William K. Hartmann, *Satélites y Planetas: Una introducción a la ciencia planetaria*

El hombre joven andaba cojeando ostensiblemente. Casi tropezó con la gruesa alfombra del gran despacho, y Carrie, la recepcionista del senador Jellison, le cogió un momento del brazo. El la rechazó con brusquedad.

—El señor Colin Saunders -anunció Carrie.

—¿En qué puedo servirle? — preguntó el senador Jellison.

—Necesito una pierna nueva.

Jellison intentó no parecer sorprendido, pero no lo logró. «Creí que ya los había escuchado a todos», pensó.

—Siéntese, por favor -Jellison consultó su reloj-. Son más de las seis...

—Sé que le estoy haciendo perder su valioso tiempo -dijo Saunders en tono agresivo.

—No pensaba en mi tiempo -replicó Arthur Jellison-. Como pasan de las seis, podemos tomar un trago. ¿Le apetece algo?

—Pues... sí, señor. Gracias.

—Muy bien.

Jellison se levantó de su barroca mesa de trabajo y se acercó a un armario de estilo antiguo, en la pared. El edificio no era precisamente viejo, pero parecía como si aquellos armarios hubieran podido ser usados por Daniel Webster, del que se sabía que no esperaba a las seis para beber. El senador abrió la puerta del armario y exhibió una gran cantidad de botellas de licor, casi todas con la misma etiqueta.

—¿Son de buena marca? — preguntó el visitante.

—Claro, no se deje engañar por las etiquetas. La botella negra contiene bourbon Jack Daniels. Las restantes también son buenas marcas. ¿Por qué pagar los precios de las marcas registradas cuando puedo conseguir la misma calidad en mi tierra, mucho más barata? ¿Qué quiere tomar?

—Un escocés.

—En seguida. A mí me gusta más el bourbon. — Jellison sirvió dos vasos-. Ahora, dígame que desea de mí.

—Se trata de la Asociación de Veteranos.

Saunder contó su historia. Aquella sería su cuarta pierna artificial. La primera que le dieron en la Asociación de Veteranos había encajado bien, pero se la habían robado, y las dos siguientes no encajaron, le hacían daño, y ahora la Asociación ya no quería saber nada más del asunto.

—Me parece que ese problema corresponde más bien a su diputado en el congreso -dijo amablemente Jellison.

—Traté de ver al honorable Jim Braden. — El tono del joven volvió a tener un dejo de amargura-. Ni siquiera pude lograr una cita.

—Ya veo. Perdona un segundo. — Jellison sacó un cuaderno de notas de un cajón de su mesa y escribió: «Que Al se encargue de poner en cintura a ese hijo de perra. El partido no necesita tipos así, y ésta no es la primera vez.» Luego cogió un bloc de papel-. Será mejor que me dé los nombres de los médicos que le han tratado.

—¿Quiere decir que realmente va a ayudarme?

—Haré que alguien se encargue del asunto. — Jellison empezó a escribir los detalles-. ¿Dónde le hirieron?

—En Khe Sanh.

—¿Medallas? Pueden ser de ayuda.

El visitante se encogió de hombros.

—La estrella de plata.

—Y el corazón de púrpura, naturalmente -dijo Jellison-. ¿Quiere otro trago?

El visitante sonrió y meneó la cabeza. Miró a su alrededor. Las paredes de la gran estancia estaban decoradas con fotografías en las que aparecía el senador Jellison en una reserva india, ante los mandos de un bombardero de la Fuerza Aérea, los hijos de Jellison, los miembros de su personal y sus amigos.

—No quiero robarle más tiempo. Debe estar ocupado.

El visitante se puso en pie trabajosamente, y Jellison le acompañó hasta la puerta.

—Ese ha sido el último -dijo Carde.

—Bien. Todavía me quedará un rato. Haz que entre Alvin, y tú puedes irte a casa... Ah, una cosa. Primero mira si está el doctor Sharps en el JPL, ¿quieres? Y llama a Maureen para decirle que llegaré un poco tarde.

—De acuerdo.

Carne sonrió mientras el senador volvía a su despacho. Antes de que se fuera a casa, le encargaba una decena de cosas de última hora. Ya estaba acostumbrada. Inspeccionó las salas de trabajo. Todo el mundo se había ido excepto Alvin Hardy, el cual siempre esperaba, por si acaso.

—Quiere verte -le dijo Carrie.

—¿Qué querrá ahora?

Cuando Al entró en el gran despacho, Jellison estaba repantigado en su sillón. La chaqueta y la corbata yacían sobre la mesa, y la mitad de los botones de la camisa estaban desabrochados. Un largo vaso de bourbon descansaba junto a la botella.

—¿Qué desea, señor? — le preguntó Al.

—Un par de cosas. — Entregó a Al los apuntes que había tomado-. Verifica esto. Si es verdad, quiero que se dé un buen rapapolvo a esa gente. Que ahorren dinero de sus salarios, no escatimando una pierna artificial a un veterano de guerra con una estrella de plata.

—Sí, señor.

—Y luego puedes echar un vistazo al distrito de Braden. Me parece que el partido debería tener ahí a un muchacho brillante. Me refiero a un miembro del consejo municipal...

—Ben Tyson -dijo Al, acudiendo en su ayuda.

—Ese es su nombre. Tyson. ¿Crees que podría superar a Braden?

—Desde luego, si usted colabora.

—Pues adelante. Ya estoy harto de que el señor Braden esté tan ocupado salvando al mundo que no tenga tiempo de preocuparse por sus votantes.

El senador Jellison no sonreía en absoluto. Al asintió, pensando que Braden estaba acabado. Cuando el jefe estaba de aquel humor...

Se oyó el zumbido del intercomunicador y Carrie anunció que el doctor Sharps estaba al aparato.

—Bien. No te vayas, Al. Quiero que oigas esto. ¿Charlie?

—Sí, senador. Dime.

—¿Cómo va el lanzamiento? — preguntó Jellison.

—Todo va bien. Iría mejor si todos los peces gordos de Washington no me llamaran para



preguntármelo.

–Diablos, Charlie, he hecho mucho por ti. Si alguien tiene derecho a saber soy yo.

–Sí, perdona -dijo Sharps-. La verdad es que las cosas van mejor de lo que esperábamos. Los rusos están ayudando mucho. Tienen una gran sección propulsora y embarcarán muchos artículos de consumo que compartirán con nuestro equipo, así que podemos llevar más instrumentos científicos. Por una vez tenemos una juiciosa división del trabajo.

–Muy bien. Nunca sabrás cuántos favores he tenido que solicitar para conseguir ese lanzamiento. Ahora dime de nuevo cuál es el valor de todo esto.

–Esta misión será del máximo valor, senador. No servirá para curar el cáncer, pero con toda seguridad aprenderemos muchas cosas sobre planetas, asteroides y cometas. Otra cosa, ese individuo de la televisión, Randall, quiere que salgas en su próximo documental. Al parecer, considera que la emisora debe estarte agradecida por conseguir este lanzamiento.

Jellison miró a Al Hardy, el cual sonrió y asintió vigorosamente.

–Causaremos impacto en Los Angeles -dijo Al.

–Dile que me parece bien. Cuando quiera. Que se ponga en contacto con mi ayudante, Al Hardy. ¿Entendido?

–De acuerdo. ¿Eso es todo, Art? – preguntó Sharps.

–No, no. – Jellison apuró su vaso de whisky-. Charlie, por aquí no para de venir gente convencida de que el cometa va a chocar con nosotros. No son locos, sino buenas personas, algunas incluso con tantos grados universitarios como tú.

–Conozco a la mayoría de ellos -admitió Sharps.

–¿Y bien?

–¿Qué puedo decir, Art? – Sharps permaneció un instante en silencio-. La órbita mejor proyectada sitúa a ese cometa exactamente encima de nosotros...

–Dios mío -dijo el senador Jellison.

–Pero hay varios millares de kilómetros de error en esas proyecciones. Y varios miles de kilómetros es una gran diferencia. No puede alcanzarnos tan fácilmente...

–Pero podría chocar.

–Bueno... Esto no es para darlo a la luz pública, Art.

—No lo he pedido para eso.

—De acuerdo. Sí, podría chocar con la Tierra. Pero las probabilidades están en contra.

—¿Qué clase de probabilidades?

—Miles contra una.

—Recuerdo que hablaste de miles de millones contra una...

—Sí, pero las probabilidades se han reducido -dijo Sharps.

—¿Lo suficiente para que podamos hacer algo al respecto?

—¿Qué podríamos hacer? He hablado con el presidente.

—Yo también.

—No quiere que cunda el pánico, y estoy de acuerdo. Sigue habiendo millares de probabilidades de que no ocurra contra una, y la absoluta certeza de que mucha gente morirá si empezamos a hacer preparativos. Ya estamos dando lugar a locuras por parte de fanáticos y chalados, gente que ve el fin del mundo como una oportunidad...

—Háblame de ello -dijo Jellison secamente-. Ya te he dicho que también he visto al presidente y es de tu misma opinión, o tú eres de la suya. No hablo de advertir a la gente, Charlie, hablo de mí. ¿Dónde caerá esa cosa, si es que cae?

Hubo otro momento de silencio.

—Tú lo has estudiado, ¿no? —añadió Jellison-. O ese genio loco que está contigo, ese Forrester, lo ha hecho, ¿no es así?

—Sí. — En la voz de Sharps se notaba su renuencia a hablar-. El Martillo, como se conoce ya al cometa, se ha fragmentado. Si se precipita contra nosotros, probablemente lo hará en una serie de choques, a menos que el calor central se abata sobre nosotros. Si eso sucede, no te preocupes por hacer preparativos. No hay nada que hacer.

—Vaya.

—Pues sí. Así están las cosas.

—Pero si sólo choca una parte...

—Con toda seguridad sería en el océano Atlántico -dijo Sharps.

—Lo cual significa Washington... -dijo despaciosamente Jellison.

—Washington quedaría cubierta por las aguas, como toda la costa oriental hasta las montañas. Habría inmensas mareas. Pero las probabilidades son muy escasas, Art. Lo mejor que puedes suponer es que tendremos un bonito espectáculo luminoso y nada más.

—Claro, claro. De acuerdo, Charlie. Te dejo que vuelvas al trabajo. A propósito, ¿dónde estarás el día que suceda?

—En el JPL.

—¿A qué altura?

—A unos trescientos metros, senador, a unos trescientos metros. Adiós.

La conferencia finalizó abruptamente. Jellison y Hardy se quedaron mirando un momento el instrumento silencioso.

—Al, creo que nos daremos una vuelta por el rancho -dijo Jellison-. Es un buen sitio para observar cometas.

—Sí, señor.

—Pero hemos de tener cuidado, no dejarnos llevar por el pánico. Si esto se divulgara, todo el país podría arder. Confío en que la semana en que vaya a producirse el acontecimiento, el Congreso encontrará una buena razón para entrar en receso, así que no tendremos que preocuparnos en ese aspecto. Pero también quiero a mi familia en el rancho. Yo me encargaré de Maureen, y tú de que vayan Jack y Charlotte.

Al Hardy se sobresaltó. Al senador Jellison no le gustaba su yerno, ni a Al tampoco. Sería desagradable persuadir a Jack Turner para que llevara a su mujer e hijos al rancho de Jellison en California.

—Tú vienes con nosotros, naturalmente -dijo Jellison-. Necesitaremos equipo... todo lo necesario para el fin del mundo. Un par de vehículos con tracción en las cuatro ruedas...

—Land Rovers -ofreció Al.

—No, diablos, Land Rovers no. —Vertió otros dos dedos de whisky en su vaso-. Compremos artículos norteamericanos. El cometa probablemente no chocará, y no es nada conveniente que tengamos vehículos extranjeros una vez todo haya pasado. Jeeps, o algo de la General Motors.

—Lo miraré -dijo Al.

—Y todo lo demás. Tiendas de campaña, pilas, hojas de afeitar, calculadoras de bolsillo, sacos de dormir, toda la quincalla que puedas comprar...

—Va a salir caro, senador.

—¿Y qué? No estoy arruinado. Cómpralo al por mayor, pero con discreción. Si alguien te pregunta dile que... que te vas de safari a África. Debe haber algún proyecto de la Fundación Científica Nacional en África...

—Sí, señor.

—Muy bien. Ya tienes la respuesta si alguien te pregunta. Puedes hablar a Rasmussen de esto, pero a ningún otro miembro del personal. ¿Hay alguna chica a la que quieras llevar?

Estaba claro que no lo sabía, pensó Al. Ignoraba lo que sentía por Maureen.

—No, señor.

—De acuerdo. Lo dejo todo en tus manos. Supongo que te das cuenta de que todo esto es una locura y que vamos a sentirnos terriblemente estúpidos una vez haya pasado.

—Sí, señor.

Ojalá fuera así. ¡Sharps llamaba al cometa el Martillo!

—No hay ningún peligro en absoluto. El asteroide Apolo se aproximó hasta tres millones doscientos mil kilómetros, que es muy cerca en distancias cósmicas, en 1936. Y no pasó nada. ¿Recuerdan el pánico de 1968? La gente, sobre todo en California, se subió a las colinas. Todo el mundo se olvidó de ello al día siguiente, es decir, todos los que no se habían arruinado comprando equipo de supervivencia que no necesitaban.

«El cometa Hamner-Brown es una maravillosa oportunidad de estudiar una nueva clase de cuerpo extraterrestre a una distancia relativamente cerca, y recalco la palabra relativamente, y eso es todo.»

—Gracias, doctor Treece. Han escuchado una entrevista con el doctor Henry Treece del Centro de Investigación Geológica de Estados Unidos. Volvemos ahora a nuestro programa habitual.

La carretera se extendía hacia el norte, a través de plantaciones de naranjos y almendros que bordeaban el lado oriental del valle San Joaquín. A veces ascendía por colinas bajas o serpenteaba entre ellas, pero durante la mayor parte del camino el panorama a la izquierda era el de una vasta planicie en la que destacaban los edificios de granjas y los terrenos cultivados, cruzados por canales, y que se perdía en el horizonte. Los únicos edificios de gran tamaño eran los de la central nuclear San Joaquín, todavía en construcción.

Al llegar a Porterville, Harvey Randall giró a la derecha y enfiló hacia el este, en dirección a las estribaciones. Al salir de una curva cerrada pudo ver por un momento el paisaje de la magnífica Sierra Alta con las cumbres aún cubiertas de nieve. Finalmente encontró el desvío a la carretera secundaria y poco después estuvo ante una valla en cuya puerta de acceso no había señal alguna. Acababa de pasar una camioneta de correos, y el conductor regresaba para cerrar la puerta. Era un hombre de largos cabellos y poblada barba.

—¿Se ha perdido? —preguntó el cartero.

—Creo que no. ¿No es éste el rancho del senador Jellison?

El cartero se encogió de hombros.

—Eso dicen. Yo nunca le he visto. ¿Cerrará usted la puerta?

—Desde luego.

—Bueno, hasta la vista.

El cartero volvió a su camioneta. Harvey cruzó la entrada, se bajó del coche y cerró la valla, siguiendo el camión por el camino polvoriento hasta lo alto de la colina, donde se levantaba una casa de madera blanca. Allí el camino se dividía. La rama derecha conducía a un granero y una serie de pequeños estanques comunicados entre sí, sobre los que se alzaban altos riscos de granito. Había varios grupos de naranjos y mucho terreno de pastos. Algunas piedras enormes, más grandes que una casa suburbana de California, se habían desprendido de los riscos y yacían entre los pastos.

Una mujer robusta salió de la casa y saludó al cartero agitando el brazo.

—¡El café está caliente, Harry!

—Gracias. Feliz día de entrega de basura.

—Vaya, ¿otra vez? ¿Tan pronto? Bueno, ya sabes dónde ponerla. — La mujer avanzó hasta el furgón de Randall-. ¿En qué puedo servirle?

—Busco al senador Jellison. Soy Harvey Randall, de la NBS.

La señora Cox asintió.

—Le están esperando arriba, en la casa grande. — Señaló hacia la parte izquierda del camino-. Tenga cuidado al aparcar, y esté atento a los gatos.

—¿Qué es eso del día de entrega de basura? — preguntó Harvey.

El rostro de la señora Cox, suspicaz hasta entonces, se volvió impenetrable.

—Nada importante -dijo, regresando al porche. El cartero ya había desaparecido en el interior de la casa.

Harvey se encogió de hombros y puso en marcha el vehículo. El camino discurría entre vallas de alambre espinoso. A la izquierda había naranjos y a la derecha más pastos. Al doblar una curva apareció la casa. Era grande, con paredes de piedra y tejado de pizarra, un edificio sólido, de construcción irregular, que no parecía apropiado para aquella región remota. Estaba enmarcado por más riscos, y, a través de un cañón, podía verse la Sierra Alta, a lo lejos.

Estacionó el vehículo cerca de la puerta trasera. Cuando se disponía a dar la vuelta para entrar por el gran porche frontal, se abrió la puerta de la cocina.

—Hola -le saludó Maureen Jellison-. No es necesario que dé la vuelta. Entre por aquí.

—Muy bien. Gracias.

Era tan encantadora como Harvey la recordaba. Llevaba unos pantalones de color canela, bastante toscos, y zapatos de tacón alto, no muy adecuados para el campo pero buenos para andar. Sus cabellos pelirrojos parecían recientemente peinados. Le llegaban a los hombros, ondulados y algo rizados en las puntas. El sol se reflejaba en ellos.

—¿Le ha costado llegar hasta aquí? —preguntó ella.

—No. Ha sido un viaje bastante agradable.

—A mí me gusta mucho el recorrido hasta aquí desde Los Angeles. Pero supongo que le apetecerá tomar algo. ¿Qué desea beber?

—Un whisky, gracias.

Maureen le invitó a pasar. La cocina era muy moderna y tenía un armario lleno de botellas de licor. La muchacha cogió una botella de escocés y luego trató de despegar el hielo de la bandeja.

—Siempre está demasiado helado cuando llegamos -explicó-. Este es un rancho de trabajo, y los Cox no tienen tiempo para venir aquí y poner las cosas en orden. Tome. Estaremos mejor en la otra sala.

Acompañó a Randall al salón de la casa. A través de los ventanales se veía una amplia terraza. Harvey pensó que era una habitación agradable. Las paredes estaban recubiertas de madera clara, y los muebles eran de estilo ranchero, no muy apropiados para una casa tan sólida como aquella. Había fotografías de perros y caballos en casi todas las paredes, y un estuche con cintas y trofeos, la mayoría ganados por caballos, pero también por reses.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Harvey.

–De momento estoy yo sola -dijo Maureen.

Harvey reprimió con firmeza el pensamiento que acudió a su mente.

–El senador ha tenido que asistir a una votación. Pasará la noche en Washington y llegará aquí por la mañana. Ha dicho que le enseñe todo esto. ¿Quiere otra copa?

–No, gracias. Con una es suficiente. – Dejó el vaso pero lo cogió de nuevo al ver que lo había depositado sobre una mesita de madera muy fina. Limpió el círculo de agua con la mano-. Menos mal que el equipo no ha venido conmigo. Tenían que terminar un trabajo y confiaba en que podríamos filmar al senador Jellison mañana por la mañana, pero por si acaso he traído los trastos. En otro tiempo fui un cámara bastante bueno. El equipo vendrá a primera hora, y había pensado en pasar la velada hablando con el senador, para saber lo que quiere decir ante las cámaras...

Harvey pensó que estaba hablando por hablar, lo cual era estúpido.

–Bueno, ¿quiere que le enseñe el rancho? – preguntó Maureen. Miró los pantalones de pana de Harvey y sus botas-. No es necesario que se cambie. Si está dispuesto a una dura caminata, le mostraré el mejor panorama del valle.

–De acuerdo, vamos allá.

Salieron de la cocina y cruzaron el naranjal. Un arroyo corría a su izquierda.

–Ahí se puede nadar muy bien -dijo Maureen-. A lo mejor, si volvemos pronto, nos daremos un chapuzón.

Llegaron a una valla. Maureen apartó el alambre espinoso y la salvó sin esfuerzo. Luego se volvió para observar a Harvey. Sonrió cuando le vio tras ella, sin duda satisfecha de su eficiencia.

Al otro lado de la valla crecía libremente la maleza. El camino se hacía empinado, y había huellas de conejos y cabras. Subieron bastantes metros antes de llegar a la base de un gran risco granítico, que tendría por lo menos sesenta metros de altura.

–Ahora tenemos que ir hacia la izquierda -dijo Maureen-. A partir de aquí el camino es difícil.

Harvey pensó que era más duro de lo que había creído, pero no iba a permitir que una aristócrata washingtoniana le diera lecciones. Al fin y al cabo, estaba muy acostumbrado al aire libre.

No había salido de excursión con una muchacha desde que Maggie Thompkins murió al tropezar con una mina en Vietnam. Maggie fue una reportera activa, siempre en pos de la noticia directa. No le interesaba sentarse en un bar y obtener el material de tercera o cuarta mano. Harvey había ido con ella al frente, y en una ocasión habían tenido que alejarse juntos de las líneas de retaguardia del Vietcong. Si no hubiera muerto... Harvey desechó también aquel pensamiento. Había transcurrido mucho

tiempo.

Avanzaron a gatas a través de una hendidura en las rocas.

—¿Sube aquí con frecuencia? — preguntó Harvey, procurando que su voz no reflejara tensión.

—Sólo lo hice otra vez -confesó Maureen-. Papá me dijo que no lo hiciera sola.

Finalmente llegaron a la cumbre. Harvey comprobó que no estaban en lo alto de una montaña, sino en el extremo de un cerro que se extendía hacia el sudeste, en dirección a Sierra Alta. Un estrecho sendero conducía a lo alto del risco rocoso. Ellos habían subido por la dirección opuesta, de modo que desde aquella altura podían ver todo el rancho.

—Tiene razón -dijo Harvey-. El panorama merece la pena.

Estaba en lo alto de una especie de monolito, notando la agradable brisa que soplaba a través del valle. Dondequiera que mirase había enormes rocas blancas. Un glaciar debía haber pasado por allí, esparciendo aquellos monolitos por la tierra.

Abajo se extendía el rancho del senador. El pequeño valle labrado por el arroyo avanzaba varios kilómetros hacia el oeste. Luego había más colinas, salpicadas también de grandes piedras blancas. Mucho más lejos de las colinas, y muy por debajo del nivel del rancho, se encontraba la vasta extensión de San Joaquín. Aunque estaba cubierto por la niebla, Harvey creyó reconocer la forma oscura de la cordillera del Temblor, en la ladera occidental del valle central de California.

—El valle de Plata -anunció Maureen-. Así se llaman nuestras tierras. Y más allá está el rancho de George Christopher. Una vez estuve a punto de casarme con él...

Se interrumpió para echarse a reír.

Harvey se preguntó por qué sentía una punzada de celos.

—¿En dónde está la gracia? — le preguntó.

—Sólo teníamos catorce años cuando él me lo propuso -dijo Maureen-. Hace casi dieciséis. Papá acababa de salir elegido y nos íbamos a trasladar a Washington. George y yo hicimos planes, buscando la manera de que pudiera quedarme.

—Pero usted no se quedó.

—No. A veces desearía haberlo hecho. Sobre todo cuando estoy aquí.

La muchacha hizo un expresivo gesto que abarcaba el panorama. Harvey se volvió y vio más colinas, cuyas alturas eran gradualmente mayores hasta fundirse con la Sierra Nevada. Las grandes montañas parecían vírgenes, como si nunca hubieran sido holladas por seres humanos. Harvey sabía que aquello



era una ilusión. Si uno se detenía para atarse los cordones de las botas en el camino, era probable que los excursionistas tropezaran con él.

La gran roca sobre la que se encontraban estaba hendidada hacia el borde del risco. La hendidura no tendría más que un metro de ancho, pero era profunda, tanto que Harvey no podía ver el fondo. La parte superior de la roca se inclinaba hacia la hendidura, y el borde situado más allá, por lo que Harvey no se sentía tentado de acercarse.

Maureen fue hasta allí y, sin pensarlo dos veces, se introdujo en la hendidura. Se apoyó en una estrecha franja rocosa, de poco más de medio metro de anchura, un precipicio de noventa metros por delante y la desconocida profundidad de la hendidura por detrás. Miró hacia afuera, satisfecha, y luego se volvió.

Vio que Harvey Randall estaba de pie, con expresión sombría, tratando de avanzar pero incapaz de hacerlo. Ella le miró perpleja, y luego pareció preocupada. Salió de aquel peligroso lugar y se reunió con el hombre.

—Perdone. ¿Acaso tiene problemas con las alturas?

—A veces -admitió Harvey.

—No debí hacer eso... Pero dígame, ¿en qué pensaba?

—En cómo podría llegar ahí si ocurría algo. Si hubiera podido arrastrarme hasta esa hendidura...

—No, desde luego no debí hacer eso. Bueno, déjeme que le muestre el rancho. Desde aquí puede verse casi todo.

Más tarde Harvey no pudo recordar de qué habían hablado. No era nada importante, pero habían pasado una hora agradable. El no podía recordar un momento mejor.

—Deberíamos empezar a bajar -dijo Maureen.

—Sí. ¿Hay un camino más fácil que el de subida?

—No lo sé. Podemos mirarlo.

Ella fue delante, rodeando el lado contrario de la superficie rocosa, a la izquierda. Se abrieron paso a través de arbustos espinosos, y cruzaron estrechos senderos de cabras.

Había montones de excrementos de cabra y oveja. A Harvey le pareció reconocer también excrementos de ciervo, aunque no podía estar seguro. El suelo era demasiado duro para que hubiera huellas.

—Es como si nadie hubiera estado jamás ahí antes de nosotros -dijo Harvey entre dientes, y Maureen

no le oyó. Se encontraban en una estrecha hondonada, una especie de corte al lado de la empinada colina, y la vista del rancho había desaparecido.

Se oyó un ruido detrás de ellos. Harvey se volvió, sobresaltado. Un caballo se aproximaba a ellos.

El caballo no iba solo. Lo montaba una muchachita rubia, una chiquilla que no tendría más de doce años. Montaba sin silla, y parecía formar parte del enorme animal, encajada tan bien con él que podría haber sido un centauro poco desarrollado.

–Hola -exclamó.

–Hola -respondió Maureen-. Harvey, esta es Alice Cox. Los Cox trabajan el rancho. ¿Qué haces aquí, Alice?

–Os vi subir -dijo la niña. Su voz era aguda, pero bien modulada, no chillona.

Maureen se acercó a Harvey y le guiñó un ojo. El asintió, complacido.

–Y nosotros creíamos que éramos exploradores intrépidos -dijo Maureen.

–Sí. Ya ha sido bastante difícil subir a pie, sin llevar un caballo con nosotros.

Harvey miró al frente. El camino era empinado, y parecía imposible que un caballo pasara por allí. Cuando se volvió para decirlo, Alice había desmontado y conducía tranquilamente al caballo por el camino. El animal parecía comprenderla perfectamente. Se deslizaba, se arrastraba y seguía los lugares que la muchacha le indicaba para subir.

–¿Vendrá pronto el senador? – preguntó la niña.

–Sí, mañana por la mañana -dijo Maureen.

–Me gusta hablar con él. Todos los chicos de la escuela quieren conocerle. Sale mucho por la tele.

–Harvey... El señor Randall hace programas de televisión -explicó Maureen.

Alice miró a Harvey con renovado respeto. Por un momento no dijo nada. Luego le preguntó:

–¿Le gusta *Star Trek*?

–Sí, pero yo no tuve nada que ver con ese programa. – Harvey bajó con cuidado otro tramo empinado. Seguro que el caballo no pasaba por allí.

–Es mi programa favorito -dijo Alice-. Vamos, Tommy, vamos. Ya falta poco... Yo escribí un guión para la tele. Trata de un platillo volante y cómo todos huimos de él y nos escondemos en una cueva. Es muy bueno.

–Apuesto a que sí. – Harvey miró a Maureen y vio que sonreía de nuevo-. Apuesto a que no hay nada que no pueda hacer -añadió en voz baja.

Maureen asintió. Cuando el arroyo seco por el que avanzaban empezó a internarse entre matorrales espinosos, se encaramaron a los costados. El rancho volvía a ser visible, pero aún estaba bastante abajo y la pendiente de la colina era tan pronunciada que si uno caía probablemente saldría mal librado. Harvey miró atrás y observó un momento a Alice, pero en seguida dejó de preocuparse por ella y el caballo para concentrarse en su propio descenso.

–¿Subes aquí a menudo, Alice? – preguntó Maureen-. ¿Con el caballo?

–Sí.

–Pero tus padres estarán preocupados -intervino Harvey.

–Oh, conozco muy bien el camino. Me perdí un par de veces, pero Tommy sabe volver a casa.

–Es un caballo muy bonito -dijo Maureen.

–Claro, es mío.

Harvey miró el animal. Era un semental, no un caballo castrado. Esperó a que Maureen llegara junto a él. Su orgullo masculino le había hecho ir delante, aunque estaba claro que quien debería llevar la delantera era Alice.

–Debe ser muy agradable vivir en un sitio donde lo único que puede preocuparte es perderse... Y el caballo se encarga de que no ocurra -dijo Harvey a Maureen-. Ella ni siquiera sabe de qué estoy hablando. La semana pasada una niña de unos once años fue violada en las colinas de Hollywood, a menos de un kilómetro de mi casa.

–Una de las secretarias de mi padre fue violada el año pasado en el Capitolio -dijo Maureen-. ¿No es maravillosa la civilización?

–Ojalá mi hijo pudiera criarse aquí. Pero, ¿qué haría yo? ¿Tareas agrícolas? – La idea le hizo reír, pero no siguió hablando. La pendiente era demasiado pronunciada para ello.

Al pie de la abrupta ladera había un camino polvoriento. El rancho todavía estaba lejos, pero ahora el recorrido era mucho más fácil. Alice se las arregló para montar el caballo sin que Harvey descubriera cómo, aunque la había estado mirando. Estaba de pie junto al animal, con la cabeza más baja que la grupa de éste, y al instante siguiente lo había montado. Chascó la lengua y partió al galope. La ilusión de que la niña formaba de alguna manera parte del animal fue todavía más intensa. Muchacha y caballo se movían con un ritmo perfecto, y sus largos cabellos rubios flotaban al viento.

–Cuando crezca será una auténtica belleza -dijo Harvey-. ¿Será el aire de aquí? Todo este valle es

mágico.

—A mí a veces también me lo parece -convino Maureen.

El sol ya estaba bajo cuando llegaron a la casa de piedra del rancho.

—Es un poco tarde, pero ¿quiere darse un baño? — preguntó Maureen.

—¿Por qué no? Pero no tengo traje de baño.

—Oh, debe haber alguno por ahí. — Maureen entró en la casa y poco después apareció con un bañador que entregó a Harvey-. Venga, le mostraré el baño para que se cambie.

Cuando Harvey se cambió y salió, Maureen ya le esperaba, luciendo un bañador de una pieza y color blanco satinado, con una bata doblada al brazo. Le hizo un guiño, indicándole que la siguiera, y se internó en un sendero que discurría entre granados hasta una pequeña playa de arena junto a un arroyo de aguas burbujeantes. La muchacha sonrió y se metió en el agua sin vacilación. Harvey la siguió.

—¡Por todos los diablos! — gritó-. ¡Está helada!

Maureen chapoteó en el agua, salpicándole el pecho y el cabello.

—Vamos, no le hará daño.

Harvey avanzó penosamente hasta la mitad del arroyo. A aquella distancia de las orillas la corriente era rápida, y el fondo rocoso. Le costaba mantenerse de pie, pero siguió a Maureen corriente arriba, hasta un estrecho hueco entre dos grandes piedras. El agua discurría por allí velozmente, y amenazaba con cubrirlos a los dos. A Harvey ya le llegaba hasta el pecho.

—Esto te hace entrar en calor rápidamente -comentó.

Chapotearon de un lado a otro, y contemplaron el paso raudo de pequeñas truchas cerca de la superficie. Harvey trató de descubrir peces mayores, pero éstos se mantenían alejados. El arroyo, con sus rebalsas bajo breves y rápidas cascadas, parecía perfecto para las truchas. Las orillas rebosaban de árboles, excepto en dos lugares donde habían sido talados, sin duda por algún aficionado a la pesca que necesitaba espacio para lanzar el sedal.

—Creo que me estoy volviendo azul -dijo por fin Maureen-. ¿Tiene suficiente?

—La verdad es que hace diez minutos que estoy listo para salir del agua.

Treparon a una enorme piedra blanca, con las aristas suavizadas por el agua. Aunque el sol estaba bajo, el cuerpo helado de Harvey agradecía su calor, y la piedra aún estaba caliente por haber recibido los rayos solares durante todo el día.

–Necesitaba esto -dijo Harvey.

Maureen se volvió, apoyándose en el vientre y los codos, para mirarle.

–¿A qué se refiere? ¿Al agua helada, la acrofobia o la escalada?

–Todo ello. Y también necesitaba pasar un día entero sin hacer entrevistas. Me alegro de que su padre no estuviera. Mañana el sueño terminará y volveré a ser Harvey Randall.

Maureen volvió a adelantarse: cuando él salió a su encuentro, ya vestido, ella se había cambiado e incluso había tenido tiempo de preparar unas bebidas.

–¿Quiere quedarse a cenar? – le preguntó.

–Pues... sí, pero ¿puedo llevarla a alguna parte?

Maureen le sonrió.

–Se nota que usted desconoce cómo es la salvaje vida nocturna de Springfield y Porterville. Estaremos mejor aquí. Además, me gusta cocinar. Si lo desea, puede ayudarme.

–Claro.

–Bueno, la verdad es que no hay mucho que hacer. – Sacó unos filetes del frigorífico-. Hornos de microondas y alimentos congelados. La manera civilizada de saborear la comida.

–Ese cacharro tiene más mandos que una cápsula Apolo.

–No lo crea. He estado en una de ellas. Eh, usted también ha estado, ¿no?

–He visto la réplica -dijo Harvey-, no la cápsula verdadera. Pero me gustaría volar en uno de esos aparatos y contemplar al cometa en órbita, sin el obstáculo de la atmósfera.

Maureen no respondió y Randall tomó un sorbo de whisky. Estaba muy hambriento. Miró en el frigorífico y encontró verduras chinas congeladas para acompañar la carne.

Después de cenar tomaron café en el porche, sentados en unos cómodos sillones cuyos brazos, anchos y planos, permitían depositar las tazas. Hacía frío y no estaban bien abrigados, pero prefirieron seguir allí, hablando de infinidad de cosas, de los astronautas a los que Maureen había conocido, de las matemáticas en la obra de Lewis Carroll, de la política social en Washington. En un momento determinado, Maureen entró en la casa, apagó todas las luces y regresó al porche a tientas. La oscuridad era absoluta.

–¿Por qué ha hecho eso? – le preguntó Randall.

–Lo verá en seguida -replicó la voz incorpórea de Maureen. El sillón crujió y Harvey supo que la muchacha se había sentado.

Era una noche sin luna, y las estrellas sólo brillaban con su propia luz, pero Harvey, gradualmente, comprendió lo que Maureen había pretendido. Cuando las Pléyades aparecieron sobre las montañas, no las reconoció. El grupo estelar brillaba intensamente. ¡La Vía Láctea resplandecía, pero él ni siquiera podía ver su taza de café!

–Mucha gente de la ciudad jamás tiene ocasión de ver este espectáculo -le dijo Maureen.

–Tiene razón. Gracias.

Ella se echó a reír.

–Podría haber estado nublado. Mis poderes son limitados.

–Si pudiéramos... -empezó a decir Harvey-. No, estoy equivocado. Pensaba en lo que ocurriría si pudiéramos mostrar este panorama al público, a los votantes... Los periódicos y revistas ofrecen constantemente imágenes de las estrellas, hablan de agrupaciones estelares, de agujeros negros, sistemas múltiples y todo cuanto es posible encontrar allá arriba. Pero habría que traer a la gente aquí, sólo una docena de personas a la vez, y entonces sabrían cómo es en realidad, comprenderían que todo eso es auténtico, y que está ahí en espera de que lo alcancemos.

Maureen, cuya vista se había adaptado ya a la oscuridad, le tomó una mano, lo que sorprendió un poco a Harvey.

–No serviría de nada -le dijo-. Si así fuera, el principal apoyo de la NASA provendría de la comunidad campesina.

–Pero si uno jamás hubiera visto algo así... Ah, probablemente tienes razón. – Era muy consciente de que seguían con las manos unidas, pero no podía interrumpirse en aquel momento-. Oye, ¿te gustan los imperios interestelares? – añadió, satisfecho de haber encontrado un tema inocuo.

–No lo sé. Háblame de los imperios interestelares.

Harvey señaló algún punto en el cielo y se inclinó hacia ella para que pudiera seguir la dirección de su brazo. Allí donde la Vía Láctea se engrosaba y brillaba, en Sagitario, allí estaba el eje galáctico.

–Ahí es donde tiene lugar la acción, en la mayoría de los imperios más antiguos. Las estrellas están mucho más juntas. Ahí está Trantor y los mundos del Eje. Pero resulta arriesgado construir ahí. A veces los soles situados en el centro han estallado, pero la radiación aún no nos ha alcanzado.

–¿Y la Tierra siempre domina la situación?

–Desde luego. Pero en la mayoría de los casos la Tierra ha sufrido una gran guerra nuclear.

–Oh. Quizá no debería preguntártelo, pero ¿de dónde obtienes tu información?

–Solía leer revistas de ciencia ficción. Luego, hacia los veinte años, empecé a estar demasiado ocupado para continuar con esa afición. Veamos, los imperios que tienen a la Tierra en el centro tienden a ser pequeños, pero... una pequeña fracción de cien mil millones de soles. Encuentras imperios enormes que ni siquiera cubren uno de los brazos galácticos. – Harvey se interrumpió. Ahora el brillo de las estrellas era increíblemente vivo. Casi creía ver las naves guerreras partiendo de Sagitario-. Maureen, es una fantasía que parece tan real...

La muchacha se rió, y él pudo ver su rostro sin detalles, pálido. Se inclinó por encima del ancho brazo del sillón y la besó. Ella se hizo a un lado, invitándole a que se sentara. En el sillón apenas había sitio para los dos.

No hay asuntos sin riesgos.

Sólo el pensamiento de que al día siguiente terminaría el sueño y volvería a ser el Harvey Randall de siempre podría haberle impedido seguir adelante, pero no permitió la presencia de aquel pensamiento.

La casa estaba completamente a oscuras. Sin soltar su mano, ella le condujo, valiéndose del tacto y la familiaridad con el lugar, a uno de los dormitorios. Se desvistieron mutuamente. Pareció como si sus ropas cayeran del universo. La piel de Maureen estaba tibia, casi cálida. Por un momento él deseó ver su rostro, pero sólo por un momento.

Cuando Harvey se despertó una luz gris clareaba la habitación. Sintió frío en la espalda. Estaban tendidos en una cama sin deshacer. Maureen dormía apaciblemente, con una ligera sonrisa en los labios.

Harvey se estaba helando y pensó que a ella le ocurriría lo mismo. Se preguntó si debería despertarla, pero su cerebro, que se desperezaba con lentitud, le proporcionó una respuesta mejor. Se separó de la muchacha con tiento, procurando no despertarla. Luego cogió las ropas de la cama gemela y cubrió a Maureen con ellas. Permaneció de pie, inmóvil, durante casi un minuto, sintiendo deseos de arrebujarse también entre las mantas, al lado de ella. Pero no era su esposa...

–Se acabó el sueño -dijo en voz muy baja.

Recogió sus ropas cuidadosamente, para no dejarse ninguna prenda, y caminó sin hacer ruido hasta la sala de estar. Empezaba a temblar de frío. Abrió la primera puerta que tuvo a mano y vio que era otro dormitorio. Arrojó sus ropas sobre una silla y se metió en la cama.

*¡No muerto, sino transmutado! El cometa está magnífico en su agonía. La estela de su materia desgarrada alcanza millones de millas, y está compuesta por extrañas sustancias químicas que regresan hacia el halo cometario en forma de viento de luz reflejada. Tal vez algunas de sus moléculas brillarán en las superficies heladas de otros cometas.*

*Los telescopios de la Tierra descubren al cometa obstaculizado por él mismo sol llameante.*

*La magnificencia de su cola consiste en la luz reflejada del sol, pero en el coma hay algo más que luz solar. Algunas sustancias químicas pueden hallarse íntimamente mezcladas cerca del cero absoluto, pero si se calentaran arderían. El coma bulle mientras cambia.*

*La cabeza es más pequeña cada día. La superficie es una mezcla de hielo y polvo, y en ella hierve el amoníaco. La masa se contrae y su densidad aumenta. Pronto quedará poco más que polvo de roca consolidado por él granizo. Una piedra monolítica de la altura de una colina cierra el paso a una bolsa de gas cuyo calor aumenta a cada hora, hasta que cede en algún punto. El gas estalla contra el coma. La masa pétreo se aleja lentamente, agitándose. La órbita del Hamner-Brown ha sufrido un leve cambio.*

## **JUNIO: UNO**

*El Señor mismo descenderá del cielo con una llamada imperativa, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los que están muertos en unión con Cristo se levantarán primero. Después, los que sobrevivamos seremos arrebatados, junto con ellos, en las nubes, y nos encontraremos con Dios en los aires. Y así siempre estaremos con el Señor.*

*Pablo de Tarso, Primera epístola a los Tesalonicenses.*

En lo más alto del gran poste totémico a punto de desintegrarse, en aquel reducido espacio de la punta, Rick Delanty yacía boca arriba con una sonrisa incierta en los labios. Su voz clara y firme no traslucía ningún indicio de tensión. Sonaba como la de Johnny, y Johnny Baker fruncía ligeramente el ceño, como un hombre que está haciendo un trabajo delicado.

—Conexión de energía interna.

—Verificación de energía interna. En verde.

—T menos quince minutos, y contando.

Cada vez que miraba a Rich veía aquella sonrisa nerviosa, Johnny hacía una ligera mueca de desdén. Pero aquella no era la primera vez que Johnny Baker volaba y podía permitirse ser desdeñoso. Quince minutos, y ni un solo fallo, llevaría la vida entera de un hombre anotar todos los fallos que pueden detener el lanzamiento de un Apolo.



Delanty seguía sonriendo. ¡Le habían elegido! Había realizado los entrenamientos y practicado con los simuladores, y luego había viajado a Florida. Dos días atrás había realizado vuelos acrobáticos sobre Florida y las Bahamas. Aquel vuelo acrobático final que coronaba el entrenamiento era una tradición demasiado consolidada para que se pudiera prescindir de ella. Eliminaba la tensión de los astronautas elegidos y la traspasaba al personal de tierra. Pensar que después de todo aquel minucioso entrenamiento los astronautas podrían sufrir algún percance pilotando un avión a reacción era para volverse loco...

—T menos un minuto, y contando.

Aquellas horas finales, apresuradas, concluyeron cuando Wally Hoskins le condujo en el ascensor y le instaló, apretadamente debido al volumen del traje espacial, en la cápsula del Apolo. Después quedó tendido boca arriba, con las rodillas por encima de la cabeza, al acecho de un posible fallo. Pero éste aún no se había producido, y parecía que no iba a ocurrir, que realmente iban a salir...

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno. Ignición. Primer movimiento...

¡Estaban en marcha!

—Hemos partido...

El cohete Saturno se elevó entre llamaradas y un ruido ensordecedor, contemplado por un centenar de visitantes oficiales y periodistas, escritores de ciencia ficción que se habían agenciado pases de prensa, familiares de astronautas, personalidades y amigos...

—Allá va -dijo Maureen Jellison a su padre, preguntándose por qué tenía la sensación de que jamás vería de nuevo aquella nave espacial.

Tras ella, el vicepresidente musitaba, lo bastante alto para que le oyeran:

—Vuela, vuela, pájaro. — Cuando se dio cuenta de que los demás le escuchaban se encogió de hombros y añadió:- ¡Vuela, pequeño!

Aquel grito repercutió en los espectadores. Parecía condensar la potencia del cohete atronador y todos los conocimientos que habían sido necesarios para su creación. Para los espectadores de más edad era algo imposible, una aventura propia de un tebeo de su infancia. Para los más jóvenes era algo inevitable y previsible, y no podían comprender por qué los mayores se emocionaban tanto. Las naves espaciales eran algo real y, naturalmente, funcionaban bien...

En la cápsula Apolo los astronautas estaban contentos. Su sonrisa parecía el rictus de un cadáver, pues la gravedad estiraba sus músculos faciales entre las mejillas. Finalmente la primera etapa del proyectil se desprendió y cayó, la segunda hizo lo mismo y la tercera les dio un impulso final... hasta que la cápsula entró en caída libre mientras Rick Delanty seguía sonriendo.

—Apolo, aquí Houston -dijo una voz a través de los auriculares-. Vais muy bien.

–Recibido el mensaje, Houston. – Delanty se volvió hacia Baker-. ¿Ahora qué, general?

Baker se sintió satisfecho. Poco antes del lanzamiento había sido ascendido, para que tuviera el mismo rango que el cosmonauta soviético. El presidente le había puesto una sola condición al hacerle entrega de las estrellas militares. «No se burle del nombre de su colega ruso. Resista la tentación.» Y él se lo había prometido al presidente, pero iba a resultarle difícil mantener su promesa. Pieter Jakov no tenía un doble significado en ruso, pero el camarada general Jakov hablaba un inglés muy bueno, como Baker sabía por su reunión de toma de contacto en Houston. También había conocido a la otra, una chica atractiva... pero sólo la había visto en Rusia. Oficialmente, había estado muy ocupada para viajar a Estados Unidos.

–Ahora vamos a encontrar ese maldito cubo de basura, teniente coronel Delanty -dijo Baker-. Es bonito el panorama desde aquí, ¿verdad?

–Desde luego.

Delanty atisbo a través de la mirilla. Muchas veces le habían mostrado todo aquello en simuladores de vuelo. Había Visto películas, y los demás astronautas hablaban constantemente del espacio. Les hacían zambullirse bajo el agua, vestidos de hombres rana, para simular la falta de gravedad. Pero no había nada comparable a la realidad.

Delante de ellos estaba la absoluta negrura del espacio, y las estrellas brillaban aunque, abajo, el sol iluminaba la Tierra. Pasaron por encima de islas atlánticas y vieron aproximarse la línea costera de África, que parecía un mapa con trozos de algodón pegados a modo de nubes. Luego, hacia el norte, apareció España y el mar Mediterráneo, y poco después la hendidura de un verde oscuro que cruzaba los desiertos de Egipto, el Nilo con todas sus curvas y pliegues.

Entraron en la zona donde se ponía el sol y vieron las luces de las fabulosas ciudades de la India.

Estaban por encima de la oscuridad, a la altura de Sumatra, cuando Delanty observó la señal en su pantalla de radar.

–Ya está -dijo-. El laboratorio del Martillo.

–Sí -asintió Baker. Miró los instrumentos y vio que se acercaban lentamente a la cápsula. La alcanzarían al alba, sobre el Pacífico, tal como había predicho el ordenador electrónico de Houston. Esperaron y, finalmente, Baker dijo-: Preparémonos para la acción. Hemos de dar alcance a nuestra casa. – Conectó el transmisor-: Goldstone, aquí el Apolo. Tenemos al laboratorio del Martillo dentro del campo visual, y estamos iniciando la maniobra final de acoplamiento.

–Apolo, aquí Houston. ¿Qué ha dicho que estaba en su campo visual? Interrogativo.

–El laboratorio del Martillo -dijo Baker. Miró a Delanty y sonrió. Oficialmente era el «Laboratorio Espacial Dos», pero ¿quién le llamaba así?

Se acercaron rápidamente, pero a los astronautas, que avanzaban a una velocidad de ocho kilómetros por segundo, les parecía lento. Llegó el momento y Delanty se encargó personalmente de dirigir el Apolo. Los reactores aproximaron más la nave a su objetivo: un gran cubo de basura de acero, de doce metros de largo por tres de diámetro, con ventanillas a los lados, una esclusa de aire y escotillas de acoplamiento en cada extremo.

—El laboratorio espacial de clase económica -musitó Baker-. Está moviéndose para colocarse en posición horizontal. Voy a establecer esa rotación en cuatro minutos ocho segundos.

Lo primero que debía hacer para encajar perfectamente con el laboratorio del Martillo era situar las toberas de maniobra para que la cápsula rotara con el objetivo. Luego debía aproximarse más a la nave y esperar la oportunidad, hasta que la gran sonda de ensamblaje del Apolo pudiera penetrar en el agujero situado en el extremo del laboratorio del Martillo... De nuevo estaban envueltos por la negrura. Rick estaba asombrado de lo larga que había sido la operación de conducir la cápsula cuando la distancia no parecía superior a un par de kilómetros. Naturalmente, ellos también habían avanzado veintidós mil kilómetros en los mismos cincuenta minutos...

Al alba, Rick estaba dispuesto. Avanzó un poco, otro poco, maldijo, siguió un poco más adelante y notó el ligero contacto de las dos naves. Los instrumentos indicaron que el contacto se había establecido en el centro, y Rick empujó con fuerza...

—¡Ha dejado de ser virgen! — gritó.

—Houston, aquí el Apolo. Hemos ensamblado. Repito, hemos ensamblado -dijo Baker.

—Ya lo sabemos -respondió una voz seca desde tierra-. El micrófono del coronel Delanty estaba abierto.

—Vaya por Dios -musitó Rick.

—Apolo, aquí Houston, sus colegas se aproximan. Están ustedes en el campo visual del Soyuz. Repito, el Soyuz tiene contacto visual.

—Recibido el mensaje, Houston. — Baker se volvió a Rick-. Ahora encárgate de estabilizar a esta madre mientras yo hablo amistosamente con el hermano asiático... y la hermana. Soyuz, Soyuz, aquí Apolo. Corto.

—Apolo, aquí Soyuz -dijo una voz masculina. El inglés de Jakov era gramaticalmente perfecto, y casi sin acento. lo había estudiado con maestros de habla norteamericana, no británicos-. Apolo, copiamos sus operaciones. ¿Ha completado su maniobra de ensamblaje? Interrogativo. Corto.

—Estamos acoplados al laboratorio del Martillo. Podemos acercarnos con seguridad. Corto.

—Apolo, aquí el Soyuz. ¿Con la expresión «laboratorio del Martillo» se refiere al laboratorio espacial

dos? Interrogativo. Corto.

–Afirmativo -respondió Baker.

Delanty sabía que estaba utilizando demasiado combustible. Sólo un perfeccionista se habría percatado de ello. La maniobra estaba dentro de los límites de error incorporados al programa de Houston. Pero Rick Delanty lo tenía todo en cuenta.

Finalmente quedaron estabilizados, el Apolo con el morro introducido en el orificio de ensamblaje situado en el extremo del cubo de basura llamado laboratorio del Martillo, sin bambolearse ni rotar. El Apolo avanzó a ocho kilómetros por segundo. Baker y Delanty, sentados en sentido inverso al de la marcha, giraban en torno a la Tierra, dando una vuelta completa cada noventa minutos.

–Listo -dijo Rick-. Ahora veamos cómo lo hacen ellos.

Baker activó un sistema de televisión. Había un cable conector en el mecanismo de ensamblaje, y la imagen apareció perfectamente nítida: una vista del Soyuz, macizo y más cercano de lo que habían esperado, que se iba aproximando al otro extremo del laboratorio del Martillo. El Soyuz fue haciéndose mayor, se bamboleó ligeramente en su órbita, mostrando su considerable volumen. Era mucho más grande que el Apolo. Los soviéticos habían utilizado siempre sus enormes secciones propulsoras militares para ayudar a la realización de su programa espacial, mientras que la NASA diseñaba y construía un equipo especial.

–Espero que esa buena madre no se haya olvidado del almuerzo -dijo Delanty-. De lo contrario vamos a pasar hambre.

Baker asintió y siguió observando.

El Soyuz era esencial para la misión del laboratorio del Martillo, pues contenía la mayor parte de los víveres. El laboratorio estaba lleno de instrumentos, película y material para experimentos, pero sólo tenía alimentos, agua y aire para algunos días. Necesitaban el Soyuz para permanecer a la espera del cometa Hamner-Brown.

–A lo mejor pasaremos hambre de todos modos -dijo Johnny Baker. Miró con preocupación la pantalla y las maniobras del vehículo soviético.

Aquella observación resultaba penosa. El Soyuz se movía torpemente, como una ballena muerta a impulsos del oleaje. Cabeceó violentamente contra la cámara y retrocedió con igual violencia. Se bamboleó y casi se detuvo. Lo intentó de nuevo, pero tampoco acertó.

–Y ése es su mejor piloto -murmuró Baker.

–Yo tampoco lo hice muy bien...

–Tonterías. El objetivo estaba rotando, pero ahora estamos tan estabilizados como un tranvía. – Baker

miró un poco más y meneó la cabeza-. No es culpa suya, desde luego, sino de los sistemas de control. Nosotros tenemos computadores a bordo, y ellos no. Pero es una vergüenza.

Los surcos del rostro color caoba de Rick Delany se intensificaron.

—No sé si voy a poder aguantarlo mucho más, Johnny.

Aquel espectáculo era atroz para ambos astronautas. Sentían una comezón en los dedos, unas ganas imperiosas de sustituir a sus colegas al frente de la maniobra. Tales tensiones son las que sienten los conductores que viajan en los asientos traseros de los coches.

—Y ellos tienen los víveres -dijo Baker-. ¿Cuándo piensan claudicar?

Entraron en la zona oscura. Las comunicaciones con el Soyuz se limitaban a mensajes oficiales. Cuando volvieron a la luz, la astronave soviética se acercó una vez más.

—Vamos a pasar hambre... -dijo Delanty.

—Calla.

—Sí, *señor*.

—Vete a freír espárragos.

—Imposible con un traje espacial.

Miraron de nuevo. Finalmente se oyó la voz de Jakov:

—Estamos gastando un combustible que necesitamos. Solicito pasar al plan B.

—Soyuz, mensaje recibido. Estén preparados para poner en práctica el plan B. — Baker pareció visiblemente aliviado. Hizo un guiño a Delanty-. Ahora muestra a los comunistas lo que puede hacer un verdadero americano.

El plan B era oficialmente una medida de emergencia, pero todos los planificadores de la misión norteamericana habían predicho en privado que sería necesario. En Estados Unidos los entrenamientos se llevaban a cabo como si el plan B fuera el modo normal de operación. Confiaban en que no sería necesario al cruzar el Atlántico, pero de todos modos lo habían tenido en cuenta al efectuar la planificación. El plan B era muy simple: El Soyuz se estabilizaba por sí mismo, y el monstruo formado por la cápsula Apolo y el laboratorio del Martillo maniobraba hacia él.

Delanty pilotaba una nave espacial y, a la vez, una lata enorme y maciza. Era como si un portaaviones tratara de maniobrar para recibir adecuadamente a un avión en descenso. Pero también disponía del sistema electrónico más complejo del mundo, toberas de dirección minuciosamente fabricadas por un personal especializado con millares de horas de experiencia e instrumentos producidos en una docena

de laboratorios acostumbrados a confeccionar material de precisión.

—Houston, Houston, plan B en marcha -informó Baker.

Rick Delanty pensó que ahora el mundo entero estaría mirándole, o escuchando. Y si se equivocaba...

Aquello era impensable.

—Tranquilo -dijo Baker.

Pero era evidente que él tampoco lo estaba. Había llegado el momento. Igual que en el simulador.

Un impulso directo, la verificación un instante antes de establecer el contacto, y una débil propulsión de los reactores para unir las dos naves. De nuevo la sensación mecánica de contacto y, simultáneamente las luces verdes en el tablero de mandos.

—Asegúralo -dijo Rick.

—Soyuz, estamos ensamblados, aseguren la sonda de unión -pidió Baker.

—Apolo, afirmativo. Estamos ensamblados.

—El que entre el último es un tarugo -dijo Baker.

Se estrecharon formalmente las manos, mientras flotaban dentro de la gran lata. En tierra, los comentaristas hablarían de una ocasión histórica, pero a Baker no se le ocurrían palabras históricas para pronunciarlas en aquel momento.

Había demasiadas cosas que hacer. Aquello no era un espectacular apretón de manos en el espacio, como la primera vez que se ensamblaron un Apolo y un Soyuz, sino que era una misión de trabajo, con un programa peligroso que probablemente no podrían realizar en su integridad, ni siquiera con suerte...

Y sin embargo... Baker sintió deseos de reír. Lo habría hecho si ello no hubiera requerido tantas explicaciones. Se habría reído ante el fantástico aspecto de los cuatro y la certidumbre de que no había nadie como ellos en el mundo. Leonilla Alexandrovna Malik poseía una misteriosa belleza. Tenía tal dominio de sí misma que podría haber representado el papel de una zarina, pero sus músculos suaves y duros habrían sido más adecuados para el de primera bailarina. Era una mujer fría y encantadora.

Johnny Baker pensó que era indiferente, pero secretamente vulnerable, y se preguntó si era tan fríamente cortés con todo el mundo como lo era con el brigadier Jakov.

El brigadier Pieter Ivanovitch Jakov era Héroe del Pueblo, pero Baker no sabía de qué clase. Era el hombre perfecto para ilustrar un cartel de propaganda solicitando el alistamiento. Apuesto, con una buena musculatura y mirada fría, se parecía mucho al mismo Johnny Baker, lo cual no era más

sorprendente que el parecido superficial de Rick Delanty con Muhammad Ali.

Eran cuatro especímenes en plena madurez, llenos de una salud atlética. Lástima que aquel tipo de la NBS, Randall, no estuviera allí para hacerles un retrato de grupo. Pero Blas tarde o más temprano se lo haría.

La falta de gravedad les hacía flotar e impedía que estuvieran en la posición normal de unas personas que se encuentran y sostienen una conversación. Iban de un lado a Otro como impulsados por brisas errabundas. La situación era hilarante incluso para Baker y Jakov, que ya la habían vivido en otra ocasión. Rick y Leonilla estaban entusiasmados. Procuraban, en su vagar, acercarse a las mirillas y contemplar las estrellas y la Tierra.

—¿Habéis traído el almuerzo? — preguntó Delanty.

—Desde luego -respondió Leonilla con una fría sonrisa-. Creo que os gustará. Pero es una sorpresa del camarada Jakov.

—Primero hemos de encontrar un lugar para comer -dijo Baker, mirando a su alrededor. La cápsula estaba atestada.

Los equipos ocupaban casi todo el espacio. Había dispositivos electrónicos adheridos a las mamparas, paquetes amorfos suspendidos de cordeles de nylon amarillo, cajas de plástico, estantes llenos de objetos, carretes de película, microscopios, un telescopio desmontado, juegos de herramientas y soldadores. Había varias copias de diagramas que mostraban dónde estaba cada cosa, y Baker y Delanty se habían ejercitado hasta ser capaces de tocar cada objeto en plena oscuridad. Pero no había allí el menor sentido del orden.

—Podemos comer en el Soyuz -sugirió Leonilla-. Está lleno, pero... -Hizo un gesto de resignación.

—No es lo que nos habían hecho creer -dijo Jakov-. He hablado con Bakunyar y ahora disponemos de varias horas hasta que podamos desplegar las alas solares. Pero sugiero que comamos primero.

—¿Qué nos habían hecho creer? ¿A qué te refieres? — preguntó Delanty.

—A esto -dijo Jakov, haciendo un gesto expresivo que abarcaba toda la cápsula. John Baker se echó a reír.

—No hubo tiempo para planificar como es debido. Sólo pudieron amontonar las cosas a bordo. De lo contrario, todo habría sido diseñado especialmente para la observación del cometa, con la mitad del peso...

—Y un coste nueve veces superior -intervino Delanty.

—Y entonces no habría habido necesidad de nosotros -dijo Leonilla Malik.

Jakov la miró fríamente. Empezó a decir algo, pero se interrumpió. Aquello era bastante cierto, y todos lo sabían.

—Desde luego, han aprovechado bien el espacio -dijo Delanty-. Bueno, vamos a comer.

—¿No notas el efecto de la caída libre? — preguntó Leonilla.

—¿Este? — John Baker se echó a reír-. Este es capaz de comer mientras da vueltas en las montañas rusas. Yo sí que lo noto un poco, aunque no es la primera vez que subo. Pero ya se está pasando.

—Debemos comer ahora -dijo Jakov-. Estamos entrando en la zona oscura y tenemos que desplegar las alas solares con luz. Yo también sugiero el Soyuz, hay más espacio. Y tenemos una sorpresa: caviar. Debe comerse en boles, pero sin duda podemos hacerlo también con tubos.

—¿Caviar? — preguntó Baker.

—Tiene un alto valor alimenticio -explicó Leonilla-. Y pronto terminarán el nuevo canal y habrá agua de sobras en el Caspio y el Volga para nuestro esturión. Espero que le guste el caviar.

—Claro -dijo Baker.

—¿Entramos? — Jakov les precedió al interior del Soyuz.

Ninguno se dio cuenta de que Rick Delanty permanecía atrás, como si en realidad no tuviera ganas de comer.

Delanty y Baker estaban en el exterior. Unos delgados cables les mantenían conectados al laboratorio del Martillo. Les rodeaba el vacío del espacio, brillante bajo la luz del sol, pero oscuro como la cueva más negra en la zona de sombra.

El Skylab tenía alas cubiertas con células solares, y, en caso de necesidad, podían desplegarse automáticamente.

El diseño del laboratorio del Martillo era diferente. Las alas estaban plegadas contra el fuselaje, y se habían concebido para ser desplegadas mediante la fuerza muscular. Baker y Delanty se encargarían de ello.

La energía de las células solares era imprescindible. Sin ella, los astronautas no podían hacer funcionar el laboratorio, ni siquiera mantenerlo lo bastante frío para vivir en él. El espacio no es frío. Carece de temperatura, puesto que no hay aire para proporcionarla. Los objetos expuestos a la luz del sol absorben el calor, que debe ser eliminado. Los seres humanos generan incluso más calor; ninguna persona puede vivir mucho tiempo en un medio aislado, ya sea un traje de presión ya una cápsula espacial. Un hombre genera más calor en cada centímetro cúbico de su cuerpo que el sol en cada centímetro cúbico de su superficie. Naturalmente, hay muchísimos centímetros cúbicos de sol...



Así pues, necesitaban las células solares, lo cual requería trabajo. Movían grandes masas -en el espacio no existe el peso, pero la masa permanece- contra la fricción. Sus trajes de presión oponían resistencia a cada movimiento, pero finalmente concluyeron la tarea. No se rompió ni atascó nada. El sistema había sido diseñado con la máxima simplicidad... y para usar el talento de hombres inteligentes en órbita.

—Por fin -dijo Johnny Baker-. Y tenemos aún oxígeno para algunos minutos. Rick, descansa un momento y disfruta del panorama.

—Muy bonito -dijo Rick a través del micrófono. Pero su tono era malhumorado.

A Baker no le gustó aquel tono. Delanty, además, respiraba con demasiada intensidad e irregularmente. Pero Baker no dijo nada.

—Creí que la última ala nunca se desprendería -dijo Delanty con un bufido.

—Pero lo ha hecho. Y si no lo hubiera hecho, la habríamos arreglado -replicó Baker-. Esos bastardos con sus perfectas cajas negras... Bueno, esta vez me han dado las herramientas para el trabajo. No hay nada que un hombre no pueda hacer si tiene las herramientas adecuadas.

—Claro, ahora todo es coser y cantar.

—Exacto. No hay que preocuparse. ¿Qué puede pasar salvo algunas tensiones internacionales, un posible golpe de un secuestrador aéreo cubano y varias masas de hielo sucio moviéndose a ochenta kilómetros por segundo... en nuestra dirección?

—Eso es un alivio. ¡Uf! Eh, John, veo África del Sur. Pero no se ven las fronteras nacionales. Johnny, estoy a punto de hacer un descubrimiento filosófico.

—Tampoco puedes ver las líneas de latitud y longitud, pero eso no significa que carezcan de importancia.

—Ya.

—A todo el mundo le parece extraordinario eso de que no se vean las fronteras desde el espacio. ¿Sabes qué sucederá si insistimos en ello?

Rick se echó a reír.

—Sí. Todos empezarán a pintar sus fronteras con líneas de color naranja neón de un kilómetro de anchas. Entonces, todos los chicos universitarios pondrán el grito en el cielo por el daño causado al medio ambiente...

—Y te culparán por haber sido el instigador. Anda, entremos.

## JUNIO: INTERLUDIOS

*Pero ¿qué decir de una colisión directa de frente con un cometa? ¿Qué tamaño y volumen tienen las cabezas de los cometas? La cabeza de un cometa consta de dos partes: el núcleo sólido y el coma resplandeciente. Sólo tenemos que preocuparnos por él núcleo. Naturalmente, los cometas varían mucho en tamaño. Se calcula que el núcleo de un cometa medio es de unos dos kilómetros de diámetro. Cualquier cometa que choque directamente con la tierra asestará un golpe fortísimo.*

Daniel Cohen, *Cómo será el fin del mundo*

—¡Ay de vosotros, hermanos! ¿Pues no habéis suscitado la desolación de un extremo al otro de la tierra? ¿No habéis visto la maldad de las ciudades y oído el hedor del mismo aire? ¿No habéis corrompido la tierra, que es el templo del Señor?

«Escuchad las palabras del profeta Malaquías: "Pues he aquí que llega el día que arderá como un horno, y todos los presuntuosos e inicuos serán rastrojo. Y ese día se consumirán, ha dicho el Señor de los ejércitos, de modo que no les dejará raíz o rama mayor. Mas para quienes temen mi nombre, el Hijo de justicia se alzarán con la curación en sus alas."

«Hermanos, el Martillo de Dios llega para destruir a los malvados y los presuntuosos, pero los humildes serán exaltados. Arrepentíos mientras aún estáis a tiempo, pues ningún hombre puede huir del poderoso Martillo que incluso ahora oscurece las estrellas. Arrepentíos antes de que sea demasiado tarde. Todavía hay tiempo.»

—Gracias, reverendo Armitage. Han oído al reverendo Henry Armitage en «La próxima hora».

Mark Czesku había puesto a calentar el sake en un frasco de reactivo con tapón esmerilado. Llenó dos tazas diminutas, luego vertió más sake en el frasco y volvió a colocar éste en la cacerola con agua que se calentaba a fuego lento en la cocina.

—Tenía dos plantas sobre mi mesa -dijo Mark-. Una de ellas era una planta de marihuana en plástico, y debajo de las hojas estaba la inscripción *cannabis sativa*. La otra era una *Aralia elegantissima*. Si uno no la conoce se parece mucho a la marihuana. — Ofreció una tacita a Joanna y otra a Lilith-. Un día llegó mi jefe en compañía de un tipo importante de la oficina central. No dijeron nada en aquel momento, pero al día siguiente mi jefe me pidió que me deshiciera de las plantas. — Ofreció a Frank Stoner la tercera taza y, sosteniendo la suya, se arrellanó en el sillón-. Le digo: «¿Cómo?» y me dice: «No soy ignorante del todo, ¿sabes? Sé qué es eso.» Carol Miller se puso histérica. Llamó a los demás tipos e hicimos que el jefe lo repitiera. Todos ellos sabían qué era.

Frank Stoner estaba cómodamente tendido en el sofá, rodeando con un brazo a Joana MacPherson y con el otro alrededor de la cintura de Lilith Hathaway. Lilith tenía su misma altura, uno sesenta y tres, pero los breves hombros de Joanna encajaban bien bajo el robusto brazo de Frank.

—¿Cuánto hace de eso? — preguntó Frank.

—Un par de años. Dos meses después me despidieron. No tuvieron más remedio.

—¿Por qué? ¿A causa de una de esas interesantes insignificancias estadísticas?

—¿Eh? No, no tuvo nada que ver con la marihuana de caucho. Simplemente, tuvieron que prescindir de algunas personas. Desde entonces... Bueno, el trabajo más fijo que he tenido ha sido el que me ha proporcionado Harv Randall. — Mark se inclinó hacia adelante. Le brillaban los ojos—. Esas entrevistas al hombre-de-la-calle son divertidas. Una vez entrevistamos a un coronel del ejército que temía abrir la boca, no fuera a cometer alguna indiscreción. En un encuentro de lucha había un tipo que estaba deseando la llegada del Martillo. Confiaba en que entonces sería cuando los auténticos machos gobernarían el mundo. — Sonrió a Lilith, una rubia pálida con un hermoso rostro acorazonado y grandes pechos. La había conocido en el Intercambio, el bar de *topless* donde ella bailaba.

Frank Stoner tomaba el sake justo para ser cortés. Mark no se había dado cuenta de que no le gustaba. Vació su taza de un trago: había que beberlo rápido o de lo contrario se enfriaba.

—Incluso entrevistamos a algunos motoristas. Una noche abordamos a los «Rodillos Atroces», pero creo que no se lo tomaron en serio.

Joanna se rió.

—El fin del mundo. Nada de coches en las carreteras, nada de jaleo, atascos, ruidos. Tus amigos motoristas creerían que eso es Jauja.

—Pero no podían decirlo.

—Quizá sea cierto -dijo Frank Stoner. Había conocido a Mark en los caminos polvorientos, corriendo de un lado a otro del país para ganar un premio en metálico-. Podemos ir a lugares que están vedados a los coches. No gastamos apenas gasolina. Nos ayudamos unos a otros, con los puños si es necesario. Si tuviéramos gasolina escondida en alguna parte... Oye, ¿qué posibilidades hay de que se produzca el choque?

Mark hizo un gesto con la mano y casi derribó su taza.

—Casi ninguna, a menos que creas en los horóscopos. Sharps dice que podría alcanzarnos la cola. ¡Sería digno de ver!

—Sharps es uno de los astrónomos a los que han entrevistado. — Se levantó para llenar de nuevo las

tazas.

—Sí, y fue más extraño que cualquiera de ellos. Lo verás por la televisión.

Una hora después Lilith tenía que ir a trabajar. El sake disminuía rápidamente y Mark se sentía bien. Joanna, en su regazo, era ligera como una pluma, mientras él y Frank hablaban.

Mark había vivido con Joanna durante casi dos años. A veces le parecía muy extraño que hubiera llegado a una monogamia total. Aquella relación había cambiado su estilo de vida, y aquel cambio le gustaba. Ciertamente no se atrevía a acostarse con ninguna otra, pero tampoco se enzarzaba en tantas peleas. Y seguía conociendo a gente interesante. Había temido que eso terminara...

—Entonces tardarías mucho tiempo en volver a ponerte en forma -dijo Frank.

—¿Eh? — Mark trató de recordar de qué habían estado hablando. Ah, sí, sus competiciones en el circuito de carreras, años atrás. Ahora las carreras por los senderos polvorientos eran un deporte al que Mark sólo asistía como espectador. Todavía poseía los músculos, pero su vientre había adquirido el volumen y la redondez del de un inveterado bebedor de cerveza. Se miró la panza-. Tienes razón. Bueno, estoy embarazado de Joanna.

—La verdad es que ha perdido el interés por estar en forma -dijo Joanna.

—Me estoy haciendo viejo para ocuparme de cosas frívolas. Debería trabajar permanentemente para Randall. — Alzó a Joanna y la puso de pie. Sí, sus músculos seguían funcionando. Luego fue a la cocina en busca del resto de sake-. ¿Qué haremos si choca el Martillo? — preguntó desde la cocina.

—No estar en el lugar donde vaya a producirse el choque -respondió Stoner-. No estar en la playa ni cerca de la costa. Lo más probable es que caiga en el océano. Dame una cerveza.

—Sí.

—Oye, tienes un mapa de carreteras de California, ¿verdad?

Mark estaba seguro de que lo tenía, y empezó a buscarlo.

—Creo que utilizaría la misma moto con la que fui a México. La Honda grande de cuatro tiempos. No cuesta mucho conseguir recambios. — Frank comenzó a considerar mentalmente las posibilidades, tomándose su tiempo. Conocía a Joanna y Mark desde hacía largo tiempo. No era necesario que hablaran sólo para evitar las pausas de silencio, aunque Mark tendía a hacerlo-. Hay que pensar en los alborotos y motines. La lluvia, las mareas y los terremotos arrasarán todos los servicios, incluida la policía. Creo que necesitaré gasolina y piezas de recambio escondidas fuera de la ciudad, en algún lugar donde nadie pueda robarlas.

—¿Y armas?

–Traje un recuerdo de Vietnam. Lo registraron como perdida.

–Yo también. – Mark dejó de buscar sobre el mapa-. Necesitaremos un sifón. Durante algún tiempo encontraremos coches abandonados.

–Yo siempre llevo un sifón.

–Oye, ¿por qué no nos reunimos más o menos en el momento en que se supone que pasará el cometa?

Frank no respondió de inmediato. Joanna lo hizo por él.

–Aunque no suceda nada, contemplar el cometa sería un gran espectáculo. Tal vez Lilith también querría venir.

Frank Stoner siguió en silencio, pensativo. No hacía promesas a la ligera, y el cometa empezaba a ser algo real para él. Mark sabía pelear, pero no siempre era capaz de hacer lo que aseguraba que podía hacer, tendía a abandonar las cosas y, además, tenía aquel vientre prominente de bebedor de cerveza. Para Frank, aquel vientre era una muestra de dejadez personal. Sin embargo...

–Sí. De acuerdo. Pero no nos reuniremos aquí. La noche anterior cogeremos los sacos de dormir y nos iremos al Mulholland.

Mark alzó su taza de sake.

–Estupendo. Haría falta un inmenso maremoto para alcanzar esa altura. Y si fuera necesario, podríamos viajar a campo traviesa.

Frank estaba preocupado por Joanna. No creía que Mark pudiera protegerla. Y Joanna, con su entrenamiento en artes marciales y el dominio de sí misma que le proporcionaba su pertenencia al movimiento de liberación femenina, probablemente pensaba que podía protegerse a sí misma.

Eileen tardó casi medio minuto en darse cuenta de que el señor Corrigan estaba sentado al borde de su mesa, observándola. Permanecía erguida en su asiento, con los dedos inmóviles sobre el teclado de la máquina y la mirada, al parecer, perdida... Y entonces descubrió a Corrigan en primer plano.

–¡Ah! – exclamó.

–Hola, soy yo -dijo Corrigan-. ¿Le importa que hablemos de ello?

–No lo sé, jefe.

–Hace cosa de un mes habría jurado que estaba enamorada. Tenía aquella mirada tierna, y a veces estaba muerta de cansancio pero sonriente. Pensé que descendería su eficiencia, pero no fue así.

–Estaba enamorada -declaró ella, sonriente-. Se llama Tim Hamner y es riquísimo. Quiere casarse conmigo. Me lo dijo anoche.

–Vaya -dijo Corrigan, contrariado-. El punto esencial, desde luego, es saber si el negocio podrá seguir sin usted.

–Naturalmente, eso es lo primero en lo que pensé -dijo Eileen, pero con un dejo reflexivo que Corrigan no supo a ciencia cierta cómo tomar.

–Riesgos del oficio. ¿Y usted le quiere?

–Oh... sí. Pero... está chalado. Ya he tomado una decisión, aunque no me gusta.

Se puso a escribir a máquina con una ferocidad que hizo que Corrigan volviera a su despacho.

Llamó a Tim tres veces antes de encontrarle en casa.

–Tim, lo siento pero la respuesta es no -fueron sus primeras palabras.

Hubo una larga pausa.

–De acuerdo, pero ¿puedes decirme por qué?

–Lo intentaré. Es... Todo lo que he estado haciendo parecería estúpido.

–No veo por qué.

–Poco antes de que nos conociéramos me nombraron ayudante del director general en Suministros para instalaciones sanitarias Corrigan.

–Ya me lo dijiste. Escucha, si temes perder tu independencia, pondré digamos cien mil dólares en tu cuenta y serás tan independiente como cualquiera.

–Sabía que dirías algo así, pero... esa no es la cuestión. Se trata de mí. Cambiaría más de lo que deseo. He llegado a ser lo que soy por mis propios medios, y quiero seguir orgullosa del resultado.

–¿Quieres conservar tu puesto de trabajo? – A Frank la idea le pareció algo absurda, pero de todos modos dijo-: De acuerdo.

Eileen se imaginó llegando todas las mañanas a la oficina en un lujoso automóvil con chofer, y se echó a reír.

Colleen leía una novela. Tenía el cabello lleno de rulos. Había encendido el tocadiscos y a veces seguía el ritmo de la música golpeando con los dedos sobre la mesita al lado de la tumbona.

Fred se preguntó qué estaría escuchando. Sabía lo que estaba leyendo. No podía ver el título, pero la ilustración de la cubierta era una mujer con vestido largo y vaporoso en primer término, y un castillo en el fondo, con una ventana iluminada. Todas las novelas románticas eran iguales.

No le importaban los rulos. Le sentaban bien a Colleen.

La mitad del placer consistía en la espera. Pronto, muy pronto se conocerían.

A veces el sentimiento de culpabilidad era abrumador. Entonces Fred Lauren sentía la loca tentación de destruir su telescopio, de destruirse a sí mismo antes de que pudiera herir a Colleen. Pero aquello era realmente una locura. Dentro de un mes y una semana, habría muerto de todos modos. Y ella también. Cualquier daño que le hiciera sería transitorio, y lo habría hecho por amor.

Por amor. Fred suspiró por la muchacha que veía a través del telescopio. Movía suavemente las ruedecillas que controlaban la imagen, y los dedos le temblaban. Era pronto, demasiado pronto.

## JUNIO: DOS

*¡General, usted no tiene un plan de guerra! ¡Todo lo que usted tiene es una especie de horrible convulsión!*

Secretario de Defensa Robert S. McNamara, 1961

*La política de los Estados Unidos continúa sin variación. En cuanto se confirme que se ha producido un ataque nuclear a esta nación, nuestras fuerzas estratégicas infligirán un daño irreparable al enemigo.*

Portavoz del Pentágono, 1975

El sargento Mason Jefferson Lawton pertenecía al Mando Estratégico de la Fuerza Aérea y estaba orgulloso de ello. Estaba orgulloso del arrugado traje de faena, del pañuelo azul al cuello y los guantes blancos. Estaba orgulloso del revólver de calibre 38 que llevaba a la cadera.

Caía la tarde en Omaha. El día había sido caluroso. Mason consultó de nuevo su reloj, y en el mismo momento en que lo hacía el KC-135 apareció en el cielo y aterrizó. Se detuvo en el área de descarga donde Mason esperaba. El primer hombre que descendió era un coronel destinado permanentemente en Offutt. Mason le reconoció. El hombre siguiente respondía a la foto que le había proporcionado el departamento de Seguridad. Los dos se acercaron al jeep del sargento.

—¿El documento de identidad, por favor? —pidió Mason.

El coronel exhibió el suyo sin decir una palabra. El senador Jellison frunció el ceño.

—He venido en el avión del general, con su propio coronel...

—Sí, señor -dijo Mason-. Pero necesito ver su documento de identidad.

Jellison asintió, divertido. Sacó una cartera de piel y sonrió mientras el sargento leía atentamente el documento. La tarjeta mostraba que Jellison era teniente general en reserva de la Fuerza Aérea. El senador pensó que aquello impresionaría al muchacho.

Pero si el rango de Jellison le impresionó, Mason no mostró señal alguna de ello. Esperó mientras otro oficial traía el equipaje del senador y lo cargaba en el jeep. Avanzaron por la pista, pasando junto a los aviones especialmente equipados. Eran tres en total, y uno de ellos siempre estaba en el aire. Transportaban a las jerarquías y el personal del Mando Aéreo Estratégico.



Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los cuarteles generales del Mando Aéreo Estratégico se emplazaron en Omaha, en el centro del país. El centro de mando ocupaba cuatro plantas subterráneas, reforzadas con hormigón y acero. El centro, conocido como el agujero, había sido diseñado para resistirlo todo, pero eso fue antes de que existieran los misiles balísticos intercontinentales y las bombas de hidrógeno. Ahora ya nadie podía hacerse ilusiones. En caso de bombardeo nuclear, el agujero estaba condenado. Eso no impediría que el Mando Aéreo Estratégico controlara sus fuerzas, puesto que los aviones especialmente equipados no podían ser derribados. Sólo sus pilotos sabían dónde se encontraban.

Mason acompañó al senador al interior del gran edificio de ladrillo, hasta el despacho del general Bambridge. La estancia tenía un aire anticuado. Los muebles de madera, la mayoría tapizados en cuero, eran antiguos, lo mismo que el enorme escritorio. Las paredes estaban forradas con estantes que contenían maquetas de los aviones de la Fuerza Aérea: cazas de la Segunda Guerra Mundial, un voluminoso B-36 con su mezcla de hélices y reactores, un B-52 y toda clase de proyectiles que, junto con los teléfonos, constituían los únicos rasgos modernos.

Sobre la mesa había tres teléfonos, uno negro, otro rojo y otro dorado. En una mesita cercana descansaba una caja portátil que contenía un teléfono rojo y otro dorado, y que el general Bambridge se llevaba consigo en toda ocasión: en su coche, en su casa, en su dormitorio, en el lavabo... Nunca se alejaba más de cuatro pasos del teléfono dorado. Era una servidumbre de su cargo como comandante en jefe del Mando Aéreo Estratégico. El teléfono dorado le ponía en contacto con el presidente de la nación. El rojo comunicaba con el centro subterráneo de control, y podía desencadenar una potencia de fuego superior a la que habían empleado todos los ejércitos en la historia.

El general Thomas Bambridge hizo una seña al senador Jellison para que se sentara cerca del gran ventanal que daba a la pista, y tomó asiento frente a él. Bambridge no permanecía tras su escritorio para hablar con la gente, a menos que algo estuviera mal. Se contaba que en cierta ocasión un comandante se desmayó tras permanecer cinco minutos ante la mesa de trabajo de Bambridge.

—¿Qué diablos te ha hecho venir en persona? —preguntó Bambridge-. ¿No podíamos hablar por teléfono?

—¿Son totalmente seguros tus teléfonos? —replicó Jellison.

Bambridge se encogió de hombros.

—Son tan buenos como podemos hacerlos...

—Tal vez los tuyos sean seguros -dijo Jellison-. Dispones de personal propio que los revisa. Yo estoy convencido de que los míos no lo son. El motivo oficial de esta visita es el que te dije: necesito ayuda para la solicitud de presupuestos.

—Claro. ¿Te apetece una copa?

—Tomaré un whisky, si tienes aquí.

–Muy bien. – Bambridge sacó una botella y vasos del armario situado detrás de su escritorio-. ¿Un cigarro? Te gustará.

–¿Es habano? – preguntó Jellison.

Bambridge volvió a encogerse de hombros.

–Los chicos los consiguen en Canadá. Nunca me he acostumbrado a los cigarros de este país. Los cubanos puede que sean unos bastardos, pero nadie puede negar que saben preparar el tabaco. – Depositó la botella de whisky sobre la mesita y sirvió dos vasos-. Bueno, ¿de qué se trata?

–Del Martillo -dijo Jellison.

El rostro del general Bambridge permaneció impasible.

–¿Qué ocurre con él?

–Se está acercando mucho.

Bambridge asintió.

–Nosotros también tenemos buenos matemáticos y computadoras, ¿sabes?

–¿Y qué pensáis hacer?

–Nada. Es una orden del presidente. – Señaló el teléfono dorado-. No va a suceder nada, y no debemos alarmar a los rusos. – Bambridge hizo una mueca-. No debemos alarmar a los bastardos. Están matando a nuestros amigos en África, pero no hemos de molestarlos porque eso podría hacer peligrar nuestra amistad.

–El mundo es duro -comentó Jellison.

–Desde luego. Bueno, ¿qué es lo que quieres?

–Tom, esa cosa se aproxima demasiado. No creo que el presidente comprenda lo que eso significa.

Bambridge se quitó el cigarro de la boca e inspeccionó el extremo mascado.

–El presidente no se interesa mucho por nosotros. Eso es bueno, porque así el Mando Aéreo Estratégico puede funcionar sin interferencias. Pero bueno o malo, él es el presidente, es decir, mi comandante en jefe, y yo tengo algunas ideas curiosas, por ejemplo, la de que debo obedecer las órdenes.

–Tú has prestado juramento a la Constitución -dijo Jellison-. Has pasado por West Point, ¿no?

Recuerda la trilogía: deber, honor, país, por ese orden.

—¿Y qué?

—Tom, ese cometa se nos echa encima, de veras. Me han dicho que invalidará todos tus sistemas preventivos de radar.

—A mí también me lo han dicho -dijo Bambridge-. Art, no quiero parecer sarcástico, pero ¿no te parece que están tratando de enseñar a tu abuela cómo se bebe un huevo? — Fue a su escritorio y volvió con un expediente de cubiertas rojas-. Veremos cómo es un ataque supuesto y no podremos ver uno verdadero... si se produce. Claro, el día que los rusos vean que tienen todas las de ganar nos atacarán, pero según los servicios de inteligencia, por allá las cosas están ahora muy tranquilas. — Bambridge hojeó de nuevo el documento-. Naturalmente, si no podemos verles venir, ellos no podrían vernos tampoco...

—¿Pero qué estás diciendo?

—Bueno, no pueden someterme a un consejo de guerra sólo por pensar.

—Esto es serio, Tom. No creo que los rusos vayan a iniciar algo, mientras el cometa sólo pase cerca, pero...

Bambridge ladeó la cabeza.

—¡Por Dios, mis técnicos no me han dicho que fuera a chocar con nosotros!

—Ni los míos tampoco -dijo Jellison-. Pero ahora las posibilidades de que no suceda son de centenares contra una. Antes fueron miles de millones, luego millares y ahora sólo centenares. Es para asustarse un poco.

—Lo es, desde luego. ¿Qué crees que debo hacer? El presidente me ordenó que no me pusiera en estado de alerta.

—No puede darte esa orden. Tu cargo te autoriza a tomar toda medida necesaria para proteger a tus fuerzas. Todo menos el ataque nuclear.

Bambridge miró por la ventana. El avión especial KC-135 estaba despegando para cumplir con su misión rutinaria.

—Me pides que desafíe una orden directa del presidente.

—Sí, pero si lo haces tendrás amigos en el Congreso. Podrías perder tu cargo, pero eso sería todo. — El tono de Jellison era bajo y apremiante-. Tom, ¿crees que me gusta esto? Dudo de que ese condenado cometa choque con la Tierra, pero si lo hace y no estamos preparados... Dios sabe lo que ocurrirá.

—Sí, es cierto. — Bambridge trató de imaginarlo—. Si un asteroide cayera en alguna zona remota de la Unión Soviética, ¿no creerían que era un ataque solapado de Estados Unidos? ¿Y si no era en una zona remota sino en el mismo Moscú? Pero si entramos en estado de alerta, ellos lo sabrán, y tendrán muchas más razones para creer que lo hemos hecho.

—Claro, pero ¿y si nosotros no hemos declarado la alerta y ellos consideran esta circunstancia como una estupenda oportunidad? Si cae el Martillo, Tom, Washington puede desaparecer. Washington, Nueva York y la mayor parte de la costa oriental.

—Maldición. No faltaría más que encima de todo eso tuviéramos una guerra -dijo Bambridge-. Si el Martillo golpea realmente, ya habrá suficiente desastre en el mundo sin necesidad de añadir la catástrofe nuclear. Pero si nos golpea a nosotros y no a ellos, querrán rematar el trabajo. Es lo que yo haría en su caso.

—Pero tú no...

—No desde este despacho -le interrumpió Bambridge-. Ni siquiera si recibo unas órdenes que, gracias a Dios, nunca recibiré. — El general miró las maquetas de proyectiles en su estante-. Mira, lo que puedo hacer es vigilar que mi personal esté en su sitio. Que mis hombres clave estén alerta en sus agujeros mientras yo lo dirijo todo desde el avión especial. ¿Pero cómo puedo distinguir el choque de un meteoro de un ataque nuclear?

—Creo que lo distinguirás -dijo Jellison.

Afuera se extendían la noche y la inmensidad del espacio. Dentro de la cápsula Apolo Rick Delanty estaba tendido en el breve lecho. Tenía los ojos fuertemente cerrados, el cuerpo rígido y los puños apretados.

—Sí, de acuerdo, me encuentro mal desde que partimos, pero no se lo digas a Houston. De todos modos no podrían hacer nada.

—Pero si no comes vas a morirte de hambre -le dijo Baker-. No te lo tomes así. Todo el mundo tiene trastornos cuando viaja al espacio.

—Pero no durante toda una semana.

—MacAlliard estuvo mal toda la misión. No tanto como tú, pero él tenía ayuda. Voy a buscar a la doctora Malik.

—¡No!

—Sí. No tenemos tiempo para satisfacer el orgullo masculino.

—No se trata de eso, y tú lo sabes -dijo el acongojado Delanty-. Informaré de lo que ocurre y...

–Y nada. No vamos a detener esta misión sólo porque tienes las tripas revueltas.

–¿Estás seguro?

–Sí. No pueden cancelarla a menos que yo lo diga. Y no voy a decirlo, a menos que...

–No hablemos más. Dios mío, Johnny, si esto fracasa por mi culpa... Diablos, ojalá hubieran elegido a otro en mi lugar. Entonces no importaría tanto. Pero yo tengo que seguir.

–¿Por qué? – preguntó Baker.

–Porque soy...

–¿Un caballero de color?

–Un negro. – Rick trató de sonreír-. De acuerdo, haz que venga la doctora. Algo ayudará.

–Lo mejor que puedes hacer es mantener los ojos cerrados.

–Ya lo hago, hago todo lo que puedo -dijo Delanty en tono amargo-. Yo, el gran Rick, con la enfermedad del espacio. Es absurdo.

Se dio cuenta de que Baker había salido y nerviosamente empezó a abrocharse la bragueta.

Vestía una especie de calzones largos de lana, lo más apropiado para llevar bajo el traje espacial. Era una prenda muy práctica, pero Rick Delanty no podía ocultar del todo su nerviosismo. No estaba acostumbrado a que las mujeres le vieran en paños menores, sobre todo las mujeres blancas.

Cuando Leonilla entró en la cápsula preguntó por qué no habían informado de lo que le ocurría a Rick. Su voz era áspera, totalmente profesional, y Rick se sintió algo intimidado. La prenda interior de cuerpo entero que vestía Rick tenía unos engarces. Leonilla tomó uno de ellos en un termómetro eléctrico. Introdujo el otro extremo del engarce en el ano de Rick Delanty.

–¿No ha comido nada? – preguntó Leonilla, mientras leía el termómetro y tomaba nota.

–Lo vomito todo.

–Por eso está deshidratado. Primero probaremos con estas cápsulas. Másquela. No, no se la trague, másquela.

Rick obedeció.

–Cielo santo, ¿qué es esto? Es lo más asqueroso...

—Ahora tráguela por favor. Dentro de dos minutos probaremos con un líquido nutritivo. Necesita hidratación y alimento. ¿Tiene la costumbre de no informar cuando está enfermo?

—No. Creí que no sería nada.

—En toda misión espacial aproximadamente un tercio del personal ha experimentado trastornos espaciales entre suaves y agudos. La probabilidad de que a uno de nosotros le sucediera era muy alta. Ahora beba esto lentamente.

Rick bebió. Era un líquido espeso que sabía a naranja.

—No está mal.

—Se basa en el Tang americano -dijo Leonilla-. He añadido azúcares de fruta y una solución vitaminada. ¿Cómo se siente? No, no me mire. Es importante que no lo vomite. Mantenga los ojos cerrados.

—Así no me siento muy mal.

—Estupendo.

—¡Pero no sirvo para nada con los ojos cerrados! Y tengo que...

—Tiene que rehidratarse y seguir vivo, para que el resto de nosotros podamos continuar.

Delanty notó algo frío en el antebrazo.

—¿Qué...?

—Una inyección para que duerma. Relájese. Ya está. Dormirá varias horas. Durante ese tiempo le suministraré suero. Luego, cuando despierte, podemos probar otros fármacos. Buenas noches.

La doctora regresó al compartimiento principal del laboratorio del Martillo. Ahora había espacio en el centro, pues el equipo había sido colocado en lugares apropiados, y muchos de los paquetes habían sido lanzados al espacio.

—¿Cómo está? —preguntó John Baker. Pieter Jakov hizo la misma pregunta en ruso.

—Mal -dijo ella-. Creo que ha carecido de agua en su organismo al menos durante veinticuatro horas, tal vez más. Tiene treinta y ocho grados y ocho décimas de temperatura. Está muy deshidratado.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Baker.

—Creo que las medicinas que le he dado le ayudarán a conservar el líquido. Ha bebido casi un litro, sin mostrar síntomas negativos. ¿Por qué no nos lo dijo antes?

—Diablos, es el primer negro que ha ido al espacio, y no quiere ser el último -dijo Baker.

—¿Cree acaso que es el único que se siente presionado para tener éxito? — preguntó Leonilla-. Es el primer negro en el espacio, pero las diferencias fisiológicas entre razas son pequeñas comparadas a las que hay entre sexos. Yo soy la segunda mujer en el espacio, y la primera falló...

—Ya es hora de hacer más observaciones -dijo Pieter Jakov-. Ayúdame, Leonilla. ¿O debes atender a tu paciente?

Aunque el equipo estaba adecuadamente distribuido, seguía habiendo muy poco espacio en el laboratorio del Martillo. Los astronautas se habían esforzado para conseguir alguna intimidad: Delanty en el Apolo y Leonilla Malik en el Soyuz. Baker y Jakov se turnaban en la observación y, en los breves momentos que dedicaban al sueño, lo hacían en el laboratorio. Como tres tenían que hacer el trabajo de cuatro, no había mucho tiempo para dormir.

Y el cometa Hamner-Brown se acercaba, con la cola por delante, directamente hacia ellos. El tenue gas que desprendía ya estaba envolviendo a la Tierra, la Luna y el laboratorio espacial. Los astronautas realizaban observaciones visuales a cada hora, y cada día salían al exterior para recoger muestras de nada: envasaban el tenue vacío espacial para llevarlo a la Tierra, donde instrumentos muy sensibles podrían descubrir unas pocas moléculas de la cola de un cometa.

Al principio había poco que ver. Sólo en la dirección del cometa era evidente que la cola se extendía por el espacio para abarcar centenares de millares de kilómetros. Pero más tarde, a medida que se acercaba, podían verlo en cualquier dirección que mirasen.

Cuando no contemplaban el cometa podían hacer observaciones del Sol. Y si aún disponían de algún tiempo podían dedicarlo a otros varios experimentos, cristalográficos o de investigación de gases. Su jornada era muy apretada.

Tenían la intimidad imprescindible. Por mutuo acuerdo, el ingenio espacial había sido diseñado de manera que los dispositivos que hacían las veces de lavabo estaban en la nave espacial y no en la cápsula del laboratorio. Para Baker y Delanty el sistema era muy sencillo: un tubo que se colocaba en su órgano viril, con un depósito para orinar. El contenido fluía.

En una ocasión, mientras Baker utilizaba el sistema, notó que Delanty le miraba.

—Tendrías que estar durmiendo, no mirando cómo meo.

—No estoy interesado en cómo lo haces, Johnny... ¿cómo se las arreglará Leonilla para mear en el espacio?

—La verdad es que no lo sé. Se lo preguntaré, ¿eh?

—Sí, pregúntaselo, porque yo, desde luego, no voy a hacerlo.

–Ni yo tampoco. – Johnny abrió una válvula y la orina fue proyectada al espacio. Las gotitas heladas formaron una nube alrededor de la nave, como una nueva constelación de estrellas, y gradualmente se disiparon.

–¿Por qué diablos me has preocupado de nuevo con eso?

–¿He de ser el único que tenga problemas?

–¿Cómo te encuentras?

–Bastante bien.

Dos días después Delanty estaba mucho mejor, pero Baker no tenía la respuesta.

Acababa de volver del exterior, donde había tomado una muestra del vacío, y estaba a solas con Jakov.

–No puedo soportarlo -dijo Baker.

–¿Cómo dice? – preguntó el ruso.

–Hay algo que no deja de preocuparme. ¿Cómo me va Leonilla cuando vuela en caída libre?

–¿Eso le preocupa?

–Desde luego. Y no es simple curiosidad. Una razón por la que nunca hemos enviado mujeres al espacio es que los chicos de diseño no han podido dar con un servicio higiénico adecuado. Alguien sugirió un catéter, pero eso es doloroso. – Jakov no dijo nada-. ¿Cómo lo hace ella?

–Eso es un secreto de Estado. Lo siento -dijo Pieter Jakov. Si estaba bromeando no lo mostraba-. Ya es hora de hacer una nueva serie de observaciones solares. Ayúdeme con el telescopio, por favor.

–Claro.

Johnny pensó que se lo preguntaría a Leonilla antes de que regresaran a tierra. Miró de reojo al ruso. A lo mejor, Jakov tampoco lo sabía.

–¿Cómo estás? – preguntó Baker.

–Bien -respondió Delanty-. ¿Lo sabe Houston?

–Yo no se lo he dicho, pero tal vez les ha informado Bakunyar. No creo que Jakov oculte algo a los suyos. Pero ¿por qué tienen que decírselo a Houston?



–Es lamentable -dijo Rick.

–Sí, pero no te preocupes. Has probado todo lo que necesitabas probar. Estás aquí y hemos desplegado las alas. Si has podido hacer un trabajo así estando enfermo, deberían llamarte titán. Mañana estarás trabajando.

–Sí. ¿Has resuelto ese problema que te molestaba?

Baker se encogió de hombros.

–No. Se lo pregunté a Pieter y me dijo nada menos que es un «secreto de Estado».

–Bueno, tal vez podamos averiguarlo. Tenemos suficientes cámaras...

–Sí, eso quedaría muy bien en el informe. Dos oficiales de la Fuerza Aérea de Estados Unidos fisgando con cámaras de televisión en el tocador de la señora. Bien, tengo que ir a observar. Despertaré al camarada brigadier. Hasta luego.

Johnny Baker cruzó flotando la cápsula Apolo y el laboratorio. Todo estaba tranquilo. Leonilla dormía en el Soyuz, y Delanty, atado, estaba tendido en el Apolo, y Jakov debía estar echando unas cabezadas antes de su turno de observación.

Baker se deslizó hasta la litera del ruso. Jakov flotaba en el laberinto de telescopios, cámaras, lentes y detectores de rayos X, ligeramente retenido por una malla de nylon. Estaba sonriente, con el rostro hacia la mampara. Cuando Johnny le dio alcance, la sonrisa desapareció.

Era como si acabara de gastarle a alguien una broma y le hubieran descubierto en el acto de hacerlo.

«Secreto de Estado...», se dijo Johnny.

## **JUNIO: TRES**

*Entonces, los que estén en Judea huyan a las montañas.*

Mateo, 24

La recepcionista de la antesala era nueva y no hizo pasar directamente a Harvey Randall al gran despacho en el tercer piso del Ayuntamiento de Los Angeles. A Harvey no le importó. Otras personas esperaban también, y además su equipo con las cámaras tardaría aún varios minutos en llegar. Harvey

se había presentado temprano a la cita.

Tomó asiento y se dedicó a su pasatiempo favorito: observar a la gente. A la mayor parte de los visitantes se les notaba su condición. Eran vendedores y tipos relacionados con la política, y todos ellos estaban allí para ver a uno de los tenientes de alcalde o a un ayudante ejecutivo. Entre ellos destacaba una mujer, de edad indefinida entre los veinte y los treinta. Llevaba pantalones téjanos y una blusa estampada, pero se notaba que eran prendas caras. Miraba directamente a Harvey, y cuando éste sostuvo su mirada ella no se azoró lo más mínimo. Harvey se encogió de hombros y cruzó la estancia para sentarse a su lado.

—Dígame, ¿qué tengo yo que le interesa tanto?

—Le he reconocido. Usted hace documentales para la televisión. Recordaré su nombre en seguida.

—Muy bien -dijo Harvey.

Ella apartó un momento la vista, pero en seguida se volvió a él, con una leve sonrisa.

—Está bien. ¿Cómo se llama?

—Usted primero.

—Mabe Bishop -dijo ella con un inequívoco acento californiano.

Harvey trató de recordar.

—Aja. Pertenece usted a la Tribuna del Pueblo.

—Exacto -confirmó ella, sin cambiar de expresión, lo cual era curioso. A la mayoría de la gente le complacería que un reportero de documentales que tenían alcance nacional reconociera su nombre. Harvey seguía considerándolo sorprendente cuando ella añadió-: Todavía no me lo ha dicho.

—Harvey Randall.

—Ahora me toca a mí decir «aja». Usted realiza los programas sobre el cometa.

—Correcto. ¿Le han gustado?

—Creo que son terribles, peligrosos y estúpidos.

—Vaya, no tiene pelos en la lengua. ¿Le importaría decirme por qué?

—En absoluto. En primer lugar, ha puesto usted los pelos de punta a cincuenta millones de imbéciles...

—Yo no...

—¡Y deberían estar asustados, pero no por un condenado cometa! ¡Signos en los cielos! ¡Portentos malignos! Basura medieval, cuando hay tanto de qué preocuparse aquí en la Tierra.

El tono de su voz era enérgico y amargo.

—¿Y de qué deberían tener miedo? —preguntó Harvey. La verdad es que no lo quería saber, y se arrepintió en el mismo momento en que formuló la pregunta. Era una pregunta automática de reportero, pero el problema consistía en que ella iba a responderle sin duda alguna.

—De esos sprays que arruinan la atmósfera, destruyen el ozono y causan cáncer. ¡De una nueva central nuclear en el valle de San Joaquín, cuyos residuos radiactivos durarán medio millón de años! De los grandes Cadillacs y Lincolns que consumen innumerables toneladas de gasolina. Esas son las cosas que asustan, las cosas contra las que tendríamos que hacer algo, y en cambio todo el mundo se oculta en el sótano temeroso de un cometa.

—Es una opinión -dijo Randall-, aunque creo que no tiene razón en todo...

—¿Ah, no? ¿En qué no tengo razón? —preguntó ella en tono desafiante, con un dejo de odio, dispuesta al ataque.

A Harvey no le gustaba el sesgo que estaba tomando aquella conversación. Había ocasiones en que deseaba coger su objetividad periodística, enrollarla fuertemente e introducirla en un lugar anatómicamente incómodo de la persona de un pomposo profesor de periodismo.

—Se lo diré -dijo al fin-. La razón por la que la gente todavía quema gasolina en esos grandes y cómodos coches es que no pueden disponer de electricidad suficiente para utilizar coches eléctricos. No pueden conseguir electricidad porque el aire ya está lleno de porquería procedente de las fábricas de energía fósil, se nos están terminando los combustibles fósiles y unos condenados estúpidos se empeñan en retrasar el funcionamiento de las centrales nucleares que podrían sacarnos del atolladero. —Harvey se levantó-. Y si vuelvo a escuchar las palabras «spray» y «ozono», la buscaré dondequiera que se encuentre y vomitaré en su falda.

—¿Eh?

Harvey se acercó de nuevo a la recepcionista.

—Dígale a Johnny Kim que Harvey Randall está aquí, por favor -dijo en tono imperativo. La nueva recepcionista le miró alarmada y luego conectó el intercomunicador.

Harvey podía oír a Mabe Bishop que farfullaba detrás de él, y aquello le produjo una gran satisfacción. Se acercó a la puerta que daba acceso al despacho y esperó. Poco después se oyó un zumbido.

—Pase, señor Randall, haga el favor -dijo la recepcionista-. Siento haberle hecho esperar.

–No importa -murmuró Harvey.

Entró en un largo corredor, con despachos a ambos lados. Un oriental de edad indeterminada, más de treinta y menos de cincuenta, salió de uno de ellos.

–Hola, Harv. ¿Te ha hecho esperar mucho esa chica?

–No tanto. ¿Cómo estás, Johnny?

–Bastante bien. El alcalde está en una reunión que se prolonga más de lo previsto. ¿Te importa esperar un segundo?

–Pues no... El equipo vendrá dentro de poco.

–Ya están subiendo -dijo John Kim. Era el secretario de prensa del alcalde Bentley Allen, el redactor de sus discursos y en ocasiones su encargado de asuntos políticos, y Harvey sabía que Kim podría estar en Washington o Sacramento si quisiera, y probablemente lo estaría si seguía al lado de Bentley Allen-. He dado instrucciones para que suban por el ascensor privado.

–Gracias -dijo Harvey-. Te lo agradecerán.

–Ah, la conferencia está terminando. Ven, te acompañaré.

El despacho del alcalde estaba formado por dos piezas. Una de ellas era grande, con muebles caros y gruesas alfombras. De las paredes colgaban banderas, y por todas partes había trofeos, placas y certificados enmarcados. La estancia interior era mucho más pequeña, y la mayor parte de su espacio estaba ocupada por una gran mesa, sobre la que se apilaban papeles, informes, libros, salidas impresas de IBM y memorándums, algunos de los cuales tenían impresas grandes estrellas rojas. Unos presentaban dos estrellas, mientras que otro tenía tres. El alcalde estaba cogiendo ese memorándum cuando entraron Kim y Harvey Randall.

Randall pensó que el alcalde tenía buen aspecto. Era el segundo alcalde de raza negra de Los Angeles. Alto y robusto, vestía como un acomodado profesional, que era lo que había sido antes de dedicarse a la política. Exhibía por igual su sangre mestiza y su educación. Bentley Allen no hablaba con altivez a la gente. No tenía necesidad de dedicarse a la política como medio de vida. Técnicamente estaba con licencia temporal de un cargo en la facultad de una importante universidad privada.

–¿Qué hay, señor Randall? ¿Viene a rodar un documental? – preguntó Bentley Allen, dejando el memorándum en una bandeja.

–No, señor -respondió Johnny Kim-. Esta vez se trata del noticiario de la noche.

–¿Hay algo noticiable acerca de mí esta noche? – preguntó el alcalde.

–Las consecuencias de los documentales -dijo Harvey Randall-. Todas las cadenas de televisión están

interesadas por las mismas noticias. ¿Qué van a hacer los funcionarios públicos el día en que el Hamner-Brown pase de largo sin chocar con la Tierra?

—¿Todas las cadenas? — preguntó Johnny Kim.

—Sí.

—¿No se habrá ejercido una cierta presión para que las noticias se ocupen de eso? — inquirió Kim-. Por ejemplo, una presión procedente de cierta casa blanca en la avenida de Pennsylvania.

—Podría ser -admitió Harvey.

—Y lo que quiere el gran hombre son unos buenos vibráfonos -dijo el alcalde-. Manteneos tranquilos, serenos y recogidos el día en que se ha calculado que podría caer el enorme helado.

—Que por cierto es el próximo martes -respondió Harvey automáticamente-. Sí, señor.

—¿Y qué pasaría si yo mostrara pánico? — preguntó el mayor Allen, con un alegre destello en la mirada-. O si dijera: «¡Esta es vuestra oportunidad, hermanos! ¡Acabad con los blancos, nunca tendréis mejor ocasión!»

—Oh, tonterías -dijo Harvey-. Creí que todo el mundo querría salir en las noticias nacionales.

—¿Usted no tiene nunca esa clase de impulsos? — preguntó Bentley Allen-. Ya sabe. Impulsos irresistibles de hacer la única cosa que te haría acceder a una nueva modalidad de trabajo. ¿Algo así como derramar un martini sobre el vestido de la mujer del decano? Lo cual, por cierto, hice una vez. Fue puramente accidental, se lo aseguro, pero mire adonde me condujo.

Ahora Harvey parecía realmente preocupado, pero el alcalde seguía sonriente.

—No se preocupe, señor Randall. Me gusta este trabajo... u otro en un despacho algo mayor allá en el este...

Bentley Allen dejó que su voz se desvaneciera. No era ningún secreto que le gustaría ser el primer presidente negro de la nación, y algunos políticos serios creían que podría llegar a conseguirlo dentro de diez o doce años.

—Seré buen chico -dijo el alcalde Allen-. Diré a la gente que esperamos una plena asistencia en todos los ayuntamientos, y yo estaré aquí, bueno, literalmente aquí, pero se lo diré ahí -señaló la otra pieza mayor y más lujosa del despacho-, y espero que todos mis funcionarios sigan el mismo ejemplo. Puedo decir o no decir que tengo el televisor encendido, porque por nada del mundo me perdería un espectáculo así.

—Se trata de que la actividad sea normal, con tiempo libre para ver un programa entretenido.

El alcalde asintió.

—Naturalmente. — Su rostro adoptó una expresión grave—. Entre nosotros, le diré que estoy un poco preocupado. Demasiada gente emprenderá el vuelo. ¿Sabe que ya han sido alquilados casi todos los remolques de la ciudad? Y para toda la semana. Y por parte de la policía y los bomberos hemos tenido una gran cantidad de solicitudes de permiso que, desde luego, no hemos concedido. Se han cancelado todos los permisos para el día en que nos visite el cometa.

—¿Le preocupa la posibilidad de saqueos? — preguntó Harvey.

—No tanto como para decirlo en público, pero sí, me preocupa —dijo el alcalde Allen—. Los saqueos y los robos en las casas que han sido y serán abandonadas. Pero dominaremos la situación. Si su equipo está preparado ahí afuera, será mejor que empecemos. Dentro de media hora tengo una reunión con el director de Defensa Civil.

El tráfico en Beverly Glen era desahogado, muy fluido para la noche de un jueves. Harvey, al volante de su coche, sonreía, pensando que tenía entre manos un relato magnífico. No sólo millones de personas creían que el mundo se iba a terminar, sino que más millones esperaban que así fuera. Se notaba en sus actitudes. Odiaban lo que estaban haciendo, y suspiraban con nostalgia por la vida «sencilla». Desde luego, no elegirían voluntariamente ser granjeros o vivir en una comuna, pero si todo el mundo tenía que hacerlo...

Aquello carecía de sentido, pero así ocurría a menudo con las actitudes de la gente. Y a Harvey Randall no le molestaba en absoluto.

Sí, era una historia jugosa, pero no la única. A ella seguiría el relato del día siguiente al del frustrado fin del mundo. Un día después de que el mundo sobreviviera. Harvey pensó que ése sería un buen título para un libro. Naturalmente, un millar de novelistas se disputarían la publicación de sus obras, libros con títulos como *El día en que el mundo no terminó*, que no era tan bueno como el suyo, y *Roca, ¿no me ocultarás?* Por cierto que algunas emisoras de radio tocaban canciones religiosas relacionadas con el desastre las veinticuatro horas del día, y los predicadores que anunciaban el fin del mundo estaban haciendo su agosto.

Había una secta al sur de California, los Guardianes del Cometa, que se ponían túnicas blancas y rezaban al cometa. Habían puesto en práctica algunos ardides publicitarios, y la mitad de sus dirigentes habían sido encarcelados y dejados en libertad bajo fianza por impedir el tráfico o irrumpir en el campo durante partidos televisados de béisbol. Pero aquello había cesado, debido a la orden de un juez de que no se permitiera más la libertad bajo fianza hasta el próximo miércoles...

La idea de escribir un libro seguía rondando la mente de Harvey. Debería hacerlo, aunque nunca lo había intentado, pero era culto y había efectuado los estudios necesarios. Estaba muy por delante de los demás. *El día siguiente al día en que el mundo no acabó*. No, no era un buen título. En primer lugar, era demasiado largo. Podría titularlo *La fiebre del Martillo*. Le darían mucha publicidad, le dedicarían un programa en la televisión en cuanto saliera al mercado.

Incluso podría ganar dinero, mucho dinero, el suficiente para pagar las cuentas y la matrícula para la escuela de su hijo en Harvard y...

*La fiebre del Martillo.* Era un buen título.

El único problema era que se trataba de algo real, como el temor a una guerra.

Lo había observado por todas partes. Escaseaba el café, el té, el azúcar, cualquier alimento básico que pudiera acapararse. Se habían agotado todos los alimentos deshidratados y congelados. Las tiendas informaban que se habían terminado las existencias de equipos para lluvia, lo que era muy raro en California meridional, donde las próximas lluvias no llegarían hasta noviembre. En ningún sitio se encontraban prendas para excursionistas ni botas. Y nadie compraba trajes, camisas blancas o corbatas.

Pero la venta de armas estaba en alza. En Beverly Hills o en el valle de San Fernando no se encontraba una sola arma de fuego, y también se habían agotado las existencias de munición.

Las tiendas de artículos deportivos se habían quedado sin género, desde botas camperas y alimentos preparados para ir de campo hasta equipos de pesca. Se vendían más anzuelos que moscas artificiales. Aún podían conseguirse moscas, pero sólo las caras de fabricación americana, no las baratas importadas de la India. No quedaba una sola tienda de campaña, ni un saco de dormir. ¡Hasta se habían agotado los chalecos salvavidas! Esta última noticia hizo sonreír a Harvey. Jamás había visto un *tsunami*, uno de esos maremotos que levantan olas gigantescas, pero había leído algo sobre ellos. Tras la explosión de Krakatoa una gran ola había depositado un buque de guerra holandés varios kilómetros tierra adentro, en una elevación de sesenta metros.

Hubo también una fuerte demanda de «equipos de supervivencia» por correo durante las últimas semanas, pero últimamente, cuando estaba tan próxima la caída del cometa ya no se aceptaban más pedidos. ¿Tal vez no tenían intención de suministrarlos? Habría que investigarlo, pensó Harvey. Cuatro empresas se dedicaban a la venta de aquellos equipos. Los precios variaban entre cincuenta y dieciséis mil dólares y los equipos podían limitarse a un simple suministro de alimentos o abarcar todo lo necesario para subsistir en caso de catástrofe. Los alimentos eran imperecederos y constituían una dieta más o menos equilibrada. Por cierto, una secta religiosa había solicitado a todos sus miembros que conservaran un suministro de alimentos para todo un año... Era una costumbre que venían observando desde los años sesenta. Harvey tomó otra nota mental. Sería interesante entrevistar a aquella gente, cuando todo hubiera pasado.

Los equipos más baratos sólo contenían alimentos. El número de artículos aumentaba progresivamente, hasta llegar a los grandes equipos que incluían un vehículo todo terreno, ropas especiales contra el frío, machete, saco de dormir, hornillo de butano y bombona, balsa hinchable, casi todo lo imaginable. Uno de los equipos incluía la pertenencia a un club de supervivientes. Si uno conseguía llegar al club, que estaba en algún lugar de las montañas Rocosas, se le garantizaba una plaza. Las distintas compañías no vendían artículos auténticos, y ninguna de las cuatro incluía armas. Habría que ver cuántas personas respetaban o hacían caso omiso de la prohibición de adquirir armas por correo, según que el cometa cayera o no.

Pero las cuatro empresas vendían el mismo equipo tanto si uno vivía en la montaña, a la orilla del mar o en los altiplanos. Harvey sonrió, recordando aquella expresión latina aplicable a las ventas, *caveat emptor*, que significa «tenga cuidado el comprador», es decir, que el comprador debe asegurarse de la calidad de las mercancías que compra. Los precios de todos los artículos eran excesivos. Dios mío, se dijo Harvey, qué estúpidos podemos llegar a ser los mortales...

El tráfico era muy fluido. Harvey ya había llegado a Mulholland y el valle de San Fernando se extendía bajo él. Había soplado un fuerte viento durante el día y no había niebla.

El valle ocupaba una extensión de varios kilómetros, y en él se alzaban hilera tras hilera de casas suburbanas, repartidas en zonas ricas y pobres, fincas lujosas y viejas casas de madera. De vez en cuando se veía una magnífica mansión al estilo de Monterey, restos únicos de la época en que el valle fue un inmenso naranjal. Ahora lo cruzaban las autopistas, por las que circulaban pocos vehículos.

Desde hacía cuatro días, las autopistas de salida estaban más frecuentadas que las de entrada. Coches, camiones y remolques alquilados, cargados con los cachivaches acumulados durante toda una vida, salían de la depresión de Los Angeles y se dirigían a las colinas o los pasos para acceder al valle San Joaquín. En toda la ciudad y su comarca, las tiendas habían cerrado para toda la semana, el mes o indefinidamente, y el absentismo era general en los comercios que no habían cerrado. Era la fiebre del cometa.

En Benedict Canyon apenas había tráfico. Harry se rió entre dientes. Aquel era el punto donde se producían formidables atascos cuando la gente volvía del trabajo en sus vehículos... pero ahora la fiebre del Martillo los había dispersado, convirtiéndolos en inesperados clientes de los albergues de montaña en todo el país, establecimientos que veían ahora considerablemente incrementadas sus ganancias. El departamento de Hacienda estaba preocupado. Se habían disparado los créditos al consumo. La gente compraba equipos de supervivencia utilizando tarjetas de crédito, con lo cual había un alza del empleo, la economía y la inflación, todo ello debido al cometa.

Sí, sería un magnífico relato.

A menos que el condenado cometa chocara con la Tierra. Harvey se dio cuenta de ello en aquel momento: si el Martillo caía, nadie iba a dar un céntimo por la historia. No habría programas, ni televisión. No habría nada de nada.

Harvey meneó la cabeza y su sonrisa se desvaneció mientras echaba un vistazo al paquete sobre el asiento del pasajero. Era su participación en la fiebre del Martillo: una pistola de tiro olímpico de calibre 22, con una culata de madera diseñada para que mantuviera la muñeca firme. Sería de una precisión inhumana, pero nadie podría echarle en cara que también él hubiera contraído la fiebre del Martillo.

¿Pero bastaría con aquel arma? Empezó a efectuar un inventario mental. Tenía una escopeta y equipo de excursión, pero sólo para él. La idea de Loretta llevando una mochila a la espalda era ridícula. Sólo una vez la había llevado con él de excursión. ¿Conservaría todavía los zapatos? Probablemente no.



Loretta no podía vivir a más de diez kilómetros de distancia de un salón de belleza.

Pero quería a su mujer. Podía hacer una escapada de vez en cuando, pero siempre volvía a casa. Recordó sin querer a Maureen Jellison, allá en lo alto, en una roca hendida, con su larga cabellera pelirroja flotando al viento. En seguida borró aquella imagen de su mente.

Se preguntó cómo podría prepararse. Ya no quedaba mucho tiempo. Podía almacenar alimentos enlatados. Era un buen sistema para frenar la inflación. Les servirían para resistir al desastre, si ocurría, y podrían consumirlos una vez que hubiera pasado todo aquello. Y agua mineral... Pero no, tanto los alimentos como el agua se habían agotado. Era difícil encontrar algo aquella semana, y tendría que pagarlo a precios exorbitantes. Giró para entrar en el sendero que conducía a la casa y frenó abruptamente. Loretta había dejado la ranchera en medio del camino y transportaba paquetes al interior de la vivienda. Harvey bajó del coche y empezó a ayudar a Loretta, automáticamente, y poco a poco se dio cuenta de que se trataba de alimentos congelados.

—¿Qué es esto? — le preguntó.

Loretta, resoplando un poco, dejó su carga sobre la mesa de la cocina.

—No te enfades, Harvey. No pude evitarlo. Todo el mundo dice... bueno, dicen que el cometa puede chocar. Así que he comprado algo de comida, por si acaso.

—Alimentos congelados.

—Sí, casi se habían agotado las latas. Confío en que nos quepa todo en el congelador.

Era absurdo. ¿Confiaba acaso en que la electricidad funcionaría si caía el cometa? Era evidente que sí. Harvey no dijo nada. Al fin y al cabo su intención había sido buena, y mientras ella se había molestado en conseguir unos suministros inútiles, él había estado divagando sin hacer nada. El resultado era el mismo, excepto por el dinero, pero si el Martillo no golpeaba, probablemente Loretta habría ahorrado dinero. Y si el maldito cometa caía... de todos modos el dinero no tendría importancia.

—Has hecho bien -dijo Harvey. La besó y salió a buscar más paquetes.

—Eh, Harvey.

—Hola, Gordie -respondió Harvey a su vecino, acercándose a la valla.

Gordie Vanee le ofreció una cerveza.

—Te vi llegar y te he traído una -le dijo.

—Gracias. ¿Quieres decirme algo?

Esperaba que Gordie quisiera. Estaba raro desde hacía algunos días. Había algo que le molestaba.

Harvey podía notarlo, sin saber qué era y sin que Gordie supiera que él lo sabía.

—¿Dónde estarás el próximo martes? — le preguntó Gordie.

—En algún lugar de Los Angeles. Tengo que informar para el noticiario nacional.

—Siempre trabajando -dijo Gordie-. ¿Estás seguro de que no quieres unirme a la excursión? Hará buen tiempo en las montañas. La semana que viene tendré unos días libre.

—Ojalá pudiera, pero es imposible.

—¿Por qué no? ¿De veras quieres quedarte aquí para ver el fin del mundo?

—No será el fin del mundo -dijo Harvey automáticamente. Observó un destello en la mirada de Vanee-. Y en cualquier caso, si ese martillo no cae y yo no me dedico a cubrir la noticia, será el fin de mi propio mundo. No puedo hacerlo, Gordie.

—Comprendo -dijo Vanee-. Entonces, préstame a tu chico.

—¿Qué?

—Es sensato, ¿no? Supón que esa cosa cae. Andy tendría muchas más posibilidades de salvarse si está en las colinas conmigo. Y si no cae... bueno, preferirás que tu hijo vaya de excursión en vez de vagabundear bajo la niebla de Los Angeles, ¿verdad?

—Tienes razón, pero... ¿Dónde estaréis? Quiero decir que en caso de que suceda algo, ¿cómo os encuentro a ti y a Andy?

Vanee adoptó una expresión seria.

—Sabes muy bien que tus posibilidades de sobrevivir son muy escasas si eso choca con la Tierra y tú te quedas en Los Angeles...

—Sí, son muy escasas -convino Harvey.

—Y además iré a un sitio que te gustaría, en los alrededores de Quaking Aspen, lo bastante bajo para salir aunque el tiempo sea malo pero con altura suficiente para estar a seguro pase lo que pase. A menos que el cometa nos caiga directamente encima, y eso es poco probable, no te parece?

—Claro. ¿Se lo has preguntado a Andy?

—Sí. Me dijo que le gustaría ir, si tú estabas de acuerdo.

—¿Quiénes más irán?

—Yo y siete muchachos. Marie tiene que ir a una de esas sesiones de caridad, así que no puede venir...

Harvey envidiaba una sola cosa a Gordie Vanee. A Marie Vanee le gustaban las excursiones. Por otro lado, en la ciudad no era fácil convivir con ella.

—...Y según el reglamento de los exploradores, las chicas no pueden ir -decía Gordie-. Oye, Harvey, ya conoces el lugar. Será una excursión estupenda.

Harvey asintió. Era un lugar seguro y agradable.

—De acuerdo. — Apuró su cerveza-. ¿Estás bien, Gordie? — le preguntó de repente.

Hubo un cambio sutil en la expresión de Vanee, pero trató de ocultarlo.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé, últimamente no pareces el mismo.

—Es el trabajo -dijo Vanee-. Trabajo demasiado. Esta excursión me pondrá en forma.

—Estupendo -dijo Harvey.

La ducha le relajó. Dejó que el agua caliente se derramara sobre su cuello, mientras pensaba que era demasiado tarde. Los seres sensatos y flemáticos lo soportarían: las posibilidades todavía eran de centenares, tal vez millares, contra una a su favor. Los que habían sido presa del pánico ya habían adquirido suministros y partido hacia las colinas. Estaban también los juiciosos y cautos, como Gordie Vanee, que habían planeado su excursión con meses de adelanto y podían decir que no iban a permitir que un cometa diera al traste con sus vacaciones..., pero que de todos modos estarían en las colinas.

Entre estas categorías de personas estaban todas las intermedias. Deba haber decenas de millones, y Harvey Randall era uno de ellos. El miedo le había acometido demasiado tarde, y no podía hacer nada más que esperar el acontecimiento. Dentro de cinco días el núcleo del Hamner-Brown habría pasado, siguiendo su camino hacia la extraña y fría región más allá de los planetas...

O quizá habría finalizado su trayectoria al chocar con la Tierra.

Harvey hablaba consigo mismo en la intimidad de la ruidosa ducha.

«Tiene que haber algo, algo que yo pueda hacer. ¿Qué espero de todo esto? Si esa condenada y sucia bola de nieve acaba con las ventajas de la civilización y la industria de la publicidad... Bien, volveremos a las cosas básicas. Comer, dormir, pelear, beber y correr, no necesariamente por este orden. ¿De acuerdo? De acuerdo.»

Harvey Randall se tomó el viernes libre. Llamó a la emisora para decir que no se encontraba bien, y tuvo la mala suerte de que Mark Czescu estuviera allí y atendiera la llamada.

–¿Se trata de la fiebre del Martillo, Harv? – le preguntó Mark con evidente placer.

–Déjalo correr...

–Muy bien. Yo también he hecho unos planes. Iré con un par de amigos a un sitio tranquilo y seguro. Me olvidé decírtelo. El martes de la semana que viene, cuando caiga del cielo la tarta helada, no estaré aquí. ¿Quieres que pasemos por tu casa cuando todo haya terminado?

Mark no obtuvo respuesta, porque Harvey Randall ya había colgado el auricular.

Se dirigió a unos almacenes y efectuó cuidadosamente sus Compras, pagando con tarjetas de crédito o cheques.

En un supermercado compró seis grandes trozos de carne para asar, que en conjunto pesaban doce kilos, la mitad de las existencias de vitaminas y especias y una considerable cantidad de bicarbonato de soda.

En una tienda vecina de alimentos para régimen compró más vitaminas y especias envasadas, una respetable cantidad de sal y pimienta y tres molinillos de pimienta.

En el comercial de al lado adquirió un juego de buenos cuchillos de trinchar. Hacía tiempo que necesitaban cuchillos de cocina. También compró una piedra de afilar y un afilador manual de hojas.

Hacía años que deseaba poseer un equipo de herramientas, y aquel era el momento más apropiado para adquirirlo. Mientras estaba en la ferretería eligió algunas otras cosas. Piezas de plástico para reparaciones de fontanería, cosas baratas que podría insertar en las tuberías de metal, servirían para un día, si era necesario, y si no, valdría la pena tenerlas a mano. No había en la tienda ningún hornillo portátil, pero el dependiente conocía a Harvey y le proporcionó gustoso varias linternas que acababa de recibir, así como lámparas a gas y bombonas de combustible.

En un establecimiento de licores se gastó ciento noventa y tres dólares en vodka, bourbon y whisky escocés, además de pequeños frascos de Grand Marnier, Drambuie y otros licores esotéricos y caros. Lo cargó todo en la ranchera y luego fue en busca de botellas de agua mineral. Lo pagó todo con tarjetas de crédito. La mirada del dependiente fue como la del empleado de la ferretería, reveladora de que comprendía la situación.

Kipling, el perro, golpeaba su asiento con la cola.

–Estoy preparado para dar una gran fiesta -le dijo Harvey.

Al perro le gustaba salir con su amo, aunque no lo lograba con frecuencia. Observaba cómo Harvey iba de una tienda a otra, entraba en farmacias para comprar somníferos y más vitaminas, yodo, pomadas para primeros auxilios y las últimas vendas que quedaban, volvía al colmado para adquirir comida canina y luego entraba en la droguería y salía cargado de jabón, champú, dentífrico, cepillos

de dientes, crema para la piel, loción bronceadura...

—¿Dónde paramos? —preguntó Harvey. El perro le lamió la cara-. Tenemos que parar en alguna parte. Dios mío, nunca pensé mucho en las bendiciones de la civilización antes de ahora, pero hay montones de cosas de las que no quisiera prescindir.

Llevó las compras a casa y luego bajó de nuevo la colina para recoger el furgón en el taller del mecánico que solía revisarlo. Si Harvey no hubiera sido un cliente muy antiguo y valioso, no le habrían aceptado su vehículo para ajustarlo, cambiarle el aceite, engrasarlo y hacerle una revisión general. El garaje no aceptaba nuevos encargos durante toda la semana, y había docenas de coches esperando para revisiones de última hora.

Harvey recogió el vehículo y llenó de combustibles sus dos depósitos. Llenó también los depósitos adicionales que el furgón llevaba incorporados, pero para hacerlo tuvo que recorrer tres estaciones de servicio. Aunque no era oficial, se había establecido el racionamiento de gasolina en toda la cuenca de Los Angeles.

Después de almorzar, Harvey se aplicó a la dura tarea. Primero tuvo que convertir el montón de carne que había comprado en finos filetes. Los nuevos cuchillos le ayudaron, pero cuando llegó la noche tenía los brazos agarrotados y la tarea aún no había concluido.

—Necesitaré el horno eléctrico para los próximos tres días -le dijo a Loretta.

—Ese cometa va a chocar con nosotros -dijo ella con firmeza-. Lo sabía.

—No. Las probabilidades son de centenares o millares contra una a que eso no suceda.

—Entonces, ¿a qué viene todo eso? Tengo la cocina totalmente cubierta de filetitos de carne.

—Por si acaso -dijo Harvey-. Esa carne se conserva, y si nosotros no la consumimos, Andy puede utilizarla para sus excursiones.

Harvey volvió al trabajo.

La forma más fácil de preparar tasajo de carne no es la empleada por los indios. Estos utilizaban fuego lento, o el sol del verano, y su control de calidad era deficiente. Resultaba mucho mejor usar un moderno horno eléctrico, dejando en él los finos filetes de carne durante veinticuatro horas, a la temperatura justa. La carne se cuece y reseca. Una buena tira de tasajo es seca como un hueso y lo bastante dura para matar a uno si se afila un extremo. Se conserva prácticamente para siempre.

El tasajo es una dieta demasiado limitada para mantenerle a uno vivo de manera indefinida. El tiempo puede prolongarse mucho con complementos de vitaminas, pero aún así la dieta sigue siendo inadecuada. ¿Cómo resolver el problema? Si el Martillo caía, el aburrimiento no figuraría entre las principales causas de muerte...

Harvey disponía de maíz a medio moler para aportar los hidratos de carbono. Al parecer, nadie en Beverly Hills había pensado en eso, aunque se encontraba en varias tiendas. También había conseguido un saco de harina de maíz; la harina de trigo y centeno estaba totalmente agotada.

Con la grasa de la carne preparó pemicán, mezclándolo con la poca azúcar que había en la casa, sal, pimienta y un poco de salsa de Worcestershire para darle un toque aromático. Luego coció la preparación, conservando la grasa desprendida para preparar más pemicán, a fin de utilizarlo para el tocino. El tocino cubierto con grasa y resguardado del aire se mantenía mucho tiempo antes de volverse rancio.

Una vez realizadas todas estas operaciones, Harvey decidió que ya era suficiente en cuanto a la comida. Ahora debía ocuparse del agua. Se dirigió a la piscina, que había empezado a vaciar la noche anterior. Casi se había secado, y empezó a llenarla de nuevo. Esta vez no contendría cloro. Mientras se llenaba, colocó la cubierta para evitar que cayeran hojas y suciedad al agua.

Pensó que beber toda aquella agua requeriría bastante tiempo. Disponía también del contenido del calentador para un momento dado, y... Buscó en el garaje hasta encontrar varias botellas viejas de plástico. Algunas habían contenido líquido blanqueador y todavía olían a él. Perfecto. Harvey las llenó sin lavarlas primero. Las otras las lavó cuidadosamente. Aunque el agua de la piscina se agotara, aún dispondrían de un poco más.

Comer, beber. ¿Qué venía ahora? Dormir. Eso no constituía un problema. Harvey Randall nunca tiraba nada y, además del saco de dormir adosado a su mochila, disponía de un saco de dormir militar, de los utilizados bajo temperaturas árticas, otro saco de verano, varios forros de saco, el saco que Andy ya no utilizaba e incluso el que compró cuando Loretta fue en aquella única ocasión de excursión con él. Cogió todos aquellos sacos y los colgó en el tendedero, para que los secara el calor del sol. Era el sistema de energía solar más sencillo y eficaz conocido por el hombre: colgar la ropa para que se seque al aire libre en vez de utilizar un secador a gas o eléctrico. Naturalmente, era algo que no hacían muchos «conservacionistas». Estaban demasiado ocupados predicando la conservación. Harvey se dijo que era injusto al pensar así, y se preguntó por qué lo hacía.

Porque le había atacado la fiebre del Martillo, y su esposa lo sabía. Loretta creía que se había vuelto loco, y además la estaba asustando. Estaba convencida de que él pensaba que el cometa chocaría. Y cuanto más se preparaba para la caída del Martillo, más real se volvía éste. Pensó que también él estaba asustado. Debía recordar aquello para incluirlo en el libro. *La fiebre del Martillo*.

—Oye, cariño.

—Dime, querido.

—No estés tan preocupada. Estoy investigando.

—¿Sobre qué? — preguntó ella, ofreciéndole una cerveza.

—Sobre la fiebre del Martillo. Voy a escribir un libro, cuando el cometa haya pasado. He hecho todo el

trabajo. Hasta podría ser un *best-seller*.

—Oh, me encantaría que escribieras un libro. La gente admira a los escritores.

Harvey pensó que era cierto. A veces. Su mente pasó en seguida a otra cosa. Ahora podían comer, beber y dormir. Quedaban dos aspectos a considerar: la lucha y la huida.

La lucha era un mal asunto. Harvey no confiaba en su habilidad con las armas, ni con la escopeta ni con la pistola olímpica. Ningún arma le habría proporcionado una verdadera confianza. No había límites a la destreza o la calidad de las armas de un posible enemigo, y por otra parte Harvey Randall había pasado la guerra como corresponsal, no como soldado.

Pero disponía de un arma más sutil: el soborno. El licor y las especias podrían sacarle de apuros. Y si lograba conservarlos, al cabo de algunos años serían cosas literalmente sin precio. Si alguien dispusiera de un excedente de alimentos intercambiable por lujos -y siempre habría alguien en esas condiciones- el licor y las especias serían valiosísimos. Durante siglos, el precio de la pimienta negra estuvo fijado en toda Europa: valía su peso en oro, onza por onza, y no todo el mundo iba a tener la idea de acaparar pimienta.

Harvey estaba orgulloso de haber tenido aquella idea.

Quedaba, pues, la huida, y el furgón estaba en la mejor forma posible. Si fuera necesario, podría atar las motocicletas en el techo. Y además disponía aún del domingo para ir en busca de cosas en las que todavía no había pensado.

Harvey entró en la casa, exhausto, pero sintiéndose satisfecho. Aún no estaba en las mejores condiciones, pero al menos podía considerarse preparado, y mucho mejor que la mayoría. Loretta le había esperado despierta. No le hizo muchas preguntas. Le acarició, llegó a la conclusión de que él no estaba interesado en algo más íntimo y le dejó dormir.

Mientras llegaba el sueño, Harvey pensó en lo mucho que quería a su mujer.

## **JUNIO: CUATRO**

*La Tierra es una cesta demasiado pequeña y frágil para que la especie humana conserve en ella todos sus huevos.*

Robert A. Heinlein

Abajo, en la Tierra, era de noche. Cada noventa minutos, el laboratorio del Martillo pasaba del día a la noche. A bordo, un reloj regía el tiempo, no la luz y la oscuridad del exterior.

Brillaban las ciudades de Europa, en el borde del mundo, pero la negra superficie del Atlántico cubría la mitad del cielo, ocultando el núcleo y el coma del Hamner-Brown. En la otra dirección, las estrellas resplandecían a través de la tenue neblina. La cola del cometa se extendía desde el horizonte en todas direcciones, y cubría la negra Tierra con luminosos tonos azules, anaranjados y verdes, que se dirigían hacia el ápex oscuro de la bóveda celeste, tachonado de estrellas. A lo lejos media luna flotaba en una matriz de ondas de choque que le daban un aspecto diamantino, como las llamaradas de un cohete en una foto instantánea. Nadie podía cansarse de contemplar aquel espectáculo.

Los astronautas habían hecho un alto en el trabajo para cenar. Rick Delanty comía sin parar, con la mirada fija en la visión magnífica a través de las mirillas. Todos habían perdido peso, como siempre ocurría, pero Rick había perdido más de la cuenta y procuraba compensarlo. Había sido necesaria una considerable inventiva para diseñar un mecanismo que midiera el peso del ser humano en un medio carente de gravedad.

—En cuanto tienes salud, lo tienes todo -dijo Rick-. Es estupendo no sentir vómitos.

Los cosmonautas soviéticos le miraron perplejos. Nunca habían visto anuncios televisivos americanos. Baker no le hizo caso.

Apareció el Sol sobre el borde del mundo. Rick cerró los ojos unos momentos y luego los abrió para contemplar el arco azul y blanco del alba que se deslizaba hacia ellos. El huracán del día anterior todavía estaba posado sobre el Océano Índico como un monstruo marino en un mapa antiguo. Era el tifón Hilda. En el extremo izquierdo se alzaba el Everest y el macizo del Himalaya.

—Jamás me cansaré de mirar esto.

Leonilla se acercó a la mirilla.

—Sí, pero parece tan frágil. Como si uno pudiera alargar la mano y pasar el pulgar por encima de la tierra, dejando un reguero de destrucción con una anchura de kilómetros. Es una sensación incómoda.

—Tiene razón. La Tierra es frágil -dijo Johnny Baker.

—¿Está preocupado por el cometa? —preguntó Leonilla. No era fácil descifrar la expresión de su rostro. Las expresiones faciales y el lenguaje corporal rusos no son del todo parecidos a los norteamericanos.

—Olvídese del cometa. Cuanto más sabemos, más frágiles nos volvemos -dijo Johnny-. Una nova cercana podría esterilizar todo en la Tierra excepto las bacterias. El sol podría estallar o enfriarse mucho. Nuestra galaxia podría explotar y acabar con la vida...

Leonilla le miró divertida.



—No tenemos que preocuparnos durante treinta y tres mil años. La velocidad de la luz, ya sabe.

Johnny se encogió de hombros.

—Podría haber sucedido hace treinta y dos mil novecientos años. O podríamos ser nosotros los causantes. Desperdicios químicos que matan la vida de los océanos, el calor generado por la contaminación...

—No vayas tan rápido -intervino Rick-. El calor generado por la polución podría ser lo único que nos salvara de los glaciares. Algunos creen que la próxima Era Glacial empezó hace siglos. Y se nos está agotando el carbón y el petróleo.

—Parece que no hay nada que hacer.

—Guerras atómicas -dijo Pieter Jakov-. Impactos de meteoros gigantes. Aviones supersónicos que destruyen las capas de ozono. ¿Por qué hacemos todo eso?

—Porque ahí abajo no estamos seguros -dijo Baker.

—La Tierra es grande, y probablemente no tan delicada como parece -terció Leonilla-. Pero el ingenio del hombre... A veces eso es lo que temo.

—Sólo hay una respuesta -dijo Baker. Se había puesto muy serio-. Tenemos que irnos, colonizar los planetas. No sólo aquí, sino en otros sistemas solares. Construir enormes naves espaciales, más móviles que los planetas. Poner nuestros huevos en muchas cestas, y es menos probable que algún accidente estúpido, o la obra de algún fanático nos haga desaparecer precisamente cuando la especie humana está llegando a ser algo que podemos admirar.

—¿Qué es lo admirable? — preguntó Jakov-. Creo que usted y yo no estaríamos de acuerdo. Pero si pretende llegar a presidente de Estados Unidos, tiene mi apoyo. Le haré los discursos, pero ellos no me dejarán votar.

—Es una lástima -dijo Johnny Baker, y por un momento pensó en John Glenn, que había buscado un cargo y lo consiguió-. Bueno, volvamos a las minas de sal. ¿Quién sale a buscar muestras esta mañana?

El núcleo del Hamner-Brown estaba a treinta horas de distancia. En los telescopios aparecía como un enjambre de partículas, con mucho espacio entre ellas. Los científicos del JPL estaban entusiasmados por el descubrimiento, pero a Baker y los demás astronautas les planteaba serios problemas. No era fácil centrar los instrumentos en las masas sólidas, porque todo se hallaba inmerso en la cola, y el gas y el polvo se extendían a tremendas velocidades, impulsados por la presión de la luz solar. Las masas se aproximaban a la Tierra a unos ochenta kilómetros por segundo. Descubrir desviaciones laterales era todavía más difícil.

—Viene directamente hacia nosotros -informó Baker.

–Sin duda habrá algún movimiento lateral -dijo la voz radiofónica de Dan Forrester.

–Sí, pero no es medible -replicó Rick Delanty-. Mire, doctor, le hemos dado cuanto hemos podido. Tendrá que bastar con eso.

–Lo siento -dijo Forrester en tono de disculpa-. Sé que están haciendo cuanto pueden. Lo que ocurre es que resulta difícil trazar la proyección sin datos mejores.

Tras aquel intercambio, tuvieron que dedicar cinco minutos a alisar las plumas arrugadas de Forrester y asegurarle que no estaban enfadados con él.

–Hay momentos en que los genios me vuelven loco -dijo Johnny Baker.

–Eso es fácil de solucionar -comentó Delanty-. Dale sólo lo que quiere. Ya ves que no se queja de mis observaciones.

–Vete a freír espárragos -dijo Baker.

Delanty le miró con fingida perplejidad.

–¿De dónde voy a sacarlos? – Se acercó a Baker-. Toma, yo apretaré los botones y tú lee las cifras.

Cuando finalizaron las observaciones de la mañana y dispusieron de unos momentos de descanso, Pieter Jakov carraspeó un poco.

–Hay algo que me intriga -les dijo-. Hace mucho tiempo que quiero preguntarlo, pero, por favor, no lo tomen en un sentido equivocado.

Johnny se dio cuenta de que Pieter había esperado a que Leonilla hubiera entrado en el Soyuz y cerrado la escotilla.

–Adelante.

La mirada de Pieter se fijó alternativamente en los dos americanos.

–Nuestros periódicos nos dicen que en América los negros están por debajo de los blancos, que los blancos dominan a los negros. Pero ustedes parecen entenderse muy bien. Lo diré sin ambages: ¿son ustedes iguales?

Rick soltó un bufido.

–Qué va. El tiene más graduación que yo.

–Pero, ¿y si no fuera así? – sugirió Pieter.

La expresión de Rick habría parecido bastante seria a cualquiera que no fuera americano.

–General Baker, ¿puedo ser tu igual?

–¿En? Oh, claro, Rick, puedes ser mi igual. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Bueno, ya sabes, es un tema delicado.

Por la expresión de Jakov parecía que estaba a punto de echarse a reír. Antes de que pudiera hacerlo, Johnny le preguntó:

–¿De veras le interesa una conferencia sobre relaciones raciales?

–Sí, por favor.

–¿Cómo mea Leonilla cuando vuela en caída libre?

–Humm. Ya veo...

–¿Qué es lo que ves? – preguntó Leonilla, que apareció a través de la doble escotilla.

–Es una discusión sin importancia -dijo Johnny-. No intervienen secretos de Estado.

Leonilla se sujetó a un pasamanos y observó a los tres hombres. John Baker tecleaba números en un ordenador programable manual, Pieter Jakov sonreía de oreja a oreja, observando lo que hacía su compañero con aparente admiración... pero los tres tenían la expresión irritante de quien guarda un secreto.

–Desde luego tenéis muy buen equipo -dijo el cosmonauta-. Pocas cosas podemos hacer en el espacio mejor que vosotros.

Delanty parecía tener problemas respiratorios. Baker intervino con rapidez.

–Oh, este computador de bolsillo no es de la NASA. Es mío.

–Vaya. ¿Es un instrumento caro?

–Doscientos pavos -dijo Baker-. En rublos es mucho dinero, pero no tanto si lo traduces en tasa de productividad. Puede que baste con el semanal de un trabajador medio, y será menos caro para alguien que realmente tenga que utilizarlo.

–Si tuviera el dinero, ¿cuánto tardaría en conseguir uno? – preguntó Leonilla.

–Unos cinco minutos -respondió Baker-. Allá abajo, en una tienda. Aquí no sería tan fácil.

Ella se echó a reír.

—Me refería abajo. ¿Puede comprarse eso en las tiendas?

—Si tienes el dinero, o un buen crédito, o aunque el crédito no sea tan bueno -dijo Baker-. ¿Por qué? ¿Le interesa uno? Encontraremos la manera de conseguirselo. ¿Usted también quiere uno, Pieter?

—¿Podrían arreglarlo?

—Claro, no hay problema. Llamaré al encargado de relaciones públicas de Texas Instruments. Les regalarán un par de ordenadores manuales, para publicidad. Eso les ayudará a vender más. ¿O preferirían un Hewlett-Packard? Utilizan una clase distinta de notación, pero son rápidos...

—Eso es lo que me confunde -dijo Pieter-. Dos empresas, dos rivales diferentes que fabrican un equipo tan bueno. Es una pérdida.

—Tal vez sea una pérdida -dijo Rick Delanty-, pero yo puedo llevarle a cualquier tienda de aparatos electrónicos del país y comprar uno.

—No hablemos de política -advirtió Johnny Baker.

—No se trata de política.

Se hizo un pesado silencio. Pieter Jakov se deslizó hacia la terminal, con su teclado y su pantalla lectora. Pasó cuidadosamente una mano sobre el aparato.

—Es tan precisa, tiene tal complejidad electrónica... Es un verdadero placer trabajar con su maquinaria americana. — Hizo un gesto que abarcaba el laboratorio espacial, los recipientes de cristal esmerilado, las cámaras, radares y grabadoras-. Es sorprendente lo que hemos aprendido en esta breve misión, gracias a su equipo. Creo que tanto como en cualquiera de nuestro vuelos Soyuz anteriores.

—¿Tanto? — dijo Leonilla Malik con un dejo de sarcasmo-. Más. — Los tres hombres volvieron sus cabezas hacia ella-. Nuestros cosmonautas se limitan a volar en el aparato, como pasajeros, para demostrar que podemos enviar hombres al espacio y a veces hacer que vuelvan sanos y salvos. Para esta misión no hemos podido contribuir con nada más que alimentos, agua y oxígeno...

—Alguien tenía que llevar el almuerzo -dijo Rick Delanty-. Estaba muy bien preparado.

—Sí, pero eso es todo lo que hemos aportado. Una vez tuvimos un programa espacial...

Jakov la interrumpió hablando velozmente en ruso. Ni Johnny ni Rick podían seguirle, pero era evidente lo que decía.

Ella respondió con un monosílabo breve y brusco, y prosiguió:

—La base del marxismo es la objetividad, ¿no es así? Es el momento de ser objetivos. Una vez tuvimos un programa espacial. ¡Sergei Korolev fue un genio tan grande como cualquier otro que haya existido! Pudo haber convertido nuestra actividad espacial en el mayor instrumento de conocimiento en el mundo, pero aquellos locos del Kremlin querían espectáculos. Krushev ordenó que se hicieran números de circo para avergonzar a los americanos, y en vez de desarrollar nuestras capacidades ofrecimos al mundo juegos malabares. Fuimos los primeros en poner tres hombres en órbita, a base de eliminar todos los instrumentos científicos e introducir a duras penas un tercer hombre, un hombre muy pequeño, en una cápsula construida para dos, para una órbita. ¡Juegos de circo! Pudimos ser los primeros en la Luna, pero ahora todavía tenemos que ir ahí.

—¡Camarada Malik!

Ella se encogió de hombros.

—¿Se trata acaso de algo nuevo? No, creo que no. Dimos nuestros espectáculos y agotamos nuestras oportunidades para ocupar los titulares de los periódicos, y hoy el mejor piloto de la Unión Soviética no puede ensamblar su nave espacial en un objetivo del tamaño de una cómoda *dascha*. Y usted se ofrece para darnos, regalarnos como publicidad, algo que los mejores ingenieros de la Unión Soviética no pueden fabricar o comprar por sí mismos.

—Eh, no tenía la intención de molestarla -dijo Johnny Baker.

Jakov hizo una última observación en ruso y se alejó, disgustado. Rick Delanty movió la cabeza. Sentía simpatía por la chica. ¿Qué le habría pasado?

Permanecieron tranquilos y formalmente corteses hasta que ella regresó al Soyuz. Entonces Baker y Delanty intercambiaron miradas. No necesitaron decir nada más. Baker se dirigió al rincón donde Jakov se había enfrascado en hacer algo.

—Tenemos que dejar algo en claro -le dijo Johnny.

—¿Sí?

—No iré a crearle problemas a Leonilla, ¿verdad? Quiero decir, que no es necesario informar de todo lo que se dice aquí.

—Claro que no -convino Jakov, encogiéndose de hombros-. Todos somos hombres corridos y sabemos que cada veintiocho días las mujeres se vuelven irracionales. ¿Qué hombre casado no lo sabe?

—Sí, debe ser eso -dijo Johnny Baker, y cambió otra mirada con Delanty.

—Además, el Estado se ha ocupado de ella -dijo Jakov-. Sus padres murieron cuando era muy joven. No es sorprendente que quiera ver nuestro país más avanzado de lo que es.

–Claro.

Tonterías, pensó Rick Delanty. Si tuviera problemas con la regla, se lo habría dicho al control de tierra ruso y habrían enviado a otra persona. Era indudable. El habría informado de su tendencia a contraer la enfermedad del espacio si hubiera sabido que iba a experimentarla. Estaba seguro de que lo habría hecho...

Fuera cual fuese su problema, sería prudente tratar a Leonilla Malik con cuidado durante uno o dos días. Qué fastidio. ¡Y el Hamner-Brown estaba tan cerca!

Barry Price colgó el teléfono y alzó la vista, excitado. Dolores acababa de entrar para servirle café.

–¡Adivina qué sucederá el próximo martes! – exclamó jubiloso.

–Un cometa chocará con la Tierra.

–¿Qué? No, no, esto es serio. ¡Empezamos a funcionar!

Tengo todos los permisos. El último pleito ha sido desestimado. La central nuclear de San Joaquín se convierte en un servicio totalmente operativo.

Dolores no parecía tan satisfecha como él había esperado.

–¿Habrà alguna ceremonia inaugural? – le preguntó.

–No, ¿por qué?

–Porque no estaré aquí, a menos que tengas una absoluta necesidad de mí...

El frunció el ceño.

–Siempre tengo una absoluta necesidad de ti.

–Mejor que sea así -dijo ella, dándose unas palmaditas en el vientre. Estaba del todo liso, pero él comprendió-. De todos modos he de visitar al doctor Stone en Los Angeles. Pensé quedarme allí, visitar a mi madre y regresar el martes por la noche.

–Claro. Escucha, Dolores.

–¿Qué?

–Quieres tener este niño, ¿verdad?

–Sí, voy a tenerlo.

—Entonces, casémonos.

—No, gracias. Ambos lo hemos intentado ya.

—Pero no entre nosotros -dijo él, tratando de parecer convincente, aunque en secreto se sentía aliviado. Pero no podía dejar las cosas así-. No será justo para con el chico. No tendrá padre...

Ella se echó a reír.

—No nacerá por partenogénesis. Estoy relativamente segura de que tiene padre, y creo saber bastante bien quien es.

—Vamos, Dolores, ya sabes a qué me refiero.

—Claro. —Dejó la taza de café sobre la mesa y abrió la agenda de Barry-. Tienes que almorzar con el vicegobernador. No lo olvides.

—Ese imbécil. Es lo único que podía haberme hecho perder mi euforia. Pero me portaré bien, puedes estar segura.

—Muy bien -dijo Dolores, y se dispuso a salir.

—Espera. —Dolores se detuvo y él añadió-: Mira, hablemos de ello, cuando vuelvas de Los Angeles. También es hijo mío.

—Claro -dijo ella, y se marchó.

—Eh, chico, ese Martillo va a borrar del mapa esta ciudad.

—No digas sandeces. —Alim Nassor sonrió-: Nosotros sí que vamos a hacer algo sonado.

Alim había oído todo cuanto se decía del cometa. Los predicadores tenían cada vez más audiencia, y se forraban. El fin del mundo se aproxima, haz las paces con el buen Jesús y da dinero...

Más poder para ellos. Una de las consecuencias del cometa era que los blancos estaban abandonando sus casas. Durante sus merodeos por Brentwood y Bel Air, Alim descubrió muchas casas en cuyos porches se amontonaban periódicos atrasados y botellas de leche. Viajaba en una vieja camioneta, cargada con cortacéspedes y herramientas de jardinería en la caja. ¿Quién iba a fijarse en unos jardineros negros? Por eso cuando se detuvieron para recoger los periódicos y las botellas de leche nadie reparó en ellos. Y ahora Alim tenía las direcciones y lo limpiarían todo, de modo que nadie más podría intentar robar...

Pasarían por Bel Air y Brentwood como una máquina segadora. Alim Nassor se había aliado con

media docena de delincuentes, con hombres a los que no les gustaba demasiado acatar órdenes, pero que vieron muy claro el asunto. El Martillo de Dios no era algo que se presentara dos veces en la vida de un hombre.

En algunas de las casas tenían que despistar, pues la policía rondaba por allí. Siempre tenían que ocuparse de ese pequeño problema. Sólo requería planificación. Incluso segaban algunos metros de césped. Hacían un buen trabajo, y de esa manera podían observar toda la manzana, ver a la gente que cargaba los remolques y se marchaba. Bel Air estaba semidesierto.

¡Aquella noche iba a resultar fácil recoger un buen botín! Y después... tal vez podrían intervenir de nuevo en el juego político. Muchos hermanos tendrían pan por algún tiempo. Sin embargo... Demasiados blancos tomaban el portante. Eran ricos, personas instruidas. También en el Ayuntamiento todo el mundo estaba nervioso. ¿Tal vez aquella cosa podría chocar realmente?

Alim había echado un vistazo a los periódicos y revistas. Podía leer bastante bien. Tal vez un poco lento, pero entendía las frases, y algunos de los dibujos aclaraban las cosas. No había que estar en terreno bajo. ¡Olas de trescientos metros de altura! Al tipo que las había dibujado no le faltaba imaginación. Mostraba parte del Ayuntamiento de Los Angeles sumergido, con la torre que emergía por encima del nivel del agua, mientras que apenas sobresalían los tejados de la Administración del Condado y el Palacio de Justicia. Todos los cerdos muertos. Aquello sí que sería algo grande. Pero él no quería estar allí para verlo cuando sucediera.

Tal vez no ocurriría, y todos los blancos volverían a sus casas.

—Vaya sorpresa que se llevarán -murmuró Alim.

—¿Qué?

—Los blancos. ¿Verdad que tendrán una sorpresita cuando vuelvan a casa?

—Sí, pero ¿por qué sólo estos sitios? Si sólo atacamos las casas más ricas en un territorio mayor...

—Cállate.

—Bueno.

—Quiero que estemos juntos. Si una de estas casas estuviera llena de cerdos, podremos defendernos.

—De acuerdo.

El Martillo de Dios. ¿Y si fuera algo real? ¿Adonde podrían ir? Al sur no, desde luego. Los políticos podían hablar de la unidad de negros y morenos, pero eso no era más que cháchara. A los chicanos no les gustaban los negros, y los negros odiaban a los chicanos. Había clubs donde uno tenía que matar a un negro para que le admitieran entre la chusma chicana, eran matones peligrosos, y cuanto más al sur, tanto más.



—Esta noche llevaremos armas -dijo Alim-. Todas las armas.

Harold se sobresaltó, y la camioneta se desvió un poco.

—¿Crees que vamos a tener problemas?

—Sólo quiero estar preparado -dijo Alim.

Y aquel maldito cometa... Mejor sería tener pistolas y munición para la noche y el día siguiente. Y también comida. El mismo la conseguiría, para no molestar a los hermanos.

Por lo menos, si caía el cometa, estarían a bastante altura.

El patrullero Eric Larsen había llegado a Los Angeles procedente de Topeka, con un grado universitario en lengua inglesa y el ferviente deseo de escribir guiones para televisión y cine. La necesidad de mantenerse y una imprevista oportunidad le hizo ingresar en el departamento de policía de Burbank. Se dijo a sí mismo que sería una valiosa experiencia. ¡Grandes guionistas, como Joseph Wambaugh, habían sacado un excelente partido a su carrera policial! Y Eric podía escribir, al menos eso era lo que garantizaba su título.

Tres años más tarde todavía no había escrito un solo guión, pero tenía confianza en sí mismo, curiosas historias que contar y una mejor comprensión tanto de la naturaleza humana como de la industria cinematográfica y televisiva. También había madurado mucho. Había vivido con una mujer, se había comprometido en un par de ocasiones y había vencido su incapacidad de tener libres amistades con muchachas, aun cuando no había perdido su fuerte tendencia a idealizar a las mujeres. A Eric le hería ver a las jóvenes que huían de su casa y eran explotadas por los hampones callejeros. No dejaba de pensar en qué podrían haberse convertido.

También aprendió la visión policial del mundo: toda la humanidad se divide en tres partes: policías, chorizos y civiles. Todavía no había adoptado una actitud de desprecio hacia los civiles. Eran las personas a las que se suponía que debían proteger, y tal vez aquella actitud se debía además a que él no era un policía de carrera -aunque en Burbank no lo sabían- y podía tomar en serio su trabajo. Los civiles le pagaban. Un día él sería uno más de ellos.

Había aprendido a maldecir el sistema judicial, aunque conservaba suficiente objetividad literaria para admitir que no sabía con qué sustituirlo. Algunas personas podían ser «rehabilitadas». No muchas. La mayoría de los chorizos no eran más que eso, y lo mejor que se podría hacer con ellos sería llevarlos a la isla San Nicolás y abandonarlos allí, para que se mataran entre sí. El problema estribaba en que no siempre se podía saber cuáles debían ser apartados para siempre de la sociedad y cuáles podrían encajar de nuevo en la misma. A menudo se enfrascaba en discusiones sobre el particular con sus colegas. Sus compañeros policías le llamaban «el profesor», y bromeaban con sus ambiciones literarias y el diario íntimo que llevaba. Pero Eric se llevaba bien con casi todo el mundo, y su sargento le había recomendado para su promoción al grado de inspector.

El cometa fascinaba a Eric, y había leído todo cuanto pudo sobre él. Ahora dominaba el firmamento, mañana habría pasado. Eric patrullaba con su compañero por las calles de Burbank, extrañamente activas. La gente iba de un lado a otro, amontonando objetos en remolques, haciendo cosas dentro de sus casas. Había mucho tráfico.

—Tengo ganas de que pase todo esto -dijo su compañero, el inspector Harris. Era un policía de la cabeza a los pies. El brillante espectáculo luminoso que tenía lugar en los cielos no era más que otro problema para él. El espectáculo era bonito, y cuando hubiera pasado él miraría las películas sobre el fenómeno. Pero de momento era una especie de patada en la espinilla.

—Coche cuarenta y seis -se oyó por la radio-. Vean a la mujer de Alamont ocho, nueve, siete, seis. Informa de gritos en el piso por encima del suyo. Utilicen el código tres.

—Diez, cuatro -dijo Eric al micrófono. Harris ya había girado en redondo.

—No se trata de una pelea familiar -dijo Harris-. Son apartamentos de solteros. Probablemente algún tipo no acepta un no por respuesta.

El coche se detuvo ante el edificio de apartamentos. Era una casa grande y lujosa, con piscina y sauna. Árboles del caucho se elevaban a ambos lados de la entrada. Tras las puertas de vidrio del vestíbulo esperaba, de pie, una muchacha con una bata de noche de seda azul. Parecía asustada.

—Es en el tres, catorce -les informó-. ¡Era horrible! Gritaba pidiendo auxilio...

El inspector Harris se detuvo un instante para mirar el buzón del apartamento 314. Leyó «Colleen Darcy». Fue el primero en subir las escaleras, blandiendo la porra que acababa de desenfundar.

Los apartamentos del tercer piso daban a un corredor interior. Eric recordó haber visto el edificio desde el otro lado. Tenía unos pequeños balcones individuales, con unas mamparas que los ocultaban desde la calle. Probablemente eran buenos sitios para que las chicas tomaran el sol. El corredor estaba recién pintado, y todo daba la impresión de un edificio agradable, un buen sitio para albergar a jóvenes solteros. Naturalmente, los mejores apartamentos estarían al otro lado, frente a la piscina.

El corredor estaba en silencio. No podían oír nada a través de la puerta del 314.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eric.

Harris se encogió de hombros y luego dio unos fuertes golpes con la mano en la puerta. No hubo respuesta. Llamó de nuevo.

—Abran a la policía. ¿La señorita Darcy?

Tampoco hubo respuesta. La muchacha que les había llamado subía las escaleras detrás de ellos.

—¿Está segura de que se encuentra ahí dentro? — preguntó Eric.

—¡Sí! Estaba gritando.

—¿Dónde está el encargado?

—No está aquí. Le llamé, pero no había nadie.

Eric y su compañero intercambiaron miradas.

—¡Gritaba pidiendo socorro! — dijo la joven llena de indignación.

—Probablemente tendremos problemas por hacer esto -murmuró Harris. Se hizo a un lado, comunicando a Eric por gestos lo que pensaba hacer. Entonces sacó su revólver reglamentario.

Eric retrocedió, alzó un pie y pateó la puerta cerrada, una y otra vez. La puerta cedió y Eric se precipitó al interior del apartamento, haciéndose rápidamente a un lado, tal como le habían enseñado.

Había una sola habitación, y algo sobre la cama. Más tarde Eric pensaría que sólo había pensado eso: «algo». Parecía tan pequeña como una muchacha veinteañera...

Había sangre en la cama y en el suelo. La estancia olía a perfume caro.

La muchacha estaba desnuda. Eric vio sus largos cabellos rubios, extendidos cuidadosamente sobre la almohada. El pelo estaba manchado de sangre. Uno de los pezones había desaparecido. La sangre rezumaba de las punzadas debajo de la carne desgarrada. Alguien había hecho dibujos en la sangre, trazando una flecha hacia abajo para señalar el oscuro vello púbico. Allí había más sangre.

Eric sintió náuseas y contuvo el aliento. Su compañero entró en la habitación.

Harris echó un vistazo a la cama y apartó la vista en seguida. Sus ojos registraron la habitación, no vio a nadie, y luego buscó las puertas. Había una puerta al otro lado de la estancia, y Harris se dirigió a ella. En aquel momento se abrió la puerta, que pertenecía a un armario empotrado, y un hombre salió precipitadamente, lanzándose hacia el corredor. Pasó al lado de Joe Harris, en dirección a la mujer que había llamado a la policía y que ahora gritaba aterrorizada.

Eric aspiró hondo, se dominó y corrió a interceptar al intruso. Este tenía un cuchillo manchado sangre. Lo alzó, señalando con la punta hacia Eric, el cual desenfundó su pistola y la apuntó al pecho del hombre. Tensó el dedo sobre el gatillo.

El hombre levantó los brazos, dejando caer el cuchillo. Luego se arrodilló, sin decir nada.

La pistola de Eric seguía los movimientos del hombre. El dedo volvió a tensarse sobre el gatillo. Una leve presión y... ¡No! Soy un policía, no un juez ni un jurado.

El hombre mantenía sus manos en actitud suplicante, casi como si rezara. Cuando Eric se acercó, vio sus ojos. En su mirada no había terror, ni siquiera odio. Tenía una curiosa expresión, que era a la vez de resignación y de satisfacción, y que no cambió lo más mínimo cuando miró más allá de Eric Larsen, a la muchacha muerta.

Más tarde, después de que hubieran llegado los detectives y el forense, Eric Larsen y Joe Harris llevaron a su prisionero a la cárcel municipal de Burbank.

Mientras estaban interrogando al prisionero se presentó un abogado que vivía en el edificio de apartamentos, diciendo a gritos que la policía no tenía derecho a hacerle confesar. Aconsejó al hombre que se mantuviera en silencio. El se echó a reír.

—Tiene que llegar vivo a su destino -dijo el abogado en voz quejumbrosa.

Eric y Harris hicieron subir al prisionero al coche patrulla. Al día siguiente lo enviarían a la prisión del condado de Los Angeles.

Desde su detención el hombre no había abierto la boca. Los policías sabían cómo se llamaba por los documentos de su cartera: Fred Lauren. Se habían enterado también de sus antecedentes: seis delitos sexuales anteriores, dos de ellos con violencia. Un período de prueba tras otro y luego libertad condicional después de tratamiento psiquiátrico.

Cuando llegaron a la comisaría, Eric sacó a Lauren del coche a empujones.

—Me hace daño -dijo el hombre.

—Te hace daño. ¡Hijo de perra! — Harris se acercó a Lauren y le dio un codazo en la boca del estómago. Repitió el golpe—. Nada de lo que pueda ocurrirte hará el daño que tú... -Se interrumpió, incapaz de proseguir.

Eric se interpuso entre su compañero y el prisionero.

—No vale la pena, Joe.

—¡Le denunciaré! — gritó Lauren. Entonces se rió—. No. ¿De qué serviría? No.

—Ahora está asustado -dijo Eric—. En cambio no lo estaba cuando lo arrestamos.

—Pero tampoco ahora lo estaba.

En cuanto Harris se apartó e hicieron avanzar a Lauren hacia el interior de la comisaría, el miedo se desvaneció y fue reemplazado por la expresión resignada.

—Muy bien, dime -le dijo Eric—. ¿Crees que el juez volverá a concederte libertad condicional, que estarás en la calle dentro de una semana?

El hombre se echó a reír.

–Dentro de una semana no habrá calles. ¡No habrá nada!

–La fiebre del Martillo -musitó Harris.

No era la primera vez que sucedía. ¿Por qué no cometer un crimen? El fin del mundo se acercaba. Los periódicos Contaban muchos relatos sobre aquel tema. Pero ninguno de los crímenes era como aquel. Nunca había ocurrido algo así en Burbank.

–Tengo ganas de que pase todo esto -dijo Harris. No mencionó el cadáver en la cama. Uno ha de soportar ciertas cosas o cambiar de oficio.

–Esta noche va a ser larga -dijo Eric.

–Sí, y mañana tenemos turno de vigilancia. – Harris miró el cielo brillante-. Qué ganas tengo de que pase todo esto.

Acamparon en Soda Springs. Era un buen lugar para acampar, y sorprendía que hubiera poca gente. Gordie Vanee había esperado encontrar allí una docena de grupos excursionistas, pero todo el terreno era para él y sus seis muchachos exploradores. Gordie pensó que ello se debía a la fiebre del Martillo. Nadie quería hallarse tan lejos de las carreteras y la civilización.

Se desembarazaron con alivio de las mochilas. Los chicos fueron corriendo al arroyo. Había dos corrientes de agua. Una era clara y burbujeante agua de montaña, pura y fría; la otra era de color rojizo y tenía mal sabor, aunque los chicos decían que les gustaba. Era un agua carbonatada naturalmente, y con ella se preparaba una clase de cerveza no alcohólica. Gordie no se molestó en pedirles que no bebieran demasiado. Nadie lo haría.

Prepararon la cena en los hornillos de petróleo portátiles. Gordie dejó que Andy Randall eligiera lo que iban a cenar. El chico tenía que acostumbrarse a dirigir el grupo. No pasaría mucho tiempo antes de que...

–Pero mi maestro dijo que sería posible -decía uno de los chicos.

–Tonterías -replicó Andy Randall-. Mi padre ha estado en el JPL docenas de veces, y su ordenador dice que no ocurrirá. Además, el señor Hamner me contó...

–¿Le conoces? – preguntó el chico más pequeño.

–Claro.

–Pero él *inventó* el Martillo. – Sin querer, todos alzaron la vista al cielo vespertino, en el que brillaba el inmenso velo gaseoso-. Desde luego, parece que está muy cerca -concluyó el muchacho.

Terminó el largo crepúsculo en la montaña y aparecieron las estrellas. El Martillo brillaba intensamente en el cielo nocturno antes de desaparecer tras la sierra. Gordie hizo que los chicos se metieran en los sacos de dormir. Ellos querían estar levantados y observar el cielo, cruzado por una aurora brillante, con líneas melladas verdes y rojas entre las que se veían las estrellas.

Gordie se metió en su saco. Tenía un control absoluto del sueño. Podía quedarse dormido de inmediato y despertarse dos horas más tarde, para dar una vuelta y comprobar si los chicos seguían bien. «Soy un hijo de perra a conciencia», se dijo antes de dormir. No dejaba de tener su gracia, pero Gordie no se reía.

Se despertó a media noche, y ya no durmió más.

Había un frenesí en el cielo. Parecía surcado por leche luminiscente en agua negra. En la cola del Hamner-Brown titilaban las estrellas, y se desvanecían al fondo mientras surgían resplandores de color de un horizonte a otro. A lo lejos los resplandores eran más brillantes, y más tarde se oyó un fragor de truenos. Gordie fue a hacer su ronda casi en estado de trance.

Andy Randall estaba despierto. No se había molestado en plantar la tienda, aunque en junio llueve con frecuencia en la sierra. Estaba tendido a la intemperie, con la cabeza apoyada en la mochila y sus largos brazos bajo el cuello.

—Es todo un espectáculo -susurró.

—Así es -convino Gordie, procurando que el tono de su voz fuera alegre y sereno. Cuando le interrogaran, Andy tendría que decir que Gordon Vanee no había mostrado signos de depresión.

—Duerme un poco -dijo Gordie-. Mañana no tenemos que ir lejos, pero el camino es difícil en algunos tramos.

—Lo sé.

—Muy bien.

Gordon caminó un poco colina arriba, para estar a solas, y se dejó caer entre la alta hierba.

Pensó que mañana no importaría. No necesitaba dormir.

Había elegido el precipicio. Una caída fatal... Tendría que ser fatal. Un error podría dejarle herido pero vivo, los chicos estarían desesperados mientras llegaba un equipo de rescate para recogerle y llevarle al hospital. Sí, estaría en una cama de hospital cuando los auditores del banco descubrieran el desfalco. Tal vez estaría inválido. Ni siquiera podría huir.

No es que tuviera intención de huir. Ya había tenido la oportunidad de hacerlo, pero la rechazó. ¿Adonde iría? El dinero se había esfumado, y de nada le valdría exiliarse sin dinero. Además, los

chicos deberían crecer en su propio país. Miró a su hijo de doce años, acurrucado en el saco de dormir. Sería un golpe duro para Bert, pero era inevitable.

Pensó en el precipicio. Podía recordarlo perfectamente. El camino no era tan estrecho como para presentar peligro, fiero las piedras y la tierra del borde se desprendían con facilidad, y si uno se acercaba demasiado... Se había dado cuenta dos años atrás, cuando pasaron por allí. Entonces había tenido otros pensamientos.

Deseó que Bert no estuviera con él.

Una cortina de terciopelo rojo ondeaba en el cielo. Gordie pensó que era un magnífico espectáculo para su última noche. Trató de contemplar el cielo, pero siguió viendo el precipicio.

Un instante, un momento de descuido cuidadosamente elegido y estaría abajo con el cuello roto o algo peor. Por debajo se deslizaba un sendero bastante seguro para los chicos. Andy haría que lo siguieran, y luego Andy Randall tomaría el mando y todo iría bien. Gordie había entrenado a Andy durante dos años. No para aquello... o sí, por si había un verdadero accidente. Era curioso ver cómo salían las cosas.

La luna creciente apareció sobre las colinas, difuminando algunas de las estrellas y mezclando sus propios colores espectrales con los del espectáculo luminoso. Gordie imaginó que podía ver ondas de choque en la cola del cometa, pero probablemente se debía a su imaginación. Pero allá arriba los astronautas lo estarían viendo, por medio de sus instrumentos si no era a simple vista. Gordie se preguntó qué sentiría uno allá en lo alto. Gordie había sido aviador, durante un breve período, hasta que puntuó bajo en su clase y quedó excluido de la escuela de vuelo para convertirse en piloto de la Fuerza Aérea. Debió haberse quedado. Pero tenía que dedicarse a la banca...

Lamentó una vez más estropear la excursión de los chicos, pero no había elección. Tenía que hacerlo. Un accidente resolvía todos los problemas. El seguro de vida ascendería a medio millón de dólares, suficiente para cubrir los déficits del banco y dejar a Marie y Bert en posición holgada. Pongamos que quedaran trescientos mil, al siete por ciento. No es una gran fortuna, pero mucho mejor que tener a tu padre en la cárcel y nada de qué vivir...

Hacia el alba el frenesí del cielo se intensificó. Destacaba un punto brillante. Si se trataba de la cabeza del cometa resultaba difícil de ver cuando se miraba a través del túnel luminoso de la cola. Luz fría y sombras cambiantes, débiles toques de color de la aurora aun en plena luz del día. Luego el alba enrojeció la tierra, pero la luz seguía siendo extraña, mágica. Gordie se estremeció.

Regresó a su saco de dormir y se introdujo en él. No valía la pena que tratara de dormir. El sueño no sería largo...

Junto al hornillo portátil estaba la botella de combustible y el perol de agua. Gordie sacó un brazo y cargó el hornillo. Su forma de desayunar todavía en el saco de dormir era motivo de bromas por parte de quienes acampaban con él. No tenía ganas de comer, pero sería peligroso cambiar los hábitos. Puso al fuego el perol de agua y preparó chocolate caliente. Le sorprendió encontrarlo tan bueno, y después

tomó un tazón de copos de avena y un té Sherpa, muy fuerte, con azúcar moreno y un pedazo de mantequilla...

Los muchachos se despertaron uno tras otro. Gordie rió alegremente al oír que Andy Randall le preguntaba a Bert:

—¿Quieres decir que has estado durmiendo mientras duraba ese espectáculo? ¿Toda la noche?

No encendieron una hoguera porque no había suficiente leña. Cada año había menos lugares donde uno pudiera encender un auténtico fuego. Pocos chicos sabían cocinar con un fuego de madera. Sería malo que ellos tuvieran que cuidarse por sí mismos, pero eso no sucedería más. Actualmente, si uno se pierde, limpia una zona de quince metros de diámetro y enciende una cerilla en el centro. Muy pronto una patrulla contra incendios se pone en marcha para entregar una citación al presunto incendiario. Ya no quedan bosques profundos, espesos, como cuando era niño...

Pensó que debía haber dormido un poco, porque su mente divagaba. Pero no importaba. Faltaba poco. Decidió tomar otra taza de chocolate.

Puso a hervir el agua.

—Vamos a recoger las cosas -ordenó a los chicos-. Es hora de movernos. Plegad los sacos y ataos las botas. Os quiero en el camino dentro de cinco minutos.

*El núcleo del cometa está bañado en luz, la cola y el coma recogen la luz del sol en un inmenso volumen y la reflejan, enviando parte a la Tierra, parte al espacio, parte al mismo núcleo.*

*El cometa ha sufrido. Las explosiones en la cabeza lo han dividido en porciones montañosas. Megatones de sustancias químicas volátiles se han esfumado. Las grandes masas en la cabeza tienen incrustado barro helado del que ha desaparecido la mayor parte del granizo.*

*Sin embargo las incrustaciones retardan una mayor evaporación. Otros cometas han sobrevivido a muchos de tales pasos a través del torbellino. Han perdido una gran cantidad de masa, vertida en la cola, pero una considerable parte del coma se helará de nuevo, y las porciones rocosas podrían fusionarse. Cristales de extrañas formas heladas pueden unirse y engrosar un cometa, allá en la oscuridad y el frío, durante millones de años... Ojalá el Hamner-Brown pudiera regresar al halo cometario.*

*Pero parece que hay algo en su camino.*

## **Segunda parte – EL MARTILLO**





Y yo observé cuando él abrió el sexto sello, y he aquí que se produjo un gran temblor de tierra; y el sol se puso negro como una arpillera de pelo, y la luna roja como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra.

La Revelación de San Juan el Divino.

## LA MAÑANA DE LA CAÍDA DEL MARTILLO

*Hay un lugar con cuatro soles en el cielo, rojo, blanco, azul y amarillo. Dos de ellos están tan próximos que se tocan, y entre ellos fluye material de estrellas.*

*Conozco un mundo con un millón de lunas. Conozco un sol del tamaño de la Tierra, hecho de diamante.*

Carl Sagan, *La conexión cósmica: una perspectiva extraterrestre*.

Cuando Rick Delanty se despertó la mañana era maravillosa. Un rectángulo de luz avanzaba por su brazo. Aquellas magníficas mañanas llegaban cada hora y media a bordo del laboratorio espacial, y todavía no se había cansado de ellas. Utilizó el tubo y salió del Apolo.

Ante las grandes ventanillas del laboratorio espacial se amontonaban telescopios, cámaras y otros instrumentos. Para poder ver el exterior había que alzar el cuello por encima de ellos, sujetándose a los pasamanos de las mamparas, flotando en los espacios abiertos.

Baker y Leonilla Malik estaban introduciendo datos en el ordenador de a bordo. Ella alzó la vista hacia el recién llegado.

—Hola, Rick -le saludó, pero volvió en seguida al trabajo sin llegar a ver la viva sonrisa de Rick.

Era hora de trabajar, pero Rick Delanty aún era en parte un turista, y estaba ansioso de ver la aparición del cometa. Encontró un telescopio de observación que no había sido usado hasta el momento. Tenía un gran protector contra el sol empotrado, de modo que Rick podía mirar el cometa sin temor a que la luz le cegara.

Ante los ojos se ofrecía una especie de representación estilizada del resplandor solar en pintura de brillantes colores. Era como caer en un pozo profundo durante un viaje con LSD. Los alegres regueros luminosos de la cola fluían hacia el exterior tan lentamente como un eclipse lunar. En el corazón del

cometa la superficie parecía granulosa.

—Atención, Houston -dijo Baker-. Observamos un movimiento lateral relativo hacia nosotros. Creo que podréis verlo con vuestro sistema telemétrico. Y todavía hay actividad, aunque ha estado disminuyendo desde que el Martillo rodeó el Sol. En la última observación sólo hemos registrado una explosión, pero poca cosa, no como el gran estallido que observamos ayer.

—Atención, laboratorio, parece que hay algún error en los datos. El JPL solicita el seguimiento óptico de la porción más grande que podáis encontrar. ¿Podéis hacerlo?

—Lo intentaremos, Houston.

—Yo lo haré, Johnny -dijo Rick. Hizo girar la manivela del telescopio y atisbo la oscuridad-. Leonilla, ¿quieres echarme una mano? Ajusta la telemetría.

—De acuerdo -dijo ella.

Baker prosiguió su informe.

—Houston, el núcleo está muy extendido, y el coma es enorme. He introducido el diámetro angular en el ordenador y el resultado es de ciento cuarenta mil kilómetros. Tan grande como Júpiter. Podría envolver la Tierra sin que nos diéramos cuenta.

—No diga tonterías -respondió una voz familiar-. La gravedad lo desmenuzaría...

La voz de Charlie Sharps empezó a desvanecerse.

—Houston, no les oímos bien -dijo Baker.

—Eso no es Houston. Es Sharps, del JPL -dijo Rick sin apartar la vista del telescopio.

—Pero lo recibimos a través de Houston. Maldición. El material del cometa está trastornando la ionosfera. Vamos a tener problemas de comunicaciones hasta que esa cosa haya pasado. Será mejor que grabemos las observaciones que hagamos, por si no nos oyen.

—De acuerdo -dijo Delanty, y siguió mirando a través del telescopio.

Ante él se extendía el núcleo del Hamner-Brown. Le resultaba difícil centrar el aparato en la masa que había escogido. No había suficiente contraste para utilizar un sistema de seguimiento automático, y había que hacerlo a ojo. Delanty sonrió. Era un contratiempo más para el hombre espacial.

Vio una gruesa masa de polvo brillante que se movía lentamente, unas cuantas montañas volantes y muchas más partículas menores, todas mezcladas, sin orden, moviéndose al parecer caprichosamente mientras respondían a la presión luminosa y proseguían la actividad química. Era la materia primigenia del caos. A Rick se le hacía la boca agua: pensaba en la posibilidad de ir allí con una nave

espacial, aterrizar en una de aquellas montañas y salir para echar un vistazo. La velocidad de ochenta kilómetros por segundo a la que se movían aquellas montañas no se apercibía.

Pero habrían de transcurrir décadas antes de que la NASA pudiera construir aquella clase de naves tripuladas, si es que alguien las construía alguna vez. Y cuando lo hicieran, Rick Delanty sería un viejo fatigado.

Entonces pensó que aquella no sería su última misión. Pronto funcionaría la lanzadera espacial, si aquellos malditos congresistas dejaban de poner pegas a los gastos de exploración espacial...

Pieter Jakov había estado trabajando con un espectroscopio. Finalizó sus observaciones y dijo:

—Para esta mañana nos han impuesto un programa febril. Veo que la actividad fuera del vehículo para la comprobación final de los instrumentos externos es optativa. ¿Qué os parece? Nos quedan dos horas.

—Loco ruso. No, no vamos a salir con eso ahí afuera. Un copo de nieve a esa velocidad no puede hacer un agujero en el laboratorio, pero no te quepa duda de que puede hacer un agujero del tamaño del puño en tu traje espacial. — Baker echó un vistazo a la lectora del ordenador y frunció el ceño—. Rick, ¿dónde has efectuado esa última observación óptica?

—Una gran montaña -respondió Rick-. Hacia el centro del núcleo, como ellos pidieron. ¿Por qué?

—No, por nada. — Baker conectó el micrófono—. Houston, Houston, ¿les han llegado las lecturas ópticas?

—...Negativo, laboratorio... Envíen de nuevo.

—¿Qué diablos ocurre, Johnny? — preguntó Rick.

Johnny se quedó pensativo.

—Tanto Houston como el JPL perciben la distancia con un error de nueve mil kilómetros. Introduciendo tus datos en el ordenador de a bordo obtengo un cuarto de esa distancia. Ellos disponen de mejores medios para calcular, pero nosotros tenemos datos mejores.

—Bueno, dos mil kilómetros son dos mil kilómetros -dijo Delanty, pero no pareció convencido.

—Ojalá no tuviéramos ningún fallo en la antena principal.

—Saldré a repararla -dijo Jakov.

—No -negó Baker abruptamente, con la autoridad del comandante-. Todavía no hemos perdido a nadie en el espacio. ¿Por qué empezar ahora?

–¿No deberíamos preguntar al control de Tierra? – inquirió Leonilla.

–Ellos me pusieron al frente de esto -dijo Baker-. Y digo que no.

Pieter Jakov guardó silencio. Rick Delanty recordaba que los soviéticos habían perdido hombres en el espacio: los tres pilotos de Soyuz perdidos en el vuelo de regreso, y que todo el mundo conocía, y otros más, de los que sólo se sabía por rumores e historias contadas por la noche al calor del vodka. Se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, si la NASA no había sido demasiado cauta. Con menos precauciones de seguridad, los Estados Unidos podrían haber llegado un poco antes a la Luna, habrían explorado mucho más, habrían aprendido más y, sí, habrían creado uno o dos mártires. La Luna había sido demasiado costosa en dinero, pero demasiado barata en vidas para obtener la popularidad que necesitaba. Cuando el Apolo XI llegó a ella, la misión era rutinaria.

Tal vez era aquello lo que deberían hacer. La imagen de Johnny Baker avanzando por el ala rota del laboratorio espacial, la imagen de un hombre en aquel medio hostil, arriesgándose a la más solitaria de las muertes... aquello había dado al programa espacial un impulso casi tan grande como el paso gigantesco de Neil Armstrong.

Se oyó el ruido de un impacto, luego otro, y en el tablero de control se encendieron luces rojas de aviso.

Sin pensar nada, Rick Delanty saltó hacia la caja roja más próxima. Era una caja cuadrada, igual que otras colocadas en diversos lugares del laboratorio espacial. La abrió y extrajo varias placas de metal con uno de los lados cubiertos por una materia adhesiva, y una especie de parches mayores, que parecían de caucho. Miró a Baker, esperando instrucciones.

–No hay ningún agujero -dijo Johnny-. Es arena. – Miró el tablero y frunció el ceño-. Y estamos perdiendo eficacia en las células solares. Pieter, cubre todos los instrumentos ópticos. Tendremos que reservarlos para una observación más de cerca.

–De acuerdo -dijo Jakov, avanzando hacia los instrumentos.

Delanty seguía sosteniendo los parches contra meteoros, por si acaso.

–Depende de lo grande que sea el núcleo -dijo Pieter Jakov desde el extremo distante de la cápsula espacial-. Y todavía hemos de obtener cálculos exactos de la anchura que abarca la materia sólida. Me parece muy probable que la Tierra... y nosotros... seamos golpeados por grava a elevada velocidad, si no es algo peor.

–Sí, eso es lo que pensaba -dijo Johnny Baker-. Hemos estado buscando el movimiento lateral. Bien, lo hemos encontrado, pero ¿es suficiente? Tal vez deberíamos dar por terminada esta misión.

Hubo un momento de silencio.

–No, por favor -dijo Leonilla.

–Secundo esa negativa -añadió Rick-. Tú tampoco quieres que finalice la misión. ¿Quién lo desea?

–Yo no -dijo Jakov.

–Hay unanimidad. Pero esto apenas es una democracia -dijo Baker-. Hemos perdido mucha energía. Va a hacer calor aquí dentro.

–Lo aguantaste en el otro laboratorio espacial mientras arreglaban el ala -dijo Delanty-. Si pudiste antes, podrás ahora. Y nosotros también.

–Muy bien -concluyó Baker-. Pero tú tendrás que ocuparte de esos parches contra meteoros, por si hay una emergencia.

–Sí, señor.

Minutos después, el núcleo del Hamner-Brown se precipitó detrás de la Tierra. La Luna surgió envuelta en su red espectral de ondas de choque. Leonilla sirvió el desayuno.

Al alba, Harvey Randall estaba sentado en una tumbona, en el césped. Sobre una mesita tenía tabaco y café, mientras que otra sostenía el televisor portátil. Con el alba desapareció el extraordinario espectáculo celeste, y se quedó un poco deprimido. Aún estaba bajo los efectos del alcohol y no se encontraba en condiciones para trabajar. Loretta le encontró en el mismo estado dos horas después.

–He ido a trabajar en peores condiciones -le dijo a su esposa-. Valía la pena.

–Muy bien. ¿Estás seguro de que puedes conducir?

–Claro que sí -respondió él. Aquella era la canción de siempre.

–¿Dónde irás hoy?

El no notó la preocupación en su voz.

–Me ha costado mucho decidirlo, porque la verdad es que deseo estar en todas partes a la vez. Pero el equipo científico de la emisora estará en el JPL, y también hay un buen equipo en Houston. Creo que empezaré por el Ayuntamiento. Bentley Allen y su personal dirigen serenamente los asuntos de la ciudad mientras la mitad de la población corre hacia las colinas.

–Pero eso está en el centro de la ciudad.

–¿Y qué?

–¿Qué ocurrirá si choca el cometa? Estarás a kilómetros de distancia. ¿Cómo podrás volver?

—Loretta, no va a chocar. Escucha...

—¡Has llenado la piscina de agua, y no pude usarla ayer porque la has cubierto! — Alzó la voz—. Te has gastado doscientos dólares en carne seca, has enviado al chico a las montañas, has llenado el garaje con licores caros y...

—Loretta...

—...y no bebemos esas cosas, ni nadie puede comer esa carne a menos que se esté muriendo de hambre. Así que crees que vamos a pasar hambre, ¿no?

—No, cariño. Las posibilidades son de centenares contra una...

—Harvey, por favor, quédate hoy en casa. Sólo esta vez. Nunca he puesto dificultades por el hecho de que estés siempre fuera. No me quejé cuando te ofreciste como voluntario para hacer otra gira por Vietnam. No me quejé cuando te fuiste al Perú. No me quejé cuando pasaste tres semanas en Alaska. Nunca puse pegas por tener que educar yo sola a nuestro hijo, que nunca ve a su padre. Ya sé que tu trabajo significa más que yo para ti, pero, por favor, Harvey. ¿no significo algo para ti?

—Claro que sí. — La cogió y la atrajo hacia él—. Dios mío, ¿eso es lo que sientes? El trabajo no significa más que tú.

Es sólo el dinero, pensó. Pero no podía decirlo, no podía decir que él no necesitaba el dinero, pero ella sí.

—Entonces, ¿te quedarás?

—No puedo. De veras, Loretta. Esos documentales han Sido buenos, muy buenos incluso. Es posible que reciba una oferta de la ABC. Muy pronto necesitarán un nuevo director de programas científicos, y eso significa mucho dinero. Y existe la auténtica posibilidad de escribir un libro...

—Has estado levantado toda la noche, Harvey, y no estás en condiciones de ir a ningún sitio. Y estoy asustada.

Harvey la abrazó fuerte y la besó. Pensó que la culpa era suya. ¿Cómo no iba a estar asustada después de que hubiera comprado todo aquello? Pero no podía perderse el día del Martillo...

—Mira, enviaré a algún otro al Ayuntamiento.

—¡Muy bien!

—Y diré a Charlie y Manuel que se reúnan conmigo en la universidad de California y Los Angeles.

—Pero ¿por qué no puedes quedarte aquí?

—Tengo que hacer algo, Loretta. Llámalo orgullo viril si quieres. ¿Cómo voy a decir a la gente que me he quedado escondido en casa después de haber proclamado que no había ningún peligro? Mira, haré algunas entrevistas. El gobernador está en la ciudad, para asistir a no sé qué acto caritativo en el Club de Campo de Los Angeles. Iré allí después de que haya pasado el cometa. Y no estaré a más de diez o quince minutos de aquí. Si algo sucede, volveré rápidamente a casa.

—De acuerdo, pero todavía no has terminado el desayuno. Se está enfriando. Te he llenado el termo y he dejado una cerveza en el furgón.

Harvey comió con rapidez. Ella se sentó y le contempló mientras lo hacía, sin probar bocado por su parte. Rió sus gracias y le dijo que tuviera cuidado cuando bajara la colina.

Las comunicaciones seguían siendo malas. Los astronautas grababan la mayor parte de sus observaciones. Sería importante registrarlas, puesto que los instrumentos no iban a ser de mucha utilidad. Demasiada arena azotaba el ingenio espacial. Cuidaron de resguardar el gran telescopio, al que podía acoplarse el televisor en color, y habían efectuado una grabación en vídeo a la vez que trataban de enviarla a la Tierra.

—La energía solar ha descendido en cerca del veinticinco por ciento -informó Rick Delanty.

—Ahorremos las baterías -dijo Baker.

—Bien.

El calor aumentaba en la nave espacial, pero necesitaban la energía para los grabadores y otros instrumentos.

Leonilla Malik hablaba en rápido ruso al micrófono. Jakov accionaba los controles de transmisión, tratando de obtener alguna respuesta de Bakunyar, pero era en vano. Leonilla siguió grabando. En aquel medio ingrátido, en el que flotaban los hombres y las cosas, la cosmonauta se había colocado en una posición extraña, con el cuerpo torcido para atisbar por la mirilla de observación sin dejar de ver el tablero de instrumentos. Rick trataba de comprender lo que decía, pero utilizaba demasiadas palabras desconocidas. Pensó que se estaba poniendo lírica y que lo mejor sería dejar que siguiera en su vena poética. ¿Por qué no? ¿De qué otro modo podría describirse la circunstancia de estar dentro de un cometa?

Ahora sabían menos sobre la ruta del Hamner-Brown que Houston. El último informe de Houston decía que el cometa pasaría a mil kilómetros, pero Rick no estaba seguro. ¿Se basaba aquella cifra en su observación visual? Si así era, significaba sólo que aquella montaña en concreto estaría a esa distancia, y la nube de material sólido era grande, aunque no tanto. Seguramente no era tan grande.

—Estamos en efecto dentro del coma -decía Leonilla-. Esto no se nota especialmente. Hace rato que ha pasado la actividad química. Pero vemos la sombra de la Tierra como un largo túnel a través de la



cola.

Rick entendió la última frase y pensó que estaba bien. Si tenían ocasión de transmitir a la Tierra, la utilizaría.

Todos ellos tenían trabajo, y lo hacían mientras grababan sus observaciones. Rick tenía una cámara Canon, con la que se afanaba, cambiando lentes y película con la mayor rapidez posible. Confiaba en que funcionaran bien los mecanismos automáticos, y procuraba efectuar tomas con velocidades y aperturas muy distintas, por si acaso.

El reloj de a bordo iba marcando inexorablemente los segundos.

La larga lente proporcionaba un buen panorama a través de la mirilla de observación. Rick vio media docena de grandes masas, otras muchas más pequeñas y una miríada de diminutos puntos brillantes, todo ello mezclado en una especie de niebla perlina. Oyó la voz de Baker tras él.

—Una perdigonada vista por el pato.

—Una buena frase.

—Espero que no sea tan buena.

—He perdido toda señal del radar -dijo Pieter Jakov.

—Entendido. Déjalo y efectúa señales visuales -ordenó Baker-. Houston, Houston, ¿reciben algo por televisión?

—...recibido, laboratorio... JPL... Sharps está encantado, envíen más... transmisión de potencia más alta...

—Daré más potencia cuando se acerque más el Martillo -dijo Baker, sin saber si le oían-. Estamos ahorrando batería. — Miró el reloj. Faltaban diez minutos para que los objetos sólidos llegaran a su mayor proximidad. Tal vez veinte minutos o media hora para que todo pasara-. Aumentaré la potencia de transmisión dentro de cinco minutos. Repito, aumentaré la potencia de transmisión dentro de cinco minutos.

En aquel instante se oyó un fuerte estrépito.

—¿Qué diablos ha sido eso? — preguntó Baker.

—La presión continúa invariable -dijo Jakov-. Se mantiene en las tres cápsulas.

—Bien -murmuró Rick.

Habían cerrado las esclusas de aire del Apolo y el Soyuz. Parecía una precaución razonable. Rick

seguía sujetando los parches contra impactos de meteoros. El laboratorio espacial era con mucho el mayor de los blancos.

Rick se preguntó cómo calcularían los ingenieros el tamaño que debería tener un meteorito. Estaban pensados para cubrir un agujero de un determinado tamaño máximo. Si se rebasaba aquel tamaño, no valía la pena intentar la reparación del agujero. De todos modos estarían condenados. ¿Sería realmente así? Rick dejó de pensar en ello y volvió a sus fotografías. A través de la lente Canon observó una galaxia de hielo espumoso, un tremendo y lento cañonazo que visiblemente avanzaba hacia ellos, extendiéndose alrededor del laboratorio más que deslizándose lateralmente.

—Dios mío, Johnny, se acerca mucho.

—Sí. Pieter, quita la cubierta al telescopio principal. Voy a dar potencia máxima. Enviaremos transmisiones a partir de aquí. Houston, Houston, la observación visual indica que la Tierra está en la ruta de los ejes externos del núcleo. Repito, la Tierra está en la ruta del núcleo externo. Es imposible calcular el tamaño de los objetos que pueden chocar con la Tierra.

—Asegúrate de que llega ese mensaje -dijo Leonilla Malik-. Pieter, comprueba si Moscú también está enterado. — Había ansiedad y miedo en el tono de su voz.

Rick Delanty se sorprendió.

—¿Qué ocurre?

—Pasa por el este de la Tierra -dijo Leonilla-. Los Estados Unidos estarán más expuestos, pero habrá más objetos cercanos a la Unión Soviética. Las oportunidades para que se produzca una deliberada interpretación errónea son demasiado grandes. Algún fanático...

—¿Por qué dices eso? — preguntó Jakov.

—Sabes que es cierto -gritó ella-. Fanáticos. ¡Como los locos que mataron a mi padre porque el gran Stalin no era inmortal! No finjas que no existen.

—Es ridículo -dijo Jakov soltando un bufido, pero se dirigió a la consola de comunicaciones, y Rick Delanty pensó que hablaba de un modo apremiante.

## LA CAÍDA DEL MARTILLO: UNO

*En 1968, la proximidad de un asteroide llamado Icaro despertó un temor ligero pero muy concreto de que llegaba el fin del mundo. Ya habían circulado rumores de que una serie de cataclismos en todo el mundo iban a empezar en 1968. Cuando se conocieron las noticias de que el Icaro se dirigía a la*

*Tierra e iba a acercarse al máximo él 15 de junio de 1968, de alguna manera se combinaron con los rumores del fin del mundo. En California, grupos de hippies se dirigieron a las montañas de Colorado, diciendo que querían estar seguros en terreno alto, antes de que cayera él asteroide y originase el hundimiento de California en el mar.*

Daniel Cohen, *Cómo terminará el mundo*.

—¡Oye, pueblo mío, las palabras de Mateo! ¿No dice él que el sol se oscurecerá, que la luna no emitirá su luz y que las estrellas caerán de los cielos? ¿Y no es esto lo que ocurre en esta misma hora?

«¡Arrepentios! Arrepentios, hermanos y observad el cometa del Señor, el Martillo que cae sobre esta malvada Tierra. Escuchad las palabras del profeta Miqueas: "Porque he aquí que el Señor sale de su lugar, y bajará y pisará los lugares altos de la tierra. Y las montañas se derretirán bajo él, y los valles se hendirán, como cera ante el fuego, como aguas que se precipitan por un lugar empinado."»

«¡El llega pues! Llega para juzgar a la Tierra, para juzgar justamente al mundo y a los pueblos con su verdad!»

—Han escuchado al reverendo Henry Armitage en «La hora que se aproxima». Esta y todas las emisiones del programa han sido posibles gracias a sus donaciones, y pedimos al Señor que bendiga a quienes han dado tan generosamente.

«No se necesitarán más donaciones. La hora llega y está ya al alcance de la mano.»

Era un día de verano brillante y sin nubes. Soplaban una viva brisa marina, y la cuenca de Los Angeles estaba despejada.

A Tim Hamner no le entusiasmó aquel buen tiempo. La espectacularidad de los cielos nocturnos pudo verse mejor desde las montañas, y Tim permaneció en su observatorio de Angeles Forest la mayor parte de la semana anterior, pero la mejor visión del Hamner-Brown en el momento de máxima aproximación se tendría desde el espacio. Como él no podía estar en el espacio, quería otra cosa casi tan buena: contemplarlo todo en televisión a color. No le había sido difícil persuadir a Charlie Sharps para que le invitara al JPL.

Tenía que llegar allí a las nueve y media, pero los claros cielos con sus brillantes cintas de luz aterciopelada, le habían mantenido despierto hasta la madrugada. Se había estirado en el sofá. No quería acostarse en la cama, pero unos minutos de descanso no harían daño...

Naturalmente, durmió más de la cuenta. Ahora, con la cabeza espesa y los ojos acuosos, Tim apuntaba, más que conducir, su Grand Prix por la autopista de Ventura, hacia Pasadena. A pesar de que había salido tarde, esperaba llegar a tiempo. No había mucho tráfico.

—Estúpidos -murmuró Tim.

La fiebre del Martillo. Millares de habitantes de Los Angeles partían hacia las colinas. Harvey Randall le había dicho que el tráfico por la autopista sería escaso durante toda la semana, y había tenido razón. Aquel día, el martes de portento, como lo había llamado Mark Czesu, el tráfico era escaso.

De pronto vio delante el destello de luces rojas. El tráfico se hizo más lento. Tim soltó una maldición. Había un camión delante de él, de modo que no podía ver qué era lo que estaba aguantando la fiesta. Pasó automáticamente al carril derecho, adelantándose a una señora mayor que conducía un Ford verde y que le dirigió horribles maldiciones mientras se colocaba ante ella.

—Probablemente se acuesta con las zapatillas de tenis puestas —murmuró Tim. ¿Pero qué pasaba allí adelante? El tráfico parecía haberse detenido del todo. La autopista se había convertido en un aparcamiento que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, tal vez, pensó Tim, hasta el cruce de Golden State. Miró por encima de su hombro. No vio a ningún policía de tráfico. Se metió en el arcén y avanzó, dejando atrás a los coches detenidos, hasta llegar a una salida.

A su derecha se encontraba el cementerio de Forest Lawn, no el original, que tantas canciones e historias había inspirado sino la colonia de Hollywood Hills. Las calles también estaban llenas de tráfico. Tim giró a la izquierda y pasó por debajo de la autopista. Su rostro era una sombría máscara de ansiedad y odio. Ya era bastante malo no estar en su observatorio el martes del portento, ¡pero tener que soportar además aquello! Estaba en el hermoso centro de la ciudad de Burbank, y su cometa se aproximaba al perigeo.

—¡No es justo! —gritó. Los peatones le miraron y continuaron su camino, pero a Tim no le importó—. ¡No es justo!

Había en el aire la carga eléctrica de la tormenta y el desastre. Eileen Hancock lo notaba como si unos dedos espectrales le pasaran por el cabello, en la nuca. Lo vio de forma más concreta mientras se dirigía en su coche al trabajo. A pesar de que el tráfico era escaso, la gente conducía mal. Trataban de adelantar en momentos inadecuados, reaccionaban tarde y entonces sus reacciones eran excesivas. Había muchos remolques llenos de enseres domésticos, que le recordaron a Eileen imágenes de refugiados de guerra, aunque los refugiados de Asia y África nunca llevaban con ellos jaulas de pájaros, colchones especiales para tratamientos de belleza y tocadiscos estereofónicos. Uno de los remolques había volcado en la dirección de Ventura, bloqueando los tres carriles. Algunos coches pasaban a duras penas por el arcén, pero los demás estaban inmóviles tras un montón de muebles derribados. La camioneta que había arrastrado el remolque estaba cruzada en el carril de la izquierda, con un Volkswagen empotrado en un costado.

«Menos mal que he llegado a Golden State», pensó Eileen. Por un instante sintió lástima por cualquiera que tratara de llegar a Pasadena aquella mañana, y maldijo al remolque y su propietario. Los coches que iban delante se detenían para mirar el accidente, y necesitó cinco minutos para recorrer el centenar de metros hasta la salida de Burbank. Condujo velozmente por las calles, y cuando se detuvo comprobó aliviada que la policía de Burbank parecía estar en otra parte. Dejó el coche en su aparcamiento, cedido por Corrigan y que incluso, ostentaba el nombre de Eileen.

El establecimiento de Corrigan, cercano a un supermercado, era engañosamente pequeño porque los almacenes se encontraban en un callejón situado detrás. El recibidor estaba decorado con nylon azul, skai marrón y cromo, y este último siempre se mostraba desteñido. Eileen creía que los Clientes mayoristas debían tener la impresión de un buen negocio capaz de cumplir con sus compromisos, pero carente de una opulencia que podría tentarles a presionar en los precios. La puerta principal ya estaba abierta.

—¿Quién está ahí? — preguntó Eileen.

—Soy yo. — Corrigan salió de su despacho, seguido por un aroma de café. Hacía tiempo que Eileen había instalado una máquina automática, y la dejaba dispuesta cada noche sotes de marcharse. Aquello había mejorado en gran manera el humor de Corrigan por las mañanas, pero no aquella mañana-. ¿Por qué se ha retrasado?

—Ha sido culpa del tráfico. Un accidente en el ramal de Ventura.

—Vaya.

—También usted está nervioso, ¿eh? — dijo Eileen.

Corrigan frunció el ceño, y luego sonrió tímidamente.

—Sí, supongo que sí. Temía que no se presentara. No hay nadie en la oficina, y sólo tres personas en el almacén. La radio dice que en la mitad de las tiendas de la ciudad faltan la mitad de los empleados.

—Y el resto de nosotros estamos asustados. — Pasó al lado de Corrigan y entró en su despacho. La limpia superficie del vidrio de su mesa relucía como un espejo. Eileen dejó el magnetofón y sacó las llaves, pero no abrió los cajones de su mesa. Salió de nuevo al área de recepción-. Yo me encargaré de la oficina -dijo.

Corrigan se encogió de hombros, mientras miraba a través del gran escaparate.

—Hoy no va a venir nadie.

—Sabrini está citado para las diez -dijo Eileen-. Cuarenta baños y cocinas, si podemos conseguir la decoración que quiere al precio justo.

Corrigan asintió. No parecía escucharla.

—¿Qué demonios es aquello? — preguntó señalando a través de la ventana.

Había una fila de personas, todas ellas vestidas con túnicas blancas y entonando himnos.

Parecían marcar el paso. Eileen miró más atentamente y vio la causa. Estaban encadenadas unas a

otras. Se encogió de hombros. Los estudios Disney estaban a pocas manzanas de distancia, y la NBC no mucho más lejos. A menudo utilizaban Burbank para rodar exteriores urbanos.

–Puede que sean participantes en el programa «Hagamos un trato».

–Es demasiado pronto -dijo Corrigan.

–Entonces es algo de Disney. Una forma absurda de ganarse la vida.

–No veo ninguna cámara -opuso Corrigan. No parecía muy interesado. Miró unos momentos más-. ¿Ha tenido noticias de aquel rico amigo suyo? Este es su gran día.

Por un momento Eileen se sintió terriblemente sola.

–Últimamente no sé nada de él.

Empezó a sacar grandes fotos en color y las dispuso en el escaparate para mostrar atractivas combinaciones de muebles y accesorios: el baño con el que sueñan los clientes.

Por Alameda se podía pasar a bastante velocidad. Tim Hamner trató de recordar las conexiones con el norte de Pasadena. Ante él se alzaban altas colinas, las Verdugo Hills, que atravesaban el valle de San Fernando y separaban las ciudades de la ladera de Burbank. Tim sabía que en alguna parte había una nueva autopista, pero no sabía cómo encontrarla.

–¡Maldita sea! – gritó.

Meses de preparación, meses esperando su cometa, y ahora se acercaba a ochenta kilómetros por segundo y él pasaba en aquel momento ante los estudios Walt Disney. Una parte de su mente le decía que aquello tenía su gracia, pero Tim no apreciaba el humor de la situación. Pensó seguir por Alameda hasta Golden State. Si el tráfico era fluido, volvería por allí a la autopista de Ventura. En caso contrario, seguiría todo el trayecto por las calles normales y al diablo con las tarjetas de peaje... ¿Pero qué había allí adelante?

No sólo eran coches atascados en una intersección, inmóviles a pesar de que los semáforos estaban en verde, sino coches que buscaban espacio, que se abrían paso a duras penas entre los demás vehículos, tratando de llegar al callejón situado más allá. Más coches, detenidos, y peatones que se movían entre el enjambre. Apenas había tiempo para situarse en el carril de la derecha. Tim entró en una gran zona de aparcamiento, esperando seguir a los coches que avanzaban hasta un pasillo.

¡Callejón sin salida! Se encontraba en un gran aparcamiento y el camino estaba totalmente bloqueado por un camión de reparto. Tim frenó y puso el punto muerto. Cerró despaciosamente el contacto. Entonces aporreó el tablero y blasfemó, utilizando palabras que no había recordado durante años. No había lugar alguno a donde ir. Tras él se habían detenido más coches. Era imposible moverse.

Pensó que se encontraba en dificultades. Bajó del coche y se dirigió a Alameda. Tal vez encontraría una tienda de electrodomésticos. Si no tenían algún televisor en el escaparate que transmitiera las noticias sobre el cometa, compraría uno en el acto.

Alameda estaba atestada de coches. Los parachoques se tocaban, y ninguno de ellos se movía. Y había gritos allá arriba, en el cruce donde parecía estar el centro de atención. ¿Robo? ¿Un francotirador? Tim no quería estar presente si ocurría algo así. Pero no, aquellos gritos eran de rabia, no de miedo. Y el cruce estaba lleno de policías uniformados de azul. También había algo más. ¿Túnicas blancas? Alguien con una túnica blanca se aproximaba a él. Hamner trató de esquivarlo, pero el hombre se interpuso en su camino.

Probablemente aquella túnica era una sábana corriente, y desde luego el hombre vestía ropas convencionales bajo ella. Era un joven barbudo, con la sonrisa en los labios, pero insistente.

—¡Señor! ¡Rece! ¡Rece para que el martillo de Lucifer pase sin hacer daño! ¡Hay muy poco tiempo!

—Ya lo sé -dijo Tim. Intentó marcharse, pero el hombre avanzó con él.

—¡Rece! La ira de Dios cae sobre nosotros. Sí, la hora se aproxima y está a punto de llegar, pero Dios salvará la ciudad para diez hombres justos. Arrepíéntase y sálvese, y salve a nuestra ciudad.

—¿Cuántos de ustedes hay allí? —preguntó Tim.

—Hay un centenar de Guardianes -respondió el hombre.

—Eso es más que diez. Ahora déjeme marchar.

—Pero usted no comprende. Nosotros, los Guardianes, salvaremos la ciudad. Hemos rogado durante meses. Hemos prometido a Dios el arrepentimiento de millares. — Los intensos ojos pardos miraron fijo a Hamner. Entonces el joven le reconoció-. ¡Es él! ¡Usted es Timothy Hamner! Le vi en la televisión. Rece, hermano. ¡Únase a nosotros en plegaria, y el mundo lo sabrá!

—Desde luego. La NBC está al final de la calle.

Tim frunció el ceño. Dos policías de Burbank se acercaban por detrás al Guardián del Cometa, y no precisamente sonriendo.

—¿Le está molestando este hombre, señor? —preguntó el policía más alto.

—Sí -dijo Tim.

El policía sonrió.

—¡Te cogí! —dijo agarrando al hombre de la túnica por el brazo-. Tienes derecho a permanecer en silencio. Si te entregas...

–Ya sé todas esas chorradas -dijo el Guardián-. ¡Miradle! ¡Es el hombre que inventó el cometa!

–Nadie inventa un cometa, idiota -dijo Tim-. Oiga, oficial, ¿sabe dónde hay una tienda de televisores? Quiero ver las fotos del cometa desde el espacio.

–Siga recto y encontrará una. ¿Quiere darnos su nombre y dirección?

Tim sacó una tarjeta y se la entregó al policía. Luego echó a andar rápidamente hacia el cruce.

Eileen tenía una vista excelente a través del escaparate. Estaba sentada al lado de Joe Corrigan, tomando café. Era evidente que su arquitecto no iba a poder llegar debido al atasco de tráfico. Jefe y empleada habían acercado al escaparate grandes sillas cromadas y la mesita de centro, y se entretenían contemplando a toda aquella gente airada.

La causa de aquel lío estaba al otro lado de la calle, en diagonal. Veinte o treinta hombres y mujeres con túnicas blancas, no todas ellas sábanas de cama, se habían encadenado de un lado a otro de Alameda, a farolas o postes telefónicos, y entonaban himnos. La calidad de sus canciones había sido bastante buena durante un rato, pero la policía se llevó pronto a su líder de barbas blancas, y ahora sonaban discordantes.

A cada lado de la cadena humana una infinita variedad de automóviles estaban amontonados como sardinas en lata. Viejas rancheras Ford para cargar las compras; Mercedes con chofer que transportaban estrellas o ejecutivos de los estudios; camionetas y remolques para acampar, nuevos coches japoneses de importación, Chevrolets y Plymouths, todos juntos e inmóviles. Algunos conductores aún trataban de salir, pero la mayor parte se habían resignado. Una horda de predicadores con túnica andaba entre el enjambre de vehículos. Se detenían para hablar con cada conductor y rezaban. Algunos conductores les gritaban. Unos pocos escuchaban. Uno o dos incluso bajaron de sus coches y se arrodillaron para rezar.

–Es todo un espectáculo, ¿eh? – dijo Corrigan-. ¿Por qué diablos no eligieron algún otro lugar?

–¿Con la cadena de la NBC casi al lado? Si el cometa pasa de largo sin hacer ningún daño, se jactarán de haber salvado al mundo. ¿No ha visto a ninguno de esos locos que salen por la televisión desde hace años?

Corrigan asintió.

–Parece como si esta vez fuera su gran ocasión. Mira, ya llegan las cámaras de televisión.

Cuando vieron a los chicos de la tele, los predicadores redoblaron sus esfuerzos. El himno se detuvo un momento y empezó de nuevo: «Dios mío, estoy más cerca de Ti.» Los predicadores tenían que hablar rápido, y a veces se interrumpían a mitad de frase para evitar a la policía. Los uniformes azules iban a la caza de las túnicas blancas mientras sonaban las bocinas de los coches y se oían los gritos de



los conductores.

–Será un día memorable -dijo Corrigan.

–Les va a costar despejar todo esto.

–Sí.

Desde luego, el atasco de tráfico tardaría mucho en resolverse. Demasiados coches habían sido abandonados. Muchas personas se movían entre los coches, con camisetas deportivas estampadas o trajes de franela gris que destacaban entre las túnicas blancas y los uniformes azules. Algunos conductores iban con ropas de trabajo. Muchos sentían tentaciones de cometer un asesinato. Otras habían cerrado sus coches e ido en busca de una cafetería. El supermercado cercano estaba vendiendo grandes cantidades de cerveza. Aun así, mucha gente se apiñaba en las aceras y rezaba.

Entraron dos policías en el establecimiento. Eileen y Corrigan les saludaron. Ambos solían patrullar por la vecindad, y el más joven, Eric, a menudo tomaba café con Eileen en una cafetería cercana. A Eileen le recordaba su hermano menor.

–¿Tienen unas tijeras para cortar hierro? – preguntó el inspector Harris, yendo al grano de inmediato-. Tenemos un trabajo pesado.

–Creo que sí -dijo Corrigan. Cogió un teléfono y oprimió un botón. Esperó, pero no hubo respuesta-. Vaya, el personal del almacén está afuera contemplando el espectáculo. Iré a por ellas.

–¿No tienen llaves? – preguntó Eileen.

–No. – Larsen le sonrió-. Se libraron de ellas antes de venir aquí. – Entonces meneó la *cabeza*, con preocupación-. Si no logramos que esos locos se vayan en seguida habrá tumultos. No hay forma de protegerlos.

El otro policía soltó un bufido.

–A mí me importa un rábano lo que les pase. Son estúpidos. A veces creo que los estúpidos heredarán la Tierra.

–Desde luego. – Eric Larsen se detuvo ante la ventana y observó a los Guardianes, mientras silbaba distraídamente entre dientes *Adelante, soldados cristianos*.

Eileen soltó una risita.

–¿En qué piensa, Eric?

–¿Eh? – La miró con expresión tímida.

–El profesor está escribiendo un guión de cine -dijo Harris.

Eric se encogió de hombros.

–De televisión. Imagine a James Garner inmovilizado ahí afuera. Está buscando a un asesino. Uno de los conductores ha salido dispuesto a cometer un crimen. Lo hace, coge una sábana y una cadena, y nosotros llegamos para llevárnoslo antes de que Garner pueda encontrarlo.

–Dios mío -dijo Harris.

–Me ha parecido bastante bueno -dijo Eileen-. ¿Ya quién mata?

–Pues le mata a usted.

–Oh.

–Con el asesinato de la chica de anoche tengo bastante para los próximos veinte años.

Por un momento Eric pareció como si le hubieran dado un golpe en la nuca.

Joe Corrigan regresó con cuatro pares de tijeras para hierro. Los policías le dieron las gracias. Harris garabateó su nombre y número de placa en un papel y entregó dos pares a Eric Larsen. Salieron para distribuir las herramientas a los otros policías, y los uniformes azules avanzaron a lo largo de la cadena, liberando a los de las túnicas blancas y encadenándolos de nuevo con esposas. A empujones, reunieron a los Guardianes en la acera. Algunos se resistieron, pero la mayoría obedecieron sin rechistar.

Corrigan alzó la vista, sorprendido.

–¿Qué era...?

–¿Eh? – Eileen miró vagamente alrededor de la oficina.

–No lo sé.

Corrigan frunció el ceño, tratando de recordar, pero la visión había sido demasiado vaga, como si las nubes se hubieran apartado para revelar el sol durante breves momentos y se hubieran cerrado de nuevo. Pero no había nubes. Era un brillante día de verano, sin nubes.

Era una hermosa casa, bien planeada en la que los dormitorios se extendían como un brazo, partiendo de la enorme sala de estar. Alim Nassor siempre había deseado poseer una chimenea. Podía imaginar las fiestas en una sala como aquella, los hermanos y hermanas chapoteando en la piscina, el rumor de las conversaciones, el olor de marihuana suficiente para hacerle a uno volar aunque no fume, una camioneta descargando innumerables pizzas... Algún día tendría una casa así. De momento, estaba

atracando aquella.

Harold y Hannibal juntaban piezas de plata sobre una sábana. Gay estaba buscando la caja fuerte, a su manera particular: de pie en medio de la estancia, miraba lentamente a su alrededor, luego miraba detrás de los cuadros o levantaba la alfombra... Pasaba a otra habitación, se ponía en el medio, miraba alrededor y abría los armarios... Hasta que encontró la caja fuerte empotrada en cemento, bajo la alfombra de un ropero. Sacó el taladro de su estuche.

—Enchufa esto -dijo.

Alim obedeció. Acataba órdenes cuando era necesario.

—Si esta vez no encontramos nada, se acabó buscar las cajas fuertes -ordenó.

Gay hizo un gesto de asentimiento. Habían abierto cuatro cajas fuertes en otras tantas casas, y todas estaban vacías. Parecía como si todo el mundo en Bel Air hubiera depositado sus joyas en bancos o las hubieran llevado consigo.

Alim regresó a la sala de estar para mirar a través de las transparentes cortinas. Era un brillante día de verano, sin nubes, en el que todo permanecía quieto. No había nadie a la vista. La mitad de las familias se habían ido a las colinas, y el resto de los hombres estaban haciendo las cosas que sabían hacer para poseer casas como aquella, y cualquiera que permaneciese en su casa debía estar contemplando la televisión para ver si los locutores habían cometido un error. Aquella clase de personas eran las que temían al cometa. Pero la gente como Alim, o la madre de Alim, que se ganaba la vida fregando suelos y tenía las rodillas destrozadas, o incluso el tendero a quien él le había disparado, aquella gente que tenía algo real que temer, no se preocupaba por la apariencia de una maldita luz en el cielo.

Bien, la calle estaba vacía. Trabajaban sin sudar y recogían un botín considerable. Al diablo con las joyas. Había objetos de plata, cuadros, receptores de televisión que oscilaban entre diminutos y enormes, dos o tres en cada casa. Habían almacenado en el camión un ordenador electrónico doméstico y un gran telescopio, cosas extrañas, difíciles de vender, y media docena de máquinas de escribir. Generalmente recogían también algunas armas, pero esta vez no. Los blancos en desbandada se habían llevado las armas.

—¡Mierda! Eh, hermanos...

Alim fue corriendo, y casi tropezó con Hannibal en la puerta.

Gay había abierto la caja fuerte y estaba sacando bolsas de plástico. Era un material que no podía guardarse en la bóveda acorazada de ningún banco. Tres bolsas de marihuana de primera calidad. Oh, señor Blanco, ¿estaban sus vecinos enterados de esto? Había también pequeñas cantidades de drogas más duras: coca, hashish oscuro y un frasquito que podría contener aceite de hashish, pero no tenía ninguna etiqueta y sería una locura probarlo. Gay, Harols y Hannibal no podían ocultar su alegría. Gay buscó papeles y empezó a preparar un porro.

—¡Basta! — Alim golpeó las manos de Gay, tirando al suelo el papel y la hierba—. ¿Os habéis vuelto locos? ¿Queréis drogaros en medio del trabajo, cuando todavía nos quedan cuatro casas por visitar? ¡Dadme todo eso! ¡Todo! Queréis una fiesta. Muy bien, tendremos una buena fiesta cuando estemos libres en casa.

A los demás no les hizo ninguna gracia la reprimenda, pero entregaron las bolsas a Alim y éste las guardó en los bolsillos de su holgada guerrera. Luego salieron de la casa, cargados con cuatro pesados bultos envueltos en sábanas.

Alim no se lo había llevado todo, pero no importaba. Al menos estarían bien cubiertos hasta que todo aquello pasara.

Alim cogió una radio y un tostador y siguió a los otros. La luz del día le hizo parpadear. Gay estaba en la parte trasera del camión, ajustando el toldo. Harold puso en marcha el motor. Todo iba bien. Alim se detuvo ante la puerta abierta del vehículo y echó un vistazo al camino.

Vio un árbol alto entre el césped que arrojaba dos sombras alargadas. Y un árbol más pequeño también tenía dos sombras. Miró al suelo y vio sus dos sombras, una de ellas moviéndose. Alzó la vista y vio un segundo sol que caía del cielo y se ocultaba tras la colina. Parpadeó. Cerró los ojos con fuerza y vio una intensa luminosidad violeta.

Subió al camión. Mientras bajaban por el sendero conectó la radio.

—Atención, Jackie, atención, Jackie. Maldito hijo de perra, ¡contesta!

—¿Quién es? ¿Alim Nassor?

—Sí. ¿Lo has visto?

—Si he visto, ¿qué?

—El cometa, ¡El Martillo de Dios! Le he visto caer. ¡He visto cómo cruzaba el cielo ardiendo, hasta que se estrelló! Jackie, escucha bien, porque estos cacharros no van a funcionar dentro de un momento. El cometa ha chocado. Todo ha sido verdad, y tenemos que reunimos.

—Alim, debes haber encontrado algo especial. ¿Coca, tal vez?

—Es cierto, Jackie. El mundo ha sido golpeado. Habrá terremotos y mareas inmensas. Llama a todo el mundo y diles que nos encontraremos... en la cabaña cerca de Grapevine. Tenemos que permanecer juntos. No nos ahogaremos porque estamos a mucha altura, pero tenemos que reunimos.

—Alim, esto es una locura. Todavía he de ir a dos casas, hemos recogido un montón de material, ¿y que me dices que ha llegado el fin del mundo?

—¡Llama a alguien, Jackie! ¡Alguien tiene que haberlo visto! Mira, tengo que llamar a los demás mientras todavía funciona la radio.

Alim cerró la comunicación. Todavía estaban en el camino. El rostro de Harold había adquirido un matiz ceniciento.

—Yo también lo he visto. George... Alim, ¿crees que estamos demasiado altos para ahogarnos? No quiero ahogarme.

—Estamos tan altos como es posible. Tenemos que bajar antes de llegar a Grapevine. Muévete, Harols. Tenemos que pasar por la zona baja antes de que llueva demasiado.

Harold aceleró. Alim conectó la radio. ¿Estaban realmente demasiado altos para ahogarse? ¿Había alguien, en alguna parte?

## EL MARTES DEL PORTENTO: UNO

*Corrí hacia la roca para ocultar mi rostro, pero la roca gritó: ¡No hay lugar para ocultarse! No hay lugar para ocultarse aquí abajo...*

Las cumbres de las montañas Santa Mónica eran sitio adecuado para vivir. Las tiendas estaban muy lejos. Trasladarse por carretera constituía una aventura. Los caminos eran casi verticales en algunos puntos. Sin embargo, había muchas casas allí arriba que, desde luego, no eran la consecuencia directa del exceso de población. El exceso de población dio lugar a la formación de las ciudades.

El panorama desde lo alto, el lunes por la noche, era increíble, único. En uno de los lados, Los Angeles se extendía a partir de la falda de la montaña. Al otro lado estaba el valle de San Fernando. De noche las ciudades se convertían en alfombras de luces multicolores que se extendían hasta el infinito. Las autopistas eran ríos de luz moviéndose entre mares luminosos. Parecía como si el mundo entero se hubiera convertido en ciudad.

Pero en las cumbres había también lugares vacíos. Mark, Frank y Joanna dejaron la carretera de Mulholland al caer el sol y subieron sus motocicletas por la falda de una colina. Acamparon en una zona rocosa, desde donde no se veían los automóviles en su interminable ir y venir, a cierta distancia de las casas a ambos lados. Frank Stoner dio una vuelta por la cumbre de la colina, miró las vertientes a ambos lados e hizo un gesto de asentimiento. Allí no se podía construir. Había demasiado peligro de corrimiento de tierras. No es que importara para nada la razón por la que nadie había construido allí una casa, pero a Frank Stoner no le gustaba dejar las preguntas sin respuesta. Regresó al lugar donde Joanna y Mark estaban montando el hornillo portátil.

–Puede que tengamos unos vecinos nerviosos -dijo Frank-. Cenemos mientras hay luz todavía. Cuando oscurezca no encenderemos linternas ni fuegos.

–No veo por qué... -empezó a decir Mark.

Joanna le interrumpió con un tono de impaciencia.

–Mira, estas casas están muy alejadas de la comisaría más próxima. Si se dan cuenta de que hay alguien merodeando cerca de sus casas lo más seguro es que se pongan nerviosos, y no queremos pasar la vigilia del martes del acontecimiento en la comisaría de Malibu.

La muchacha volvió a la lectura de las instrucciones en los paquetes de alimentos congelados que habían llevado consigo. No era una buena cocinera, pero si dejaba que Mark se encargara de la comida, él lo haría a su manera, que podría ser buena o mala, según su estado de ánimo. Si seguía las instrucciones era seguro que prepararía al menos algo comestible, y estaba hambrienta.

Miró a los dos hombres. Frank Stoner era mucho más alto que Mark, un hombre robusto, fuerte, físicamente atractivo. Joanna había tenido antes aquella sensación. Sería muy bueno en la cama.

No era la primera vez que sentía aquello, pero hasta entonces no había pensado que se había equivocado de hombre al unirse a Mark. Aquella idea la dejó perpleja. Vivir con Mark era muy divertido. No sabía si estaba enamorada de Mark, porque no estaba segura de qué era el amor, pero se entendían en la cama y no se enfadaban con frecuencia. ¿Por qué pues aquella súbita atracción por Frank Stoner?

Vació la lata de carne en una cacerola y sonrió, oculta a las miradas de los hombres. Querrían saber qué le hacía sonreír, y ella no quería explicarlo. Si ella misma se preguntaba por qué Frank Stoner le hacía tilín...

Pero la cuestión le tenía preocupada. Joanna había recibido una buena educación, gracias a sus padres de clase media alta. No la utilizaba mucho, pero al menos gracias a aquella educación sentía una considerable curiosidad, sobre todo por la gente, incluida ella misma.

–Esto es casi perfecto -dijo Mark.

Frank hizo un gruñido de desaprobación.

–¿No? ¿Por qué no? – preguntó Mark. El había elegido aquel lugar y estaba orgulloso de su elección.

–Es mejor el desierto Mojave -dijo Frank en tono distraído. Tendió en el suelo su saco de dormir y se sentó sobre él-. Pero está demasiado lejos para ir por nada. Con todo... Estamos sobre una mala capa.

–¿Una capa? – preguntó Joanna.

—Es una capa tectónica -dijo Mark-. Ya sabes, los continentes flotan encima de las rocas fundidas del interior de la tierra.

Frank escuchaba en silencio. No había motivo para corregir a Mark. El Mojave era desde luego un sitio mejor. Se encontraba en la plataforma norteamericana. Los Angeles y la Baja California estaban situadas en otra. Ambas se unían en San Andreas Fault, y si el Martillo golpeaba allí, San Andreas se convertiría en un infierno. Haría que ambas plataformas temblaran, pero en la norteamericana tendría menor repercusión.

De todos modos, sólo se trataba de un ejercicio. Frank había preguntado al JPL, y las probabilidades de que el Martillo chocara con la Tierra eran escasas. Había más peligro en las autopistas. Aquella acampada era un ejercicio de entrenamiento, pero cuando Stoner hacía algo lo hacía bien. Estaba en su naturaleza. Había hecho que Joanna llevara su propia moto, aunque ella prefería montar detrás de Mark. Frank insistió en que llevaran las tres, por si perdían una.

—Todo es por puro entrenamiento -dijo Frank-, pero tal vez el entrenamiento merezca el esfuerzo.

—¿Eh? — Joanna haba encendido el hornillo. Ya empezaba a oscurecer.

—No es inútil estar preparado para el colapso de la civilización -dijo Frank-. La próxima vez no será el Martillo, sino alguna otra cosa. Pero será algo. Lee tus periódicos.

Joanna pensó que aquella era la razón de su interés por Frank. Le hacía reflexionar. Sin duda era más sensato estar unida a Frank Stoner que a Mark Czescu, si llegaba el fin de la civilización.

Y Frank había querido ir al desierto Mojave, pero Mark le convenció para que fueran a otro sitio. Mark no podía admitir del todo que le afectaba la fiebre del Martillo. Parecería estúpido.

Comieron más temprano de lo acostumbrado. Frank insistió en ello. Cuando terminaron, todavía había bastante luz para lavar las cacerolas. Entonces se tendieron sobre sus sacos de dormir, ya casi a oscuras, contemplando cómo la luz se disipaba sobre el Pacífico, hasta que con la noche llegó el frío y se metieron en los sacos. Joanna había llevado su propio saco de dormir. Normalmente, en sus salidas al campo con Mark, unían los dos sacos, pero aquella noche no lo hizo.

La luz desapareció al oeste. Las estrellas aparecieron una a una. Al principio eran sólo estrellas. Luego apareció en el cielo una película luminosa procedente del este, que se mezcló con las luces resplandecientes sobre Los Angeles, luego se hizo más brillante, hasta que hacia medianoche era más brillante que la misma ciudad, tan brillante como una gran aurora boreal. Fue agrandándose y brillando más hasta que sólo se veían unas pocas estrellas a través de la cola del cometa Hamner-Brown que envolvía a la Tierra.

Hablaron para mantenerse despiertos. Los grillos chirriaban a su alrededor. Aquella tarde habían dormido, aunque ni Frank ni Mark se lo dirían a los otros. Eso hubiera sido admitir que ambos estaban en la treintena y lo notaban. Frank contó anécdotas sobre las formas en que el mundo podría terminar. Mark le interrumpía una y otra vez para añadir sus propias opiniones, ampliar detalles o anticiparse a

lo que Frank iba a decir.

Joanna escuchaba a los dos con creciente impaciencia. Estaba silenciosa, pensativa. Mark siempre hacía aquello. Nunca la había molestado hasta entonces. ¿Por qué se sentía ahora enojada con él? Todo formaba parte del mismo proceso. ¿Eran instintos femeninos? ¿Se debía a la atracción hacia el hombre más fuerte? Aquello no tenía sentido. Desde luego no formaba parte de su filosofía. Ella era Joanna, una mujer totalmente liberada, su propia persona, con dominio sobre su vida...

El dilema le hizo pensar en otras cosas. Todavía no tenía treinta años, pero no le faltaba mucho, ¿y qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo? No podía seguir así, ganando unos pocos dólares cuando Mark estaba sin trabajo, yendo de un lado a otro en una motocicleta. Aquello era muy divertido, pero demonio, debería hacer algo serio, una cosa permanente...

—Apuesto a que puedo colocar las mochilas de tal manera que nadie pueda ver el hornillo -decía Mark-. Jo, ¿quieres hacer café? ¿Me oyes, Jo?

Al alba Frank y Joanna dormían. Mark sonrió como si hubiera ganado un concurso. Disfrutaba mirando el rayar del alba, algo que no podía hacer con frecuencia en los últimos tiempos. El alba de aquel día venía con una luz mágica, la luz del sol débilmente rebajada y transmutada por gases y polvo procedentes del espacio interestelar.

Se le ocurrió que si empezaba en seguida a preparar el desayuno podría llegar a un teléfono antes de que Harvey Randall hubiera salido de su casa. Randall le había invitado para que se uniera al equipo que cubriría las noticias en el martes del acontecimiento, pero Mark había vacilado, y seguía vacilando. Preparó el hornillo y las cacerolas para el desayuno, decidió no despertar a los otros y regresó a su saco de dormir.

Le despertó el olor de tocino frito.

—No has llamado a Harv, ¿eh? — dijo Joanna.

Mark se desperezó estirando los brazos.

—He decidido mirar las noticias en vez de hacerlas. ¿Sabes dónde está ahora el mejor panorama del mundo? Ante un televisor.

Frank le miró con curiosidad. Volvió la cabeza para indicar la altura del sol, pero Mark no le entendió.

—Echa un vistazo al reloj.

¡Eran casi las diez! Joanna se rió al ver la expresión de Mark.

—¡Diablos! Nos lo vamos a perder -se quejó Mark.

—Ahora no tiene sentido que echemos a correr -dijo Frank riendo alegremente-. No te preocupes,



mostrarán repeticiones durante todo el día.

–Podríamos llamar a una de las casas -sugirió Mark.

Los otros se rieron de él, y Mark admitió que no tenía reparos para hacerlo. Comieron rápidamente, y Mark sacó una botella de vino y la ofreció a sus compañeros.

–Será mejor que recojamos las cosas y...

Frank se detuvo a mitad de la frase.

Había una luz brillante por encima del Pacífico. Estaba lejos, muy alta, y avanzaba hacia abajo con rapidez. Una luz muy brillante.

Los hombres no hablaron. Se limitaron a mirar. Joanna alzó la vista, alarmada, cuando Frank quedó en silencio. Nunca le había visto asustado por nada, y ella giró en redondo, esperando ver a Charles Manson corriendo hacia ellos y armado de una sierra eléctrica. Miró en la misma dirección que los hombres.

Un pequeño sol de un blanco azulado se hundió rápidamente en el sur, más allá del liso horizonte azul del Pacífico. Dejó una estela ardiendo tras él. En cuanto desapareció, algo parecido a los rayos de un reflector recorrió su trayectoria y subió más alto, por encima del cielo sin nubes.

Pasó uno, dos, tres segundos, sin que ocurriera nada más.

–El portento... -dijo Mark.

Una bola de fuego blanco apareció un instante sobre el borde del mundo.

–El portento. Es real. Todo es real. – Mark parecía a punto de reír-. Tenemos que empezar a movernos...

–Tonterías -dijo Frank, en tono lo bastante firme para atraer la atención de los otros-. No debemos movernos cuando empiecen los terremotos. Vamos a acostarnos, poniéndonos alrededor los sacos de dormir. Ven aquí, Joanna, tiéndete, te sujetaré el saco. Mark, ve un poco más allá.

Luego Frank corrió hacia las motos. Con cuidado, puso a una de lado, tendida en el suelo, apartó a la siguiente y también la tumbó. Se movía con rapidez y decisión. Volvió a por la tercera moto y la apartó.

Vieron brillar tres puntos blancos. Dos de ellos centellearon y desaparecieron... El tercero y más brillante debió haber chocado a lo lejos, en el sudeste. Frank consultó su reloj y contó los segundos. Joanna y Frank estaban a cubierto. Frank cogió su saco y se tendió cerca de ellos. Sacó unas gafas de sol y los otros le imitaron. El abultado saco de dormir hacía que Frank pareciera muy grueso. Las gafas de sol daban a su rostro una expresión impenetrable. Permaneció tendido boca arriba con los

brazos detrás de la cabeza.

—Magnífico panorama.

—Sí, a los Guardianes del Cometa les encantará -dijo Mark-. Me pregunto dónde habrá ido Harv. Me alegro de no haberme decidido a ir con él. Aquí podríamos estar seguros, si las montañas aguantan.

—Calla -dijo Joanna-. Calla, calla.

Pero no lo dijo lo bastante alto para hacerse oír. Lo susurró, y su susurro quedó ahogado por el rugido que se acercaba a ellos, y entonces las montañas empezaron a moverse.

El centro de comunicaciones del JPL estaba lleno de gente: periodistas con pases especiales, amigos del director e incluso algunas personas, como Charles Sharps y Dan Forrester, que pertenecían a aquel organismo.

Las pantallas de televisión exhibían las imágenes. La recepción no era muy buena, pues la colación ionizada del cometa trastornaba la atmósfera superior y las imágenes de televisión tendían a disolverse en líneas ondulantes. Sharps pensó que no importaba. A bordo del Apolo efectuarían grabaciones y más tarde las recuperarían. Además se tomarían muchas fotografías a través del telescopio. En la próxima hora se aprendería más sobre los cometas de lo que se había aprendido en los últimos cien mil años.

Era una idea sensata, y Sharps acostumbraba a ser sensato. Ocurría lo mismo con los planetas, con todo el sistema solar. Hasta que los hombres viajaban o enviaban sondas al espacio, todo eran suposiciones acerca de su universo. En cambio, ahora tenían conocimientos ciertos. Y ninguna otra generación haría tantos descubrimientos, puesto que la siguiente generación aprendería de los libros de texto, no directamente del universo. Los niños crecerían con aquellos conocimientos. No sería, pensó Sharps, como en su infancia, cuando no sabían nada. La época en que vivía era emocionante, y a Sharps le encantaba.

Un reloj digital señalaba los segundos. Un panel de vidrio con un mapamundi mostraba la posición actual de la cápsula Apolo.

Sharps recordó que debería decir Apolo-Soyuz y sonrió, porque si uno no hubiera sido lanzado, el otro tampoco lo habría sido. La rivalidad entre soviéticos y norteamericanos aún servía, a veces, para algo, para obligar a la cooperación entre ambos, por lo menos. Lástima que tuvieran problemas con las comunicaciones. En el laboratorio espacial, el «laboratorio del Martillo» como le llamaban familiarmente, se producían pérdidas de energía. No habían previsto aquello, pero deberían haberlo hecho. No pudieron prever que el cometa se acercaría tanto cuando efectuaron el lanzamiento de las cápsulas espaciales.

—¿A qué distancia? — preguntó Sharps.

Forrester alzó la vista de la consola del ordenador.

—Es difícil decirlo. — Pasó los dedos por el teclado, como si tocara el órgano—. Si esa última información no hubiera llegado mutilada lo sabría. El mejor cálculo lo sitúa todavía a mil kilómetros, suponiendo que fuera cierta aquella lectura confusa, y si la que yo envié porque no coincidía con las otras está equivocada. Hay muchos condicionantes.

—Sí.

—Estoy tomando fotos... filtro número treinta y uno... a mano...

Apenas pudieron reconocer la voz de Rick Delanty.

—Uno de tus logros -dijo Dan Forrester.

—¿Mío? ¿Cuál es?

—Conseguir que el primer astronauta negro participara en una misión -dijo Forrester, pero habló distraídamente, porque se estaba fijando en los rasgos ondulantes que aparecían en el osciloscopio. Apretó unos botones y una de las imágenes de televisión mejoró enormemente.

Charlie Sharps miró la nube que se aproximaba. La vio sólo como un conjunto de tonos grises no muy contrastados, pero era evidente que no se movía en sentido lateral. El reloj señalaba inexorable los segundos.

—¿Dónde diablos está el cometa? — preguntó Sharps de repente.

Le oyera o no, Forrester no respondió.

—...trayectoria de los bordes externos del núcleo. Repito, Tierra... externos... imposible... puede chocar...

La voz radiofónica se desvaneció.

—Atención, laboratorio, aquí Houston, no entendemos, utilicen plena potencia y repitan. Repito, no entendemos.

Pasaron más segundos. Entonces, de súbito, las imágenes surgieron en las pantallas de televisión, al principio borrosas, pero luego fueron aclarándose, llenas de color, debido a que el Apolo había utilizado el telescopio principal y la máxima potencia de transmisión.

—Dios mío, ¡se acerca mucho! — exclamó Johnny Baker- Parece como si fuera a chocar...

Las imágenes de las pantallas cambiaron rápidamente mientras Rick Delanty seguía con el telescopio principal la cabeza del cometa. Este fue aumentando de tamaño, aparecieron formas en el torbellino

brumoso, formas más grandes, detalles, porciones de roca, chorros de gas. Todo sucedía mientras los espectadores contemplaban la imagen. Esta fue descendiendo hasta que la misma Tierra apareció a la vista.

Y en la Tierra aparecieron puntos brillantes. Durante un largo momento, un momento que pareció prolongarse para siempre, las imágenes permanecieron en la pantalla de televisión: la Tierra con puntos destellantes, de una luz tan brillante que la televisión sólo podía mostrarlos como manchas luminosas y ausencias de detalle.

La imagen permaneció en la mente de Charlie Sharps. Destellos en el Atlántico. Europa salpicada de manchas brillantes por todas partes, con una de gran tamaño en el Mediterráneo. Un punto brillante en el golfo de México. El oeste era invisible para el Apolo, pero Dan Forrester accionaba el ordenador. Suponían que estaban llegando todos los datos disponibles, desde todas las fuentes. Los locutores gritaban. Varios de ellos en distintos canales, de fuentes diferentes, hacían oír sus voces sobre las repentinas interferencias.

—¡Bola de fuego sobre nuestras cabezas! — gritó una voz.

—¿Dónde ha sido eso? — preguntó Forrester, con voz lo bastante alta para imponerse al barullo que reinaba en la sala.

—Flota de recuperación del Apolo -respondieron-, y hemos perdido las comunicaciones con ellos. Las últimas palabras que llegaron a nosotros fueron: «Bola de fuego al sudeste», y luego «Bola de fuego sobre nuestras cabezas». Luego nada.

—Gracias -dijo Forrester.

—Houston, Houston, se ha producido un gran choque en el golfo de México. Repito, gran choque en el golfo de México, a quinientos kilómetros al sudeste de vosotros. Solicitamos el envío de un helicóptero para recoger a nuestras familias.

—Dios mío, ¿cómo puede Baker estar tan tranquilo? — preguntó alguien.

¿Quién sería el estúpido que preguntaba aquello?, se dijo Sharps. Debía ser nuevo en el campo y nunca había oído a los astronautas cuando hay un verdadero problema. Echó una mirada a Forrester. Este asintió.

—El Martillo ha caído -dijo.

Las imágenes desaparecieron de todas las pantallas de televisión, y los altavoces sólo emitieron los ruidos de las interferencias.

Tres mil kilómetros al nordeste de Pasadena, en un agujero forrado de cemento armado a ochenta metros bajo el suelo, el comandante Bennet Rosten tocaba distraídamente la pistola que colgaba de su

cadera. Se dio cuenta de su distracción y colocó las manos sobre la consola de control de lanzamiento de los misiles Minuteman. Las mantuvo allí un momento, y luego tocó la llave colgada de una cadena alrededor de su cuello. «Maldita sea, pensó Rosten, el viejo me pone nervioso.»

Rosten tenía justificación para pensar así. La noche anterior había recibido una llamada directa del general Thomas Bambridge, y el comandante en jefe del Mando Aéreo Estratégico no solía dirigirse personalmente a los jefes de brigada al frente de los misiles. El mensaje de Bambridge fue corto. «Quiero que vaya al agujero mañana. Y, para su información, sepa que volaré en el avión especial.»

—Arrea -respondió el comandante Rosten-. Señor... ¿esto significa que ha llegado la hora del gran chupinazo?

—Probablemente no -le dijo Bambridge, y pasó a darle explicaciones, las cuales no fueron muy tranquilizadoras para Rosten. Si los rusos creían en serio que los Estados Unidos estaban ciegos y parálíticos...

Miró a su izquierda. Su ayudante, el capitán Harold Luce, estaba ante una consola idéntica a la de Rosten. Las consolas se encontraban a gran profundidad, rodeadas de cemento armado y acero, y estaban construidas para resistir el impacto cercano de una bomba atómica. Los dos hombres eran necesarios para echar a volar sus pájaros. Ambos tenían que girar llaves y apretar botones, y la secuencia cronométrica estaba dispuesta de tal modo que un hombre no podía hacerlo solo.

El capitán Luce estaba relajado ante su consola, con varios libros desparramados delante de él. Estaba siguiendo un curso de historia del arte oriental por correspondencia. Coleccionar grados universitarios por correspondencia era el pasatiempo habitual de los hombres destinados a los agujeros, ¿pero podía Luce dedicarse a aquello cuando estaban oficiosamente en alerta?

—Oye, Hal... -le llamó Rosten.

—Sí, jefe.

—Tienes que estar alerta.

—Lo estoy. No va a suceder nada, ya verá.

—Espero que no. — Rosten pensó en su esposa y sus cuatro hijos que se hallaban en Missoula. Al principio detestaron la idea de trasladarse a Montana, pero ahora les gustaba aquel estado con una magnífica naturaleza, cielos abiertos y sin los problemas de las grandes ciudades-. Desearía...

Le interrumpió la voz impersonal del altavoz cubierto por tela metálica, en el techo.

—OEG, OEG -dijo la voz-. Ordenes de emergencia de guerra, órdenes de emergencia de guerra. Esto no es un ejercicio. Autenticación 78-43-76854-87902-1735 Zulu. Alerta roja. Están ustedes en situación roja.

Sonaron las sirenas en todo el búnker de cemento armado. El comandante Rosten apenas se dio cuenta de que un sargento bajaba la escalera de acero que conducía a la entrada y cerraba la puerta acorazada de la cámara. El sargento la cerró desde el exterior e hizo girar el disco de combinaciones. Nadie entraría en el agujero a menos que se produjera una explosión. Entonces, tal como ordenaba el reglamento, el sargento empuñó su metralleta y se apostó dando la espalda a la gran puerta de la cámara acorazada. Las líneas de su rostro eran duras y permanecía de pie en una postura rígida, tragándose el tenso nudo del miedo.

En el interior, Rosten había tecleado los números de autenticación en su consola y abierto los sellos de un sobre extraído de su libro de órdenes. Luce hacía las mismas operaciones en su consola.

—Certifico que esta autenticación es verdadera -leyó Luce.

—Bien, inserta -le ordenó Rosten.

Simultáneamente se quitaron las llaves que colgaban de sus cuellos y las introdujeron en las cerraduras pintadas de rojo de sus consolas. Una vez insertas, y tras darles un primer giro, las llaves no podían retirarse sin otras llaves que ni Luce ni Rosten tenían. Era el procedimiento del Mando Aéreo Estratégico...

—Contando -dijo Rosten-. Uno, dos.

Dieron otros dos giros a las llaves y esperaron. Aún no era el momento de hacerlas girar más.

Era media mañana en California y la caída de la tarde en las islas griegas. Los últimos rayos del sol se habían desvanecido cuando dos hombres alcanzaron la cima del macizo de granito. Al este apareció una primera estrella. Muy por debajo de los dos hombres, unos campesinos griegos conducían asnos sobrecargados a través de un laberinto de muros bajos de piedra y viñedos.

La ciudad de Akrotira se extendía entre dos luces. Era una ciudad llena de incongruencias: casas con paredes de barro pintadas de blanco que podrían haber sido construidas hace diez siglos, la fortaleza veneciana en lo alto de una colina, la escuela moderna cerca de la antigua iglesia bizantina, y, por debajo, el campo donde Willis y MacDonald estaban poniendo al descubierto restos de la Atlántida. El lugar era casi invisible desde lo alto de la colina. Al oeste parpadeó una estrella, se encendió y apagó al instante. Luego otra hizo lo mismo.

—Ha empezado -dijo McDonald.

Jadeando, Alexander Willis se acomodó en la roca. Estaba un poco irritado. Aquella ascensión de una hora le había dejado sin aliento, aunque tenía veinticuatro años y se consideraba en buena forma física. Pero MacDonald le había precedido durante todo el camino, ayudándole a subir a la cima, y aquel hombre, cuyos cabellos pelirrojos habían retrocedido para exponer la mayor parte de su cráneo bronceado, ni siquiera tenía el aliento entrecortado. MacDonald se había ganado a pulso su fuerza, pues los arqueólogos trabajan más duro que los cavadores de zanjas.

Los dos hombres se sentaron con las piernas cruzadas, mirando al oeste, contemplando los meteoros.

Se encontraban a noventa metros por encima del nivel del mar, en el punto más alto de la extraña isla de Thera. Aquella protuberancia granítica había recibido muchos nombres por parte de una docena de civilizaciones, y había sobrevivido a numerosos cataclismos. Ahora era conocida como monte del profeta Elías.

Las aguas de la bahía al pie del promontorio destacaron de la oscuridad. Era una bahía circular, rodeada por altos acantilados, la caldera de una explosión volcánica que destruyó dos tercios de la isla, acabó con el imperio minoico y creó las leyendas de la Atlántida. Ahora una nueva isla, de aspecto sombrío y árido, se alzaba en el centro de la bahía. Los griegos la llamaban la Nueva Tierra Quemada, y los isleños sabían que algún día también estallaría, como Thera lo había hecho tantas veces antes.

Rojas estelas se reflejaban en la bahía. En el cielo ardía algo blanco azulado. Al oeste se desvaneció el resplandor dorado, pero no le sustituyó el negro sino un extraño brillo verde y anaranjado, de consistencia casi sólida, como un telón de fondo para los meteoros. Una vez más, Faetón conducía el carro del sol...

¡Los meteoros llegaban cada pocos segundos! Esquirlas de hielo entraban en la atmósfera y ardían con un resplandor. Las bolas de nieve trazaban estelas de un blanco verdoso. La Tierra se encontraba muy dentro del coma del Hamner-Brown.

—Curiosa distracción para nosotros -dijo Willis.

—¿Contemplar el cielo? Siempre me ha gustado -confesó MacDonald-. No me imaginas excavando en Nueva York, ¿verdad? Los lugares desiertos, donde el aire es claro, donde los hombres han observado las estrellas durante diez mil años, ahí es donde encuentras las civilizaciones antiguas. Pero jamás he visto un cielo como este.

—Me pregunto cuál sería su aspecto después de lo que... ya sabes.

MacDonald se encogió de hombros, con un gesto apenas perceptible en la semioscuridad.

—Platón no lo describe. Pero los hititas dicen que un dios de piedra surgió del mar para desafiar al cielo. Tal vez vieron la nube. También hay ciertos pasajes en la Biblia que podrían considerarse como relatos de testigos presenciales, pero desde una larga distancia. Nadie querría estar cerca de Thera cuando estalló.

Willis no respondió. No era de extrañar. Una gran luz verdosa cruzó ardiendo el cielo, hacia arriba, y duró unos segundos antes de que estallase y se extinguiera. Willis miró hacia el este. Una exclamación se quedó insonora en sus labios.

—¡Mac! ¡Vuélvete!

MacDonald se volvió.

El cielo apelmazado se alzó como un telón, permitiendo la vista por debajo del borde, perfectamente recto, a pocos grados por encima del horizonte. Encima estaba el brillo verde y anaranjado del coma del cometa. Debajo, la negrura en la que brillaban las estrellas.

—La sombra de la Tierra -dijo MacDonald-. Una sombra arrojada a través del coma. Ojalá mi mujer hubiera vivido para ver esto, sólo un año más...

Una gran luz brilló detrás de ellos. Willis se volvió. La luz se hundió lentamente... Era demasiado brillante para mirarla, cegadora, engullía el fondo... Willis la miró fijamente. ¿Qué era aquello? Se hundía, y desapareció.

—Espero que hayas apartado la vista -dijo MacDonald.

Willis no veía nada. Parpadeó inútilmente.

—Creo que estoy ciego -dijo. Tendió un brazo, palpó piedra y buscó la seguridad de una mano humana.

—No creo que importe -dijo en voz baja MacDonald.

Willis sintió un acceso de ira, pero se apaciguó en seguida. Supo al instante lo que quería decir. MacDonald le cogió de las muñecas y se las colocó alrededor de una roca.

—Agárrate fuerte a esta piedra. Te diré lo que veo.

—De acuerdo.

MacDonald habló apresuradamente.

—Cuando la luz se apagó, abrí los ojos. Por un momento creí ver algo así como un rayo violeta que iba hacia el cielo, pero desapareció. Surgió después desde detrás del horizonte. Aún nos queda algún tiempo.

—Thera es una isla que trae mala suerte -dijo Willis. No podía ver nada, ni siquiera la oscuridad.

—¿No te has preguntado alguna vez por qué siguen construyendo aquí? Algunas de las casas tienen centenares de años. Se producen erupciones con intervalos de pocos siglos. Pero ellos siempre regresan. Por eso, lo que estamos haciendo Alex, puedo ver la ola de la marea. A cada segundo que pasa es mayor. No sé si llegará a esta altura o no, pero de todos modos agárrate fuerte para resistir la onda expansiva del aire.

—Primero habrá un temblor de tierra. Supongo que éste es el fin de la civilización griega.

—Supongo que sí. Y una nueva leyenda de la Atlántida, si alguien vive para contarlo El telón aún se está alzando.



Al oeste hay estelas del núcleo, al este la sombra negra de la Tierra, meteoros por todas partes... -La voz de MacDonald se extinguió.

-¿Qué sucede?

-Cerré los ojos, pero ¡fue al noreste! ¡Y enorme!

-Greg, ¿quién llamó a esto el monte del profeta Elias? Es condenadamente apropiado.

El suelo tembló, la onda avanzó desde las entrañas de Thera, a través del canal magmático que el lecho marino había cubierto treinta y cinco siglos antes. Willis notó que la roca se retorció entre sus brazos. Entonces Thera estalló. Una onda expansiva de vapor ardiente mezclado con lava arrebató a Willis y le mató al instante. Segundos más tarde el maremoto avanzó a través de la herida anaranjada.

Nadie viviría para contar la segunda explosión de Thera.

Mabel Hawker barajó sus cartas y sonrió para sus adentros. Veinte puntos. Tenía una buena mano. Su compañera, lamentablemente, no la tenía. Por la manera como Bea Anderson apostaba, habría en juego un centenar de dólares cuando el aparato aterrizara en el aeropuerto Kennedy.

El Boeing 747 sobrevolaba Nueva Jersey en su descenso hacia Nueva York. Mabel, Chet y los Anderson estaban sentados a una mesa en el departamento de primera clase, demasiado alejados de las ventanillas para ver algo. Mabel sentía que el juego de bridge le impidiera ver Nueva York, desde el aire. Nunca lo había visto, pero no quería que los Anderson lo supieran.

Los resplandores externos volvieron a iluminar las ventanillas.

-Tú apuestas, May -dijo Chet.

Los pasajeros que ocupaban los asientos junto a las ventanillas estiraban el cuello para ver mejor. Las voces se entremezclaban en el compartimiento, y Mabel notaba el miedo que se agazapa en la mente de todo pasajero.

-Lo siendo -dijo-. Dos diamantes.

-Cuatro corazones -dijo Bea Anderson, y Mabel dio un respingo.

Se oyó el suave sonido de un timbre y se encendió el letrero: «Abróchense los cinturones».

-Soy el comandante Ferrar -dijo una voz amistosa-. No sabemos qué ha sido ese resplandor, pero les pedimos que se abrochen los cinturones por si acaso. Sea lo que fuere, lo hemos dejado muy atrás.

La voz del piloto era muy tranquila y reconfortante. ¿Habría hecho Bea una declaración más alta de lo

necesario? Oh, Dios, ¿sabía acaso lo que significaba una apertura con dos diamantes? Ahora tendría que jugar al alza...

Se produjo un ruido, como si algo muy grande fuera partido en dos lentamente. De repente el avión empezó a avanzar con dificultades, agitándose.

Mabel había leído que los viajeros experimentados mantenían sus cinturones abrochados holgadamente durante todo el viaje, y ella lo había hecho. Pero ahora se desabrochó el cinturón, dejó las cartas de cara abajo y se precipitó hacia un par de asientos vacíos junto a una ventanilla.

—Madre, ¿por qué haces eso? — le preguntó Chet. Mabel hizo una mueca. Le disgustaba que le llamaran «madre». Era una expresión de palurdo. Se tendió sobre los asientos y miró afuera.

El gran aparato cabeceó, mientras los pilotos trataban de compensar un súbito viento de cola que se movía casi a la misma velocidad que el avión. Las alas perdieron su capacidad de sustentación. El Boeing 747 cayó como una hoja, derrapando, bamboleándose, mientras los pilotos luchaban por dominarlo.

Mabel vio la ciudad de Nueva York a lo lejos. Allí estaba el Empire State Building, la estatua de la Libertad, el World Trade Center, tal como ella los había imaginado, pero emergiendo en un paisaje con una inclinación de cuarenta y cinco grados. En algún lugar su hija estaría en camino hacia el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy para recibir a sus padres y presentarles al muchacho con el que iba a casarse... Los alerones se deslizaban en el borde posterior del ala. El avión se bamboleó y vibró, y las cartas de Mabel volaron como mariposas asustadas. Sintió que el avión se alzaba, saliendo del picado.

Muy por encima corrían negras nubes como una cortina a través del cielo, más rápidas que el avión, centelleando con relámpagos a medida que se movían. Rayos por todas partes. Uno de ellos cayó sobre la estatua de la Libertad y fue absorbido por la antorcha que sostenía en su brazo la gran dama. Entonces, un rayo alcanzó al avión.

Pasado Ocean Boulevard había un risco, a cuyo pie se extendía la autopista costera del Pacífico. Más allá estaba el mar. En el borde del risco, un hombre con barba contemplaba el horizonte. Su expresión era de inefable felicidad.

La luz había brillado sólo uno o dos segundos, pero fue cegadora. Dejó en el campo visual del hombre barbudo la imagen de un globo azul. Un resplandor rojizo... extraños efectos luminosos que trazaban una columna vertical... Se volvió con una sonrisa de felicidad.

—¡Rezad! — gritó-. ¡El Día del Juicio ha llegado!

Una docena de transeúntes se detuvieron para mirarle. La mayoría no le hicieron caso, aunque su figura era impresionante, con los ojos brillantes y la espesa barba negra con dos mechones de un blanco níveo en la barbilla. Pero uno de los transeúntes se dirigió a él.

—Si no bajas de ahí será tu Día del Juicio. Va a producir. se un terremoto.

El hombre barbudo apartó la vista. El que le había interpelado, un negro muy bien vestido, le habló de nuevo en un tono más apremiante.

—Si estás en el risco cuando se venga abajo, te perderás la mayor parte del Día del Juicio. ¡Vamos, baja de ahí!

El de la barba hizo un gesto de asentimiento y bajó para unirse al otro en la acera.

—Gracias, hermano.

La tierra tembló y gruñó. El hombre barbudo. Vio que el transeúnte del traje marrón se arrodillaba y le imitó. La tierra se agitó y se desprendieron algunas piedras del risco. Habrían aplastado al hombre barbudo si éste hubiese permanecido donde estaba.

—Porque El viene -gritó el hombre barbudo-. Porque El viene para juzgar a la Tierra...

El otro se unió al salmo:

—...y con justicia para juzgar al mundo y a los pueblos con Su verdad.

Otros transeúntes se unieron a ellos. La tierra en movimiento se combó y onduló.

—Gloria al Padre y al...

Una intensa y repentina sacudida los arrojó al suelo. Volvieron a ponerse de rodillas. Cuando se detuvo el temblor del suelo, algunos de los que se habían unido al grupo echaron a correr, en busca de coches para huir tierra adentro...

—Oh, Cielos, glorificad al Señor -gritó el hombre barbudo. Los que se habían quedado se unieron al cántico. Las respuestas eran fáciles de aprender, y el hombre de la barba sabía todos los versículos.

En las aguas del océano se veían practicantes de *surf*. Habían flotado mientras duraron las violentas sacudidas. Ahora eran invisibles bajo una densa cortina de lluvia salada. Muchos de los que se habían unido al grupo del hombre barbudo huyeron y desaparecieron bajo aquella lluvia, pero él siguió orando, y se unieron a él otras personas que salieron de las casas vecinas.

—Oh, mares y corrientes, alabad al Señor, elogiadle y glorificadle para siempre.

La lluvia era torrencial, pero delante del hombre de la barba y su rebaño, una rara combinación de vientos despejaba un espacio que permitía ver el risco y la playa desierta. Las aguas retrocedían, espumeantes, dejando sobre las arenas mojadas por la lluvia pequeños objetos flotantes.

—Oh, vosotras, ballenas, y todo cuanto se mueve en las aguas, alabad al Señor...

El cántico finalizó. El grupo se arrodilló bajo la intensa lluvia y los relámpagos. El hombre de la barba creyó ver, a lo lejos, a través de la lluvia y más allá de las aguas que retrocedían, en el horizonte, que el océano se alzaba en una especie de joroba, un muro vertical al otro lado del mundo.

—Sálvanos, oh Dios -gritó el hombre de la barba- pues llegan las aguas, incluso hasta mi alma. — Los demás no sabían el salmo, pero escuchaban en silencio. Un siniestro fragor llegó desde el océano-. Me he hundido en cieno profundo, donde el pie no toca fondo. He entrado en aguas muy hondas, y una caudalosa corriente me ha arrollado. — El hombre barbudo pensó entonces que el resto del salmo no era nada apropiado, y empezó de nuevo-: El Señor es mi pastor. No padeceré miseria.

El agua avanzaba velozmente. El grupo terminó el salmo. Una de las mujeres se puso de pie.

—Reza ahora -le dijo el hombre barbudo.

El ruido del mar ahogó el resto de sus palabras, y una cortina de lluvia cayó sobre ellos, una lluvia cálida que ocultaba el mar y las olas. Luego apareció un inmenso muro de agua que superaba en altura al más alto de los edificios, un destructivo monstruo acuático, espumeante, gris y blanco en la base, alzándose como un telón verde. El hombre barbudo vio un objeto diminuto que se movía sobre la superficie del agua. Luego el muro le engulló a él y a su rebaño.

Gil descansaba boca abajo sobre la tabla, entretenido en pensamientos ociosos, esperando con los demás que llegara la gran ola. El agua chapoteaba bajo su vientre. El sol le quemaba la espalda. Otros practicantes de *surf* se mecían en una hilera a ambos lados de él.

Janine le miró, sonriente, con una sonrisa llena de promesas y recuerdos. Su marido estaría tres días más fuera de la ciudad. Gil le devolvió la sonrisa sin decir nada. Esperaba una ola. Sabía que el oleaje no era muy bueno en la playa de Santa Mónica, pero el apartamento de Janine estaba cerca y ya vendrían días mejores para practicar su deporte favorito.

Las casas y apartamentos situados en el risco parecían subir y bajar. Parecían nuevos, no como las casas de la playa de Malibu, que siempre parecían más viejas de lo que eran. Pero incluso allí se notaban las señales del tiempo. La entropía avanzaba veloz en la línea entre el mar y la tierra. Gil era joven, como todos los hombres que esperaban sobre sus tablas de *surf* aquella hermosa mañana. Tenía diecisiete, años, estaba bronceado por el sol y sus largos cabellos eran de un rubio casi blanco. Los músculos de su abdomen parecían las placas inconexas de un armadillo. Estaba contento de parecer mayor de lo que era. No había tenido que pagar por un lugar donde cobijarse o por comida desde que su padre le echó de casa. Siempre había mujeres mayores dispuestas a echarle una mano.

El marido de Janine le inspiraba una vaga simpatía. El no suponía una amenaza para el hombre. No quería nada permanente. Janine podría haberse encaprichado de algún tipo que fuera con ella por su dinero y no estuviera dispuesto a perderla...

Un brillo repentino le hizo entrecerrar los ojos. Los reflejos de las olas eran algo corriente. Cuando

cesó el resplandor, volvió a abrir los ojos para ver si se acercaba una ola. Vio una gran nube que se elevaba más allá del horizonte. La contempló, entornando los ojos, queriendo creer que...

—Viene una ola grande -dijo, poniéndose de rodillas sobre la tabla.

—¿Por dónde? — preguntó su amigo Corey.

—Ya lo verás.

Hizo girar su tabla y, utilizando sus largos brazos como remos, la dirigió mar adentro, inclinándose hasta que su mejilla casi tocaba la tabla. Estaba asustado, pero nadie lo sabría jamás.

—¡Espérame! — le gritó Janine.

Gil siguió remando. Otros le siguieron, pero sólo los más fuertes podían seguir su ritmo. Corey llegó a su altura.

—¡He visto la bola de fuego! — exclamó jadeando por el esfuerzo-. ¡Es el martillo de Lucifer! ¡Va a producirse una oleada!

Gil no respondió. No era la mejor ocasión para ponerse a hablar, pero los otros parloteaban entre ellos, y Gil remó con más fuerza dejándolos atrás. Un hombre debía estar solo en un momento así. Empezaba a enfrentarse al hecho de la muerte.

Empezó a llover, y él siguió remando. Miró atrás y vio que las casas y el risco retrocedían, quedaban a más altura, y aparecía una enorme extensión de nueva playa húmeda y brillante. Los relámpagos relucían en las colinas por encima de Malibu.

Las colinas habían cambiado. Los ordenados edificios de Santa Mónica se habían derrumbado. El horizonte ascendió.

La muerte era inevitable. ¿Qué podía hacer? Afrontarla con estilo. No quedaba otra alternativa. Gil siguió remando sobre las aguas que retrocedían, hasta que cesó el movimiento. Se había alejado mucho. Giró su tabla y esperó. Se acercaron otros que también esperaron bajo la intensa lluvia. Tal vez hablaban, pero Gil no podía oírlos. Tras él había un tremendo fragor. Gil aguardó un instante más y luego remó con todas sus fuerzas.

Se deslizó por el gran muro verde mientras las aguas se elevaban. Apoyado en rodillas y codos, notó que la sangre se agolpaba en su rostro, le presionaba los ojos, empezaba a brotarle por la nariz. La presión se hizo enorme, insoportable, pero pronto se suavizó. Aprovechando la velocidad que había adquirido, Gil giró la tabla y se deslizó hacia abajo y lateralmente a lo largo de la pared casi vertical, manteniendo el equilibrio sobre las rodillas...

Se levantó. Necesitaba más ángulo. Si pudiera llegar a la cima de la ola la rebasaría, podría librarse de su acometida.

Los ocupantes de otras tablas también las habían girado. Gil los vio delante de él, por encima y por debajo en la pared verde. Corey seguía una dirección equivocada. Gil le vio pasar a sus pies. Avanzaba a una velocidad endiablada y parecía aterrado.

Se acercaron al risco, que ahora quedaba por debajo de ellos. La casa de la playa y el embarcadero de Santa Mónica, con su tiiovivo y todos los yates anclados en la vecindad desaparecieron bajo las aguas. Pudieron ver calles y automóviles. Gil atisbo un instante a un hombre barbudo arrodillado junto con otros. Luego las aguas los engulleron. La base del muro era un infierno de espuma blanca que arrastraba cascotes, cuerpos humanos y coches.

Pasó por encima de Santa Mónica Boulevard. La ola gigantesca barrió el Mall, añadiendo al espumoso caos de su base los restos de tiendas, personas, árboles en macetas y bicicletas. Cada vez que la ola arrollaba un edificio, Gil se agachaba para resistir los efectos del choque. La tabla golpeaba contra sus pies, y estuvo a punto de perderla. Vio que las aguas se tragaban a Tommy Schumacher, cuya tabla rebotaba y giraba locamente. Ya sólo quedaban dos tablas.

La cresta espumosa de la ola estaba muy lejos, y la revuelta base demasiado cerca. Gil notaba que sus piernas exhaustas ya casi no podían sostenerle. Vio una tabla vacía delante de él. ¿Quién era? No importaba. En seguida desapareció en el caos. Gil echó un rápido vistazo atrás. No había nadie. Estaba solo sobre la ola definitiva.

¡Oh, Dios, si viviera para contar aquello, qué película podría hacerse! Más espectacular que *El verano interminable*, más que *El gigante en llamas*. ¡Una película de *surf* que requeriría millones en efectos especiales! Si sus piernas le sostuvieran... Ya había conseguido un récord mundial, pues debía estar por lo menos a un kilómetro y medio tierra adentro, y nadie había corrido esa distancia sobre una ola. Pero la cresta espumosa y ondulante estaba muy alta, y los apartamentos Barrington, con su altura de treinta pisos, se acercaban a él, como un enorme matamoscas.

*Lo que fue un cometa es ahora un pobre resto, unos puñados de rocas volantes y fragmentos de hielo sucio. El campo gravitatorio de la Tierra los ha esparcido por el cielo. Todavía pueden alcanzar el halo, pero jamás podrán reagruparse.*

*A uno y otro lado de la Tierra se han abierto cráteres ardientes. Los impactos en el mar brillan tanto como los de la tierra, pero los marinos se están empequeñeciendo. Muros de agua se ciernen a su alrededor, inclinando sus bordes hacia dentro.*

*Alrededor del impacto en el Pacífico, las aguas se ciernen a casi tres kilómetros de altura. Sus bordes bullen frenéticamente. La presión del vapor ardiente en expansión impide que avancen los muros de agua.*

*El vapor caliente asciende en una columna clara como cristal, transportando sal de agua marina vaporizada, cieno del fondo marino y rocas de la porción de cometa caída que se han vuelto a condensar. Cuando llega a los límites de la atmósfera terrestre empieza a extenderse, formando un*

*creciente remolino.*

*Los megatones de vapor ardiente empiezan a enfriarse. El agua se condensa primero alrededor del polvo y las partículas mayores. Las porciones de barro más pesadas no siguen este esquema. Algunas se unen en su caída, todavía calientes. En el aire más seco de abajo se evapora un poco de agua.*

# LA CAÍDA DEL MARTILLO: DOS

*¡Oh, pecador! ¿Adonde huirás?*

*¿Adonde irás cuando llegue ese día?*

La tienda de electrodomésticos estaba cerrada, y un letrero en la puerta indicaba que no abriría hasta dentro de una hora. Tim Hamner buscó un bar, una barbería, cualquier lugar donde pudiera haber un televisor, pero no vio nada.

Por un instante pensó en tomar un taxi, pero era inútil. Los taxis de Los Angeles no circulaban con el «libre» puesto, sino que era preciso llamarlos por teléfono. Y podrían pasar horas antes de que acudiera uno. No, Tim no podría ir al JPL, ¡y el núcleo del Hamner-Brown debía estar pasando en aquel momento! Los astronautas lo verían todo y enviarían sus películas a la Tierra, pero Tim Hamner no vería nada.

La policía se había llevado algunos de los Guardianes del Cometa, pero aquello no había ejercido ningún efecto sobre el atasco de tráfico. Había demasiados coches abandonados.

Mientras se preguntaba qué podría hacer, vio una luz parecida al de un flash fotográfico. Tim parpadeó. ¿Qué había visto exactamente? Hacia el sur no había más que las colinas verdes y marrones de Griffith Park y dos jinetes que cabalgaban por la pista.

Tim frunció el ceño y se dirigió, caviloso, hacia su automóvil. Este tenía teléfono y Tim podría llamar a un taxi. Dos guardianes con túnicas blancas se le acercaron. Tim les esquivó, y ellos detuvieron a otro transeúnte.

—¡Reza, oh pueblo! Ha llegado la hora pero todavía no es demasiado tarde...

El ruido de los cláxones y los gritos de cólera habían alcanzado un *crescendo* cuando Tim llegó a su coche.

Entonces la tierra se movió. El primer movimiento fue repentino e intenso; los que siguieron fueron más suaves. Los edificios temblaron. En algún lugar cercano se rompió el vidrio de un escaparate. Se oyeron más ruidos de vidrios que se rompían. Tim podía oírlos porque los cláxones de los coches habían enmudecido de repente. Era como si todo el mundo se hubiera quedado congelado en su sitio. Algunas personas salieron del supermercado. Otras permanecían de pie en los umbrales, dispuestas a salir si los temblores continuaban.

Sonaron de nuevo los cláxones. La gente se lamentaba y gritaba. Tim abrió la portezuela del coche y cogió el radioteléfono.



La tierra tembló de nuevo. Se oyeron más ruidos de cristales, el grito de alguien. Luego, una vez más, se hizo el silencio. Una bandada de cuervos salió del jardincillo junto a los estudios Disney. Las aves chillaron a la gente, pero nadie les prestó atención. Pasaron unos segundos, y los cláxones empezaban a sonar de nuevo cuando Tim fue arrojado violentamente al suelo de asfalto del aparcamiento.

Esta vez los temblores no cesaron. El suelo se agitó y onduló una y otra vez, y cada vez que Tim trataba de levantarse era derribado de nuevo. Parecía como si el terremoto no fuera a cesar jamás.

Eileen había sido derribada al suelo con la silla en la que se sentaba, y un montón de catálogos había caído sobre ella. Le dolía la cabeza y tenía la falda levantada hasta las caderas.

Apartó la silla, lenta y cuidadosamente, porque el suelo estaba lleno de cristales rotos, y se bajó la falda. Tenía las medias destrozadas y una mancha de sangre en la pantorrilla.

Se miró la pierna, temerosa de tocar la herida, hasta que se aseguró de que no brotaba más sangre.

La oficina era un caos. Catálogos, el vidrio de la mesita de café hecha añicos, los estantes caídos y los restos del gran vidrio del escaparate. Movié vigorosamente la cabeza. Se le ocurrían pensamientos absurdos. ¿Cómo podía tener tanto vidrio el escaparate? Luego, a medida que sus ideas se aclaraban, se dio cuenta de que todos aquellos estantes con sus libros no la habían alcanzado al caer. Se apoyó en la mesa de la recepcionista, con una sensación de vértigo.

Entonces vio a Joe Corrigan.

El vidrio del escaparate había caído hacia el interior, y Corrigan se había sentado junto a él. Estaba rodeado de fragmentos de vidrio. Eileen se acercó tambaleándose y se arrodilló. Un fragmento de vidrio le hizo un corte en la rodilla. Un pedazo de vidrio, afilado como una punta de lanza, había atravesado la mejilla de Corrigan, hundiéndose profundamente en su garganta. La sangre se había acumulado bajo la herida, pero ya no manaba más. Tenía los ojos y la boca completamente abiertos.

Eileen extrajo la astilla hundida en la garganta de Corrigan y cubrió la herida con la mano. Le sorprendió que ya no sangrara, y se preguntó qué podría hacer. En la calle estaban los policías, y alguno de ellos sabría qué medidas había que adoptar. Aspiró hondo y se dispuso a gritar. Entonces escuchó.

Se oían los gritos y lamentos de muchas personas. Los ruidos del exterior eran caóticos. Parecía como si los edificios todavía se estuvieran derrumbando. En medio del griterío destacaban los cláxones de algunos automóviles, que sonaban entrecortados, como los estertores de una agonía mecánica. Nadie oiría la llamada de socorro de Eileen.

Miró de nuevo a Corrigan. Le buscó el pulso inútilmente. Probó en el otro lado del cuello. Tampoco allí tenía pulso. Cogió un poco de pelusa de la alfombra y la acercó a las narices del hombre. La pelusa permaneció inmóvil. Eileen pensó que aquello era absurdo. ¡La herida del cuello no podía haberle

matado de un modo tan fulminante! Pero lo cierto era que estaba muerto. Se preguntó si le habría dado un ataque al corazón.

Eileen se levantó lentamente. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Eran saladas y sabían a polvo. Con gestos automáticos se pasó la mano por el cabello y se limpió la falda antes de salir a la calle. Sintió deseos repentinos de echarse a reír, pero se contuvo. Si empezaba a hacerlo, no podría detenerse.

Llegaban más ruidos del exterior. Eran unos ruidos temibles, pero tenía que salir. Afuera estaba la policía, y entre ellos Eric Larsen. Empezó a llamarle, pero entonces vio lo que sucedía y permaneció quieta junto al umbral de la puerta destrozada.

El patrullero Eric Larsen era de Kansas. Para él, un terremoto era algo totalmente desorientador y aterrador. Sentía impulsos de correr en círculos, agitando los brazos y graznando. Ni siquiera podía ponerse de pie. Cada vez que lo intentaba, caía al suelo, y al final decidió quedarse donde estaba. Apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos. Trató de pensar en el guión de televisión que escribiría cuando todo aquello hubiera terminado, pero no pudo concentrarse.

Se oyeron ruidos. La tierra gruñó como un toro encolerizado. Larsen reparó en que aquella era una imagen poética. Debía haberla oído en alguna parte. El suelo se movió, derribando coches y edificios, y por todas partes la gente gritaba. Unos lo hacían con miedo, otros con rabia y otros se limitaban a gritar.

Finalmente el suelo dejó de moverse. Eric Larsen abrió los ojos.

El mundo estaba patas arriba. Los edificios estaban derruidos o inclinados, los coches convertidos en chatarra, la calzada de la calle abombada y cuarteada. El suelo del aparcamiento era un rompecabezas de asfalto con las piezas colocadas en ángulos imposibles. Al otro lado de la calle, el Supermercado se había derrumbado, y algunas personas salían andando penosamente entre los escombros. Eric siguió esperando, dispuesto a imitar lo que hicieran los naturales de la región. En Kansas había tornados, en California terremotos. Los naturales sabrían qué hacer.

Pero no parecían saberlo. Los pocos que quedaban permanecían de pie, parpadeando bajo el intenso sol de un impoluto día veraniego, o estaban tendidos en el suelo, formando montones sanguinolentos, o gritaban y corrían en círculos.

Eric buscó a su compañero. Por debajo de unas grandes tuberías que habían caído de un camión sobresalían los pantalones azules de un uniforme y unos zapatos negros. En el lugar donde correspondía la cabeza había una pesada caja, que sin duda había aplastado al policía. Estremecido, Eric se puso en pie. Era incapaz de acercarse a aquella caja, todavía no. Echó a andar hacia el supermercado, preguntándose cuándo llegarían las ambulancias. Debía encontrar a un superior para preguntarle qué debía hacer.

Vio a tres hombres fornidos vestidos con camisas de franela junto a una camioneta ranchera. Uno de ellos dio la vuelta al vehículo, inspeccionando las piezas. La camioneta estaba muy cargada. La

barandilla de hierro forjado de un porche se había desplomado sobre la parte trasera. Los hombres maldecían en voz alta. Uno de ellos buscó en el interior del vehículo. Sacó unas escopetas y las entregó a sus amigos.

—No podremos salir de aquí por culpa de esos hijos de puta -dijo el hombre en tono pausado, extrañamente tranquilo. Eric apenas podía oírle.

Los otros asintieron y empezaron a introducir cartuchos en las armas. No se volvieron para mirar a Eric Larsen. Una vez cargadas las escopetas, los tres hombres se las llevaron al hombro y apuntaron hacia una docena de Guardianes. Los predicadores de túnica blanca gritaron y tiraron de sus cadenas. Las escopetas dispararon al unísono.

Eric se llevó la mano a la pistola, pero la apartó en seguida. Estaba asombrado. Se dirigió a los hombres, sintiendo las rodillas inseguras. Los tres estaban cargando de nuevo las armas.

—No hagan eso -les dijo Eric.

Los tres hombres se sobresaltaron y se volvieron hacia el policía. Fruncieron el ceño, mirándole fijamente con expresiones inciertas. Eric les devolvió la mirada. Ya había visto la pegatina en el parachoques de la camioneta. Decía: «Apoya a tu policía local.»

El más viejo de los tres hombres soltó un bufido.

—¡Se acabó! Lo que ha visto es el fin de la civilización. ¿No lo entiende?

Eric comprendió de repente. No habría ambulancias que transportaran a los heridos hasta los hospitales. Sobrecogido, Eric dirigió la vista hacia la Alameda, al lugar donde se encontraba el hospital de San José. No vio más que calles resquebrajadas y casas caídas. Eric no podía recordar si el hospital de San José era visible desde el lugar en que se encontraba.

El que parecía portavoz de los tres hombres seguía gritando.

—¡Esos hijos de puta nos han impedido ir a las colinas! ¿Para qué sirven?

Miró su escopeta, con el cargador vaciado. Tenía dos cartuchos en la otra mano y parecía dispuesto a introducirlos en la recámara.

—No lo sé -dijo Eric-. ¿Va a ser usted el primer hombre que empieza a disparar contra la policía? — Miró la pegatina del parachoques. El otro siguió su mirada y luego se quedó cabizbajo-. ¿Va a ser usted el primero? — repitió Eric.

—No.

—Bien. Ahora déme la escopeta.

–La necesito...

–Yo también -dijo Eric-. Sus amigos tienen más armas.

–¿Debo considerarme arrestado?

–¿Adonde le llevaría? Necesito su escopeta. Eso es todo.

El hombre asintió.

–De acuerdo.

–Las municiones también -añadió Eric en tono apremiante.

–Como usted diga.

–Ahora, váyanse de aquí. – Eric tomó la escopeta y las balas, pero no la cargó. Los pocos Guardianes que sobrevivían contemplaban la escena horrorizados y en silencio-. Gracias -dijo Eric, y se marchó sin preocuparse más de lo que hacían los tres hombres.

Era consciente de que había sido testigo de unos asesinatos sin mover un dedo para impedirlo, pero su mente estaba concentrada en otra cosa. Con paso vivo, se alejó del atasco de tráfico. Parecía como si su mente ya no estuviera conectada a su cuerpo y éste supiera adonde se dirigía.

Hacia el sudoeste el cielo era extraño. Las nubes se formaban y desaparecían como en una película acelerada. Aquello era familiar para Eric Larsen, tan familiar como la sensación del aire en sus senos nasales. Cualquier habitante de Topeka tendría las mismas sensaciones: era el clima propio del tornado. Cuando el aire se nota así y el cielo tiene ese aspecto, uno se dirige al sótano más próximo, llevándose un receptor de radio y un cántaro de agua.

Eric pensó que habría más de un kilómetro y medio hasta la cárcel de Burbank. Observó el cielo y se dijo que podría hacerlo.

Anduvo rápidamente en dirección a la cárcel. Eric Larsen era todavía un hombre civilizado.

Eileen contempló la escena horrorizada. No había escuchado la conversación, pero lo sucedido era bastante explícito. La policía... ya no había policía.

Dos de los Guardianes habían caído muertos, cinco más se retorcían en agonía, mortalmente heridos, y el resto luchaban por librarse de las cadenas. Uno de los guardianes tenía un par de cortametales. Eileen los reconoció. Joe Corrigan se los había dado al policía, no sabía si minutos o siglos antes.

Lo que ocurría en el exterior no podía abarcarse de una sola mirada. Había cuerpos amontonados en el suelo. Algunas personas trataban de salir arrastrándose de tiendas en ruinas. Un hombre había subido a la cabina de un camión destrozado. Sentado en el techo, con los pies oscilando sobre el parabrisas,

bebía sin parar el contenido de una botella de whisky. De vez en cuando, alzaba la vista y se echaba a reír.

Todo el que llevara una túnica blanca peligraba. Los Guardianes encadenados vivían una pesadilla. Estaban rodeados por centenares de conductores fuera de sí, lo mismo que los pasajeros que les acompañaban, muchos de los cuales habían tratado de huir de la ciudad no porque esperasen la caída del cometa, sino sólo por si acaso... Y los Guardianes les habían detenido. La mayor parte de los transeúntes seguían tendidos boca arriba, o bien sin rumbo de un lado a otro, pero eran muchos los hombres y mujeres que se dirigían hacia los Guardianes encadenados, con sus túnicas blancas, y cada uno llevaba algo pesado: desmontadores de neumáticos, cadenas antideslizantes, gatos de coche, bates de béisbol...

Eileen permanecía de pie en el umbral. Miró hacia atrás, al cuerpo de Corrigan. Dos líneas verticales se hicieron más profundas entre sus ojos mientras observaba la retirada del patrullero Larsen. En la calle se estaban iniciando un tumulto, y el único policía presente se alejaba a toda prisa, tras contemplar impasible la matanza. Eileen ya no comprendía al mundo.

El mundo. ¿Qué le había sucedido al mundo? Eileen dio media vuelta y con paso rápido se dirigió a su despacho, pisando los fragmentos de vidrio que cubrían el suelo. Por suerte se había puesto zapatos con tacón bajo. Los vidrios crujían bajo sus pies. Avanzó tan rápidamente como pudo, sin mirar los géneros machacados, los estantes rotos y las paredes combadas.

Un trozo de tubería se había desprendido del techo y caído sobre su mesa de trabajo, rompiendo la cubierta de vidrio. Eileen nunca había levantado un objeto tan pesado, y gimió con el esfuerzo, pero pudo apartar la tubería. Sacó su bolso de debajo y hurgó dentro en busca de su pequeño transistor. El aparato parecía indemne, pero no emitía más que el ruido de las interferencias. Eileen creyó oír algunas palabras, alguien que gritaba: «¡Ha caído el cometa!» Una y otra vez. Pero tal vez aquellas palabras no procedían de la radio, sino que estaban en su cabeza. No importaba. No había una información útil. O tal vez aquel mismo hecho lo fuera. Lo ocurrido no era un desastre local. La falla de San Andrés había cedido, sí, pero había muchas emisoras de radio al sur de California, y no todas se encontraban cerca de la falla. Una, o más, de ellas deberían seguir emitiendo, y Eileen no creía que un terremoto pudiera causar tantas interferencias en las emisiones de radio.

Por la parte trasera de la oficina pasó al almacén. Allí encontró otro cuerpo, el de uno de los empleados. Lo reconoció por las ropas, pues el rostro había desaparecido bajo los cascotes. La puerta que daba al callejón estaba atascada. Tiró de ella y logró moverla un poco. Hizo palanca con su rodilla herida, apoyándola en la pared y tirando de la puerta con todas sus fuerzas. La puerta se abrió lo suficiente para permitirle pasar de lado. Eileen salió afuera y miró el cielo.

Avanzaban unas grandes nubes negras y empezaba a llover. Era una lluvia salada. En lo alto brillaban los relámpagos.

La salida del callejón estaba bloqueada con cascotes. Era imposible salir de allí con un coche. Eileen se detuvo y sacó un espejito de su bolso. Encontró un pañuelo de papel y se enjugó la humedad negruzca de las lágrimas y la sangre. No es que importara un ardite su aspecto, pero así se sentía

mejor.

Llovió más intensamente. Oscuridad, relámpagos y una lluvia salada. ¿Qué significaba aquello? ¿Se habría producido un gran choque en el océano? Tim había tratado de decírselo, pero ella no le había escuchado; tenía tan poco que ver con la vida real... Pensó en Tim mientras recorría apresuradamente el callejón, de regreso a la Alameda. Era el único camino practicable, y cuando llegó a la calle no pudo dar crédito a sus ojos. Tim estaba allí, en medio de un tumulto.

La fuerza del terremoto derribó a Tim Hamner y le hizo rodar bajo su coche. Permaneció allí, aguardando la siguiente sacudida, hasta que notó el olor a gasolina. Entonces salió rápidamente, arrastrándose por el pavimento deformado, y se apoyó en el suelo con manos y rodillas.

Oyó gritos de terror y agonía, y nuevos ruidos: bloques de hormigón que chocaban con el suelo y aplastaban las carrocerías de los automóviles, y el interminable tintineo de los vidrios que se hacían añicos. Tim seguía sin poder creer lo que estaba sucediendo. Se incorporó, temblando.

En las calzadas y las aceras cuarteadas yacían cuerpos vestidos con túnicas blancas, uniformes azules y ropas de calle. Algunos se movían. Otros estaban completamente inmóviles. La muerte de algunos, retorcidos o aplastados, era evidente. Los coches estaban volcados, empotrados unos en otros, o habían sido aplastados por el desplome de edificios. Ningún edificio había quedado intacto. El olor de la gasolina era muy intenso. Tim buscó un cigarrillo, apartó violentamente la mano y luego se guardó el encendedor en el bolsillo del pantalón, donde no lo encontraría antes de pensar.

Un edificio de tres plantas había perdido la pared oriental; vidrio y ladrillo se habían desintegrado, y sus fragmentos se habían desparramado por el solar del aparcamiento y la calle lateral, casi hasta el lugar en que se encontraba Tim Hamner. Un cascote, con parte de la luna de un escaparate, había caído en la sección trasera de su coche, haciendo que se derramara la gasolina.

Oyó gritos en algún lugar próximo. Intentó ignorarlos. No sabía qué hacer. Entonces el tumulto llegó a la vuelta de la esquina.

Primero aparecieron tres hombres con túnicas blancas. Ellos no gritaban, sino que jadeaban, y sin duda no les quedaban fuerzas para nada más. Los gritos procedían de la gente que les seguía. Por fin, uno de los perseguidos gritó.

—¡Ayuda, por favor! — exclamó, corriendo hacia Tim Hamner.

Las miradas de los perseguidores se concentraron en Tim. «Creerán que estoy con ellos», pensó. Y a ello se añadió un pensamiento más inquietante: «Podrían reconocerme, como el hombre que inventó el Martillo...»

Disponía de poco tiempo para actuar. Abrió el portaequipajes y sacó el magnetófono. El joven de la túnica que corría hacia él tenía una barbita rubia, y en su rostro delgado se dibujaba una expresión de terror. Tim alargó el micrófono para el Guardián y dijo a voces:

–Un momento, señor. Por favor, dígame cómo...

Insultado y perseguido, el hombre apartó el micrófono de un manotazo y siguió corriendo. Los otros dos fugitivos, seguidos por la mayor parte de la muchedumbre enfurecida, habían continuado calle abajo, hasta quedar bloqueados, lo que era una lástima. Algunos tipos fornidos pasaron corriendo al lado de Tim y dieron alcance al joven de la túnica junto al edificio en ruinas. Uno de ellos se detuvo, jadeando, y miró a Tim.

Hamner alzó de nuevo el micrófono.

–Oiga, señor. ¿Sabe usted cómo se ha iniciado todo esto?

–Claro que sí... amigo. Esos hijos de perra... Esos Guardianes nos detuvieron cuando... cuando nos dirigíamos a Big Bear. Iban a... parar el cometa rezando. No salió bien y... nos quedamos aquí atrapados... Ya hemos matado casi... la mitad de esos hijos de puta.

La estratagema tenía éxito. Por alguna razón, a nadie se le ocurre nunca matar a un reportero. Tal vez se deba al temor de que el mundo entero sea testigo. Otros revoltosos se habían detenido y formaban un grupo alrededor de Tim y su interlocutor, pero no parecían dispuestos a matarle, sino que esperaban una oportunidad para hablar.

–¿A qué emisora pertenece? – le preguntó alguien.

–A la NBS -respondió Tim. Buscó en sus bolsillos y sacó el carnet de prensa que le había dado Harvey Randall. Lo mostró un momento, tapando el nombre con el dedo pulgar.

–¿Puede enviar un mensaje? – preguntó el hombre-. Diga que envíen...

Tim meneó la cabeza.

–Esto es sólo un magnetofón. No puedo emitir nada. Confío en que el resto del equipo llegue pronto. – Se volvió hacia el hombre al que se había dirigido en primer lugar-. ¿Cómo piensa marcharse ahora?

–No lo sé. Supongo que andando. – Parecía haber perdido el interés por los Guardianes que huían.

–Gracias, señor. ¿Le importaría firmar aquí?

Tim sacó unos impresos. Eran unos formularios de la NBS por medio de los cuales la persona entrevistada daba su permiso para aparecer en pantalla. El hombre retrocedió como si hubiera visto escorpiones. Por un momento pareció pensativo.

–Olvídelo, amigo.

Dio media vuelta y se alejó. Los demás le siguieron y pronto la multitud desapareció, dejando a Tim

solo junto a la chatarra en que se había convertido su coche.

Hamner se prendió el carnet de prensa en el bolsillo de la camisa, colocándolo de tal forma que fuera visible la palabra «prensa» pero no su nombre. Luego se colgó el magnetófono al hombro, portando en las manos el micrófono y los formularios de la emisora. Era engorroso andar cargado de aquella manera, pero valía la pena.

El horror se había enseñoreado de la Alameda. Una mujer muy bien vestida pisoteaba el cuerpo de un Guardián envuelto en su túnica blanca. Tim apartó la vista. Cuando miró de nuevo vio a más gente que iba de un lado a otro, con herramientas ensangrentadas en las manos. Un hombre se dirigió hacia él y le apuntó al ombligo con una pistola enorme. Tim le alargó el micrófono.

—Disculpe, señor. ¿Cómo se ha encontrado metido en este lío?

El hombre lloró mientras contaba su historia.

Tim notó que alguien le tocaba el brazo. Vaciló. No quería apartar la mirada del hombre que todavía hablaba, con el rostro colérico bañado en lágrimas y sin apartar el arma del ombligo de Tim. Miraba fijamente a los ojos de Hamner. Viera lo que viese en ellos, todavía no había disparado...

¿Quién diablos tiraba de su brazo, tratando de quitarle los impresos?

¡Eileen! Eileen Hancock. Tim permaneció inmóvil, mientras Eileen se ponía a su lado. Tim dejó que tomara los impresos.

—Bien, jefe, ya estoy aquí -dijo la muchacha-. Había un poco de jaleo allá abajo...

Tim estuvo a punto de desmayarse. Eileen no iba a descubrirle. Gracias a Dios, era lo bastante inteligente para no hacerlo. Tim asintió, con la mirada todavía fija en los ojos del entrevistado.

—Me alegro de que hayas podido venir -dijo en voz baja, como si temiera estropear la entrevista, y sin sonreír.

—...¡y si veo a otro de esos hijos de puta le mato también!

—Gracias, señor -dijo Tim en tono grave-. Supongo que no le importará firmar...

—¿Firmar? ¿Firmar qué?

—Un impreso de la emisora.

El hombre alzó la pistola hasta el rostro de Tim.

—¡Bastardo!



–Señor -dijo Eileen-. ¿Sabe usted que en California existe una ley de protección de periodistas?

–¿Qué quiere decir?

–No pueden obligarnos a revelar nuestras fuentes. No se preocupe. Nos protege la ley.

El hombre miró a su alrededor. Los demás revoltosos se habían ido, y estaba lloviendo. Miró alternativamente a Tim, a Eileen y a la pistola que sostenía en la mano. Nuevas lágrimas corrieron por su rostro. Entonces dio media vuelta y se alejó. Anduvo unos pasos y echó a correr.

En algún lugar una mujer lanzó un grito breve y agudo. Había un ruido de fondo formado por gritos, lamentos y truenos, cada vez más cercanos. Se había levantado un viento enérgico. Sobre el techo de un automóvil intacto, dos hombres con una cámara de televisión al hombro, disfrutaban de una isla de intimidad, al igual que Tim y Eileen.

–Los revoltosos temen la publicidad -dijo Tim-. Me alegro de verte. Había olvidado que trabajas por aquí.

–Trabajaba -puntualizó Eileen, señalando las ruinas de la empresa de Corrigan-. No creo que nadie venda suministros sanitarios...

–En Burbank no, desde luego. Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

–Tú eres el experto.

Cayó un rayo no muy lejos del lugar en donde estaban. Las colinas de Griffith Park parecían incendiadas con el resplandor azulado de los relámpagos.

–Tenemos que ir a un sitio alto -dijo Tim-, y sin perder tiempo.

Eileen pareció perpleja. Señaló el cielo relampagueante.

–Sí -convino él-, podría alcanzarnos un rayo, pero si logramos salir de este valle fluvial tendremos más posibilidades de salvación. ¿No notas lo salada que es la lluvia. Y tal vez...

–¿Qué?

–Tal vez se produzca un maremoto. Olas gigantescas barrerán la ciudad.

–Dios mío. Subamos a Verdugo Hills. Podemos ir andando. ¿De cuánto tiempo disponemos?

–No lo sé. Depende de dónde se haya producido el choque. Probablemente han caído varios fragmentos del cometa. – El mismo Tim se sorprendió de lo tranquilo que era su tono.

Eileen echó a andar por el lugar más practicable, que conducía al inicio del atasco de tráfico, donde

yacían amontonados los cuerpos de los Guardianes. Cuando estaban cerca, un coche salió rugiendo de un cruce, pasó por el medio de una estación de servicio e invadió la acera. Al pasar entre una pared y un poste telefónico, sufrió rozaduras en el lado derecho. El coche que se encontraba detrás tenía ahora el camino expedito. Estaba vacío y sin cerrar. Las llaves colgaban del contacto. Eileen, que se había acercado al vehículo, hizo señas a Tim para que se uniera a ella.

—¿Eres buen conductor? — le preguntó.

—Pasable.

—Yo conduciré -dijo ella con firmeza-. Tengo un gran dominio del volante.

Subió al coche y lo puso en marcha. Era un Chrysler antiguo, en otro tiempo un automóvil de lujo. Ahora las esterillas estaban desgastadas y tenía feas manchas en la tapicería. Cuando el motor funcionó con un firme ronroneo, Tim pensó que era el coche más hermoso que jamás había visto. Eileen siguió la ruta del coche anterior. Pasaron por encima de un cuerpo con túnica blanca. Eileen no aminoró la marcha. El espacio entre el poste telefónico y la pared era estrecho, pero ella pasó por allí a sesenta por hora, sin la menor vacilación. Tim contuvo el aliento hasta que salieron de allí.

Por delante la calle se curvaba suavemente. Los dos carriles de la calzada estaban atestados de coches, y Eileen siguió avanzando por la acera. De vez en cuando, para evitar los postes telefónicos o eléctricos, invadía los jardincillos situados delante de las casas, pasando entre arriates de rosas, sobre céspedes bien cuidados, hasta rebasar el atasco de tráfico.

—Sí, señor, eres una buena conductora -le dijo Tim.

Eileen no le miró. Estaba muy ocupada evitando los obstáculos algunos de los cuales eran personas.

—¿No crees que deberíamos advertirles? — le preguntó.

—¿Servirá de algo? — replicó Tim-. Pero sí, se lo diremos. — Abrió la ventanilla. Ahora llovía intensamente, y el agua salada hizo que le escocieran los ojos-. ¡Váyanse a un sitio alto! — gritó-. Se acerca una oleada. ¡Inundación! Suban a algún lugar elevado.

El viento se llevó sus palabras. La gente le miraba al pasar. Algunos miraron a su alrededor desesperadamente, y en una ocasión Tim vio que un hombre cogía a una mujer de la mano y se precipitaba hacia un coche.

Al volver una esquina vieron un incendio. Toda una manzana de casas ardía incontroladamente, a pesar de la lluvia. El viento esparcía fragmentos ardientes.

Una vez aminoraron la marcha para evitar los cascotes que cubrían la calle. Una mujer corrió hacia ellos, llevando un bulto envuelto en una manta. Antes de que Eileen pudiera acelerar, la mujer alcanzó el coche. Arrojó el bulto a través de la ventanilla.

—¡Se llama John! — gritó- ¡Cuiden de él!

—Pero, oiga...

Tim no pudo continuar. La mujer se había alejado.

—¡Tengo dos más aquí! — dijo a gritos-. John. John Mason. ¡Recuerden su nombre!

Eileen aceleró de nuevo. Tim separó la manta. Contenía un bebé, inmóvil. Le puso la mano sobre el corazón, para ver si latía, y la retiró ensangrentada. Era una sangre de un rojo brillante, y su olor llenó el coche a pesar del cálido olor salino de la lluvia.

—Está muerto -dijo Tim.

—Échalo por la ventanilla -ordenó Eileen.

—Pero...

—No nos lo vamos a comer. No tendremos tanta hambre.

Angustiado, Tim arrojó el bebé por la ventanilla.

—Yo... he sentido como si dejara caer algo de mi vida al suelo.

—¿Crees que a mí me gusta? — dijo Eileen con acento desesperado. Tim la miró alarmado. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de la mujer-. Aquella mujer cree que ha salvado a su hijo. Al menos cree eso. Es todo lo que podíamos hacer por ella.

—Sí -dijo Tim en voz baja.

—Cuando lleguemos a un sitio alto, cuando sepamos lo que sucede, podremos empezar a pensar de nuevo en la civilización. Hasta entonces, sobreviviremos.

—Si podemos.

—Podremos.

Eileen se concentró en la conducción del vehículo. Su expresión era sombría. La lluvia era tan intensa que no podía ver, a pesar de los limpiaparabrisas.

La autopista de Golden State, agrietada, hendida, era inaccesible. Varios vehículos siniestrados bloqueaban el paso inferior. Una maraña de coches y un gran camión cisterna ardían en medio de un creciente charco de gasolina.

—Dios mío -dijo Tim-. ¿No crees que deberíamos parar?

—¿Para qué? — Eileen giró a la izquierda y condujo paralelamente a la autopista-. Los que vayan a sobrevivir ya habrán salido de ahí.

Avanzaban a través de una zona residencial, cuyas casas casi se habían mantenido intactas. Eileen y Tim se sintieron aliviados; de momento no había nadie herido, destrozado o agonizante. Encontraron otro paso inferior y Eileen se dirigió a él.

El camino estaba bloqueado por una barrera de tráfico. Alguien la había forzado, torciéndola hacia un lado, y Eileen la rebasó. Mientras lo hacía, otro coche salió de la lluvia y pasó a toda velocidad, haciendo sonar el claxon.

—¿Por qué querrá alguien ir al valle? — preguntó Tim.

—Porque tienen esposas, novias, hijos -respondió Eileen. Avanzaron cuesta arriba. Cuando el camino estaba bloqueado por restos retorcidos de edificios y de coches, Eileen giraba a la izquierda y luego volvía a la dirección noreste. Pasaron ante las ruinas de un hospital. Policías uniformados y enfermeras con sus batas blancas empapadas por la lluvia buscaban entre los restos. Uno de los policías se detuvo y miró a Tim y Eileen. Tim se asomó por la ventanilla y le gritó:

—¡Vayan a terreno alto! ¡Inundación! ¡Se acerca un oleaje gigantesco!

El policía le saludó con la mano y luego volvió a ocuparse de las ruinas del hospital.

Tim miró malhumorado la sucia mezcla de agua y polvo que el limpiaparabrisas no podía eliminar. Sintió deseos de llorar y parpadeó para contener las lágrimas.

Eileen le miró un instante y le tocó la mano antes de aferrarse de nuevo al volante.

—No podíamos ayudarles. Tienen coches, y hay bastante gente...

—Sí, tienes razón -dijo Tim.

Se preguntó si lo creía de veras. La carrera de pesadilla continuó. Ascendieron hacia Verdugo Hills, dejaron atrás lujosas casas destrozadas, una escuela derruida, edificios en llamas y otros indemnes. Cada vez que veían a alguien, Tim le advertía a gritos. Así se sentía un poco mejor por no detenerse.

Consultó su reloj. Era increíble, pero habían transcurrido menos de cuarenta minutos desde que viera el primer resplandor.

—Cuarenta minutos -musitó-. Hora H menos cuarenta minutos, y contando.

*Desde el centro del Golfo de México, la ola se lanza hacia delante a una velocidad de dos mil kilómetros por hora. Cuando alcanza los bajíos a lo largo de la costa de Texas y Louisiana, el pie de*

*la ola tropieza. Más y más agua se alza velozmente detrás, adquiere una altura vertiginosa hasta que un monstruo de un kilómetro de altura se precipita sobre la tierra.*

*Galveston y Texas City desaparecen bajo él embate de las olas. El agua que fluye hacia el oeste, arrasa las marismas, penetrando en El Lago y sigue más hacia el oeste, el mismo Houston arrastra innumerables escombros. La ola se estrella contra el arco que se extiende desde Brownsville, en Texas, hasta Pensacola, en Florida, busca las tierras bajas, los ríos, todos los caminos que llevan tierra adentro, alejándose del infierno ardiente en el fondo del Golfo de México.*

*Las aguas se remontan a lo largo de la costa occidental de Florida; entonces se derraman sobre la tierra, arrastrando con ellas el suelo arenoso. Dejan tras ellas limpios canales, una miríada de pasillos desde el Golfo hasta el Océano Atlántico. La corriente del Golfo será más fría y mucho más estrecha en los siglos venideros.*

*Las aguas que cruzan Florida son caprichosas. Una ola secundaria se une al cuerpo principal de agua en su veloz carrera, elevándolo aún más; en otro lugar, una ola muere dejando indemnes partes de la marisma de Okefenokee. La Habana y los cayos de Florida desaparecen al instante. Miami disfruta de una hora de tregua hasta que las olas del Atlántico producidas por los choques de varios fragmentos del cometa se encuentran con las veloces olas del Golfo, las superan y se estrellan contra las ciudades orientales de Florida.*

*Las aguas del Atlántico se vierten en el Golfo de México, a través de los recién formados canales que cruzan Florida. La cuenca del Golfo no puede contener todo ese caudal, y las aguas, una vez más, fluyen hacia el oeste y el norte, a través de las tierras ya anegadas. Una ola invade el río Mississippi, y eleva su caudal a 12 metros por encima del nivel normal cuando pasa por Memphis, Tennessee.*

Fred Lauren había pasado toda la noche junto a la ventana, entre cuyos barrotes podía ver el cielo. Después de fotografiarle y tomarle las huellas dactilares, le habían dejado solo en una celda. A mediodía será trasladado a la prisión de Los Angeles.

La prisión de Los Angeles... Fred se echó a reír. A mediodía ese centro penitenciario habría desaparecido. Ni siquiera existiría ya la ciudad de Los Angeles. No tendrían oportunidad de encerrarle en una cárcel junto con otros reclusos. Ahuyentó los recuerdos de sus anteriores estancias carcelarias y pensó en algo más agradable.

Recordó a Colleen. Fue a visitarla llevándole regalos. El sólo quería hablar. La muchacha se asustó, pero Fred entró en el apartamento antes de que ella pudiera impedírselo. Los regalos eran muy bonitos, tanto que Colleen le dejó quedarse junto a la puerta mientras ella, al otro lado de la habitación miraba las joyas, los guantes y los zapatos rojos, preguntándose cómo sabía sus medidas, y él se lo dijo.

Fred habló y habló, y al cabo de un rato ganó la confianza de la chica y ella le permitió que se sentara. Le ofreció una copa y hablaron más, y ella vació tres veces su vaso. Le complacía que aquel hombre supiera tantas cosas de ella. Naturalmente, Fred no mencionó el telescopio, pero le dijo cómo sabía

donde trabajaba, dónde compraba y lo bonito que era...

Fred no quería recordar el resto. Colleen acabó bebiendo demasiado y le dijo que, aunque acababan de conocerse, le parecía que se conocían desde hacía mucho tiempo y que, desde luego, él la conocía bien aunque ella no lo había sabido, y le preguntó si quería quedarse...

Una golfa, como todas. Una golfa. O puede que no lo hubiera sido, que realmente le encantara su compañía. Sí, pero, ¿por qué se había reído y después había gritado, diciéndole que se marchara cuando...?

—¡No!

Fred siempre se detenía al llegar a ese recuerdo. Miró el cielo. El cometa estaba allí. Su cola brillaba en el firmamento tal como había visto en las ilustraciones de las revistas de astronomía, y cuando llegó el alba a aquel cuadradito de cielo que Fred podía ver a través de la ventana de su celda, los jirones del cometa seguían presentes entre las nubes, y abajo, en la calle, la gente iba de un lado a otro, inconsciente de lo que aquello significaba. ¿No lo sabían, los muy estúpidos?

Se abrió la puerta de la celda y le dejaron el desayuno. Los carceleros no querían hablarle. Todo el mundo le miraba sin disimular su repugnancia...

Lo sabían, lo sabían. Los médicos forenses debían haberla examinado y sabían que no había sido violada, que él no pudo hacerlo, que lo intentó pero no pudo, y ella se reía, se reía... El sabía cómo hacerlo, pero no quiso, y ella volvió a reírse y él la mordió hasta hacerla gritar. ¡Y entonces pudo hacerlo, pero ella siguió gritando; impidiéndoselo!

Tenía que dejar de pensar, antes de que recordara la forma del cuerpo sobre la cama. Los polis le habían obligado a mirarla. Uno de ellos le cogió la mano y le dobló los dedos hasta que, contra su voluntad, tuvo que abrir los ojos y mirar. Pero ¿no comprendían que él la quería y que no había sido su intención...?

Entre las aberturas de la línea de casas, al otro lado de la calle, el cielo brillaba de un modo extraño. El brillo estaba localizado a la izquierda, hacia el lejano suroeste. El brillo se extinguió en seguida, pero Fred sonrió. Había sucedido. Ahora el fin estaba cercano.

—Eh Charlie -dijo una voz desde el exterior, la voz de un hombre borracho-. ¡Charlie!

—¿Qué quieres? —preguntó el guardián.

—¿Qué diablos ha sido eso? ¿Están rodando una película por ahí?

—No sé de qué me hablas. Pregúntale al maníaco sexual. Su celda está orientada al oeste.

—Eh, maníaco sexual...

De repente, las paredes y el suelo se agitaron furiosamente. Fred salió despedido... Extendió los brazos para evitar que la pared le machacara la cabeza. Las piedras le golpearon los brazos y Fred chilló. Sintió un dolor insoportable en el codo izquierdo.

El suelo pareció estabilizarse. La cárcel estaba sólidamente construida, y había resistido el fuerte temblor de tierra. Fred movió el brazo izquierdo y gimió. Ahora se oían los gritos de otros presos. Los quejidos de uno de ellos eran de agonía. Debía haberse caído desde la litera más alta. Fred ignoró los gritos y lamentos y regresó a la ventana. Estaba poseído por el miedo. Qué era aquello?

El cielo se había cubierto de nubes, que avanzaban velozmente, se agitaban de un modo caótico, se formaban y desvanecían para formarse de nuevo y avanzar hacia el noroeste. Una formación de nubes más bajas, más lentas y estables empezó a moverse hacia el sur y el oeste. Aquello no era lo que Fred había esperado. El se había preparado para presenciar una oleada de fuego. Pero el día de la condenación parecía tomarse las cosas con calma.

El cielo se oscureció. Ahora todas las nubes eran negras, se revolvían y agitaban, brillaban con un continuo relampagueo. El viento y los truenos aullaban más que los presos.

El fin del mundo llegó con una luz cegadora y un simultáneo estampido de truenos.

Fred se encontró de súbito en el suelo. El codo le dolía intensamente. Pensó que un rayo había caído en la cárcel. El corredor estaba a oscuras, todo estaba envuelto en tinieblas, de modo que la visión sólo era posible cuando restallaban los relámpagos, como las luces estroboscópicas de una discoteca.

Charlie recorría el bloque de celdas, con las llaves en la mano. Dejaba libres a los presos, uno tras otro. Abría las puertas, los presos salían y se marchaban por el corredor... Pero pasó de largo ante la celda de Fred. Todas las celdas a cada lado del corredor estaban abiertas, menos la de Fred Lauren.

Fred gritó, pero Charlie no le hizo caso. Sin volverse, avanzó entre las celdas hasta llegar a la puerta principal y desaparecer.

Fred se quedó solo.

Eric Larsen no miró a la derecha ni a la izquierda. Caminaba a grandes zancadas. Sorteaba muertos y heridos e ignoraba las súplicas de auxilio. Podría haber echado una mano pero avanzaba a impulsos de una terrible determinación. La fría expresión de sus ojos y el arma que llevaba impedían que nadie se interpusiera en su camino.

No vio a otros policías. Apenas percibió a la gente a su alrededor, unos ayudando a los heridos, otros mirando desconsoladamente las ruinas de sus hogares, tiendas y almacenes, y otros corriendo sin rumbo. Ya nada importaba. Todos estaban condenados, lo mismo que Eric Larsen.

El joven patrullero podría haber subido a un coche e ir a las colinas. Vio que algunos coches pasaban velozmente por su lado. Vio a Eileen Hancock en un viejo Chrysler. Si se hubiera detenido, Eric podría haberse ido con ella, pero no lo hizo, y Eric se alegró, porque estaba resuelto a cumplir su

propósito.

Pero, ¿y si ya no fuera necesario, si estuviera perdiendo el tiempo? No había forma de saberlo.

Pensó que debió haber tomado un coche. Así habría podido terminar con aquel asunto y tener aún una posibilidad de huida. Pero ya era demasiado tarde. Llegó al edificio que albergaba la comisaría y la cárcel municipal. Parecía desierto. Entró en la cárcel. El cadáver de una mujer policía yacía bajo un enorme armario derribado. Eric no vio a nadie más, ni vivo ni muerto. Siguió adelante, pasó por detrás de la sala donde se tomaba la filiación a los detenidos y subió las escaleras. Las celdas estaban en silencio.

Había perdido el tiempo. Allí no era necesario. Estaba a punto de bajar las escaleras cuando se detuvo. Ya que había llegado hasta allí, tenía que asegurarse.

Había oído hablar del enorme oleaje que seguiría a la caída del Martillo. En la cárcel de Burbank había presos a los que Eric Larsen había enviado allí. Borrachos, ladronzuelos, jóvenes vagabundos que decían tener dieciocho años aunque parecían mucho menores. No se les podía dejar que se ahogaran como ratas en las celdas olvidadas. No se lo merecían. Eric les había encerrado allí y era responsable de su liberación en aquellos momentos.

La puerta de barrotes en lo alto de la escalera estaba abierta. Eric la cruzó y encendió su linterna para orientarse en aquella oscuridad casi absoluta. Vio que las puertas de las celdas estaban abiertas. Todas menos una.

Eric se dirigió a la única celda que permanecía cerrada. Fred Laursen estaba de espaldas al corredor. Se sujetaba el brazo izquierdo con el derecho. Miraba por la ventana y no se volvió cuando Eric le enfocó la linterna. Eric permaneció de pie, observándole.

Nadie merecía ahogarse como una rata en una jaula, ningún ser humano, ni los ladrones ni los borrachos ni los chicos que se escapaban de casa ni...

—Vuélvete -ordenó Eric. Lauren no se movió-. Vuélvete o te dispararé a las rodillas. Eso duele mucho.

Gimiendo, Fred se volvió. Vio la escopeta que le apuntaba. El policía sostenía la linterna a un lado, casi detrás de él, de modo que Fred podía ver.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Tú impediste que el otro policía me golpeara anoche. — Fred se acercó y miró el arma-. ¿Eso es para mí?

—Lo he traído para tí -dijo Eric-. He venido para liberar a los otros. A ti no podría liberarte. Por eso he traído la escopeta.

—Es el fin del mundo -dijo Fred Lauren-. Definitivamente. No quedará nada... -Fred soltó un hondo



gemido-. ¿Pero cuándo? Dime, por favor, ¿no estaría muerta ahora? ¿No habría muerto ya? Ella no podía sobrevivir al fin del mundo. Habría muerto y yo nunca hubiera podido hablarle.

—¡Hablarle! — Eric alzó el arma, enfurecido. Fred Lauren permanecía en pie, tranquilamente, esperando, y Eric vio el lecho y los restos de una mujer joven, su armario patético, con los pocos vestidos que poseía. Notó el olor a cobre de la sangre. Su dedo se tensó sobre el gatillo y se relajó. Bajó el arma.

—Por favor -imploró Fred Lauren-. Por favor...

La escopeta se alzó rápidamente. Eric no sabía que el retroceso de la culata al disparar era tan fuerte.

## **EL MARTES DEL PORTENTO: DOS**

*¡Oh! Corrí a las colinas, y se desmoronaban, Corrí al mar, y hervía, Corrí al cielo, y ardía... Todo en aquel día.*

En la sala llena de gente se oía el ruido de las interferencias eléctricas. En la gran pantalla de televisión aparecían manchas y colores al azar, pero una veintena de hombres y mujeres contemplaban aquella pantalla en la que habían visto las luces brillar y extinguirse sobre el Atlántico, Europa, el Norte de África y el Golfo de México. Sólo Dan Forrester continuaba trabajando. Sobre su consola había un mapamundi trazado por ordenador en una pantalla, y Forrester reunía laboriosamente todos los datos recibidos en el JPL, diseñando el plano de los impactos y utilizando sus localizaciones como datos que introducía en el ordenador para realizar más cálculos.

A Charles Sharps le parecía que debería interesarse por los cálculos de Forrester, pero la verdad era que no le interesaban. Miraba a los presentes. Con las bocas abiertas y los ojos hinchados, se retrepaban en sus asientos, apartándose de sus consolas y pantallas, ahora cegadas, como si éstas constituyeran el peligro. Y sin embargo Forrester tecleaba instrucciones, hacía movimientos precisos, estudiaba los resultados y tecleaba de nuevo...

«El Martillo ha golpeado», se dijo Sharps. ¿Qué diablos podían hacer ahora? No podía pensar en nada, y aquella sala le deprimía. Se dirigió a la larga mesa apoyada en una pared, donde había café y pasteles, y Sharps se sirvió una taza. La miró y luego la alzó en un remedo de brindis.

—Condenación -dijo en voz baja.

Los demás empezaron a levantarse de sus asientos.

–Condenación -repitió Sharps. El fin del mundo. ¿De qué servía ahora la orgullosa civilización del hombre? Era Glacial, Edad del Fuego, Era del Hacha, Edad del Lobo... Se volvió y vio que Forrester había abandonado su máquina y se dirigía hacia la puerta-. ¿Qué pasa ahora? – le preguntó Sharps.

–Terremoto. – Forrester siguió andando rápidamente hacia la salida-. Terremoto. – Lo dijo a plena voz, de modo que todo el mundo pudo oírle, y se precipitaron hacia la puerta.

El doctor Charles Sharps llenó la taza de café casi hasta el borde. La puso bajo el grifo y vertió un chorrito de agua fría. El café era una mezcla de Moka y Java preparado hacía menos de una hora con un filtro Melitta y conservado caliente en un limpio termo. Era una pena aguarlo, pero así estaba lo bastante frío para poder beberlo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los barcos volvieran a cruzar los grandes océanos? Años, décadas, tal vez nunca más volverían a hacerlo. A lo mejor jamás volvería a probar el café. Sharps tragó el contenido de la taza en cuatro sorbos y la arrojó al suelo. La gruesa loza rebotó y rodó hasta una consola. Sharps echó a correr hacia la salida.

En el pasillo, los demás habían rebasado a Forrester. En aquel momento las puertas de vidrio de la entrada se cerraban tras él. Dan Forrester correteaba como un pato despavorido. Nunca había sido un atleta, pero sin duda podía correr un poco más rápido. ¿Significaba aquella lentitud que todavía tenían tiempo? Sharps corrió hasta llegar a su altura.

–Al aparcamiento -dijo Dan resoplando-. Cuidado...

Sharps tropezó pero recobró el equilibrio sin caer. Dan daba saltos sobre una sola pierna. El suelo se había movido una sola vez, sin ningún género de dudas. Sharps pensó que no había sido tan malo. Los edificios ni siquiera habían sufrido daños...

–Ahora -dijo Forrester, reemprendiendo la marcha hacia el aparcamiento, que se encontraba en lo alto de una larga escalera de cemento.

Dan se detuvo cerca del final, respirando pesadamente, y Sharps le pasó un brazo por encima de su hombro y casi a rastras le llevó hasta arriba. Allí Dan se dejó caer al suelo. Sharps le miró preocupado.

Forrester resoplaba, tratando en vano de decir algo. Estaba sin aliento. Alzó un brazo e hizo un gesto con la palma hacia abajo, indicando a su compañero que se sentara, pero era demasiado tarde. El suelo osciló bajo sus pies, Sharps se desplomó y fue rodando hacia las escaleras. Esta vez oyó ruido de cristales rotos, pero cuando miró los edificios del JPL no vio ningún daño aparente. Abajo, los periodistas comenzaban a salir en trompa del centro Von Karman, pero muchos se detuvieron una vez hubo pasado el suave temblor, y algunos regresaron al interior del centro.

–Diles... -Dan resoplaba penosamente-. Diles que salgan. Ahora viene lo peor...

Charles Sharps llamó a gritos a los periodistas.

–¡Va a producirse una gran sacudida! ¡Que salgan todos! – Reconoció al reportero del *New York Times* y Sharps se dirigió a él-. ¡Haz que salga todo el mundo!

Al volverse vio que Forrester se había levantado y avanzaba rápidamente hacia el fondo del aparcamiento, alejándose de los coches. Andaba más rápido de lo que Sharps le había visto andar jamás-. ¡Daos prisa! – gritó Sharps a los otros.

Hombres y mujeres salían de los edificios del JPL. Algunos se dirigieron hacia Sharps y al aparcamiento. Otros circulaban entre los edificios, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Sharps les hizo gestos frenéticos y luego miró a Forrester, el cual había llegado a una zona despejada y se estaba sentando...

Sharps se volvió y corrió hacia Forrester. Al llegar a su lado se tendió sobre el asfalto. De momento, no sucedió nada.

–La primera sacudida... fue la onda superficial... causada por el choque de un fragmento en el Valle de la Muerte. – Forrester resopló-. Luego... el choque en el Pacífico. No sé cuánto tiempo pasará hasta que se desencadene...

La tierra gruñó. Unos pájaros emprendieron el vuelo. Los dos hombres tuvieron la galvanizante sensación del desastre inminente. Un grupo había llegado a lo alto de las escaleras y se dirigían hacia Forrester y Sharps.

La tierra gruñó de nuevo, con un ruido más intenso.

–La falla de San Andrés -dijo Forrester-. Cederá por completo, soltando centenares de megatones de energía, tal vez más.

Media docena de personas habían llegado a lo alto de la escalera. Dos se dirigieron hacia Sharps y Forrester. Los demás fueron en busca de sus automóviles.

–Diles que se aparten de ahí -dijo trabajosamente Forrester.

–¡Poneos a descubierto! – gritó Sharps-. ¡Y salid de esa escalera! ¡Rápido!

Un hombre seguido por una mujer aparecieron en lo alto de la escalera. El hombre cargaba con una cámara de televisión. Les seguía un grupo de gente, y se dispusieron a cruzar el aparcamiento.

La tierra se movió. Los recién llegados apenas tuvieron tiempo de acurrucarse abrazándose las rodillas en los dos o tres segundos que transcurrieron hasta que el temblor adquirió fuerza. La tierra rugió una y otra vez, y a aquel horrendo bramido se unieron los gritos de la gente, el ruido de vidrios rotos y de bloques de cemento que se desmoronaban, hasta que todos los ruidos se mezclaron y el estruendo se convirtió en el caos informe de una pesadilla. Sharps trató de incorporarse y mirar hacia el JPL, pero no había nada sólido. El asfalto ondulaba y se cuarteaba. El pavimento caliente se fragmentó y separó, derribando a Sharps y haciéndole dar un doble vuelco, y luego se levantó y abombó una vez más, entre el fragor de la destrucción y los gritos.

Cuando el temblor finalizó, Sharps se sentó y trató de centrar la mirada. El mundo había cambiado. Alzó la vista hacia las altas montañas Angeles, y vio que su perfil era diferente. El cambio era sutil, pero perceptible. No tuvo tiempo para ver más. Oyó un fuerte ruido detrás de él y al volverse vio que una parte del aparcamiento había desaparecido y que el resto estaba ladeado en extraños ángulos. Muchos coches habían desaparecido también, despeñados por el precipicio que se había abierto entre el aparcamiento y las escaleras... pero éstas ya no existían. También se habían derrumbado sobre la parte inferior del aparcamiento elevado. Los coches restantes topaban unos con otros como animales en lucha. Por todas partes había ruido, de coches, edificios y rocas, todo en movimiento y chocando entre sí.

Un Volkswagen avanzó dando tumbos hacia Sharps, como una de esas plantas rodadoras del desierto, sólo que de acero. Sharps gritó y trató de echar a correr, pero sus piernas no le sostenían. Cayó, se arrastró y vio que el coche daba una de sus vueltas rozándole los talones, como una montaña de metal pintado, que fue a estrellarse contra un Lincoln... La masa de hierros retorcidos resultante volvía a tener el tamaño de un pequeño Volkswagen.

Otro coche pequeño estaba volcado y había alguien debajo, debatiéndose. Sharps reconoció a Charlene, pero no había modo de llegar hasta ella. La muchacha dejó de moverse súbitamente. El suelo continuó temblando y gruñendo, hasta que se produjo otra violenta sacudida. Otra parte del aparcamiento se separó, inclinándose, y se deslizó lentamente hacia abajo, arrastrando a Charlene y el coche que la había matado. Ahora Sharps ya no oía el rugido. Estaba sordo. Permaneció tendido sobre el suelo en movimiento, esperando que todo terminara.

La torre, el gran edificio central del JPL, había desaparecido. En su lugar había una masa informe de vidrio, trozos de hormigón, metal retorcido y ordenadores destrozados. El centro Von Karman estaba igualmente en ruinas. Una pared había caído, y a través del espacio abierto, Sharps vio el primer módulo lunar no tripulado, la araña metálica que había llegado a la Luna para excavar su superficie. El ingenio espacial estaba desvalido bajo el techo a punto de desmoronarse. Entonces las paredes se derrumbaron también, enterrando al módulo espacial y también el centro de prensa científica.

—¡No se acaba! — gritaba alguien-. ¿Cuándo terminará?

Sharps apenas podía oír las palabras.

Finalmente los temblores empezaron a disminuir. Sharps permaneció tendido. No quería tentar a los hados. Lo que quedaba del aparcamiento estaba inclinado y en precario equilibrio. Ahora Sharps tuvo tiempo de preguntarse quién había estado en la escalera detrás de las cámaras. Ya no importaba, puesto que el equipo de televisión había desaparecido. Quienquiera que se encontrara a quince metros de la escalera se había desintegrado entre la masa de abajo, cubierto por los cascotes de los muros y los restos destrozados de los coches.

El día estaba oscureciéndose de una manera ostensible. Sharps alzó la vista para descubrir la razón. Un telón negro se deslizaba por el cielo. Entre las agitadas nubes negras, los relámpagos brillaban como docenas, centenares de enormes flashes fotográficos.

A su derecha un rayo cayó sobre un árbol y lo partió en dos. El trueno inmediato fue ensordecedor, y el aire olió a ozono. Más rayos se abatieron sobre las colinas cercanas.

—¿Sabes adonde vamos? —preguntó Tim Hamner.

—No -respondió Eileen. Corrían por calles vacías, azotadas por la lluvia-. Por aquí debe haber una carretera que lleve a las colinas. He subido un par de veces.

A la izquierda y detrás de ellos había más casas, intactas en su mayoría. A la derecha se encontraban las elevaciones de Verdugo Hills. Las casas se encaramaban a las laderas, formando pequeñas calles de un par de manzanas de extensión, y en cada una de ellas había letreros que indicaban «terreno cerrado». Excepto por la lluvia y los relámpagos, todo parecía normal en aquella zona. La intensa lluvia sólo permitía ver los objetos más cercanos, y las casas, en su mayor parte antiguas, estucadas, de estilo español, permanecían sin daños apreciables.

—¡Ahí está! —exclamó Eileen.

Giró bruscamente a la derecha y enfiló una carretera alquitranada que serpenteaba por el pie de un alto risco, un espolón de las montañas más lejanas iluminadas por los relámpagos. Era una carretera con muchas curvas, y pronto no vieron más que la colina a la derecha, las sombrías montañas que se alzaban en la distancia y un campo de golf a la izquierda. No se veían automóviles ni personas.

Giraron una y otra vez, hasta que Eileen pisó el freno y el coche patinó y se detuvo, ante un corrimiento de tierras. Más de tres metros de piedras y barro bloqueaban el camino.

—Tendremos que andar -dijo Tina. Miró en dirección a los relámpagos y se estremeció.

—La carretera sigue mucho más -dijo Eileen-. Creo que llega hasta lo alto de las colinas. — Señaló a su izquierda, al campo de golf protegido por una valla metálica-. Abre un espacio en la valla.

—¿Con qué? —preguntó Tim, pero bajó del coche. La lluvia le empapó casi al instante. Permaneció de pie, impotente. Eileen salió por el otro lado, con las llaves del maletero en la mano.

El maletero contenía un gato, varias bengalas de señales y un viejo impermeable manchado de aceite, como si lo hubieran usado para limpiar el motor. Eileen sacó el mango del gato.

—Usa esto. Tim, no tenemos mucho tiempo.

—Lo sé.

Tim cogió la delgada vara metálica y se dirigió a la valla. Se quedó allí inmóvil, con el mango del gato en la mano derecha. La tarea parecía inútil. Oyó que se cerraba la cubierta del maletero y luego la portezuela del coche. A ello siguió el ruido del motor. Tim miró a su alrededor, sorprendido, pero el coche no se movía. No podía ver el rostro de Eileen a través de la intensa lluvia y el vidrio húmedo del

parabrisas. ¿Iba a abandonarle allí?

Decidió ponerse manos a la obra. Colocó el mango del gato entre la alambrada y un poste de la valla, tratando de torcer el alambre. No ocurrió nada. Hizo presión, volcando su peso sobre el mango, pero tropezó y cayó contra la valla. Una punta afilada desgarró sus ropas y le hizo un corte. Notó la sal que impregnaba sus ropas en la herida. Dobló los hombros, bajo el dolor y la impotencia, y se levantó.

—¡Tim! ¿Cómo va eso?

El quiso volverse y llamarla, decirle que aquello no tenía sentido, que estaba abatido, se había desgarrado la ropa y... Pero no dijo nada. Se agachó e insertó el mango del gato otra vez, torciéndolo y haciendo palanca contra el cable metálico, hasta que éste se soltó del poste. Repitió la operación una y otra vez, hasta dejar expedito todo un trozo de valla. Entonces fue al siguiente poste y empezó de nuevo la tarea.

Eileen apuntó el coche hacia la valla. Tocó el claxon y gritó: «Hazte a un lado». El automóvil se desvió de la carretera y penetró en la valla, arrancando los cables de otro poste, que cayeron sobre la hierba, y pasando sobre ellos. Eileen aceleró el vehículo.

Tim echó a correr. El coche no se había detenido del todo y parecía que no iba a hacerlo. Corrió hasta ponerse a su altura y abrió la portezuela de un tirón, arrojándose sobre el asiento. Eileen condujo el coche por una calle del campo de golf, dejando en ella surcos profundos, y llegó a una extensión de césped. Siguió adelante destrozando la cuidada superficie de hierba.

Tim se echó a reír, con un deje histérico.

—¿Qué pasa? — le preguntó Eileen, sin apartar la vista de la calle cubierta de hierba que se extendía hacia adelante.

—Recuerdo que cierta vez una señora entró en el césped del Country Club de Los Angeles con zapatos de tacón alto -dijo Tim-. ¡El camarero por poco se muere! Creía comprender la caída del cometa y lo que significa, pero no lo he comprendido hasta verte conducir a través del césped.

Ella no dijo nada, y Tim volvió a contemplar malhumorado el terreno. ¿Cuántas horas de trabajo se habrían invertido para producir aquella perfecta superficie de césped? ¿Volvería a molestarse alguien en hacerlo? Tim sintió de nuevo intensos deseos de reír. Si hubiera palos de golf en el coche, podría salir y dar el primer golpe a la pelota...

Eileen recorrió todo el campo de golf, salió de nuevo a la carretera alquitranada y enfiló hacia las colinas. Ahora estaban en plena naturaleza, con altas colinas a cada lado de la carretera. Pasaron junto a un terreno de acampado y vieron muchachos exploradores. Habían levantado una tienda de campaña y parecían discutir con el jefe de tropa. Tim abrió la ventanilla del coche.

—¡Quedaos en terreno alto! — gritó.

–¿Qué ha sucedido abajo? – preguntó el jefe de tropa.

Eileen redujo la velocidad y se detuvo.

–Incendios, inundaciones, atascos de tráfico -dijo Tim-. Aquello estará inhabitable durante algún tiempo. – Hizo una seña al adulto para que se acercaba-. Quédense aquí, al menos durante la noche.

–Pero nuestras familias... -dijo el hombre.

–¿Dónde?

–En Studio City.

–Ahora no pueden ir allí -dijo Tim-. El tráfico es imposible por el valle. Las carreteras están cortadas, las autopistas se han hundido y hay muchos incendios. Lo mejor que pueden hacer por sus familias es quedarse aquí, donde están a salvo.

El hombre asintió. Tenía grandes ojos castaños y un rostro cuadrado, de expresión franca. Llevaba una barbita rojiza en el mentón.

–Ya se lo he dicho a los chicos. Julie-Ann, ¿has oído eso? Tu madre sabe donde estamos. Si las cosas fueran realmente mal allí, avisarían a la policía para que nos buscaran. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí. – Bajó la voz y se dirigió a Tim-: Supongo que habrá mucho que reconstruir después de ese terremoto. ¿Hay muchos heridos?

–Sí -dijo Tim, apartando la vista. No podía sostener la mirada del jefe de tropa.

–Entonces, nos quedaremos aquí otro día -dijo el hombre-. Mañana habrán de empezar a poner las cosas en orden. Pero los chicos no están preparados para esta lluvia. Nadie espera que llueva en junio. Quizá deberíamos bajar a Burbank y quedarnos en una casa, o una iglesia. Nos alojarían...

–No lo haga -dijo Tim en tono imperioso-. Todavía no. ¿Lleva esta carretera a lo más alto?

–Sí. – El hombre acercó su rostro al de Tim-. ¿Por qué quieren subir ahí? – Señaló los relámpagos que restallaban en las cumbres-. ¿Por qué?

–Tenemos que ir -dijo Tim-. Ustedes quédense aquí, al menos esta noche. Sigamos, Eileen.

Ella arrancó sin decir nada. Entraron en una curva, dejando al jefe de tropa de pie en la carretera.

–Yo tampoco he podido decírselo -dijo Eileen-. ¿Estarán seguros ahí?

–Creo que sí. Parece que estamos a bastante altura.

–La cumbre está a unos mil metros -dijo Eileen.

—Y ahora debemos encontrarnos a más de seiscientos. Estamos seguros. Tal vez sería mejor esperar aquí, hasta que pase la tormenta eléctrica, si es que para alguna vez. Luego podemos seguir o regresar. ¿Adonde iremos a parar si seguimos?

—A Tujunga. Está a más de seiscientos metros de altura. Si nosotros estamos a salvo, Tujunga también ha de estarlo.

Siguieron adentrándose en las colinas, por la carretera serpenteante. Tim frunció el ceño. Nunca había tenido un buen sentido de la dirección, y no había mapas en el coche.

—Mi observatorio está más arriba del gran cañón de Tujunga... Se puede ir subiendo por aquella carretera. Yo lo he hecho alguna vez. En el observatorio hay comida, equipo de emergencia y suministros.

—¿También te dio a ti la fiebre del Martillo? — bromeó Eileen.

—No. Es un lugar muy apartado. Más de una vez me he quedado bloqueado por la nieve, en ocasiones durante más de una semana. Por eso lo tengo bien aprovisionado. ¿Adonde vamos? ¿Por qué no paras?

—Yo... no lo sé.

Eileen redujo la velocidad y avanzó pausadamente, casi a paso de hombre. La lluvia había disminuido, aunque todavía caía en exceso para una zona de escasas precipitaciones, como Los Angeles, y era un fenómeno insólito en verano, pero al menos ahora no era más que lluvia, no un diluvio. En cambio se había levantado el viento, que aullaba por el cañón y obligaba a los dos viajeros a comunicarse a gritos, pero el viento era un compañero tan constante que ya no lo notaban.

Pasaron otra curva y se encontraron en una alta cornisa que miraba al sur y el oeste. Eileen frenó, a pesar del peligro de desprendimientos desde arriba, y cerró el contacto. El viento aullaba y los relámpagos no cesaban. La lluvia impedía la visibilidad del valle de San Fernando, pero a veces el viento la despejaba y se podían ver formas borrosas a lo lejos. Había brillantes resplandores anaranjados en la superficie del valle, docenas de ellos.

—¿Qué es eso? — preguntó Eileen.

—Casas. Estaciones de servicio. Almacenes de combustible. Coches, hogares, camiones cisternas volcados... todo cuanto puede arder.

—Lluvia y fuego. — Eileen se estremeció a pesar del calor que hacía dentro del coche. El viento aulló de nuevo.

Tim tendió los brazos hacia ella. Eileen retrocedió un instante, luego se aproximó a él y apoyó la cabeza en su pecho. Permanecieron así, escuchando el ulular del viento, contemplando las llamas anaranjadas difuminadas a través de la lluvia.



–Lograremos llegar al observatorio -dijo Tim-. Puede que tengamos que andar, pero no está tan lejos. No habrá más de treinta y cinco o cuarenta kilómetros de distancia. Andando, podemos llegar en un par de días. Entonces estaremos a salvo.

–No -dijo ella-. Nadie estará jamás a salvo, nunca más.

–Claro que sí. – Tim permaneció un instante en silencio-. Yo... Me alegro mucho de que me hayas encontrado. No tengo pasta de héroe, pero...

–Lo estás haciendo muy bien.

Volvieron a quedarse en silencio. El viento siguió silbando, pero gradualmente tuvieron conciencia de otro sonido, bajo, sordo, aumentando de volumen, como un avión a reacción, diez reactores, mil reactores rugiendo para despegar. Procedía del sur, y mientras ellos observaban, algunas de las llamas anaranjadas a lo lejos se apagaron. No vacilaron y se extinguieron, sino que se apagaron de súbito, arrebatadas de la vista en un instante. El ruido creció, acercándose.

–Maremoto -dijo Tim en voz baja-. Al fin ha llegado. Una oleada gigantesca, de docenas, tal vez centenares de metros de altura.

–¿Centenares de metros? – preguntó Eileen en tono nervioso.

–Estaremos a salvo. Las olas no pueden avanzar mucho a través de la tierra. Se requiere mucha energía para ello, muchísima. Escucha. Está subiendo por el viejo lecho del río Los Angeles, no a través de las colinas de Hollywood. Quienes se encuentren allí probablemente estarán seguros. Dios ayude a la gente del valle...

Permanecieron sentados, abrazados, mientras los relámpagos restallaban a su alrededor, por encima de ellos, y oían los truenos y, sobreponiéndose a ellos, el rugido del maremoto, a medida que una tras otra las luces anaranjadas en el valle de San Fernando iban apagándose.

*Entre la Baja California y la costa occidental de México hay un estrecho espacio de agua cuyas costas parecen las dos púas de un diapasón. El mar de Cortés es tan cálido como el agua de un baño y tan tranquilo como un lago, un verdadero terreno de juego para nadadores y navegantes deportivos.*

*Pero ahora los fragmentos del núcleo del Hamner-Brown atraviesan la atmósfera terrestre como diminutas estrellas de un blanco azulado. Uno cae hacia la boca del mar de Cortés hasta que choca con el agua entre las púas.*

*Se abre un cráter blanco anaranjado y las aguas se alzan. El maremoto avanza hacia el sur, en forma de media luna creciente, pero, confinado entre las costas, la ola avanza hacia el norte, como la avanzada de la onda en el cañón de una escopeta. Parte del agua se derrama al este, en México; parte al oeste, cruzando la Baja California, hasta el Pacífico. La mayor parte del agua abandona el extremo*

*septentrional del mar de Cortés, como una cadena montañosa en movimiento, de crestas blancas.*

*El Valle Imperial, la segunda de las mayores regiones agrícolas de California, está en la misma situación que si estuviera colocado ante la boca del cañón de una escopeta.*

Por el deshecho aparcamiento del JPL los supervivientes se arrastraban unos al encuentro de otros. Eran una docena de hombres y cinco mujeres, todos aturdidos, arrastrándose juntos. Abajo había más gente, entre las ruinas de los edificios. Todos gritaban. Otros supervivientes se acercaron a ellos. Sharps se puso en pie, aturdido. Quería ir abajo y ayudar, pero las piernas no le respondían.

Las nubes cubrían totalmente el cielo. Pasaban raudas, formando extraños dibujos. La escasa luz del día que atravesaba aquella negrura era mucho más débil que el continuo relampagueo en todas direcciones.

Sharps oyó llantos de niños. Luego una voz le llamó por su nombre.

—¡Doctor Sharps! ¡Auxilio!

Era Al Masterson, el portero del edificio de Sharps, que se había reunido con otros dos supervivientes. Los tres estaban junto a una camioneta que había chocado con un gran Lincoln verde. La camioneta estaba inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con dos ruedas sobre el asfalto y las otras dos en el aire. Los niños que lloraban se encontraban dentro del vehículo.

—Por favor, señor, dése prisa -urgió Masterson.

Aquello rompió el hechizo. Charlie Sharps echó a correr a través del aparcamiento para ayudar. Junto con Masterson y los otros dos hombres, empujaron la camioneta con su pesada carga hasta ponerla de nuevo en posición vertical. Masterson abrió la puerta. Los rostros de los dos niños estaban bañados en lágrimas. La mujer, June Masterson, no lloraba.

—Están bien -les dijo-. De veras, están bien.

La camioneta estaba cargada hasta el techo con alimentos, agua, latas de gasolina atadas a la puerta trasera, ropas, una escopeta y municiones. Parecía mentira que cupiera allí todo aquel material además de los niños y sus mantas.

—Le oí decir que el Martillo podría golpearnos -decía Masterson a todo el que se paraba a oírle-, le oí decir...

Sharps se rió para sus adentros. Masterson, el portero, había oído hablar a los ingenieros y, naturalmente, no había entendido las posibilidades en contra de que ocurriera algo, así que había estado preparado, bien pertrechado para sobrevivir, con su familia esperando en el aparcamiento, por si acaso. Los demás, pensó Sharps, sabían demasiado...

–¿Qué vamos a hacer, doctor Sharps? – preguntó Masterson.

–No lo sé. – Sharps se volvió a Forrester. El rechoncho astrofísico no había podido echar una mano para enderezar la camioneta. Parecía perdido en sus pensamientos, y Sharps desvió la vista de él-. Creo que haremos lo que podamos por los supervivientes... ¡Pero tengo que ir a casa!

–Yo también -dijo uno, al que se adhirió un coro de voces.

–Pero debemos permanecer juntos -dijo Sharps-. No habrá mucha gente en la que podamos confiar...

–Formemos una caravana -dijo Masterson-. Cogemos algunos coches y vamos todos en busca de nuestras familias. ¿Dónde vivís?

Resultó que había demasiada variedad de direcciones. Sharps vivía cerca de allí, en La Cañada, al igual que otros dos. Los hogares de los demás estaban esparcidos, y algunos vivían muy lejos, incluso en Burbank y Canoga Park, en el valle de San Fernando. Los que vivían en el valle parecían despavoridos.

–Yo no me iría -dijo Forrester-. Esperad. Un par de horas...

Los demás asintieron. Todos estaban enterados.

–Seiscientos kilómetros por hora -dijo Hal Crayne, que hasta hacía pocos minutos había sido geólogo.

–Más -replicó Forrester-. El maremoto se producirá unos cincuenta minutos tras la caída del cometa. – Consultó su reloj-. Menos de media hora.

–¡Pero no podemos quedarnos aquí! – gritó Crayne. Todos los demás gritaron con él. No podían oír sus propias voces.

Entonces empezó a llover, pero no era lluvia lo que caía sino barro. A Sharps le sorprendió ver bolitas de barro que salpicaban el asfalto. Bolitas de barro, duras y secas en el exterior, con centros blandos, y que producían un fuerte sonido al chocar con las carrocerías de los automóviles. Una granizada de barro. Los supervivientes se apresuraron a buscar refugio, en el interior de los coches, bajo ellos o entre la chatarra.

–¿Barro? – preguntó Sharps.

–Sí. Debí haber pensado en ello -dijo Forrester-. Barro salado procedente del fondo del mar, arrojado al espacio y...

La extraña granizada cesó y todos salieron de sus refugios. Ahora Sharps se sentía mejor.

–Todos los que vivís demasiado lejos para ir a vuestras casas, id abajo y ayudad a los supervivientes en la zona de edificios. El resto iremos a por nuestras familias, en caravana, y volveremos aquí si

podemos. Dan, ¿cuál es nuestro mejor destino final?

Forrester parecía preocupado.

—Hacia el Norte, fuera del terreno bajo. La lluvia... podría durar meses. Todos los viejos valles fluviales pueden llenarse de agua. No hay ningún lugar seguro en la depresión de Los Angeles. Y habrá sacudidas secundarias a causa del terremoto...

—¿Dónde entonces? —preguntó Sharps.

—En última instancia, al desierto Mojave -dijo Forrester, sin apresurarse-. Pero no al principio, porque ahora no hay nada allí. En última instancia...

—¡Sí, pero ahora, Dan, ahora!

—Las laderas de la sierra, encima del valle San Joaquín.

—¿La zona de Porterville? —preguntó Sharps.

—No sé dónde cae eso...

Masterson buscó en la guantera de su camioneta. Ahora llovía intensamente y mantuvo el mapa desplegado dentro del vehículo. Los demás permanecieron en el exterior, mirando a June Masterson y sus hijos. Los niños estaban quietos. Observaban a los adultos con expresión atemorizada.

—Exactamente aquí -dijo Masterson.

Forrester estudió el mapa. Nunca había estado allí, pero era fácil memorizar la localización.

—Sí, yo diría que es un buen sitio.

—El rancho de Jellison -dijo Sharps-. ¡Está ahí! El me conoce y nos acogerá. Iremos allí. Si tenemos que separarnos, nos reuniremos en ese lugar. — Señaló el punto en el mapa-. ¡Preguntad por la finca del senador Jellison! Ahora, los que no vienen de inmediato con nosotros, que bajen a ayudar a los supervivientes. Al, ¿puedes poner en marcha alguno de estos coches?

—Sí, señor.

Masterson pareció aliviado, lo mismo que los otros. Hacía años que estaban acostumbrados a acatar las órdenes de Sharps, y les parecía bien que él estuviera al mando de nuevo. No le obedecerían como si fueran soldados, pero necesitaban que les dijeran lo que deseaban hacer.

—Dan, tú vendrás en la caravana con nosotros -dijo Sharps-. No serías de mucha utilidad abajo...

—No -dijo Forrester.

—¿Qué? — Sharps estaba seguro de que había entendido mal. El fragor de los truenos era constante y ahora se añadía el sonido del viento que se había levantado.

—No puedo. Necesito insulina -explicó Forrester.

Entonces Sharps recordó que Dan Forrester era diabético.

—Podemos pasar por tu casa...

—¡No! — exclamó Forrester-. Tengo otras cosas qué hacer. No haría más que retrasarte.

—Tienes que venir...

—No te preocupes -dijo Forrester-, estaré bien. — Se volvió y echó a andar bajo la lluvia.

—¡No lo hagas, Dan! — gritó Sharps-. ¡Ni siquiera puedes poner el coche en marcha cuando se agota la batería!

Forrester no se volvió. Sharps miró a su amigo, sabiendo que no lo volvería a ver. Los otros se apiñaron a su alrededor. Todos querían consejo, órdenes, decisión, y esperaban que Charles Sharps se los proporcionara.

—¡Te veremos en el rancho! — gritó Sharps.

Forrester se volvió ligeramente y saludó con la mano.

—Vámonos -dijo Sharps-. La camioneta en el medio.

—Miró al pequeño grupo bajo sus órdenes-. Preston, tú irás conmigo en el coche en cabeza. Coge esa escopeta y tenía cargada.

Todos subieron a sus coches y se pusieron en marcha a través del destrozado aparcamiento, moviéndose cuidadosamente para evitar las enormes grietas y los hoyos.

El coche de Forrester estaba intacto. Lo había aparcado en la zona más alta, muy alejado de los demás coches, los árboles y el borde del risco, lateral a la inclinación de la colina. Sharps pudo distinguir las luces del vehículo de Forrester que seguía a la caravana calle abajo. Confió en que Dan hubiera cambiado de idea y les siguiera, pero cuando llegaron a la autopista, vio que Dan Forrester había girado en dirección a Tujunga.

La carretera se estrechaba hasta convertirse en un camino estrecho e inclinado, a cuya derecha había un precipicio de quince metros o más. Eileen se esforzó por dominar el coche, hasta que se detuvo.

—Caminaremos a partir de aquí -dijo, pero no hizo ademán alguno para bajar del coche. La intensidad

de la lluvia había disminuido, pero ahora era más fría, y el relampagueo en todas direcciones era constante. Había en el aire un fuerte y acre olor a ozono.

—Vámonos pues -dijo Tim.

—¿A qué tanta prisa?

—No lo sé, pero vámonos.

Tim no podría haberle explicado su urgencia. Ni siquiera estaba seguro de comprenderla él mismo. Para Hamner, la vida era civilizada y relativamente simple. Uno se mantenía alejado de las zonas de la ciudad donde el dinero y la posición social no eran importantes, y dondequiera que fuese contrataba personas para que hicieran las cosas o compraba herramientas para hacerlas. Mentalmente sabía que todo eso había llegado a su fin. Emocionalmente... aquello no podía ser el fin del mundo. El mundo seguía allí, y Tim quería ayuda. Quería una policía educada, unos tenderos vivaces y corteses, funcionarios eficientes... En una palabra, la civilización.

Una inmensa muralla de agua avanza hacia el Este a través del Atlántico Sur. Su borde de la izquierda pasa por el cabo de Buena Esperanza, anegando tierras que pertenecieron sucesivamente a los hotentotes, holandeses, británicos y sudafricanos blancos, hasta llegar al pie del monte Mesa e inundar el ancho valle contiguo.

El borde derecho de la ola choca con la Antártida, quebrando glaciares de quince kilómetros de largo por ocho de ancho. La inmensa ola irrumpe entre África y la Antártida. Cuando llega al espacio más amplio del Océano Indico, la ola ha perdido la mitad de su fuerza. Ahora sólo mide ciento veinte metros de altura, y avanza hacia la India, Australia y las islas de Indonesia a ochenta kilómetros por hora.

La ola barre las tierras bajas de la India meridional y luego, encauzada por la estrecha bahía de Bengala, recobra gran parte de su fuerza y altura y rompe en las marismas de Bangladesh. Después sigue hacia el Norte, atravesando Calcuta y Dacca. Finalmente las aguas se detienen al pie del Himalaya, donde se reúne con las inundaciones del valle del Ganges. Cuando las aguas se retiran, el sagrado Ganges rebosa de cadáveres.

Caminaron penosamente a través del barro, cuesta arriba. El camino conducía a un collado en lo alto de la colina, no lejos de las cumbres, pero la distancia era considerable en aquellas condiciones. Los relámpagos se sucedían sin tregua.

Grandes masas de barro se adherían a sus zapatos, que pronto pesaban tres o cuatro veces más de su peso normal. Caían en el barro y se levantaban, ayudándose como podían y así llegaron poco a poco a lo alto de la colina y bajaron por el otro lado. Paso a paso, sin detenerse, se acercaron a la ciudad que Tim imaginaba indemne, con moteles, agua caliente, luz eléctrica y un bar donde servirían Chivas Regal y Michelob...

Llegaron a un tramo asfaltado y la marcha fue más fácil.

–¿Qué hora es? – preguntó Eileen.

Tim presionó el botón de su reloj digital.

–Las doce en punto.

–Y está tan oscuro... -Eileen resbaló con unas hojas mojadas y cayó sobre el asfalto. No se levantó.

–Eileen... -Tim se inclinó para ayudarla.

La muchacha estaba sentada en el pavimento y no parecía herida, pero no intentaba incorporarse. Lloraba silenciosamente.

–Tienes que levantarte.

–¿Por qué?

–Porque no puedo cargar contigo e ir muy lejos.

Ella casi se rió, pero en seguida se cubrió el rostro con las manos y permaneció acurrucada bajo la lluvia.

–Vamos -le dijo Tim-. Las cosas no están tan mal. Es posible que aquí no ocurra nada. Habrá salido la Guardia Nacional, la Cruz Roja. Habrá tiendas de emergencia.

Tim tuvo la impresión de que aquellas cosas se evaporaban a medida que las evocaba, como si pertenecieran al mundo de los sueños, pero siguió hablando, desesperadamente.

–Y compraremos un coche. Hay centros de venta más adelante. Compraremos un cacharro y nos llevará hasta el observatorio. Y llevaremos una cesta de pollo frito para el camino. ¿Te parece bien?

Ella meneó la cabeza y se rió, pero sin levantarse. Tim se agachó y le tocó los hombros. Eileen no se resistió, pero tampoco hizo el menor esfuerzo para incorporarse. Tim la levantó en brazos y empezó a caminar penosamente por la carretera.

–Esto es absurdo -dijo Eileen.

–Apuesto a que sí.

–Puedo caminar.

–Muy bien. – Tim la soltó y ella permaneció en pie, pero se aferró a él y apoyó la cabeza en su

hombro.

Finalmente se separó de Tim.

—Me alegro de haberte encontrado. Anda, vamos.

—Numeraos -ordenó Gordie.

—Uno -respondió Andy Randall.

Los demás pronunciaron su número sucesivamente: «Dos». «Tres». «Cuatro». «Cinco».

Bert Vanee llegó un poco tarde y miró nerviosamente a su padre mientras decía: «Seis». Pero Gordie no pareció percatarse.

—Y yo -dijo Gordie-. Muy bien, Andy, encabeza la marcha. Yo iré detrás de Charlie.

Empezaron a bajar por el sendero. El precipicio estaba a menos de dos kilómetros. No tardarían más de veinte minutos en llegar. Rodearon una curva y tuvieron una vista magnífica que se extendía hacia el este, por encima de las copas de los pinos. El aire matinal era límpido y la luz tenía una tonalidad... curiosa.

Gordie consultó su reloj. Llevaban diez minutos andando. Se sentía tentado a prescindir de su parada obligatoria para atarse los cordones de las botas. El esfuerzo para parecer natural le costaba más de lo que le había costado tomar su decisión.

Hubo un intenso resplandor hacia el este, brillante pero breve. Demasiado brillante para ser un relámpago, y, además, el cielo estaba despejado. Su impresión en los ojos no desaparecía ni siquiera parpadeando.

—¿Qué ha sido eso, papá? —preguntó Bert.

—No lo sé. Tal vez un meteoro. Vamos a detenernos para que os atéis bien las botas.

Los chicos se desprendieron de las mochilas y buscaron piedras para sentarse. La brillante impresión visual se desvanecía lentamente. Gordie no podía mirar directamente los cordones de sus botas. Entonces notó que el viento había cesado. El bosque estaba totalmente inmóvil.

Un vivo resplandor, una inmovilidad súbita. Era como si...

La onda expansiva pasó con estruendo por el lugar en que se hallaban. En alguna parte cayó un árbol muerto, agitándose en la agonía final entre sus hermanos. El fragor prosiguió largo tiempo, y se levantó el viento.



¿Habría estallado una bomba atómica en la zona de pruebas de Frenchman Fiat? No podía ser. Jamás hacían pruebas que tuvieran tales efectos. ¿Qué era entonces?

Los muchachos charlaban. Entonces el suelo se movió con estruendo, se onduló. Cayeron más árboles.

Gordie cayó sobre su mochila. Los muchachos habían salido despedidos de las piedras en las que se habían sentado. Uno de ellos, Herbie Robinett parecía herido. Gordie se acercó a él arrastrándose. El muchacho no sangraba y no tenía nada roto. Sólo estaba conmocionado.

—¡No te levantes! — le gritó Gordie—. ¡Y cuidado con las ramas y troncos de los árboles que caen!

La intensidad del viento aumentaba, pero estaba cambiando de dirección moviéndose hacia el sur, y ya no soplaban del este, donde habían visto el vivo resplandor. La tierra tembló de nuevo.

En la lejanía, mucho más allá del horizonte y alzándose hacia la estratosfera, se veía una extraña nube en forma de hongo, cuyas horribles volutas subían más y más. Aquel era el lugar preciso donde se había producido el resplandor.

Uno de los muchachos tenía una radio y se la acercó al oído.

—No se oyen más que interferencias, señor Vanee. Creo haber oído algo más, pero no lo he entendido.

—No es de extrañar -dijo Gordie-. En las montañas, casi nunca podemos oír nada en pleno día.

Pero aquel viento le inquietaba. ¿Y qué era aquella cosa? ¿Un fragmento del cometa? Gordie se rió amargamente. Tanto alboroto acerca del fin del mundo y no era nada. Un vivo resplandor en el valle de la Muerte... o quizá no se tratara del cometa. La zona de experimentación atómica estaba en aquella dirección, a unos quinientos kilómetros...

El suelo había dejado de temblar.

—Vámonos -ordenó Gordie-. En pie.

Mientras recogía su mochila se preguntó que haría ahora. Si cumplía su designio, ¿podrían arreglárselas los muchachos sin él? ¿Qué sucedía allá abajo? Nada. No debía ser más que un meteoro, tal vez de gran tamaño, quizá tan grande como el que cayó en Arizona, el que abrió un cráter con más de medio kilómetro de diámetro. Era algo impresionante, y los chicos hablarían de aquel suceso durante años. Pero aquello no resolvía su problema. Los auditores del banco estarían allí el viernes próximo y...

—Mirad que nubes más curiosas -dijo Andy Randall en tono preocupado.

—Ah, sí -dijo Gordie distraídamente. Entonces reparó en lo que Andy señalaba.

Era al sudoeste, casi en el sur, como si hubieran vertido desde el cielo un gran charco de tinta negra.

Inmensas nubes negras, cada vez más altas, lo cubrían todo...

Y el viento ululaba entre los árboles. Más y más nubes que parecían formarse de la nada corrían hacia ellos a una velocidad tremenda, más rápidas que aviones a reacción...

Gordie miró frenéticamente a su alrededor. No había ningún lugar donde resguardarse.

—¡Coged los ponchos! — gritó.

Los muchachos sacaron sus capotes de monte. Mientras Gordie se ponía el suyo, la lluvia cayó como un torrente de agua cálida. Gordie notó el sabor salado del agua. ¡Agua salada!

—¡Ha sido el cometa! — musitó.

Y aquello era el fin de la civilización. Los documentos que probaban su delito en el banco habrían desaparecido. Ya no importaban. ¿Y Marie? Las nubes se acumulaban sobre Los Angeles, y no había un vehículo en muchos kilómetros a la redonda. No podía hacer nada por ella, no tenía ninguna posibilidad de ayudarla. En aquel preciso momento, el problema de Gordie eran los muchachos.

—Volvemos a Soda Springs -les dijo. Era el mejor lugar, hasta que supieran lo que iba a suceder. Estaba a cubierto y en terreno llano.

—¡Quiero ir a casa! — gritó Herbie Robinett.

—Haz que se muevan, Andy -ordenó Gordie. Les hizo señas con la mano para que avanzaran, dispuesto a empujarlos si era necesario, pero los chicos se pusieron en marcha. Cuando pasó Bert, Gordie creyó ver lágrimas en sus ojos, lágrimas que se confundían con la sucia agua de lluvia que caía intensamente.

Dentro de poco los senderos estarían inundados, desaparecerían. Y aquella lluvia cálida derretiría la nieve de las cumbres. El río Kern se desbordaría y todas las carreteras quedarían inutilizadas.

De repente, Gordie Vanee echó la cabeza atrás y lanzó un grito de triunfo. Iba a vivir.

## **EL MARTES DEL PORTENTO: TRES**

*Cuando Adán trabajaba la tierra y Eva tejía,*

*Kyrie Eleison,*

*¿Quién era entonces el caballero?*

*Kyrie Eleison.*

Canción-marcha de la Compañía Negra durante la Revuelta Campesina, Alemania, 1525.

Harvey Randall se encontraba a quince minutos de su casa cuando golpeó el Martillo.

El día se convirtió en noche y a la noche la iluminó una fantástica pirotecnia. A través de la negra nube asomaban retazos de la luz diurna, pero los relámpagos eran mucho más brillantes. Las colinas aparecían bajo una luz blanco azulada y se desvanecían. Ora el cielo era blanco sobre el recortado perfil negro de los montes, ora se iluminaba el cañón a la izquierda, ora la negrura era profunda, apenas iluminada por los faros de los coches... A veces, la caída de un rayo en las cercanías hacía que Randall cerrara con fuerza los ojos doloridos. Los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad, pero la lluvia caía aun más veloz. Randall había abierto ambas ventanillas. Era mejor mojarse que avanzar a ciegas.

Conducir en semejantes condiciones era una locura, pero el tráfico todavía era denso. Tal vez todos los conductores habían perdido el juicio. Entre el fragor de los truenos y la lluvia que golpeaba el metal se oía el estruendo de innumerables cláxones. Los coches cambiaban de carril sin avisar, avanzaban en sentido contrario y volvían apresuradamente a su carril cuando se encontraban ante las luces de otros coches que venían de frente.

El furgón de Randall era demasiado grande para tales piruetas. Un corrimiento de tierras había bloqueado la mitad de la carretera, y un conductor poco decidido, se había detenido para dejar que pasaran los demás. Randall pasó por encima del obstáculo, el furgón osciló peligrosamente pero se mantuvo, invadió la calzada contraria y volvió a su carril. Más adelante se encontró con nuevos corrimientos, brechas en la carretera, coches parados... Harvey se preguntó si la casa se habría derrumbado con Loretta dentro, o si Loretta, cegada por el pánico habría salido para ver si él llegaba en el coche. No podría sobrevivir sola, y nunca se encontrarían. Le pareció que había transcurrido una hora desde el choque del cometa.

Más tarde o más temprano llegarían los saqueadores. Loretta sabía dónde estaba la escopeta, pero ¿la usaría? Randall giró para entrar en Fox Lañe, donde el agua llegaba hasta los tapacubos del coche, llegó a la casa y accionó el dispositivo de apertura a distancia. Todas las casas estaban a oscuras. La puerta del garaje no se abrió, pero la de la casa estaba abierta de par en par.

El saqueo no podía haber empezado tan pronto, pero por si acaso cogió la linterna y una pistola, bajó del furgón, echándose al suelo, y rodó hasta quedar debajo del vehículo. Desde allí estudió la situación.

La casa parecía vacía y la lluvia entraba por la puerta abierta.

Salió rodando de debajo del vehículo y echó a correr hacia la casa. Cruzó la puerta sin encender la

linterna. La enfocaría al rostro de la primera persona que viera. Pensó que Loretta podría ir a cerrar la puerta, tal vez armada con la escopeta, en cuyo caso él se apartaría, lanzándose por los escalones. Su vida dependería de sus reflejos: tal como actuaba, Loretta se asustaría lo bastante para disparar.

Harvey avanzó un poco más y enfocó la linterna. Los relámpagos sólo permitían ver sombras confusas. Los truenos apagaban todos los demás sonidos. En cuanto encendió la linterna vio a Loretta. Estaba tendida en el suelo, boca arriba. El rostro y el pecho eran una informe masa húmeda: el destrozo que deja el disparo de una escopeta. Kipling, sin cabeza, era un amasijo de sangre y pelo a su lado.

Harvey se acercó. Al andar no sentía sus piernas. Era como si caminara sobre almohadas, la última etapa del agotamiento antes del colapso. Se arrodilló y dejó el arma en el suelo. No se le ocurrió que alguien podría estar todavía allí. Tocó la garganta de Loretta. Apartó la mano, con un estremecimiento, y le buscó el pulso de la muñeca. No lo encontró y pensó que era una suerte. ¿Qué hubiera hecho si su mujer hubiese estado aún con vida? ¿A quién recurrir?

No la habían violado, pero ¿qué importaba eso ahora? Tampoco le habían arrebatado las pulseras. Y aunque habían abierto y vaciado los cajones del bufet, las piezas de plata seguían allí. ¿Por qué habían hecho aquello? ¿Qué buscaban?

Los pensamientos de Randall eran lentos y confusos, y seguían sendas extrañas. Por un lado no podía creer nada de aquello; no podía aceptar que allí estaba tendido el cadáver de su mujer, iluminado a intervalos por los relámpagos. No podía creer en el siniestro clima, en los terremotos ni en que un gran espectáculo luminoso se hubiera transformado en el fin del mundo. Cuando se levantó y fue al dormitorio en busca de algo con que cubrir a Loretta, lo hizo porque la había estado contemplando hasta que no pudo soportarlo más.

Los cajones del tocador estaban fuera de su sitio y volcados. Randall vio las pulseras, un anillo de oro, el broche de amatista de Loretta y los pendientes a juego entre el revoltijo. Los armarios roperos también habían sido revueltos. ¿Dónde estaban...? Sí, se habían llevado sus dos abrigos. Harvey deambuló entre los objetos tirados por el suelo. Sobre la cama había un montón de cosas: medias, frascos de cosméticos, barras de labios. Harvey lo arrojó todo al suelo, cogió las ropas de cama y las arrastró hasta el vestíbulo. Algo pugnaba por abrirse paso en su mente, pero lo rehuyó. Cubrió a Loretta y se sentó de nuevo.

En ningún momento se había preguntado si los asaltantes seguirían allí, pero trató de imaginar a los que habían hecho aquello. ¿Un hombre, una mujer, un grupo? ¿Qué podían haber querido? Habían abandonado la plata y las joyas, pero se habían llevado los abrigos.

Tambaleándose, Harvey se dirigió a la cocina.

Los asaltantes habían encontrado su provisión de tasajo, vitaminas y sopa enlatada. Se lo habían llevado todo. Harvey comprendía ahora lo que habían estado buscando, e inspeccionó los lugares donde había almacenado el material de supervivencia. Las latas de gasolina habían desaparecido del garaje. Las armas tampoco estaban en su sitio. ¡Los asaltantes habían actuado de acuerdo con un plan!

En cuanto cayó el cometa supieron lo que tenían que hacer. ¿Habían elegido su casa al azar? ¿Tal vez su calle? Tal vez habían asaltado todas las casas de la manzana.

Volvió al vestíbulo, junto a Loretta. «Querías que me quedara», le dijo. Sintió un nudo en la garganta y no pudo decir nada más. Meneó la cabeza y entró en el dormitorio.

Se sentía mortalmente fatigado. Permaneció de pie al lado de la cama, contemplando los objetos desparramados por el suelo. Aquello no tenía sentido. Medias todavía en sus envases, champú, lociones para el cabello y la piel, esmalte de uñas, media docena de grandes frascos, barras de labios, cajas de rulos... docenas de objetos. Si hubiera podido imaginar aquello... Si hubiera llegado antes, tal vez habría encontrado a los asaltantes, o podría haberlos perseguido. Todavía tenía su pistola.

En medio de su estupor, seguía sin poder creerlo. Los asaltantes se habían ido y allí estaba él con Loretta. Se sentó en la cama y contempló el cepillo de pelo de Loretta y sus gafas de sol...

Poco a poco comprendió la lógica de todo aquello. El Martillo había golpeado y Loretta había empezado a preparar su equipo de supervivencia, las cosas sin las cuales no podría vivir. Entonces habían llegado los asesinos y le habían dado muerte, dejando atrás, como basura, los lápices de labios y cejas y las medias sin los que Loretta no podría enfrentarse a la vida. Pero se habían llevado la maleta.

Harvey se echó boca abajo y ocultó la cabeza entre los brazos. Los truenos y la lluvia rugían en sus oídos, ahogando los pensamientos que él quería ahogar.

Tuvo conciencia de que alguien le miraba. Los truenos seguían sin cesar y no hubiera podido oír ruido alguno, pero notó la mirada fija en él y recordó que no debía moverse antes de recordar por qué. Cuando se moviera, debería hacerlo de súbito y... Había dejado el arma al lado de Loretta. No había nada qué hacer. Se puso boca arriba.

—¿Harv? —preguntó alguien. El no respondió—. Harv, soy yo, Mark. Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé. Han asaltado la casa.

Casi se había adormecido cuando Mark habló de nuevo.

—¿Estás bien, Harv?

—Yo no estaba aquí. Fui a entrevistar a un maldito profesor de la universidad, me metí en un atasco de tráfico y... no estaba aquí. Déjame solo.

Mark fue de un lado a otro de la habitación, examinando los armarios.

—Harv, tenemos que irnos de aquí. Tú y tu maldito pastel helado celeste... Toda la depresión de Los Angeles está bajo el océano. ¿Lo sabías?

–Ella quería que me quedara. Estaba asustada -dijo Harvey-. Trató de pensar en algo para que Mark se marchara-. Vete y déjame solo.

–No puedo, Harv. Tenemos que enterrar a tu mujer. ¿Tienes una pala?

Harvey abrió los ojos. La estancia parecía iluminada por una luz estroboscópica surrealista. Curiosamente, ya no oía los truenos. Se levantó.

–Creo que hay una en el garaje. Gracias.

Cavaron en el jardín trasero. Harvey quería hacerlo solo, pero pronto se le agotó la energía y Mark le substituyó. La pala chapoteaba en el barro demasiado húmedo y era muy difícil avanzar en la tarea bajo aquella lluvia intensa.

–¿Qué hora es? – preguntó Mark. Estaba metido en el hoyo hasta la cintura y el agua casi le cubría las botas.

–Mediodía -dijo una voz femenina.

Harvey miró a su alrededor, sorprendido. Vio a Joanna apostada en la suave pendiente detrás de la casa. La lluvia le corría por el rostro. Tenía una escopeta y parecía vigilar con toda su atención.

–Ya es lo bastante profundo -dijo Mark-. Quédate aquí, Harv. Jo, vamos adentro. Dale la escopeta a Harv.

–De acuerdo.

La muchacha bajó la cuesta. Su figura diminuta contrastaba con la gran escopeta. Se la dio a Harvey sin decir una palabra.

Harvey permaneció de pie bajo la lluvia, montando guardia junto a una tumba vacía. Si alguien se hubiera acercado a él por detrás, ni siquiera se habría dado cuenta, pero vio a Mark y Joanna.

El robusto Mark y la pequeña Joanna, que llevaban un Imito envuelto en una manta. Harvey quiso echar una mano, pero llegó tarde. Depositaron el cadáver en la fosa, y el agua del fondo rodeó la manta y la cubrió. Harvey vio que era una manta eléctrica, la manta eléctrica de Loretta. Nunca lograba estar bastante caliente por la noche.

Mark cogió la pala y Joanna la escopeta. Mark cubrió la fosa con rápidas paladas. Harvey trató de encontrar algo que decir, pero no le salió nada. Finalmente se limitó a dar las gracias.

–De nada. ¿Quieres leer algunas palabras?

–Debería hacerlo -dijo Harvey. Echó a andar hacia la tasa, pero no pudo entrar.

–Toma. Esto estaba en el dormitorio -dijo Joanna.

Era el librito de oraciones que usó Andy en su confirmación. Loretta debía haberlo incluido entre el equipo de supervivencia. Harvey lo abrió por la parte dedicada a las oraciones para los difuntos. La lluvia empapó la página antes de que pudiera leer, pero encontró una línea apropiada. La leyó a medias, recordando el resto de memoria.

–Oh, Señor, concédele el descanso eterno y haz que la luz perpetua luzca sobre ella.

No pudo ver nada más. Al cabo de un largo rato, Mark y Joanna acompañaron a Harvey a la casa.

Se sentaron a la mesa de la cocina.

–No tenemos mucho tiempo -dijo Mark-. Creo que vimos a los asaltantes.

–Mataron a Frank Stoner -añadió Joanna.

–¿Quién ha sido? – preguntó Harvey-. ¿Qué aspecto tenían? ¿Podemos seguirles la pista a esos bastardos?

–Te lo diré más tarde -dijo Mark-. Primero, recojamos las cosas y vayámonos.

–Dímelo ahora.

–No.

Joanna había dejado la escopeta encima de la mesa. Harvey la cogió, calmamente, y comprobó si estaba cargada. Manejaba el arma con la precisión de quien tiene un excelente adiestramiento.

–Quiero saberlo -insistió.

–Eran motoristas -dijo Joanna-. Media docena de ellos que escoltaban una gran camioneta azul. Los vimos girar por Fox Lañe.

–Esos bastardos -dijo Harvey-. Sé donde viven. Es una callejuela a un kilómetro de aquí. Ellos mismos cambiaron el nombre de la calle y pusieron en el letrero «Montaña nevada».

Harvey se puso en pie.

–Ya no los encontrarás ahí -dijo Mark-. Fueron hacia el norte, en dirección a Mulholland.

–Frank, Mark y yo... -dijo Joanna-. íbamos en las motos.

–Bajaban por tu calle -dijo Mark-. Quise saber lo que ocurría. Me detuve y alcé la mano, ya sabes, como hacen los motoristas cuando quieren que otro se pare para hablar. ¡Y uno de aquellos hijos de

puta me disparó con una escopeta!

–Erraron el tiro y dieron a Frank -dijo Joanna-. Lo derribaron. Si el tiro no le mató, lo hizo la caída, porque se golpeó contra el bordillo. Los motoristas siguieron adelante. No sabíamos qué hacer, así que vinimos aquí tan rápido como pudimos.

–Dios mío -dijo Harvey-. Llegué aquí media hora antes que vosotros. Estaban aquí, en alguna parte, muy cerca, mientras yo estaba... mientras...

–Sí -dijo Joanna-. Los conoceremos si volvemos a verles. Llevan motos grandes, y la camioneta llena de pintadas. Podremos reconocerles.

–Nunca había visto antes a esa banda -añadió Mark-. Ahora no hay modo de darles alcance. Harv, no podemos quedarnos aquí. La depresión de Los Angeles se ha inundado. El maremoto ha matado a todo el mundo allá abajo, pero debe haber un millón de personas en estas colinas, y seguro que no hay comida para alimentar a tanta gente. Ha de haber un lugar mejor adonde ir.

–Frank quería ir al desierto Mojave -dijo Joanna-. Pero Mark pensó que deberíamos venir a ver qué hacías...

Harvey no dijo nada. Dejó la escopeta y se quedó mirando la pared. Tenían razón. No podía dar alcance al grupo de motoristas, y estaba muy cansado.

–¿Han dejado alguna cosa? – preguntó Mark.

Harvey no respondió.

–Hagamos un registro de todos modos -dijo Mark-. Jo, tú mira en la casa. Yo miraré afuera, en el garaje, donde sea. Pero no podemos dejar el furgón solo. Vamos, Harv.

Cogió a Harvey de un brazo y le obligó a incorporarse. Mark tenía una fuerza sorprendente. Harvey no se resistió y dejó que su amigo le llevara hasta el furgón y le depositara en el asiento del pasajero, dejando la pistola de tiro olímpico en su regazo. Luego cerró todas las puertas, dejando a Harvey sentado en el interior, mirando fijamente la lluvia.

–¿Crees que estará bien? – preguntó Joanna.

–No lo sé, pero nos hará caso. Anda, veamos lo que podemos encontrar.

Mark encontró las botellas de agua en el garaje, junto con otras cosas: sacos de dormir, húmedos, pero útiles todavía. Sin duda los motoristas tenían los suyos y no se habían molestado en llevárselos. Mark pensó que eran unos estúpidos. Los sacos militares de Harv, diseñados para temperaturas glaciales, eran mejores que cualquier saco que pudieran poseer los motoristas.

Poco después, Mark llevó lo que había rescatado al furgón y abrió la puerta trasera. Luego recogió las



pequeñas y sucias motos en las que él y Joanna habían viajado. Pensó en pedir ayuda a Harvey, pero encontró unos tablones y los usó como rampa. Auxiliado por Joanna, subió una de las motos al furgón y puso encima las cosas que había recogido.

—Harv, ¿dónde está Andy? — preguntó Mark finalmente.

—Está seguro, en las montañas. Ha ido de excursión con Gordie Vanee... ¡Marie!

De repente se acordó de la mujer de Gordie. Bajó de un salto y corrió hacia la casa de su vecino. La puerta de entrada estaba abierta. Harvey se quedó ante el umbral, temeroso de entrar. ¿Y si los asaltantes hubieran estado en casa de Gordie mientras él permanecía al lado de Loretta? Maldijo su inutilidad.

Mark entró en la casa y salió poco después.

—La han saqueado, pero no hay nadie, ni tampoco sangre. — Se dirigió al garaje y trató de abrir la puerta. No le costó hacerlo; la cerradura estaba rota. El garaje estaba vacío-. Harv, ¿qué clase de coche tenía tu vecino?

—Un Cadillac -respondió Harvey.

—Entonces la mujer se ha ido, porque aquí no hay ningún coche y los saqueadores no llevaban un Cadillac. Regresa y vigila el furgón. Tenemos que recoger más cosas. O ayúdanos a llevarlas.

Harvey volvió al vehículo y pensó a dónde podría haber ido Marie Vanee. Se sentía responsable de ella. Gordie cuidaba de su hijo, y él debía ocuparse de la mujer de Gordie, pero no tenía la menor idea de dónde podría estar...

De súbito, su mente se iluminó. Sí, sabía donde estaba. En el Country Club de Los Angeles, donde el gobernador daba una fiesta para recaudar fondos con destino a los niños minusválidos. Marie formaba parte de la junta. Debía estar allí cuando se produjo la catástrofe.

Y si todavía no había regresado, ya no lo haría. Harvey ya no era responsable de Marie.

Mark salió de la casa y, al verle, Harvey se sobresaltó. Llevaba algo entre las manos... Una ballena de cristal de Steuben que valía cinco mil dólares. Era el regalo de bodas que les había hecho la familia de Loretta. Un par de años atrás, Mark se había atrevido a poner las manos en aquel objeto y Loretta le había echado de casa.

Mark llevó cuidadosamente la ballena de cristal a la camioneta. La envolvió con sábanas, fundas de almohada y mantas.

—¿Para qué es todo eso? — preguntó Harvey. Señaló la ballena, el bote de crema para la piel, las cajas de Kleenex y los restos del equipo de supervivencia de Loretta, junto con otras cosas.

—Son artículos para trueque -dijo Mark-. Tus cuadros, algunos objetos lujosos. Si encontramos algo mejor, tiraremos todo eso, pero tenemos que llevar algo. Me alegro de que la cabeza te funcione de nuevo, Harv. Casi vamos cargados hasta los topes. ¿Quieres subir o prefieres echar otro vistazo a la casa?

—No puedo volver ahí...

—Bien, de acuerdo. — Alzó la voz para llamar a la muchacha:- Jo, nos marchamos.

—Ya voy.

Joanna salió de su puesto de vigilancia detrás de un seto, totalmente empapada, sosteniendo todavía la escopeta.

—¿Estás en condiciones de conducir, Harv? — le preguntó Mark-. El vehículo es demasiado grande para que lo conduzca Joanna.

—Puedo conducir.

—Muy bien. Yo iré de escolta con la moto. Dame la pistola, y tú, Jo, quédate con la escopeta. Una cosa, Harv. ¿Hacia dónde vamos?

—No lo sé -dijo Harvey-. Hacia el norte. Ya pensaré algo cuando estemos en camino.

—De acuerdo.

El ruido de la motocicleta apenas fue audible bajo el rugido de los truenos. Emprendieron la marcha en dirección al norte, hacia Mulholland, por la misma ruta que habían seguido los saqueadores, y Harvey no perdió la esperanza de dar con ellos.

Bajo la cortina de lluvia Dan Forrester sólo podía ver el camino en las breves fracciones de tiempo en que el limpiaparabrisas despejaba el agua. El diluvio difuminaba la luz de los faros antes de que pudiese llegar a la carretera. Los continuos relámpagos proporcionaban más luz, pero no pasaba de una luminosidad blancuzca en aquella lóbreguez. Torrentes de agua cruzaban la retorcida carretera de montaña, y el coche avanzaba penosamente.

Se preguntó qué ocurriría en los valles, pero pronto lo sabría. Antes tenía que hacer algunos preparativos.

Charlie Sharps lo sabría antes. Dan estaba preocupado por Charlie. Las posibilidades de éste no eran escasas, pero no hubiera debido viajar con aquella camioneta cargada. Se veía en seguida que valía la pena robarla. Pero Masterson también debía llevar algunas armas.

Aunque llegaran al rancho, ¿les dejaría quedarse el senador Jellison? El rancho estaba muy por encima

de la zona inundada. Si aceptaban a todos los que llegaran, sus reservas de alimentos se agotarían en un día, y al día siguiente desaparecería el ganado. Tal vez sólo admitirían a Charlie Sharps. Probablemente no necesitarían los servicios de Dan Forrester, doctor en Humanidades y ex astrofísico. ¿Quién iba a necesitarlos?

Le sorprendió encontrarse de repente ante su casa. El aparato de apertura de puertas a distancia funcionaba, y abrió la puerta del garaje. Todavía disponía de fuerza eléctrica, pero no sería por mucho tiempo. Dan dejó la puerta abierta. Una vez en el interior de la casa, encendió algunas luces y luego sacó un montón de velas, de las que encendió dos.

La casa era pequeña. Tenía una habitación grande, con las paredes forradas de libros, colocados en estanterías que iban del suelo al techo. Sobre la mesa del comedor, Dan había amontonado su equipo. Compró una buena provisión de alimentos congelados mientras los hubo en existencia, pero no se paró ahí, sino que se llevó a casa una buena cantidad de grandes bolsas de plástico, sprays de insecticida y bolas de naftalina, todo lo cual cubría la mesa. Dan se puso a trabajar en el suelo.

Silbaba a medida que realizaba su labor: rociaba un libro con insecticida, lo metía en una bolsa, con algunas bolas de naftalina, y la cerraba herméticamente. Luego metía el envoltorio en otra bolsa que también cerraba, y ésta en otra más... Los paquetes iban amontonándose en el suelo, y cada uno de ellos contenía un libro cubierto con cuatro bolsa de plástico. En un momento determinado se levantó para ponerse unos guantes y colocar un ventilador a su espalda; así evitaría que el insecticida le impregnara las manos y penetrara en sus pulmones.

Cuando el montón de bolsas sobre el suelo alcanzó una altura considerable, cambió de sitio, y cuando el segundo montón llegó a ser tan alto como el primero, se levantó lentamente. Tenía rígidas las articulaciones. Le dolían los pies. Movié las piernas para activar la circulación. Preparó café en la cocina. La radio no emitía más que los ruidos confusos de las interferencias. Puso un rimero de discos en el tocadiscos automático. Ahora tenía suficiente espacio en la mesa de la cocina y reanudó allí su trabajo.

Los dos montones separados de bolsas fueron acercándose hasta convertirse en uno solo.

Las luces se apagaron, las voces de los Beatles se hicieron graves y lentas hasta desvanecerse. Dan se vio de repente inmerso en la oscuridad y oyó los sonidos a los que hasta entonces no había prestado atención: los truenos encadenados, el ulular del viento y el fragor de la lluvia que se abatía contra la casa. El agua había empezado a filtrarse por un ángulo del techo.

Tomó un sorbo de café en la cocina y volvió a la habitación grande, iluminada por las velas situadas en estantes. Habían transcurrido varias horas. El café, olvidado, se había recalentado en exceso. Una quinta parte de los estantes todavía estaban llenos, pero la mayoría de los libros importantes habían sido empaquetados.

Dan anduvo junto a los estantes. El cansancio aumentaba su profunda melancolía. Había vivido en aquella casa doce años, pero hacía el doble de tiempo que leyó *Alicia en el país de las maravillas*, *Los hijos del agua* y *Los viajes de Gulliver*. Esos libros se pudrirían en una casa abandonada, junto con su

colección de novelas de ciencia ficción y brujería. Los libros que había empaquetado no eran para entretenimiento, ni siquiera sobre filosofías de la vida, sino para reconstruir la civilización. Iba a dejar incluso *Los planetas habitables por el hombre*, de Dole...

¡No, maldita sea!, se dijo y, obedeciendo a un súbito impulso, arrojó el libro de Dole sobre la mesa. No era demasiado probable que cuando existiera de nuevo la NASA tuviese necesidad de aquel libro, convertido ya en polvo. Pero ¿qué importaba? Dan añadió algunos libros más: *El shock del futuro*, *Los cultos de la sinrazón*, el *Infierno* de Dante, *Tau Cero*... Decidió que ya era suficiente. Quince minutos más tarde había terminado. No quedaba ni una bolsa más.

Tomó café, que estaba todavía caliente, y se obligó a descansar antes de abordar lo más duro de la tarea. Consultó el reloj. Eran las diez de la noche. Había perdido la noción del tiempo.

Se dirigió al garaje y cogió una carretilla. Era nueva, todavía tenía las etiquetas. Dan se resistió a la tentación de sobrecargarla. Se puso un impermeable, botas de agua y un sombrero. Cargó la carretilla con bolsas de libros y salió al exterior a través del garaje.

El moderno sistema de desagüe de Tujunga era relativamente nuevo. El territorio estaba sembrado con depósitos sépticos abandonados, uno de los cuales se encontraba detrás de la casa de Dan Forrester. Lo malo era que se encontraba cuesta arriba, pero no se puede encontrar todo fácil.

El viento aullaba. La lluvia era salada y arenosa. La luz de los relámpagos guió precariamente a Dan. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para empujar la carretilla cuesta arriba, mientras buscaba el depósito séptico. Cuando lo encontró estaba lleno de agua, porque Dan había retirado la tapa la noche anterior.

Fue arrojando al depósito las bolsas de libros, empujándolas hacia el fondo con la ayuda de un largo trozo de tubería. Antes de regresar, abrió una bengala de emergencia y la dejó sobre la tapa del depósito.

Hizo el segundo viaje en traje de baño. La cálida lluvia que azotaba su cuerpo era menos desagradable que las ropas empapadas y pegajosas. Para el tercer viaje se puso el sombrero. Al regresar se sentía muy débil. Pensó que debería tomarse un descanso o no podría continuar. Se quitó el traje de baño mojado y se tendió en el sofá, cubriéndose con una manta... y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, el estruendo de los truenos, el viento y la lluvia era infernal. Se sentía completamente rígido. Se levantó con esfuerzo, lentamente, y fue a la cocina, dándose ánimos. Primero desayunaría y luego volvería al trabajo. Su reloj se había parado. No sabía si era de día o de noche.

Llenó la carretilla sólo hasta la mitad y la empujó por el barro resbaladizo, cuesta arriba. Se dijo que en el próximo viaje debería llevar otra bengala. Cargó con todas las bolsas que pudo a la vez y las echó al depósito, empujándolas al máximo. Era improbable que nadie, estúpido o genial, buscara allí semejante tesoro, aun cuando supiera que existía. El olor apenas le molestaba, pero aquellos vientos huracanados no podían durar eternamente, y luego el tesoro estaría doblemente seguro. Fue en busca de otra carga...

Una de las veces resbaló y cayó cuesta abajo. No soltó la carretilla vacía, que le arrastró un buen trecho por el barro. Se incorporó con todo el cuerpo dolorido y sucio, y decidió que redoblaría sus precauciones.

Finalmente llevó la última carga. Se esforzó para levantar la tapa, descansó y probó de nuevo. Tardó mucho en retirarla y en ponerla de nuevo en su sitio. Luego bajó la cuesta con la carretilla vacía. Al cabo de un día sus huellas habrían sido borradas por la inundación. Dan pensó en enterrar la última prueba de su proyecto, la carretilla, pero la mera idea de emprender aquel trabajo le hizo estremecer.

Se secó con todas las toallas del baño y utilizó las mismas toallas para secar el equipo de lluvia. Sacó más toallas del armario. Rellenó las botas con pequeñas toallas de mano antes de meterlas en el coche, junto con el impermeable y el sombrero. El agua rezumaba ahora por las viejas paredes de la casa. Dan se preguntó si también se filtraría en el coche. En última instancia, no importaría. Al final tendría que abandonar el coche y andar bajo la lluvia, llevando una mochila a la espalda por primera vez en su vida. Estaría a salvo, o muerto, mucho antes de que la lluvia empezara a remitir.

Dan introdujo en el coche la mochila que había preparado la noche anterior, en la que había incluido una jeringa y un poco de insulina. En previsión de que alguien le robara la mochila, había colocado otras dos jeringas y medicamentos en dos lugares distintos del coche.

El coche era un viejo modelo, sin ningún atractivo para los ladrones. Dan había incluido algunos objetos que, en un momento determinado, podrían servirle para canjearlos por su vida. Uno de los objetos era realmente valioso; un saqueador corriente no podría distinguirlo, pero a Dan le podría servir para ponerse a seguro.

Daniel Forrester, doctor en humanidades, era un hombre de edad mediana sin una profesión útil. En lo sucesivo, su doctorado no valdría tanto como una taza de café. Sus manos eran blandas, pesaba demasiado, era diabético. Sus amigos le habían dicho que a menudo subestimaba su propia valía. Aquello era una lástima, porque restringía su capacidad para negociar. Sabía cómo fabricar insulina. Necesitaba un laboratorio y matar una oveja al mes.

Desde el día anterior, Dan Forrester se había convertido en un lujo caro.

En su mochila había algo más: un libro. Era el segundo volumen de *Cómo funcionan las cosas*. El volumen primero estaba en el foso séptico.

Harvey Randall vio el Cadillac blanco que avanzaba hacia él. Tardó un momento en reaccionar. Luego frenó tan bruscamente que Joanna salió despedida hacia adelante y sólo el cinturón de seguridad impidió que se estrellara contra el parabrisas. La escopeta que sostenía golpeó la guantera.

—¿Te has vuelto loco? — le gritó, pero Harvey ya había abierto la puerta y echaba a correr, agitando los brazos frenéticamente. ¡Dios! ¡Ella tenía que verle!

—¡Marie! — gritó.

El Cadillac aminoró la marcha y se detuvo. Harvey corrió hacia él.

Era increíble, pero Marie Vanee no estaba alterada en absoluto. Llevaba un vestido de verano de lino blanco, decorado con una filigrana dorada, pendientes de oro y un colgante con un pequeño diamante suspendido de una cadena también de oro, todo lo cual armonizaba a la perfección. La lluvia le había desbaratado el peinado, pero no demasiado, porque llevaba el cabello corto y poco rizado. Parecía como si hubiera pasado todo el día en el Country Club y se dirigiera a su casa para ponerse un vestido de noche.

Harvey la miró asombrado. Ella sostuvo su mirada tranquilamente, y Harvey sintió una vez más el desagrado que le producía aquella mujer. Quería gritarle, alterarla. ¿No se daba cuenta...?

—¿Cómo has llegado aquí? — le preguntó.

Cuando ella respondió, Harvey se sintió avergonzado. Marie Vanee habló con calma, con demasiada calma. Parecía como si tuviera que esforzarse para hacerlo.

—He subido por las colinas. La carretera estaba bloqueada por coches, pero unos hombres los apartaron. Fui... ¿Por qué quieres saber cómo he llegado aquí, Harvey?

El se echó a reír a carcajadas, y su risa atemorizó a la mujer. Harvey pudo ver el miedo en su mirada.

Llegó Mark en la moto. Miró al Cadillac y luego a Marie. En otras circunstancias hubiera emitido un silbido, pero se limitó a preguntar:

—¿Es tu vecina?

—Sí. Marie, tendrás que venir con nosotros. No puedes quedarte en casa...

—No tengo intención de quedarme en casa -replicó ella-. Voy a buscar a mi hijo. Y a Gordie -añadió tras una breve pausa. Bajó la vista hacia sus zapatos dorados-. Cuando coja un poco de ropa... Harvey, ¿dónde está...? — Antes de que pudiera terminar la frase vio el dolor y el aturdimiento en los ojos de Harvey-. ¿Dónde está Loretta? — preguntó en voz baja, vacilante.

Harvey no respondió. Mark, detrás de él, meneó lentamente la cabeza. Su mirada se encontró con la de Marie. Ella asintió.

Harvey Randall dio media vuelta. Se quedó de pie bajo la lluvia, silencioso, con la mirada perdida.

—Deje su coche y suba al furgón -dijo Mark a Marie.

—No. — La mujer trató de sonreír-. Por favor, ¿no pueden esperar hasta que coja algunas ropas? Harvey...

–El no está en condiciones de tomar decisiones -dijo Mark-. Mire, ya encontraremos ropas. No habrá mucha comida, pero sobraré la ropa.

–En casa tengo unas prendas perfectamente adecuadas para estas circunstancias -dijo ella con firmeza. Sabía cómo hablar a los empleados, ya fueran de Gordie o de Harvey-. Y unas buenas botas. No es fácil encontrar unas botas que me vayan bien. No puede decirme que diez minutos más o menos supongan una gran diferencia.

–Tardará más de diez minutos, y no disponemos en absoluto de tiempo -insistió Mark.

–Desde luego que tardaré más si nos quedamos aquí hablando. – Marie puso el coche en marcha y empezó a avanzar lentamente-. Por favor, espérenme -dijo mientras se alejaba.

–Lo que faltaba -dijo Mark-. Harv... ¿Qué hacemos aho...? – Dejó la pregunta sin terminar. Harvey Randall no podía decidir nada en aquellos momentos-. ¡Sube de una maldita vez al coche, Harv! – le ordenó Mark.

El tono imperioso de Mark hizo que Harvey se dirigiera al furgón. Al principio se sentó en el asiento del conductor.

–Joanna, coge la moto -dijo Mark-. Yo conduciré el furgón.

–¿Adonde vamos?

–Supongo que a casa de Harvey. Diablos, no sé lo que debemos hacer. Quizá deberíamos seguir nuestro camino.

–No podemos abandonarla -dijo Joanna con firmeza. Bajó del furgón y montó en la moto. Mark se encogió de hombros y subió al furgón. Cambió de sentido invadiendo un camino particular y recorrió a la inversa el trayecto que habían seguido, blasfemando sin cesar.

Cuando llegaron a la casa, vieron a Marie sentada en el porche, esperándoles. Llevaba unos pantalones de un caro tejido artificial, que parecían muy resistentes, una camisa de algodón y una blusa de lana. Se había puesto también calcetines de lana y estaba atándose los cordones de las botas. A su lado había una manta, muy abultada.

Joanna dejó la moto en el césped. Mark bajó del furgón y se unió a ella. Miró alternativamente a Marie y Joanna.

–Vaya, es el cambio más rápido que he visto en mi vida. Podría sernos de utilidad.

–Depende de para qué -dijo Marie en tono neutro-. ¿Quiénes son ustedes dos y qué le pasa a Harvey? – Siguió atándose los cordones.

–Han matado a su mujer, los mismos malhechores que asaltaron su casa. Oiga, ¿adonde iba en ese

Cadillac? ¿Está su marido con Andy Randall?

—Sí, claro -dijo Marie-. Andy y Bert están allá arriba, con Gordie. — Terminó de atarse los cordones y se levantó-. Pobre Loretta. Ella... Oh, ya no tiene remedio. ¿Quieren decirme sus nombres?

—Me llamo Mark, y ésta es Joanna. Trabajaba para Harv...

—Ya lo sé. — Marie había oído hablar de Mark-. Hola. Así pues, se quedan con Harvey, ¿no?

—Desde luego.

—Entonces, vámonos. Por favor, ponga este bulto en el coche. Yo iré en seguida.

Mark pensó que aquella mujer era dura como un clavo, la zorra más fría que jamás había visto. Cogió la manta, que contenía ropas y otros objetos. Marie salió de la casa con una bolsa de viaje de plástico, de las que se utilizan para colgar trajes cuando se viaja en avión. No había mucho espacio en la parte trasera del furgón, pero ella colocó cuidadosamente la bolsa, procurando que no se arrugara.

—¿Qué es eso? — preguntó Mark.

—Cosas que necesitaré. Ya estoy lista.

—¿Puede usted conducir el trasto de Harv?

—En carretera, sí -respondió Marie-. Nunca he conducido a campo traviesa. Pero si es necesario puedo aguantar un largo turno.

—Muy bien. Usted conducirá. El cacharro es demasiado grande para Joanna.

—Puedo hacerlo -dijo la aludida.

—Claro que sí, Jo, pero no es necesario. Dejemos que la señora...

—Marie.

—Dejemos que la señora Marie...

Ella se echó a reír.

—Llamadme Marie y basta. Yo conduciré. ¿Tenéis mapas? No tengo un buen mapa de la región. Sé que los chicos están cerca del borde meridional del parque nacional Sequoia, pero no sé muy bien cómo llegar allí.

Tal como iba vestida ahora, Marie parecía más pequeña de lo que Mark recordaba, y de alguna manera menos competente. Mark no tuvo tiempo para preguntarse por qué.



–Yo iré delante, en la moto. Joanna viajará en el coche y se hará cargo de la escopeta. Creo que deberíamos colocar a Harv en el asiento trasero. Tal vez si duerme un poco su cerebro volverá a funcionar. Dios mío, nunca había visto a un tipo destrozado de ese modo. Parece como si él mismo la hubiera matado.

Marie le miró un poco sorprendida, pero él no hizo caso. Fue a la moto y la puso en marcha.

Desandaron el camino y giraron hacia el norte de nuevo. La carretera estaba desierta. Mark se preguntó adonde irían. Si lo consultaba a Harv no era seguro que obtuviera la respuesta correcta, ni tampoco podría saberlo. ¿Por qué diablos estaba tan afectado por lo sucedido? Al fin y al cabo, se dijo, Loretta no había sido una esposa modelo. Jamás iba a ninguna parte con Harv. Estaba de buen ver, pero no era una gran compañera... ¿Por qué tomárselo tan a pecho? Si Mark tuviera que enterrar a Joanna no lo haría con gusto, pero tampoco estaría tan deshecho. Seguiría en pleno uso de sus facultades, sin dejarse abatir. Y, además, Harv siempre había sido un hombre duro.

Mark consultó su reloj. Se estaba haciendo tarde. Tenían que moverse rápidamente entre lo que quedaba de Burbank y del valle de San Fernando. ¿Cómo lo harían? Si las autopistas todavía seguían en pie, estarían atestadas de coches.

Las perspectivas no eran buenas. Mark pensó en las rutas posibles y deseó que la cabeza de Harvey funcionara de nuevo. Pero Harvey seguía ensimismado, sumido en su obsesión, y Mark no tenía más remedio que tomar las decisiones. Cuando llegaron a Mulholland giró a la izquierda.

Oyó el claxon del coche que le seguía. Marie se había colocado en el cruce.

–¡Este no es el camino! – gritó.

–Claro que lo es. ¡Sigamos!

–No.

Mark soltó una maldición y se acercó al vehículo en el que viajaban los otros. Marie y Joanna estaban tensas. Joanna sostenía la escopeta apuntando hacia adelante. Marie tenía un brazo colocado descuidadamente cerca del arma. Era mucho más corpulenta que Joanna.

–¿Qué significa esto? – preguntó Mark.

–Los chicos. Vamos a buscar a nuestros hijos -dijo Marie-. Y están en dirección este, no al oeste.

–Lo sé perfectamente -le gritó Mark-, pero éste es el mejor camino. Tenemos que permanecer en terreno elevado. Cruzaremos el valle por Topanga, pasaremos por las colinas de Santa Susana y subiremos entre los cañones. Así nos ahorraremos las autopistas y los pasos que utilizará todo el mundo.

Marie frunció el ceño y trató de imaginar un mapa de la depresión de Los Angeles. Luego hizo un gesto de asentimiento. Aquella ruta les llevaría al parque nacional Sequoia. Puso de nuevo el coche en marcha.

Mark arrancó la moto, mascullando. Frank Stoner había dicho que el desierto Mojave era el mejor lugar, y Stoner lo sabía todo. Para Mark, era suficiente: un lugar al que dirigirse, un destino. Una vez allí ya pensarían qué hacer. Pero Harv querría recoger a su hijo. Y la Vanee quería al suyo. Era curioso que apenas mencionara a su marido. Quizá no se llevaban bien. Mark recordó a Marie tal como la había visto por primera vez. Tenía clase, mucha clase. Aquel podría ser un asunto interesante.

Avanzaron bajo la lluvia, por la espina dorsal de Los Angeles. La lluvia les impedía ver la destrucción en los valles a cada lado. No había tráfico en las carreteras y el furgón corría a buena velocidad. Cada vez que la carretera descendía, pasaban por tramos llenos de barro que se acumulaba rápidamente. Pero corrían sin parar, y Mark estaba satisfecho.

Randall dormitaba y se despertaba una y otra vez. El vehículo saltaba, se ladeaba, daba sacudidas. Oía el fragor de los truenos y la lluvia. Sus terribles recuerdos le asaltaban impidiéndole abandonarse al sueño. Cada vez que restallaba un relámpago volvía a ver la misma escena, la sala de estar iluminada por aquella luz espectral, las piezas de cristal y de plata intactas, el perro y su esposa muertos sobre la alfombra... Cuando oía a los otros creía escuchar sus propios pensamientos:

—Sí, estaban muy unidos... Ella dependía por completo de él...

Las voces le llegaban y se apartaban. En una ocasión tuvo conciencia de que el coche se había detenido, y oyó tres voces distintas mezcladas, pero tal vez también estaban dentro de su cabeza.

—...su mujer muerta... no estaba allí... sí, dijo que iba a pedirle que se quedara en casa... ha perdido su casa, su empleo y todo cuanto tenía... no sólo su empleo, sino su profesión. Ya no se harán más documentales de televisión en un millar de años. Dios mío, Mark, tú tampoco lo tienes nada claro.

—Lo sé, pero... no esperaba... acurrucarse y morir.

Acurrucarse y morir, pensó Randall. Sí. Se acurrucó más en el asiento del vehículo. Este empezó a moverse de nuevo y le dio una sacudida. Harvey gimió.

## EL MARTES POR LA TARDE

*Desgraciadamente, por lo que respecta a los aspectos básicos, como la defensa del territorio, nuestros centros cerebrales superiores son demasiado susceptibles a las instancias de los inferiores. El control intelectual puede ayudarnos exactamente hasta ahí, pero no más allá. Como último recurso es incierto, y un solo acto no razonado, emocional, puede dar al traste con todo lo bueno que ha logrado.*

Desmond Morris, *El mono desnudo*

La Tierra había girado durante dos horas, mientras el laboratorio espacial completaba algo más de un círculo. Europa y África occidental habían pasado de la puesta de sol a la noche.

Tal vez todos temían hablar. Rick sabía que tenía miedo. ¿Qué diría si hablaba? La ex esposa y los hijos de Johnny no habían estado en Texas. Rick detestaba aquello: un secreto vergonzoso. Contempló en silencio cómo giraba la Tierra.

Hacia calor en el laboratorio. El sudor no corría, sino que permanecía en el lugar en que se formaba. Cada vez que Rick lo recordaba, se enjugaba con el paño empapado que sostenía en la mano izquierda. Cuando brotaban las lágrimas se le cubrían los ojos como lentes de aumento, y el parpadeo sólo servía para distorsionar estas lentes. Pero tenía que limpiarse las lágrimas. Y, al hacerlo, vio lo que ocurría allá abajo.

Unos hoyos anaranjados brillaban en la Tierra oscura, como puntas de cigarrillo encendido que se hubieran aplicado por el dorso de un mapa. Era difícil determinar dónde se encontraba cada punto brillante. Las luces de las ciudades se habían extinguido en toda Europa. Las habían cubierto las nubes o se habían apagado. El mar tenía aspecto de tierra. Rick había observado que la tierra se convertía en mar en algunos lugares: en la costa oriental norteamericana, en Florida y hacia el interior de Texas. Texas... ¿Podía un helicóptero del Ejército avanzar más rápidamente que un muro de agua? ¡Pero los vientos...! No, ella habría muerto...

Había visto los choques a la luz del día, y recordaba como el brillo en el Mediterráneo se había extinguido. El impacto en el Báltico, más pequeño, se había apagado casi de inmediato.

Aún se veían impactos mayores en medio del Atlántico. Sólo se distinguía un difuminado brillo perlino hasta que el laboratorio espacial se encontraba exactamente encima. Entonces podía mirarse el centro nítido del tremendo huracán: a través de una columna de vapor ardiente se atisbaba un resplandor blanco anaranjado. Podían distinguirse tres resplandores similares, ahora mucho más pequeños, pues el mar estaba regresando.

Cuatro pequeños cráteres brillantes estaban repartidos en Sudán, y tres en Europa. Cerca de Moscú había uno mucho mayor, y todavía retornaba al espacio su luz blanco anaranjada.

Johnny Baker suspiró y apartándose de la ventanilla. Se aclaró la garganta y dijo:

—Bien, tenemos cosas que discutir.

Los demás le miraron como si hubiera interrumpido un panegírico. Johnny prosiguió tenazmente.

—No podemos utilizar el Apolo. Ese gran impacto en el Pacífico se ha producido precisamente en el lugar donde estaba nuestra flota de recuperación. El Apolo está construido para amerizar, y el mar... todos los océanos... diablos...

—Tenéis que pedir que os llevemos a casa -dijo Pieter Jakov, moviendo la cabeza-. Sí, disponemos de espacio. Aceptad nuestra hospitalidad.

—No tenemos casa -dijo Leonilla Malik-. ¿Adonde iremos?

—Moscú no es toda la Unión Soviética -le reconvino amablemente Pieter.

—¿No lo es?

Rick no aportaba ayuda alguna. Estaba como pegado a la ventanilla, y Johnny sólo le veía la espalda.

—Glaciares -dijo Johnny. Hizo una pausa: sí, los otros le atendían-. Ha habido un impacto sobre Rusia, en el... ¿Cómo se llama?

—El mar de Kara. No lo hemos visto. Debe haber sido muy al norte. Sólo lo hemos inferido por la forma en que se extendían las nubes.

—Sí, las nubes se han extendido de tal modo que ha debido ser un impacto en el océano, y seguirán bajando por Rusia hasta que se cierre el cráter en el fondo marino. Verterán millones de toneladas de nieve en todo el continente. Nubes y nieve blancas. La luz del sol será reflejada al espacio durante los dos próximos siglos. Yo... -Johnny hizo una mueca-. Bien sabe Dios que lamento estropearos el día, pero esos glaciares van a deslizarse directamente hacia China. Creo que deberíamos dirigirnos a algún lugar cálido.

Pieter Jakov le miró con expresión fría.

—¿A Texas quizás?

El rostro de Rick se contrajo.

—Muchísimas gracias -dijo Johnny.

—Mi familia estaba en Moscú. Han muerto por el fuego y la conflagración. Vuestras familias mueren a causa del agua. Ya veis que puedo saber como os sentís. Pero la Unión Soviética ha sobrevivido a

otros desastres, y los glaciares se mueven lentamente.

–La revolución se mueve con rapidez -dijo Leonilla.

–¿Qué?

Leonilla habló precipitadamente en ruso. Pieter le respondía del mismo modo.

Johnny se dirigió a Rick en voz baja.

–Dejémosles hablar. Qué diablos, la nave es suya. Oye, Rick, es posible que hayan podido enviar un helicóptero a tiempo. ¿Rick?

Rick no le escuchaba. Finalmente Johnny miró hacia el mismo lugar que Rick miraba, hacia la oscura masa de Asia...

En aquel momento Leonilla empezó a hablar en inglés. Lo hizo de un modo vivo, casi alegre.

–Los glaciares se mueven lentamente, pero las revoluciones lo hacen con rapidez. La mayoría de los miembros del Partido, y todos los del gobierno, fueron grandes rusos, como yo, como Pieter. Bien, una enorme extensión de la Gran Rusia ha sucumbido bajo el impacto. ¿Qué ocurrirá ahora cuando los ucranianos, los georgianos, todos los pueblos sometidos, se den cuenta de que Moscú ya no dirige sus vidas? He tratado de convencer al camarada general Jakov... ¿Qué estáis mirando?

Rick Delanty se volvió hacia ella, y Leonilla se estremeció. Las expresiones faciales difieren entre razas y culturas, pero la de Rick era sin duda alguna de odio asesino. Un instante después Rick se movió, pero sólo para hacerle sitio a Leonilla ante la ventanilla.

Había docenas de diminutos centelleos sobre la negra nube producida por la caída del cometa. Avanzaban, seguidos por otros. Todo un campo de breves destellos, como luciérnagas en formación...

Leonilla soltó la manilla a la que se sujetaba y se deslizó flotando hasta el otro lado del laboratorio, seguida por la mirada de odio de Rick. Pieter observó aquella mirada y se preparó, sujetándose fuertemente a la manilla y cerrando el puño de la otra mano, dispuesto a defender a la mujer de una amenaza que no comprendía.

Johnny Baker se lanzó hacia el panel de comunicaciones. Su cuerpo ingrávito trazó un limpio arco en el espacio de la nave. Giró los mandos de frecuencia con una rapidez cuidadosamente controlado, oprimió unos botones y habló.

–ATENCIÓN ESPEJO, AQUÍ PÁJARO BLANCO. ESPEJO, AQUÍ PÁJARO BLANCO. LA UNIÓN SOVIÉTICA HA LANZADO UNA FUERZA MASIVA DE PROYECTILES BALÍSTICOS INTERCONTINENTALES. REPITO, SE ESTÁN ELEVANDO COHETES SOVIÉTICOS. OBSERVACIÓN CONFIRMADA. ¡Maldita sea, los bastardos están lanzando todo lo que tienen! ¡Quinientos pájaros, tal vez más!

Pieter Jakov alcanzó la consola. Tiró frenéticamente de los interruptores de circuito. Las luces indicadoras del panel se extinguieron. Baker y Jakov quedaron frente a frente.

—¡Delanty!

—Señor.

Rick se lanzó hacia Jakov. Mientras su cuerpo avanzaba por la cápsula, Leonilla gritó algo en ruso. Rick cogió a Jakov, pero el ruso se había quedado pasivo. Su rostro era una máscara de odio, como la de Rick.

—Envíales tu aviso -dijo Jakov-. No les dirás nada que ya no sepan.

—¿Qué diablos quieres decir? – gritó Rick Delanty.

—Mira -dijo Pieter.

Leonilla habló en un tono extrañamente apagado.

—Hay otro resplandor encima de Moscú. Es nuevo.

—¿Eh?

La mirada de Johnny Baker se desvió del general ruso a la mujer, y finalmente la dirigió a la ventanilla. Ya lo sabía. Sabía lo que iba a ver, y no se equivocó. En el borde del resplandor rojo anaranjado donde estaba emplazado Moscú, un pequeño hongo florecía con vivos colores rojo, violeta y blanco.

—Ha sido un impacto tardío -dijo Johnny Baker. Pero sabía que no era cierto, pues hacía dos horas que el Hamner-Brown había pasado. Con la mirada buscaba las demás explosiones. Descubrió dos pequeñas nubes en forma de hongo y un sol diminuto que iba creciendo-. Dios mío, el mundo entero se ha vuelto loco.

—Eso es dorar la píldora -dijo Rick Delanty-. No ha sido suficiente que chocara un cometa. Algún hijo de perra ha tenido que apretar el botón. Qué asco.

Los cuatro astronautas contemplaron la escena que se desarrollaba abajo: las luciérnagas ascendentes de los cohetes soviéticos y los súbitos resplandores blanco azulados desparramados por lo que había sido la Rusia europea. Si el choque del cometa había respetado alguna industria, ahora todo habría desaparecido definitivamente...

Johnny Baker pensó en aquella locura, preguntándose inútilmente por qué.

—No creo que nos reciban bien ahí abajo -dijo Rick Delanty, con voz extrañamente calmada, y Johnny

se preguntó si Rick se habría vuelto también loco. No podía mirar a Leonilla.

Finalmente Rick soltó una especie de gruñido, un simple ruido sin significado que no iba dirigido a nadie. Luego se volvió, apartándose de los demás, y permaneció en un extremo de la nave. Jakov estaba en el otro extremo, cerca de la esclusa de aire del Soyuz, y Johnny Baker tuvo la idea insensata de que el ruso iba a sacar un arma oculta. «Eso es lo que necesitamos, pensó. Una lucha armada en órbita.» ¿Por qué no? La locura y la venganza eran viejas tradiciones del lugar de donde Jakov procedía.

—Así son las cosas -dijo Johnny pausadamente-. Hubiera estado bien que permaneciéramos juntos, ya que somos los últimos astronautas. Pero supongo que no podrá ser. ¿Rick?

Rick se había acercado a la esclusa de aire del Apolo y maldecía quedamente, pero lo bastante alto para que pudieran oírle.

Johnny se volvió para mirar a Jakov. El ruso no hizo ademán alguno para abrir la esclusa de aire del Soyuz. Permanecía colgado en el aire, en una actitud como si estuviera preparado para hacer algo, pero no se movía. Miraba fijamente hacia la Tierra golpeada.

—¡Maldita sea! – gritó Rick. Su voz resonó de un lado a otro de la nave-. Señor, el Apolo está en vacío. ¿Me pongo la escafandra para comprobar si está averiado el sistema de protección contra el calor?

—Déjalo. No te molestes.

Un agujero en cualquier parte del Apolo acabaría con ellos durante la reentrada en la atmósfera. Tenían que permanecer todos en una sola nave. Johnny se volvió de nuevo a Pieter Jakov, que seguía mirando a través de la ventanilla.

Johnny Baker pensó que aquel era el momento para asestar un golpe a la nuca del general Jakov, cuando estaba desprevenido. Eso o volver a Rusia. ¿Cómo prisioneros de guerra? Sería difícil. Recordó escenas del *Archipiélago Gulag*.

Arqueó la mano para golpear. Rick podía encargarse de Leonilla, y tendrían...

Lo pensó, pero no hizo nada. Y Pieter Jakov se volvió hacia ellos y dijo despaciosamente:

—Se mueven hacia el este. A Oriente.

Baker y Jakov se miraron fijamente por un momento que pareció alargarse una eternidad. Luego, ambos se abalanzaron hacia el panel de comunicaciones.

Johnny tenía que comunicarse con *Espejo*, nombre en clave del avión especial del mando aéreo estratégico.

—Atención, espejo, aquí pájaro blanco.

–¿Has entrado en contacto? – preguntó Rick.

–Sí, por lo menos alguien ha respondido. – Johnny Baker echó un vistazo al formidable desbarajuste de la Tierra-. Creo que Dios nos oye muy bien aquí arriba. De lo contrario no comprendo cómo hemos podido recibir un mensaje a través de ese desastre.

–Saltos de distancias -dijo Jakov-. Pautas de ionización al azar.

Johnny Baker se encogió de hombros. No estaba interesado en discutir temas teológicos. El silencio se hizo en la cápsula mientras observaban el vuelo de los misiles, cuyos centelleos se apagaban a medida que alcanzaban sus trayectorias. Arderían de nuevo, pero con un brillo mucho más intenso...

Pero antes de que las llamas se extinguieran, había sido fácil comprobar que los misiles no ascendían para pasar por el Polo Norte. Apareció un delgado creciente de Tierra, suficiente para que los astronautas pudieran orientarse, comprobando que los misiles se dirigían directamente al Este, hacia China.

Y en Rusia se habían producido explosiones nucleares. Los chinos habían atacado primero, y lo que no había sido devastado por el Martillo era ahora un infierno radiactivo.

Johnny pensó que la familia de Pieter se encontraba allá abajo. Y la de Leonilla, si la tenía, lo cual no le parecía probable. Pensó también que él era un hombre afortunado. Su mujer, Ann, se había marchado de Houston semanas atrás.

Johnny rió para sus adentros. Ann Baker no tenía razón alguna para quedarse en Texas. Se había llevado a los chicos a Las Vegas, para un divorcio que probablemente salvaría su vida. En cuanto a Maureen... Sí, Maureen. Si alguna mujer podía haber sobrevivido a la caída del cometa gracias a su talento y decisión, ésa era Maureen. Y le había dicho que se iría a California con su padre.

–Hay que hacer muchas cosas -dijo Pieter Jakov, con la objetividad de un profesional modélico, aunque había un leve dejo de nerviosismo en su voz-. No podemos sobrevivir aquí más que algunas semanas como máximo. General, carecemos de computador a bordo. Tiene usted que utilizar su equipo para calcular nuestra reentrada.

–Desde luego -dijo Johnny.

–Les necesitaremos a los dos -añadió Jakov, inclinando la cabeza hacia el extremo de la cápsula, donde Rick Delanty parecía absorto en sus pensamientos.

–Nos ayudará cuando le necesitemos -dijo Baker-. Esto es un duro golpe para él. Aunque su mujer e hijos estén todavía vivos, aunque los encuentren, nunca lo sabrá.

–No saberlo es mejor -comentó Pieter-. Mucho mejor.



Johnny recordó Moscú, destruido por partida doble, y asintió.

—Tal vez la doctora Malik debería administrarle un tranquilizante -dijo Jakov.

—Le he dicho que el coronel Delanty estará bien. Rick, tenemos que hablar.

—Sí.

—¿Por qué? — preguntó Jakov-. ¿Por qué han hecho eso?

La repentina pregunta no sorprendió a Baker. Había estado esperando que Jakov la formulara.

—Sabes por qué -respondió Leonilla Malik, apartándose de la ventanilla-. Nuestro gobierno ya había codiciado China. Con la amenaza de los glaciares que se avecinan, los rusos sólo tienen un lugar donde ir. Europa ha sido destruida, y queda muy poco al sur. Si nosotros podemos llegar a esa conclusión, los chinos también pueden.

—Y por eso han atacado -dijo Jakov-. Pero no en el momento adecuado. Hemos podido lanzar nuestro propio ataque.

—Bien, ¿dónde vamos a aterrizar? — preguntó Leonilla.

—Te tomas esto con mucha calma -dijo Jakov-. ¿No te preocupa que tu país haya sido destruido?

—Me preocupo menos y más de lo que tú crees. Era mi patria, pero no mi país. Stalin mató mi país. En cualquier caso, ya no podemos ir allí. Aterrizaríamos en medio de una guerra, eso suponiendo que pudiéramos encontrar un lugar donde hacerlo.

—Somos funcionarios de la Unión Soviética, y esta guerra no ha terminado -dijo Jakov.

—Tonterías -dijo Rick Delanty. Todos se volvieron hacia él-. Tonterías -repitió-. Sabéis muy bien que no podéis hacer nada allá abajo. ¿Adonde iríais? ¿A China, para esperar al Ejército Rojo? ¿O acaso os quedaríais debajo de la precipitación radiactiva atmosférica para esperar la llegada de los glaciares? Por Dios, Pieter, esta guerra no es la vuestra, aunque seas lo bastante loco para creer que continúa. Para vosotros ha terminado.

—¿Adonde vamos entonces? — inquirió Jakov.

—Al hemisferio sur -dijo Leonilla-. Las variaciones climáticas no suelen pasar del Ecuador, y la mayor parte de los impactos se han producido en el hemisferio septentrional. Creo que Australia y Sudáfrica son sociedades industriales intactas. Sería difícil dirigirnos a Australia desde esta órbita. Tendríamos escaso control sobre el lugar de aterrizaje, y nos moriríamos de hambre si cayéramos en la llanura desierta. Sudáfrica...

Johnny se rió amargamente.

–Si no os importa, yo preferiría quedarme aquí -dijo Rick.

Todos rieron. Baker notó que la tensión se distendía levemente.

–Mirad, probablemente conseguiríamos llegar a Sudamérica, y allí no se habrán producido muchos daños. Pero ¿para qué molestarnos? Seríamos cuatro extraños, y ninguno de nosotros habla el idioma. Sugiero que vayamos a casa. La nuestra. Podemos posarnos muy cerca del lugar establecido para el regreso, y seremos dos extraños con guías nativos. Y vosotros habláis inglés.

–Las cosas están bastante mal -dijo Delanty.

–Desde luego.

–¿Dónde, pues?

–En California. La zona agrícola alta de California. Allí tardarán mucho en llegar los glaciares.

Leonilla no dijo nada, pero Pieter mencionó los terremotos.

–Sí, es cierto, pero habrán terminado antes de que podamos aterrizar. Las ondas de choque deben haber activado todas las fallas. No habrá otro terremoto en California durante cien años.

–Lo que hagamos, debemos hacerlo sin pérdida de tiempo -dijo Pieter. Señaló el tablero de controles-. Estamos perdiendo aire y energía. Si no actuamos rápidamente, no podremos hacerlo. Habéis dicho California. ¿Recibirán allí a dos comunistas?

Leonilla le dirigió una mirada extraña, como si estuviera a punto de decir algo, pero guardó silencio.

–Mejor ahí que en otros sitios -dijo Baker-. Sería peor en el Sur o el medio Oeste.

–Johnny -intervino Rick Delanty-, allá abajo habrá gente convencida de que todo esto ha sido un complot de los rusos.

–Sí, pero más en el Sur y el medio Oeste que en California. Y el Este ha desaparecido. ¿Qué nos queda? Además, ten en cuenta que todos nosotros somos héroes. Los últimos hombres del espacio. – Si trataba de convencerse a sí mismo, no resultaba.

Leonilla y Pieter intercambiaron miradas. Hablaron entre sí en voz baja.

–¿Podéis imaginar lo que haría la KGB si aterrizáramos en una cápsula espacial americana? – preguntó Leonilla-. ¿Son también los americanos así de estúpidos?

Rick Delanty rió entre dientes.

—No estamos exactamente en el mismo barco. Yo no me preocuparía por el FBI, sino por los honrados y patrióticos ciudadanos...

Leonilla frunció el ceño y no dijo nada.

—Bien -concluyó Rick-. ¿A qué viene tanta preocupación? Nosotros vamos a aterrizar en una nave espacial soviética con el símbolo de la hoz y el martillo y esas grandes letras CCCP...

—Es mejor que un símbolo marciano -dijo Johnny Baker.

Ninguno se rió. Rick tomó de nuevo la palabra.

—Diablos, si tuviéramos elección, no aterrizaríamos en el mundo. Cabría pensar que la gente estará dispuesta a ayudarse después de esto, pero yo lo dudo.

—Algunos sí estarán dispuestos.

—Claro. Mira, Johnny, la mitad de la gente ha muerto, y el resto estará luchando por lo que quede para comer. El mal tiempo arruina las cosechas, ya lo sabes. Muchos de los supervivientes no resistirán otro invierno.

Leonilla se estremeció. Había conocido gente que vivió a duras penas durante la época de hambre que siguió a la ascensión de Stalin al trono de los zares.

—Pero si queda algo de civilización ahí abajo -dijo Rick Delanty-, alguien a quien le interese lo que hemos hecho, será en California. Tenemos el material del cometa Hamner-Brown. La última misión espacial por...

—Por largo tiempo -concluyó Pieter.

—Sí, y tenemos que salvar el material recogido. Eso tendrá alguna importancia.

Pieter Jakov pareció aliviado, pues ya no habían más elecciones difíciles.

—Muy bien. ¿Hay centrales nucleares en California? Sí. Tal vez habrán resistido. La civilización se formará alrededor de la energía eléctrica. Ahí es donde deberemos ir.

Las comunicaciones del Mando Aéreo Estratégico están diseñadas para resistir, han sido pensadas para operar incluso después de un ataque atómico. No se tuvo en cuenta, al instalar los servicios de comunicaciones, la posibilidad de un desastre a escala planetaria, pero contienen tantos duplicados y sistemas paralelos que, incluso bajo el impacto del cometa, los mensajes pudieron emitirse.

El comandante Bennet Rosten escuchaba la charla que emitía el altavoz. La mayor parte de lo que decían no iba dirigido a él, pero escuchaba de todos modos. Si las comunicaciones se cortaban, el

comandante Rosten disponía de sus propios misiles y, una vez agotados los plazos de tiempo reglamentarios, podría lanzarlos. Era mejor que supiera más de lo necesario que demasiado poco.

–Atención, atención, órdenes de emergencia de guerra. A todos los mandos del MAE. – La voz del general Bambridge se oía mal a través de las intensas interferencias. Rosten apenas podía entenderle-. El presidente ha muerto en un accidente de helicóptero. Repito, el presidente ha muerto en un accidente de helicóptero. No tenemos pruebas de un ataque enemigo contra Estados Unidos. No tenemos comunicación con la autoridad superior.

–Por los clavos de Cristo -musitó el capitán Luce-. ¿Qué hacemos ahora?

–Aquello para lo que nos pagan -dijo Rosten.

Las interferencias cubrieron la voz del locutor.

–...No tenemos informes de la oficina principal... Hay huracanes... repito... tornados.

–¡Jesús! – exclamó Luce. Pensó en su familia, en la superficie. En la base había refugios. Millie sería lo bastante sensata para dirigirse a ellos. ¿O no? Era la esposa de un miembro de las Fuerzas Aéreas, pero era joven, demasiado joven, y...

–...la condición sigue siendo roja, repito, la condición sigue siendo roja. Cierro.

–Abriremos las tarjetas de objetivos -dijo Rosten.

Harold Luce asintió.

–Supongo que eso es lo mejor, jefe.

Tal como se había entrenado para hacerlo, Luce anotó la hora en el registro. «Cumpliendo órdenes del comandante en jefe, las tarjetas de objetivos e interpretaciones han sido trasladadas a 1841 ZULÚ.» Luce usó sus llaves y luego giró el panel de comunicaciones. Sacó un montón de tarjetas de IBM y las dejó sobre la consola. Las tarjetas no tenían indicación alguna de lo que significaban, pero había un libro de claves y podían interpretarse. En circunstancias normales, ni Luce ni Rosten sabían a dónde apuntaban sus misiles. Pero ahora, como era casi seguro que de ellos dependía exclusivamente el destino de los proyectiles, era mejor saberlo.

Pasó el tiempo. La voz sonó de nuevo:

–El Apolo informa de un lanzamiento de misiles soviéticos... Repito... Masivo... Quinientos misiles...

–¡Los bastardos! – gritó Rosten-. ¡Malditos hijos de perra rojos!

–Calma, jefe. – El capitán Luce manoseó las tarjetas y el libro de claves. Miró el tablero de controles.

Los misiles estaban todavía cerrados. No podían lanzarlos si no recibían órdenes desde el avión especial en que viajaba el mando.

–Espejo, aquí Rebote. ¡Espejo, aquí Rebote. Tenemos mensajes del primer ministro soviético. Los soviéticos afirman que han respondido a un ataque chino a la Unión Soviética con un lanzamiento de misiles. Los soviéticos solicitan ayuda a Estados Unidos contra el ataque chino que no ha sido provocado.

«A todas las unidades. Aquí Mando Aéreo Estratégico. El Apolo informa que los misiles soviéticos se dirigen al Este. Repito... No... Por lo que sabemos...

–Atención, comandantes de escuadras, aquí Espejo. No se ha producido un ataque soviético contra Estados Unidos. Repito, ataque soviético sólo contra China, no contra Estados Unidos...

Los altavoces callaron. Luce y Rosten intercambiaron miradas. Luego miraron sus tarjetas de objetivos.

Cambiaron las luces de su tablero de control y un nuevo cronómetro digital empezó a contar los segundos.

Pasadas cuatro horas, serían los dueños de sus propios pájaros.

*Un puñado de carbones ardientes desparramados por México y el Este de Estados Unidos: los impactos del Martillo en tierra. Columnas de aire supercaliente ascienden hacia la estratosfera, arrastrando millones de toneladas de polvo y tierra vaporizados. Los vientos se abaten contra la columna de aire ascendente y, al encontrarse, producen media docena de gigantescas espirales que giran en el sentido de las agujas del reloj. En las espirales se forman remolinos que salen despedidos, convertidos en huracanes.*

*Sobre México se forma un gigantesco huracán que se mueve hacia el Este, cruzando el Golfo, e incorpora energía calorífica del agua marina hirviente que cubre el lugar donde se produjo el impacto en el Golfo. El huracán se dirige al Norte, desde el mar a la tierra, originando tornados en su avance. Los vientos huracanados intensifican las inundaciones en el valle del Mississippi.*

*A medida que el aire húmedo caliente se alza por encima de los océanos, fríos vientos bajan del Ártico. A lo largo del valle de Ohio se forma un enorme frente. Nacen tornados, se liberan y desparraman. Cuando el frente pasa, se forma otro, y otro más detrás de él, liberando centenares de tornados que abaten su furia contra las ruinas de las ciudades. Los frentes se mueven hacia el Este. En el Atlántico se forman más, y sobre Europa, y a través de África... Densas nubes cargadas de lluvia cubren la Tierra.*

# MUERTOS

*Día de ira, y condenación inminente,*

*La palabra de David combinada con la de la Sibila:*

*El cielo y la tierra terminan en cenizas.*

*¿Qué imploraré en mi fragilidad?*

*¿Quién intercederá por mí,*

*Cuando los justos necesitan misericordia?*

Dies Irae

## HOMBRE RICO, HOMBRE POBRE

Los cosas se valoran por sus consecuencias.

Máxima legal

Tim y Eileen llegaron a la cima resbaladiza. Se detuvieron para mirar atónitos a Tujunga. ¡La ciudad aún existía! Había electricidad: en las casas todavía en pie brillaban luces amarillas. En los almacenes, con los cristales de sus escaparates intactos, brillaban las luces blanco azuladas de los fluorescentes.

Por el bulevar Foothill avanzaban los coches. Los recién llegados siguieron adelante, con los faros encendidos en la lóbrega tarde. Pasaron por calles azotadas por el viento, bañadas por la lluvia, y cruzaron trechos en los que el agua mezclada con barro formaba arroyuelos de dos palmos de profundidad que atravesaban la calzada. Los vehículos no eran numerosos, pero los pocos que se veían en las calles corrían. Vieron coches de la policía en el aparcamiento junto a un supermercado.

También vieron hombres armados y uniformados. Al aproximarse, Tim y Eileen observaron que los uniformes eran de todos los estilos y épocas, y muchos de ellos ya no iban bien a sus portadores. Parecía como si todo el que tenía un uniforme en casa se lo hubiera puesto. Las armas eran de todas clases: pistolas, escopetas, rifles del calibre 22, Máusers de caza, algunos rifles militares en manos de hombres vestidos con el uniforme de trabajo de la Guardia Nacional.

–¡Comida! – gritó Tim. Cogió a Eileen de la mano y echaron a correr bajo la lluvia hacia la hilera de tiendas-. Te lo dije. ¡Es la civilización!

Dos hombres con anticuados uniformes del Ejército bloqueaban la puerta del supermercado. No se hicieron a un lado cuando Tim y Eileen trataron de entrar. Uno de los hombres ostentaba galones de sargento.

–¿Qué quieren? – les preguntó.

–Tenemos que comprar algo para comer -respondió Tim.

–Lo siento -dijo el sargento-. Todo está confiscado.

–Pero tenemos hambre -dijo Eileen en tono suplicante, que le sorprendió a ella misma-. No hemos comido nada en todo el día.

Entonces habló el otro hombre uniformado. No lo hizo como un soldado. Más bien parecía un agente de seguros.

–Se van a entregar cartillas de racionamiento en el antiguo edificio del Ayuntamiento. Tendrán que ir allí para apuntarse. También tengo entendido que va a organizarse una cola para recibir sopa.

–¿Pero quién está dentro de la tienda? – Eileen señaló con un dedo acusador los pasillos iluminados por la luz eléctrica, donde unas personas amontonaban géneros en carritos de compras. Algunas iban uniformadas y otras no.

–Son nuestros funcionarios. El grupo de suministros -dijo el sargento, que había sido empleado de la ferretería hasta aquella mañana-. En el Ayuntamiento les dirán lo que tienen que hacer. – Miró sus ropas cubiertas de fango y pareció reparar en algo de repente-. ¿Vienen del otro lado de las colinas?

–Sí -dijo Tim.

–Dios mío -murmuró el sargento.

–¿Han salido muchos más? – preguntó el otro hombre.

–No lo sé. – Tim cogió a Eileen de la mano y la retuvo con fuerza, como si ella pudiera desvanecerse, convertida en humo, de la misma manera que se había desvanecido su sueño de la civilización normal-. Apenas nos tenemos en pie -dijo-. ¿Dónde podemos...? ¿Qué podemos hacer?

–No sé qué decirles -dijo el sargento-. Mire, si quieren mi consejo, lo mejor que pueden hacer es marcharse de aquí. De momento, no echamos a los extraños, pero es razonable pensar que pronto nos veremos obligados a hacerlo, al menos hasta que podamos cruzar de nuevo las colinas y ver lo que ha ocurrido en el valle.

–¿Han visto lo que ha ocurrido? – preguntó el otro hombre.

–No. Supongo que el agua ha alcanzado bastante altura. Pero no hemos podido verlo. Sólo lo hemos oído.

–Lo oiré el resto de mi vida -dijo Eileen-. Debe haber mucha gente con vida... Tal vez en Burbank, y en las colinas de Hollywood.

–Seguramente -gruñó el soldado.

–Demasiados para que podamos hacernos cargo. – El sargento asomó la cabeza, como si tratara de ver a través de la lluvia las colinas Verdugo, más allá del aparcamiento-. Sí, demasiados... Será mejor que se apunten en el Ayuntamiento mientras todavía aceptan extraños. Si viene mucha gente, lo más probable es que se les impida quedarse en la ciudad. Es por allí. – Alzó el brazo para señalar el camino.

–Gracias. – Tim dio media vuelta, seguido de Eileen. Empezaron a andar por el aparcamiento.

–Eh, un momento. – El sargento se acercó a ellos, sosteniendo el rifle descuidadamente. Mientras Tim miraba el arma, el sargento se llevó la mano al bolsillo-. Creo que puedo prescindir de esto, y parece que ustedes lo necesitan.

Le entregó un pequeño paquete envuelto en celofán, y se alejó antes de que Tim pudiera darle las gracias, como si no quisiera su agradecimiento.

–¿Qué nos ha dado? – preguntó Eileen.

–Queso y galletas saladas. Un bocado para cada uno. – Abrió el paquete y utilizó la pequeña varilla de plástico para sacar el queso del envase. Untó las galletas con la mitad del contenido-. Toma, aquí tienes tu parte.

Prosiguieron su camino mordisqueando las galletas.

–Nunca creí que estas tonterías pudieran saber tan bien -dijo Eileen-. Y sólo han pasado algunas horas...

Tim, creo que no deberíamos quedarnos aquí. Lo mejor que podemos hacer es tratar de llegar a tu observatorio.

Recordó lo que había visto hacer al patrullero Larsen. Y ella le conocía. En cambio no conocía a aquellos hombres con sus uniformes que les iban demasiado pequeños.

–Pero no creo que podamos llegar muy lejos andando -añadió.



–No tendremos que andar. – Tim señaló hacia un edificio iluminado-. Compraremos un coche.

En el establecimiento se exhibían camionetas usadas y vehículos todo terreno. Entraron y no vieron a nadie. Tim se acercó a uno de los coches.

–Perfecto, justo lo que queríamos.

–Tim...

El tono alarmado de Eileen le hizo volver la cabeza. Había un hombre en el umbral de la puerta, armado con una escopeta de largos cañones. Al principio Tim Hamner sólo vio el arma, cuyos cañones le apuntaban a la cabeza. Luego reparó en el hombre gordo que la sostenía. Era corpulento, más que gordo, con los mofletes rojizos. Vestía ropas caras. Lucía un emblema de plata en su corbata de lazo.

–¿Quiere uno de estos coches, verdad? – preguntó el hombre.

–Quiero comprar uno -explicó Tim-. No somos ladrones. Puedo pagar.

Había cólera e indignación en su voz.

El hombre le miró un momento. Luego bajó la escopeta y echó la cabeza atrás. Soltó una carcajada.

–¿Con qué me va a pagar? – le preguntó. La risa apenas le permitía hablar-. ¿Con qué?

Tim no respondió. Miró a Eileen y se sintió presa del miedo. El dinero ya no servía, y además no tenía dinero en efectivo, sólo cheques y tarjetas de crédito, que no servían para nada.

–No lo sé -dijo finalmente-. O quizá sí. Tengo una casa en las colinas, con alimentos y suministros. Es lo bastante grande para albergar a mucha gente. Le llevaré a usted, y a su familia, les dejaré quedarse allí...

El hombre dejó de reír.

–Es una bonita oferta. No la necesito, pero no está mal. Me llamo Harry Stimms. Soy el dueño de esta tienda.

–Yo soy...

–Timothy Hamner -le interrumpió Stimms-. Veo la televisión.

–¿Y no le interesa mi oferta?

–No -replicó Stimms-. La verdad, creo que los coches ya no me pertenecen. Los chicos de la Guardia Nacional vendrán a llevárselos de un momento a otro. Y ya tengo donde ir. – Permaneció un momento pensativo-. Mire, señor Hamner, a lo mejor las cosas no están tan mal como dicen. ¿Quiere uno de

estos coches?

—Sí.

—Muy bien. Le venderé uno. Vale doscientos cincuenta mil dólares.

Eileen abrió la boca, estupefacta. Tim entornó los ojos un instante.

—Hecho. ¿Cómo quiere que le pague?

—Firmará una nota -dijo Stimms-. Dudo de que sirva para algo, pero por si acaso... -Levantó la escopeta y la sujetó entre los brazos-. Vengan al despacho. Tengo impresos apropiados. Nunca extendí uno por esa cantidad... No sé si cabrá la cifra.

—Puedo escribir con letra apretada.

El espesor del agua en las calles era de varios centímetros. El viento aullaba. Las viejas casas, construidas mucho antes del terremoto de Long Beach, eran islas luminosas bajo la lluvia. Tim consultó su reloj. Sólo eran las cuatro de la tarde, pero estaba oscuro. Excepto la zona que alumbraban los faros del coche, todo lo demás estaba sumido en una penumbra grisácea. Habían desaparecido las aceras, y el agua mezclada con barro corría por la calzada. Eileen conducía con todo cuidado, sin apartar la mirada de la calle. De la radio no salía más que el murmullo de las interferencias.

—Es un buen coche -dijo Eileen-. Me alegro de que tenga servodirección.

—Por un cuarto de millón de pavos bien puede tenerla -dijo Tim-. Sólo de pensarlo se me hiela la sangre.

Eileen se echó a reír.

—Es el mejor negocio que has hecho en tu vida. — Eileen pensó que tal vez sería el último negocio.

—No lo digo por el coche -dijo Tim en un tono de indignación-, sino por los cincuenta mil dólares extra que me ha cobrado por la gasolina, el aceite y un gato. — Se echó a reír-. Sin olvidar la cuerda. Menos mal que ese tipo tenía cuerda de sobras. Me pregunto adonde iría.

Llegaron a lo alto de una colina e iniciaron el descenso, tomando una curva. Ya no había más casas. Un barro espeso cubría la carretera y Eileen conectó la tracción en las cuatro ruedas.

—Nunca había conducido un coche así.

—Yo tampoco. ¿Quieres que te sustituya?

—No.

El pie de la colina estaba inundado. El agua llegaba a los tapacubos, y pronto ascendió hasta las portezuelas. Eileen dio marcha atrás. Concentró toda su atención para llevar el vehículo hasta el borde de la carretera, junto al terraplén situado al lado. El coche se ladeó peligrosamente hacia la oscura corriente de agua arremolinada a su izquierda. Prosiguieron la marcha muy lentamente. A la derecha se veían las ruinas de casas y fincas nuevas, pero estaban alejadas y no podían distinguir los detalles. Algunas luces, de linternas y faroles, se movían entre los escombros. Tim lamentó que el vendedor de coches no le hubiera proporcionado una linterna. Tenían un foco, pero era necesario instalarlo en el coche para lograr que diese luz.

Rodearon el valle, manteniéndose por encima del agua, hasta que encontraron de nuevo la carretera por el lugar donde terminaba la inundación. Eileen cambió de marcha.

La carretera se retorció en su ascensión a las montañas. Pasaron junto a coches detenidos. Alguien apareció ante el automóvil, haciendo gestos para que parase. No llevaba camisa pero tenía una pistola en la mano. Eileen dirigió el coche contra él, obligándole a echarse a un lado. Luego aceleró.

Se oyeron disparos y un ruido de vidrio roto. Tim miró asombrado el limpio agujero redondo en la luneta trasera, y luego al otro agujero en el techo, por donde se filtraba el agua. Eileen pisó el acelerador, tomó la siguiente curva sin frenar y por un momento pareció que el vehículo iba a derrapar. Siguió adelante, frenó en la próxima curva y aceleró de nuevo.

Tim trató de reír.

—Mi coche nuevo...

—Cállate -dijo ella, inclinándose sobre el volante.

—¿Estás bien?

—No.

—¡Eileen!

—No estoy herida. Sólo asustada. Estoy temblando.

—Yo también -dijo él, pero se sintió aliviado. Por un instante había pensado que Eileen había sido alcanzada por una bala. Aquel había sido el instante más terrible de su vida. Ahora que había pasado, le parecía extraño, porque no la había visto desde que ella rechazó su proposición. Claro que no; él tenía su orgullo...

—Tim, más allá hay puentes, y nos estamos acercando a la falla. ¡La carretera puede haber desaparecido!

—Poco es lo que podemos hacer.

—Sí, no podemos volver atrás.

Aminoró la marcha para tomar otra curva y aceleró de nuevo. Todavía se aferraba al volante con demasiada fuerza. Lo estropearía si no se calmaba, y no sabía cómo lograrlo.

A menudo la carretera estaba cortada por deslizamientos de barro, y Eileen finalmente redujo la velocidad al mínimo. En una ocasión tardaron media hora en recorrer quince metros. Cada vez que llegaba a un tramo de carretera expedito, Tim deseaba que su compañera condujera más rápido. Pero ella no lo hacía. Mantenía el coche en primera o segunda marcha, y nunca rebasaba los cuarenta kilómetros por hora, aun cuando la luz de los faros mostrara largos tramos sin obstáculos.

El trayecto se hacía interminable. Tim taponó el agujero del techo con su pañuelo.

Según el reloj, eran las ocho de la tarde, y en el mes de junio, en Los Angeles, debería ser de día, pero afuera estaba tan negro como la tinta. La lluvia caía intermitentemente. Los limpiaparabrisas del coche eran muy buenos, y Stimms les había mostrado cómo llenar los depósitos. Eileen los ponía en marcha con frecuencia.

Al rodear una curva cerrada, la luz de los faros les mostró un espacio vacío delante de ellos. Eileen frenó bruscamente. Los faros abrían pequeños agujeros en la oscura cortina de lluvia, pero la luz era suficiente para ver que la carretera estaba cortada de un modo abrupto.

Tim bajó del coche y se acercó al borde. Cuando vio dónde estaba tragó saliva y regresó al vehículo.

—Retrocede lentamente -ordenó a Eileen.

Ella empezó a preguntarle por qué, pero el temor que se adivinaba en la voz de Tim le hizo callar. Puso la marcha atrás y retrocedió despacio.

—¡Baja y guíame, diablos! —gritó Eileen.

—Perdona.

Tim bajó del coche y la orientó con gestos, hasta indicarle que se detuviera. Eileen cerró el contacto y bajó para ver dónde habían estado. El puente había sido un delgado arco de hormigón que unía los dos lados de una profunda garganta; había cedido por el centro, y ellos habían avanzado bastante antes de detenerse. Ahora estaban de nuevo en terreno sólido.

No podían ver nada. A la izquierda se adivinaba un alto promontorio. A la derecha, más allá de una amplia curvatura del terreno, estaba el vacío. Delante se encontraba el puente desmoronado.

No se veían luces en ninguna parte ni se oía sonido alguno, excepto el ulular del viento que empujaba la lluvia y, muy abajo, el sonido de un torrente.

—¿Fin de la línea? —preguntó Eileen.

—No lo sé. Una cosa es segura: esta noche no podremos hacer nada. Creo que nos quedaremos aquí hasta que se haga de día.

—Si es que vuelve a hacerse de día -dijo ella, con el ceño fruncido, y echó a andar por la carretera.

Tim no la siguió. Se quedó de pie, sintiéndose exhausto, deseando entrar de nuevo en el coche, pero sin atreverse a hacerlo hasta que ella regresara. Le parecía una cobardía quedarse en el coche, a resguardo de la lluvia, mientras ella vagabundeaba por la carretera, buscando... ¿Qué buscaría?

Por fin Eileen regresó y subió al coche. Tim dio la vuelta al vehículo, subió también y se sentó a su lado. Ella puso el coche en marcha y empezó a retroceder despacio, esta vez sin ayuda. Tim quería preguntarle qué estaba haciendo, pero se sentía demasiado cansado. Ella había tomado una decisión y así era mejor para él. El coche llegó a una ancha franja de grava al lado izquierdo de la carretera. Eileen avanzó despacio hasta situarse por completo fuera de la calzada.

—No me convence este sitio -dijo finalmente-. Podría producirse un deslizamiento de barro, pero prefiero que nos quedemos aquí. Imagina si viniera otro coche por la carretera.

—No vendrá nadie.

—Probablemente no. De todos modos nos quedaremos aquí.

—¿Te apetece una cerveza? — le preguntó Tim.

—Claro.

Tim sacó dos latas de una caja que el vendedor les había dejado en el coche. Abrió una de ellas e hizo ademán de tirar la anilla.

—No tires eso -le pidió ella.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Hay que guardarlo todo. No tenemos muchas cosas. No sé para qué podrá servirnos eso, pero nunca lo volveremos a tener. Guárdalo. Las latas también. No las tires.

—De acuerdo. Toma.

La cerveza estaba caliente, como la lluvia que caía. No tenían nada más, nada que comer, y la lluvia era un poco salada. Tim se preguntó si podrían beber aquel agua sin peligro. Muy pronto tendrían que hacerlo.

—Por lo menos hace calor -dijo Tim-. No nos helaremos, ni siquiera a esta altura.

Sus ropas estaban empapadas y en realidad no hacía mucho calor. Ojalá hubiera cogido el viejo impermeable que encontraron en el otro coche. Por un momento, Tim pensó en el dueño del Chrysler. ¿Le habrían condenado a morir al robarle el coche? No debía pensar en ello, pero ¿en qué iba a pensar?

—¿Qué hacemos? —preguntó a Eileen—. ¿Guardamos las latas de cerveza o nos emborrachamos?

—Será mejor que conservemos dos por lo menos.

La voz de Eileen era inexpresiva, carente de emoción. Tim se preguntó si a ella también se lo parecería así. Abrió en silencio otro par de latas y los dos se pusieron a beber.

Dos latas de cerveza, y con el estómago vacío, tras un día lleno de excitación... Tim observó que le hacían más efecto de lo que había esperado. Casi volvía a sentirse humano. Sabía que no duraría mucho, pero de momento tenía una cálida sensación en el estómago y notaba la cabeza ligera. Miró a su compañera. No podía verla bien en la oscuridad. Era sólo una sombra en el asiento a su lado. Escuchó el ruido de la lluvia unos instantes más y luego se acercó a ella.

Eileen permaneció rígida, inmóvil. No le rechazó pero tampoco respondió a sus avances. Tim le tomó el hombro y luego su mano descendió hasta el pecho. La blusa estaba húmeda, pero cuando Tim introdujo la mano por debajo notó la piel cálida. Eileen seguía sin moverse. Tim se aproximó más y colocó la cabeza entre sus senos.

—¿Crees que esto es apropiado?

La voz de Eileen parecía la de una persona extraña. Era la suya, sí, pero indiferente, como si hablara desde una gran distancia.

Tim se sintió avergonzado. El agradable calor proporcionado por la cerveza se había desvanecido.

—Lo siento.

—No, no lo sientas. Dormiré contigo, si eso es lo que deseas. Pero preferiría no hacerlo. Ahora no...

—Tienes razón, ya vendrán mejores tiempos.

—No lo creo, si es eso lo que realmente deseas. He estado pensando. ¿Acaso hemos estado enamorados de veras?

—Te pedí que te casaras conmigo...

—Y yo lo deseaba, pero no quería comprometer a nadie. Bueno, ahora es como si estuviéramos casados.

Tim permaneció silencioso en la oscuridad. Sentía absurdos deseos de echarse a reír. Pensó que su

madre se sentiría complacida. El pequeño Timmy por fin casado. ¿Dónde estaría su madre y el resto de su familia? ¿Pudo haber hecho algo por ellos? ¿Debió haberlo intentado? No había movido un solo dedo en su ayuda. No hizo más que echar a correr para salvar el pellejo.

—¿Estás segura de que me quieres? — le preguntó Tim.

—¿Sabes? Cuando salí de aquella oficina en ruinas y te vi... me alegré como jamás me había alegrado en mi vida.

Tim se preguntó si le estaría tomando el pelo. ¿Pero de qué servía preocuparse por ello?

—Aprenderemos a querernos -siguió diciéndole Eileen-. Lo hemos estado aprendiendo durante todo el día de hoy. — Dio unas palmaditas en la mano de Tim, que aún permanecía pasivamente sobre su seno-. Así que, si eso es lo que quieres, estoy dispuesta.

Tim se incorporó, apartándose de ella.

—Tim, por favor, no te enfades.

—No te preocupes. Tienes razón, éste no es el momento adecuado. Todo el coche está húmedo, las ropas se nos pegan al cuerpo y no sé cómo estarás tú, pero yo me muero de cansancio. Dios mío, ¡hemos estado a punto de despeñarnos por ese puente derrumbado!

Eileen le apretó la mano.

—Sí, ni el momento ni el lugar son apropiados. ¿Qué te parece el hotel Savoy?

—¿Qué?

—El hotel Savoy de Londres. Elegante, con un servicio de habitación increíble y unos baños enormes. Si éste no es el lugar apropiado para hacer el amor, el hotel Savoy lo es. Lo malo es que probablemente se encontrará bajo el agua. Claro, debe haber un buen sitio en alguna parte, pero ¿y si nunca lo alcanzamos? Eileen, casi no pude derribar aquella valla, y era preciso hacerlo. Tú no me necesitas. ¡Necesitas a Conan, el bárbaro! El para la fuerza y tú para el talento.

—¿Quieres dejar eso de una vez?

—No puedo. Seguimos avanzando gracias a ti. Si lo que quieres es fuerza viril, me temo que yo no la tengo. Tampoco tengo habilidades. Solía contratar a quienes las tenían.

—Tú me llevaste colina abajo -dijo ella, exagerando para tener más efecto-. Sabías dónde ir. Lo has hecho perfectamente.

Tim no podía verla en la oscuridad, pero sabía que no se estaba riendo de él, porque le apretaba la mano con todas sus fuerzas. El se aproximó de nuevo y ella fue a su encuentro, abrazándole

desesperadamente. Tim no sentía un deseo sexual inmediato, sólo un instinto de protección hacia ella. Una parte de su mente sabía que aquello era absurdo, sabía que Tim Hamner, por mucho que pudiera compartir los antiquísimos instintos del *Homo sapiens* macho, carecía del adiestramiento y de los músculos necesarios para ponerlos en acción. Pero era muy agradable abrazar a Eileen y dejar que se durmiera quedamente con la cabeza en su regazo, para quedar dormido también él al poco rato.

*El mar se retira de Inglaterra.*

*Lentamente, frenadas por los escombros, las aguas que han conquistado Londres se retiran hacia el Canal. Hinchidas de cadáveres, de los automóviles más livianos, de las paredes de madera de los edificios más viejos y de los escombros del fondo marino que fueron impulsados tierra adentro por tres monstruosas oleadas, las aguas tienen que abrirse camino alrededor y a través de masas montañosas que ayer fueron altos edificios. Las ventanas que resistieron la embestida de la ola se rompen ahora para dejar que el agua pase. Inunda los interiores y se lleva muebles, camas, almacenes enteros llenos de ropas.*

*Los edificios a lo largo de las riberas del Támesis han sido aplastados y hasta sus cimientos arrancados de cuajo. Tremendas presiones despedazan el cemento armado y arrojan los fragmentos, junto con toneladas de barro de las orillas, al lecho del río.*

*Mañana, y por los siglos de los siglos, no habrá modo de saber dónde estuvo ubicado el hotel Savoy.*

Se despertaron con calambres, comenzó en los miembros y escalofríos.

—¿Qué hora es? — preguntó Eileen.

Tim oprimió el botón de su reloj.

—Las dos menos diez. — Trató de cambiar de postura-. Según lo que leíamos en la clase de literatura esto de dormir el uno en los brazos del otro parecía romántico, pero lo cierto es que resulta muy incómodo.

A Tim le pareció adorable la risa de Eileen en la oscuridad. Era ella de nuevo, era su risa, e imaginaba la radiante sonrisa de sus labios aunque no pudiera verla.

—¿Son abatibles estos asientos? — preguntó ella.

—No lo sé.

Tim palpó la parte inferior del asiento, buscando palancas. Encontró una y tiró de ella. El respaldo del asiento se abatió contra el asiento trasero. No quedó del todo horizontal, pero era mucho más cómodo. Le explicó a Eileen lo que debía hacer y ella también abatió su asiento. Ahora estaban casi tendidos el uno al lado del otro. Ella se acercó a Tim.



–Tengo frío.

–Yo también.

Se apretaron el uno junto al otro para darse calor. No estaban cómodos. Les estorbaban los brazos. Ella le rodeó con uno de los suyos y permanecieron inmóviles un momento. Luego Eileen le atrajo hacia sí, apretando las piernas contra las de él. Sintió calor en todo su cuerpo. De improviso, su boca encontró la de Tim y le besó. Sus bocas siguieron unidas unos instantes, hasta que ella se retiró y rió quedamente.

–¿Todavía estás en forma? – le preguntó.

–He vuelto a ponerme en forma -dijo él, y dejó de hablar para pasar a la acción.

Sólo se desvistieron lo imprescindible, levantando la camisa, la falda, la blusa entre risas, y tapándose en seguida para conservar el calor. Se unieron de súbito, con una intensidad que no dejaba tregua para la risa. Ahora a los dos les parecía adecuado, aunque insensato, pero aquella misma insensatez armonizaba bien con lo que estaba sucediendo en el mundo que les rodeaba. Luego cada uno descansó en los brazos del otro.

–Quitémonos los zapatos -dijo Eileen.

Se contorsionaron para no perder el contacto mientras trataban de quitarse los zapatos. Luego se unieron de nuevo. Tim sintió la fuerza nerviosa de las piernas y los brazos de Eileen, que le aprisionaban. Se relajó lentamente y suspiró, y se quedó dormida con la celeridad con que se apaga una vela.

Tim le bajó la falda todo lo que pudo. Eileen dormía profundamente y sólo se agitaba levemente cuando él se movía. Tim permaneció despierto en la oscuridad, deseando que llegara el alba, que llegara el sueño.

Se preguntó por qué lo habían hecho. Era la noche del fin del mundo y habían hecho el amor como monos frenéticos, en la carretera del gran cañón de Tujunga, ante un puente derrumbado y con diez millones de muertos detrás... y no obstante lo habían hecho en el asiento de un coche, como un par de adolescentes.

Ella se movió ligeramente y Tim la rodeó protectoramente con los brazos, sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando tuvo conciencia de ello pensó que había sido un reflejo, nada más que un reflejo protector.

De repente, Tim Hamner sonrió en la oscuridad. «¿Por qué diablos no?», dijo en voz alta, y se dispuso a dormir.

Cuando despertaron el cielo estaba teñido de gris. Se incorporaron, llenos de pensamientos y

recuerdos, preguntándose qué les habría despertado. Lo oyeron por encima del tamborileo del agua sobre el metal. Era el ruido de un motor, un coche o un camión que venía muy rápido por la carretera. Vieron luces detrás de ellos.

Tim sintió un tremendo impulso. Tenía que hacer algo, avisar a aquel coche. Meneó la cabeza con violencia, procurando despertarse del todo. Alargó un brazo por encima de Eileen y apretó la palanca del claxon.

El coche pasó junto a ellos como un murciélago huido del infierno, seguido por el sonido agudo del claxon. Se oyó el chirrido de los frenos y luego nada. Pasó un buen rato hasta que oyeron el ruido del metal chocando contra las rocas y vieron la luz de llamaradas.

Bajaron del coche y corrieron hacia la mitad del puente. Por debajo del extremo retorcido del puente había fuego. El coche ardía, arrojando la luz de sus llamas sobre el cañón y el torrente que corría por su fondo.

La mano de Eileen buscó la de Tim. El la cogió, apretándola fuertemente.

—Pobres desgraciados -musitó, temblando en el alba fría. La lluvia había disminuido, pero el viento era frío. El aire que ascendía del coche en llamas parecían luchar con el viento helado.

Eileen soltó la mano de Tim y avanzó por el puente en ruinas. Volvió la cabeza hacia las paredes de la garganta, en el lado donde seguía Tim. Señaló con la mano.

—Creo que podemos cruzar -le dijo-. Ven a ver. — Su voz era ahora tranquila e indiferente.

Tim se acercó a ella, andando con precaución, temeroso de que el resto del puente se derrumbara. Miró hacia el lugar que ella indicaba. Había un camino de grava, apenas de la anchura de un coche, abierto a un lado de la garganta y que descendía en zigzag por el cañón.

—Debe ser el antiguo camino -dijo Eileen-. Pensé que debería haber uno.

No parecía un buen camino ni siquiera para andar por él, pero Eileen retrocedió hasta el coche y puso el motor en marcha.

—¿No deberíamos esperar a que haya más luz? — le preguntó Tim.

—Probablemente, pero no quiero esperar.

—De acuerdo. Yo conduciré. Tú irás caminando.

Había luz suficiente para verle la cara. Ella se inclinó y le besó levemente en la mejilla.

—Eres muy amable, pero conduzco mejor que tú. Tú irás andando, porque alguien ha de ir delante para asegurar que el coche puede seguir por el camino.

—No, iremos juntos.

Tim sabía que aquello era absurdo, y se preguntó si lo hubiera dicho de no haber sabido que ella le haría bajar e ir andando.

—Será mejor para los dos que tú vayas delante -dijo ella-. Anda, vamos.

El viejo camino era una pesadilla. A veces se inclinaba terriblemente hacia el cañón, con su precipicio de vértigo. Tim pensó que por lo menos no podían ver el coche en llamas. Sólo era visible una débil luminosidad de la hoguera que se iba extinguendo.

En los zigzags Eileen tenía que avanzar en maniobras cortas, retrocediendo y girando, una y otra vez, con las ruedas a escasos centímetros del borde. Tim se sentía aterrorizado en cada giro. Bastaba cometer un solo error, equivocarse de marcha o presionar demasiado el acelerador, y Eileen se despeñaría, ardería viva y Tim se quedaría solo. Cuando llegaron al fondo, Tim apenas era capaz de seguir andando.

—¿Qué profundidad tiene? — preguntó Eileen.

Tim retrocedió y subió al coche.

—Lo averiguaré en seguida. — Tendió los brazos hacia ella desesperadamente. Eileen le rechazó.

—Mira, cariño.

La luz era suficiente para ver. Más allá de los restos del coche quemado se alzaba un muro macizo de cemento, muy por encima de ellos. Era una presa. Tim se estremeció. Salió del coche y se internó en el torrente, avanzando contracorriente. El agua sólo le llegaba a las rodillas y empezó a cruzarlo. Luego hizo señas a Eileen para que le siguiera.

## EL PROPIETARIO

*La propiedad no es sólo un derecho, sino un deber. La propiedad obliga. Usa tu propiedad como si el pueblo te la hubiera confiado.*

Oswald Spengler, *Pensamientos*

A mediodía Tim y Eileen llegaron a lo alto de la garganta. Cuando se encontraban a un tercio de la

altura vieron que otro coche había llegado al otro lado y empezaba a descender. Era un turismo corriente, sin tracción en las cuatro ruedas, y Tim no comprendió cómo habían podido llegar hasta allí. En aquel coche viajaban dos hombres, una mujer y varios niños. Todavía estaba pegado al lado de la garganta cuando Tim y Eileen llegaron a la cima por el otro lado. Se alejaron, dejando a los otros colgados en el lado del precipicio, preguntándose si deberían haberles hablado, pero sin saber qué podrían haber hecho en su ayuda.

Tim se sentía más desamparado que nunca. Estaba preparado para el fin de la civilización: estar casi solo, encontrar pocos seres humanos y alejados entre sí. Pero no estaba preparado para verla extinguirse así, y se preguntó qué podría hacer. Era inútil, no podía pensar nada.

Por fortuna el siguiente puente estaba intacto, y el próximo también. Ya se encontraban a pocos kilómetros del observatorio.

Tomaron una curva y se encontraron con cuatro coches en la carretera. Había mucha gente en aquel lugar. Eran las primeras personas que Tim y Eileen veían desde que salieron de la garganta.

La carretera se internaba en un túnel, y éste se había venido abajo. Los coches estaban detenidos mientras hombres con palas trabajaban para abrir un camino por encima del espolón rocoso creado por el túnel. Ya habían formado parte de un camino, y se turnaban, ya que había más hombres que palas.

Seis mujeres y varios niños estaban reunidos alrededor de los coches. Eileen miró vacilante al grupo y luego se acercó a ellos.

Los niños la miraron sorprendidos. Una de las mujeres se acercó al coche. Parecía una anciana, aunque no tendría más de cuarenta años. Miró el vehículo y observó el agujero en forma de estrella que había dejado la bala en la luneta trasera. No dijo nada.

—Hola -dijo Tim.

—Hola.

—¿Hace mucho que están aquí?

—Llegamos al amanecer -dijo la mujer.

—¿Vienen de la ciudad? – le preguntó Eileen.

—No. Estábamos acampados aquí. Intentamos regresar a Glendale, pero la carretera estaba cortada. ¿Cómo han llegado aquí? ¿Podemos regresar por el mismo camino que ustedes han seguido?

Una vez perdida su reticencia, la mujer hablaba rápidamente.

—Hemos llegado subiendo por el gran cañón de Tujunga -explicó Tim.

La mujer pareció sorprendida y se volvió hacia el montículo donde los hombres trabajaban.

—Eh, Freddie. Han venido por el gran Tujunga.

—Está bloqueado -gritó el hombre. Entregó la pala a otro hombre y bajó el montículo, dirigiéndose a ellos. Tim observó que llevaba una pistola al cinto.

Sus coches no eran muy nuevos. Una destartada camioneta, cargada con objetos de acampada, una ranchera con la suspensión visiblemente estropeada y un viejo Dodge.

—Nosotros tratamos de llegar al gran Tujunga -dijo el hombre al aproximarse. Llevaba típicas prendas de camping, una camisa de lana y pantalones de tela cruzada. De uno de los lados de su cinturón colgaba una taza metálica. Del otro lado colgaba la pistola en su funda, pero no parecía consciente de que la llevaba-. Me llamo Fred Haskins. ¿Dicen que han llegado cruzando la garganta, por el viejo camino en zigzag?

—Sí -dijo Eileen.

—¿Cómo están en Los Angeles? – preguntó Haskins.

—Mal -dijo Tim.

—Sí. Ha habido un buen terremoto, ¿eh? – Haskins miró detenidamente a Tim. También miró el agujero de la bala-. Oiga, ¿cómo le han hecho eso?

—Alguien trató de detenernos.

—¿Dónde?

—Cuando empezábamos a subir las montañas -dijo Tim.

—La granja de los presos -musitó Haskins-. Habrán matado a los vigilantes y todos los presos estarán sueltos.

—¿Qué ha querido decir con eso de que Los Angeles está mal? – preguntó la mujer-. ¿No puede ser más explícito?

De repente, Tim no pudo soportarlo más.

—Todo ha desaparecido. El valle de San Fernando, todo lo que había al sur de las colinas de Hollywood... Todo inundado por las aguas. Y lo que no ha sido inundado, se ha quemado. Tujunga parecía en bastante buen estado, pero el resto de la depresión de Los Angeles ha dejado de existir.

Fred Haskins le miró fijamente, como si no comprendiera.

—¿Ha dejado de existir? ¿Ha muerto tanta gente? ¿Tantos?

—Más o menos -dijo Tim.

—Probablemente aún queda mucha gente viva en las colinas -dijo Eileen-. Pero, si las carreteras están cortadas, no podrán llegar hasta aquí.

—Dios mío -dijo Haskins-. Ese cometa chocó, ¿verdad? Sabía que iba a chocar, Martha, te dije que estaríamos mejor aquí arriba. ¿Cuánto tiempo...? Supongo que enviarán al Ejército en nuestra busca, pero también podemos abrirnos camino por nuestra cuenta. La carretera al otro lado parece en buenas condiciones. Al menos, hasta donde podemos ver. Martha, ¿todavía no has oído nada por la radio?

—Nada. Sólo interferencias. A veces creo oír algunas palabras, pero no tienen sentido.

—Ya.

—¿Tienen ustedes algo qué comer? —preguntó Martha Haskins.

—No.

—Parecen muertos de hambre. Les daré algo, señor...

—Tim.

—Tim, y usted se llama...

—Eileen. Gracias.

—De nada. Tim, acompañe a Fred y cave con él hasta que prepare el almuerzo.

Mientras subían por el empinado camino, Fred habló a Tim.

—Me alegro de que hayan llegado. No estaba seguro de que pudiéramos poner todos los coches en marcha. Con el cacharro tan potente que usted lleva podrá darles un empujoncito. Luego iremos en busca del Ejército.

La carretera empezó a moverse, el firme se onduló, y el camión en cabeza avanzó dando tumbos.

El cabo Gillings, que dormitaba en su asiento, se despertó bruscamente. Lanzó un juramento y miró a través del toldo. El convoy se había detenido. La tierra se ondulaba como las aguas de un mar.

—El cometa... -murmuró.

Los soldados comentaban lo que ocurría.

–¿Qué es eso? – preguntó Johnson.

–El fin de este maldito mundo, estúpido. ¿Es que no lees nada?

Gillings lo había leído todo. El *National Enquirer*, los artículos de *Time* y las entrevistas a Sharps y los demás. Lo había planeado todo un millar de veces, soñando en su litera, añadiendo encantadores detalles a la escena. Gillings sabía lo que ocurriría tras la caída del martillo de Lucifer. Sería el fin de la civilización, y también el fin del maldito Ejército. Cada hombre sería dueño de sí mismo, y uno podría ser un rey si sabía jugar bien sus cartas.

Johnson le miraba fijamente, perplejo y desorientado, deseando que siguiera. Gillings sentía la cabeza ligera. Estaba desorientado: no era corriente que sus sueños se convirtieran en realidad.

–Fuera de los camiones. ¡Todo el mundo fuera! – ordenó el capitán Hora.

La mente de Gillings se aclaró. Las cosas volvían a ponerse en su sitio, y aquel era el primer problema: ¡los malditos oficiales! Hora no era un oficial tan malo, y a los hombres les caía bien. Habría que hacer algo al respecto, y rápidamente. De lo contrario, el Ejército Regular les haría trabajar como esclavos, tratando de salvar a los asnos civiles hasta que las olas gigantescas los ahogaran a todos.

–Estamos atrapados, capitán -gritó el sargento Hooker-. Hay corrimientos de tierras delante y detrás. No creo que podamos sacar los camiones de aquí.

–Los dejaremos aquí, sargento -dijo el capitán Hora-. Iremos andando. Hay mucha gente en estas colinas. Veremos qué se puede hacer por ellos.

–Señor -dijo Hooker. Su voz carecía de entusiasmo-. ¿Qué vamos a comer, capitán?

–Ya tendremos tiempo de preocuparnos por eso cuando estemos hambrientos -dijo Hora-. Echaremos un vistazo adelante. Tal vez podamos pasar sobre el barro.

–Señor.

–Los demás, bajad de los camiones -ordenó el capitán.

Gillings sonrió. Había sido una gran suerte que no llegaran al campamento antes de la caída del cometa. Sonrió de nuevo y tocó los objetos duros que tenía en el bolsillo. No habían dado munición a los soldados, pero le había resultado fácil procurársela, y tenía una docena de cargadores. En los camiones habían muchos más de repuesto.

¿Le seguirían los hombres? Tal vez no. Al principio no lo harían. Tal vez sería mejor dejar con vida a Hooker. Los soldados obedecerían a Hooker, y éste no era muy listo, pero sí lo suficiente para saber que no tenía objeto arrestar a Gillings una vez neutralizado el capitán. Ya no habría más consejos de

guerra. Se acabaron los tribunales. Hooker lo comprendería.

Gillings introdujo el cargador en su rifle.

El trabajo les llevó la mayor parte del día. Tim nunca había trabajado tan duramente en su vida. Desde luego, había pagado su almuerzo. Aplanaron las partes empinadas y utilizaron el coche de Tim para abrir el camino y empujar a los otros coches por el suelo embarrado. Seguía lloviendo, aunque con mucha menos intensidad.

A Tim le dolían todos los músculos del cuerpo. El camino normal no debería tener más que unos treinta metros, pero el camino que ellos habían abierto superaba cinco veces esa longitud, con todos sus zigzags.

Cuando llegaron a la calzada de la carretera, al otro lado del túnel derruido, avanzaron en caravana. Seis kilómetros más allá se encontraron con un puesto de guardabosques. Había centenares de personas en aquel lugar. Un grupo escolar, con noventa niños, algunos estudiantes universitarios que cuidaban de ellos y un viejo predicador. Excursionistas y grupos de pescadores deportivos. Todos ellos habían acudido por caminos de montaña y a través de los bosques. Había un grupo de estudiantes franceses con bicicletas, y sólo uno de ellos hablaba inglés. En una gran tienda de campaña se alojaba un escritor, su mujer y un nutrido grupo de hijos.

Los guardabosques habían montado un campamento provisional. Cuando pasó el grupo de Tim les hicieron desviarse a un lado. Tim quería seguir adelante, pero un camión verde del Servicio Forestal bloqueaba el camino. Eileen se detuvo y bajaron del coche. Un guardabosques uniformado había estado hablando con Fred Haskins, y ahora se acercó a ellos.

El guardabosques era un hombre de unos veinticinco años, esbelto y con buenos músculos. Su uniforme le daba un aspecto de autoridad, pero no parecía estar muy seguro de sí mismo.

–Dicen que han venido por la carretera del gran Tujunga. – Miró fijamente a Tim-. Usted es Hamner.

–Sí, pero no voy anunciándolo por ahí -dijo Tim.

–No, supongo que no -dijo el guardabosques-. ¿Podemos bajar por esa carretera?

–Ah, ¿no lo sabe? – le preguntó Tim.

–Mire, señor, aquí sólo estamos cuatro. Estamos intentando hacernos cargo de esos chicos. Algunos grupos han salido a buscar gente que había acampado en sitios peligrosos. Por todas partes hay deslizamientos de barro y la mayor parte de los puentes se han desmoronado. No intentamos ir más allá del túnel cuando vimos que se había derrumbado.

–¿No funciona la radio? – preguntó Eileen.



—No se oye nada de la emisora de Tujunga -admitió el guardabosques-. No sé por qué. Hemos recibido algo de otra emisora, en frecuencia corta. Han dicho que hay gente atrapada en el cañón Trail.

—El puente se ha derrumbado -dijo Eileen-. Nosotros hemos llegado cruzando el viejo camino. Había unas personas detrás de nosotros que trataban de hacer lo mismo.

—¿No se pararon para echarles una mano? — preguntó el guardabosques.

—Eran más numerosos que nosotros -explicó Tim-. ¿Y qué podíamos hacer? No es posible empujar un coche en aquel camino, hay demasiadas curvas. Ni siquiera es una carretera.

—Sí, ya lo sé. Nosotros lo utilizamos para ir a pie. Oiga, usted es un experto en cometas. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué debemos hacer con esta gente?

Tim estuvo a punto de echarse a reír ante aquella pregunta, pero la expresión del guardabosques se lo impidió. El joven parecía demasiado tenso, demasiado próximo al pánico y muy contento de ver a Tim Hamner. Quería que un experto le diera instrucciones.

—No pueden regresar a Los Angeles -dijo Tim-. Allí no hay nada de nada. Las olas gigantescas han inundado la mayor parte de la ciudad...

—Dios mío, recibimos algunas noticias al respecto desde el monte Wilson, pero no lo creí...

—Y mucho de lo que quedó fue pasto de las llamas. En Tujunga se ha formado un grupo armado de ciudadanos. No sé si se alegrarían de verles a ustedes o no. La carretera hasta Tujunga no es mala, pero no creo que los turismos corrientes puedan pasar por algunos puntos.

—Si, pero ¿dónde está el Ejército? — preguntó el guardabosques-. La Guardia Nacional. ¡Alguien! Usted dice que no deberíamos volver a Tujunga, pero ¿qué hacemos con estos niños? Un día más y se nos acabarán las provisiones, ¡y tenemos que cuidar de dos centenares de niños!

Demonios, pensó Tim, yo soy el experto. El conocimiento le producía exaltación y depresión extrañamente mezcladas.

—Mire, yo no soy uno de los técnicos que siguieron la trayectoria del cometa, pero... sé que el cometa se fragmentó varias veces...

—¿Se fragmentó?

—Se rompió, convirtiéndose en un enjambre de montañas volantes. ¿Me comprende? Han chocado varios trozos con la tierra. No puedo decirle cuántos, pero... Era de mañana en California, y el cometa venía por la dirección del sol, así que el blanco principal fue el Atlántico. Si en la costa occidental las olas han sido tan grandes como la que se ha producido aquí, lo habrán arrasado todo al este de Castkills y la mayor parte del valle del Mississippi. Ya no han gobierno nacional y tal vez no existe el Ejército.

—¡Jesús! ¿Quiere decir que el país entero ha desaparecido?

—Tal vez el mundo entero -dijo Tim.

Aquello era demasiado. El guardabosques se sentó en el suelo, junto al coche de Tim, y miró al cielo.

—Mi hija vive en Long Beach...

Tim no dijo nada.

—Y mi madre. Estaba en Brooklyn, visitando a mi hermana. Usted dice que todo ha desaparecido.

—Probablemente -dijo Tim-. No puedo decirle más.

—¿Qué hacemos entonces con todos los niños y los excursionistas, con toda esta gente? ¿Cómo vamos a alimentarlos?

—Busquen en almacenes, en ranchos con ganado, en cualquier lugar donde haya comida, hasta que puedan plantar más cultivos. Estamos en junio. Algunas cosechas habrán sobrevivido.

—Al norte -dijo el guardabosques para sí mismo-. Hay ranchos en las colinas, por encima de Grapevine. Sí, al norte. — Alzó la vista hacia Tim-. ¿Qué va a hacer usted?

—No lo sé. Supongo que ir hacia el norte.

—¿Puede llevarse algunos niños?

—No tengo inconveniente, pero carecemos por completo de víveres...

—¿Y quién tiene comida? — preguntó el guardabosques-. Tal vez deberían quedarse ustedes con nosotros. Podemos marcharnos juntos.

—Probablemente tendremos más posibilidades si vamos en pequeños grupos. Y no queremos quedarnos con ustedes.

Tampoco quería cargar con niños, pero a eso no podía negarse. Además, su decisión era la correcta. Lo había leído en alguna parte: en toda duda de conciencia, lo que uno menos desea hacer es probablemente la acción que debe hacerse. O algo por el estilo.

El guardabosques se marchó y volvió al poco rato con cuatro pequeños, el mayor de los cuales tendría seis años. Estaban limpios y bien vestidos, y se les veía muy asustados. Eileen los acomodó en la parte trasera del vehículo y se sentó junto a ellos.

El joven funcionario arrancó una hoja de su cuaderno de notas, en la que había anotado nombres y

direcciones.

—Aquí tiene las señas de los niños. Si puede encontrar a sus padres... -No pudo seguir porque se le quebró la voz.

—De acuerdo -dijo Tim, poniendo el vehículo en marcha. Iba a conducirlo por primera vez y el embrague le pareció muy rígido.

En la parte trasera Eileen hablaba con los niños.

—Me llamo Eileen, y éste es Tim.

—¿Adonde vamos? — preguntó una chiquilla muy pequeña, con aspecto débil, pero que no lloraba como los demás chicos-. ¿Nos lleváis donde está mi mamá?

Tim echó un vistazo al papel. La niña se llamaba Laurie Malcolm y su madre la había enviado al campamento. No figuraba el nombre del padre. La dirección de la madre estaba en Long Beach. Señor, ¿qué podría decirle?

—¿Podemos ir a casa? — preguntó uno de los niños antes de Eileen pudiera decir algo.

¿Cómo podía decirle a un chico de seis años que su hogar había sido destruido por las aguas? ¿O a una chiquilla que su mamá estaba...?

—Vamos a subir por aquella colina -dijo Eileen, señalando hacia la montaña cercana-. Cuando lleguemos allí esperaremos a tu mamá.

—¿Pero qué ha ocurrido? — preguntó el chico-. Todo el mundo estaba muy asustado. El padre Tilly no quería que lo supiéramos, pero él también lo estaba.

—Ha sido el cometa -le dijo Laurie con voz solemne-. ¿No ha caído en Long Beach, Eileen? ¿Puedo llamarte Eileen? El padre Tilly dice que no debemos llamar a los adultos por su nombre de pila. Nunca.

Tim giró para entrar en la carretera lateral que conducía al observatorio. Tiempo atrás él mismo se había encargado de la mejora de la vieja carretera polvorienta mediante troncos, grava y cemento en los sitios peores. El barro era espeso, pero el vehículo todo terreno avanzó sin problemas. Ahora no tardarían en llegar. Pronto tendrían comida y podrían dejar de correr, al menos durante algún tiempo. Los alimentos no durarían indefinidamente, pero ya habría tiempo para preocuparse por eso cuando llegaran. De momento el observatorio era su hogar, un puerto, un sitio familiar, con calefacción, ropas secas y una ducha. Un lugar seguro para refugiarse mientras el mundo llegaba a su fin.

El vehículo ya no era nuevo y brillante. Las rocas habían arañado los costados y estaba lleno de barro. Pero avanzaba por la carretera embarrada como si fuera una autopista, pasando sobre las piedras desprendidas, vadeando charcos profundos. Tim nunca había poseído un coche así. Tenía la sensación

de que podría ir donde quisiera.

Y aquel potente coche les había llevado a casa. Una curva más, una sola curva y estarían a salvo...

El edificio de cemento armado estaba intacto, lo mismo que el garaje de madera situado a su lado. El techo del garaje estaba combado e inclinado, pero no tanto como para que alguien, excepto Tim, pudiera notarlo. La cúpula del telescopio estaba cerrada, y todas las ventanas del edificio principal tenían cerrados los postigos.

—¡Hemos llegado! – gritó Tim. Tuvo que gritar porque Eileen y los niños estaban cantando en el asiento posterior.

—¡Estamos a salvo! Al menos por algún tiempo.

Eileen dejó de cantar.

—Está muy bien -dijo sorprendida. No había esperado ver el lugar intacto. Después de lo de Tujunga, había dejado de esperar nada.

—Claro. Marty es competente -dijo Tim-. Ha cerrado los postigos y...

Se interrumpió de improviso y Eileen siguió la dirección de su mirada. Dos hombres salían del observatorio. Eran mayores, de unos cincuenta años, y llevaban rifles. Se quedaron mirando mientras Tim dirigía el coche hasta detenerlo delante del gran porche de cemento. Los hombres acunaban los rifles entre sus brazos, sin apuntar directamente al vehículo, pero dispuestos a hacerlo en cualquier momento.

—Lo siento, amigo, no hay sitio -dijo uno de los hombres-. Será mejor que se vayan. Lo siento.

Tim miró a los extraños, sintiendo que la ira se acumulaba en su interior.

—Soy Tim Hamner, el dueño de este lugar. ¿Quiénes son ustedes?

Los hombres no reaccionaron. Otro hombre, más joven, apareció en el porche.

—¡Marty! – gritó Tim-. ¡Marty, díles quién soy!

«Y cuando sepa qué están haciendo aquí estos tipos, pensó Tim, cambiaré unas palabras, contigo, Marty».

El aludido sonrió de oreja a oreja.

—Larry, Fritz, éste es el señor Timothy Gardner Allington Hamner, playboy, millonario... oh, sí, y astrónomo aficionado. El propietario de este lugar.

–Lo había supuesto -dijo Fritz, sin mover el rifle.

Uno de los niños empezó a llorar. Eileen lo atrajo hacia sí y le abrazó. Los otros niños miraban con los ojos muy abiertos.

Tim abrió la portezuela del coche. Los rifles se movieron ligeramente. El no hizo caso y bajó. Se quedó de pie en el oscuro crepúsculo. La lluvia empapaba sus ropas y corría por la nuca hacia la espalda. Caminó hacia el porche.

–Será mejor que no se mueva -dijo uno de los hombres armados, el llamado Larry.

–Al diablo contigo -dijo Tim. Subió los escalones del porche-. No voy a gritarle y asustar a los niños.

Los hombres no hicieron nada y, por un momento, Tim se sintió valiente. Pensó que a lo mejor todo era una broma. Miró a Marty Robbins.

–¿Qué ha sucedido aquí?

–No sólo aquí -replicó Marty-. En todas partes.

–Sé lo del cometa. ¿Qué están haciendo esos tipos aquí, en mi propiedad?

Tim se dio cuenta en seguida de que había cometido un error, pero ya era demasiado tarde.

–No es tu propiedad -dijo Marty Robbins.

–¡No puedes salirte con la tuya! Hay guardabosques ahí abajo. Vendrán en cuanto puedan...

–No, no vendrán -dijo Robbins-. Ni guardabosques, ni Ejército, ni Guardia Nacional ni policía. Tiene usted un buen equipo de radio, señor Hamner. – Pronunció la palabra «señor» en tono despectivo-. He oído los últimos mensajes del Apolo, y todo lo demás. He oído lo que se comunicaban los guardabosques. Este lugar ya no es tuyo porque nadie es propietario de nada. Y no te necesitamos.

–Pero... -Tim examinó a los otros hombres. No parecían criminales.

Tim se preguntó cómo diablos podía uno saber si un hombre era un criminal. Pero aquellos tipos no lo eran. Tenían las manos ásperas, manos de obreros, no como las manos de Marty o las de Tim. Uno de los hombres se había roto una uña y le estaba creciendo de nuevo. Llevaban pantalones grises, ropas de trabajo. Había una etiqueta en los pantalones de Fritz.

–¿Por qué están haciendo esto? – les preguntó Tim, ignorando a Robbins.

–¿Y qué otra cosa podemos hacer? – preguntó Larry a su vez. Su tono era de disculpa, pero mantenía el rifle firmemente sujeto, apuntando a algún lugar entre Tim y el coche-. Aquí no hay mucha comida, pero algo es algo. Bastará por algún tiempo. Tenemos familias aquí, señor Hamner. ¿Qué podemos

hacer?

—Pueden quedarse. Sólo déjennos...

—¿Pero no ve que no podemos permitirles que se queden? — preguntó Larry-. ¿Qué puede hacer usted aquí señor Hamner? ¿Para qué sirve ahora?

—¿Cómo diablos sabe usted lo que puedo...?

—Ya hemos discutido esto antes -gruñó Fritz-. No creíamos que se presentara, pero hablamos de lo que haríamos en caso de que viniera. Y es esto. Váyanse. No les necesitamos.

Marty Robbins no podía sostener la mirada de Tim. Este asintió sombríamente, comprendiendo. Ya no había mucho más que decir. Robbins sabía manejar todo el equipo, la radio, incluso los aparatos astronómicos y meteorológicos, tan bien como él mismo. Mejor incluso. Y Robbins había vivido allí durante casi un año. Tenía un mejor conocimiento de aquellos parajes montañosos que el mismo Tim.

—¿Quién es la chica? — preguntó Robbins. Sacó una gran linterna del bolsillo y la enfocó hacia el coche. Aquella luz no aumentó gran cosa la visibilidad. Sólo mostró, entre la lluvia, el coche lleno de barro y la forma difuminada de la cabeza de Eileen.

—¿Es pariente tuya? ¿Una tía rica?

El pequeño bastardo... Tim trató de recordar a su ayudante tal como lo había conocido. Cuando Marty vivía en Bel Air con Tim se habían peleado, pero no fue nada serio, y Robbins era excelente en el observatorio. Sólo tres semanas antes, Tim había escrito una carta recomendando a Robbins para el observatorio Lowell en Flagstaff. Nunca había supuesto que el muchacho le traicionaría...

—Ella puede quedarse -dijo Robbins-. Nos falta una mujer. Puede quedarse, tú no. Iré a decírselo...

—Se lo preguntarás -puntualizó Larry-. Sólo preguntar. Puede quedarse si quiere hacerlo.

—¿Y yo? — quiso saber Tim.

—Vigilaremos para que se marche -dijo Larry-. No vuelva por aquí.

—Pero hay algunos guardabosques por ahí -dijo Marty Robbins-. Quizá no sea tan buena idea. Tal vez no deberíamos dejarle que se lleve el coche. Es mejor que los que tenemos aquí...

—No hables así. — Larry bajó el tono de voz y volvió la cabeza para mirar hacia la puerta del observatorio.

Tim frunció el ceño. Algo sucedía allí y no lo entendía.

Eileen bajó del coche y se acercó al porche.

–¿Qué sucede, Tim? – Su voz inexpresiva denotaba cansancio.

–Dicen que este lugar ya no me pertenece. Nos echan de aquí.

–Usted puede quedarse -dijo Marty.

–¡No pueden hacer esto! – gritó Eileen.

–¡Cállese! – le ordenó Larry.

Una mujer robusta salió del observatorio. Miró a Larry con el ceño fruncido.

¿Qué es todo esto?

–No te metas -dijo Larry.

–Larry Kelly, ¿qué estás haciendo? – le preguntó la mujer-. ¿Quiénes son estas personas? ¡Le conozco! Salió en «El Show de Medianoche». Es Timothy Hamner. Esta era su casa, ¿no?

–*Es* mi casa.

–No -dijo Fritz-. Nos pusimos de acuerdo. No.

–Ladrones. Ladrones y asesinos -dijo Eileen-. ¿Por qué no disparan y acaban con nosotros de una vez?

Tim sintió deseos de gritarle, de decirle que se callara. ¿Y si lo hacían? Robbins sería capaz.

–No tiene por qué llamarnos esas cosas -dijo la mujer-. Lo que ocurre es muy simple. Aquí no hay espacio suficiente para todos. No podríamos aguantar mucho tiempo. Cuanta más gente haya, menos sitio habrá, y no necesitamos al señor Hamner dando órdenes, porque me temo que no servirá para nada más. Tendrá que buscarse otro sitio, señor Hamner. Hay otros lugares adonde ir. – Miró a Larry en busca de corroboración-. Nosotros mismos tendremos que marcharnos pronto. Ustedes sólo habrán ido delante.

Lo que decía parecía sensato y razonable. Para Tim era como una pesadilla. La voz de aquella mujer era tranquila, mesurada, y su tono indicaba que estaba segura de que Tim le daría la razón.

–Pero la chica puede quedarse -dijo Robbins de nuevo.

–¿Quieres quedarte? – le preguntó Tim.

Eileen se echó a reír. Era una risa amarga, llena de desprecio. Miró a Marty Robbins y se rió de nuevo.

–Hay niños en el coche -dijo la mujer.

–Eso no es asunto nuestro, Mary Sue -dijo Fritz.

La mujer no le hizo caso y miró a Larry.

–¿De quién son esos niños?

–Estaban en un campamento -dijo Eileen-. Vivían en Los Angeles. Los guardabosques no tenían con qué alimentarlos. Nosotros los trajimos, pensando que...

La mujer abandonó el porche y se dirigió al coche.

–Dile que no -dijo Fritz-. Hazle comprender...

–No he sido capaz de obligarle a nada durante quince años -dijo Larry-. Ya lo sabes.

–Sí.

–¡Aquí no necesitamos niños! – gritó Marty Robbins.

–No creo que coman tanto como esta señora -dijo Larry... Se volvió a Tim y Eileen-. Mire, señor Hamner, ya ve que no tenemos nada contra ustedes, pero...

–Pero os vais a marchar -dijo Marty Robbins, con un evidente tono de satisfacción. Lo dijo en voz baja para que la mujer no pudiera oírle. Había subido al coche y estaba sentada en el asiento trasero, charlando con los niños-. Sigo diciendo que hay guardabosques por aquí. Hamner podría encontrar alguno. Os diré lo que haremos. Yo iré con él cuando se vaya...

–No -dijo Larry, claramente disgustado.

–Quizá debería hacerlo -dijo Fritz-. No creo que nos convenga tener a este tipo tras los talones. Lo mejor sería que se marchara y no volviera más. Podremos arreglárnoslas sin él.

–¡Hicimos un trato! – exclamó Marty-. ¡Lo convinimos cuando vinisteis aquí! Hicimos un trato...

–Claro que lo hicimos -dijo Fritz-. Pero será mejor que dejes de hablar de asesinatos o podemos olvidarnos del trato. Mira, Mary Sue trae a los niños. ¿Quiere que nos los quedemos, señor Hamner?

Tim pensó en que aquellos hombres eran condenadamente tranquilos. Fritz y Larry. ¿Qué serían...? ¿Dos carpinteros? ¿Jardineros? Ahora no eran más que supervivientes, convenciéndose a sí mismos de que todavía eran personas civilizadas.

–Como no queda gasolina en el coche y no es probable que Eileen y yo podamos sobrevivir en las montañas, sería una buena idea que se los quedaran. Eileen, si te quedas aquí, podrías...



—No voy a quedarme aquí con eso -dijo mirando a Robbins.

Fritz y Larry intercambiaron miradas.

—Creo que tenemos un poco de gasolina -dijo Fritz-. Una lata de cincuenta litros más o menos. Quédensela. Y un par de latas de sopa. Ahora vuelvan al coche antes de que cambiemos de idea acerca de la gasolina.

Tim regresó al coche, tirando de Eileen, antes de que ella pudiera añadir algo más. Los chicos estaban apiñados alrededor de Mary Sue, pero miraban al coche. Aquella expresión atemorizada aparecía en sus rostros muchas veces a partir de entonces. Tim les dirigió una sonrisa de ánimo y saludó agitando la mano. Sentía grandes deseos de ponerse en marcha y alejarse de aquellos rifles. Pero esperó.

Larry les llenó el depósito.

Tim hizo marcha atrás, apartándose del camino que conducía al observatorio, y el coche avanzó bajo la lluvia.

## EL CARTERO: UNO

*El origen de todo aquello que se llama deber, el requisito previo de toda ley auténtica y la sustancia de toda noble costumbre, pueden encontrarse en el honor. Pero, si uno ha de pensar en ello es que carece de honor.*

Oswald Spengler, *Pensamientos*

Harry Newcombe no fue testigo de la caída del cometa, y la culpa la tuvo Jason Gillcuddy, el cual se había recluido en los bosques, según decía, para hacer régimen y escribir una novela. Había perdido casi seis kilos en medio año, pero aún podía permitirse perder más. En cuanto a su aislamiento, con toda certeza preferiría hablar con el cartero de paso que escribir.

Ya que el mejor café de aquellos contornos se servía en el rancho de Silver Valley, Gillcuddy se propuso preparar el mejor café al otro lado del valle.

—Pero se me van a llenar las tripas si dejo que todo el mundo me sirva dos tazas -le dijo Harry, sonriente-. Qué popular soy.

—Será mejor que las aceptes, chico. Mi contrato vence el jueves y he terminado la novela. La próxima vez que pases por aquí ya me habré ido.

—Has terminado la novela. ¡Eh, eso es estupendo! ¿Salgo yo en ella?

—No. Lo siento, Harry, pero estaba tomando unas proporciones desmesuradas. Ya sabes cómo son estas cosas.

Lo que más te gusta suele ser lo que debes dejar fuera. Pero el café es Jamaica, marca Blue Mountain. Cuando celebros...

—Bueno, sírveme una taza.

—¿Un poco de coñac?

—Ten un poco de respeto por el uniforme... Bueno, diablos, no puedo negarme.

—Por mi editor -dijo Gillcuddy levantando la taza-. Dijo que si no cumplía con el contrato no me quedarían ganas de firmar más.

—Es una profesión dura.

—Sí, pero se gana dinero.

Harry creyó oír vagamente el estruendo de un trueno en la distancia. ¿Se acercaba una tormenta de verano? Sorbió el café. Desde luego, era un brebaje de primera.

Cuando salió afuera no vio ninguna nube de tormenta. Harry estaba en pie desde la madrugada. Los granjeros del valle seguían extraños horarios, lo mismo que los carteros. Había visto el brillo perlino de la cola del cometa que envolvía la Tierra. Era como la neblina formada por el humo y la contaminación, sólo que limpia. Había una extraña inmovilidad en el ambiente, como si el tiempo hubiera quedado en suspenso, esperando algo.

De modo que Jason Gillcuddy regresaba a Chicago, hasta la próxima vez que tuviera que recluirse para ponerse a régimen y escribir otra novela. Harry le echaría de menos. Jason era el hombre más culto del valle, tal vez con la excepción del senador... que era realmente un hombre de carne y hueso. Harry lo había visto ayer desde lejos, cuando llegó en un vehículo del tamaño de un autobús. Tal vez le vería hoy.

Harry conducía a buena marcha en dirección a la casa de Adams cuando la camioneta empezó a dar saltos. Frenó. ¿Se habría pinchado un neumático? La carretera se movía y parecía retorcerse, y el vehículo se bamboleaba locamente. ¡A pesar de que se había detenido seguía moviéndose! Cerró el contacto. ¿Aun así seguiría moviéndose?

Pensó que no debería haberse fijado en aquella botella de coñac, pero en seguida le asaltó la idea de que podría tratarse de un terremoto. Los temblores habían cesado. Se dijo que en aquella región no había líneas de fallas.

Prosiguió la marcha, más lentamente. La granja de Adams se encontraba a bastante distancia en la nueva ruta que había trazado para llegar allí temprano. No se atrevía a subir a la casa, con lo que ganaba un par de minutos. La señora Adams no había vuelto a quejarse, pero hacía semanas que Harry no veía a Donna.

Harry se quitó las gafas de sol. El día había oscurecido sin que se diera cuenta, y seguía oscureciéndose: las nubes recorrían el cielo con una velocidad desacostumbrada, y los relámpagos brillaban entre sus negras masas. Harry no había visto nunca algo parecido. Sí, era una tormenta de verano. Iba a llover.

Soplaba un viento de todos los demonios. El aspecto del cielo había pasado de feo a horrendo. Harry no había visto jamás semejante agitación de nubes negras ni tal aparato eléctrico. Pensó que debería haber dejado el correo en el buzón de la entrada. Así se vengaría de la señora Adams. Pero tal vez sería Donna la que tendría que ir a buscar las cartas bajo la tormenta. Harry avanzó hasta la casa y aparcó bajo el voladizo del porche. Al bajar del coche empezó a llover, y aquel voladizo apenas ofrecía protección. El viento lanzaba la lluvia en todas direcciones.

Si al menos fuera Donna quien abriera la puerta... Pero lo hizo la señora Adams, cuyo rostro no mostró el menor signo de placer al verle. Harry alzó la voz por encima del fragor de la tormenta.

—Su correo, señora Adams -le dijo en un tono tan frío como la expresión de la dama.

—Gracias -dijo ella, y cerró la puerta bruscamente.

Llovía a cántaros, y el agua, al mezclarse con el polvo acumulado en la camioneta, formaba sucios arroyuelos marrones que avergonzaron a Harry. No creía que el vehículo estuviera tan sucio. Subió a bordo, ya medio empapado, y arrancó.

¿Sería frecuente en el valle aquella clase de tiempo? Hacía un año que Harry vivía allí, y no había visto nada ni remotamente parecido. ¡Era como el Diluvio Universal! Estaba deseando preguntarle a alguien qué opinaba de aquello, a cualquiera, menos la señora Adams.

Hasta aquel día, el valle había estado bajo los efectos de la estación seca. El breve curso de agua de Carper Creek apenas tenía espesor, era un riachuelo que mojaba la base de los pulidos cantos rodados blancos que formaban su cauce, por lo menos hasta aquella mañana. Pero cuando Harry Newcombe pasó por el puente de madera, las aguas arremolinadas llegaban a tal altura que de vez en cuando rebasaban la orilla. La lluvia seguía cayendo furiosamente.

Harry siguió adelante. Tenía que dejar dos sobres en el buzón de Gentry. Sólo había visto una vez al granjero, y en aquella ocasión Gentry le había apuntado con una escopeta. Era un ermitaño y no tenía necesidad de recibir puntualmente el correo. A Harry no le gustaba aquel hombre.

Las ruedas de la camioneta perdieron el contacto con el suelo firme y giraron de un modo desconcertante antes de volver a posarse en la carretera. Harry se dijo que antes o después quedaría

atrapado en el fango. Ya había perdido la esperanza de completar su ruta. Tal vez podría pedir un poco de comida y un sitio para dormir en casa de los Miller.

Llegó a un tramo de la carretera muy empinado. Avanzó lentamente, cegado por la lluvia, los relámpagos y la oscuridad en los intervalos. Vio un espacio vacío a su izquierda y la ladera de una colina a la derecha, todo ello cubierto de árboles. Empezó a rodear la colina. Dentro del vehículo el aire era caliente y estaba completamente húmedo.

De repente frenó en seco. Se había producido un deslizamiento de tierras que cruzaba la carretera, arrastrando troncos desgajados y ramas. Pensó por un momento en volver atrás, pero ello significaba pasar de nuevo por las casas de Gentry y los Adams, lo que no le hacía ninguna gracia. La lluvia ya había disuelto parte del barro acumulado, y la cuesta arriba no era tan pronunciada. Metió la primera marcha y avanzó sobre el barro. La camioneta se tambaleó. Harry trató de enderezarla usando el volante y el acelerador, mordiéndose los labios. Era inútil, pues el mismo barro estaba en movimiento. ¡Tenía que salir de allí! Dio gas y las ruedas giraron en vano mientras el vehículo se ladeaba. Harry cerró el contacto, se echó al suelo del vehículo y se cubrió el rostro con los brazos.

La camioneta empezó a oscilar, balanceándose como un barco anclado, hasta que el balanceo la hizo volcar. Cayó sobre algo sólido, rodó por encima y chocó con otro obstáculo. Finalmente se detuvo. Harry levantó la cabeza.

Un tronco de árbol había roto el parabrisas. Antes de quebrarse, el vidrio de seguridad se había curvado hacia adentro. Aquel tronco y otro más mantenían el vehículo sujeto, como si fueran cuñas. Estaba volcado sobre el lado del pasajero, y para levantarlo haría falta bastante ayuda, por lo menos un remolque y hombres provistos de sierras mecánicas.

Harry había sido retenido por el cinturón de seguridad. Lo desabrochó cautelosamente y llegó a la conclusión de que no estaba herido.

¿Qué haría ahora? Tenía el deber de proteger el correo, pero no podía quedarse allí todo el día. Consideró las posibilidades de completar la ruta, y se echó a reír, porque era evidente que no podría hacerlo en lo que restaba del día. Tendría que dejar que el correo se acumulara hasta el día siguiente. El Lobo se pondría furioso... y Harry no podría evitarlo.

Cogió la carta certificada para el senador Jellison y se la guardó en el bolsillo. Había un par de paquetes pequeños que a Harry le parecieron valiosos, y se los metió en otro bolsillo. Los paquetes grandes, los libros y el resto del correo tendrían que esperar.

Salió de la camioneta y empezó a andar bajo la lluvia, que le azotaba el rostro, le cegaba y empapaba. El barro se deslizaba bajo sus pies, y tuvo que agarrarse a un árbol para no caer al turbulento torrente en que se había convertido el riachuelo. Permaneció allí inmóvil durante largo rato.

Pensó que le sería imposible llegar hasta un teléfono. Era insensato aventurarse bajo aquella tormenta. Lo mejor sería esperar a que amainara. Por suerte había vuelto a seguir la ruta establecida, sin apartarse un ápice, así que el Lobo sabría dónde encontrarle... Pero ¿qué vehículo podría llegar hasta

él en aquellas condiciones?

Restallaron dos relámpagos, muy juntos, seguidos por el estallido del trueno. Harry notó un cosquilleo en sus pies húmedos y al instante fue consciente del peligro. Se abrió camino penosamente hasta la camioneta y subió a ella. No estaba aislada del suelo, pero parecía el lugar más seguro para esperar a que pasara la tormenta eléctrica... y por lo menos no había dejado el correo abandonado. Aquello le había preocupado. Era mejor entregarlo tarde que exponerse a que lo robaran.

Se dispuso a ponerse tan cómodo como pudiera. Las horas pasaban y no había signo alguno de que la tormenta fuese a amainar.

Harry durmió mal. Se preparó un nido en el compartimiento de carga, utilizando circulares de compras y el periódico de la mañana. Se despertó a menudo, oyendo siempre el interminable tamborileo de la lluvia sobre la chapa. Cuando la tierra y el cielo, confundidos primero en una neblina iluminada por los relámpagos, pasaron a un gris opaco, Harry miró atentamente a su alrededor y encontró la botella de leche del día anterior. Su premonición de que podría necesitarla se había cumplido. Pero la leche no bastaba. Tenía hambre. Y además echaba en falta su café matinal.

—Lo tomaré en la siguiente casa que visite —se dijo, e imaginó una gran taza de café humeante, quizá con un chorrito de coñac, aunque nadie más que Gillcuddy iba a ofrecérselo.

La lluvia había aflojado un poco, y la intensidad del viento también había disminuido. «O es eso o me estoy quedando sordo. ¡Me estoy quedando sordo! Bueno, tal vez no.» Alegre por naturaleza, encontraba con rapidez el lado divertido de una situación difícil. «Menos mal que hoy no es el día de reparto de basura.»

Apartó los pies de la saca de cuero donde habían permanecido secándose durante la larga noche, y se puso las botas. Luego miró el correo. La luz apenas era suficiente.

—Sólo cogeré las cartas. Dejaré los libros.

Se preguntó si debería llevarse también el *Congressional Record* del senador Jellison y las revistas. Decidió hacerlo. Al final habían metido en la saca todo menos los paquetes más grandes. Se levantó y abrió con dificultad la portezuela, que ahora era como una escotilla, pues el lateral y el techo del vehículo habían invertido sus posiciones. Arrojó la saca al exterior y luego salió él. La lluvia seguía cayendo, y colocó un trozo de plástico sobre la saca.

El barro se había ido acumulando junto a la camioneta y llegaba al nivel de las ruedas. Harry se echó la saca al hombro y empezó a andar. Notó el suelo inestable bajo sus pies y se apresuró a salir de allí.

Tras él, los árboles cedieron bajo el peso de la camioneta y el barro. Las raíces se separaron del suelo y el vehículo, perdidos sus apoyos, empezó a deslizarse, cada vez con más rapidez.

Harry meneó la cabeza. Aquel había sido probablemente su último circuito. A Wolfe no le gustaría perder un vehículo. Harry empezó a subir la resbaladiza cuesta embarrada, mirando a su alrededor en

busca de un palo. Por fin encontró un tronco que sobresalía del barro, largo y flexible.

La marcha fue más fácil una vez llegó a la carretera. Iba cuesta abajo, desandando el largo desvío desde la casa de los Adams. El pesado barro se desprendió de sus botas y notó los pies más ligeros. No perdía de vista la falda de la colina, en previsión de que hubieran más deslizamientos de barro.

—Tengo el pelo completamente mojado -refunfuñó-, pero así conservo el cuello caliente.

La carga era pesada. Lástima que no tuviera un cinto para sujetarla a la cadera. Decidió cantar para entretenerse:

«Salí a dar un paseo junto al estanque, qué suerte si encontrara un machacante y pudiera pagar la maldita cuenta. Tenía la garganta seca y sedienta, y elevé una plegaria a las alturas rogando me sacaran de tales apreturas...»

Llegó al final de la pendiente y vio una torre de transmisión destrozada. Los cables de alta tensión cruzaban la carretera de un lado a otro. La torre de acero había sido alcanzada por un rayo, quizá por varios, y parecía retorcida en la punta. ¿Cuánto tiempo llevaría así? ¿Y por qué no había ido nadie a repararla? Harry se encogió de hombros. Entonces observó los cables telefónicos. También habían sido derribados. No podría llamar desde el próximo lugar al que llegara.

*«Y un halcón llegó volando sobre las aguas.*

*¡Milagro!, me dije, y entoné un par de estrofas*

*de un canto religioso de mi niñez.*

*El ave alzó el vuelo y ¡qué estupidez!*

*dejó caer a plomo en mi cabeza*

*lo que ya le estorbaba en la molleja.*

*Me hiqué de rodillas y, juntando las manos,*

*recé tres avemarías por todos los fulanos*

*que descansan a dos metros bajo el suelo;*

*el pájaro seguía tan tranquilo su vuelo.*

*Me puse pues en pie y elevé otras preces,*

*el halcón se incendió... y me arrojó más heces.»*

Llegó a la puerta de los Miller. No se veía a nadie. En el sendero de acceso no había huellas recientes de automóviles. Harry se preguntó si se habrían marchado la noche anterior. Desde luego, no lo habían hecho hoy. Sus pies se hundieron en el barro mientras subía el largo camino hasta la casa. El teléfono no funcionaría, pero podría conseguir una taza de café, a lo mejor hasta le llevarían a la ciudad.

*«El pajarraco ardió cual un nuevo lucero  
y deslumbró mis ojos con su potente fuego.  
Corriendo por el cielo se fue hacia el horizonte,  
avanzando veloz como una estrella errante.  
Fui a contárselo al cura, y el muy pillo  
fue y se quedó con mi último pitillo.  
Yo le hablé del milagro, él me habló de los Cielos,  
yo le mostré la mierda del pájaro en los pelos.  
El gesto le ofendió, sería idiota,  
y se tapó la sucia narizota.  
Como no me hizo caso, me fui al obispado,  
pero el obispo tampoco se puso de mi lado.  
¡Vete a casa a dormirla!, dijo sin miramiento,  
jamás vi un borracho con tanto atrevimiento.  
Anda, sigue el consejo, y con toda presteza  
hazte un buen lavado de cabeza.»*

Harry llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. La puerta estaba ligeramente entreabierta. Dio una voz a través de aquella abertura, pero nadie contestó. Notó el olor de café.

Se quedó inmóvil un momento, y luego sacó dos cartas y un ejemplar de *Ellery Queen's Mystery*

*Magazine*, empujó la puerta y entró en la casa, con la correspondencia en la mano, como el pasaporte de un embajador. Cantó en voz alta:

«Encontré de improviso a un viejo conocido, Jock O'Leary de nombre, alcohólico perdido. Estaba alicaído por falta de cerveza. Fui hasta su yacija y le acerqué mi cabeza. Se puso muy contento, pero le duró poco: su mujer de un disparo le atravesó el coco. Le acerqué nuevamente la cabeza y resucitó, mas la testa sonriente por el suelo rodó, esta vez su mujer se la había cortado. Para ella llegó el momento esperado. Se puso de rodillas y así al cielo oró: ¡Cuarenta años aguanté y por fin se acabó!»

Harry dejó el correo sobre la mesa de la sala, donde solía amontonar los impresos el día de reparto de basura, y se dirigió a la cocina, atraído por el olor del café. Siguió cantando en voz alta. Así no le dispararían creyéndole un intruso.

*«Vagué por la ciudad, entre desamparados,*

*se alzaban a mi paso los cojos y lisiados*

*y caían de nuevo víctimas de otro mal...*

*pues son muchos los caminos del amor celestial,*

*pero el amor del hombre marcado por los cielos*

*seguirá estando vivo los siglos venideros.»*

¡Sí, había café! Una gran cafetera sobre el fogón encendido, y en la mesa esperaban tres tazas. Harry llenó una y cantó, exultante:

«Y sé que estoy marcado por un signo divino: ¡Me lavo la cabeza y el agua se vuelve vino! Con él alegre la vida de los pobres obreros, así no van por ahí pateando a los perros. Y evito a sus mujeres los malos tratos que les dan a menudo esos pazguatos.»

Vio una fuente con naranjas, resistió la tentación unos segundos y luego cogió una. La peló mientras salía por la puerta de la cocina al naranjal situado detrás de la casa. Los Miller eran naturales de la región. Ellos sabrían lo que sucedía. Y tenían que estar por allí cerca.

*«Hay milagros inútiles, como andar por el mar.*

*¡Mataron al Hijo de Dios, pero yo me voy a librar!*

*Pues no doy la luz a los ciegos,*



*ni curo leprosos ni resucito muertos,*

*pero no pasa día, con ganas o pereza,*

*sin que me dé un buen lavado de cabeza.»*

—¡Hola, Harry! — gritó alguien desde algún lugar a la derecha. Harry avanzó en aquella dirección a través del denso barro, entre los naranjos.

Jack Miller, su hijo Roy y su nuera Cicelia estaban recogiendo apresuradamente tomates. Habían extendido una gran tela encerada en el suelo y colocaban en ella todo lo que podían recoger, maduro y semiverde.

—Se pudrirían si los dejáramos aquí -dijo Roy, resoplando-. Tenemos que llevarlos adentro en seguida. Nos iría bien tu ayuda.

Harry miró sus botas llenas de barro, la saca del correo y el sucio uniforme.

—No debéis retenerme -dijo-. Va contra las ordenanzas gubernamentales...

—Sí. Oye, Harry, ¿qué pasa ahí afuera?

—¿No lo sabes? — preguntó Harry, perplejo.

—¿Cómo podría saberlo? — dijo Roy-. El teléfono no funciona desde ayer por la tarde. No hay fuerza y la tele no va. Por la radio no se oye más que el puñetero... perdona, Cissy, no se oye más que el ruido de las interferencias. ¿Qué pasa en la ciudad?

—No he estado en la ciudad -confesó Harry-. La camioneta se averió, no lejos de la granja de Gentry. Ocurrió ayer, y he pasado la noche en el vehículo.

—Vaya. — Roy dejó de recoger los frutos un momento-. Cissy, será mejor que entres y empieces a enlatar. Sólo los maduros. Harry, haré un trato contigo. Desayuno, almuerzo y te llevaré a la ciudad. Además no diré a nadie lo que cantabas dentro de mi casa. A cambio, tú nos ayudas el resto del día.

—Yo te llevaré y hablaré con tu jefe -dijo Cissy.

Los Miller tenían cierta importancia en el valle. Tal vez el Lobo no le despidiera por haber perdido la camioneta si intercedían por él.

—No puedo ir más rápido andando -dijo Harry-. Trato hecho.

Harry se puso a trabajar. No hablaban mucho, tenían que economizar fuerzas. En un momento determinado Cissy trajo bocadillos. Los Miller apenas se detuvieron el tiempo justo para comer, y

volvieron al trabajo.

Cuando hablaban, se referían invariablemente al tiempo. Jack Miller no había visto nada parecido en los cincuenta y dos años que llevaba en el valle.

—Esto es cosa del cometa -dijo Cissy.

—Tonterías -comentó Roy-. Ya oíste lo que dijeron por la televisión. El cometa pasó a miles de kilómetros de nosotros.

—¿De veras? Me alegro -dijo Harry.

—No oímos decir que había pasado de largo, sino que iba a pasar -puntualizó Jack Miller.

El granjero volvió a los tomates. Cuando los recogieran todos, empezarían con las judías y las calabazas.

Harry nunca había trabajado tan duramente en toda su vida. De pronto se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde.

—¡Eh, tengo que volver a la ciudad! — insistió.

—De acuerdo -dijo Jack Miller-. Cissy, coge la camioneta. Y pasa por el almacén de piensos. Vamos a tener que alimentar al ganado y los cerdos. La maldita lluvia se ha cargado la mayor parte del pasto. Será mejor que consigamos pienso antes de que todo el mundo piense lo mismo. El precio se pondrá por las nubes dentro de una semana.

—Si es que hay algún sitio donde comprar dentro de una semana -dijo Cissy.

—¿Qué quieres decir? — le preguntó su marido.

—Nada.

La muchacha se dirigió al establo. Sus ceñidos téjanos y el sombrero con que se tocaba estaban completamente mojados. Regresó con una camioneta Dodge. Harry subió y se puso la saca del correo sobre el regazo, para protegerla de la lluvia. La había dejado en el establo mientras trabajaba.

La camioneta recorrió sin problemas el sendero embarrado. Cuando llegaron a la puerta exterior de la granja, Cissy bajó para abrirla. Harry no podía moverse debido a la gran saca. Cuando regresó, la muchacha se rió de él.

Apenas habían recorrido un kilómetro cuando vieron que la carretera terminaba en una grieta gigantesca. La calzada se había separado, y con ella el flanco de la colina, y toneladas de barro viscoso se habían volcado para cubrir la carretera más allá de la grieta.

Harry observó atentamente aquel desastre. Cicelia dio marcha atrás e hizo una maniobra para dirigir el vehículo en sentido contrario. Harry empezó a andar hacia aquel desastre.

—¡No vas a ir andando! — exclamó ella.

—El correo debe seguir su curso -musitó él. Se echó a reír-. Ayer no finalicé la ruta...

—¡No seas tonto, Harry! Hoy o mañana vendrán a arreglar la carretera. ¡Espera un poco! No llegarás a la ciudad antes de que oscurezca, tal vez ni siquiera podrás llegar con esta lluvia. Vuelve a casa.

Harry pensó en las palabras de Cissy. Tenía razón. Los cables eléctricos habían sido derribados, los teléfonos no funcionaban. Alguien tendría que poner remedio a todo aquello. La saca de correo parecía terriblemente pesada.

—De acuerdo -dijo al fin.

Como era de esperar, le hicieron trabajar de nuevo. No cenaron hasta que anocheció, pero fue una cena copiosa, adecuada para los granjeros tras un día de dura labor. Harry estaba cansado y se durmió en el sofá. Ni siquiera se dio cuenta cuando Jack y Roy le quitaron el uniforme y le cubrieron con una manta.

Cuando se despertó no había nadie en la casa. Habían colgado su uniforme para que se secara, pero aún estaba húmedo. Afuera seguía lloviendo de un modo implacable. Harry se vistió y vio que le habían dejado café. Mientras lo tomaba entraron los demás.

Cicelia sirvió un desayuno con jamón, tostadas y más café. Era una mujer fuerte y alta, pero ahora parecía cansada. Roy la miraba con semblante preocupado.

—Estoy bien -dijo ella-. Lo que ocurre es que no estoy acostumbrada a hacer el trabajo de los hombres además del mío propio.

—Hemos podido salvar la mayor parte de las cosas -dijo Jack Miller-, pero jamás vi una lluvia así. — El tono de su voz reflejaba un cierto temor supersticioso-. Esos idiotas del Servicio Meteorológico nunca nos dan un informe exacto. ¿Qué diablos hacen con todos esos relucientes satélites artificiales?

—Tal vez el cometa los derribó -sugirió Harry.

Jack Miller le dirigió una mirada iracunda.

—El cometa. ¡Bah! ¡Los cometas son cosas del cielo! ¡Por favor, Harry, vive en el siglo veinte!

—Lo intenté una vez. Me gusta más aquí. — Le complació la suave sonrisa de Cissy-. Bueno, será mejor que me ponga en camino.

—¿Con este tiempo? — preguntó Roy Miller, incrédulo-. No puedes decirlo en serio.

Harry se encogió de hombros.

–Tengo que completar mi ruta.

Los demás parecieron apenados.

–Supongo que podremos llevarte hasta el lugar en que está cortada la carretera -dijo Jack Miller-. A lo mejor ya estarán arreglándola.

–Gracias.

No había nadie trabajando. Durante la noche se había deslizado más barro desde la ladera de la colina.

–Me gustaría que te quedaras -dijo Jack-. Tu ayuda es muy valiosa.

–Gracias. Diré a la gente de allá abajo que tal se trabaja contigo.

–De acuerdo. Gracias y buena suerte.

No le resultó fácil salvar el tramo interrumpido de la carretera, por encima del espeso barro. La saca de correo le pesaba en el hombro. Era de cuero, impermeable, y además estaba cubierta por el plástico. Harry pensó que tenía suerte, porque todo el papel que contenía la saca podía absorber varios litros de agua, lo cual la haría mucho más pesada.

–Y además sería más difícil leer las cartas -dijo Harry en voz alta.

Ando penosamente por la carretera, tropezando, resbalando, hasta que encontró otro tronco para sustituir al que había dejado en casa de los Miller. Tenía muchas raíces, pero le ayudaba a mantenerse derecho.

–Esto es la pera -gritó Harry al viento cargado de lluvia. Luego se echó a reír y añadió-: Pero no es tan duro como trabajar en una granja.

La lluvia había detenido el reloj de Harry. Cuando llegó a la puerta del rancho Shire eran casi las dos, pero él creía que no pasaban de las once.

Volvía a encontrarse en terreno llano. Las colinas habían quedado atrás y, una vez superada la grieta cerca de casa de los Adams, la carretera no presentó más interrupciones. Pero el agua y el barro seguían presentes. No podía ver la calzada de la carretera. Tenía que inferirla por la forma del paisaje. Su cuerpo y las ropas que lo cubrían estaban húmedos. El uniforme se adhería a la piel, la rozaba y irritaba ligeramente. Tenía que vencer la resistencia de su uniforme y el barro adherido a las botas. Teniendo en cuenta todo aquello, Harry consideró que había aprovechado bien el tiempo.

Seguía confiando en completar su ruta en el coche de alguien, pero no era probable que en el Shire se

ofrecieran a acompañarle.

No había visto a nadie mientras caminaba a lo largo de la valla de troncos del Shire. Nadie en los campos, nadie tratando de salvar las cosechas. Si cultivaban algo, Harry no podía reconocerlo, pero él no era granjero.

La puerta era pesada. Tenía un candado nuevo, grande y reluciente. El buzón estaba ladeado hacia atrás, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, como si lo hubiera atropellado un coche. La caja rebosaba agua.

Harry se sintió fastidiado. Llevaba ocho cartas para el Shire, y un sobre grueso y abultado de papel de Manila. Echó atrás la cabeza y vociferó:

—¡Eh, los de la casa! ¡Visita del cartero!

La casa estaba a oscuras. ¿También allí faltaría la fuerza eléctrica? ¿O acaso Hugo Beck y su grupo de extraños invitados se habían cansado de la vida rural y se habían ido?

Los inquilinos del rancho Shire formaban una comuna. Todo el mundo en el valle lo sabía, y eran pocos los que sabían algo más. Los del Shire no se comunicaban con la gente del valle. Harry, gracias a su privilegiada profesión, había conocido a Hugo Beck y algunos de los otros.

Hugo heredó la finca tres años atrás. Perteneció a sus tíos, que tuvieron un accidente de automóvil durante unas vacaciones en México el cual nunca pudieron contar. Antes tuvo otro nombre, el Rancho de la Horquilla Invertida o algo así, probablemente inspirado en un hierro de marcar reses. Hugo Beck asistió a los funerales. Era un muchacho de dieciocho años, regordete, con una lisa cabellera negra que le llegaba a los hombros y un asomo de barba en el rostro, excepto el mentón. El chico revisó el lugar, se quedó para vender el ganado y la mayor parte de los caballos y luego se marchó. Volvió un mes más tarde, seguido por un montón de hippies, cuyo número variaba según la apreciación de los diversos lugareños. De algún modo disponían de suficiente dinero para vivir con bastante holgura. Ciertamente el Shire, como negocio, no era un éxito, pues no exportaba nada. Pero los chicos debían cultivar algo comestible, porque tampoco importaban gran cosa de la ciudad.

Harry vociferó de nuevo. La puerta principal se abrió y una forma humana avanzó hacia la entrada del rancho. Era Tony. Harry le conocía. Flaco y tostado por el sol, sonriendo para mostrar los dientes que le habían enderezado en su niñez y vestido como siempre, con téjanos y camiseta de lana, sin camisa, sombrero de paja y sandalias. Miró a Harry, al otro lado de la valla.

—¿Qué pasa, hombre? — le preguntó. La lluvia no parecía molestarle en absoluto.

—Se acabó la fiesta. He venido a decírtelo.

Tony pareció perplejo, pero en seguida sonrió.

—¡La fiesta! Qué divertido. Se lo diré a los otros. Están todos acurrucados en la casa. A lo mejor

piensan que se van a derretir.

–Yo estoy ya medio derretido. Aquí está vuestro correo. – Harry le entregó las cartas-. Vuestro buzón está hecho cisco.

–Qué más da -dijo Tony, sonriendo como si alguna broma que sólo él conocía le hiciera gracia.

Harry pasó por alto su actitud.

–Oye, ¿quieres preguntar si alguien puede llevarme a la ciudad? Se me averió la camioneta.

–Lo siento. Tenemos que ahorrar la gasolina para emergencias.

Pero ¿en qué estaba pensando aquel tipo? Harry sintió un acceso de cólera, pero se refrenó.

–Bueno, así es la vida. ¿Podrías darme un bocadillo por lo menos?

–Ni hablar. Se acerca una era de hambre. Tenemos que pensar en nosotros mismos.

–No te entiendo. – A Harry empezaba a caerle mal la sonrisa de Tony.

–El Martillo ha caído -dijo Tony-. El Sistema ha sucumbido. Se acabó la mili, se acabaron los impuestos, se acabaron las guerras. Nadie más irá a la cárcel por fumar hierba. Ya no será necesario elegir entre un chorizo y un idiota como presidente del país. – Tony seguía sonriendo bajo su sombrero informe y calado-. Tampoco habrá más días de reparto de basura. ¡Creí estar borracho cuando vi un cartero en la puerta!

Harry pensó que Tony realmente estaba borracho. Intentó soslayar el asunto.

–Oye, ¿podrías llamar a Hugo Beck? Dile que venga aquí.

–Lo intentaré.

Harry observó a Tony mientras ésta entraba de nuevo en la casa. Se preguntó si habría allí alguien vivo. Tony nunca le había parecido un tipo peligroso, pero... si volvía a salir con un rifle, Harry echaría a correr como un gamo.

Salió media docena de muchachos. Una chica vestía equipo de lluvia; el resto parecían ataviados para ir a nadar. Tal vez aquello era juicioso. Nadie podía esperar permanecer seco con aquel tiempo. Harry reconoció a Tony, Hugo Beck y la muchacha de anchos hombros y caderas no menos anchas que se hacía llamar Galadriel, y un gigante silencioso cuyo nombre no había logrado retener. Se reunieron junto a la puerta, al parecer sumamente divertidos.

–Bueno, ¿a qué viene todo esto? – preguntó Harry.

Gran parte de la grasa de Hugo Beck se había transformado en músculo en los últimos tres años, pero aun así no tenía aspecto de granjero. Tal vez se debía a las caras sandalias y el gastado traje de baño, o quizá a la forma en que se apoyaba indolentemente en la puerta, en la misma actitud que adoptaba el escritor Jason Gillcuddy para apoyarse en su barra de bar, dejando una mano libre para gesticular.

—Mira, chico -dijo Hugo-, por fin cayó el cometa. Puede que seas el último cartero que veamos jamás. Considera lo que eso significa. No habrá más anuncios para comprar cosas que no te puedes permitir. No habrá más amistosos recordatorios de Hacienda para que pagues lo que les debes. Deberían tirar ese uniforme, Harry. El Sistema ha muerto.

—¿El cometa chocó con la Tierra?

—Exacto.

—Hummm.

Harry no sabía si creerle o no. Se había hablado de aquello... pero un cometa no era nada. Polvo sucio iluminado por la luz no filtrada del sol, muy bonito cuando uno lo veía desde una colina con la apropiada chica al lado. Pero ¿y la lluvia? ¿Por qué llovía de aquel modo?

—Humm. ¿Así que soy miembro del Sistema?

—Eso que llevas es un uniforme, ¿no? — dijo Beck, y los demás se echaron a reír.

—Alguien debió decírmelo -dijo Harry bajando la vista-. Bueno, no podéis darme de comer ni llevarme...

—Se acabó la gasolina, tal vez para siempre. La lluvia va a destrozar la mayor parte de los cultivos. Eso está a la vista, Harry.

—Sí. ¿Puedes prestarme un hacha durante un cuarto de hora?

—Tony, dale el hacha.

Tony trotó hacia la granja.

—¿Qué vas a hacer con ella? — preguntó Tony.

—Cortar las raíces de mi bastón.

—¿Y luego qué harás?

No tuvo que responder, porque Tony regresó con el hacha. Harry se puso manos a la obra, observado por los inquilinos del Shire. Finalmente, Hugo volvió a preguntarle:

–¿Qué vas a hacer?

–Entregar el correo -respondió Harry.

–¿Por qué? – preguntó una frágil y bonita chica rubia-. Se acabó todo, hombre. Se acabaron las cartas al diputado de tu demarcación, y los envíos del *Playboy*. Se acabaron los impresos para pagar la renta o... o las instrucciones para votar. ¡Eres libre! ¡Quítate el uniforme y baila!

–Ya tengo frío, y me duelen los pies.

–Toma, dale una calada -dijo el gigante silencioso, alargándole un grueso cigarrillo de hechura casera a través de los barrotes de la puerta, y protegiéndolo con el sombrero de Tony. Harry observó las expresiones de desaprobación de los demás, pero no dijo nada y aceptó el obsequio, resguardándolo con su propio gorro mientras lo encendía y aspiraba.

¿Tal vez cultivaban allí marihuana? Harry no hizo preguntas, pero...

–Tendréis problemas para conseguir papel de fumar.

Los muchachos intercambiaron miradas. No se les había ocurrido.

–Será mejor que conservéis las últimas cartas. No habrá más día de reparto de basura. – Harry devolvió el hacha a través de los barrotes-. Gracias. Y gracias también por la calada.

Cogió el palo debidamente podado. Pesaba menos y estaba mejor equilibrado. Se echó la saca del correo al hombro.

–El correo es el correo. Nada puede impedir su entrega, ni la lluvia, ni el aguanieve, ni el calor del día, ni las tinieblas de la noche, etcétera... Está en el reglamento.

–¿Y qué dice el reglamento sobre el fin del mundo? – preguntó Hugo Beck.

–Creo que es eventual. Me voy a repartir el correo.

## **EL CARTERO: DOS**

*Entre las deficiencias comunes a los servicios postales italiano y norteamericano pueden citarse:*

*ineficiencia y retrasos en las entregas*



*organización anticuada*

*escaso rendimiento del personal y salarios bajos*

*elevado índice de huelgas*

*déficit económico muy elevado*

Roberto Vacca, *La próxima Edad Oscura*

Carrie Román era una viuda de edad mediana con dos hijos corpulentos que tenían la edad de Harry y le doblaban en tamaño. Carrie era casi tan grande como ellos. Tres gigantes joviales, habitantes de una de las casas en las que Harry se detenía para tomar café. En una ocasión llevaron a Harry a la ciudad, para informar de una avería que había sufrido la camioneta postal.

Cuando Harry llegó a la puerta de los Román se sentía optimista.

Naturalmente, la puerta estaba cerrada con candado, pero Jack Román había instalado un timbre para avisar a la casa. Harry lo pulsó y esperó.

La lluvia seguía cayendo, sin pausa, inexorable. Harry pensó que si el agua empezara a brotar del suelo, ni lo notaría. La lluvia se había convertido en el principal elemento del ambiente.

¿Dónde estarían los Román? Cayó en la cuenta de que no tendrían electricidad. Para asegurarse, oprimió el timbre una vez más.

Por el rabillo del ojo vio a alguien agachado, que había salido de detrás de un árbol. La figura sólo fue visible un instante, pues los arbustos la ocultaron, pero Harry observó que llevaba algo, como una pala o un rifle, y era demasiado pequeña para ser uno de los Román.

—¡El cartero! —gritó Harry jovialmente. ¿Qué diablos ocurría allí?

El sonido de un disparo coincidió con un tenue tirón de la saca de correo. Harry se arrojó al suelo y se arrastró para ponerse a cubierto. La saca, que en aquella posición quedaba más alta que él, se agitó al recibir el impacto de otro disparo. Harry pensó que sería del calibre veintidós. Poca cosa como rifle, al menos para el valle. Se ocultó detrás de un árbol, y su respiración agitada le pareció demasiado ruidosa.

Harry se desprendió de la saca y la dejó en el suelo. En cuclillas, buscó cuatro sobres atados con una goma. Luego tomó impulso y en un instante se lanzó a una carrera frenética hacia el buzón de los Román, echó el paquete al interior y corrió de nuevo a ponerse a cubierto. Sonó otro disparo. Harry se tendió jadeante junto a la saca, tratando de pensar.

El no era policía, no estaba armado, y no podía hacer nada para ayudar a los Román. Era imposible.

Tampoco podía volver a la carretera, donde carecería de toda protección. ¿Y la hondonada que había al otro lado? Estaría llena de agua, pero era lo mejor que podía hacer. Echar a correr, cruzar la carretera y luego arrastrarse... Pero en ese caso tendría que abandonar la saca de correo. ¿Y por qué no? ¿A quién iba a engañar? El cometa había caído y ya no había necesidad de carteros. ¿De qué iba a servirle cargar con la saca?

—Sí que me sirve -dijo en voz alta-. Un tipo que sacó buenas notas durante el bachillerato quemándose las pestañas, que abandonó los estudios universitarios porque no se sentía capacitado, que le echaron de todos los empleos que tuvo...

Con la saca a cuestas seguía siendo un cartero, un hombre con una profesión, así que cargó con ella y se agachó de nuevo. Todo parecía tranquilo ahora. Tal vez le habían disparado para que se alejara, ¿pero con qué objeto?

Respiró hondo. Tenía que hacerlo ahora, antes de que estuviera demasiado asustado para intentarlo. Se lanzó hacia la carretera, la cruzó y se metió en la hondonada. Dispararon otra vez, pero la bala debió pasar muy lejos. Harry se escabulló por la hondonada, medio arrastrándose, medio nadando, levantando la saca por encima de la cabeza para que no se mojara.

Por suerte no dispararon más. El rancho Muchos Nombres estaba a poco más de medio kilómetro carretera abajo. Tal vez allí tendrían armas, o un teléfono que funcionara... ¿Habría algún teléfono en uso? El Shire no era precisamente una fuente oficial de información, pero habían estado seguidos de que ya no había ningún servicio en pie.

—Nunca encuentras un poli cuando lo necesitas -murmuró Harry.

Debería tener cuidado al aproximarse a Muchos Nombres. Los propietarios tal vez estarían algo nerviosos. ¡Y si no era así, no les faltarían motivos para estarlo!

Anocheecía cuando Harry llegó al rancho Muchos Nombres. La lluvia se había intensificado y caía sesgada, y los relámpagos brillaban en el cielo casi negro.

Muchos Nombres constaba de treinta acres de terreno dedicado al pasto, salpicado con los pedruscos blancos habituales de la región. La propiedad estaba repartida entre cuatro familias, las cuales a veces invitaban a Harry a tomar café. El resultado era que Harry se sentía algo azorado, pues nunca sabía a qué familia le tocaba el turno. Las familias se turnaban en el usufructo del rancho, y cada una de ellas lo ocupaba una semana al mes. Para ellos el rancho era un lugar de asueto. A veces hacían trueques; en ocasiones traían invitados. El excesivo número de propietarios no había podido ponerse de acuerdo para ponerle un nombre al rancho, y al fin le habían puesto Muchos Nombres, en español. Pero aunque estuviera en otro idioma, el nombre aquel no engañaba a nadie.

Aquel día Harry no se sentía en absoluto tímido. Gritó «¡Cartero!» y esperó, sin muchas esperanzas de que le respondieran. Finalmente, abrió la puerta de la valla y entró.

Lleno de aprensiones se acercó a la casa. Llamó a la puerta y ésta se abrió.

–El correo -dijo Harry-. Hola, señor Freehafer. Siento llegar tan tarde, pero han surgido algunas emergencias.

Freehafer sujetaba una pistola automática. Miró a Harry con cierta prevención. Tras él, en la sala de estar, iluminada con velas, había varias personas que le miraban con expresiones cautelosas.

–¡Pero si es Harry! – exclamó Doris Lilly-. No te preocupes, Bill. Es Harry, el cartero.

Freehafer bajó el arma.

–Bien, me alegro de verte, Harry. Entra. ¿A qué emergencias te referías?

Harry pasó al interior, librándose de la lluvia. Entonces vio a otro hombre apoyado en el umbral de una puerta, con una escopeta al lado.

–El correo -dijo Harry, sacando de la saca dos revistas, que constituían el correo habitual para Muchos Nombres.

–Alguien me disparó desde la casa de Carrie Román. Un desconocido. Me temo que los Román tienen problemas. ¿Funciona su teléfono?

–No -dijo Freehafer-. No podemos ir allí esta noche.

–Bueno. Mi camioneta se ha despeñado por la ladera de una colina, y no sé cómo estarán las carreteras. ¿Pueden dejarme dormir en un sofá, o una alfombra, y darme algo de comer?

El hombre vaciló de manera ostensible.

–Me temo que tendrá que ser en la alfombra -dijo Freehafer-. ¿Te bastará con un plato de sopa y un bocadillo? Estamos un poco escasos de comida.

–Me comería sus zapatos viejos -dijo Harry.

Le dieron sopa de tomate en lata y un bocadillo de queso caliente, que le supo a gloria. Entre bocados se enteró de lo sucedido. Los Freehafer habían empezado a marcharse el martes, pero al ver el aspecto amenazador que iba adquiriendo el cielo, decidieron regresar al rancho. Entonces llegaron los Lilly, pues aquella semana les tocaba a ellos utilizar el rancho, en compañía de los Rodenberry, a los que habían invitado, con sus dos hijos. Había llegado el fin del mundo y los Rodenberry dormían en los sofás. Nadie había intentado todavía llegar al supermercado de la ciudad.

–¿Qué significa eso de que ha llegado el fin del mundo? – preguntó Harry.

Se lo explicaron, le mostraron las revistas que él mismo había traído. Los ejemplares estaban húmedos, pero todavía podían leerse. Harry leyó las entrevistas a los expertos, a Sagan, Asimov y

Sharps. Miró las representaciones artísticas de impactos de grandes meteoros.

–Todos opinan que pasará de largo -comentó Harry.

–Pues no lo hizo -dijo Norman Lilly, que había sido jugador de fútbol y luego ejecutivo de seguros, un hombretón imponente, de anchos hombros, que sin duda no había abandonado sus ejercicios gimnásticos-. ¿Qué vamos a hacer ahora? Hemos traído algunas semillas y material para cultivo, por si acaso, pero no tenemos ningún libro. ¿Tienes alguna idea de cultivos, Harry?

–No. Amigos, he tenido un día muy duro...

–De acuerdo. Es absurdo que gastemos velas -dijo Norman.

Todas las camas, los sofás y las mantas estaban ocupados. Harry pasó la noche sobre una gruesa alfombra, abrigado con tres enormes batas de baño de Norman Lilly y apoyando la cabeza en un cojín. Estaba bastante cómodo, pero no pudo conciliar el sueño.

¿El martillo de Lucifer? ¿El fin del mundo? Se había arrastrado por el barro mientras las balas perforaban la saca del correo y las cartas que contenía. Le mantuvo despierto el recuerdo de aquella pesadilla, una pesadilla que había sido real.

Cuando despertó de su sueño intranquilo, Harry contó los días transcurridos. La primera noche durmió en la camioneta, la segunda en casa de los Miller. La noche pasada era la tercera. Habían pasado tres días desde que se presentara por última vez en la oficina para hacerse cargo de su trabajo.

Definitivamente, era el fin del mundo. El Lobo le habría estado buscando enfurecido. Pero no... La energía eléctrica seguía interrumpida. Los teléfonos no funcionaban. No había piquetes de Obras Públicas reparando las carreteras. El corolario era evidente: había caído el cometa. Era el fin del mundo. Realmente había sucedido.

–¡Arriba, arriba! – exclamó Doris Lilly. Su alegría era artificial pero de todos modos procuraba mantenerla-. Venga, Harry, levántate antes de que no quede ni una migaja del desayuno.

El desayuno fue parco, pero lo compartieron con Harry, lo cual era muy generoso por su parte. Los hijos de los Lilly, de ocho y diez años respectivamente, miraban a los adultos. Uno de ellos se quejó de que la televisión no funcionaba. Nadie le prestó atención.

–¿Y ahora qué? – preguntó Freehafer.

–Hay que buscar comida -dijo Doris Lilly-. Tenemos que encontrar algo para comer.

–¿Dónde sugieres que busquemos? – preguntó de nuevo Freehafer. Su tono no era sarcástico.

Doris se encogió de hombros.

–Puede que en la ciudad. Tal vez las cosas no están tan mal como... quizá no estén tan mal.

–Quiero ver la televisión -dijo Phil Lilly.

–No funciona -replicó Doris, abstraída-. Voto por que vayamos a la ciudad y veamos cómo están las cosas. Podemos llevar a Harry...

–¡Quiero ver la tele ahora mismo! – gritó Phil.

–Cállate -ordenó su padre.

–¡Quiero ver la tele ya! – repitió el muchacho.

Norman Lilly le cruzó el rostro de una bofetada.

–¡Norm! – exclamó su mujer. El niño lloró, más por la sorpresa que por el dolor-. Nunca habías pegado a los niños...

–Oye, Phil -dijo Lilly, con voz calma y decidida-. Ahora todo es distinto, tienes que comprenderlo. Cuando te pidamos que estés quieto tendrás que obedecer. Tú y tu hermana, ambos vais a tener que aprender mucho, y rápidamente. Ahora id a la otra habitación.

Los niños vacilaron un momento. Norman alzó la mano. Ellos le miraron sorprendidos y luego echaron a correr.

–Es un poco drástico -comentó Bill Freehafer.

–Sí -dijo Bill, rehuyendo la observación-. Bill, ¿no crees que deberíamos ir a ver qué les ocurre a nuestros vecinos?

–Deja que se encargue la policía... -Bill Freehafer se interrumpió de pronto-. Bueno, es posible que todavía haya policía.

–Puede que sí, pero ¿quién les dará órdenes a partir de ahora? – preguntó Lilly, y miró a Harry.

Harry se encogió de hombros. Estaba el alcalde. El sheriff había ido al valle San Joaquín, pero probablemente el valle se habría inundado con aquella lluvia.

–¿Tal vez el senador? – preguntó Harry.

–Ah, sí -dijo Freehafer-. El senador vive en aquella Colina. Tal vez deberíamos... Dios mío, Norm, no lo sé. ¿Qué podemos hacer?

–En cualquier caso podemos echar un vistazo, Harry. ¿Conoces a esa gente?

–Sí...

–Tenemos dos coches. Bill, tú llevarás a los demás a la ciudad. Harry y yo echaremos un vistazo. ¿De acuerdo?

Harry parecía dudar.

–Lo que faltaba... -dijo Bill Freehafer.

–Ya les he dejado el correo...

Norman Lilly alzó una mano inmensa.

–Tiene razón, Bill, ya lo sabes. Pero míralo de esta manera, Harry. Eres un cartero.

–Sí...

–Eso es algo muy valioso, pero ya no habrá correo, ni cartas ni revistas. Sin embargo sigue habiendo una necesidad de mensajeros. Alguien tiene que mantener las comunicaciones en funcionamiento, ¿no te parece?

–Sí, claro -convino Harry.

–Muy bien. Ahora serás más necesario que nunca. Y éste va a ser tu primer mensaje tras el choque del cometa. Un mensaje a los Román de nuestra parte. Estamos dispuestos a ayudar, si podemos. Son nuestros vecinos. Pero no los conocemos, y ellos tampoco nos conocen a nosotros. Si han tenido problemas estarán al acecho de extraños. Alguien tiene que presentarnos. Es un mensaje que vale la pena, ¿verdad?

Harry meditó en ello. Tenía sentido.

–Después me llevaréis a la ciudad...

–Claro. En marcha. – Norm Lilly salió y regresó armado con un rifle para matar ciervos y la pistola automática.

–¿Has usado alguna vez una de estas, Harry?

–No, y no quiero usarla. Daría una mala imagen.

Lilly asintió y dejó la pistola sobre la mesa.

Bill Freehafer empezó a decir algo, pero Lilly le interrumpió.

–De acuerdo, Harry, vamos -dijo Norm. No hizo ningún comentario cuando Harry llevó su saca de

correo al coche.

Habían recorrido medio camino cuando Harry dio unos golpecitos a la saca, sonrió y dijo a su acompañante:

—Oye, no te reirás de mí, ¿verdad?

—¿Cómo puedo reírme de un hombre que tiene un objetivo en la vida?

Se detuvieron ante la puerta de la valla. Las cartas habían desaparecido del buzón. El candado seguía en su sitio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harry.

—Buena pregun...

El disparo alcanzó a Norm Lilly en pleno pecho. Era un impacto de escopeta. Lilly retrocedió y quedó muerto. Harry permaneció un instante inmóvil, conmocionado, y luego echó a correr hacia la carretera. La cruzó y se lanzó a la hondonada. Avanzó por el agua fangosa sin importarle que la saca y sus ropas se mojaran. Luego empezó a correr hacia el Muchos Nombres.

Oyó ruidos tras un recodo del camino, y por detrás también se acercaba alguien. Esta vez no querían dejar que escapara. Desesperado, Harry trepó por el terraplén, lejos de la carretera, y empezó a subir la empinada ladera de la colina, arrastrando la saca de correo. Sus botas se hundían en el barro, resbalaban. Pero él se afianzaba en el suelo y seguía subiendo.

Oyó un disparo. El ruido fue muy intenso, mucho más que el del calibre veintidós con que le habían disparado el día anterior. Quizá era otro tiro de escopeta. Harry siguió adelante. Llegó a la cima de la primera elevación y echó a correr.

No podía saber si aún iban en su busca, ni le importaba. No tenía intención de volver allí. Recordaba la expresión de sorpresa en el rostro de Norman Lilly, aquel hombre doblándose, muerto antes de caer al suelo. ¿Qué clase de gente era aquella que disparaba sin avisar?

La colina se hizo más empinada, pero el suelo era más duro y la roca abundaba más que el barro. A Harry le pesaba la saca. Probablemente le había entrado agua. ¿Por qué seguía transportándola? «Porque es el correo, estúpido hijo de perra», se respondió a sí mismo.

El rancho Chicken era propiedad de un matrimonio de edad, comerciantes de Los Angeles retirados. Era una granja avícola totalmente automatizada. Las gallinas estaban en diminutos corrales. Los huevos salían rodando de la jaula e iban a parar a una cinta transportadora. El alimento llegaba por otra cinta, y había un suministro continuo de agua. En realidad no era un rancho, sino una fábrica.

Tal vez era un paraíso para las aves. Todos los problemas estaban resueltos, no había luchas, podían comer cuanto querían, estaban protegidos de los coyotes, tenían jaulas limpias -de eso se encargaba

otro sistema automatizado-... pero debía ser una existencia bastante aburrida.

El rancho Chicken se encontraba en la siguiente colina. Antes de que Harry llegara allí vio a las aves. Pollos y gallinas deambulaban aturdidos bajo la lluvia, entre las matas mojadas, picoteando el suelo, las ramas de los arbustos, las botas de Harry, y cacareando plañideramente al cartero, como si le pidieran instrucciones.

Harry se detuvo. Debía haber ocurrido algo terrible. Los Sinanian jamás habrían dejado sueltos a los pollos.

¿Habrían atacado aquellos bastardos también allí? Harry se quedó de pie junto a la falda de la colina, sin saber qué hacer, y los pollos se amontonaron en torno suyo.

Tenía que averiguar lo que había sucedido. Eso formaba parte del trabajo. Informador, cartero, pregonero público, mensajero... Era todo aquello o no era nada. Permaneció unos momentos indeciso, tratando de reunir valor, y finalmente se dirigió a la granja.

Todo el pienso de las aves había sido desparramado por el suelo del corral. Las jaulas estaban abiertas. Aquello no era accidental. Harry recorrió la nave entre las aves que no dejaban de cacarear. Allí no había ningún indicio de lo que podía haber pasado. Salió y recorrió el sendero hasta la casa.

La puerta de la granja estaba abierta. Harry llamó, pero nadie le respondió. Finalmente entró. Apenas había luz; las persianas y las cortinas estaban cerradas y no había luz eléctrica. Harry avanzó hasta la sala de estar.

Allí encontró al matrimonio Sinanian. Estaban sentados en unos grandes sillones abultados por un relleno excesivo. Tenían los ojos abiertos y no se movían.

Amos Sinanian presentaba un orificio de bala en la sien. Los ojos sobresalían de sus órbitas. Tenía una pequeña pistola en una mano.

La señora Sinanian no tenía ninguna señal de violencia. ¿Habría muerto de un ataque al corazón? Fuera lo que fuese, su tránsito había sido apacible, sus rasgos no estaban contorsionados, y sus vestidos se encontraban bien arreglados. Ante ella había un televisor apagado. Parecía como si hubiera muerto un par de días atrás, tal vez más. La sangre de la cabeza de Amos no estaba totalmente seca. No habría muerto antes de aquella misma mañana.

No había ninguna nota, ningún signo de explicación. A Amos no le había interesado contárselo a nadie. Había dejado libres a las aves y luego se había pegado un tiro.

Harry tardó largo tiempo en decidir lo que iba a hacer. Finalmente cogió la pistola de la mano de Amos. No le costó tanto retirarla como había creído. Se metió el arma en el bolsillo y buscó en la estancia hasta encontrar una caja de balas que también se metió en el bolsillo.

—El correo se abrirá paso, qué diablos -dijo en voz alta.



En el refrigerador encontró asado frío. Se lo comió, pensando que si no lo hacía se estropearía de todos modos. La cocina de gas funcionaba. Harry no sabía cuánto propano habría en la bombona, pero no importaba. Los Sinanian no iban a usarlo.

Sacó las cartas de la saca y las colocó en el compartimiento del horno, para que se secaran. Las circulares y los prospectos eran un problema. Su información no servía de nada, pero tal vez sus destinatarios querrían aprovechar el papel. Harry llegó a una solución de compromiso, tirando las que eran delgadas, tenues y estaban empapadas y conservando las demás.

Encontró varias bolsas de plástico en la cocina y cuidadosamente introdujo cada paquete de correo en una bolsa. Una vocecilla interior le decía que aquellas eran las últimas bolsas de plástico de la Tierra.

—Muy bien -dijo en voz alta, y siguió con su tarea-. Hay que conservar las bolsas. La gente recibirá su correo, pero las bolsas pertenecen al servicio.

Una vez finalizado aquel trabajo pensó en lo que haría a continuación. Aquella casa podría ser útil. Era una buena casa, de piedra y cemento, no de madera. El corral era también de madera. La tierra no valía mucho, al menos Amos así lo decía, pero los edificios podían utilizarse. Necesitaba un lugar donde alojarse después de repartir el correo.

Su decisión significaba que debía hacerse cargo de los cadáveres. Harry no se sentía con fuerzas para cavar dos fosas, y tampoco iba a arrastrarlos para dejarlos al aire libre y que fueran pasto de los coyotes y los buitres. Tampoco había suficiente madera seca para hacer una pira.

Salió al exterior. Vio una vieja camioneta. Tenía las llaves de encendido en su sitio y la puso en marcha de inmediato. El sonido del motor era bueno, estaba en perfectas condiciones. Había un recipiente de gasolina en el cobertizo, y Harry llenó el depósito de la camioneta, llenó también dos latas para gasolina y luego apiló cachivaches al lado del recipiente, para ocultarlo.

Regresó a la casa, buscó en los armarios y encontró unas mantas viejas con las que envolvió los cadáveres. Luego subió a la camioneta y la condujo hasta la entrada. Mientras batallaba para depositar los cuerpos en la caja del vehículo, las aves correteaban a su alrededor, solicitando su atención. Una vez terminada la operación, Harry se agachó y rápidamente retorció los cuellos de seis pollos antes de que los demás pudieran darse cuenta. Arrojó las aves a la caja del vehículo, al lado del difunto matrimonio Sinanian.

Finalmente, Harry recorrió la casa cerrando puertas y ventanas, se guardó las llaves en el bolsillo, puso en marcha la camioneta y se marchó.

Aún tenía que completar su ruta. Pero primero debía hacer algunas cosas, entre ellas dar sepultura a los Sinanian.

# LA FORTALEZA: UNO

*Es cierto que las sociedades libres se enfrentarían a grandes dificultades en una futura edad oscura. La rápida vuelta a la penuria universal iría acompañada de una violencia y unas crueldades de naturaleza ya olvidada. La fuerza de la ley sería escasa o nula, ya fuera por la caída o la desaparición del aparato estatal, ya por las dificultades de comunicación y transporte. Sólo sería posible delegar la autoridad en poderes locales que la mantendrían únicamente por la fuerza.*

Roberto Vacca, *La próxima Edad Oscura*

La fatídica mañana en que el Hamner-Brown iba a golpear la Tierra, el senador Arthur Jellison estaba malhumorado. En el JPL sólo consiguió que le atendieran empleados de relaciones públicas, los cuales no sabían más de lo que informaban la radio y la televisión. Era imposible llegar hasta Charlie Sharps, lo cual tenía su lógica, dadas las circunstancias, pero el senador Jellison no estaba acostumbrado al hecho de que hubiera gente demasiado ocupada para hablar con él. Finalmente se conformó con obtener una conexión telefónica con la red de comunicaciones espaciales, lo que, a través de un altavoz, le permitiría escuchar desde su casa lo que decían los astronautas.

Aquello no parecía muy útil, debido a las constantes interferencias. Y las imágenes de televisión tampoco eran buenas. ¿Iba a chocar o no la maldita cosa?

En caso de que chocara, había una serie de acciones que Jellison podría haber emprendido pero que no lo hizo porque no podía permitirse dar una impresión de frivolidad a sus votantes, ni siquiera allí, en el valle, donde en todas las elecciones se llevaba el ochenta por ciento de los votos. Había reunido a su familia y un par de ayudantes, y todo el equipo que pudo adquirir sin llamar demasiado la atención. No podía hacer mucho más. Y ahora estaban todos en la casa, la mayoría sentados con él en la sala de estar.

El altavoz emitió unos graznidos y luego se oyó la voz de Johnny Baker. Maureen prestó una atención excesiva. Hacía mucho tiempo que Jellison estaba enterado de la relación de su hija con aquel astronauta, pero no creía que Maureen supiera que él lo sabía. Baker tenía su divorcio en curso y estaba ocupado en su misión espacial. Tal vez cuando bajara... Al senador le parecía una buena idea. Maureen necesitaba a alguien.

Y Charlotte también, aunque ella no lo creyera así. Jellison no tenía en mucha estima a Jack Turner, su yerno, un hombre demasiado guapo, demasiado dispuesto a hablar de sus trofeos de tenis y totalmente reacio a devolver los considerables «préstamos» que pedía cuando sus inversiones no tenían unos resultados satisfactorios... como casi siempre ocurría. Pero Charlotte parecía feliz con él y sus hijos recibían una buena educación. Además, Maureen iba haciéndose mayor y posiblemente los hijos de Charlotte serían los únicos nietos de Jellison, aunque él esperaba que no.

–Qué imágenes tan malas -dijo Jack Turner.

–El abuelo nos conseguirá otras buenas -afirmó Jennifer Turner.

La niña, de nueve años, había descubierto que su abuelo podía proporcionarle fotos y cosas que tenían un gran éxito en clase, y había leído mucho sobre los cometas.

–Laboratorio espacial, aquí Houston. no recibimos bien -se oyó por el altavoz del teléfono.

–Abuelo...

–Silencio, Jenny -le ordenó Maureen. La tensión en su voz hizo que todos guardaran silencio.

La imagen del televisor se descompuso en una serie de líneas absurdas y manchas. Luego se hizo nítida de nuevo y mostró una miríada de rocas envueltas en vapor y bruma que avanzaban hacia los espectadores, como si fueran a salir de la pantalla.

–¡Dios mío, se acerca mucho! – se oyó por el altavoz.

–Ese es Johnny...

–Parece como si fuera a chocar...

La imagen de la televisión se desvaneció. La voz seguía oyéndose a través del altavoz.

–¡Bola de fuego por encima de nosotros! Houston, Houston, ha habido un gran impacto en el Golfo de México...

–¡Dios mío!

–Calla, Jack -dijo Jellison en tono contenido.

–...Solicitamos que envíen un helicóptero para recoger a nuestras familias... El cometa ha chocado.

–No debes hablar a Jack de ese modo...

Jellison pasó por alto la observación de Charlotte.

–¡Al! – gritó.

–Sí, señor -respondió Hardy, desde la estancia vecina, y se presentó al instante.

–Reúne a todos los trabajadores del rancho, rápido. Todos los que tengan camionetas que las traigan. Y rifles también. Date prisa.

—De acuerdo -dijo Hardy. Salió apresuradamente de la sala.

Los demás parecían estupefactos.

—¿Qué ha ocurrido, abuelo? — preguntó Jennifer, quejumbrosa.

—No lo sé -respondió Jellison-. No sé cuál es la gravedad de la situación. Ese maldito teléfono se ha interrumpido. Maureen, a ver si puedes averiguar algo, si logras hablar con alguien del JPL. Utiliza aquel teléfono, corre.

—Voy.

Jellison miró a Jack Turner. Aquel hombre era desconocido en el valle. Nadie aceptaría órdenes suyas. ¿Para qué podría servir?

—Jack, me llevarás a la ciudad. Quiero ver al jefe de policía y al alcalde.

Turner fue a decir algo, pero la expresión del senador no le dejó hacerlo.

—No puedo comunicar con Los Angeles, papá -dijo Maureen-. El teléfono funciona, pero...

La interrumpió el terremoto. No fue muy fuerte, pues se encontraban lejos de las principales fallas californianas, pero fue suficiente para que la casa temblara. Los niños parecían asustados, y Charlotte los llevó al dormitorio.

—Puedo llamar a los teléfonos de la zona -dijo por fin Maureen.

—Bien. Llama a la policía y diles que voy a la ciudad para hablar con su jefe y con el alcalde. Es importante, y diles también que ya estoy en camino. Vamos, Jack. Maureen, cuando Al haya reunido a los trabajadores del rancho, tú y Al hablad con ellos. Necesitamos a todos sus amigos, sus vehículos, rifles, todo. Hay mucho que hacer. Envía la mitad de ellos a la ciudad, para reunirse conmigo, y el resto que se quede para asegurar la protección en caso de tormentas, deslizamientos de tierras... -Se quedó un momento pensativo- y nieve, si Charlie Sharps sabe lo que se dice. Dentro de una semana nevará.

—¿Nieve? Eso es estúpido -protestó Jack Turner.

—Muy bien -dijo Maureen-. ¿Algo más, papá?

El Ayuntamiento hacía las veces de biblioteca, prisión y comisaría de policía. El jefe local disponía de dos patrulleros fijos y varios voluntarios auxiliares que no cobraban salario. El alcalde era propietario del almacén de piensos. El gobierno en Silver Valley no era una actividad importante ni complicada.

Empezó a llover antes de que Jellison llegara al Ayuntamiento. Al este de Sierra Alta restallaban los relámpagos. La lluvia parecía agua caliente de baño, llenaba las calles y corría por los puentes bajos

que salvaban las hondonadas. El alcalde Gil Seltz parecía preocupado. Se alegró mucho cuando vio al senador Jellison.

Había una docena de personas en la gran sala de la biblioteca. El jefe de policía Randy Hartman, un policía retirado procedente de una de las grandes ciudades del Este, tres alguaciles, un par de dueños de tiendas de la localidad. Jellison reconoció a un hombre de cuello corto y robusto, como un toro, sentado detrás de los demás, y le saludó con la mano. Era su vecino George Christopher, al que no veía muy a menudo.

Jellison presentó a su yerno y estrechó las manos que se le tendían. Todos guardaron silencio.

—¿Qué ha ocurrido, senador? — preguntó el alcalde-. Esa cosa ha... ha chocado realmente con nosotros, ¿verdad?

—Así es.

—Leí varios artículos en revistas -musitó el alcalde Seltz-. Los glaciares, la desaparición de la costa oriental... -Se oyó un potente trueno y Gil Seltz señaló las ventanas-. Antes no lo creí. Ahora supongo que debo hacerlo. ¿Cuánto tiempo durará esta lluvia?

—Semanas -respondió Jellison.

Todos adoptaron una expresión grave. Eran granjeros y agricultores, o vivían en una comunidad donde la agricultura, y el clima, eran los temas de conversación más importantes. Todos sabían cuáles podían ser las consecuencias de una lluvia continua durante semanas.

—Los animales se morirán de hambre -dijo Seltz. Asomó a sus labios un conato de sonrisa al pensar en los precios que llegarían a tener los artículos de su almacén; pero un pensamiento más detenido le hizo fruncir el ceño-. ¿Cuáles han sido los daños? ¿Camiones volcados, trenes detenidos, interrupción de los suministros de alimentos?

Jellison permaneció un momento silencioso.

—Los científicos dicen que lloverá así en todo el país -dijo lentamente.

—Estamos aviados -dijo el alcalde-. Este año nadie va a cosechar nada. *Nadie*. No habrá más que lo que hay en los silos y los graneros.

—Y no creo que nadie nos envíe gran cosa -observó George Christopher. Todos asintieron-. Si las cosas están tan mal... ¿Lo están?

—No lo sé -dijo Jellison-. Es muy posible que estén peor.

Seltz se volvió para estudiar el gran mapa de Tulare y los condados adyacentes colgado en la pared de la biblioteca.

—Dios mío, senador, ¿qué vamos a hacer? El valle de San Joaquín va a inundarse con esta lluvia. Se llenará hasta los bordes. Y ahí vive mucha gente... mucha.

—Y todos se dirigirán aquí, en busca de tierras altas -añadió George Christopher-. ¿Dónde les alojaremos? ¿Cómo podremos alimentarlos a todos? Es imposible.

Jellison se sentó en el borde de la mesa de lectura.

—Habéis dado en el clavo, amigos. Ese es el problema, no lo dudéis. En el valle de San Joaquín vive medio millón de personas, quizá más, y todos buscarán terrenos elevados. En la Sierra hay más gente, los que se marcharon para alejarse del cometa, y ahora bajarán aquí. Vendrá gente incluso de Los Angeles. ¿Qué haremos con todos ellos?

—A ver si aclaramos las cosas -dijo uno de los concejales-. Ha habido un desastre, pero ¿dicen ustedes... -Se interrumpió, incapaz de proseguir por un momento-, ¿dicen ustedes que el Ejército, el presidente, la ciudad de Sacramento, todo el mundo ha quedado fuera de combate? ¿Que nos hemos quedado solos para siempre?

—Es posible -dijo Jellison-, pero también pudiera ser que no.

—Hay algo fundamental -dijo George Christopher-. Podemos ocuparnos de toda esa gente durante una semana, tal vez dos, pero no más. Después alguien tendrá que morir de hambre. ¿Quién será? ¿Todos nosotros porque hemos tratado de mantener viva a demasiada gente durante un par de semanas?

—De acuerdo, ese es el problema -convino el alcalde Seltz.

—Yo no pienso dar de comer a nadie -dijo George Christopher en un tono duro como el granito-. Tengo que cuidar de los míos.

—Usted no puede... -intervino Jack Turner-, no puede abandonar todas sus responsabilidades.

—No creo tener ninguna responsabilidad con respecto a los forasteros -dijo Christopher-, sobre todo considerando que van a morir de todas maneras.

—Algunos no vendrán aquí -dijo el jefe de policía Hartman, señalando el gran mapa-. Porterville y Visalia se encuentran en antiguos cauces de ríos, en cuencas que pueden inundarse fácilmente. Con esta lluvia, dudo que las presas para el control de las crecidas aguanten mucho tiempo.

Todos miraron el mapa. Era cierto. Más arriba de Porterville se encontraba el lago Success, con miles de millones de toneladas de agua que se derramaría sobre la ciudad. Al norte, Visalia no estaba en mejor situación.

—No es sólo la lluvia -dijo el mayor Seltz reflexivamente-. Es lluvia cálida, y en las zonas elevadas

todavía hay nieve. Supongo que ya se habrá derretido, y si todavía no lo ha hecho no pasará de esta tarde.

—¡Tenemos que advertir a esa gente! — exclamó Jack Turner.

—¿De veras? — preguntó el concejal.

—Claro que sí -dijo el jefe de policía-. ¿Y con qué los alimentaremos cuando los tengamos aquí? ¿Con las existencias de la tienda de Granny Mason?

Hubo un confuso rumor de voces en la estancia.

—¿Cuánto resistirán esas presas? — preguntó Jellison-. ¿Todo el día?

Nadie lo sabía con seguridad. El teléfono no funcionaba, de modo que no podían llamar a los ingenieros del condado.

—¿Qué cree que debemos hacer, senador? — preguntó el jefe de policía.

—¿Hay tiempo para ir con camiones a esa zona? Vaciaríamos los supermercados, los almacenes, las ferreterías, lo que sea, antes de que cedan las presas...

Se hizo un largo silencio. Entonces se levantó uno de los concejales.

—Calculo que esa presa aguantará todo el día. Y de todos modos, si el agua no baja demasiado rápida, no podrá detener mi camión. Es un mastodonte de diez ruedas. Iré.

—No vayas solo -le advirtió Jellison-. Y lleva armas.

—Haré que mis hombres le acompañen -dijo el jefe de policía.

—¿Qué haremos con el género? — preguntó George Christopher.

—Lo compartiremos -dijo Jellison.

—Compartirlo... Si compartes algo conmigo, esperarás que yo comparta contigo otra cosa. No creo que eso me guste.

—Diablos, George, todos estamos metidos en esto -dijo el alcalde.

—¿Todos? ¿Quiénes somos todos? — inquirió Christopher.

—Nosotros, tus vecinos, tus amigos -dijo uno de los concejales.

—Con eso estoy de acuerdo -convino Christopher-. Mis vecinos y mis amigos. Pero no voy a pasar

privaciones por culpa de la gente de allá abajo, sobre todo si de todos modos están condenados. – El corpulento granjero parecía tener dificultades para expresarse-. Mirad, yo soy un cristiano tan caritativo como cualquier otro, pero no voy a permitir que los míos se mueran de hambre para ayudar a otros.

Cuando terminó de hablar, Christopher se dispuso a marcharse.

–¿Adonde vas, George? – le preguntó el jefe de policía.

–El senador ha tenido una buena idea. Voy a buscar a mi hermano e iremos al llano con mi camión. Allí debe haber muchas cosas que necesitaremos. Es absurdo permitir que se las lleve el agua cuando se rompa la presa.

Salió de la estancia antes de que nadie pudiera añadir algo más.

–Va a tener problemas con él -dijo el alcalde Seltz, dirigiéndose al senador.

–¿Quién, yo?

–Claro, ¿quién si no? Yo tengo un almacén de piensos. Soy el alcalde, pero no estoy preparado para esto. Espero que usted tome el mando. ¿Les parece bien?

Hubo un coro de voces afirmativas. Todos esperaban que el senador tomara el mando.

George Christopher y su hermano Ray avanzaban por la carretera hacia Porterville. A su derecha se encontraba el lago Success, a la derecha había una sucesión de montículos. La lluvia caía sin cesar. El nivel del lago ya casi alcanzaba el puente por donde la carretera cruzaba. El barro desprendido de las colinas y arrastrado por las aguas cubría la calzada. El voluminoso camión pasaba sobre los tramos enlodados sin aminorar la marcha.

–No hay mucho tráfico -dijo Ray.

–Todavía no. – George estaba ceñudo. Su boca formaba una línea severa y arqueaba el cuello bovino hacia el volante, concentrándose en la carretera-. Pero no pasará mucho tiempo antes de que empiece el gran desfile. Subirán por la carretera en busca de tierras altas...

–La mayoría se quedarán en Porterville -dijo Ray-. Está bastante más alto que el valle San Joaquín.

–Lo estaba. Después de los temblores de tierra, cualquiera sabe. La tierra se mueve, sube y baja... Además, cuando ceda la presa, Porterville desaparecerá. No se quedarán ahí.

Ray no dijo nada. Nunca discutía con George. George era el único miembro de la familia que había ido a la universidad. Ciertamente no terminó los estudios, pero algo aprendió mientras estuvo allí.

–¿Qué van a comer, Ray? – preguntó George de pronto.



–No lo sé.

–¿Estás preparado para ver a tus hijos morir de hambre?

–No llegaremos a eso.

–¿Ah, no? La gente está en todas partes. La lluvia salada cae sin parar en el San Joaquín. La parte inferior del valle se inunda. Porterville desaparece cuando cede la presa. La gente se dirige a las tierras altas, y ahí estamos nosotros. Los tenemos en todas partes, acampados en los caminos, apiñados en la escuela, en corrales, en donde sea. Y todos hambrientos. Al principio hay mucha comida. Durante un tiempo es suficiente para todos. Ray, no puedes mirar a un chiquillo hambriento y no darle de comer.

Ray permaneció en silencio.

–Piensa en ello. Mientras haya comida, alimentaremos a la gente. ¿Te negarías a hacerlo mientras todavía tengamos ganado? ¿Estás preparado a cocer tus perros para alimentar a un puñado de hippies de Porterville?

–No hay ningún hippy en Porterville.

–Ya sabes a qué me refiero.

Ray lo pensó detenidamente. Llegarían a través de Porterville. Al norte y al sur había ciudades de diez millones de habitantes cada una, y sólo con que uno de cada diez mil habitantes viviera lo bastante para llegar a Porterville y girar al este...

Ahora los labios de Ray formaban una línea sombría, como los de su hermano. Los músculos sobresalían en su cuello como gruesas cuerdas. Ambos eran corpulentos; era una característica familiar. Cuando eran más jóvenes, a veces George y Ray iban a los bares donde se reunían los matones en busca de camorra. Sólo una vez recibieron una paliza, y en aquella ocasión volvieron a casa y regresaron con sus dos hermanos más jóvenes. Después de aquello les era casi imposible encontrar alguien con quien pelear.

Y ambos pensaban de la misma manera, aunque los pensamientos de Ray eran más lentos. Ahora veía el panorama: miles de extraños extendiéndose por la tierra como una plaga de langostas, de todos los tamaños, formas y edades... Profesores universitarios, asistentes sociales, actores de televisión, moderadores de concursos, escritores, neurocirujanos, arquitectos de urbanizaciones, diseñadores de modas y las nutridas hordas de los eternos parados... todos ellos gentes sin tierras, sin trabajo ni habilidades ni herramientas ni hogares. Como langostas, y a las langostas se las podía combatir. Pero ¿y los niños? A los extraños se les podía echar, pero los niños...

–Bueno, ¿qué hacemos? – preguntó Ray finalmente.

—Si no llegan hasta aquí, no pueden causar problemas -dijo George. Miró las colinas por encima de la carretera-. Si un centenar de toneladas de roca y barro caen sobre la carretera un poco más adelante, nadie llegará al valle. En cualquier caso, no será fácil hacerlo.

—Tal vez deberíamos rezar para que llueva más -dijo Ray. Miró por la ventanilla la interminable cortina de lluvia.

George se aferró al volante. Creía en el valor de las plegarias y no le había gustado el tono burlón de su hermano. No es que Ray tuviera mala idea. Ray también iba a la iglesia, a veces, casi con tanta frecuencia como George, pero no se podía rezar por algo así.

Pensó en toda aquella gente condenada irremisiblemente a morir y por cuya culpa morirían también sus familiares. Se imaginó a su hermana pequeña, delgada, con el vientre prominente, en los estadios finales de la consunción por hambre, con el mismo aspecto que aquellas criaturas de Vietnam. Todos los niños de un pueblo atrapados en la zona de combate, sin nadie que cuidara de ellos, sin ningún lugar a donde ir, hasta que llegó la patrulla de reconocimiento que buscaba Vietcongs y encontró a los niños. George supo de repente que no podría soportar aquello de nuevo. Tenía que hacer algo.

—¿Cuánto tiempo calculas que resistirá esa presa? — preguntó Ray-. Eh, ¿por qué paras?

—He traído un par de barrenos al cuarenta por ciento -dijo George-. Los pondremos allí. — Señaló una cuesta pronunciada carretera arriba-. Dos barrenos allí y nadie podrá usar esta carretera por algún tiempo.

Ray pensó en ello. Había otra carretera que subía desde el valle de San Joaquín, pero no aparecía en los mapas de las gasolineras. Mucha gente la conocería. Si la carretera principal estaba interrumpida, tal vez buscarían otro camino.

El camión se detuvo del todo y George abrió la portezuela.

—¿Vienes?

—Sí, supongo que sí.

Solía estar de acuerdo con George, sobre todo desde que murió su padre. Los otros dos hermanos, sus primos y sobrinos, también aceptaban sus decisiones. Había traído muchas ideas nuevas y un buen equipo de aquella facultad de agricultura. George sabía en general lo que hacía.

Pero a Ray no le gustaba lo que iba a hacer. No le gustaba nada, y suponía que a George tampoco le complacía, pero ¿qué podían hacer? ¿Esperar hasta encontrarse con aquella gente cara a cara y expulsarlos entonces?

Subieron por el empinado montículo. La lluvia les empapaba, encontraba el medio de introducirse por debajo de sus impermeables, corría por el ala de los sombreros para seguir avanzando cuello abajo. Era una lluvia cálida. Caía con fuerza y Ray pensó en la cosecha de heno, en que el forraje ya estaría

estropeado. ¿Con qué diablos alimentarían al ganado cuando llegara el invierno?

—Creo que por aquí estará bien -dijo George. Raspó la base de una roca de mediano tamaño-. Si echamos esto abajo, arrastrará un montón del barro que hay arriba a la carretera.

—¿Y qué me dices del jefe de policía, Hartman? Y, además, Dink Latham ya ha salido hacia Porterville...

—Encontrarán la carretera interrumpida cuando regresen -dijo George-, pero conocen el otro camino.

Sacó del bolsillo un abultado estuche de cartón. Contenía cinco detonadores, cada uno bien encajado en un compartimiento. George tomó uno de ellos, lo colocó en el extremo de una mecha, lo dobló hacia adentro con los dientes y utilizó un cortaplumas para abrir un agujero en un barreno de dinamita. Introdujo el detonador en el cartucho y lo empujó para que entrara por el agujero.

—Tendremos que colocar los dos barrenos en el mismo hoyo. Creo que funcionará.

Cerró con barro el agujero que había abierto, cubriendo la dinamita. Sólo sobresalía el extremo de la mecha.

Ray se puso de espaldas al viento y sacó un cigarrillo. Con la cabeza gacha, y utilizando una mano como pantalla protectora, accionó la ruedecilla de su encendedor de mecha hasta que el tabaco prendió. Luego, cuidadosamente, protegiendo el pitillo encendido con su sombrero, lo acercó al extremo de la mecha. Esta chisporroteó una vez y se encendió. Siseó suavemente bajo la lluvia.

—Vámonos -dijo Ray. Bajó el montículo a toda prisa, seguido por George. Disponían de varios minutos antes de que se quemara toda la mecha, pero corrieron como si les persiguiera el diablo.

Habían rodeado el recodo cuando oyeron la explosión. No fue muy fuerte. La lluvia amortiguaba todos los ruidos. George hizo retroceder despacio el camión, hasta que pudieron ver lo ocurrido.

La carretera estaba cubierta por barro y piedras, formando un obstáculo de más de un metro de espesor. Los materiales desprendidos habían rebasado también la carretera, cayendo al valle fluvial que se encontraba abajo.

—Sólo se podría pasar por ahí con un todo terreno -dijo George-, nada más.

—¿Qué diablos esperas aquí? ¡Vámonos!

Ray había gritado más de la cuenta, pero sabía que su hermano no iba a reprochárselo.

Cuando llegaron a Porterville, las calles estaban inundadas de agua, pero sólo llegaba a los tapacubos del camión. La presa aún resistía.

La sala de juntas del Ayuntamiento olía al queroseno de las lámparas y a sudor. Se notaba también el débil olor de los libros y la pasta de encuadernación. Los libros no eran muy numerosos, y sólo ocupaban las paredes, pero no el centro de la estancia.

El senador Jellison miró su reloj eléctrico e hizo una mueca. Las pilas durarían aún un año, pero luego... ¿Por qué diablos no tenía un anticuado reloj a cuerda? Eran las 10:38' 35", y podía confiar en que el reloj no se equivocaría en más de un segundo hasta que las pilas se agotaran.

La sala estaba casi llena. Habían apartado todas las mesas de lectura para que cupieran más sillas plegables. Había unas pocas mujeres y el resto eran hombres, la mayoría vestidos con indumentaria rural y prendas para la lluvia, y casi todos sin armas. Olían a sudor y estaban empapados y exhaustos. Tres botellas de whisky iban rítmicamente de mano en mano, y había un montón de latas de cerveza. Esperaban que diera comienzo la reunión sin hablar demasiado.

Había en la sala tres grupos diferenciados. El senador Jellison destacaba en uno de ellos. Estaba sentado junto al alcalde Seltz, el jefe de policía Hartman y los ayudantes de éste. Maureen Jellison formaba parte de este grupo, y en las filas delanteras estaban sus amigos más cercanos, que constituían un sólido bloque de apoyo para el grupo del senador Jellison.

A continuación estaba el grupo más numeroso, formado por personas neutrales que esperaban que el senador y el alcalde les dieran instrucciones. Ellos no lo habrían considerado así, ni al senador se le hubiera ocurrido plantearlo de esta manera. Se trataba de granjeros y comerciantes que necesitaban ayuda, y no estaban acostumbrados a pedir consejo. Jellison los conocía a todos, no mucho, pero lo suficiente para saber que podía contar con ellos hasta cierto punto. Algunos habían traído a sus esposas.

Detrás, en un rincón, estaba George Christopher rodeado de su clan. Arthur Jellison pensó que «clan» era la palabra adecuada. Una docena de hombres armados. Bastaba mirarles para saber que eran parientes. Jellison sabía que dos de ellos eran cuñados, pero su aspecto no se diferenciaba de los Christopher: robustos, de rostro rojizo y lo bastantes fuertes para levantar vehículos todo terreno en su tiempo libre. Los Christopher no se sentaban precisamente separados de los demás, pero permanecían juntos, hablaban entre sí y dirigían pocas palabras a sus vecinos.

Entró Steve Cox acompañado de dos trabajadores del rancho de Jellison.

—La presa sigue aguantando -dijo a gritos para hacerse oír por encima del fragor de la lluvia, los truenos y el murmullo de las conversaciones-. No sé qué puede mantenerla en pie. El agua está más alta que el aliviadero de detrás. Está rebasando los terraplenes a los lados.

—No durará mucho -dijo uno de los granjeros-. ¿Hemos avisado a la gente de Porterville?

—Sí -dijo el jefe de policía-, el guardia Mosey avisó a la policía de Porterville. Harán que la gente abandone la zona inundada.

—¿Qué zona inundada? — preguntó Steve Cox-. Todo el condenado valle se está inundando, y la

carretera está cortada, así que no pueden venir aquí...

–Vendrán algunos -declaró el alcalde Seltz-. Trescientos, más o menos. Subirán por la carretera comarcal. Es de esperar que estén aquí mañana.

–Son demasiados -dijo Ray Christopher.

Se oyó un galimatías de voces, unos a favor y otros en contra de que admitiera a los extraños. El alcalde Seltz dio unos golpes sobre la mesa, exigiendo orden.

–Averigüemos lo que se nos avecina -dijo Seltz-. Senador, ¿qué es lo que usted sabe?

–Bastante. –Jellison se levantó de su silla y rodeó la mesa, sobre la que apoyó sus posaderas en una postura informal cuya eficacia le constaba.

–Tengo un buen equipo de radio de onda corta. Sé que hay radioaficionados que intentan comunicarse, pero no capto nada más que interferencias, y no sólo en las bandas de radioaficionados, sino en las emisoras nacionales, comerciales, hasta militares, lo cual significa que la atmósfera está trastornada. Es evidente que hay tormentas eléctricas.

–Sonrió y señaló expresivamente las ventanas. En aquel momento restalló un relámpago como para corroborar sus palabras. Los truenos y relámpagos no eran tan intensos como a primeras horas del día, pero su constancia era tal que nadie reparaba en ellos a menos que se lo propusiera.

–Y la lluvia salada -dijo Jellison-, y el terremoto. Las últimas palabras que me llegaron del JPL fueron: «El cometa ha chocado.» Quise hablar con alguien que estuviera en las colinas por encima de Los Angeles cuando sucedió, pero aunque no fue posible, creo que los indicios que tenemos son suficientes. El cometa ha chocado y ha sido una catástrofe de proporciones gigantescas. Podemos estar seguros de ello.

Nadie dijo nada. Todos lo sabían. Habían abrigado la esperanza de averiguar algo distinto, pero en el fondo no se engañaban. Eran granjeros y hombres de negocios, en gran manera dependientes de la tierra y el tiempo atmosférico, y vivían en las laderas de la Sierra Alta. Habían conocido desastres en otras ocasiones, y habían llorado y maldecido en sus casas. Ahora les preocupaba no saber lo que habrían de hacer.

–Hoy hemos cargado en Porterville cinco camiones con piensos y herramientas, y dos con alimentos -dijo Jellison-, y tenemos las existencias de nuestros almacenes y lo que vosotros tenéis en los corrales. Creo que no podremos producir mucho más por nuestros propios medios.

Hubo murmullos. Uno de los granjeros preguntó:

–¿Nunca más, senador?

–Podría ser. Creo que pasarán años antes de que las cosas vuelvan a su cauce. Ahora dependemos de

nosotros mismos.

Hizo una pausa para que reflexionaran en sus palabras. La mayor parte de aquellos hombres se enorgullecían de depender de sí mismos. Naturalmente, eso no era cierto, no lo había sido en varias generaciones, y eran lo bastante listos para saberlo, pero de todos modos les costaría comprender plenamente hasta qué punto habían dependido de la civilización.

Fertilizantes, razas de ganado, vitaminas, gasolina y propano, electricidad, agua... Bueno, eso no sería un gran problema durante algún tiempo. Medicamentos, productos químicos, hojas de afeitar, previsiones del tiempo, semillas, pienso para los animales, ropas, municiones... la lista era interminable. Hasta agujas, alfileres e hilo.

—Este año no recogeremos gran cosa -dijo Stretch Tallifsen-. Mis cultivos ya están bastante mal.

Jellison asintió. Tallifsen había ido a ayudar a sus vecinos en la recogida de tomates, y su mujer trabajaba para enlatar cuantos podía. Tallifsen cultivaba cebada, y no resistiría el verano.

—La cuestión estriba en decidir si hacemos un esfuerzo común -dijo Jellison.

—¿Qué significa eso del «esfuerzo común»? — preguntó Ray Christopher.

—Compartir. Unir lo que tengamos -respondió el senador.

—Eso es comunismo -dijo Ray Christopher en un abierto tono de hostilidad.

—No, eso es cooperación. Caridad, si quieres. Más que eso: es un manejo inteligente de lo poco que tenemos, de manera que evitemos el derroche de los recursos.

—Suen a comunismo...

—Cállate, Ray. — George Christopher se levantó-. Senador, comprendo que eso es sensato. Es absurdo utilizar lo poco que quede de gasolina para plantar algo que no crecerá, o alimentar con los últimos brotes de soja a un ganado que de todos modos no durará el invierno. La cuestión es: ¿quién decide? ¿Usted?

—Alguien tiene que hacerlo -dijo Tallifsen.

—Pero no solo -replicó Jellison-. Elegiremos un consejo. En cuanto a mí, probablemente estoy más capacitado que cualquiera de los que estamos aquí, y estoy dispuesto a compartir...

—Claro que sí -dijo Christopher-, pero compartir ¿con quién, senador? Esa es la gran cuestión. ¿Hasta dónde llegamos? ¿Intentamos alimentar a Los Angeles?

—Eso es absurdo -dijo Jack Turner.

—¿Por qué? Todos estarán aquí -gritó Christopher-, todos los que puedan llegar. Vendrán de Los Angeles, del valle San Joaquín, de lo que quede de San Francisco... Quizá no todos, pero muchos sí. Anoche salieron trescientos, y eso sólo son los entremeses. ¿Cuánto tiempo aguantaremos si dejamos que venga esa gente?

—¡También vendrán negros! – gritó alguien sentado en el suelo. Miró tímidamente a dos rostros negros en el extremo de la sala-. De acuerdo, lo siento... No, no lo siento. Lucius, tú tienes tierra y la trabajas. Pero los negros de la ciudad vendrán gimoteando con su cuento de la igualdad... ¡Tú tampoco quieres que vengan!

El hombre negro no dijo nada. Parecía estar alejado del grupo, y permanecía sentado muy quieto con su hijo.

—Lucius Carter es una buena persona -dijo George Christopher-. Pero Frank tiene razón con respecto a los otros, la gente de la ciudad, los turistas, los hippies. No tardarán en llegar aquí a montones. Tenemos que impedirselo.

Jellison pensó que estaba perdiendo la partida. Aquellos hombres tenían demasiado miedo, y Christopher se aprovechaba de ello. Se estremeció. En los próximos meses moriría mucha gente. Muchísima. ¿Cómo seleccionar a los que vivirían y los que morirían? ¿Cómo podía uno decretar la muerte de unas personas determinadas? El no quería semejante tarea.

—¿Qué sugieres, George? – preguntó Jellison.

—Bloquear la carretera comarcal. No cerrarla, puesto que puede sernos necesaria. Levantar una barricada en la carretera y cerrar el paso a los que vengan.

—Pero no a todo el mundo -dijo el alcalde Seltz-. Las mujeres y los niños...

—¡Todo el mundo! – gritó Christopher-. ¿Mujeres? Ya tenemos. Y niños también. Es suficiente con que nos preocupemos de los nuestros. Si empezamos a aceptar los hijos y las mujeres de otros, ¿cuándo nos detenemos? ¿Cuando llegue el invierno y los nuestros se mueran de hambre?

—¿Y quién va a ocuparse de esa barricada? – preguntó el jefe de policía Hartman-. ¿Quién es lo bastante insensible para ver un coche lleno de gente y decirle a un hombre que ni siquiera puede dejar a sus hijos con nosotros? Tú no, George. Ninguno de nosotros lo es.

—Eso lo dirás tú.

—Además, hay personas que tienen conocimientos especiales -intervino el senador-. Ingenieros, por ejemplo. Algunos buenos ingenieros nos serían de gran utilidad. Médicos, veterinarios, cerveceros. Un buen herrero, si es que queda alguno en este mundo moderno...

—Yo soy experto en eso -dijo Ray Christopher-. Solía herrar caballos para la feria del condado.

–Muy bien -dijo Jellison-, pero hay muchos otros conocimientos que nosotros no tenemos, y creo que las vamos a necesitar.

–De acuerdo, de acuerdo -dijo George Christopher-, sólo digo que no podemos aceptar a todo el mundo.

–Y, sin embargo, debemos hacerlo -dijo un hombre que hablaba por primera vez.

Habló en tono muy bajo, tanto que era difícil oírle bajo el murmullo de las demás voces y los truenos, pero de todos modos nadie dejó de oírle. Su voz era la de un profesional experimentado.

–Yo fui un extraño, y no me disteis albergue. Estaba hambriento, y me negasteis el alimento. ¿Queréis oír eso el día del Juicio Final?

Todos quedaron un momento en silencio y se volvieron para mirar al reverendo Thomas Varley. La mayor parte de los presentes asistían a su iglesia. Algunos le habían llamado a sus hogares al morir un familiar, le habían confiado a sus hijos para ir de excursión... Tom Varley era uno de ellos, criado en el valle, donde había vivido toda su vida excepto los años de estudio en San Francisco. Era un hombre alto, algo delgado desde que un año antes cumpliera los sesenta, pero lo bastante fuerte para ayudar a un vecino a sacar una vaca de una zanja.

George Christopher le miró con expresión desafiante.

–¡No podemos hacerlo, hermano Varley! Es probable que algunos de nosotros nos muramos de hambre este invierno. Aquí no hay suficientes recursos.

–¿Por qué no aceptar entonces a los que puedan quedarse? – preguntó el reverendo Varley.

–Yo sé lo que ocurriría -replicó George. Alzó el tono de voz y añadió-: Lo he visto con mis propios ojos, créame. He visto gente sin nada que llevarse a la boca, sin fuerzas siquiera para recoger un plato de sopa cuando se lo ofrecen. Hermano Varley, ¿quiere que esperemos hasta que no tengamos elección? Si rechazamos ahora a la gente, es posible que encuentren otro lugar donde puedan arreglárselas. Si los aceptamos, todos estaremos en las mismas condiciones el próximo invierno. Es así de simple.

–¡Así se habla, George! – gritó alguien desde el fondo de la sala de juntas.

George miró a su alrededor, a todos los rostros. No eran hostiles. En la mayoría se reflejaba la vergüenza... el miedo y la vergüenza. George pensó que esa era también la impresión que él debía darles. Prosiguió tenazmente:

–Tenemos que hacer algo, y lo hacemos ahora mismo o no contéis para nada con mi cooperación. Cogeré todo lo que tengo, todo el material que he traído hoy de Porterville, me iré a casa y no tendré reparo en disparar a cualquiera que se acerque.



Hubo más murmullos. El reverendo Varley intentó hablar, pero le hicieron callar.

—¡Tiene mucha razón! —dijo alguien.

—Estamos contigo, George —declaró otro.

Entonces intervino Jellison.

—Yo no he dicho que no debemos tratar de cerrar la carretera. Estábamos discutiendo las dificultades prácticas.

Arthur Jellison no podía mirar al sacerdote a la cara.

—Bien. Entonces lo haremos —dijo George Christopher—. Ray, tú quédate aquí y dime todo lo que ocurra en esta reunión. Cari, Jake y el resto venid conmigo. Mañana por la mañana habrá aquí otro millar de personas si no les detenemos.

Jellison pensó que, además, sería más fácil hacerlo de noche, cuando no podían ver sus caras. Tal vez por la mañana se habrían acostumbrado. Eso es lo que ocurriría: acabarían acostumbrándose a condenar a otros a morir. Lo peor de todo era que George Christopher tenía razón, pero aquello no facilitaba las cosas.

—Ordenaré a algunos de mis hombres que te acompañen, George. Y por la mañana enviaremos a un grupo para que os sustituya.

—Muy bien. —Christopher se dirigió a la salida. Se detuvo un instante para sonreír a Maureen—. Buenas noches, Melisandra —le dijo.

Una lámpara de queroseno ardía en la sala de estar de la casa de Jellison. Arthur Jellison estaba tendido en una tumbona, descalzo y con la camisa parcialmente desabrochada.

—Al, deja esas listas hasta mañana.

—Sí, señor. ¿Necesita algo más? —Al Hardy consultó su reloj. Eran las dos de la madrugada.

—No. Maureen cuidará de mí. Buenas noches.

Hardy miró de nuevo su reloj.

—Se está haciendo tarde, señor, y tiene que levantarse de mañana...

—Me acostaré pronto. Buenas noches.

Esta vez la despedida fue inequívoca. Jellison miró a su ayudante mientras abandonaba la estancia. Los ademanes resueltos de Hardy confirmaban una suposición de Jellison. Aquel condenado doctor del

hospital naval de Bethesda había hablado a Hardy acerca de los electrocardiogramas anormales, y Hardy se estaba comportando como una gallina clueca. ¿Se lo habría dicho a Maureen? No importaba.

—¿Quieres un trago, papá? — le preguntó Maureen.

—De agua. Deberíamos conservar el whisky. Siéntate, por favor.

Su tono era cortés, pero no se trataba exactamente de un ruego. Tampoco era una orden. Estaba preocupado.

Ella se sentó junto a su padre.

—¿Qué deseas?

—¿Qué quiso decir George Christopher? ¿Qué es eso de «Melisandra», o lo que dijera?

—Es una larga historia...

—Quiero oírla. Quiero saber todo cuanto concierna a los Christopher.

—¿Por qué?

—Porque ellos son la otra potencia en este valle y hemos de trabajar juntos, no unos contra otros. He de conocer sus puntos flacos. Anda, dímelo.

—Buen, ya sabes que yo y George crecimos prácticamente juntos -dijo Maureen-. Somos de la misma edad...

—Sí, ya lo sé.

—Y antes de que fueras a Washington, cuando eras senador del estado, George y yo estuvimos enamorados. Sólo teníamos catorce años, pero creíamos amarnos. — Y desde entonces Maureen no había sentido algo semejante por nadie, pero no se lo dijo a su padre-. Quería que me quedara aquí, con él. Yo también lo deseaba, pero era imposible. No quería ir a Washington.

Jellison parecía más viejo a la luz de la lámpara de queroseno.

—No lo sabía. Por entonces estaba muy ocupado...

—No te preocupes, papá -dijo Maureen.

—En cualquier caso ya no tiene remedio. ¿Qué era eso de Melisandra?

—¿Recuerdas la obra *El brujo*? El hombre de confianza adula a la granjera solterona, le dice que deje de llamarse «lizzie», que vaya con él, y entonces será Melisandra y llevará una vida excitante...

Bueno, George y yo la vimos aquel verano e hicimos algunas sustituciones. En lugar de llevar una vida excitante en Washington, yo me quedaría aquí con él. Había olvidado todo eso.

—Lo habías olvidado, ¿eh? Pero ahora lo recuerdas a la perfección.

—Papá...

—¿Qué quiso decir al llamarte eso? — le preguntó Jellison.

—Bien, yo... -Se interrumpió y no dijo nada más.

—Sí, yo también lo he supuesto así. Te está diciendo algo, ¿verdad? ¿Le has visto a menudo desde que nos fuimos a Washington?

—No, no mucho.

—¿Te has acostado con él?

—Eso no es asunto tuyo -dijo Maureen en tono colérico.

—Claro que lo es. Todo cuanto ocurra en este valle es asunto mío a partir de ahora, sobre todo cuando andan por medio los Christopher. ¿Te has ido a la cama con él?

—No.

—¿Lo intentó?

—No fue nada serio -dijo ella-. Creo que es demasiado religioso. Y la verdad es que no tuvimos demasiadas oportunidades después del traslado a Washington.

—Y él no se ha casado -dijo Jellison.

—¡Esto es absurdo, papá! ¡No habrá estado esperándome durante dieciséis años!

—No, supongo que no. Pero lo que te dijo esta noche fue un mensaje muy definido. Bueno, vamos a dormir.

—Papá.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar? Estoy asustada. — Se acercó a él. Jellison pensó que en aquel momento parecía mucho más joven, y la recordó cuando era una niña, cuando su madre aún vivía-. Las cosas están mal, ¿verdad?

–Todo lo mal que pueden estar -dijo Jellison. Cogió la botella de whisky y se sirvió un par de dedos-. Aunque se acabe, sabemos cómo fabricar whisky. Si hay grano, tendremos licor. Pero falta que las cosechas vuelvan a crecer.

–¿Qué va a suceder? – le preguntó Maureen.

–No lo sé. Puedo hacer algunas suposiciones. – Miró la chimenea vacía, húmeda a causa de la lluvia que caía por el tiro-. A estas horas los maremotos habrán asolado todo el mundo. Las ciudades costeras han desaparecido. Washington ya no existe. Confío en que el Capitolio haya resistido... Me gustaba aquella vieja masa de granito.

Quedó un momento en silencio. Se oía el ruido monótono de la lluvia y el fragor intermitente de los truenos.

–He olvidado quién lo dijo, pero es bastante cierto -prosiguió Jellison-. A todo país sólo le separan tres comidas de la revolución. ¿Oyes la lluvia? Cae así en todo el país. Las tierras bajas, los cauces de los ríos, los arroyos, los tramos bajos de las carreteras... todo quedará sumergido, de la misma manera que todo el valle de San Joaquín va a quedar bajo el agua. Carreteras, vías férreas, transporte fluvial... No quedará nada. No existe transporte y apenas comunicaciones, lo cual significa que Estados Unidos ha dejado de existir, como la mayor parte de los países.

Maureen se estremeció, aunque no hacía frío en la habitación.

–Pero... Tiene que haber sitios donde no haya ocurrido nada, las ciudades del interior, zonas montañosas sin fallas ni terremotos. Todavía estarán organizados...

–¿Tú crees? ¿En cuántos lugares crees que puede haber suficiente comida para resistir durante semanas?

–Nunca he pensado en ello...

–Bueno, si no son semanas serán meses -dijo Jellison-. ¿Qué va a comer la gente? Estados Unidos dispone de una reserva alimenticia para treinta días en cualquier momento dado, incluyéndolo todo: almacenes, supermercados, silos y barcos en los puertos. Mucho de eso se ha perdido. Otra gran parte es perecedera. Y este otoño apenas van a recogerse cosechas. ¿Crees que alguien sin apenas nada que comer va a ayudar al prójimo?

–Oh...

–Y hay algo peor. – El tono de su voz era ahora brutal, como si tratara de asustarla-. Refugiados por todas partes. En cualquier lugar donde haya suficiente para comer, habrá gente en busca de alimento. No les culpo. ¡Puede que en este momento haya un millón de refugiados en camino hacia aquí! Tal vez en algunos sitios la policía y los gobiernos locales traten de sobrevivir pero ¿cómo se las arreglarán cuando llegue la plaga de langostas? Sólo que no se trata de langostas, sino de personas.

–Pero... ¿qué vamos a hacer? – Maureen sollozó.

–Sobreviviremos. Vamos a resistir y levantaremos una nueva civilización. Alguien tiene que hacerlo.  
– Alzó el tono de voz-. Podemos conseguirlo. ¿Cuándo? Eso dependerá de la extensión del desastre, pero no vamos a volver al estado salvaje, a los arcos, las flechas y los garrotes. ¡Estamos preparados para hacerlo mucho mejor!

–Sí, claro...

–No, querida, no es tan «claro». – Jellison parecía muy viejo ahora, pero su voz tenía fuerza y decisión-. Depende de lo que podamos conservar aquí. No sabemos lo que ha quedado en otras partes, pero aquí tenemos bastantes recursos si podemos permanecer en el territorio. Aquí tenemos una oportunidad, y por Dios que vamos a aprovecharla.

–Lo lograrás -dijo Maureen-. Es tu trabajo.

–¿Piensas en algún otro que pueda hacerlo?

–No te hice una pregunta, papá.

–Entonces recuérdalo cuando tenga que hacer algo que no me guste. – Apretó la mandíbula-. Vamos a lograrlo, pequeña. Te lo prometo. La gente de este valle va a resistir este desastre sin perder la civilidad. – Sonrió y añadió-: Pero estamos hablando demasiado. Es hora de ir a la cama. Mañana tengo mucho qué hacer.

–De acuerdo.

–No es necesario que me esperes. Me acostaré en seguida. Buenas noches.

Maureen besó a su padre y salió de la sala. Arthur Jellison vació el vaso de whisky y lo dejó sobre la mesa. Miró largamente la botella y luego su mirada se posó en la chimenea vacía. Podía ver la manera de edificar una civilización a partir de las ruinas que había dejado el martillo de Lucifer. Había mucho que salvar en las viejas ciudades costeras. El agua no lo habría destruido todo. Podrían perforarse nuevos pozos petrolíferos y reparar las carreteras. Las lluvias no durarían eternamente.

Lo reconstruirían todo, y esta vez harían las cosas bien.

Los hombres se extenderían más allá de su pequeño globo nativo, llevarían la civilización humana a todo el sistema solar, incluso a las demás estrellas, y no habría nada que pudiera ponerles de nuevo al borde de la extinción.

Claro que podrían hacerlo. Pero había que vivir lo suficiente para iniciar la reconstrucción. Lo primero era lo primero, y el problema inmediato consistía en organizar aquel valle. Nadie iba a ayudar. Tenían que hacerlo por sí mismos. No habría más ley y orden que los que ellos establecieran, y la única seguridad que tendrían Maureen, Charlotte y Jennifer sería la que ellos pudieran defender. Arthur

Jellison había sido responsable del pueblo estadounidense, y en especial del californiano. Ya no lo era. Ahora era sólo responsable de su familia, y se preguntaba cómo podía protegerla, lo cual enlazaba con otra pregunta: ¿cómo conservar el rancho? Tal vez no podría hacerlo sin ayuda. Ayuda, ¿de quién? De George Christopher, desde luego. George tenía muchos amigos. Entre los dos podían hacer las cosas bien.

Arthur Jellison se incorporó fatigosamente y apagó de un soplo la lámpara de queroseno. En la repentina oscuridad la lluvia y los truenos sonaban aún con más intensidad. La luz de los relámpagos le permitió ver el camino hasta su dormitorio.

Había luz bajo la puerta de la habitación de Al Hardy. Se apagó cuando el ayudante oyó que el senador iba a acostarse.

# SANTUARIO

*Dios da a todos los hombres la tierra entera para amar, pero, como el corazón del hombre es pequeño, dispone que cada uno ame a su terruño por encima de todos los demás.*

Rudyard Kipling

Unos ruidos estridentes despertaron a Harvey Randall. Alguien le gritaba.

—¡Harvey! ¡Socorro!

¿Era Loretta? Se incorporó de súbito y se dio un golpe en la cabeza. Se había quedado dormido en el furgón, y la voz no era de Loretta. Permaneció un momento perplejo, sin saber si aquello era una pesadilla o no.

—¡Harvey! — La voz era real. Y Loretta estaba muerta.

Llovía, pero el furgón estaba a cubierto. Harvey abrió la portezuela y la débil luz le hizo parpadear. Consultó su reloj. Eran las seis, pero no sabía si de la madrugada o de la tarde.

El furgón estaba aparcado bajo un desvencijado cobertizo, poco más que un techado con postes para sostenerlo. En un extremo se encontraba Marie Vanee. Joanna le apuntaba con la escopeta. Mark gritaba y Marie pedía ayuda a Harvey.

Todo aquello era insensato. La escasa luz, la intensa lluvia y el ulular del viento, los gritos de la mujer y de Mark y Joanna con la escopeta... ¿Era un sueño o era real? Se acercó a los demás.

—¿Qué sucede, Mark?

Mark se volvió hacia él, sonriente, pero su sonrisa se desvaneció, igual que la esperanza de Harvey de que aquello fuera un sueño, igual que...

—¡Díselo, Harvey! — gritó Marie.

Las telarañas en la mente de Harvey se resistían a desaparecer.

—Explícate, Mark -pidió a su amigo.

Marie hizo un movimiento violento y repentino, como una marioneta. Harvey la miró sorprendido mientras ella repetía el gesto, como si luchara con un enemigo invisible. Luego, también de repente, se relajó y habló en tono casi calmado.

—Harvey Randall, ya es hora de que te despiertes -dijo la mujer-. ¿No te preocupa tu hijo? Has enterrado a Loretta, ahora piensa en Andy.

—Pero, ¿a qué viene todo esto?

Ambos hablaron a la vez. La necesidad de entendimiento, más que cualquier otra emoción, hacía que Harvey levantara el tono de voz.

—¡De uno en uno! Mark, por favor, déjala hablar.

—Este... hombre quiere abandonar a nuestros chicos -dijo Marie.

—No es cierto. Sólo trato de decirle...

Ella le interrumpió.

—Los chicos están en el parque Sequoia. Se lo he dicho. En el Sequoia. Pero él nos lleva hacia el oeste, y ésa no es la dirección correcta.

—¡Callaos todos! —gritó Joanna, con un dejo de histeria en la voz que acalló a Mark antes de que pudiera decir algo más.

Mark nunca había visto a Joanna temblar de aquella manera. Y, además, tenía la escopeta.

—¿Adonde vamos, Mark? —preguntó Harvey.

—Al Sequoia -dijo Mark-. Es un sitio muy grande y ella no sabe dónde...

—Yo lo sé -declaró Harvey-. ¿Dónde estamos?

—En el valle Simi -respondió Mark-. ¿Quieres escucharme?

—Sí, habla.

—Harvey, este hombre...

—¡Cállate, Marie! —exclamó Harvey en un tono deliberadamente brutal. La mujer se calló.

—Mira, Harv, hay gente por todas partes -explicó Mark-. Empezaba a haber atascos en las carreteras, así que tomé un camino que conozco. Lo usan muchos motociclistas. Ese camino nos llevará a través de la reserva de cóndores. Es cierto que se dirige un poco al oeste, pero así nos apartamos de las malditas autopistas. ¿Te has parado a pensar cuánta gente está intentando salir de Los Angeles en estos momentos? Poca gente conoce este camino, y discurre por terreno elevado. No nos equivocamos al seguir esta ruta. — Se volvió hacia Marie-. Eso es lo que intentaba decirle. Tenemos que cruzar las



montañas, llegar al valle de San Joaquín, en terreno llano, y dirigirnos hacia el Sequoia desde allí.

–Veamos un mapa -sugirió Harvey.

–No sale en los mapas -protestó Mark-. De lo contrario todo el mundo lo conocería...

–Creo que esa ruta es correcta -dijo Harvey-, pero quiero ver lo que ocurre después. Tengo mapas en el furgón.

Joanna se le adelantó. Fue hasta la moto y buscó en la bolsa que colgaba del sillín.

–Frank Stoner nos hizo tres copias, una para cada moto -les dijo al regresar a su lado, con una gran carta geográfica en las manos. Aquel mapa mostraba los accidentes del terreno en colores-. También hay mapas del club del automóvil.

Estaba demasiado oscuro para poder ver el mapa. Mark fue al furgón y regresó con una linterna. María continuaba apartada, rígida y silenciosa, con la mirada todavía acusadora.

–¿Lo ves? – dijo Mark-. Hemos de pasar por aquí. La carretera pasa entre lagos con presas y por la parte más alta de la falla de San Andrés. ¿Crees que la carretera grande aún se podrá usar?

Harvey meneó la cabeza. No importaba. Si la carretera estuviera en uso, un millón de personas tratarían de utilizarla. De lo contrario...

–Siguiendo este camino saldremos por Frazier Park.

–Exacto. Luego bajamos al valle y seguimos en línea recta hacia el norte. Pensaba llegar hasta el Mojave porque Frank creía que ése sería el mejor sitio, pero por ahí no podríamos llegar al Sequoia. – Señaló un lugar en el mapa-. Todas las rutas orientales pasan por el lago Isabella, siguiendo el curso del río Kern. Harv, con esta lluvia, ¿cuántos puentes quedarán sobre el Kern?

–Ninguno. Tiene razón, Marie. Si seguimos por la ruta directa, jamás llegaremos allí.

Mark pareció complacido. Joanna apoyó la escopeta en la moto y se sentó en el sillín.

–Si te hubieras explicado antes... -empezó a decir Marie.

–¡Por Dios, lo intenté! – exclamó Mark.

–No me refiero a ti -dijo ella.

Harvey pensó que se refería a él, y tenía razón. No podía abandonarse. Su hijo estaba en las colinas y tenía que ir en su busca. Menos mal que Marie le había hecho salir de su letargo.

–¿Cómo estamos de gasolina? – preguntó Harvey.

—Bastante bien. Hemos hecho unos ochenta kilómetros...

—Sólo eso -musitó Harvey. Naturalmente, era cierto, podía verlo en el mapa, pero tenía la impresión de que habían avanzado mucho más. Debían haber ido bastante despacio-. Mark, ¿crees que este camino de montaña es seguro? ¿No le interrumpirán las lluvias?

—Es probable -dijo Mark. Señaló en silencio las presas situadas por encima de la carretera interestatal número cinco-. ¿Prefieres arriesgarte a que todo esto se rompa?

—No. Será mejor que nos vayamos cuanto antes -dijo Harvey-. Yo conduciré.

—Yo iré delante con la moto, Joanna puede ir a tu lado, con la escopeta.

Mark no mencionó a Marie. No hablaba con ella.

Hacer algo, cualquier cosa, era agradable. Harvey empezaba a sentir dolor de cabeza, el principio de una migraña, y tenía los hombros y el cuello tan tensos que casi podía sentir los nudos en ellos, pero era mejor que acurrucarse en el asiento.

—Vámonos -dijo Harvey.

El camino discurría entre montículos, rodeaba colinas, siempre en dirección noroeste. Nunca abandonaba el terreno alto. De trecho en trecho lo cruzaban rocas y montones de barro, pero gracias a la altura los escombros no eran profundos. Además, como era muy poco transitado, los bordes no estaban desgastados.

Las montañas habían cambiado de posición. El camino hubiera podido finalizar en cualquier momento. Al igual que el juicio de Mark Czescu, aquel camino no era algo con lo que se pudiera contar de una manera absoluta, pero ninguno de los dos había fallado esta vez. Por fin llegaron a una calzada asfaltada y Harvey pudo aumentar la velocidad.

Le gustaba conducir. Lo hacía con una concentración total, sin abandonarse a otros pensamientos. Estaba al acecho de posibles obstáculos, reducía la marcha al llegar a una curva. Sigue adelante, se decía, devora kilómetros, prosigue sin mirar nunca atrás, sin pensar en lo que queda detrás de ti.

Iniciaron el descenso hacia el valle de San Joaquín. Por todas partes había agua, y el panorama era estremecedor. Harvey se detuvo y consultó el mapa. Su camino conducía directamente al lecho de un lago seco. Ahora no estaría seco, así que cruzarían el río Kern por la carretera, luego se desviarían hacia el nordeste...

¿Tendrían suficiente gasolina? Hasta entonces no les había faltado. Harvey pensó en la gasolina extra que había almacenado, y en los ladrones y asesinos en una camioneta azul. Algún día los encontraría, no importaba dónde se escondieran. Pero no habían tomado aquella carretera, pues de lo contrario lo habría notado. Hasta entonces habían tenido la carretera casi para ellos solos.

Al alba estaban al nordeste de Bakersfield. Habían avanzado bastante, a ochenta kilómetros por hora, y ahora se encontraban en terreno elevado, rodeando el borde oriental del San Joaquín, sin que nada les detuviera.

Harvey se percató de que aquella ruta les conduciría directamente al rancho de Jellison.

El río Tule era demasiado profundo. Nadie se había atrevido a utilizar la carretera paralela a su cauce. Cuando Harvey lo comprendió, era demasiado tarde. Pudo ver la presa allá adelante.

El agua se derramaba por un costado y a lo largo de la parte superior. Podía deducirse dónde estaba el aliviadero por la agitada corriente del río que vertía sobre el paramento de la presa. Harvey hizo sonar el claxon para alertar a Mark. Sacó un brazo por la ventanilla, cerró el puño y lo movió vigorosamente arriba y abajo, haciendo la señal con que en el Ejército se indica el paso ligero. Luego señaló la presa.

Mark comprendió el mensaje y aceleró fuertemente la motocicleta. Harvey pisó gas y avanzó velozmente tras él. Casi habían llegado a la presa...

Un río de barro había inundado la carretera. Media docena de personas y otros tantos vehículos estaban atrapados en el fango. Habían tratado de rebasar el deslizamiento, pero había sido en vano.

Harvey conectó la tracción en las cuatro ruedas y prosiguió sin detenerse. Un hombre saltó hacia adelante para tratar de detener el furgón, con los brazos extendidos. Harvey pasó lo bastante cerca para ver su rostro, en el que se reflejaba un rictus de terror y determinación... y el hombre vio también el rostro de Harvey. El furgón pasó casi rozándole y el hombre saltó hacia atrás.

El barro se deslizaba y el vehículo lo hacía con él. Harvey cambió de marcha, pisó el acelerador a fondo y entabló una frenética carrera entre su tracción sobre el barro y la adherencia de éste a la carretera. Las piedras esparcidas por la calzada golpeaban constantemente la carrocería. Por fin llegaron a otro trecho de pavimento expedito. Harvey oyó el suspiro de alivio de Marie.

Llegaron a un brazo del lago. El puente que lo salvaba normalmente estaba sumergido, y era imposible saber a qué profundidad. Harvey aminoró la marcha.

De repente se oyeron otros sonidos entre los ruidos del río, la lluvia y los truenos. Eran gritos. Joanna miró atrás.

Harvey frenó. La presa había cedido. Uno de sus lados se había derrumbado en un instante, y las aguas avanzaban formando un muro impetuoso cuyo fragor ahogaba los gritos de la gente.

—Nos hemos salvado por los pelos -dijo Joanna.

—Pobre gente -musitó Harvey.

Todos los que viajaban en coches no tan buenos como el furgón de Harvey, todos los granjeros que

decidieron esperar, los que iban a pie, los que se habían quedado aislados en tejados y puntos altos, en medio de la inundación, habrían sucumbido bajo la muralla de agua. Y sería peor cuando las demás presas también cedieran. Todo el valle quedaría inundado. Ninguna presa resistiría la acción de aquella lluvia implacable.

Harvey respiró hondo.

—Bien, ya está. Hemos conseguido pasar. Quaking Aspen está sólo a cuarenta kilómetros de aquí. Gordie habrá llevado allí a los chicos.

Trazó un mapa mental de la ruta al norte de Springville. Cruzaba muchos torrentes, y en algunos de ellos había pequeñas plantas eléctricas y embalses. Presas situadas por encima de la carretera. ¿Se habrían derrumbado? ¿Se derrumbarían? Si seguían por aquella carretera tal vez serían arrasados por las aguas, pero no había otro camino.

—Vamos -dijo Marie.

Se pusieron en marcha. Las aguas se habían retirado del puente, abriéndose camino hacia el valle de San Joaquín. Al cruzar el puente vieron, sorprendidos, un gran camión que venía en sentido contrario, y que se detuvo en el extremo del puente. Bajaron dos hombres de la cabina y miraron el furgón que pasó junto a ellos sin detenerse. Uno de los hombres empezó a gritar algo y luego se encogió de hombros.

Vieron otro puente anegado y Harvey tomó una decisión: se desviarían hacia las posesiones del senador Jellison. Era el mejor sitio para enterarse de lo que ocurría en las montañas. Pensó entonces en algo que hasta entonces no habían considerado. ¿Adonde irían una vez encontraran a los muchachos? Ni Marie y Harvey habían pensado más que en encontrar a sus hijos, pero luego...

Aquel desvío era lo más indicado. El grupo de excursionistas tendría que pasar forzosamente junto al rancho de Jellison. Y Maureen estaría allí.

Harvey se despreció a sí mismo por pensar en ella. Veía ante él los rasgos de Loretta, su cuerpo envuelto en una manta eléctrica. Aminoró la marcha hasta detenerse.

—¿Por qué nos para...?

Antes de que Marie pudiera terminar la frase se oyó una explosión detrás de ellos. Y luego otra más.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Harvey mientras ponía el coche de nuevo en marcha. El miedo sustituyó al remordimiento. ¿Explosiones? ¿Se habrían metido en medio de una guerra en las montañas o algo parecido? El furgón prosiguió su marcha mientras Joanna y Marie estiraban los cuellos tratando de ver atrás.

Mark dio media vuelta, aceleró la moto e hizo un gesto con la mano al pasar el lado del furgón.

–Su maldita curiosidad acabará matándole -dijo Joanna.

Harvey se encogió de hombros. No le era imprescindible saber qué ocurría, pero valdría la pena averiguarlo. A poco más de tres kilómetros se encontraba el desvío hacia el rancho. Entonces disfrutarían de seguridad, refugio, descanso... Avanzó lentamente, y acababa de llegar al inicio del camino que conducía a la finca del senador, cuando vi que Mark se aproximaba por detrás. Frenó.

–Aquel puente -dijo Mark.

–¿Qué ha pasado?

–El puente que cruzamos... Los dos tipos que vimos lo han volado. Con dinamita, creo. La hicieron estallar en ambos extremos. Harvey, si hubiéramos llegado media hora más tarde estaríamos encallados allí.

–Dos minutos más tarde -dijo Joanna-, y nos habrían sepultado un millón de toneladas de agua. No podemos... Harv, no tendremos esta suerte continuamente.

–Pues se necesita suerte -replicó Harvey-. Estamos en combate, y la suerte es tan necesaria como el talento. Pero creo que no la vamos a necesitar durante algún tiempo. Entraré allí -concluyó señalando el camino del senador.

–¿Por qué? – preguntó Marie, dispuesta a batallar.

–Para enterarnos de las condiciones de la carretera y obtener información.

Harvey avanzó por el sendero. Empezaba a pensar en algo que hasta entonces no se le había ocurrido ni por un instante, en que tal vez un profesional de la televisión no sería bien recibido en casa de un político. Bajó del furgón para abrir la puerta de la valla.

Detrás de la valla había un coche aparcado, del que bajó un hombre joven que se acercó cautelosamente al furgón.

–¿Qué quieren? – preguntó. Miró a Joanna, que sostenía la escopeta, y mostró sus manos vacías-. Yo no estoy armado, pero mi compañero está escondido donde no pueden verle y tiene un rifle con mira telescópica.

–No causaremos problemas -dijo Harvey. El joven había visto las siglas NBS pintadas en el furgón, sin que le impresionaran lo más mínimo-. ¿Puede llevar un mensaje a la casa?

–Podría. Depende del mensaje.

Harvey lo había pensado bien.

–Dígale a Maureen Jellison que Harvey Randall está aquí con tres parientes.

El hombre pareció reflexionar.

–Bien, el nombre es correcto. ¿Les espera ella?

Harvey se echó a reír. Aquella pregunta le pareció insensatamente divertida. Se apoyó en la valla, riendo entre dientes, y tocó el brazo del joven.

–¿Eres de Los Angeles? – le preguntó.

El hombre retrocedió un poco. Su rostro rojizo empalideció. Había cosas que no quería saber, pero... El senador había dicho en la reunión que le gustaría hablar con alguien que hubiera presenciado lo ocurrido en Los Angeles, y aquel ciudadano conocía el nombre del senador y el de Maureen.

Con la misma celeridad con que la pregunta le había parecido divertida, dejó de parecérselo. Harvey dejó de reír.

–Maureen debe creer que he muerto. Le alegrará saber que no es así. – ¿Le alegraría realmente? No podía saberlo-. Sé que querrá hablar conmigo. Dile que quiero... No importa.

Estuvo a punto de decirle que quería hablar de imperios galácticos pero decir aquello no sería lo más apropiado.

El hombre parecía reflexionar. Finalmente asintió.

–De acuerdo, creo que puedo hacer eso. Pero quédense aquí, sin moverse. ¿Me comprende? Y ojo con esa escopeta.

–No queremos disparar a nadie. Sólo quiero hablar con Maureen.

–Bien. Esperen aquí. Volveré dentro de un rato.

El joven se dirigió al coche, lo cerró y subió andando por el camino.

Harvey reparó en aquello. Ya estaban ahorrando gasolina. Sí, el senador había organizado su residencia. Harvey regresó al furgón. Marie trató de decir algo, pero él la interrumpió sin ningún miramiento.

–Despliega el mapa.

Ella lo pensó un momento, antes de hacer lo que le ordenaba. Harvey habló acompañándose del dedo índice para señalar en el mapa.

–Los chicos están en esta zona. La única ruta a seguir pasa por aquí. No tienen que preocuparse por estas presas, aquí y aquí, porque no han de ir por la carretera, como nosotros, a menos que decidamos

ir andando, pero no estamos bien equipados para andar.

Marie reflexionó en lo que había dicho Harvey. Miró sus botas y se palpó la chaqueta. Estaba preparada para andar, lo mismo que Harvey, pero lo que éste decía tenía sentido. Desde luego, si tenían que andar, no venía de algunas horas.

—¿Entonces vamos a esperar aquí? — preguntó Joanna.

Mark metió la cabeza por la ventanilla.

—Claro, esta es la finca del senador Jellison. Ya me parecía que los alrededores eran familiares. Harv, ha sido muy inteligente eso de enviar un mensaje a la hija del senador en vez de dirigirlo a él directamente.

—Espera -dijo Mane-. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? — estalló Harvey-. Todo el tiempo que nos dejen estar. Este rancho está organizado, ¿no te has dado cuenta? Y tienen comida. Ese guarda no parecía hambriento. Cuando lleguen los chicos querremos alimentarlos, ¿no? Y nosotros también tenemos que comer.

Marie asintió, sumisa.

—El problema estriba -prosiguió Harvey- en cómo logramos que nos dejen permanecer aquí. La voladura de aquel puente puede haber sido una sutil indicación de que los refugiados no son bien recibidos en este valle. Hemos de ser útiles, lo cual significa que prometeremos hacer lo que quieran que hagamos, sin discutir nada. Marie, no lo echas a rodar. Aquí somos mendigos.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran en Marie antes de dirigirse a Joanna.

—Y eso vale también para tu escopeta. No sé si habrás notado los sutiles gestos con la mano del tipo que nos paró, pero lo cierto es que movía la mano izquierda de una manera extraña. Creo que atacarle no sería una buena idea.

—Ya lo sabía -dijo Joanna.

—Bien. — Harvey se volvió hacia Mark-. Deja que hable yo.

Mark pareció herido. ¿Quién había sacado a Harvey de su cama y lo había llevado a través de todo el estado hasta aquel lugar? Pero siguió inmóvil bajo la lluvia, dejando que el agua empapara su chaqueta y sus botas, y esperó en silencio.

—Viene gente -dijo Mark finalmente, señalando hacia el camino.

Aparecieron tres hombres a caballo. Llevaban impermeables amarillos y sombreros de lluvia. Uno de ellos no cabalgaba muy bien. Cuando se acercaron, Harvey reconoció a Al Hardy, el ayudante

administrativo de Jellison y quien se ocupaba de las tareas desagradables o poco escrupulosas propias de la actividad política. Harvey pensó que este último cometido sería más propio allí de lo que había sido en Washington.

Hardy desmontó y entregó las riendas a uno de los hombres montados. Se acercó al furgón y se asomó a la ventanilla.

—Hola, señor Randall.

—Hola. — Harvey esperó en tensión.

—¿Quiénes son estas personas? — Hardy miró fijamente a Marie, pero no dijo nada más.

Harvey pensó que aquel hombre había visto a Loretta una sola vez, meses atrás, no recordaba exactamente cuándo. No había visto nunca a Marie, pero sabía que no era Loretta. Una buena memoria para los nombres y las fisonomías forma parte del trabajo del consejero político...

—Una vecina -dijo Harvey-, y dos empleados.

—Ya veo. Y vienen ustedes de Los Angeles. ¿Saben en qué condiciones están allí?

—Ellos lo saben -dijo Harvey, señalando a Mark y Joanna-. Vieron la gran oleada que se abatió sobre la ciudad.

—Puedo permitir que vengan dos de ustedes -dijo Hardy-. Más no.

—Entonces ninguno -replicó Harvey, rápidamente, antes de que el otro pudiera añadir algo más-. Gracias, seguiremos nuestro camino...

—Espere. — Hardy pareció pensativo-. De acuerdo. Déme la escopeta, despacio y sin apuntarme. — Cogió el arma y la entregó al guarda que habían visto al principio y que también había desmontado-. ¿Tienen más armas de fuego?

—Esta pistola. — Harvey le mostró la pistola de tiro olímpico.

—Vaya, es muy bonita. Démela también. Les devolveré estas armas si no se quedan. — Hardy cogió la pistola y se la colocó bajo el cinturón-. Ahora háganme sitio en el Miento trasero.

Subió al furgón y sacó la cabeza por la ventanilla para que los demás pudieran oírle.

—Usted síganos en la moto -le dijo a Mark-. No se aleje. Los llevo arriba, Gil. Todo está en orden.

—Si usted lo dice -dijo el guarda.

—Vámonos -ordenó Hardy a Randall-. Conduzca con cuidado.



La puerta de la valla se abrió y Harvey pasó seguido por Mark y, más atrás, por el tercer hombre a caballo, el cual sujetaba las riendas de los otros dos animales.

—¿Por qué no le deja un caballo al guarda? — preguntó Harvey.

—Tenemos más coches que caballos. Preferimos perder un coche si algún loco intenta algo -explicó Hardy.

Harvey asintió. El coche estaba allí por si era necesario subir urgentemente a la casa. Era evidente que su mensaje no se había considerado lo bastante urgente para gastar gasolina.

El furgón avanzó a través del espeso barro, y Harvey se preguntó cuándo terminaría el camino. Pasaron ante la casa del capataz y se dirigieron a la gran casa en lo alto de la colina. Las plantaciones de naranjos tenían un aspecto lastimoso. Muchos árboles habían sido derribados por los fuertes vientos, pero no había fruta desparramada por el suelo. Harvey aprobó semejante previsión.

No era Maureen sino el senador Jellison quien se encontraba en la sala. Había desplegado varios mapas sobre la mesa del comedor, y en otras mesitas cercanas había listas y otros papeles. Una botella de bourbon, casi llena, descansaba en la mesa.

Los recién llegados dejaron sus botas en el porche y entraron en la gran casa de piedra. El senador se levantó, pero no tendió la mano.

—Le daré un trago si reconoce de antemano que esto no es permanente -dijo Jellison-. Hace tiempo, si uno ofrecía a un hombre alimentos y bebida, indicaba con ello que le consideraba un huésped. Eso no está aún decidido.

—Comprendo -dijo Harvey-. Me iría bien un trago.

—Bien. Al, lleva a las mujeres a la cocina. Ahí podrán secarse. Perdonen mis maneras, señoras, pero ahora estoy un poco apurado. — Esperó hasta que las mujeres salieron de la estancia e hizo una seña a Harvey para que se sentara. Mark permanecía indeciso junto a la puerta-. Usted también -dijo Jellison-. ¿Quiere beber algo?

—Desde luego, gracias -dijo Mark. Cuando el senador le pasó la botella, vertió una enorme cantidad de licor en su vaso. Harvey hizo una mueca y escrutó el rostro del senador. La expresión de éste no había cambiado.

—¿Está bien Maureen? — preguntó Harvey.

—Sí, está aquí -dijo Jellison-. ¿Dónde está su esposa?

Harvey notó que se sonrojaba.

—Murió. La asesinaron. Estaba en la casa cuando unos tipos decidieron atracarla. Si se entera de que pasa por aquí una camioneta azul escoltada por unos motociclistas...

—Eso no figura en mi lista de prioridades, pero lamento lo de su esposa. ¿Quiénes son las personas que ha traído con usted?

—La mujer más alta es Marie Vanee, mi vecina. Gordie Vanee se encuentra en Quaking Aspen, con un grupo de muchachos exploradores. Mi hijo está con él, y yo estoy con su mujer.

—Aja. Es una mujer elegante. ¿Puede andar por las montañas o esas botas que lleva son sólo de adorno?

—Puede andar por las montañas. También puede cocinar. No puedo abandonarla.

—Ya tengo cocineros. ¿Y los otros?

—Me salvaron la vida. Cuando descubrí el cadáver de Loretta quedé conmocionado. No hubiera podido sobrevivir sin su ayuda. — El whisky le animaba, y notaba la intensidad del interrogatorio del senador. Aquel hombre era juez y jurado, y no tardaría mucho en tomar su decisión—. Mark y Joanna me encontraron y cargaron conmigo hasta que volví a la vida. También trajeron a Marie. Están conmigo.

—Claro. Bien, ¿qué tiene para ofrecer?

Harvey se encogió de hombros.

—Un furgón todo terreno que sé cómo manejar. Alguna... qué diablos, mucha experiencia en prácticas de supervivencia. He sido corresponsal de guerra, piloto de helicóptero...

—Usted estaba en Los Angeles. ¿Vio lo que ocurrió?

—Mark y Joanna lo vieron. Tenemos información, si eso es útil.

—La información vale una comida y un trago. Usted me está diciendo que si le dejo quedarse, los otros también se tendrán que quedar.

—Sí; me temo que así es. Haremos lo que nos corresponda, suponiendo que pueda alimentarnos.

Jellison se quedó pensativo.

—Tiene usted un voto -dijo-. El de Maureen. Pero el mío es el que cuenta.

—Lo suponía. Entiendo que no están dispuestos a recibir refugiados. Después de lo del puente...

—¿El puente?

–El puente que salvaba un brazo del lago. Después que la presa cediera...

–¿La presa ha cedido? – Jellison frunció el ceño-. ¡Al! – gritó.

–Dígame, señor.

Hardy se presentó de inmediato, con la mano en el bolsillo del impermeable, que revelaba el bulto de un arma. Se relajó al ver a los tres hombres sentados en sillones, bebiendo tranquilamente.

–Dice que la presa ha reventado -le informó Jellison-. ¿Te han dicho algo de eso?

–Aún no.

–Ya. – Jellison hizo un gesto de asentimiento. Hardy pareció comprender lo que significaba-. Díganme qué pasó con el puente -solicitó el senador.

–Dos hombres lo volaron, poco después de que reventara la presa. Pusieron dinamita en ambos extremos.

–Maldita sea. ¿Cómo eran esos hombres. – Jellison escuchó y luego asintió de nuevo-. Sí, son los Christopher. Podemos tener problemas con ellos. – Se volvió hacia Mark-. ¿Ha estado en el ejército? – le preguntó.

–En la Marina -respondió Mark.

–¿Recibió entrenamiento básico? ¿Puede disparar?

–Sí, señor.

Mark empezó a contar una de sus historias de Vietnam. Podría ser cierta o no, pero Jellison no le escuchaba.

–¿Puede hacerlo? – preguntó a Randall.

–Sí, le he visto disparar -dijo Harvey. Empezó a relajarse, a sentir que se aflojaban los nudos de su cuello. Parecía como si el senador fuera a decidirse en su favor...

–Si se quedan aquí, formarán parte de mi equipo. Su lealtad me pertenecerá.

–Comprendo -dijo Harvey.

Jellison asintió.

–Bien, lo intentaremos.

*Mientras las aguas del Mediterráneo se retiran de las ciudades anegadas de Tel Aviv y Haifa, las tormentas de lluvia azotan las tierras altas de Sudán y Etiopía. Inmensas avenidas de agua se precipitan Nilo abajo para estrellarse contra la presa de Asuán, ya debilitada por los terremotos que siguieron al choque del cometa. La presa estalla y añade millones de toneladas de agua a la enorme crecida del río. Las aguas arrasan el delta del Nilo, las antiguas ciudades, El Cairo, socavan la Gran Pirámide, que se derrumba bajo el torrente.*

*Diez mil años de civilización son arrasados y transportados por el agua, desde la primera catarata hasta el Mediterráneo. Nada queda vivo en el delta del Nilo.*

## **EL MENDIGO**

*Escúchanos cuando te clamemos por quienes corren peligro en el mar.*

### **Himno de los marineros**

Eileen durmió en el asiento del coche, con el respaldo horizontal y el cinturón de seguridad desprendido. Se bamboleaba con el movimiento del vehículo. En una ocasión, Tim oyó el inicio de un ronquido. Alargó el brazo para abrochar el cinturón de la muchacha, pues entraban en una larga pendiente. Luego cerró el contacto del motor.

Recordó que su conductor había hecho lo mismo en Grecia. Allí todo el mundo bajaba así las pendientes de las colinas, incluso por la estrecha y retorcida carretera que iba a Delfos y a las Termópilas a través de Parnaso. Fue un viaje terrible, pero el conductor insistió. La gasolina en Grecia era la más cara del mundo.

¿Dónde estaban ahora las Termópilas? ¿Habrían arrasado las aguas la tumba de los Trescientos? Las olas no llegarían a Delfos, ni alcanzarían la altura de la Acrópolis. Grecia había sufrido desastres anteriores.

La carretera serpenteaba, se ladeaba, y Tim aminoró la velocidad para tomar una curva, frenando cautelosamente. Un largo trecho se extendía en línea recta, y luego la carretera seguía bajando, mojada, quebrada y retorcida. Después de haber visto a Eileen al volante, Tim se percataba de lo mal conductor que era.

La posición de las montañas había cambiado. Y, de repente, la carretera terminó ante el vacío. Tim frenó bruscamente y el vehículo se detuvo. Al bajar notó que la lluvia, que ahora caía con poca intensidad, ya no era salada.

La carretera, la pared rocosa del terraplén y parte de la montaña se habían desgajado, cayendo cinco metros o más. Debajo se había amontonado barro, y había lugares en los que el desnivel no era muy superior a un metro.

Los coches tenían que salvar obstáculos mayores que los de los anuncios televisivos. Tim recordó el anuncio de una camioneta con fragmentos de una película en los que el vehículo saltaba sobre zanjas, volaba por encima de terraplenes, y el anuncio decía que ni siquiera había sido modificado para hacer todo aquello... ¿Podría hacerlo su coche? No tenía elección, pues el desnivel de la carretera parecía extenderse a lo largo de kilómetros. Tim subió de nuevo al vehículo y retrocedió cincuenta metros. Reflexionó en el aspecto físico de la situación. Si el coche caía por el borde, aterrizaría de morro y podrían considerarse muertos. Tenía que avanzar horizontalmente, lo que suponía velocidad. Reducir la marcha sería suicida.

Puso el freno de mano, bajó del coche y se acercó de nuevo al borde. Se preguntó si debería despertar a Eileen, pero entonces vio las mortecinas luces de unos faros bajo la lluvia, y se decidió. No sabía quién podría aproximarse ni quería saberlo. Volvió al coche e hizo una ecuación mental para calcular la velocidad a que debería correr. Subió al vehículo y lo puso en marcha. Calculó que el coche tenía seis metros de largo. Para que la parte delantera descendiera menos de un metro antes de que la trasera se elevara del suelo y también empezara a descender, el vehículo tendría que salvar el desnivel en un tercio de segundo aproximadamente, lo cual significaba seis metros en un tercio de segundo o catorce metros por segundo, que venían a ser cincuenta kilómetros por hora.

Avanzó, pues, a cincuenta por hora, y el coche descendió casi dos metros. Tim sintió el impulso de frenar, pero no lo hizo. El coche cayó violentamente sobre el barro, y descendió por la pendiente embarrada de la carretera. A Tim le sorprendió que no hubiera ocurrido nada más y que continuaran la marcha como si tal cosa.

Eileen rebotó en el asiento y notó el violento tirón del cinturón de seguridad. Se incorporó parcialmente y miró afuera. No vio más que el campo húmedo. Parpadeó y, satisfecha, volvió a dormir.

Tim pensó que había estado dormida mientras él realizaba la mejor maniobra de conducción de su vida. Sonrió y cerró el contacto del motor para bajar otra pendiente pronunciada.

Una hora más tarde, Eileen aún dormía. Tim la envidió. Había oído hablar de personas que se pasaban durmiendo la mayor parte de su vida, seres conmocionados por la explosión de una bomba o amargamente decepcionados en su estado de vigilia. Podía comprender la tentación. Pero Eileen no era de aquellas personas. Ella necesitaba dormir, pues así estaría mucho más despierta cuando fuera necesario.

Llegaron a un tramo en el que la carretera estaba fragmentada, formando placas. Tim conectó el motor y mantuvo la velocidad, avanzando como si viajara de una isla de asfalto a otra. Recordó un programa de televisión que había visto sobre cierta carrera en Baja California. Un corredor dijo que la forma de avanzar por una mala carretera era hacerlo de prisa, de manera que uno no tocaba los baches sino que

volaba por encima de ellos. Cuando lo oyó, a Tim no le pareció una buena idea, pero ahora no parecía quedar más alternativa. Las placas se movían bajo el peso del vehículo y el impacto. Tim se aferraba al volante y tenía los nudillos blancos, pero Eileen sonreía en su sueño, como si se meciera en una cuna.

Tim se sentía muy solo. Su compañera no le había abandonado. Se había quedado con él, arriesgando su vida, pero estaba durmiendo mientras él conducía, la lluvia tamborileaba sobre el techo y la carretera presentaba extrañas transformaciones. En cierto lugar se elevó formando un arco grácil, como un puente futurista, debajo del cual corría un nuevo torrente. La cinta de asfalto no se había quebrado bajo su propio peso, todavía no, pero sin duda no soportaría el peso de un coche. Tim la rodeó, pasando sobre la corriente de agua. Por suerte las ruedas siguieron girando y el motor no se caló, y cuando le fue posible Tim regresó a la carretera.

Todos le habían abandonado, excepto Eileen. Podía comprender que el dinero y las tarjetas de crédito no valieran nada, pero una bala a través del parabrisas era algo distinto. Conducir a través del césped bien cuidado de un club de golf le había hecho sentirse como un vándalo. El observatorio... Pero Tim no quería pensar en ello. Había sido arrojado de su propia tierra, y al recordarlo sentía que le ardían las orejas. Era como la sensación de la cobardía.

Recorrieron las últimas curvas entre montañas. Luego la carretera se ensanchó y se convirtió en una larga línea recta. Tim no sabía dónde les conduciría, pero no quedaba más remedio que seguir adelante. Volvía a llover intensamente. Tim se atrevió a aumentar la velocidad hasta cuarenta kilómetros por hora.

—¿Qué tal vamos? —preguntó Eileen.

—Hemos salido de las montañas. La carretera es recta y no se ven interrupciones. Vuelve a dormir.

—Bueno.

Cuando la miró, Tim vio que estaba dormida de nuevo. Llegaron a una autopista. El letrero decía «A 99 Norte». Tim enfiló el carril de aceleración y pisó gas. Pasó al lado de coches detenidos bajo la lluvia, dentro y fuera de los carriles. También había gente. Tim se agachaba cada vez que veía algo que pudiera ser un arma. Una vez acertó: aparecieron dos hombres, uno a cada lado de la calzada, y alzaron un par de escopetas, haciendo gestos para que se detuviera. Tim se agachó, pisó a fondo el acelerador y se dirigió hacia uno de los hombres, el cual saltó sin vacilar y se perdió en la húmeda oscuridad. Tim agudizó el oído pero no oyó ningún disparo. Finalmente se irguió.

¿Qué sucedería? ¿Tal vez temían gastar municiones? ¿O quizás las armas estaban demasiado húmedas para disparar? Recordó las palabras de Harv Randall: «Si no puedes pasar sin saberlo...»

Todavía tenían gasolina y seguían adelante. La autopista estaba inundada de agua, que debía haber detenido a coches menos potentes que el suyo. Tim sonrió en la oscuridad. Había valido la pena pagar doscientos cincuenta mil dólares por tener el mejor coche.

De repente la lluvia redobló su intensidad. Durante unos instantes el chaparrón se abatió ferozmente sobre la tierra, y luego se detuvo. Tim siguió adelante hasta que la lluvia arremetió de nuevo. Entonces pisó los frenos. Tuvo la sensación de que el coche flotaba, antes de detenerse por completo. Habían llegado al final.

Eileen se incorporó. Enderezó el respaldo del asiento y se alisó la falta con gestos automáticos.

—Esto es un océano -dijo Tim.

Ella se restregó los ojos.

—¿Dónde estamos?

Tim encendió la luz del techo y desplegó el mapa sobre sus regazos.

—He seguido la dirección noroeste y cuesta abajo, hasta que salimos de las montañas, que eran muy numerosas. Luego ya no supe en qué dirección íbamos, así que seguí hacia abajo. Finalmente llegamos a la autopista noventa y nueve.

Tim estaba orgulloso. Con su deficiente sentido de la dirección podrían haber acabado en cualquier parte.

—Hemos ido bien por esta autopista. No ha habido más interrupciones. Encontramos a un par de tipos armados y un montón de coches parados, pero ningún problema serio. Naturalmente, había mucha agua en la carretera pero...

Eileen había escudriñado el mapa y ahora miraba hacia adelante, a través de la lluvia, siguiendo las líneas luminosas de los faros, y compuso el panorama a partir de indicios subliminales e imaginación, pues todo lo que podían ver bajo la grisácea luz crepuscular no era más que una extensión gris plateada de agua sobre la que se abatía la lluvia. No había luces por ningún lado. No había nada.

—A ver si puedes retroceder -le dijo Eileen, y se inclinó sobre el mapa, estudiándolo atentamente.

Tim hizo marcha atrás, apartándose del agua, hasta que ésta llegó sólo a los tapacubos.

—Tenemos problemas -dijo Eileen-. ¿Hemos pasado Bakersfield?

—Sí, no hace mucho.

Tim había visto las indicaciones de la autopista, las siluetas espectrales de edificios oscuros y una cadena montañosa con todas las elevaciones en ángulo recto.

Eileen frunció el ceño y entrecerró los ojos tratando de leer unas letras diminutas.

—Dice que Bakersfield está a ciento veinte metros sobre el nivel del mar.

Tim recordó los trechos desprendidos en la carretera de montaña.

—Yo no me fiaría ya de las elevaciones. Creo recordar que todo el valle de San Fernando se hundió doce metros durante el terremoto de Sylmar, y no fue un gran terremoto.

—Bien, a partir de aquí descendemos cada vez más. Estamos en las tierras bajas. Tim, ningún maremoto podría llegar hasta aquí, ¿verdad?

—No, pero está lloviendo.

—Sí, y no hay signos de que vaya a amainar. No creo que el cometa haya tenido que ver con esto. — El empezó a explicarle algo, pero Eileen le interrumpió—. Es igual, empecemos por el principio. ¿Dónde queremos ir?

—Eso es otro problema -dijo Tim-. Hemos de ir a los campos altos, por ejemplo alrededor del parque nacional Sequoia. Lo que no sé es por qué iban a querernos a nosotros allí. — No se atrevió a decir nada más.

Ella no dijo nada, esperando que él prosiguiera.

—Tenía una idea... -dijo Tim, pero la idea parecía evaporarse incluso antes de explicarla, como los restaurantes y buenos hoteles que había esperado encontrar en Tujunga. Mencionó su deseo y desaparecieron. Finalmente dijo lo que había pensado-: El rancho del senador Jellison. Yo contribuí con mucho dinero a su campaña. Y he estado en su rancho. Es perfecto. Si el senador está allí, nos dejará quedarnos. Y estará allí. Es lo bastante listo para eso.

—Y tú contribuiste con dinero a su campaña -dijo Eileen con una risita.

—Entonces el dinero valía lo suyo. Además, querida, eso es todo lo que tengo.

—De acuerdo. Yo no puedo pensar en un solo granjero que me deba algo. Y ahora los granjeros son los dueños de todo, ¿verdad? Tal como quería Thomas Jefferson. ¿Dónde está el rancho?

Tim dio unos golpecitos en el mapa, entre Springville y el lago Success, por debajo del montañoso parque nacional Sequoia.

—Aquí. Tendremos que ir un trecho con el agua al cuello, pero luego giramos a la derecha y podremos respirar de nuevo.

—Tal vez haya un camino mejor. Mira a tu izquierda. ¿No ves un terraplén de ferrocarril?

Tim encendió la luz del techo y los faros. Esperó un momento hasta que sus ojos se adaptaran...

—No veo nada.



—Pues está ahí -dijo Eileen, que miraba el mapa-. Es la línea del ferrocarril Southern Pacific. Da la vuelta y enfoca los faros en esa dirección.

Tim maniobró el automóvil tal como ella le decía.

—¿En qué estás pensando? ¿En coger el tren?

—No exactamente.

La luz de los faros no llegaba muy lejos a través de la lluvia. No mostraban más que aquel mar omnipresente en todas direcciones y la incesante cortina de agua.

—Tendremos que subir al terraplén a ciegas -dijo Eileen-. Ponte al lado.

Eileen se colocó ante el volante. Tim no adivinaba lo que pensaba hacer, pero se puso el cinturón de seguridad mientras ella ponía el motor en marcha y giraba hacia el sur, como si fueran a desandar el camino por el que habían venido.

—Hay gente allá abajo -dijo Tim-. Dos tipos armados. Además, no tenemos un sifón para robar gasolina, así que no debemos gastar demasiada.

—Vaya, todo son buenas noticias.

—Sólo lo digo para tu información.

Tim observó que el agua ya no llegaba a los tapacubos.

Hacia el oeste, las tierras más altas formaban negras jorobas en aquel mar poco profundo. Aquí había una plantación de almendros, allí una granja. Llegó un momento en que desapareció la carretera y Eileen giró bruscamente a la derecha. El coche empezó a hundirse al salir de la calzada firme y luego avanzó a través del agua y el barro.

Tim temía hablar y casi respirar. Eileen siguió un camino que cruzaba algunas de las negras jorobas de tierra emergida, pero no eran continuas. Estaban en un océano con islas, y avanzaban por él en medio de una interminable tormenta de lluvia. Tim se apoyaba con ambas manos en el tablero de instrumentos, y esperaba que el coche se hundiera de un momento a otro y llegara su fin.

—Allí -murmuró Eileen-. Allí.

El horizonte parecía algo más elevado. Poco a poco aquella elevación de la tierra fue haciéndose más nítida. Cinco minutos después se encontraban en la base del terraplén del ferrocarril, pero el coche no podría subir por allí.

Tim bajó del coche con la cuerda de remolque. La pasó por debajo de un raíl y tiró de ella en dirección

contraria, empujando con todas sus fuerzas por encima del terraplén, mientras Eileen intentaba que el coche subiera por la pendiente embarrada. Pero el vehículo resbalaba hacia atrás. Tim pasó la cuerda por debajo del otro raíl. La cogió por la parte floja, tirando de ella poco a poco. El coche subía y empezaba a caer de nuevo, momento en el que Tim tiraba con fuerza de la cuerda. Un movimiento en falso podría costarle caro. Había dejado de pensar. Así era más fácil aguantar la lluvia, el cansancio y la tarea imposible. Había olvidado sus inútiles triunfos anteriores.

Lentamente se dio cuenta de que el coche estaba sobre el terraplén, casi nivelado, y que Eileen hacía sonar el claxon. Retiró la cuerda, la enrolló y subió al coche.

—Buen trabajo -dijo Eileen.

Tim hizo un gesto de asentimiento y esperó. Si la energía y la determinación de Tim se habían agotado, ella aún conservaba las suyas.

—Muchos policías conocen este truco. Eric Larsen me lo explicó. Yo nunca lo había intentado... -Las ruedas del coche estaban sobre un raíl; Eileen dio marcha atrás y giró, y el vehículo se inclinó sobre el terraplén, avanzó de nuevo y de repente quedó equilibrado sobre ambos raíles-. Naturalmente, se necesitaba un coche adecuado -dijo Eileen, ya con menos tensión y más confianza-. Allá vamos...

El coche avanzó equilibrado sobre los raíles. Las ruedas tenían la anchura justa. Un nuevo mar plateado relucía a ambos lados. El coche se movía lentamente, se bamboleaba y recobraba el equilibrio, como si danzara, y el volante se movía constantemente bajo la dirección experta de Eileen.

—Si me hubieras contado esto no te habría creído -dijo Tim.

—No creía que tú pudieras subir aquí.

Tim no respondió. Vio claramente que las vías se hundían gradualmente en el agua, pero se reservó sus pensamientos.

Se deslizaban por aquel mar. Hacía horas que Eileen conducía sobre el agua. Tenía el ceño ligeramente fruncido, los ojos muy abiertos y estaba en una rígida postura vertical. Tim no se atrevía a hablarle.

No había nadie que les pidiera ayuda ni les encañonara. La luz de los faros y el resplandor de algún relámpago esporádico sólo les mostraba el agua y los raíles. Estos en algunos lugares quedaban totalmente sumergidos, y entonces Eileen reducía la marcha al mínimo y avanzaba a tientas. En una ocasión un relámpago iluminó el tejado de una gran casa, sobre el que había seis formas humanas embutidas en impermeables, las cuales se quedaron mirando aquel coche fantasmal que avanzaba a través del agua. Luego vieron otra casa, derrumbada y flotando sobre un costado, sin nadie en sus proximidades. En otra ocasión recorrieron kilómetros al lado de una plantación rectangular, un gran campo anegado del que sólo sobresalían las copas de los árboles.

—Me da miedo que nos paremos -dijo Eileen.

—Lo suponía. A mí me da miedo distraerte.

—No, háblame. No dejes que me amodorre. No quiero perder el contacto con la realidad. Esto es de pesadilla.

—Sí que lo es. Yo podría reconocer la superficie marciana de una ojeada, pero no hay ningún sitio así en el universo. ¿Viste a aquella gente que nos miraba?

—¿Dónde?

Naturalmente, ella no se había atrevido a apartar la vista de los raíles. Tim le habló de las seis personas en el tejado.

—Si sobreviven iniciarán una leyenda sobre nosotros, si alguien les cree.

—Me gustaría.

—Sería una leyenda como la del holandés errante... Pero no estaremos aquí para siempre. Estas vías nos llevarán hasta Porterville, y nadie tratará de detenernos.

—¿Crees que el senador Jellison nos admitirá en su propiedad?

—Claro que sí.

Y aunque aquella esperanza no se cumpliera, por lo menos estarían en una zona segura. Ahora lo importante era un truco mágico: ir hasta Porterville sobre vías de ferrocarril. Tim tenía que lograr que la mente de su compañera se concentrara en ello. Pero no esperaba la siguiente observación que ella le hizo.

—¿Me admitirán a mí?

—¿Estás loca? Eres mucho más valiosa que yo. Recuerda lo que ocurrió en el observatorio.

—Claro, después de todo soy una buena contable.

—Si en Springville están tan organizados como lo estaban en Tujunga, necesitarán un contable que se ocupe de la distribución de bienes. Es posible que tengan un sistema de trueque. Eso podría complicarse, si el dinero no vale nada.

—Tú si que estás loco, Tim -dijo Eileen-. Todo el que hace su propia declaración de la renta puede hacer cuentas. Todo el mundo menos tú. Tim. Los contables y los abogados dirigen este país, y quieren que todo el mundo sea como ellos, lo cual casi han conseguido.

—Ya no es así.

–Es mi opinión. Ahora hay contables a patadas.

–No me quedaré sin ti -dijo Tim.

–Ya lo sé. La cuestión es si nos dejan entrar o no. ¿Tienes hambre?

–Claro que tengo hambre, pequeña. – Tim buscó en el asiento trasero-. Tim nos dio crema de tomate y pollo con arroz. Todo concentrado. Podría poner las latas junto a la calefacción. ¿Puedes conducir con una sola mano?

–Me temo que no, en estas condiciones.

–Oh, no importa. Tampoco tenemos abrelatas.

Los pequeños milagros son más fáciles de comprender. Un pequeño milagro fue una carretera que sobresalía del mar y cruzaba las vías. Estas, de repente, aparecieron incrustadas en asfalto, y Eileen pisó el freno tan bruscamente que Tim estuvo a punto de golpearse con el parabrisas.

Pusieron los respaldos de los asientos en posición horizontal, se abrazaron y se dispusieron a dormir.

Eileen no tuvo un sueño tranquilo. Se movía, daba patadas, gritaba. Tim descubrió que si le pasaba la mano por la espalda se relajaba y dormía de nuevo, con lo que él también podía dormir un poco hasta la próxima vez. Se despertó sobresaltado en plena noche. El viento rugía, Eileen le clavaba las uñas y el coche se bamboleaba peligrosamente. Eileen tenía los ojos abiertos y apretaba los labios.

–Huracanes -dijo Tim-. Los han provocado los impactos en el océano. Por suerte hemos encontrado un lugar seguro. – Eileen no pareció tranquilizarse-. Aquí estamos a salvo -repitió Tim-. Podemos dormir tranquilos, que no nos ocurrirá nada.

Ella se echó a reír.

–¿Y qué ocurrirá si nos alcanza uno de estos huracanes cuando estemos en las vías?

–En ese caso, ojalá seas tan buena conductora como crees que eres.

–Oh, Dios mío -dijo ella y volvió a echarse a dormir, lo que a Tim le pareció increíble.

Se tendió junto a ella y se preguntó si los huracanes podían volcar coches. Uno podía apostar a que sí. Cuando se cansó de pensar en ello, pensó en el hambre que tenía. Tal vez podría utilizar el parachoques para abrir una lata de sopa. Después de que pasara el huracán.

Dormitó un poco, hasta que le despertó el silencio total. Ni siquiera llovía. Buscó una lata de sopa y bajó del vehículo. Dobló un poco el parachoques, pero logró abrir la lata. Tomó un poco de la crema condensada de tomate y, al alzar la vista, vio estrellas en el firmamento.

–Qué hermoso -murmuró, y entró precipitadamente en el coche.

Eileen estaba sentada. Tim le dio la lata de tomate.

–Creo que estamos en el centro del huracán. Si quieres ver las estrellas, míralas rápidamente y vuelve.

–No, gracias.

La sopa estaba fría y viscosa. Ambos tenían sed. Eileen puso la lata sobre el techo para recoger agua de lluvia, y se acostaron de nuevo para esperar la mañana.

Llovió de nuevo, violentamente. Tim sacó un brazo por la ventanilla para coger la lata, pero ésta ya no estaba. Encontró la lata de cerveza abandonada en el suelo y la llenó dos veces con el agua que caía desde el techo del coche.

Horas después remitió la violencia de la lluvia y empezó a caer con suavidad. La luz grisácea era suficiente para ver el mar que les rodeaba y en el que flotaban multitud de cosas. Había cadáveres de perros, conejos y ganado, pero los cadáveres humanos les superaban en número. Abundaba la madera, procedente de árboles, muebles y paredes de casas. Tim bajó del coche, recogió un montón de madera a la deriva y la colocó ante el calefactor del vehículo.

–Si encontramos refugio, aún nos queda la otra lata de sopa -dijo Tim.

–Muy bien.

Eileen se sentó erguida ante el volante y puso en marcha el motor. Tim no se ofreció a sustituirla. Sabía que ella liaría mucho mejor aquel trabajo, y, además, tampoco querría dejárselo a él.

Eileen entró una marcha, pero Tim le puso una mano sobre el hombro.

–Espera -le dijo, señalando afuera.

Ella asintió y colocó la palanca de cambios en punto muerto. Una ola gris plateada se acercaba a ellos. No era alta. Cuando llegó al coche no tendría más de sesenta centímetros de altura, pero el mar se había elevado por la noche, hasta llegar a los neumáticos. La ola chocó con el coche, lo elevó, lo arrastró y lo dejó de nuevo en el suelo con el motor todavía en marcha.

–¿Qué ha sido eso? ¿Otro terremoto? – preguntó Eileen en tono de fatiga.

–Yo diría que una presa se ha derrumbado en alguna parte.

–Vaya, sólo ha sido eso. – Eileen trató de reír-. ¡La presa se ha roto! ¡Poneos a salvo!

–Hay demasiada agua... Esta no será la única presa que ha cedido. Probablemente se han roto todas.

Es posible que en algunos lugares los ingenieros hayan podido abrir aliviaderos a tiempo, pero la mayor parte de las presas han cedido.

Aquello suponía que habría desaparecido la mayor parte de la energía eléctrica. Ni siquiera habría bolsas locales de electricidad. Tim se preguntó si las plantas eléctricas y los generadores habrán sobrevivido. Las presas podían reconstruirse.

Eileen puso el coche en marcha y empezó a avanzar lentamente.

Las vías del Southern Pacific les condujo la mayor parte del camino hasta Porterville. Las vías y el terraplén se elevaron gradualmente, hasta que ya no se vieron rodeados por agua, sino por tierra que parecía como si hubiera emergido recientemente de las profundidades. Era como si hubiera retornado la Atlántida. No obstante, Eileen siguió avanzando por las vías, aunque los hombros le temblaban a causa de la tensión.

—En las vías no hay gente ni coches parados -dijo a Tim-. Así evitamos todos esos obstáculos, ¿no te parece?

Sin embargo, no estaban totalmente solos. A veces pasaban junto a grupos aislados de refugiados, casi siempre familias, que caminaban penosamente siguiendo las vías.

—Siento dejarlos -dijo Eileen-, pero ¿cuáles deberíamos aceptar? ¿Los primeros que veamos? ¿Hemos de ser selectivos? Hagamos lo que hagamos, el coche se nos llenará de gente hasta el techo y habrá muchos más a los que no podremos llevar...

—Tienes razón -dijo Tim-. Tampoco nosotros tenemos ningún lugar donde ir.

Pero se preguntó hasta qué punto era correcta su actitud. ¿Qué derecho tenían a esperar que alguien les ayudara, cuando ellos mismos no ayudaban a nadie?

Al sudeste de Porterville enlazaron de nuevo con la autopista. Tim se puso al volante y Eileen se tendió en el asiento abatible, agotada pero incapaz de dormir.

La tierra parecía anegada recientemente. Tim estudió los edificios y vallas derrumbados, los árboles arrancados de cuajo, y llegó a la conclusión de que la inundación había llegado desde la dirección por la que viajaban. Había barro por todas partes, y Tim tuvo muchas ocasiones para sentirse orgulloso de su buen juicio. No creía que ningún coche del mundo pudiera llevarles por algunos de los lugares que habían recorrido.

—El lago Success -dijo Eileen-. Ahí había un gran lago, y la presa debe haber cedido. La carretera pasa al lado...

—¿Y qué?

—No sé si seguirá habiendo carretera -concluyó ella.

Siguieron adelante, hasta que llegaron a la bifurcación que, en condiciones normales, les habría llevado a las colinas.

La tierra estaba cubierta de barro, salpicada de vehículos en todas las posiciones imaginables. Había cadáveres, pero no personas vivas. La lluvia les impedía ver la zanja fangosa a su izquierda. La calzada empeoró, apareció inundada en algunos lugares y cubierta de barro en otros. Eileen volvió a ponerse al volante. Avanzó tratando de adivinar dónde estaba la carretera y esperando que aún se encontrara bajo el barro. El coche siguió moviéndose, pero más lentamente...

Finalmente vieron un campamento. Había media docena de coches, algunos de ellos tan buenos como el suyo. Había gente de ambos sexos y de todas las edades, una reunión de desamparados. A pesar de la lluvia, se las habían ingeniado para encender una hoguera, y tenían un montón de leña bajo una cubierta de plástico. La gente permanecía bajo la lluvia, mientras la madera se mantenía cerca del fuego para que se secara.

Tim bajó del coche llevando la madera que había recogido. Nadie le habló. Los niños le miraron desesperanzados. Finalmente, uno de los hombres se dirigió a él:

—No lo conseguirán -le dijo.

Tim no dijo nada y miró el barro que se había deslizado sobre la carretera, en el que se veían huellas de neumáticos. Si un coche podía atravesarlo...

—Ese no es el problema -dijo el hombre-. Nosotros pasamos ese obstáculo, pero más adelante hay un puente derrumbado.

—Se puede ir andando...

—Y un hombre con un rifle. No pierden tiempo en hablar. La primera vez que disparó, la bala pasó entre mi mujer y yo. Tuve la impresión de que el segundo tiro terminaría el trabajo. Ni siquiera vimos al tipo que disparaba.

De modo que habían llegado al final de la línea. Tim se sentó junto al fuego y se echó a reír, primero suavemente y luego de una manera histérica. Habían transcurrido dos días después del martes fatídico, las carreteras que conducían a las tierras altas habían desaparecido y era imposible llegar a la propiedad del senador. Había más hombres armados. El mundo les pertenecía. Tal vez el que disparaba era el senador. La idea era divertida, el senador Jellison vestido de etiqueta y armado con un rifle...

—Es verdad -dijo Tim-. Cuenta tu sueño y lo matarás. ¡Es verdad! — Se echó a reír de nuevo.

—Tenga. — Un hombre grueso, de hirsutos antebrazos, usó un pañuelo para retirar una pequeña lata del fuego. Vertió su contenido en un vaso de papel encerado y luego, como si le doliera hacerlo, sacó un frasco plano del bolsillo de su chaqueta. Echó un poco de ron al vaso y se lo ofreció a Tim-. Bébase

esto y no tire el vaso. Y deje de reírse así. Está asustando a los niños.

¿Y qué importaba que se asustaran? Pero Tim se sintió avergonzado, lo cual era natural en él.  
¿Cuántas veces le había dicho su madre que no hiciera escenas? ¿Y su padre, y todos los demás...?

El café perfumado tenía buen sabor y le reconfortó un poco. Eileen trajo la lata restante de sopa y la ofreció. Se sentaron en silencio, compartiendo lo que había: la copa, café instantáneo y un poco de conejo ahogado y asado sobre ascuas.

La conversación fue escasa. Finalmente los otros se levantaron.

—Vamos a ir hacia el norte -dijo un hombre, el cual reunió a su familia-. ¿Viene alguien conmigo?

—Desde luego.

Otros se unieron a él. Tim se sintió aliviado. Se marchaban, dejándole solo con Eileen. ¿Debería ir con ellos? ¿Para qué? Tampoco ellos tenían ningún lugar donde ir.

Los demás se levantaron y se dirigieron a sus coches, excepto el hombre corpulento que les había ofrecido el café. Permaneció sentado con su mujer y sus dos hijos.

—¿Vienes también, Brad? —preguntó el nuevo líder.

—El coche no funciona. — Señaló un Lincoln aparcado cerca del barro-. Creo que se ha roto un eje.

—¿Te queda gasolina? — preguntó el líder.

—No mucha.

—De todos modos lo intentaremos, si no te importa.

El hombre corpulento se encogió de hombros. Los demás utilizaron un sifón para extraer del Lincoln la poca gasolina que quedaba en el depósito. Sus coches ya estaban llenos y no quedaba sitio para nadie más. El líder de la expedición se detuvo y les miró como quien mira a los muertos.

—Ahí queda tu cubierta de plástico y tu café instantáneo.

Lo dijo en tono anhelante, pero como no obtuvo respuesta, dio media vuelta y se alejó. Los coches se pusieron en marcha y desaparecieron colina abajo.

Ahora eran seis personas junto al fuego.

—Me llamo Brad Wagoner -dijo el hombre corpulento-. Esta es Rosa, mi mujer, y mis hijos Eric y Concepción. El nombre del chico corresponde a mi familia y el de la niña a la de Rosa. Queríamos mantener esta distribución si teníamos más.



El hombre parecía contento de poder hablar con alguien.

—Yo soy Eileen, y él se llama Tim. Estamos... -Eileen hizo una pausa-. Naturalmente, en realidad no estamos encantados de conocerles, pero supongo que debo decirlo de todos modos. Y les agradecemos mucho el café.

Los niños estaban muy callados. Rosa Wagoner los abrazó y les habló en un español suave. Eran muy pequeños, de cinco o seis años como máximo, y se aferraban a su madre. Llevaban anoraks amarillos de nylon y zapatillas de tenis.

—No tienen adonde ir -dijo Tim.

Wagoner asintió en silencio.

Tim pensó que aquel hombre lo doblaba. Y tenía esposa y dos hijos. Sería mejor que se marcharan de allí antes de que le partiera el cuello y se quedara con el coche. Tim sentía miedo y estaba avergonzado, porque los Wagoner no habían dicho o hecho nada que mereciera sospechas. Pero estaban allí...

—No hay ningún sitio al que dirigirse -dijo Brad Wagoner-. Nosotros somos de Bakersfield. No queda mucho de la ciudad. Supongo que debimos haber ido de inmediato a las colinas, pero pensamos que tal vez encontraríamos suministros en la ciudad. Por poco nos ahogamos cuando reventó la presa. — Miró la empinada colina por encima de ellos-. Si dejara de llover quizá podríamos ver algún sitio por donde se pueda andar. ¿Tienen ustedes algún plan? — No pudo disimular la súplica en su voz.

—Pues no. — Tim se quedó mirando el fuego agonizante-. Conozco a alguien ahí arriba. Un político al que di un montón de dinero, el senador Jellison.

Pero ya había perdido la esperanza de llegar hasta el senador. ¿Qué harían ahora?

—Jellison -musitó Wagoner-. Yo voté por él. ¿Cree que eso podría contar? ¿Todavía va a intentar llegar allí?

—No se me ocurre qué otra cosa puedo hacer -dijo Tim en tono desesperanzado.

—¿Y ustedes qué harán? — preguntó Eileen, mirando los niños.

Wagoner se encogió de hombros.

—Supongo que buscar algún lugar y empezar de nuevo. — Se echó a reír-. Soy constructor de apartamentos. Gané mucho dinero con ese trabajo, pero... no tengo un coche tan bueno como el suyo.

—Le sorprendería saber cuánto me ha costado -dijo Tim.

El fuego se extinguió. Era hora de marcharse. Eileen se dirigió al coche, seguida de Tim. Brad Wagoner se quedó sentado con su mujer y sus hijos.

—No puedo soportarlo -dijo Tim.

—Yo tampoco. — Eileen le cogió la mano y se la apretó-. Señor Wagoner. Brad...

—¿Sí?

—Vamos, suban.

Eileen esperó hasta que los Wagoner estuvieron a bordo, los adultos en el asiento trasero y los niños en el suelo, detrás. Eileen dio media vuelta y bajó por la colina.

—Ojalá tuviera un buen mapa.

—Yo tengo mapas -dijo Wagoner. Sacó un papel mojado de un bolsillo interior-. Tenga cuidado, se rompe fácilmente cuando está húmedo.

Era un mapa del Auto Club del condado de Tulare, mucho mejor que el mapa que ellos habían usado.

Eileen detuvo el coche y examinó el mapa.

—Este puente de aquí, ¿es el que se ha derrumbado?

—Sí.

—Mira, Tim. Si hacemos marcha atrás y vamos hacia el sur, hay una carretera que va hacia las colinas.

—Sí, iremos más rápidos por ahí que por el Southern Pacific.

—¿Southern Pacific? — preguntó Rosa Wagoner.

Tim no le explicó a qué se refería. Avanzaron hacia el sur, hasta que encontraron un lugar resguardado junto a la carretera, en una pequeña elevación, y se detuvieron para dormir. Se turnaron para dejar que los Wagoner usaran los asientos abatibles mientras ellos se acurrucaban bajo la cubierta de plástico.

—Terreno elevado -dijo Tim-. Va hacia el noroeste, y esa carretera no está en el mapa.

Señaló un camino de grava pero que parecía en buenas condiciones y transitado. Se extendía en la dirección correcta.

A Eileen se le estaban terminando las esperanzas y al coche se le acababa la gasolina, pero avanzó por aquella carretera que serpenteaba cuesta arriba adentrándose en las colinas. Fue una suerte encontrarla, y más suerte aún que la lluvia, el barro y los huracanes no la hubieran destrozado. Pero la

suerte no podía protegerles del bloqueo con que se encontraron.

Había cuatro hombres robustos, como figuras del fútbol o matones mañosos de los seriales televisivos. Su corpulencia y sus armas les daban un aspecto poco amistoso, y no sonreían. Tim bajó del coche y uno de los hombres fue a su encuentro, mientras los otros no se movían de su sitio. Uno de ellos le pareció a Tim algo familiar. ¿Sería alguien que había visto en el rancho del senador? Eso no serviría de nada. Además, era otro hombre armado el que se había acercado a la barrera.

Tim era consciente de que tenía el aspecto de un mendigo, pero habló en tono tajante.

—Venimos a visitar al senador Jellison.

El tono imperioso le había costado la mayor parte de sus reservas de autodominio, pero no pareció impresionar al otro.

—¿Nombre?

—Tim Hamner.

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

—¿Quiere deletrearlo?

Tim así lo hizo, y se alegró de que no reconocieran su nombre. El hombre se volvió hacia uno de sus compañeros.

—Chuck, mira si Hamner figura en la lista del senador. H-A-M-N-E-R.

Uno de los guardas pareció reaccionar al oír el nombre y se acercó a la barricada. Tim estaba seguro de que le había visto antes.

—Tenemos una lista de la gente a la que podemos dejar pasar -dijo el primer guarda-. Y usted no figura en ella, amigo. Tenemos otra lista de profesiones. ¿Es usted médico?

—No...

—¿Herrero? ¿Maquinista? ¿Mecánico? Carpintero?

—¿No consta playboy retirado? ¿O astrónomo? — Tim recordó a Brad Wagoner-. ¿O contratista de edificios? — Había tenido una idea repentina, pero le interrumpieron.

Se oyó una voz desde un camión aparcado.

—No figura ningún Hamner.

—Lo siento -dijo el guarda-. No queremos que bloqueen la carretera, así que le agradeceremos que aparten ese coche para que no podamos verlo. Y no vuelvan por aquí.

Si uno cuenta sus sueños, no se realizarán. Tim empezó a marcharse, pero no podía hacerlo sin intentarlo más. Vio a Eileen, y Rosa Wagoner que le miraban desde el coche. Sus rostros lo decían todo. Sabían lo que pasaba.

No había más carreteras a la vista. Apenas les quedaba gasolina y, aunque encontraran otra carretera, aquella gente conocía bien la región. Si había algún buen camino de acceso al rancho lo habrían bloqueado.

¿Ir andando? El rancho del senador Jellison terminaba en un gran monolito blanco del tamaño de un edificio de apartamentos, y tal vez les matarían a tiros cuando llegaran allí.

Tim pensó que, en definitiva, si valía para algo era para hablar, no para encontrar la forma de colarse entre los arbustos... Volvió a la barricada. El hombre pareció decepcionado, pero no apuntaba directamente a Tim con el rifle.

—Su coche funciona bien y no está herido -dijo el hombre-. ¿Qué más quiere?

—¡Chescu! —gritó Tim-. ¡Mark Chescu!

—Es Czescu -dijo uno de ellos-. Hola, señor Hamner.

—¿Ibas a dejar que me marchara, sin hablar conmigo siquiera?

Mark se encogió de hombros.

—La verdad es que no soy quien manda aquí.

—¿Quién si no? —dijo uno de los hombres fornidos.

—Pero... Mark, ¿podemos hablar? —preguntó Tim-. Tengo una idea...

Pensó rápidamente en algo que Wagoner había dicho. Era constructor de apartamentos, pero...

—Sí, podemos hablar -le dijo Mark-, pero no servirá de mucho. — Entregó su rifle a uno de sus compañeros y rodeó la barrera-. ¿De qué quiere hablar?

Tim le llevó hasta el coche.

—Brad, usted dijo que construye apartamentos. ¿Es contratista o arquitecto?

—Ambas cosas.

–Eso me parecía -dijo Tim. Hablaba apresuradamente-. Así pues, entiende de cemento armado y trabajos de construcción. ¡Podría construir una presa!

Wagoner frunció el ceño.

–Supongo...

–¿Lo ves? – dijo Tim en tono de triunfo-. Presas. – Señaló el mapa del Auto Club-. Mira, hay centrales eléctricas y presas junto a la carretera, a partir de aquí y hasta la Sierra, y esas presas reventarán, pero algunas de las pequeñas centrales eléctricas seguirán ahí. Y yo sé bastante de electricidad para hacerlas funcionar si alguien puede construir la presa. Tenéis aquí un equipo completo de electricidad y construcción. Eso debe valer algo.

Tim mentía, pero no creía que aquellos hombres supieran lo bastante de electricidad para hacerle un examen. Y, por otra parte, conocía la teoría, aunque se le hubieran olvidado un poco los aspectos prácticos de los alternadores polifásicos.

Mark pareció pensativo.

–¡Maldita sea! – gritó Tim-. ¡Le di a Jellison cincuenta mil dólares cuando el dinero valía para algo! ¡Al menos puedes decirle que estoy aquí!

–Sí, déjame pensar en ello -dijo Mark.

Lo que Tim decía tenía sentido. Y aquel hombre había sido amigo de Harvey Randall. Si Hamner se hubiera marchado sin reconocerle, hubiera podido olvidar eso, pero no ahora. Harv lo descubriría y tal vez no le gustara. Y cincuenta mil dólares... Mark no había pasado mucho tiempo con el senador, pero Jellison estaba, en cierta forma, chapado a la antigua y tal vez pensara que eso era importante. Estaba también lo que Tim había dicho sobre las presas y las centrales eléctricas. Mark les hubiera dejado pasar, pero no podía. Los Christopher no se lo permitirían, pero todavía escucharían a Jellison.

Mark miró al hombre que acompañaba a Tim, un tipo robusto.

–¿Ha estado en el Ejército? – le preguntó.

–En los marines -dijo Wagoner.

–¿Sabe disparar?

–Todos los marines son primero fusileros. Sí.

–De acuerdo. Lo intentaré. – Mark regresó a la barricada-. Este tipo parece ser un viejo amigo del senador -dijo a los otros-. Iré a decírselo.

El guarda corpulento pareció pensativo. Tim contuvo el aliento.

–Puede esperar -dijo finalmente. Alzó la voz y añadió-: Pónganse al lado y quédense en el coche.

–De acuerdo. – Tim subió al vehículo. Lo apartaron de la carretera hasta dejarlo casi al borde de la cuneta-. Si viene alguien en plan de pelea, estaremos apartados de las balas perdidas.

Observó que Mark ponía en marcha una moto y se alejaba.

–¿Es probable que haya lucha? – preguntó Rosa Wagoner.

–No lo sé -respondió Tim, acurrucándose en el asiento-. Ahora vamos a esperar y a ver.

Eileen se rió. Imaginó a Tim tratando de poner en marcha un enorme generador.

–Toca madera -le dijo.

–Usted le conocía, yo no -dijo el senador Jellison-. ¿Es de alguna utilidad?

Harvey Randall se quedó un momento pensativo.

–Sinceramente no lo sé. Ha llegado hasta aquí y eso dice mucho en su favor. Es un superviviente.

–O ha tenido suerte -dijo Jellison-. Hamner, el Hamner-Brown... No ha sido afortunado para el mundo. Sí ya sé que descubrir no es inventar. Mark, ¿dices que el otro tipo ha sido marine?

–Eso dice. Y lo parece, senador. Es cuanto sé.

–Seis personas más. Dos mujeres y dos niños. – Jellison reflexionó-. Harvey, ¿qué le parece ese proyecto de hacer que las plantas de electricidad funcionen de nuevo?

–La idea parece útil.

–Sí, pero, ¿puede hacerlo ese Hamner?

Harvey se encogió de hombros.

–La verdad es que no lo sé, senador. Es universitario. Debe saber algo, aparte de astronomía.

–Y yo estoy en deuda con él -dijo Jellison-. La cuestión es si le debo suficiente. Aquí podemos pasar hambre este invierno. – Se quedó de nuevo pensativo-. El tipo que descubrió el cometa. Eso me dice una cosa, que probablemente tiene paciencia. Y podemos establecer un puesto de vigilancia en lo alto del despeñadero, donde esté alguien que vigile de veras. Y tenemos un marine que tal vez construya presas o no. ¿Fue oficial o soldado raso, Mark?

–No lo sé, senador. Supongo que oficial, pero no podría asegurarlo.

—Sí. Bien, siempre me gustaron los marines. Mark, ve y dile al señor Hamner que hoy es su día de suerte.

El rostro de Mark lo dijo todo. Tim lo supo cuando Mark se acercó al coche.

Estaban a salvo. Después de todo lo ocurrido, estaban a salvo. A veces los sueños se convierten en realidad, aunque uno los cuente.

## **LA FORTALEZA: DOS**

*La importancia de la información es directamente proporcional a su eventualidad.*

Tesis fundamental de la teoría de la información

Montar guardia no era algo que entusiasmara a Al Hardy, pero no tenía elección. Alguien tenía que vigilar, y los trabajadores del rancho eran más útiles en otros menesteres. Además, Hardy podía tomar decisiones en nombre del senador.

Ansiaba el fin de todo aquello. No creía que faltara mucho tiempo hasta que pudieran prescindir de guardas junto a la puerta del rancho. Ahora el bloqueo de la carretera detenía a la mayor parte de los intrusos, pero no a todos. Algunos llegaban andando desde el inundado valle de San Joaquín. Otros bajaban de Sierra Alta, y muchos forasteros habían llegado al valle antes de que los Christopher empezaran a cerrarlo. Muchos de ellos seguirían su camino sin que el senador se lo impidiera. Poder hablar con el senador era muy importante.

Sí, al viejo no le gustaba echar a la gente, y por ese motivo Al no permitía que muchos llegaran hasta él. Formaba liarte de su trabajo, como siempre: el senador decía que sí a la gente, y Al Hardy decía que no.

Si no los detenían, su número aumentaría de hora en hora, y el senador estaba muy ocupado. Si Al no montaba guardia lo harían Maureen y Charlotte, lo cual no serviría de nada. La caída del cometa sólo había tenido un aspecto positivo, y era que el movimiento femenino de liberación había desaparecido milésimas de segundo después del choque...

Al tenía que encargarse de un montón de papeleo. Hizo listas de los artículos que necesitaban, distribuyó las ocupaciones de la gente, elaboró los detalles de los proyectos generales ideados por el senador, y todo ello estaba detallado en los papeles que revisaba atentamente en el coche, deteniéndose sólo cuando veía que alguien se aproximaba al camino de acceso.

Era imposible distinguir a aquella gente. Todos los refugiados parecían iguales: semiahogados. medio muertos de hambre y peor cada día. Aquel sábado su aspecto era atroz. Cuando era el consejero político del senador Jellison, Al Hardy se había considerado un buen juez de los hombres. Pero ahora no había nada que juzgar. Tenía que recurrir al método de costumbre.

Aquellos espantapájaros ambulantes que habían llegado a pie, por ejemplo, acompañados de dos niños y con un tercero en brazos... Pero el hombre y la mujer afirmaron que eran médicos, y conocían la jerga... Eran especialistas. La mujer era psiquiatra, pero incluso ella tenía un diploma en práctica general, de manera que podía ofrecer unos servicios.

Otro refugiado errante era un gigante desabrido, ejecutivo de una cadena de televisión. Tuvieron que devolverlo a la carretera, y el tipo no dejó de blasfemar hasta que el compañero de Hardy vació un cargador a través de la ventanilla del coche.

Hubo incidentes más violentos, como el ocurrido con un hombre vestido con los restos de un buen traje, cortés y que hablaba un inglés muy correcto. Había sido concejal en una localidad del valle, y cuando bajó de su coche se acercó a Al y mostró la pistola escondida en el bolsillo de su impermeable.

–Levante las manos -dijo a modo de saludo.

–¿Está seguro de que quiere hacer las cosas de esta manera? – le preguntó Al.

–Sí. Lléveme dentro.

–De acuerdo.

Al levantó las manos y al instante se oyó un disparo y una bala atravesó la cabeza del concejal, pues, naturalmente, levantar la mano derecha era la señal convenida entre Al y el otro guarda oculto. Lástima que el concejal no hubiera leído a Kipling:

*Sólo gracias a mí has cabalgado tanto tiempo vivo,  
sin hallar una roca en veinte millas, ni un bosquecillo.  
Pero uno de los míos estaba presto a disparar su arma,  
y si hubiera alzado un poco mi mano  
los feroces chacales tendrían un festín,  
si hubiera inclinado la cabeza  
el milano que ahora vuela sobre nosotros*



*se atracaría hasta que ya no pudiera volar...*

Un camión pequeño subió por el sendero. Lo conducía un hombre delgado y peludo, con un bigote de guías caídas. Al pensó que sería de la región. Todo el mundo tenía pequeños camiones en aquellos contornos. Tal vez lo habría robado, pero en ese caso, ¿por qué iría con él al rancho del senador? Al bajó del coche y se acercó a la puerta de la valla, chapoteando en el agua embarrada.

Alvin Hardy dijo al recién llegado lo mismo que decía a todo el mundo.

—Enséñeme las manos. No estoy armado, pero hay un hombre con un rifle de mira telescópica al que usted no puede ver.

—¿Sabe ese hombre conducir un camión?

Al Hardy miró fijamente a aquel hombre.

—¿Qué?

—Lo primero es lo primero. — El hombre buscó en la saca que descansaba en el asiento de al lado—. Traigo el correo. Sólo hay una carta certificada, pero el senador tendrá que firmar el recibo. Y hay un oso muerto...

—¿Pero qué dice? — preguntó Al.

El método de costumbre no parecía surtir buenos efectos.

—Un oso muerto. Lo maté esta mañana. No tuve alternativa. Estaba durmiendo en el camión y un enorme brazo negro y peludo rompió el parabrisas y penetró en la cabina. Era enorme. Retrocedí cuanto pude, pero él siguió avanzando, así que cogí esta Beretta que encontré en el rancho Chicken y atravesé de un tiro un ojo del animal. Es un montón de carne y...

—¿Quién es usted? — quiso saber Al.

—¡Soy el maldito cartero! ¿Quiere prestar atención a lo que le digo? Hay ahí de ciento cincuenta a trescientos kilos de carne de oso, por no hablar de la piel, esperando que la recojan cuatro hombres fuertes con un camión, y si no lo hacen rápido va a empezar a estropearse. Yo no he podido mover ese oso, pero si envía un grupo a recogerla, tal vez impida que algunas personas se mueran de hambre. Y ahora necesito que el senador firme el recibo de esta carta. Y hágame caso, envíe a por el oso ahora mismo.

Aquello era excesivo para Al Hardy. Demasiado. No podía pensar más que en la pistola del cartero.

—Tendrá que darme esa Beretta y llevarme arriba -le dijo.

—¿Darle mi arma? ¿Por qué diablos tengo que hacerlo? — preguntó Harry-. Bueno, es igual, si eso le hace feliz. Tenga.

Le ofreció la pistola, que Al se apresuró a coger. Luego abrió la puerta.

—¡Dios mío, senador! ¡Es Harry! — gritó la señora Cox.

—¿Harry? ¿Quién es Harry?

El senador Jellison se levantó de la mesa cubierta de mapas, listas y diagramas, y se acercó a la ventana. Sí, allí estaba Al con otra persona, en un camión. Era un hombre barbudo y con un gran bigote, un tipo vestido de gris.

—¡El cartero! — gritó Harry al acercarse al porche.

La señora Cox fue corriendo a la puerta.

—¡Harry, no esperábamos verte de nuevo!

—Hola -dijo Harry-. Carta certificada para el senador Jellison.

Carta certificada. Secretos políticos de un mundo muerto que se estaba enterrando a sí mismo. Arthur Jellison fue hacia la puerta. Era el cartero, en efecto, Llevaba los restos de un uniforme del Servicio Postal y parecía un poco cansado.

—Pase -dijo Jellison, mientras se preguntaba qué diablos estaba haciendo aquel tipo.

—Senador, Harry mató un oso esta mañana -dijo Al Hardy-. Será mejor que envíe algunos hombres a recogerlo antes de que se lo coman los buitres.

—No irá usted con mi pistola -dijo Harry en tono indignado.

—Oh. — Hardy se sacó el arma de un bolsillo y la miró de un modo vacilante-. Es esta, senador -dijo, poniéndola en las manos de su jefe. Luego salió a toda prisa, dejando a Jellison con el arma entre las manos y todavía más confundido.

—Creo que es usted la primera persona que ha sido capaz de aturdir a Hardy -dijo Jellison-. Venga aquí. ¿Visita todos los ranchos?

—Sí, señor.

—¿Y quién cree que va a pagarle ahora que...?

—La gente a la que llevo mensajes -dijo Harry-. Mis dientes.

La indirecta no se podía pasar por alto.

—Señora Cox, a ver si encuentra algo...

—En seguida -dijo la interpelada desde la cocina, y poco después apareció con una taza de café. Jellison observó que era una taza muy bonita, una de las mejores, y contenía un poco del último café del mundo. Estaba claro que la señora Cox tenía a Harry en alta estima.

Aquello al menos le decía algo positivo. Devolvió la pistola a su dueño.

—Lo siento. Hardy tenía instrucciones...

—Claro.

El cartero se guardó la pistola en un bolsillo. Tomó un sorbo de café y suspiró.

—Siéntese -dijo Jellison-. ¿Ha recorrido todo el valle?

—He estado en casi todos los sitios.

—Dígame pues cómo están las cosas...

—Creía que nunca iba a preguntármelo.

Harry había estado en casi todas partes. Contó su historia con sencillez, sin fiorituras. Había decidido limitarse a los hechos. Contó que la camioneta había volcado, que las líneas eléctricas y telefónicas habían sido derribadas. Que las carreteras estaban interrumpidas en diversos puntos y había que desviarse por tales y cuales lugares. Los Miller estaban bien, el Shire todavía funcionaba. Muchos Nombres estaba desierto cuando volvió con el camión, y los cadáveres... Pero no, iba demasiado deprisa. Contó el asesinato en el rancho de los Román. Jellison frunció el ceño y Harry fue hasta la mesa para señalar la situación del lugar en el gran mapa del condado.

—¿Y dice usted que no había rastro de los propietarios pero que alguien le disparó y mató a su acompañante?

—Exacto.

Jellison asintió. Había que tomar alguna iniciativa, pero primero tendría que hablar con los Christopher, hacerles compartir los riesgos de una acción policial.

—Y la gente de Muchos Nombres iban a visitarle -dijo Harry-. Fue ayer, antes de mediodía.

—Por aquí no han aparecido. Tal vez estén en el pueblo. ¿Qué tal la tierra por allí? ¿Había algo plantado?

–Poca cosa. Casi todo eran hierbajos -dijo Harry-. Pero tengo pollos. ¿Tiene usted pienso para pollos?

–¿Pollos?

¡Aquel tipo era una mina de información!

Harry le habló de los Sinanian y el rancho Chicken.

–Había montones de pollos, y me temo que se morirán de hambre o se los comerán los coyotes, así que podría servirse usted mismo. Yo sólo quiero unos cuantos. Había un gallo y espero que esté vivo. De lo contrario tendré que pedir uno prestado...

–¿Va a hacerse cargo de la granja? – preguntó Jellison.

Harry se estremeció.

–¡Oh, no, en absoluto! Pero me pareció que no estaría mal tener unos cuantos pollos alrededor.

–De modo que vuelve usted allí...

–Cuando termine la ruta -dijo Hardy-. Pararé en otros lugares durante el camino de regreso.

–¿Y luego, qué? – preguntó Jellison, aunque ya sabía la respuesta.

–A empezar de nuevo, naturalmente. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Exactamente lo que pensaba el senador.

–Señora Cox, ¿hay alguien que corra rápido y esté disponible?

–Mark -dijo ella, en tono reprobatorio. Aún no las tenía todas consigo con respecto a Mark.

–Mándele al pueblo para que averigüe lo ocurrido con esos turistas de Muchos Nombres. Tenían que haber venido a verme.

–De acuerdo -dijo ella, y salió murmurando algo.

Era preciso que los teléfonos volvieran a funcionar. La noche anterior su hija le habló de la posibilidad de montar un telégrafo. Había planos en uno de sus libros, y naturalmente todavía se podían utilizar los cables de las antiguas líneas telefónicas.

Después de dar el encargo a Mark, la señora Cox preparó el almuerzo. De momento tenían comida de sobras; restos de lo que enlataban, los últimos productos de la huerta, pero aquello no duraría mucho...

Harry había estado incluso fuera de los límites del valle. Siguió el recorrido de la carretera sobre el mapa.

—El rancho de Deke Wilson está en mi ruta -dijo a Jellison-. Está organizado más o menos como usted. Se encuentra a unos cincuenta kilómetros al sudoeste.

—¿Y cómo se las arregló para entrar de nuevo en el valle? — le preguntó Jellison.

—Por la carretera del condado.

—Está bloqueada.

—Oh, sí. El señor Christopher está allí.

—¿Y cómo diablos le dejó pasar? — Nada de lo que le dijera Harry sorprendería ahora a Jellison.

—Le saludé con la mano y él me devolvió el saludo -explicó Harry-. ¿No tenía que dejarme pasar?

—Claro que sí -dijo Jellison, aunque aquello le parecía la tanto absurdo-. ¿Le contó usted todo esto?

—Todavía no -dijo Harry-. Había otras personas tratando de hablar con él. Además, estaba armado y en compañía de cuatro tipos imponentes. No parecía el momento adecuado para tener una charla amigable.

Jellison se enteró también de la inundación. El relato de Harry confirmaba lo que el senador ya sabía, que el valle de San Joaquín se había convertido en un gran mar ulterior, con una profundidad de treinta metros o más en algunos lugares, y que el agua lamía los bordes de las colinas. Las plantaciones de almendros habían sido desgajadas por los huracanes. Había muertos y moribundos por todas partes. Era casi seguro que se declararía una epidemia de tifus si alguien no hacía algo, ¿pero qué?

En aquel momento, Mark entró en la sala.

—Sí, señor, la gente de Muchos Nombres estuvo aquí ayer. Trataron de comprar comida, pero no se llevaron gran cosa. Supongo que habrán vuelto a su casa.

—Si es así, se morirán de hambre -comentó Harry.

—Invítales a la reunión en el pueblo -dijo Jellison-. Tienen tierras...

—Pero no tienen ni idea del trabajo agrícola -dijo Harry-. Se me olvidó decírselo. Esa gente está deseosa de trabajar, pero no saben qué están haciendo.

Arthur Jellison tomó otra nota. Lo que Harry contaba llenaba muchas lagunas de información.

—Y dice usted que Deke Wilson se ha organizado.

Aquello era también una noticia, y de una zona exterior al valle. Jellison decidió enviar a Al Hardy para que se entrevistara con Wilson. Era mejor estar en buenas relaciones con los vecinos. Mark podría llevar a Hardy en la moto.

Había muchas otras cosas que hacer. En lo más profundo de su ser, Arthur Jellison estaba cansado como jamás lo había estado en Washington. Pensó que tendría que tomarse las cosas con calma.

*Kilómetros cúbicos de agua se han evaporado, y las nubes preñadas de lluvia envuelven la Tierra. Frentes fríos se forman en la base del Himalaya y tormentas de lluvia se abaten sobre la India nororiental, el norte de Birmania y las provincias chinas de Yunan y Sezuán. Los grandes ríos del Asia oriental, el Brahmaputra, el Irrawaddy, el Salween, el Mekong, el Yangtze y el Amarillo, tienen todos su origen en las laderas del Himalaya. Las inundaciones se extienden por los fértiles valles de Asia, y las lluvias siguen cayendo en las tierras altas. Las presas se rompen y las aguas se precipitan y avanzan hasta encontrarse finalmente con las revueltas aguas saladas impulsadas tierra adentro por las grandes olas y los tifones.*

*Mientras llueve en toda la Tierra, surge más vapor de los mares calientes, en los puntos donde han chocado fragmentos del cometa. El agua no se eleva sola, sino acompañada de sal, tierra, polvo de roca y elementos evaporados de la corteza terrestre. Los volcanes lanzan más miles de millones de toneladas de humo y polvo que se elevan hacia la estratosfera.*

*A medida que el cometa Hamner-Brown se retira hacia el espacio profundo, la Tierra parece una perla brillante con ardientes puntos luminosos. El albedo terrestre ha cambiado. El calor y la luz del sol son reflejados en mayor medida hacia el espacio, alejándose de la Tierra. El cometa ha pasado, pero sus efectos permanecen. Algunos de ellos son temporales, como los maremotos que se originan todavía en las cuencas oceánicas, algunos de ellos en su tercer viaje; huracanes y tifones que azotan tierra y mar; las tormentas de lluvia que envuelven todo el planeta.*

*Otros efectos son más permanentes. En el Ártico, el agua cae en forma de nieve que no se fundirá en cientos de años.*

## **Cuarta parte – TRAS EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO**

He aquí que vi un caballo blanco, y el que iba sentado en él tenía un arco, y le fue dada una corona y salió a completar su victoria.

*Salió otro caballo rojo como el fuego, y al que iba sentado en él se le concedió quitar de la tierra la paz para que se mataran atrozmente los unos a los otros, y le fue dada*

*una gran espada.*

Una revelación a San Juan.

## PRIMERA SEMANA: LA PRINCESA

*Dudar de todo o creer en todo son dos soluciones igualmente convenientes; ambas ahorran la necesidad de la reflexión.*

H. Poincaré.

Maureen Jellison se detuvo en la cresta de la colina. Estaba empapada por la lluvia cálida. Los relámpagos brillaban en lo alto de las montañas. Maureen se acercó a la profunda grieta en la prominencia granítica. La superficie estaba resbaladiza. Sonrió al pensar en que su padre le había dicho que no subiera allí sola incluso antes de que ocurriera...

Le era difícil terminar aquel pensamiento. No sabía cómo nombrar a lo que había sucedido. El fin del mundo parecía trivial, y ni siquiera era cierto, al menos de momento. El mundo no había llegado a su fin en el rancho al que ahora llamaban la Fortaleza. Maureen no podía ver el valle allá abajo, oculto por la cortina de lluvia, pero sabía que estaba lleno de actividad. Se estaba haciendo un inventario de todo lo que podría ayudarles a superar el invierno, desde gasolina hasta cacerolas. Al Hardy se ocupaba de ello de manera sistemática, y utilizaba a Maureen, Eileen Hamner y Marie Vanee como agentes que visitaban todas las casas del valle.

—Somos unos husmeadores -gritó Maureen al viento y la lluvia. Añadió en voz baja:- Y no sirve de nada.

Tener que husmear no le molestaba. Si algo era necesario, si algo podría salvarles, sería el cuidadoso trabajo de Al Hardy, y no husmear o tratar de ocultar sus posesiones. Quienes hacían esto último estaban locos, pero no era eso lo que molestaba a Maureen, sino la actitud de quienes la recibían bien, los que creían sin el menor género de dudas que el senador Jellison les garantizaría la subsistencia y que eran felices de un modo patético al ver a su hija. No les importaba que ella había ido a su casa a husmear y quizás a llevarse sus pertenencias. Ofrecían de buen grado todo cuanto tenían, gratuitamente, a cambio de una protección que no existía.

Algunos granjeros y rancheros tenían orgullo e independencia. Comprendían la necesidad de organización, pero eso no les hacía sentirse serviles. Los demás, en cambio, los patéticos refugiados que habían conseguido rebasar los bloqueos de las carreteras..., los patéticos refugiados procedentes de la ciudad que tenían casas en el valle y que habían huido para evitar el choque del cometa pero que no tenían idea de lo que harían ahora, incluso los campesinos cuyo subsistencia dependía de los

camiones que transportaban pienso, los vagones de ferrocarril refrigerados y el clima de California... Para ellos los Jellison eran el «gobierno», que cuidaría de ellos como siempre lo había hecho.

Maureen no podía soportar aquella responsabilidad. Les contaba mentiras deliberadamente. Aquel año no habría cosechas en ninguna parte. ¿Cuánto tiempo les mantendría vivos el botín obtenido en los almacenes inundados? ¿Cuántos refugiados más había en la cuenca del San Joaquín, y qué derecho tenía ella a vivir cuando el mundo estaba agonizando?

Brillaron los relámpagos, ahora cerca de donde Maureen se hallaba. Permaneció inmóvil sobre el granito, en el borde. «Yo quería objetivos. Ahora ya los tengo, pero son excesivos.» Su vida ya no giraba en torno a la vida social de Washington y sus chismorrerías. No podía decir que sobrevivir al fin del mundo fuera trivial... y, sin embargo, lo era. Si la vida iba a limitarse a la mera existencia, ¿cómo iba a ser de otro modo? En Washington era más cómoda. Era más fácil ocultar el sufrimiento. Aquella era la única diferencia.

Oyó el ruido de pasos detrás de ella. Alguien se acercaba a la cresta de la colina. Maureen no estaba armada y tenía miedo. Pensó que sentir temor ahora era algo ridículo: estaba al borde de un precipicio, sobre un saliente granítico, rodeada por los relámpagos amenazadores, y si esta situación le atemorizara estaría justificado. No obstante, era la primera vez que sentía miedo por la proximidad de un extraño en el valle, lo cual aumentaba su pánico. El Martillo cósmico lo había destrozado todo, había acabado con su refugio. Miró el borde del precipicio y adelantó ligeramente su cuerpo. Sería tan fácil lanzarse al vacío...

El hombre se acercó más. Llevaba un impermeable y un sombrero de ala ancha; sostenía un rifle resguardado de la lluvia debajo del impermeable.

—¿Estás ahí, Maureen? — le gritó.

Ella sintió que el alivio llegaba a oleadas. Estuvo a punto de echarse a reír como una histérica.

—¡Harvey! ¿Qué haces aquí?

Harvey Randall llegó al borde de la roca. Se notaba en su actitud la aprensión que sentía. Maureen recordó que temía las alturas y se acercó a él, apartándose de la hendidura.

—Yo soy el que debe estar aquí. ¿A qué diablos has venido?

—No lo sé. Supongo que a mojarme. — Tras pronunciar aquellas palabras se dio cuenta de que eran ciertas. Estaba empapada, a pesar del impermeable, y tenía las botas llenas de agua. Tenía la espalda fría y húmeda-. ¿Y tú por qué has de estar aquí?

—Servicio de guardia. Tengo un refugio cerca de aquí. Vamos, resguardémonos de la lluvia.

—De acuerdo.



Harvey echó a andar por la cresta de la colina, y ella le siguió pasivamente.

El refugio estaba a cincuenta metros, y estaba formado por grandes piedras apoyadas unas en otras y un tosco cobertizo de madera y bolsas de basura de plástico. En el interior no había más luz que la grisácea claridad procedente del exterior. El mobiliario consistía en un colchón neumático y un saco de dormir. Una caja de madera servía de banco. De un poste clavado en el suelo colgaban varios objetos: una corneta, una bolsa de plástico con libros en rústica, unos prismáticos, una cantimplora y un recipiente con comida.

–Bienvenida al palacio -dijo Harvey-. Quítate esa ropa mojada y sécate un poco.

Harvey hablaba tranquilo, con naturalidad, como si no fuera nada extraño encontrar a la muchacha sola en un saledizo rocoso y en medio de una tormenta eléctrica.

El refugio era grande. Había sitio suficiente para moverse con holgura. Harvey se quitó el impermeable y el sombrero, y ayudó a Maureen a quitarse la chaqueta empapada. Colgó las ropas húmedas en unos clavos cerca de la abertura de entrada.

–¿Qué estás vigilando? – le preguntó Maureen.

El se encogió de hombros.

–Desde aquí puede observarse el camino de acceso. Con esta lluvia no es probable que venga nadie, y si lo hiciera no creo que yo pudiera verlo, pero hay que mantener este refugio en buenas condiciones.

–¿Vives aquí?

–No. Hacemos turnos entre Tim Hamner, Brad Wagoner, Mark y yo. A veces también viene Joanna. Todos estamos viviendo abajo, ¿no lo sabías?

–Sí.

–No te había visto desde que llegamos aquí -dijo Harvey-. Te busqué en un par de ocasiones, pero me dio la impresión de que nunca estarías en casa cuando yo fuera a verte. Y, además, no tuve un caluroso recibimiento en el rancho. Pero de todos modos, gracias por votar en mi favor.

–¿Votar?

–El senador dijo que le habías pedido que me permitiera quedarme.

–Eres bien recibido.

A Maureen no le había costado decidirse en favor de Harvey. No era una mujer que se acostara con el primer hombre que se acercaba a ella. Y aunque Harvey, al final, se hubiera sentido culpable, marchándose a otra habitación, aquella aventura había sido agradable y ella no lo lamentaba. Si le

había creído merecedor de acostarse con ella, ¿cómo no iba a salvarle la vida?

—Siéntate -dijo Harvey, señalándole la caja de madera-. Más adelante subiremos algunos muebles. No quedará más remedio que trabajar aquí.

—La verdad es que no sé qué puedes hacer aquí.

—Yo tampoco, pero Hardy tiene sus motivos. Según los mapas, éste es un buen sitio para establecer un puesto de vigilancia. Lo será, desde luego, cuando pueda verse a más de cincuenta metros de distancia, pero en estas condiciones, estar aquí es perder el tiempo.

—Lo que sobra es tiempo y gente para perderlo -dijo Maureen. Se sentó con cuidado en la caja, apoyándose contra el muro de piedra. El revestimiento plástico entre su espalda y la piedra estaba húmedo debido al agua que se condensaba en su superficie interna-. Tendrás que aislar esto -añadió, pasando un dedo por el plástico mojado.

—Todo a su debido tiempo -dijo Harvey, mientras se sentaba encima del saco de dormir tendido sobre el colchón neumático.

—Debes creer que Al está loco.

—No, no, yo no he dicho eso -protestó Harvey con seriedad-. Creo que podría hacer algo útil aquí arriba. Incluso si se colara un grupo de intrusos, yo estaría armado detrás de ellos. Y el aviso que podría dar desde aquí a los de abajo sería valioso. No, creo que Hardy sabe lo que haces. Como has dicho, lo que sobra es personal.

—Hay demasiada gente -dijo Maureen-, y la comida es escasa.

Maureen no reconocía a aquel hombre prosaico sentado en el saco de dormir y que no sonreía, que no hablaba de imperios galácticos y al que no parecían importarle las razones profundas por las que ella estaba allí. No era el hombre con el que se había acostado. No sabía quién era. Casi le recordaba a George. Parecía tener confianza en sí mismo. El rifle estaba apoyado en el poste, al alcance de su mano.

Los cartuchos estaban sujetos con presillas en el bolsillo de su chaqueta.

Maureen pensó que había dos personas en su mundo de ahora con las que se había acostado, y que ambas eran desconocidas. George no contaba en realidad. Lo que uno hace a los quince años no cuenta. Fue una unión apresurada, frenética, en aquella misma colina, no muy lejos de donde estaba ahora, y ambos temían tanto lo que habían hecho que nunca volvieron a hablar de ello. Luego actuaron como si nunca hubiera sucedido. Aquello no contaba.

Y luego había sido aquel hombre, aquel desconocido. Dos extraños. Los demás habían muerto. Johnny Baker debía haber fallecido, y su ex marido también. Y... no había muchos más en el inventario. Personas a las que había querido un año, una semana, una noche incluso. No eran muchas, y todas

vivían en Washington. Todas estarían muertas.

Hay seres que son fuertes en una situación de crisis. Maureen pensó que Harvey Randall era uno de ellos. Y, sin quererlo realmente, le confesó su debilidad:

—Harvey, estoy muy asustada.

Esperaba que él le dijera algo consolador, que la tranquilizara, modo que lo haría George. Sería una mentira, pero...

No había esperado la risa histérica de Harvey. Le miró asombrada mientras él lanzaba salvajes risotadas.

—Tienes miedo -dijo con voz ahogada por la risa-. ¡Dios de los cielos, no has visto nada para tener miedo! — Su risa había desaparecido y ahora hablaba a gritos-. ¿Sabes cómo están las cosas fuera de aquí? No puedes saberlo. No has estado fuera de este valle. — Harvey se esforzaba visiblemente por dominarse, y ella le miraba fascinada. Finalmente, recobró la calma y volvió a ser el hombre desconocido de momentos antes, como si nada hubiera ocurrido-. Lo siento. — Las palabras eran convencionales, pero el tono de su voz era de auténtica disculpa.

Ella seguía mirándole sorprendida.

—¿Tú también, Harvey? ¿Así que todo esto no es más que una representación? Toda esta calma varonil, esta...

—¿Y qué esperabas? — le preguntó él-. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Lo siento de veras. No quería perder los nervios de esa manera.

—No te preocupes.

—Claro que me preocupo. Tenemos que seguir adelante, procurando actuar de un modo racional. Si uno de nosotros pierde la calma, hace que las cosas sean mucho más difíciles para los demás. Eso es lo que siento. Puede que esa calma sea aparente, que la procesión vaya por dentro, pero no debía habértelo mostrado. Así no hago más que dificultarte las cosas...

—No, Harvey, no creas que reprimir lo que uno siente facilita las cosas a los demás. A veces es necesario... a veces uno tiene que confesar lo que siente. — Permanecieron un momento en silencio, escuchando el ruido del viento y la lluvia, y el fragor de los truenos en las montañas-. Tenemos que intercambiar nuestras emociones -dijo al fin Maureen-. Tú me dices lo que sientes y yo te lo diré también.

—¿Crees que eso es prudente? — preguntó él-. Mira, no he olvidado la última vez que nos encontramos en esta colina.

—Yo tampoco -dijo ella con un hilo de voz. Le pareció que él estaba a punto de moverse, de levantarse,

y habló con rapidez-. A veces me dan ganas de arrojarme al vacío y poner fin a todo, porque aún no sé cómo enfrentarme a esto.

El permaneció sentado; tal vez no había tenido intención de incorporarse.

—Cuéntame lo que sientes -le pidió.

—No. — Maureen no podía verle bien el rostro, cubierto por una barba de varios días, y la luz que llegaba al refugio era muy débil. De vez en cuando un relámpago restallaba cerca de allí y producía un resplandor brillante, de un verde espectral a causa del color de las bolsas de plástico, pero aquella luz cegaba a Maureen un instante y seguía sin poder ver la expresión de Harvey-. No puedo -confesó-. Para mí es horrible, pero te parecería trivial...

—¿Y qué importa si me lo parece?

—Esa gente tiene esperanzas -dijo ella-. Vienen a casa, o yo voy a la suya, y creen que podemos salvarlos, que yo puedo hacerlo. Algunos se han vuelto locos. Hay un chico en el pueblo, el hijo del alcalde Seltz. Tiene quince años y deambula desnudo bajo la lluvia, hasta que su madre le hace volver a casa. Hay cinco mujeres cuyos maridos se fueron de caza y que nunca volverán. Hay viejos, niños y gente de la ciudad, y todos esperan un milagro de nosotros... Yo no puedo hacer ningún milagro, Harvey, pero he de fingir que sí.

No le contó el resto, no le habló de su hermana Charlotte, sentada en su habitación y mirando fijamente la pared, la cual sólo volvía a la vida y gritaba si no podía ver a sus hijos. No le habló de Gina, la mujer negra de la oficina de correos, que se rompió una pierna y estuvo tendida en una zanja hasta que alguien la encontró, y que murió de gangrena gaseosa sin que nadie pudiera hacer algo por ella. No le habló de los tres niños enfermos de tifus a los que nadie podía salvar, ni de los que se habían vuelto locos.

—No puedo seguir dando a la gente falsas esperanzas -dijo al fin.

—Tienes que hacerlo. Es lo más importante del mundo.

—¿Por qué?

A él pareció sorprenderle la pregunta.

—No hay nada más importante, porque somos pocos los supervivientes.

—Si la vida no era importante antes, ¿por qué debe serlo ahora?

—Lo es.

—No. ¿Qué diferencia hay entre llevar una vida sin sentido en Washington o aquí? Nada de eso tiene el menor significado.

—Lo tiene para los demás, los que quieren tus milagros.

—Yo no puedo hacer milagros. ¿Por qué es importante que otras personas dependan de uno? ¿Por qué eso ha de hacer que mi vida sea digna de ser vivida?

—A veces eso es lo único que tiene algún valor -dijo él en un tono muy grave-. Luego encontrarás otras cosas, muchas más. Pero ante todo cumples con una tarea que hasta ahora no habías asumido, la de cuidar de los demás. Luego, al cabo de un tiempo, te das cuenta de que vivir es importante. — Soltó una risa triste-. Lo sé por experiencia, Maureen.

—Cuéntame.

—¿Quieres saberlo de veras?

—No lo sé. Sí, quiero saberlo.

—De acuerdo.

Harvey le contó todo lo que le había sucedido. Le habló de los preparativos que había hecho antes de la caída del cometa, de sus disputas con Loretta, de las dudas que tuvo y su sentimiento de culpabilidad por la breve aventura con Maureen, no tanto por que se hubiera acostado con ella, sino por lo que había pensado después de ella, comparándola con su mujer, y cómo eso había afectado su relación con Loretta.

Maureen le escuchaba atentamente, pero no alcanzaba a comprenderle realmente.

—Y finalmente estamos aquí -dijo Harvey-, a salvo. Maureen, no puedes saber cómo es esa sensación: saber que vivirás una hora más, que dispondrás de una hora entera cuando no quieres ver a alguien que amas roto como una muñeca de trapo abandonada. No espero que me comprendas realmente, pero has de saber una cosa. Lo que tu padre está haciendo en este valle es lo más importante del mundo. Es inapreciable, y vale la pena hacer lo que sea para mantenerlo. Saber... saber que alguien, en alguna parte, tiene esperanzas, que puede sentirse seguro.

—¡No! Ese es el verdadero horror. ¡Es una esperanza falsa! ¡Es el fin del mundo, Harvey! El maldito mundo ha sido despanzurrado y estamos prometiendo algo que no existe, que no ocurrirá.

—Es cierto -reconoció él-. A veces lo pienso también. Ya sabes que Eileen también está aquí. Por ella hemos sabido lo que sucede.

—¿De qué sirve entonces seguir adelante si no superaremos el invierno?

Harvey se levantó y se acercó a ella. Maureen estaba muy quieta, y él se sentó a su lado, sin tocarla, pero ella era consciente de su proximidad.

—En primer lugar, no está todo perdido. Hay esperanzas, y no puedes ignorarlas. Hardy y tu padre han trazado unos planes excelentes. Es verdad que se necesitará suerte para llevarlos a cabo, pero tenemos una oportunidad. Vamos, admítelo.

—Tal vez, si tenemos suerte. ¿Pero y si se nos ha terminado la suerte?

El ignoró su pregunta y prosiguió:

—En segundo lugar, supongamos que todo sea un timo y que este invierno nos muramos de hambre. Aun así, Maureen, vale la pena intentarlo, aunque sólo pudiéramos ganar una hora, aunque pudiéramos librar a alguien una sola hora de sentir lo que sentí mientras estaba acurrucado en la parte trasera de mi furgón... Maureen, vale la pena morir sólo por evitar que un ser humano sienta eso. Te lo digo en serio. Y tú puedes hacerlo. Si es preciso fingir, finge. Pero hazlo.

Lo decía en serio. Quizás él fingiera también, tal como le había dicho a ella que hiciera, pero lo decía en serio. En caso contrario, ¿por qué iba a molestarse? Tal vez tenía razón. Ojalá la tuviera.

¿Hasta qué punto creía Harvey Randall en lo que decía? ¿Qué fuerza tendría su resolución? Maureen rogó por que no la perdiera, porque lograba comunicársela a ella. Podía compartirla.

Le miró y le preguntó en tono quedo:

—¿Quieres hacerme el amor?

—Sí -respondió él sin hacer el menor movimiento.

—¿Por qué?

—Porque hace meses que pienso en ti, porque no me sentiré culpable, porque quiero amar a alguien.

—Esas son buenas razones.

Maureen se levantó y le tendió los brazos. El rodeó sus hombros, sin estrecharla, mirándola. Ambos sabían que ahora no sería como la última vez, que todo sería distinto en lo sucesivo.

Maureen sentía frío en su espalda húmeda, y notó ahora el calor de las manos masculinas, reconfortante, como el olor a sudor y trabajo, un olor sincero, no el aroma artificial de un spray de loción. Cuando se inclinó para besarla, ella se aferró a su cuerpo, obedeciendo un impulso irrefrenable, deseosa de olvidarse de sí misma.

Finalmente se tendieron sobre el colchón neumático. Harvey la abrazó dulcemente, y ella tuvo la certeza de que después de tanto tiempo aquel acto de amor les haría mucho bien.

Más tarde, tendida junto a él, Maureen contemplaba cómo la luz de los relámpagos adoptaba formas extrañas a través del plástico verde, y pensaba en lo que había hecho.

Haz tu tarea. La vida no consiste más que en eso. Harvey no lo había dicho con esas palabras, que ella había leído en *La peste* de Albert Camus, pero aquello era lo que quería decir. Maureen se dijo que hacer su tarea incluía muchas cosas, pero no estaba segura de que también incluyera a Harvey Randall. El le decía aquello por lo que ella debería vivir, pero ella sabía muy bien que no podría hacerlo sola. ¿Qué haría George si supiera dónde estaba ahora? Sin duda echaría a Harvey de allí.

—¿Qué te ocurre? — le preguntó Harvey. Su voz parecía llegar desde una gran distancia.

Ella se volvió hacia él y trató de sonreír.

—Nada... Todo. Sólo estaba pensando.

—Te has estremecido. ¿Tienes frío?

—No. Harvey... ¿Qué sabes de tu hijo, y el de Marie?

—Están por aquí, en algún lugar. Y tengo que ir en su busca. He intentado que Hardy me deje ir a explorar las cercanías, pero está demasiado ocupado para hablar conmigo. Iré sin su permiso, si es necesario, pero se lo preguntaré una vez más. Lo intentaré mañana. No, mañana, no. Hay que hacer otra cosa.

—Ir a casa de los Román.

—Sí.

—¿Tú también irás?

—Sí, parece que Mark y yo tenemos todos los números de la rifa. Iremos con el señor Christopher y su hermano, además de Al Hardy. Supongo que vendrán también algunos más.

—¿Habrá tiroteo? — preguntó ella con ansiedad.

—Quizá. Dispararon a Harry y mataron al otro hombre, el del rancho de los turistas del Este.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrado. Pero hay que hacerlo. Y luego pediré a Hardy que me deje ir a buscar a Mark a las montañas.

Maureen no le preguntó si era imprescindible que fuera. Sabía perfectamente la respuesta.

—¿Volverás?

—Sí. ¿Quieres que vuelva?

–Sí, pero... pero no estoy enamorada de ti.

–No te preocupes por eso -dijo él con una risita-. Después de todo, apenas nos conocemos. ¿Me querrás alguna vez?

–No lo sé -dijo ella, pensando en su fuero interno que no se atrevería a querer. El amor no tenía futuro. No había en absoluto futuro-. Creo que nunca amaré a nadie.

–Ya verás como sí.

–No hablemos más de eso.

*Llueve en el Sahara. El lago Chad se desborda y engulle la ciudad de Nguigmi. Los ríos Niger y Volta también se desbordan, ahogando a millones de seres que habían sobrevivido al maremoto. En Nigeria central la tribu Ibo se alza en revuelta contra el gobierno central.*

*Más al Este, palestinos e israelíes se dan cuenta de súbito de que ya no existen grandes potencias capaces de intervenir. Esta vez la guerra llegará a una solución definitiva. Los restos de Israel, Jordania, Siria y Arabia Saudí se ponen en marcha. No hay aviones, y queda muy poco combustible para los tanques. No habrá nuevos suministros de municiones, y la guerra no terminará hasta que se luche cuerpo a cuerpo.*

## SEGUNDA SEMANA: EL MONTAÑERO

*El tiempo, como un torrente incesante,*

*se lleva a todos sus hijos; Huyen, olvidados, como un sueño*

*muere al despuntar el día.*

Isaac Watts, 1719; *Himno Anglicano* 289

Diluviaba. Harvey Randall pasaba casi desapercibido, de la misma manera que él apenas veía los lugares en donde la carretera había desaparecido. Evitaba de un modo automático los baches más profundos, avanzando con cautela por el barro que cruzaba la calzada en forma de verdaderos ríos. Estar en movimiento le producía una agradable sensación. Avanzaba poco a poco por la serpenteante carretera en dirección a la Sierra Alta. No había otros coches ni gente, sólo la carretera. Tenía



alimentos, un cuchillo y la pistola de tiro al blanco. La comida era parca, lo mismo que la munición, pero era una suerte contar con lo poco que tenía.

—Eh, Harv -llamó Mark, detrás de él-. ¿Descansamos un poco?

Harvey siguió andando. Mark se encogió de hombros y murmuró algo entre dientes. Pasó la escopeta del hombro derecho al izquierdo. Ocultaba el cañón del arma bajo el capote de monte con que se cubría, y así lo mantenía seco, pero Mark tenía la sensación de que ninguna parte de su cuerpo estaba seca. Sudaba tanto que el capote resultaba incómodo. Bajo aquella pesada prenda parecía estar en un baño de vapor.

Harvey ladeó un riachuelo. El camino que habían recorrido hasta entonces no era tan malo como para impedir el paso del potente furgón, y maldijo al senador y su testarudo ayudante, pero lo hizo en silencio. Si decía algo, Mark estaría de acuerdo con él, y Mark ya tenía bastantes problemas con Al Hardy. Uno de aquellos días a Mark le pegarían un tiro, o lo echarían de la fortaleza del senador, y en ese caso Harvey Randall tendría que tomar una decisión.

Entretanto podía poner todo su esfuerzo en trepar colina arriba. Un paso, una pausa durante una fracción de segundo, dejando inmóvil la pierna atrasada para que descansara un instante, cargar el peso en el pie adelantado, dar otro paso, un nuevo instante de descanso... Distraídamente, Harvey abrió una bolsita que colgaba de su cinto y sacó un pedazo de carne seca. Era carne de oso. Harvey nunca había probado hasta entonces aquella clase de carne, y ahora se preguntaba si alguna vez comería otra cosa. Pensó que al caer la tarde estarían a unos quince kilómetros de la fortaleza, y si podían cazar algo se lo comerían. Según las reglas del senador estaba prohibido cazar a menos de ocho kilómetros del rancho. Era una prohibición sensata. Más adelante la caza sería necesaria, y era preciso que los animales no se asustaran antes de tiempo. Todas las reglas del senador tenían sentido, pero no dejaban de ser reglas, proclamadas sin discusión, órdenes emitidas desde la gran casa y a las que nadie se oponía excepto los Christopher, aunque éstos todavía no las discutían.

George Christopher había autorizado la marcha de Harvey. Hardy no había querido arriesgarse. No era que le importase lo que pudiera ocurrirle a Harvey, pero las armas y la comida que éste llevaba eran valiosas. Sin embargo, Maureen había hablado con Hardy, y luego George Christopher salió para darle a Harvey las provisiones y explicarles las condiciones en que estaba la carretera.

Harvey estaba seguro de que aquello no era una coincidencia. Christopher no tenía razón alguna para ayudarlo... y había empezado a comportarse el día en que Maureen habló de ello a Al Hardy y su padre, el día en que había mostrado una amistad abierta hacia Harvey Randall. Este no podía pasar aquel hecho por alto.

Era fácil ver lo que Maureen significaba para George Christopher, pero ¿qué significaba éste para ella? ¿Y qué significaba él mismo, Harvey Randall, para Maureen Jellison?

Era muy probable que se hubiera enamorado de ella, pero no podía saberlo con certeza. Había sido un marido bueno, casi fiel, durante dieciocho años, y eso no era precisamente una preparación para tener una nueva relación amorosa. O tal vez sí. Siempre le había parecido que dos personas lo bastante

decididas a intentarlo podrían hacerlo. Ahora le costaba comprender el funcionamiento del amor. Había estado dispuesto a dar su vida por Loretta, pero no a quedarse en casa sólo porque ella tenía miedo. Ahora podía enfrentarse a aquel hecho, pero no estaba seguro de su significado.

Eran las primeras horas de la tarde, el momento adecuado para acampar. Mientras avanzaba escudriñaba atentamente la espesura a su alrededor. Se sentía muy solo y vulnerable. Hubo un tiempo en que cuando uno se alejaba de las vías principales podía contar con que encontraría buena gente, pero eso había sido antes de la caída del cometa. Algunos aspirantes a atracadores habían bajado de aquellas colinas aún no hacía un par de días, y ellos u otros como ellos podían prepararles una emboscada en cualquier parte. Pero hasta entonces no había visto a nadie.

El camino discurría a través de un bosque de pinos, por laderas empinadas, y todos los lugares llanos estaban encharcados. No sería fácil encontrar un sitio para acampar bajo aquella lluvia. Un hueco entre pedruscos, como el que habían utilizado para instalar el puesto de vigilancia, sería lo mejor. Pero debería tener mucho cuidado; algo o alguien utilizaría cualquier lugar seco que pudiera encontrar. Osos, serpientes, cualquier cosa.

En el primer lugar donde miraron había una mofeta. Harvey lamentó tener que pasar de largo, puesto que hubiera sido un buen sitio para acampar. Eran dos rocas, apoyadas la una en la otra, y entre ellas un espacio seco. Pero los ojos pequeños y vidriosos y el olor inequívoco fueron invencibles.

Además, las mofetas pueden transmitir la rabia. Una mordedura de mofeta podía ser lo más peligroso en aquellos contornos. Pasaría mucho tiempo antes de que se pudiera disponer de nuevo del tratamiento Pasteur contra la rabia...

En la cueva siguiente había un zorro o un perro salvaje. No pudieron distinguir bien qué era, pero ahuyentaron al animal. La zona cubierta por las piedras no estaba seca ni era bastante grande, pero cortaron unas ramas para sostener sus capotes de monte y al menos evitaron que siguiera cayéndoles agua sobre la cabeza.

Tenían que encender una hoguera. Harvey pasó el resto de la tarde recogiendo madera. Había troncos empapados, pero si se cortaban podía obtenerse un poco de madera seca en el centro. Con toda la madera recogida podrían mantener el fuego durante una hora, tal vez más si tenían cuidado. Cuando se hizo totalmente oscuro, Harvey utilizó un poco del preciado gas de su encendedor.

—Ojalá tuviera una bengala de ferrocarril -dijo Harvey. Vertió cuidadosamente un poco de gas en la base del pequeño montón de madera seca-. Con una bengala es posible encender un fuego en medio de una ventisca.

—El maldito Hardy no te la daría -dijo Mark.

—Será mejor que tengas cuidado con él -le advirtió Harvey. Encendió una cerilla, el gas se inflamó y las llamas les cegaron un instante. La madera prendió, irradiando un calor escaso pero agradable-. No le gustas.

–No creo que le guste nadie -dijo Mark, empezando a colocar los trozos de madera más grandes junto al fuego, para que se secaran-. Siempre sonrío, pero es un hipócrita.

Harvey asintió. La sonrisa de Hardy no había cambiado desde la caída del cometa. Seguía siendo el ayudante del político, el hombre amistoso con todo el mundo, pero ahora su sonrisa era una amenaza, no algo cordial y amigable.

–Jesús -dijo Mark.

–¿Qué?

–Sólo pensar en esos pobres desgraciados me da repeluzno.

–No pienses en eso.

–No olvidaré lo que ha ocurrido -dijo Mark.

–Yo tampoco.

En el rancho de los Román habían encontrado cuatro muchachos asustados, dos chicos y dos muchachas, ninguno de los cuales tendría más de veinte años. Dos de ellos resultaron heridos en la refriega, cuando Hardy y Christopher los capturaron. Entonces hubo un intercambio de gritos entre Hardy y Christopher. George Christopher quería liquidar a los cuatro allí mismo. Al Hardy arguyó que debían llevarlos al pueblo. Harvey y Mark se pusieron al lado de Hardy, y finalmente Christopher accedió a los deseos de los demás.

Pero cuando llegaron al pueblo, el senador y el alcalde convocaron un juicio aquella misma tarde, y por la noche los cuatro muchachos colgaban delante del Ayuntamiento. El método de George Christopher no hubiera sido tan duro.

–Mataron a los Román y al otro tipo, el de Muchos Nombres -dijo Harvey-. ¿Qué otra cosa podríamos haber hecho con ellos?

–Diablos, se habían expuesto a eso -dijo Mark-. Pero todo fue tan rápido, y las chicas gritaban y lloraban de aquella manera... -Pensativo, Mark alimentó de nuevo la fogata.

Las ejecuciones habían conmocionado a varios vecinos del pueblo. Harvey no tenía duda al respecto. Pero nadie dijo nada. Los Román habían sido sus amigos. Además, discutir podría ser peligroso. Detrás de las sonrisas de Al Hardy, su calma perpetua y sus buenos modales, había una amenaza latente y definitiva: la carretera. Los que no cooperaran, los que causaran demasiados problemas, serían abandonados a su suerte en la carretera.

Estaban casi en la cima, en el punto más alto al que llegaba la carretera, y ya era hora de acampar. Era el tercer día desde su salida y la lluvia seguía cayendo con monótona insistencia. Cuanto más ascendían más frío. Aquella noche tendrían que encender un buen fuego, que durase hasta el día

siguiente, lo cual significaba que habrían de turnarse para mantenerlo encendido.

Harvey estaba preparando los troncos, y todavía no había usado su encendedor cuando notaron el olor.

—Humo -dijo Mark-. Una fogata de campamento.

—Sí, y está bien escondido -comentó Harvey.

—No pueden estar lejos, de lo contrario nunca notaríamos el olor, sobre todo con esta lluvia.

Probablemente tampoco lo verían. Harvey hizo una seña a Mark para que se callara y permaneció en inmovilidad absoluta. Soplaban un fuerte viento desde más arriba de la montaña, y sin duda transportaba los olores del campamento. La lluvia era un telón de agua, y la luz mortecina no permitía ver nada más allá de unos pocos metros.

—Echemos un vistazo -dijo Mark.

—Sí, pero dejemos aquí los capotes. No podemos mojarnos más de lo que ya estamos.

Ascendieron con cautela, siguiendo el camino, escudriñando la penumbra.

—Por allí -susurró Mark-. He oído algo. Una voz.

Harvey también creyó haberla oído, pero era demasiado débil. Avanzaron en aquella dirección. No valía la pena mantener la cautela, pues el viento y la lluvia se imponían a los demás ruidos, y los dos hombres chapoteaban en el suelo enfangado y cubierto de hojas mojadas.

—Espera un momento.

Permanecieron inmóviles. Había sido una voz de niña, bastante pequeña. Estaba muy cerca, probablemente oculta entre la espesura.

—¡Andy! —grite»-. Dos visitantes.

—Ya voy.

Harvey se quedó rígido. Era...

—¡Andy! —exclamó-. ¿Eres tú, Andy?

—Sí, señor.

Su hijo apareció en el camino. Harvey se precipitó hacia él.

—Andy, gracias a Dios que estás bien...

–Sí, señor, estoy bien. ¿Y mi madre...?

El recuerdo del bulto patético envuelto en una manta eléctrica atenazó a Harvey.

–Asaltaron la casa -dijo al muchacho-. Los saqueadores mataron a tu madre.

–Oh.

Andy se apartó de su padre. Una muchacha salió de entre la espesura. Iba armada con una escopeta. Andy se acercó a ella y se quedó a su lado.

Harvey pensó que el chico había crecido en un par de semanas. Observó la manera en que permanecía junto a la muchacha, en actitud protectora, con mucha naturalidad, y le recordó las palabras de la ceremonia del matrimonio: «una sola carne». Sí, parecían las dos mitades de una misma persona, pero eran tan jóvenes... Unos pelos muy finos despuntaban en la barbilla de Andy. No una barba auténtica, sino una ligera pelusa como la que él tenía cuando Loretta se empeñó en que se afeitara porque no era atractiva, aunque apenas se veía.

–¿Está el señor Vanee aquí? – preguntó Harvey.

–Sí, venid por aquí -dijo Andy.

El muchacho dio media vuelta y su compañera volvió a ocultarse en la espesura. No había dicho una sola palabra. Harvey se preguntó quién sería. La... mujer de su hijo. Y ni siquiera sabía su nombre, ni Andy se lo había dicho. Algo en todo aquello le parecía a Harvey tremendamente mal, pero no sabía que podía hacer.

Gordie Vanee se alegró de verle, y la alegría de Harvey fue aun mayor. Gordie había construido un gran refugio, con troncos y una techumbre de hojas y ramas que resguardaba de la lluvia. Bajo el refugio había madera seca y colgaban pescados y pájaros que habían capturado. Sobre el fuego hervía una cacerola con caldo.

–¡Harv! Sabía que llegarías aquí. Te estaba esperando.

Aquel recibimiento asombró a Harvey.

–¿Cómo podías esperar que te encontrara?

–Bueno, éste es el sitio de reunión, donde siempre nos deteníamos antes de emprender las excursiones a pie.

No había bastante luz para comprobarlo, pero el lugar no parecía distinto a cualquier otro claro cerca de la carretera. Harvey sabía que jamás lo hubiera reconocido.

–Yo hubiera pasado de largo...

–Hubieras vuelto al llegar a la cabaña -dijo Gordie, lo que queda de ella.

Había una docena de chicos bajo el refugio, la mayoría agrupados en parejas, con los sacos de dormir unidos. Chicos y chicas, en parejas...

–¿Son chicas exploradoras? – preguntó Harvey.

–Te lo contaré luego. La semana pasada tuvimos algunos problemas. Ahora todo está en orden. Has... ¿has visto a Janie, ¿verdad?

–¿La chica que estaba con Andy? – Harvey miró a su alrededor. Andy ya no estaba allí. Había conducido a Mark y Harvey hasta el refugio y se había marchado sin decir palabra.

–Sí, Janie Somers. Ella y Andy... -Gordie se encogió de hombros.

–Ya veo.

Pero, en realidad, Harvey no lo veía. Andy era un muchacho, un niño...

A los catorce años, un muchacho romano recibía una espada y un escudo y se incorporaba a una legión. Podía convertirse legalmente en cabeza de familia, en propietario. Pero eso fue en Roma y aquello era...

Aquello era el mundo después de la caída del cometa. Andy tenía familia y era ya un adulto.

Los demás niños no eran tales. Miraban atentamente a Harvey, no de la manera en que un niño mira a un adulto.

Tal vez con suspicacia, pero no con ira ni respeto ni... Aquellos niños habían crecido mucho.

Había una muchacha en el saco de dormir de Gordie.

No podía tener más de dieciséis años.

El ambiente era seco y cálido. Las ropas de Harvey colgaban cerca del fuego, y estaba sentado sobre el saco de dormir de Gordie, parcialmente envuelto en él, y con los pies y piernas secos por primera vez en varios días.

El té no era auténtico, sino un brebaje a base de corteza, pero sabía bien, lo mismo que el tazón de caldo que Gordie le había dado antes. Mark dormía, con una sonrisa en los labios, muy cerca de la fogata. Los demás también estaban dormidos, o lo fingían. Andy y Janie estaban juntos en su saco de dormir; Bert, el hijo de Gordie, con otra chica, y Stacey, la muchacha con la que dormía Gordie, estaba acurrucada y apoyada en las rodillas de éste, dormitando.

A Harvey le producía una extraña impresión hogareña en medio de los bosques.

Gordie le contó lo ocurrido.

—Sí, al principio fue duro. Llevé al grupo de regreso a Soda Springs, cuando vi que el cometa había caído. Allí diluviaba y había huracanes. Al cuarto día nos dirigimos hacia aquí de nuevo. Anduvimos durante cuatro días, y al llegar nos encontramos con unos motoristas. Habían descubierto a las chicas que acampaban aquí. Nos hicimos cargo de ellos.

—Os hicisteis cargo. ¿Quieres decir que...?

—Claro, Harvey, ya sabes lo que quiero decir. Habían violado y matado a una de las chicas, y mataron también a la mujer que las cuidaba cuando intentó luchar con ellos.

—Dios mío -dijo Harvey-. Gordie, tú no tenías armas...

—Tenía una pistola del veintidós, por si acaso. Pero no la utilicé.

Aquel era un nuevo Gordie. Harvey no podría decir en qué se diferenciaba, porque hacía los mismos chistes y en muchos aspectos era el Gordie Vanee que Harvey conocía, pero en el fondo no era él. Para empezar, no era un hombre a quien uno pudiera imaginar como banquero. Parecía perfectamente adaptado al ambiente, con una barba de dos semanas, sin el vientre lleno pero tampoco hambriento. Cómodo, seco, sosegado y dueño de sí...

—Fueron unos estúpidos -prosiguió Gordie-. No querían mojarse, así que levantaron algunas tiendas de campaña al lado de su remolque. Todavía tenemos sus ropas de lluvia. Hemos usado algunas para construir este refugio. — Indicó con un gesto la estructura de troncos y piedras, la techumbre y el agujero que hacía de chimenea-. Todos estaban dentro, incluso los que debían montar guardia. Así que les golpeamos en la cabeza.

—¿Así por las buenas?

—Pues sí, y luego los degollamos. Andy mató a dos.

Gordie se quedó un momento en silencio para dejar caer sus palabras. Harvey siguió sentado, inmóvil, y luego miró al lugar donde Andy dormía con su... su mujer. Una mujer que había conseguido por derecho de conquista, rescatándola...

—¿Y después de eso las chicas se acostaron con vosotros? — preguntó Harvey.

—Pregúntaselo a ellas -respondió Gordie-. No violamos a ninguna, si te refieres a eso.

—Sólo técnicamente -dijo Harvey, pero en seguida se arrepintió de sus palabras.

Gordie no se molestó por la observación, sino que se echó a reír.

–Violación de menores. ¿Quién va a denunciar eso? ¿A quién le importa, Harvey?

–No lo sé. Tal vez al senador. Gordie, Marie ha venido conmigo. Está en el rancho del senador.

–¿Marie? Creía que habría muerto. Ha venido en busca de Bert, naturalmente. No se hubiera preocupado por mí.

Harvey no dijo nada. Gordie tenía razón.

–Ni siquiera le preocupa tampoco Bert -dijo Gordie.

–Tonterías. Es como una tigresa. Nos costó mucho impedir que viniera aquí conmigo y Mark.

–Sí, tal vez. Cuando sepa que está a salvo dejará de preocuparse. – Gordie miró fijamente el fuego-.  
¿Qué piensas hacer ahora?

–Os llevaremos con nosotros.

–¿Para que el senador me mire de un modo raro y quizá trate de juzgarme por violación de menores?  
¿Para que pueda separar a Andy de su chica?

–No ocurrirá eso.

–¿Tú crees? Anda, Harv, duerme un poco. Yo iré a vigilar. Es mi turno.

–Yo lo haré.

–No.

–Pero...

–No me hagas decirlo, Harvey. Duerme un poco.

Harvey asintió y se introdujo en el saco de dormir. «No me hagas decirlo», le había pedido Gordie.  
¿Decir qué? Que no era uno de los suyos, que no confiarían en él como centinela.

Desayunaron pescado frito y varias verduras desconocidas para Harvey, pero que le parecieron excelentes. Harvey estaba terminando cuando Gordie se acercó y se sentó a su lado.

–Hemos hablado del asunto, Harv. No iremos contigo.

–¿Ninguno? – preguntó Harvey.



–Exacto. Permaneceremos juntos.

–Estás loco, Gordie. Aquí hará mucho frío. Nevará dentro de un par de semanas.

–Ya nos arreglaremos -dijo Gordie.

–¡Andy! – llamó Harvey.

–¿Sí, señor?

–Tú vienes conmigo.

–No, señor -dijo Andy en tono tan firme que no admitía réplica.

El muchacho se levantó y salió del refugio, seguido por Janie, la cual todavía no había cruzado una palabra con Harvey Randall desde que le dio el alto en el camino.

–Podrías quedarte con nosotros -dijo Gordie.

–Me gustaría, y más aún si me lo pidiera Andy.

–¿Qué esperas? – le preguntó Gordie-. Mira, tú elegiste quedarte en la ciudad. Tenías tu trabajo, te quedaste por él y enviaste a Andy a la montaña...

–¡Donde estaría a salvo!

–Y solo.

–No estaba solo -insistió Harvey-. Estaba...

–No me lo digas a mí. Discútelo con Andy. Mira, esta mañana lo sometimos a votación y nadie puso objeciones. Puedes quedarte con nosotros.

–Eso es una tontería. ¿Qué hay aquí?

–¿Y qué hay ahí abajo?

–Seguridad.

Gordie se encogió de hombros.

–¿Crees que eso vale la pena? – Gordie no imploraba, puesto que nada tenía que implorar. Sólo trataba de hacer comprender a Harvey, aunque sabía que éste nunca lo comprendería. Y a Gordie no le importaba, en el fondo, pero debía hacer aquel esfuerzo por su amigo-. Mira, Harv, si tu hijo se va

contigo volverá a ser un chiquillo. Aquí es el segundo al mando...

—¿Al mando de qué?

—Del grupo que formamos. Aquí es un hombre, Harv. Ahí abajo no lo sería. Vi la forma en que mirabas a él y a Janie. Para ti todavía son unos críos. Allá abajo harás que lo sean de nuevo. Les harás sentirse criaturas, inútiles. Pero aquí Andy sabe que no es inútil. Todos dependemos de él. Aquí está haciendo algo importante, no es una mera pieza en una maquinaria de supervivencia.

Harvey pensó que aquella definición era acertada. Una maquinaria de supervivencia. Aquello era lo que tenían en la fortaleza del senador. Una máquina de supervivencia, y muy buena por cierto.

—Por lo menos hay muchas probabilidades de sobrevivir.

—Claro -dijo Gordie-. Piensa en ello. Harvey. El fin del mundo, la caída del cometa. ¿No deberían ser las cosas distintas después de eso?

—Pero las cosas ya son distintas. Por Dios, ¿hasta qué punto quieres que lo sean? Acabamos de capturar a cuatro chicos desgraciados y los hemos colgado enfrente del Ayuntamiento. Estamos poniendo todo nuestro empeño para sobrevivir el invierno. No es nada fácil, pero lo lograremos.

—¿Y qué haríamos nosotros ahí abajo? —preguntó Gordie.

Harvey pensó en ello. No estaba seguro. No sabía si Hardy dejaría entrar a tanta gente en la fortaleza. Un grupo de muchachos exploradores, sí. Pero, ¿aquella tropa de guerreros? Tal vez aquel era su medio natural, como una nueva raza de habitantes de las montañas.

—Maldita sea, es mi hijo, y va a venir conmigo.

—No, no lo es, Harv. Ya no es nada tuyo. Es dueño de sí mismo y no tienes ninguna manera de obligarle a ir contigo. No nos iremos, Harv, ninguno de nosotros. Pero tú puedes quedarte.

—¿Y qué haría si me quedara?

—Lo que quisieras.

La oferta no era ni siquiera tentadora. ¿Qué haría allí? ¿Y qué sería? Harvey se levantó y cogió su mochila.

—No. ¿Mark?

—Sí, jefe.

—¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

Mark había estado silencioso, lo cual era muy raro en él, desde que llegaron.

—Voy contigo, Harv. Joanna está allá abajo, y no creo que esto le gustara mucho. A mí tampoco. No me hace gracia estar siempre acampado.

—Vamos -dijo Harvey. Miró a su alrededor, tristemente. No había allí nada que le perteneciera.

*Los maremotos han terminado su labor. En las orillas del Atlántico no quedan indicios de las obras humanas. Incluso las líneas costeras han cambiado. El Golfo de México es un tercio más grande que antes. Florida es una cadena de islas y la bahía de Chesapeake se ha convertido en un golfo. Profundas bahías se han abierto en la costa occidental de África.*

*En la tierra, los cráteres ya no brillan de manera visible, pero siguen cambiando el clima. Los volcanes vierten lava y humo. Los huracanes azotan los mares. Llueve por doquier. La obra del Martillo aún no se ha completado.*

## CUARTA SEMANA: LOS NÓMADAS

*Hay un hecho que aportará un notable alivio a muchos supervivientes: los graves problemas a los que deberán enfrentarse serán por lo menos totalmente diferentes de aquellos que les han atormentado en los años pasados. Los problemas de una civilización avanzada serán sustituidos por los propios de una civilización primitiva, y es probable que una mayoría de supervivientes esté formada por personas especialmente adaptadas al rápido paso de un tipo de existencia complicado a otro primitivo...*

Roberto Vacca, *La próxima Edad Oscura*

Los bosques eran hermosos, oscuros y frondosos, pero estaban demasiado húmedos. Dan Forrester suspiró pensando en un mundo cálido y seco, ahora perdido, y siguió avanzando. Las cinco capas de ropa con que se vestía estaban empapadas. Bajo los árboles no estaba más seco, pero tampoco más mojado, y la oscuridad no era superior a la del campo abierto. Además, allí nunca llegaban las infrecuentes neviscas. Dan no creía que llegaría a vivir lo suficiente para ver el sol de nuevo.

Mientras caminaba iba mascando un trozo de pescado en relativo buen estado. Había aprendido en uno de sus libros la manera de capturar peces en hoyos profundos de los arroyos y, para su sorpresa, el sistema había funcionado, igual que las trampas cuidadosamente tendidas para cazar conejos. Desde que salió de Tujunga nunca había tenido bastante para comer, pero tampoco se había muerto de hambre, y aquello era algo que le separaba de muchos otros.

Habían pasado cuatro semanas desde la caída del cometa, y durante aquel tiempo había ido avanzando hacia el norte! Poco después de abandonar su casa se quedó sin coche. Le fue arrebatado por dos hombres con sus mujeres e hijos. Le habían dejado su mochila y gran parte de su equipo, pues en los primeros días tras la catástrofe la gente no sabía hasta qué punto empeorarían las cosas, o tal vez eran personas decentes cuya necesidad era mayor que la suya. Eso era lo que le habían dicho, de todos modos. Lo mismo daba.

Ahora, más delgado y -tenía que admitirlo- más sano de lo que nunca había estado (con excepción de los pies, que tenían ampollas incurables, puesto que la diabetes dificulta la circulación, motivo por el que sólo podía avanzar unos pocos kilómetros al día), Dan Forrester, doctor en humanidades y astrónomo sin estrellas, patrono sin posibilidad de empleo a la vista, seguía caminando porque no había nada más que hacer.

Los vientos ya no eran feroces, salvo cuando soplaban huracanes, y éstos eran menos frecuentes. La lluvia había remitido, caía con menos insistencia y a veces incluso cesaba durante algún tiempo, lo que era una bendición. Además, la lluvia se había vuelto fría y en ocasiones se producían neviscas. Nieve en julio, a mil doscientos metros de altura. Nevaba mucho más pronto de lo que Dan había esperado. La cubierta nubosa que envolvía la Tierra reflejaba gran parte de la luz del sol, y el planeta se estaba enfriando. Dan podía imaginar que se estaban iniciando glaciares en el norte. Ahora sólo las laderas de las montañas y los valles altos estaban ligeramente cubiertos de nieve, pero aquella nieve no se fundiría en mucho tiempo.

Decidió tomarse un descanso y se apoyó en un árbol, presionando con la mochila sobre la áspera corteza. De ese modo no estaba sentado del todo, aligeraba peso de sus pies y le resultaba más fácil que quitarse la mochila y levantarla de nuevo. Cuatro semanas ya, y empezaba a nevar. El invierno podría ser muy duro...

—No se mueva.

—De acuerdo -dijo Dan.

¿De dónde procedía aquella voz? No movió nada más que los ojos. Dan estaba acostumbrado a considerarse inofensivo, no sólo de aspecto sino por naturaleza, pero ahora era más delgado, tenía una barba rala y nadie parecía inofensivo en aquel mundo dominado por el miedo. Un hombre vestido con un uniforme militar salió por detrás de un árbol. El rifle que llevaba en las manos parecía ligero, pero el orificio de su cañón era amenazador.

El hombre echó un rápido vistazo a izquierda y derecha.

—¿Está solo? ¿Tiene armas? ¿Algo de comer?

—Sí, no y poca cosa.

—No me venga con guasas. Abra la mochila.

El hombre uniformado estaba muy nervioso y miraba atrás de reojo. Su piel era muy pálida. A Dan le sorprendió que no tuviera barba crecida. Sin duda se había afeitado hacía menos de una semana. Dan se preguntó por qué motivo.

Dan se desprendió de la mochila y empezó a abrirla. El hombre uniformado le observaba mientras iba abriendo cremalleras.

—Esto es insulina -dijo Dan, dejando a un lado el paquete-. Soy diabético. Llevo dos. — Sacó el otro paquete y el libro envuelto.

—Abra eso -ordenó el hombre, señalando el libro. Dan le obedeció.

—¿Dónde está su comida?

Dan abrió una bolsa de plástico. De su interior salió un hedor horrible. Ofreció el pescado al hombre.

—No hay nada para conservarlo -le dijo-. Lo siento. Pero creo que es comestible, si no espera demasiado.

El hombre devoró el puñado de hediondo pescado crudo como si llevara una semana sin comer.

—¿Qué más tiene? — le preguntó.

—Chocolate -dijo Dan en tono resignado. Era el último chocolate del mundo y Dan lo había conservado día tras día, esperando que ocurriera algo digno de celebración. Observó al hombre uniformado mientras se lo comía sin ninguna ceremonia, sin saborearlo.

—A ver qué tiene ahí. — El hombre señaló las cacerolas.

Dan levantó la tapa de la mayor. Dentro había otra que, a su vez, contenía un hornillo pequeño.

—No tengo gasolina para el hornillo. No sé bien por qué lo llevo, pero ya ve. Las cacerolas no sirven de mucho sin algo que cocinar.

Dan procuró apartar la vista de los trozos de delgado alambre de cobre que había sacado de la mochila. Le servían para cazar y, sin ellos, Dan probablemente se moriría de hambre.

—Me quedará una de sus cacerolas -dijo el hombre.

—Muy bien. ¿Grande o pequeña?

—Grande.

—Tenga.

—Gracias.

Ahora el hombre parecía algo más relajado, aunque seguía mirando de reojo a todas partes y se sobresaltaba ante los ruidos más ligeros.

—¿Dónde estaba usted cuándo pasó todo? — preguntó el hombre haciendo un gesto vago.

—En los laboratorios de propulsión a chorro, en Pasadena. Lo vi todo. Recibimos imágenes directamente desde el laboratorio espacial.

—¿Todo? ¿A qué se refiere?

—Hubo muchos impactos. La mayoría al este de aquí, en Europa y el Atlántico, pero otros cercanos, al sur. Por eso me dirigí hacia el norte hasta que me quedé sin coche. ¿Sabe usted si funciona la central nuclear de San Joaquín?

—No. Ahora hay un océano donde estuvo el valle San Joaquín.

—¿Y qué me dice de Sacramento?

—No lo sé.

El hombre parecía indeciso, pero su rifle seguía apuntando directamente a Dan. Una leve presión y Dan Forrester dejaría de existir. Era una sorpresa para él que deseara tanto vivir, aunque sabía que no tenía auténticas posibilidades. Si vivía hasta el invierno, moriría entonces. Calculó que más de la mitad de los que vivieran hasta el invierno no verían la primavera.

—Hacíamos una marcha de entrenamiento -dijo el hombre uniformado-. Cuando los camiones quedaron inmovilizados, algunos de nosotros matamos al oficial y nos largamos. Era lo que había propuesto Gillings, y nos pareció una buena idea. Yo fui con ellos. Al fin y al cabo, aquello sería la muerte para todos, ¿comprende? — El hombre hablaba apresuradamente. Necesitaba justificarse antes de matar a Dan Forrester-. Pero luego tuvimos que andar y andar, no pudimos encontrar comida y... - Se interrumpió de súbito, con el rostro ensombrecido-. Lástima que no tenga más comida. Me quedo con su chaqueta.

—¿Así por las buenas?

—Quítesela. No teníamos equipo para la lluvia.

—Es usted demasiado grande -le dijo Dan-. No le sentará bien.

—No importa.

El hombre temblaba. Estaba tan mojado como Dan. Y además no tenía demasiada grasa que le sirviera

de aislante.

—No es más que un anorak. Ni siquiera es impermeable.

—Es suficiente. Puedo quitárselo, ya sabe.

Claro que podía, y con un agujero. O tal vez no. Un tiro en la cabeza no agujerearía la prenda. Dan se la quitó. Estaba a punto de arrojársela al bandido cuando pensó en algo.

—Observe -le dijo.

Metió la capucha en un pequeño bolsillo situado en el cuello y cerró la cremallera. Luego volvió del revés el bolsillo grande e introdujo en él toda la prenda, que quedó reducida a un pequeño paquete. Dan cerró la cremallera y entregó el paquete al hombre.

—¿Sabe lo que está robando? —preguntó con un dejo de amargura-. Ya no pueden fabricar los materiales. Ya no hay máquinas. Una empresa de Nueva Jersey fabricaba ese anorak en cinco tallas y lo vendía tan barato que podías guardar uno en el portaequipajes del coche y olvidarte de él durante diez años. Ni siquiera tenías que buscarlo. La empresa te perseguía, te enviaba montones de propaganda. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien pueda hacer eso de nuevo?

El hombre asintió. Empezó a retroceder para internarse entre los árboles, pero se detuvo.

—No vaya hacia el oeste -le dijo-. Matamos a un hombre y una mujer y nos los comimos. Créame, fue algo horrible. En cuanto pude me largué. Así que no sienta demasiado la pérdida de esta chaqueta y alégrese de que no haya madera seca por aquí.

El bandido se rió antes de dar media vuelta y alejarse corriendo.

Dan meneó la cabeza. ¿Tan pronto había empezado el canibalismo? Todavía le quedaban dos camisetas, una camisa de franela de manga larga y el suéter. Había tenido suerte, y lo sabía. Empezó a llenar de nuevo su mochila. Todavía tenía el alambre para colocar plantas, más precioso que la prenda perdida. Lo guardó cuidadosamente.

No tenía que ir al oeste. La central nuclear de San Joaquín estaba al oeste, pero el valle estaba lleno de agua. La central no podía haber sobrevivido a la inundación y, además, no estaba terminada. Sólo quedaba la opción de ir a Sacramento. Dan trazó mentalmente un mapa de California. Se encontraba en las colinas que forman el límite oriental del valle central inundado. Había tratado de abrirse camino hacia las tierras bajas, donde la marcha no sería tan dura. Pero las tierras bajas estaban al oeste, y los caníbales se encontraban entre él y el lago en que se había convertido el valle de San Joaquín. Dan no confiaba en vivir mucho, pero la idea de ayudar a los caníbales le producía una violenta aversión.

El sargento Hooker observaba el cielo mientras andaba.

Soplaba un viento de mil demonios, que jugueteaba bajo los bordes de los cascos, inflaba mangas y perneras, se extinguía un instante y luego se alzaba desde una dirección distinta, arrojando polvo a los ojos. Las nubes negras, cargadas de electricidad, encerraban una promesa de violencia. Hacía horas que no llovía. Era un tiempo extraño, incluso con relación a las condiciones imperantes tras la caída del cometa.

El doctor marchaba en sombrío silencio, obligándose a seguir. No le quedaban fuerzas para huir. Al menos Hooker no tenía que preocuparse de eso, pero le preocupaban los murmullos entre la tropa. No percibía palabras concretas, pero el tono de queja e ira era inequívoco.

Pensó que no se comerían unos a otros. Hay ciertos límites. Ni siquiera se comían a sus muertos. Todavía no. Tal vez debió haberlo propuesto. Ahora las quejas aumentaban. Quizá tendría que disparar contra Gillings.

Probablemente debió haberlo hecho al principio, cuando regresó y encontró muerto al capitán Hora y Gillings al mando, pero entonces no tenía munición, Gillings había sido el promotor del amotinamiento. Se sentía como un rey ahora que el cometa había terminado con la civilización.

Aquello no dejaba de tener su gracia, pero el sargento Hooker no reía. Le gruñía el estómago.

—Si tenemos que parar de nuevo, se lo comerán a usted. — Le dijo en tono desabrido al doctor.

—Lo sé. Ya le dije por qué enferman.

El médico era un hombre de baja estatura y aspecto inofensivo. Con su nariz alargada y su espeso bigote parecía una ardilla listada. Procuraba no alejarse nunca de Hooker.

—La carne que comen... No pueden contagiarse muchas enfermedades de una res. La carne de cerdo se come bien hecha, porque los cerdos transmiten algunas enfermedades contagiosas, parásitos y cosas así. — Hizo una pausa para tomar aliento y ver si Hooker le hacía una señal para que callara, pero Hooker no lo hizo-. En cambio un hombre puede transmitir cualquier cosa, excepto tal vez la anemia de células en forma de hoz. Ha perdido usted quince hombres desde que se han vuelto caníbales...

—Ocho de ellos fueron muertos a tiros. Usted lo vio.

—Estaban demasiado enfermos para correr.

—Diablos, eran reclutas. No sabían qué estaban haciendo.

El doctor permaneció un rato en silencio. Siguieron avanzando, sin más ruido que su jadeo mientras ascendían por la húmeda cuesta. Ocho hombres muertos a tiros, cuatro de ellos reclutas. Pero siete veteranos habían muerto también, y no a causa de las balas.

—Todos hemos estado enfermos -dijo el doctor-. Lo estamos ahora. — Sintió ganas de vomitar-. Dios mío, ojalá no hubiera...



–Usted estaba tan hambriento como nosotros. Qué pasaría si estuviera demasiado débil para andar?

Hooker se preguntaba por qué le hacía caso. Los sentimientos del doctor no significaban nada para él. Guardaba celosamente un secreto: cuando encontraran un sitio donde albergarse, podrían dejar cojo al doctor, como los hombres de las cavernas dejaban cojos a sus herreros para evitar que huyeran. Pero todavía no se había presentado tal necesidad.

En algún lugar tenía que haber un refugio, lo bastante pequeño para poder defenderse y lo bastante grande para albergar a la tropa de Hooker. Una comunidad agrícola, con gente suficiente para trabajar la tierra y tierra suficiente para alimentarlos a todos. La compañía podría establecerse allí. Los buenos soldados tenían que valer para algo. ¡Aquel maldito Gillings! Lo había dicho como si todo consistiera en entrar y tomar posesión. Las cosas no eran así.

Estaban demasiado hambrientos. Llevaban andados demasiados kilómetros entre las colinas, y todas las tiendas habían sido saqueadas, la gente había huido o se había parapetado detrás de barricadas, de modo que ni siquiera los bazookas y los fusiles sin retroceso podrían asegurar...

Hooker quería pensar en otra cosa. Si hubieran luchado antes no habría habido nada que objetar; pero no, él se había dejado convencer para que siguieran adelante, en busca de un lugar mejor, y cuando llegaron...

–Si uno ha de comer carne humana... -decía el doctor. No podía dejar de hablar de aquel tema, aunque le produjera náuseas-. Si no tiene más remedio que comer carne humana, querrá comer a los sanos, los que corren más rápido y se defienden. Los que pueda capturar serán los enfermos, y su carne le enfermará también. Es mejor comer ganado enfermo que hombres enfermos...

–Cállese, medicucho. Usted sabe por qué murieron. Murieron porque usted no es un verdadero doctor, sino sólo un medicucho.

–Y cuando capture a un médico verdadero, me destinará a la cazuela.

–No se aleje mucho de mí si quiere vivir hasta entonces.

Antes de que cayera el cometa Cowles había sido ginecólogo. Pasó unos días de descanso en la montaña y, al regresar, le sorprendió el diluvio. Tuvo que detenerse al borde del nuevo mar que cubría el valle de San Joaquín. Allí le encontró la tropa de Hooker. Estaba sentado en el guardabarros del coche, bajo la lluvia, con expresión abatida y sin saber qué hacer. Si Cowles no hubiera tenido el buen sentido de mencionar su profesión, se lo habrían comido de inmediato.

Protestó de que le obligaran a alistarse, hasta que Hooker le contó la verdadera situación.

Ahora era bastante dócil. Ya había dejado de murmurar acerca de los derechos del ciudadano. Hooker no dudaba de que había hecho cuanto podía por salvar vidas, y andaba tan rápido como el más lento de ellos. Detrás iban tres hombres, todavía sanos, que cargaban con la marmita del rancho. Gillings era

uno de ellos. El sargento se sentía así más seguro, pues Gillings tendría que dejar caer la marmita antes de disparar a Hooker por la espalda.

Hooker no quería disparar a nadie. Ya habían perdido demasiados hombres. Unos habían muerto de enfermedad, otros habían desertado, y a otros los habían abatido a tiros en el valle. ¿Quién hubiera pensado que aquellos granjeros pudieran pelear tan bien, contra unos militares con armamento moderno?

Sin embargo, como fuerza militar no eran nada extraordinario, tenían pocas municiones y menos ideas. No había habido tiempo para entrenar a los reclutas. No existía una verdadera disciplina entre los soldados. Todos estaban nerviosos, temerosos de que una auténtica patrulla militar hubiera salido en su busca, o un grupo de policías. Pero de momento ninguno retrocedía. Y no podían avanzar más rápido que las noticias. Lo que necesitaban eran más reclutas, pero no podrían reclutar a nadie hasta que tuvieran alimentos. La economía sería un terrible enemigo. Matar a un hombre para la marmita y conseguir el combustible y el agua necesarios para cocer la carne requería una cantidad determinada de esfuerzo. Si los miembros de la compañía se reducían demasiado, la carne se estropearía antes de que pudieran comerla. Sería una pérdida de esfuerzo... y de asesinatos.

No era extraño que Hooker se sintiera perseguido por las furias. Nada había salido bien desde el día en que cayó el cometa, semanas atrás. Había olvidado exactamente cuántos días, pero dos soldados llevaban la cuenta, tachando los días en un calendario de bolsillo. Si el sargento Hooker necesitaba saberlo con precisión, podría averiguarlo.

El sargento había aprendido también a delegar las responsabilidades. Tenía que hacerlo. Como sargento, se había ocupado de tareas pequeñas. Ahora era el oficial al mando y tenía mayores preocupaciones.

Izquierda, derecha, lejos del valle, hacia el sur de nuevo, donde pudieran encontrar algún lugar donde detenerse, nuevos reclutas, algo que comer...

Observó las nubes y se preguntó si realmente se movían formando un remolino en sentido contrario al de las agujas del reloj. El único refugio a la vista era una casa, cuesta abajo. Tendría que enviar exploradores. Confiaba en que estuviera abandonada, y tal vez encontraran dentro alimentos en conserva, pero no era probable.

—¡Bascomb! ¡Flash! Cubrid esa granja. Averiguad si hay alguien. Si está habitada, habladles para que salgan. No disparéis.

—De acuerdo, sargento.

Dos soldados, de entre los que estaban sanos, salieron de la formación y corrieron colina abajo.

—¿No van a matarlos? —preguntó el doctor.

—Necesito reclutas, medicucho, y nos queda un poco de carne cocida, suficiente para un día más...

Hooker hablaba distraídamente. Todavía estaba observando a Bascomb y Flash que avanzaban hacia la casa, y el tiempo le preocupaba. Era poco más de mediodía, pero las nubes parecían moverse en una especie de remolino...

Algo brillante apareció entre las nubes. No podía ser la luz del sol. Era sólo un punto rojizo que se movía con mucha rapidez, casi paralelo a las nubes, entre cuyas masas oscuras aparecía y desaparecía.

—¡Nooo! — exclamó Hooker.

El doctor Cowles retrocedió unos pasos, temeroso de que el sargento se hubiera vuelto loco.

—No -repitió Hooker en voz baja-. No, no, no. No podemos soportarlo más. Ya es suficiente, ¿no comprende? Eso tiene que acabarse.

Los ojos de Hooker estaban fijos en el punto brillante que caía. No podría soportarlo, nadie podría si el Martillo golpeaba de nuevo.

Su plegaria fue escuchada. Un paracaídas se abrió detrás del meteorito. Hooker miraba sin comprender.

—Es una nave espacial -dijo Cowles-. Por todos los diablos, Hooker, es una nave espacial. Debe ser del laboratorio espacial. ¿Está bien, Hooker?

—Cállese -dijo Hooker, sin apartar la vista del objeto que caía suspendido del paracaídas.

—Eh, sargento -gritó Gillings-. ¿A qué sabe un astronauta? ¿A pavo?

—Nunca lo sabremos -replicó Hooker. Afortunadamente sólo Cowles vio la expresión de su rostro, y Cowles no hablaría-. Están cayendo en el valle, precisamente donde aquellos granjeros nos echaron ayer a tiros.

Caían hacia el este, a ciegas. Las nubes brillaban bajo el «meteorito» Soyuz. Aquí y allá las nubes adoptaban formas arremolinadas, espirales de huracanes. Al norte de la dirección que seguían los astronautas en su descenso se había formado una inmensa nube en forma de pico, matriz de huracanes que se desencadenaban sobre el agua caliente que aún debía cubrir el lugar del Pacífico donde se había producido el choque del cometa. El Soyuz empezó a vibrar y John Baker miró atentamente por la ventanilla, tratando de averiguar lo que les esperaba abajo. Mientras atravesaban las capas nubosas, el color gris claro iba haciéndose gradualmente más oscuro.

—Puede haber cualquier cosa ahí abajo -informó Baker.

Aumentó la velocidad del descenso. Habían salido de las nubes, pero abajo seguía estando oscuro. ¿Tierra, mar, marismas? No importaba. No podían hacer nada para mejorar su suerte en caso de que el

lugar donde aterrizaran les fuera adverso. El Soyuz carecía de combustible y energía, y no había modo de maniobrarlo. Habían permanecido en el aire mientras pudieron, hasta que se agotó la última reserva de oxígeno, hasta que el laboratorio espacial, con su escasa energía eléctrica a causa de la avería de las células solares, se calentó de un modo intolerable, hasta que no pudieron ya seguir en órbita y se vieron obligados a regresar a una Tierra inhóspita.

Les había parecido apropiado hacer que el último vuelo espacial de la humanidad durase el máximo posible. Tal vez habían hecho algo importante al señalar los impactos y radiar sus localizaciones. Habían visto el ascenso y la caída de los cohetes, las explosiones atómicas que ya habían cesado. La guerra chino-rusa prosiguió, y tal vez durase eternamente, pero ya no se lucharía con armas atómicas. Lo habían visto todo, y sus informes radiados debían haber sido escuchados por alguien. Tenían confirmación de que les habían escuchado en Pretoria y Nueva Zelanda, y habían sostenido casi cinco minutos de conversación con el NORAD y Colorado Springs. No era un gran trabajo a presentar después de cuatro semanas en órbita tras la caída del cometa, pero hubieran seguido en órbita si las condiciones lo hubiesen permitido: eran los últimos viajeros del espacio.

—Paracaídas abierto -dijo Pieter a espaldas de Baker. Eran unas palabras sin especial significación, pero algo en el tono de voz del ruso hizo que Johnny se pusiera en guardia, por si acaso.

—Es una bajada muy difícil -comentó Rick-. Tal vez porque estamos sobrecargados.

—No, siempre es así -dijo Leonilla-. ¿Son vuestros Apolos más cómodos?

—Nunca he bajado en un Apolo -replicó Rick-. Pero debe ser mejor para los nervios. Nosotros llevamos trajes presurizados.

—Aquí no hay espacio para eso -terció Pieter-. Ya os he dicho que variamos el diseño de la nave después del problema que costó la vida a tres cosmonautas. No hemos tenido pérdidas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El exterior iba haciéndose más claro, y el suelo parecía acercarse velozmente.

—Creo que estamos demasiado al sur -dijo Pieter-. Los vientos son impredecibles.

—Hasta que lleguemos abajo. — Johnny Baker miró la extensión de agua abajo-. ¿Todos sabéis nadar?

Leonilla rió entre dientes.

—Podemos ir vadeando, el agua no parece profunda. De hecho... -Miró el panorama mientras los demás esperaban. Estaba en el asiento al lado de Johnny. Pieter y Rick se encontraban en el reducido espacio detrás de ellos-. De hecho, avanzamos tierra adentro, hacia el este. Veo tres, no, cuatro personas que salen corriendo de una casa.

—Doscientos metros -dijo Johnny Baker-. Preparaos. Vamos a aterrizar. Cien... cincuenta...

veinticinco...

El sobrecargado Soyuz aterrizó violentamente. Parecía que habían caído sobre suelo sólido. Johnny suspiró y dejó que sus músculos se relajaran uno tras otro. No había más vibraciones, no debían temer que se agotara el aire, que la descompresión hiciera estallar la nave o que murieran ahogados. Habían aterrizado.

Todos estaban empapados en sudor. La temperatura durante el descenso había sido muy elevada.

—¿Todos estáis bien? —preguntó Johnny.

—Perfectamente.

—Sí, gracias.

—Salgamos de aquí en seguida -dijo Rick.

Johnny no veía la necesidad de apresurarse, pero Rick y Pieter debían estar muy incómodos allá atrás. El mismo Rick había sugerido aquella colocación, pero ello no la hacía más cómoda. Johnny manoseó el sistema de cierre desconocido. Soltó una maldición y la cerradura funcionó, como si hubiera esperado el exabrupto. La escotilla quedó abierta.

—Vaya.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rick.

Leonilla estiró el cuello para ver.

—Qué recibimiento -dijo Johnny. Permaneció inmóvil en la escotilla, sonriendo a un grupo armado con escopetas y rifles. Más de una docena de hombres y ninguna mujer. Aunque no los contaba, vio media docena de escopetas y un montón de rifles y revólveres, pero lo que más le sorprendió fue distinguir un par de ametralladoras del Ejército.

Johnny levantó las manos. No era muy fácil mantener los brazos arriba y, a la vez, tratar de salir de la cápsula. ¿Por qué diablos estaba aquella gente tan nerviosa? Se movió, volviéndose para que pudieran ver la bandera de Estados Unidos en su hombro.

—No disparen. Soy un héroe.

El grupo no era precisamente atractivo. Parecían ratas semiahogadas vestidas con ropas campesinas convertidas en harapos, y sus rostros eran tan sombríos como sus armas. Un par de ellos llevaban vendajes ensangrentados. Johnny sintió el súbito impulso de hablarles en el inglés corrompido que es la lengua franca de ciertos países: Yo gran astronauta venir mismo país donde sois vosotros, amigos. Pero se contuvo.

Uno de los hombres del semicírculo se dirigió a él. Era un hombre canoso y fornido, aunque el mono que vestía le venía algo holgado. Todos parecían empequeñecidos bajo sus ropas. Pero los brazos del hombre eran gruesos como los de un campeón de lucha libre. La metralleta ligera parecía frágil entre sus manos.

—Dinos, héroe. ¿Cómo es que estabas en un avión ruso?

—Es un módulo espacial. Venimos del laboratorio espacial. ¿Han oído hablar de él? Se trata de la misión espacial conjunta Apolo-Soyuz. Fuimos a estudiar el cometa.

—Ya lo sabemos.

—Bien, el Apolo se agujereó. Creemos que le alcanzó un copo de nieve que viajaba a una velocidad enorme. Tuvimos que pedir a los soviets que nos trajeran a casa en su nave. Yo soy...

—¡Johnny Baker! ¡Le conozco, es Johnny Baker! —dijo una voz perteneciente a un hombre delgado, de liso pelo negro y finos dedos aferrados a una enorme escopeta-. ¡Eh!

—Encantado de conocerle -dijo Johnny, sinceramente-. ¿Podría bajar las manos?

—Hágalo -dijo el hombre canoso. Sin duda era el jefe del grupo, en parte por tradición y en parte por su fuerza bovina. La metralleta corroboraba su posición de líder. El cañón no apuntaba directamente a Johnny-. ¿Quién más hay ahí?

—Los demás astronautas. Dos soviéticos y otro norteamericano. Apenas hay sitio. Les gustaría salir si... bueno, si a sus hombres no les importa y se calman.

—Aquí no hay nadie excitado -dijo el portavoz-. Que salgan sus amigos, tengo que hacerles algunas preguntas. Por ejemplo, ¿por qué han venido aquí los comunistas?

—¿Adonde podíamos ir? Sólo había una nave espacial para los cuatro. ¿Quieres salir, Leonilla?

La astronauta salió, sonriente, con las manos ligeramente en alto.

—Leonilla Malik -anunció Johnny-. La primera mujer del espacio.

No era exactamente cierto, pero sonaba bien.

La dureza de las miradas se ablandó. El hombre canoso bajó su arma.

—Soy Deke Wilson -dijo-. Salga, señorita. ¿O debo decir camarada?

—Lo que usted prefiera -dijo ella. Salió por la escotilla abierta y parpadeó a causa del reflejo del agua a doscientos metros al oeste-. Esta es mi primera visita a América, y también la primera vez que salgo de la Unión Soviética. Antes no me dejaban salir.

–Ahora salen los otros -dijo Johnny-. Pieter...

El brigadier general Jakov no sonreía. Tenía las manos en alto y la espalda rígida, y el signo de la hoz y el martillo, con las letras CCCP, resaltaba en su hombro. Los granjeros adoptaron de nuevo una expresión cautelosa.

–El general Pieter Jakov -anunció Johnny-. Hay uno más. Rick...

Un par de granjeros intercambiaron miradas con sus amigos.

Salió Rick, también sonriendo, procurando que también se viera bien su bandera de Estados Unidos.

–El coronel Rick Delanty, de la Fuerza Aérea norteamericana -dijo Johnny.

Los granjeros se estaban tranquilizando. Por lo menos un poco.

–Soy el primer negro que ha ido al espacio -dijo Rick-, y el último hasta dentro de unos dos mil años.  
– Hizo una pausa y añadió:- Todos somos los últimos.

–Por algún tiempo. Quizá no habrá que esperar tanto tiempo -dijo Deke Wilson.

–Se colgó la metralleta del hombro, de modo que el cañón apuntaba al cielo. También se produjo un cambio sutil en la forma en que los demás llevaban sus armas. Ahora eran un grupo de granjeros que, simplemente, iban armados.

Uno de los hombres sonrió maliciosamente.

–¿Te obligaron a ir atrás?

–Bueno -dijo Rick-. Era el único autobús que había allá arriba.

Todos se echaron a reír.

–Derek, coge a tus muchachos y vuelve a la barricada de la carretera -dijo Wilson, y se volvió hacia Baker:- Estamos un poco nerviosos, porque algunos amotinados del Ejército andan por estos alrededores. Mataron a un tipo armenio carretera abajo y se lo comieron. Uno de los chicos llegó hasta nosotros y nos advirtió. Tendimos una emboscada a esos hijos de... Pero aún quedan muchos. Y hay otros, gente de la ciudad, enfermos de rabia...

–¿Están tan mal las cosas? – preguntó Leonilla-. ¿Con tanta rapidez?

–Tal vez no deberíamos haber bajado -comentó Rick.

Pieter Jakov apoyó una mano en el Soyuz, con ademán posesivo.

—La nave espacial contiene informes vitales y deben ser preservados. ¿Hay algún lugar dónde puedan estudiarlos? ¿Hay científicos o universidades cerca de aquí?

Los granjeros se echaron a reír.

—¿Universidades? General Baker, mire a su alrededor. Eche una buena mirada.

John Baker miró la desolación que le rodeaba. Al este había colinas batidas por la lluvia, algunas verdes y otras yermas. Todas las zonas bajas estaban llenas de agua. La carretera que iba hacia el noreste se asemejaba más a una serie de islas de cemento que a una carretera.

Al oeste había un vasto mar interior, con olas de treinta centímetros de altura, salpicado de pequeños montículos marrones que se habían convertido en islas. En el espacio que ocupó una plantación, no totalmente sumergida, sobresalían las copas de los árboles en una disposición regular. Algunas barcas se deslizaban por aquel mar. El agua estaba embarrada, era oscura y peligrosa, y hedía a causa de los cuerpos putrefactos que flotaban en ella, cadáveres no sólo de ganado...

Las olas movían suavemente los restos de una muñeca de trapo. Flotaba a unos treinta metros de la línea costera. No lejos, tal vez unidos de alguna manera a la muñeca, se veían guedejas de cabello rubio y una tela a cuadros, no reconocibles como algo humano. Deke Wilson siguió la mirada de Baker y luego se volvió hacia la granja que se alzaba en una colina por encima de aquel lago.

—No podemos hacer nada -dijo en tono amargo-. Tendríamos que dedicar todo el tiempo a enterrarlos, y aún así no lo conseguiríamos.

En aquel momento Johnny Baker tuvo plena conciencia del horror que significaba la caída del cometa.

—Ha sido peor de lo que creía -dijo Baker-. No ha sido sólo el choque, el fin de la civilización y la necesidad de reconstruirla. No, están las secuelas, y eso es peor que el cometa.

—Tiene razón -dijo Wilson-. Ha sido muy afortunado, Baker. Se ha librado de lo peor.

—¿No hay gobierno central? — preguntó Pieter Jakov.

—Aquí lo tiene -dijo Wilson-. Hay un sheriff, Bill Appleby, pero eso no sirve de nada. No hemos tenido noticias de Sacramento desde que chocó el cometa.

—Pero supongo que habrá alguien tratando de organizarse -dijo Leonilla.

—Sí, la gente del senador -dijo Wilson.

—¿El senador? — preguntó John Baker, procurando que su rostro no mostrara emoción. Apartó la mirada del terrible mar interior y la dirigió a las colinas hacia el este.



–El senador Arthur Jellison -informó Deke Wilson.

–Parece que no le gusta mucho -dijo Rick Delanty.

–No exactamente. No puedo censurarlo, pero no tengo por qué apreciarlo.

–¿Qué ha hecho? – preguntó Baker.

–Está organizado -explicó Wilson-. En ese valle suyo. – Wilson señaló al noreste, hacia las estribaciones de la Sierra Alta-. Está rodeado de colinas. Tienen patrullas, guardias fronterizos, y no dejan entrar a nadie sin su autorización. Si quiere ayuda, se la proporcionarán, pero a un precio muy alto. Tendrá que alimentar a sus hombres y entregarles más comida, petróleo, municiones, fertilizantes, todo lo que pueda conseguir.

–Si tienen petróleo, creo que estarán en buenas condiciones -dijo Rick Delanty.

Wilson hizo un amplio gesto que abarcaba el terreno circundante.

–¿Cómo podemos mantenernos aquí? No hay límites fronterizos. No hay rocas para convertir este lugar en una fortaleza. No tenemos tiempo para construir. No hay forma de evitar que entren los refugiados y saqueen lo que tengamos. ¿Quiere cerrar ese cacharro? No quiero tanta gente aquí sin hacer nada. Hay trabajo que hacer. Mucho trabajo.

–Sí. El material estará seguro. – Pieter trepó al Soyuz y cerró la escotilla.

–No hay electricidad -dijo Johnny Baker-. ¿Y las centrales nucleares? ¿La que había cerca de Sacramento?

Wilson se encogió de hombros.

–Sacramento estaba a menos de ocho metros sobre el nivel del mar. Los terremotos lo desbarataron todo, y es posible que la central nuclear esté bajo el agua, o tal vez no. No podría decirle. Entre aquí y la ciudad hay una extensión de agua y marismas de cuatrocientos kilómetros, y la mayor parte del valle ha quedado inundado y a bastante profundidad. ¿Ha cerrado eso? Vámonos.

Anduvieron colina arriba, hacia la granja. Al acercarse, Baker vio los sacos de arena y las trincheras individuales excavadas alrededor de los edificios. Mujeres y niños trabajaban en el refuerzo de las fortificaciones.

Wilson se quedó pensativo.

–General -dijo por fin-. Usted tendría que hacer algo mejor que excavar trincheras, pero no sé qué podría ser.

Johnny Baker no dijo nada. Estaba abrumado por lo que había visto y sabido. Allí no había

civilización, sino unos granjeros desesperados que trataban de conservar unas pocas hectáreas de terreno.

—Podemos trabajar —dijo Rick Delanty.

—Tendrán que hacerlo —replicó Wilson—. Miré, dentro de unas semanas tendremos noticias del senador. Le haré saber que ustedes están aquí, y tal vez él quiera que vayan a su rancho. Tal vez esté tan interesado que se sentirá en deuda con nosotros por la transferencia. Podría sernos útil que se sienta en deuda.

## **CUARTA SEMANA: EL PROFETA**

*De todos los estados, el peor es aquel cuyos gobernantes, gozando de una autoridad lo bastante amplia para que todos les obedezcan de buen grado, ceden parte de ésta a algunos de sus súbditos en proporción suficiente para permitirles constreñir a los demás.*

Bertrand de Jouvenal, *Soberanía*

Había existido un mundo loco que estaba vivido en la memoria de Alim Nassor. Hubo un tiempo en que los blancos alimentaban los guetos, sobornaban para impedir revueltas, y Alim recibió su parte. No se trataba sólo de dinero, sino de poder, y Alim era conocido en el Ayuntamiento y tenía buenas perspectivas.

Luego hubo un alcalde negro, y con él se terminó el dinero y el poder se desvaneció. Aquello fue un duro golpe para Alim. Sin el dinero y los símbolos que se podían adquirir con él, uno no era nada, menos que los chulos, los traficantes de drogas y la demás basura que florecía en los guetos. Alim perdió su poder y tenía que recuperarlo, pero entonces le cogieron saqueando un almacén, y la única manera de salir bien librado fue pagar a un fiador y un abogado, ambos blancos. Le sacaron de la cárcel, y para pagarles tuvo que asaltar otro almacén. ¡Era un mundo loco!

Trescientos blancos de los más ricos habían huido a las colinas. ¡Se acercaba la condenación procedente del cielo!

Alim y sus hermanos se habían propuesto enriquecerse de una vez por todas. Fueron ricos, tuvieron camiones enteros cargados de mercancía fácil de colocar, y entonces...

Una verdadera locura. Como en un sueño, Alim Nassor recordó la época anterior al cometa. Había hecho cuanto podía para proteger a los hermanos que le escuchaban. Cuatro de los seis equipos de asalto se habían desenvuelto a pesar de la lluvia, los terremotos y los refugiados, que eran tanta gente. Pero tuvieron un contratiempo cerca de Grapevine. El motor de uno de los camiones empezó a fallar. Le quitaron la gasolina con un sifón y lo arrojaron a la cuneta. Arrojaron también todo el material eléctrico: receptores de televisión, aparatos de alta fidelidad, radios y un ordenador pequeño, pero conservaron un telescopio y unos prismáticos.

Durante algún tiempo no tuvieron problemas. Cerca de la cabaña donde se ocultaban había un rancho, con ganado y alimentos, suficiente para mantener a una docena de hermanos largo tiempo. Ni siquiera tuvieron que pelear, porque el rancho estaba muerto. El techo se había derrumbado, rompiéndole las piernas, y el hombre había muerto de hambre o desangrado. Pero luego aparecieron muchos blancos armados, y dieciocho hermanos en tres camiones tuvieron que salir huyendo en medio de un viento huracanado.

A partir de entonces las cosas fueron de mal en peor. No tenían nada qué comer, ningún lugar donde ir. Nadie quería negros. ¿Qué iban a hacer? ¿Morirse de hambre?

Alim Nassor estaba sentado bajo la lluvia, con las piernas cruzadas, dando cabezadas y rememorando.

Hubo un mundo loco, con leyes ideadas por idiotas parlanchines y lujos increíbles: café caliente, filetes para cenar y toallas secas. Alim llevaba un abrigo que le sentaba perfectamente, un abrigo femenino de armiño, mojado como una esponja. Ninguno de los hermanos tenía nada que decir al respecto. Una vez más, Alim Nassor tenía poder.

Unas botas entraron en su campo de visión, unas botas robadas, con las costuras rotas y las suelas desgastadas tras largas caminatas. Alim alzó la vista.

Swan era un peso ligero que llevaba toda clase de objetos puntiagudos en su persona. Era delgado como un bailarín, frío y peligroso, o así lo pareció cuando Alim le propuso unirse a su equipo de atracos. Ahora parecía medio muerto de hambre y desmoralizado.

—Jackie ha vuelto a meterse con Cassie -dijo Swan-. A Cassie no le gusta. Creo que ella se lo dijo a Chick.

—Mierda -dijo Alim, poniéndose de pie.

—Deberíamos matar a ese Chick -sugirió Swan.

—Escúchame bien. — Alim notó que le faltaba fuerza en la voz. Estaba cansado, muy cansado. Se inclinó hacia Swan y le habló lentamente, dejando entrever la amenaza-. Necesitamos a Chick. Mataría a Jackie antes que matar a Chick. Y te mataría a ti.

Swan retrocedió un poco.

—De acuerdo, Alim.

Alim se sintió satisfecho. Swan no le había plantado cara, sino que acataba su poder.

—Chick es el hermano más grande y más fuerte, pero ésa no es la razón. Chick es granjero. Granjero, ¿comprendes? ¿Quieres hacer esto el resto de tu vida? Estuvimos andando sin parar durante diez días. ¿Te gustó eso? Tiene que haber un lugar para nosotros en alguna parte, pero no importa que no podamos cultivar...

—Que alguien haga el maldito trabajo -dijo Swan.

—¿Y cómo sabremos si lo hacen bien? — preguntó Alim. Estaba a punto de mostrar su desesperación-. ¿Dónde está Chick?

—Junto al fuego. Y Jackie no está.

—¿Y Cassie?

—Con Chick.

—Bien.

Alim se acercó a la fogata. Era agradable saber que podía dar la espalda a Swan sin que nada ocurriera. Swan le necesitaba. Todos le necesitaban. Ninguno de ellos hubiera podido llegar tan lejos, y todos lo sabían.

La primera semana tras la caída del cometa llovió constantemente. Luego la lluvia remitió y se convirtió en una llovizna que siguió días y días hasta que nadie podía soportarla. Ahora, cuatro semanas después de que el Martillo golpeará, lloviznaba con mucha frecuencia y al menos una vez al día caía un chaparrón.

Aquel día había llovido tres veces, y la llovizna seguía, incesante. La lluvia afectaba a todo el mundo, les ponía los nervios de punta. Los pies parecían pudrirse dentro de las botas. Todo estaba húmedo, y la gente era capaz de matarse por un sitio seco. La llovizna casi se detuvo a media noche. Ahora todos estaban acurrucados alrededor de la fogata, bajo una lámina de plástico de una sola vertiente. Al día siguiente Alim podría lamentar haberles dejado utilizar gasolina para encender el fuego, pero, qué diablos, probablemente se les acabaría la carretera antes de que agotaran la gasolina del camión que habían robado en Oil City. La mayor parte de las carreteras terminaban en un punto bajo, cubiertas por el agua, y había que retroceder kilómetros para encontrar algún camino practicable. Era una locura.

En los lugares donde las carreteras pasaban por puntos bajos a menudo había barricadas y granjeros armados.

El fuego era imprescindible. La gasolina había secado suficiente madera para encenderlo, pero olía de un modo terrible. Veinte hermanos y cinco hermanas estaban en cuclillas, formando una media luna, bajo el plástico agitado por el viento. El humo se arremolinaba a su alrededor. Alim oyó risas y se sintió contento.

No era buena cosa que hubiera mujeres en una banda así, pero sería peor no tenerlas. Alim pensaba que tal vez se había equivocado, pero ahora era demasiado tarde. Los errores de Alim Nassor podían costarles la vida a todos, y en eso precisamente estribaba el poder.

El grupo que bajó al valle estaba formado por dieciocho hermanos, todos hombres. Las personas con las que se habían encontrado fueron en su mayoría blancos, la mayoría muertos de hambre e incapaces de presentar batalla. La banda de Alim saqueó en busca de alimentos y lugares secos, y mataron cuando tuvieron que hacerlo. Si encontraban negros, los reclutaban. Había muy pocos negros tan al norte, la mayoría eran granjeros y algunos no querían unirse a ellos, lo cual era bueno para Alim - menos bocas que alimentar- y malo para ellos, pues los negros no serían populares en los lugares por donde hubiera pasado la banda de Alim. Y siguieron adelante, como siempre. No encontraron ningún lugar donde pudieran quedarse y defenderlo. Los hermanos nunca fueron suficientes, y siempre hubo detrás de ellos granjeros armados, los restos de las fuerzas policiales, supervivientes a los que no les quedaba nada por lo que vivir excepto matar a la gente de Alim Nassor...

Y ahora había cinco mujeres y veinte hombres. Cuatro hombres habían muerto peleando por disputarse a las mujeres. Tres fueron los maridos, y una de las viudas se suicidó el mismo día que

mataron a su esposo. Alim se sintió agradecido, pues aquellos sosegó las cosas durante un tiempo.

Pero no demasiado. El marido de Mabe fue acuchillado mientras dormía, y ahora Mabe se acostaba con unos y otros, pero lo hacía de una manera extraña: allá donde acudiera, se producían peleas. Tal vez Mabe se vengaba de esta manera. ¿Pero qué podía hacer Alim? Si la mataba, tendría que parecer un accidente. No es posible matar al único consuelo sexual de los hermanos. Alim pensaba que tal vez podría hacerlo en el momento adecuado, si había otra pelea y todos sabían que ella era la causante.

Chick y Cassie eran un problema distinto. Eran granjeros cuyas granjas estaban sumergidas bajo el océano en que se había convertido el valle de San Joaquín. Hablaban como campesinos blancos y no comprendían el habla de la ciudad. Cassie era cimbrenña, imponente, fuerte y encantadora. Chick era un fornido gigante que podía levantar la parte trasera de un coche o coger a un hermano como Swan por un tobillo y hacerlo volar por los aires, cosa que había hecho.

Habían perdido a sus dos hijos bajo las aguas.

Si los niños se hubieran salvado... Alim meneó la cabeza. ¡Los niños eran lo último que la banda necesitaba ahora! Pero por otra parte, si Cassie hubiera aparecido ante ellos como una madre con dos hijos, tal vez los hermanos habrían pensado más en protegerla y menos en meterse con ella.

Alim se introdujo entre el grupo. Los hermanos alzaron la vista y sonrieron. Sí, la fogata había sido una buena idea. Chick y Cassie estaban sentados, rodeándose mutuamente con los brazos, y miraban cavilosos el fuego. Alim se agachó frente a ellos.

—¿Tenemos que hablar de algo? — les preguntó.

Chick meneó su gran cabeza. Cassie no se movió.

—¿Estáis seguros?

—Haz que tus ladrones estén alejados de mi mujer -dijo Chick.

—Lo intento, no creas. No es culpa de nadie, sino de la situación. ¿Alguien en especial?

—Jackie. ¿Sabes que ese hijo de perra la amenazó con un cuchillo?

—Sólo me lo enseñó -dijo Cassie-, pero me asustó.

—No os asustan las armas de fuego -dijo Alim. Ella tenía un revólver tremendo y media docena de cargadores distintos, desde balines para cazar pájaros a proyectiles que podrían matar a un oso. Alim no había imaginado que un revólver pudiera hacer tantas cosas a la vez-. ¿Por qué te asustan los cuchillos?

Ella se limitó a menear la cabeza, y Chick le miró con ira.

Alim se levantó.

–Trataré de arreglarlo. ¿Dónde está Chick?

–Está escondido ahí afuera.

Alim asintió y salió. Se preguntó si debía rondar por allí o buscar a Jackie. Paseó entre los hermanos y hermanas, haciéndose visible a la luz del fuego. Al día siguiente lo recordarían.

Fue pasando el tiempo, y los hermanos y hermanas se cobijaron en el camión, en grupos de dos y tres. La llovizna estaba apagando el fuego y Jackie aún no aparecía. Alim ya había pensado dónde debía encontrarse.

A un lado estaba la línea costera que habían seguido durante una semana. Alim había considerado la posibilidad de internarse en las colinas, pero ¿para qué? El mundo construido por los blancos estaba muerto, y ellos tendrían que empezar de nuevo. Un pedazo de tierra de labor y unos cuantos como Chick y Cassie para enseñarles cómo trabajarla, eso era lo que necesitaban. La tierra de labor estaba allí, bajo el agua. Si el agua se retirase alguna vez... Pero la lluvia seguía cayendo sin cesar, el fuego casi se había extinguido y el océano seguía allí, demasiado oscuro para poderlo ver, pero allí estaba, con su basura flotante y los cuerpos ahogados de ganado y hombres.

Y detrás había una elevación aislada, el único lugar desde donde Jackie podía observar el fuego. Alim subió el montículo, como un ciego, tentando las ramas, apartándolas, y arrastrando los pies para no romperse un tobillo.

–¿Jackie?

–Sí, Alim -dijo una voz cercana.

Alim ascendió el resto del camino. Jackie estaba en la cumbre, vuelto de espaldas. Era un hombre de talla media, con un abrigo demasiado grande para él.

–¿Por qué no puedes dejar en paz a Cassie? – le preguntó Alim.

–Lo he intentado.

–¿Estás tratando de hacer que me maten?

–Lo he intentado, Alim. Incluso fui con esa Mabe. Esa mujer no es más que lo que tiene entre piernas, pero recurrí a ella, procurando apaciguarme. Pero me rechazó y se fue con Swan. Dijo que era su turno. Se acuesta con tres cada noche, con cualquiera que se lo pida, pero a mí me rechaza. ¡A mí!

–Quiere fastidiarte -dijo Alim, que empezaba a ver la forma correcta de proceder-. Le gustan las peleas. No sabe quién apuñaló a James, así que hará que nos matemos unos a otros. Se acuesta con Elliot y le dice a Rob que la ha violado. A ti no te abre las piernas para que te pelees con Chick. Y si lo

digo me va a indisponer con seis hombres. ¿Qué puedo hacer, Jackie?

Alim creyó haber dado con la solución: hacer que Jackie pensara con la cabeza en lugar de la entrepierna.

—Lo que necesitamos -dijo Jackie- es algo que desvíe las mentes de los hermanos para que no piensen en las mujeres.

Lo dijo como si la idea fuera divertida y triste al mismo tiempo.

—Eso no va a ser fácil.

—Alim, ¿dónde vamos a ir? ¿Qué nos ocurrirá?

—Es difícil decirlo.

Podía hablar con Jackie, pero no podía decir a nadie que no sabía lo que harían, dónde irían. Y Jackie era listo, una vez fue miembro de los Panteras Negras, tuvo inquietudes políticas, como Alim. En una época trabajaron juntos. Jackie agitaba el gueto hasta que Alim lograba lo que quería del Ayuntamiento, y luego aplacaba las cosas de modo que pareciera obra de Alim. Alim Nassor tenía que hacer pensar a Jackie, pero no podía decirle, a él ni a nadie, que estaba asustado, harto de aquella humedad, que se sentía desgraciado y estaba a punto de perder los nervios.

—El poder negro ha terminado -dijo Jackie-. No hay bastantes negros, ni bastante poder.

—Sí, ya lo imaginaba.

—Y nosotros somos pocos -continuó Jackie-. Insuficientes para establecernos en ninguna parte. Chick dice que cada uno necesitaría un par de acres para vivir. Cien acres podrían mantenernos vivos, pero no podrá ser. Desconocemos el trabajo agrícola. Haría falta gente que realizara parte del trabajo, y dos acres para cada uno. Eso supondría una gran extensión, y no podríamos cuidarla.

—Podemos cuidar una pequeña extensión -dijo Alim.

—Lo que debemos hacer es unirnos, encontrar un grupo de blancos con los que podamos trabajar juntos. Política, no sangre. — Jackie hablaba con la mirada perdida en la noche, en voz pausada, pero Alim podía notar que Jackie había reflexionado en aquello largo tiempo-. El maldito sistema ha sido aplastado. Siempre quisimos que el sistema desapareciera, librarnos de los cerdos, el Ayuntamiento y los ricos bastardos... Pero no nos sirve de nada, porque no somos bastantes.

—Mierda -exclamó Alim-. Yo he reunido a todos los que he podido. ¿Me estás diciendo que no lo hice?

—No, tú hiciste cuanto estuvo en tu mano -dijo Jackie-. No es culpa tuya si no hubo bastante gente. Alim, ven aquí y mira allá abajo.



A través de la lluvia se veía una luz difuminada. Tenía que ser la fogata de un campamento, que brillaba junto a la línea del agua, hacia el norte.

—Tengo mejor vista que tú -dijo Jackie-. Quizá no ves que se trata de dos fogatas, dos. ¿Cuánta gente debe haber para que valga la pena encender dos fuegos?

—Muchos. ¿Crees que ellos han visto nuestro fuego?

—No. Nadie viene por aquí. Y no les importa que les vean o no. Piensa en eso.

Poder. Aquel grupo no necesitaba ocultarse. Tenía poder.

—¿Una patrulla en nuestra busca? No. No hemos estado en el norte, y nadie de ahí tiene ningún motivo para buscarnos.

—Tal vez esto hará que Chick deje de pensar en matarme -dijo Jackie.

—¿Cómo es que viste esos fuegos y no me lo dijiste antes?

—Tenía que vigilar, y nadie subió aquí. He estado vigilando todo el rato.

—De acuerdo. Quédate aquí y vigila. Enviaré a Gay con los prismáticos.

Con la luz grisácea de la mañana, Jackie bajó por el lado sur de la colina. Alim ya había hecho que la gente se levantara y recogiera las cosas, y los hermanos esperaban con las armas en la mano.

Lo primero que hizo Jackie fue dirigirse a Chick y Cassie. Alim no oyó lo que les dijo, pero Chick tenía una escopeta y no la utilizó. Luego Jackie informó de lo que había visto.

—Están en pie, y organizados. Son cincuenta, sesenta, puede que más. Tal vez muchos más, pues no caben todos en el mismo sitio a la vez. Hay mujeres y un tipo que todavía viste los restos de un traje y lleva corbata. Los demás son soldados.

Jackie esperó para dejar caer sus palabras.

—¿Soldados? Oh, no -dijo Alim Nassor.

—Llevan uniformes del Ejército y rifles, pero no actúan como soldados. Y hay otros vestidos de civiles.

Alim frunció el ceño.

—Tienen algo más que rifles, Alim -prosiguió Jackie-. Tienen ametralladoras y una especie de tubos de estufa...

–Bazookas -dijo Alim.

–Sí, y una cosa grande como un cañón que llevan entre dos hombres. Creo que pueden hacer volar una casa con esas cosas. Lo vi una vez en la tele. Y creo que se dirigen al norte.

Alim reflexionó. Aquello significaba que el grupo debía proceder del este, puesto que antes no los habían visto. Desde luego, no venían del oeste, del lago que cubría el valle de San Joaquín.

–Quizá lo mejor sería seguirlos -dijo Swan, que había estado escuchando-. Parece gente dura de pelar. Puede que dejen algo antes de marcharse.

–Todo habrá desaparecido antes de que lleguemos -dijo Alim. No sabía qué hacer. Sería mejor oír lo que pensaban los otros antes de decidir algo-. Voy a subir ahí a echar un vistazo.

Dejó a Swan al mando, con instrucciones sobre la dirección que deberían tomar si el grupo del Ejército avanzaba hacia ellos, y siguió a Jackie colina arriba. Pensó que los problemas anteriores no habían sido nada. No faltaría más que tuviera que enfrentarse a las armas del Ejército con una docena de muchachos y algunas escopetas.

–Ahora sabemos por qué todo el mundo estaba oculto -le dijo a Jackie.

No habían encontrado comida en ninguna parte. Dos días atrás habían construido una balsa para acercarse a un supermercado medio sumergido, pero ya había sido saqueado. No pudieron encontrar más que cosas raras, como salmón y anchoas en lata, y en muy poca cantidad. El grupo del Ejército debía haberse llevado todo.

Cuando llegó a lo alto del montículo clareaba más. Jackie hizo una seña y Alim se tendió boca abajo y avanzó arrastrándose entre los arbustos hasta que encontró a Gay. El abrigo de piel de Alim estaba cubierto de barro, pero aquellos tipos del Ejército también debían tener prismáticos y montaban guardia, pues de lo contrario no estarían todavía vivos.

El campamento de aquellos desconocidos estaba a casi dos kilómetros de distancia, junto a la extensión de agua. Estaba rodeado por trincheras y fortificaciones bajas. Parecía organizado. Había mucha gente, la mayoría sentados alrededor de fogatas, sin temor a exponerse, y tenían alimentos. Alim contó siete mujeres.

–Las mujeres hacen la mayor parte del trabajo -dijo Gay-. Ellas y ese tipo con cara de conejo vestido con un traje azul. Hay muchos blancos, pero he contado hasta diez hermanos, y uno de ellos es el sargento.

–El sargento -repitió Alim-. ¿Y hacen lo que él les ordena?

–Saltan cada vez que él mueve los brazos -dijo Gay.

–¿Hay oficiales?

–No he visto ninguno. Creo que el sargento está al mando.

–Lo han hecho -dijo Jackie-. Alim, lo han hecho. Parece mentira.

Alim no dijo nada y esperó la explicación de Jackie.

–¿Te das cuenta? Es lo que hablábamos anoche. – La voz de Jackie estaba llena de excitación-. Ya no hay poder negro, sino simplemente poder. Y son muchos, Alim.

–No tantos.

–Tal vez quieran reclutas -dijo Jackie.

–¿Estás loco? – Gay soltó un bufido-. ¿Quieres alistarte en el maldito Ejército?

–Calla.

Alim siguió observando el campamento con los prismáticos. Había allí una actividad ordenada. Sacaban basura del recinto y la volcaban en fosas. Los centinelas montaban guardia en los puestos de vigilancia. Había calderos de agua sobre el fuego, y todo el mundo lavaba sus equipos sucios con agua caliente. El campamento estaba gobernado como un auténtico ejército, pero algo no encajaba. No era exactamente lo mismo, algo no funcionaba como debería.

–Alim, ellos han conseguido lo que queremos -dijo Jackie-. Poder. Tienen armas suficientes para hacer lo que quieran. Podríamos unirnos a ellos e instalarnos en cualquier lugar que nos apeteciera. Qué diablos, podríamos hacer mucho más. Con tanta gente podríamos ocupar todo este valle, seguir creciendo y reclutando gente. Podríamos ser los dueños del estado entero.

–¿Qué has estado fumando? – le preguntó Gay.

–Callad -dijo Alim de nuevo, en tono que no admitía réplica. El silencio inmediato fue gratificante. Poder... Aquel era el problema: ¿De qué manera Alim Nasson podría tener poder si se unían a aquel ejército?-. ¿No tienen ningún vehículo?

–Tienen una moto. Una Honda grande. La montan dos tipos que han ido a explorar al norte, uno de los nuestros y otro blanco.

–¿Uniformados?

–El blanco llevaba un mono -dijo Gay, en un tono que daba a entender su incompreensión de lo que ocurría y de los motivos que tenía Alim para querer saberlo.

–No tienen vehículos. Nosotros disponemos de un camión, y sabemos dónde encontrar más.

Alim se refería a una granja junto a la carretera. Allí había tres camiones, custodiados por diez o quince hombres armados con rifles. Alim no estaba en condiciones de apoderarse de los vehículos, pero con aquel grupo... Hizo callar a los otros cuando el sargento apareció en su campo de visión. Sí, era negro, aunque no del todo. Un tipo robusto de piel marrón claro y con barba. ¿Barba en el Ejército? Pero el sargento llevaba galones y una gran pistola al cinto. Señalaba a la gente y cada vez que lo hacía uno se levantaba y empezaba a trabajar, llevaba madera al fuego o lavaba las cacerolas. No gritaba ni gesticulaba. Tenía poder y sabía cómo usarlo. Alim le observó atentamente. Luego se levantó, sonriente.

—Ese es el Gancho.

—¿Qué? —dijo Gay, perplejo, mientras Jackie empezaba a sonreír.

—Es el Gancho -repitió Alim con un suspiro de alivio-. Le conozco. Podemos tratar con él.

Habría que fingir un poco. Alim tenía que hablar al Gancho como a un igual, como el jefe de un grupo de hombres. Hooker no debía enterarse de lo mal que estaban las cosas. Alim dejó a Jackie en la colina y bajó al campamento. Era hora de gritar un poco, de hacer que aquellos bastardos trabajaran.

A mediodía el campamento de Alim estaba organizado. Tenía buen aspecto, y parecía como si hubiera más hombres de los que había en realidad. Cuando todo estuvo preparado, Alim se dirigió al campamento de los soldados con Jackie y su hermano Harold.

Por el camino Harold confesó que estaba asustado.

—¿Te da miedo el Gancho?

—Una vez me dio un buen rapapolvo -dijo Harold-. Yo estaba en noveno grado.

—Así que sois viejos conocidos -dijo Alim-. Bueno, nos han visto. Harold, tú te adelantarás. Deja el rifle aquí. Entra con las manos arriba y dile al sargento Hooker que quiero hablarle. Y sé amable con él, ¿me entiendes? Respetuoso.

—Puedes estar seguro de eso.

Harold avanzó erguido, mostrando las manos vacías. Intentó silbar.

Alim observó movimientos a su derecha. Hooker había enviado hombres para que le flanquearan. Alim volvió la cabeza y gritó a unos seguidores puramente imaginarios.

—¡Quedaos ahí, bastardos! Esta es una charla de paz, ¿comprendéis? Le arrancaré la piel a tiras al primer cabrito que dispare, y sabéis que no hablo por hablar.

Alim pensó que se había excedido un poco, como si temiera que sus hombres no le obedecieran. Pero de todos los modos los tipos del Ejército le habían oído y no iban a precipitarse. Harold estaba en el

campamento y nadie había disparado todavía...

Vio que Harold hablaba con Hooker, el Gancho, y que éste iba a su encuentro. Pensó que estaban salvados. Por primera vez desde la caída del cometa, Alim Nassor sintió esperanza y orgullo.

Dos pesados camiones avanzaban por la llanura embarrada, siguiendo un camino tortuoso hacia la nueva isla surgida en el mar de San Joaquín. Se detuvieron junto a un supermercado, aún medio inundado, de cuyos escaparates se Había quitado laboriosamente el barro. Unos hombres armados saltaron de los vehículos y tomaron posiciones en las cercanías.

—Vamos -dijo Cal White.

White, que llevaba la metralleta de Deke Wilson, entró el primero en el edificio anegado, y anduvo con el agua sucia hasta la cintura. Los otros le siguieron.

Rick Delanty tosió y trató de respirar por la boca. El olor de la muerte era irresistible. Buscó a alguien con quien hablar, Pieter o Johnny Baker, pero éstos se hallaban en el extremo de la columna. Aunque aquel era su segundo día en el almacén, ninguno de los astronautas se había acostumbrado al hedor.

—Si de mí dependiera, esperaría otra semana -dijo Kevin Murray.

Murray era un hombre bajo y robusto, de largos brazos. Había sido dependiente en unos almacenes, y tuvo la suerte de casarse con la hermana de un granjero.

—Espera una semana y esos bastardos del Ejército estarán aquí. — Cal White llamó desde el interior-. Esperad un momento.

White siguió adelante con otro hombre y la única linterna que funcionaba. A Rick la metralleta le parecía una extraña obscenidad. Había demasiada muerte a su alrededor. Pero él no iba a poner ningún reparo. La noche pasada Deke había admitido a un refugiado, un hombre del sur que tenía información para cambiarla por una comida, y les dijo que una banda de negros había aterrorizado el sur del valle y que ahora se habían unido a los caníbales del Ejército. Puede que no pasara mucho tiempo antes de que hicieran una visita a Deke Wilson.

Rick se compadeció de aquellos pobres desgraciados. Podía comprenderlos: eran negros en este mundo desgarrado, sin condición social, sin ningún lugar donde ir, indeseables en todas partes. Claro que se habían unido a los caníbales. Y era natural que los supervivientes de la zona volvieran a mirar con aprensión a Rick Delanty...

—No hay peligro -dijo White desde el interior-. Manos a la obra.

El grupo, formado por una docena de hombres, tres astronautas y nueve supervivientes, entró en el almacén y avanzó vadeando. Un conductor acercó uno de los camiones para que sus faros iluminasen el almacén arruinado.

Rick hubiera preferido menos luz, para no ver los cadáveres que se mecían en el agua sucia. Para no marearse se llevó un trozo de tela a la cabeza. White había rociado la tela con una docena de gotas de gasolina. El olor dulzón de la gasolina era mejor que aquello.

Kevin Murray se acercó a un estante con latas y cogió una de maíz. Estaba carcomida por el orín.

—Estropeada -dijo-. Maldita sea.

—Ojalá tuviéramos una linterna -dijo otro granjero.

Rick sabía que una linterna les ayudaría, pero ciertas cosas era mejor hacerlas en la penumbra. Apartó unos restos podridos sobre un estante y encontró tarros de cristal. Conservas en salmuera. Llamó a los otros y empezaron a llevarse los tarros.

—¿Qué es esto, Rick? — preguntó Kevin Murray con otro tarro entre las manos.

—Setas.

—Es mejor que nada -dijo Murray, encogiéndose de hombros-. Gracias. Ojalá no hubiera perdido las gafas. ¿Sabes por qué no llevo ningún arma? Porque no puedo ver más allá del punto de mira.

Rick trató de concentrarse en las gafas: tal vez podrían fabricarse a partir de cristal corriente, pero no tenía idea de cómo se pulen los lentes. Avanzó por los pasillos, cogiendo cosas que otros habían descubierto, buscando otras, empujando tantos cadáveres que al final ya le parecía una rutina. Pero era preciso hablar de alguna otra cosa...

—Las latas no duran mucho, ¿verdad? — preguntó, mirando una lata de cocido putrefacto.

—Las sardinas en lata pueden durar mucho, sabe Dios por qué. Creo que alguien ya ha estado aquí, no hay tantas cosas como en el último almacén. De todos modos, ayer nos llevamos la mayor parte de lo que quedaba. — Se quedó mirando, pensativo, los cadáveres que flotaban-. Tal vez ellos se lo han comido todo. Atrapados aquí...

Rick no respondió. Los dedos de sus pies habían rozado vidrio.

Todos trabajaban calzados con sandalias que habían cogido en una zapatería cercana. No podían hacerlo descalzos, por temor al vidrio roto, y no era cuestión de echar a perder unas buenas botas. Ahora sus dedos habían rozado la curva fría y suave de una botella de vidrio.

Rick contuvo la respiración y se sumergió. Cerca del nivel del suelo encontró varias hileras de botellas, en gran cantidad, de formas diferentes. La mitad eran de agua mineral, y no valía la pena que ocuparan espacio en el camión. Rick cogió una de las botellas y la sacó a la superficie.

—¡Zumos de manzana, nada menos! ¡Eh, muchachos, aquí necesitamos ayuda!

Los demás acudieron vadeando por los pasillos. Pieter y Johnny iban entre los granjeros, y todos estaban agotados, sucios y calados. Se movían como cadáveres vivientes. Algunos aún tenían fuerzas para sonreír. Rick y Kevin Murray se sumergieron para coger las botellas y las fueron pasando a los otros, porque eran los únicos que no llevaban armas.

White, el jefe del grupo, se alejó lentamente con dos botellas, pero volvió la cabeza hacia Rick.

—Lo has hecho muy bien -le dijo, sonriente, y siguió vadeando despacio hacia la puerta. Rick le siguió.

Se oyó el grito de alguien.

Rick dejó sus botellas sobre un estante vacío para avanzar más rápido. El grito debía ser de Sohl, el centinela. ¡Pero Rick no tenía un arma!

Sohl gritó de nuevo.

—No hay peligro. Repito, no hay peligro. ¡Pero venid a ver esto!

Rick pensó en regresar para recoger las botellas, pero decidió abandonarlas. Empujó algo que no quiso mirar, pero la masa flotante tenía las características y el peso de un hombre muerto no demasiado voluminoso o una mujer muerta bastante robusta.

Salió a la luz. El aparcamiento estaba casi medio lleno de coches. Cuarenta o cincuenta vehículos que fueron abandonados cuando llegaron las lluvias. La lluvia cálida debió caer con tanta intensidad que los motores de los coches se anegaron antes que los clientes del centro de compras pudieran tomar la decisión de salir. Por eso los coches se habían quedado allí, y muchos de los clientes. El agua rodeaba los coches, entraba y salía de ellos.

Sohl seguía aún en su puesto en el tejado del supermercado. No le hubiera servido de nada estar más cerca. Era corto de vista y sus gafas se habían roto, como las de Murray. Señaló una cosa que rozaba el lado de un autobús Volkswagen.

—¿Quiere decirme alguien qué es eso? – gritó-. ¡No es una vaca!

Los demás formaron un semicírculo alrededor de la cosa, apoyando bien los pies para resistir la suave corriente del agua que se dirigía al oeste, la misma que había lanzado el extraño cuerpo contra el autobús. Era algo más pequeño que un hombre, y tenía todos los colores de la decadencia. Las patas, grandes y muy curvadas, casi estaban desprendidas. ¿Qué era aquello? Tenía brazos. Por un instante, Rick imaginó absurdamente que el Martillo había sido el primer paso de una invasión interestelar, o parte de un programa para turistas de otros mundos. Aquellos brazos pequeños, la larga boca abierta, inmovilizada por la muerte, el cuerpo abombado como una botella de Chianti...

—Por todos los diablos -dijo al fin-. Es un canguro.

—Pues yo nunca he visto un canguro así -dijo White con un leve tono despectivo.

–Digo que es un canguro.

–Pero...

–¿Acaso publica tu periódico fotos de animales que llevan dos semanas muertos? El mío nunca. Es un canguro muerto. Por eso tiene ese aspecto tan curioso.

Jacob Vinge se había acercado al animal.

–No tiene bolsa -dijo-. Los canguros tienen bolsas en la barriga.

–Puede que sea un macho -sugirió Deke Wilson-, pero tampoco le veo los testículos. ¿Tienen los canguros sus genitales al aire? Oh, esto es estúpido. ¿De dónde vendría? No hay ningún zoo cerca de aquí.

Johnny Baker hizo un gesto de asentimiento.

–El zoo del parque Griffith. El terremoto debió romper algunas jaulas. Vete a saber cómo este pobre bicho llegó tan al norte antes de ahogarse o morir de hambre. Mírenlo de cerca, caballeros, nunca verán otro igual...

Rick dejó de escuchar. Se apartó del grupo y miró a su alrededor. Tenía ganas de gritar.

El día anterior llegaron al alba. Trabajaron todo el día, y el siguiente, y ahora debía estar próxima la puesta de sol. Ninguno de ellos había comentado siquiera lo que podía haber ocurrido allí, pero era bastante evidente. Montones de clientes debieron quedar atrapados cuando las primeras lluvias torrenciales anegaron sus coches. Esperaron en el supermercado a que cesara la lluvia, esperaron a que les rescataran, esperaron hasta que el agua subió y subió. Al final las puertas eléctricas no funcionaron. Algunos debieron salir por la parte trasera, para ahogarse en el exterior.

En el supermercado había estantes semivacíos, y en el agua flotaban mazorcas de maíz, botellas vacías, pieles de naranja y rebanadas de pan medio comidas. No habían muerto de hambre... pero habían muerto, pues sus cadáveres flotaban por todas partes en el supermercado y el aparcamiento inundado. Cadáveres a docenas, la mayoría de mujeres, pero también los había de hombres y niños, meciéndose suavemente entre los coches sumergidos.

–¿Estáis...? – susurró Rick. Inclino la cabeza, se aclaró la garganta y gritó: ¿Estáis locos? – Los demás se volvieron, sorprendidos y airados-. ¡Si queréis ver cadáveres mirad a vuestro alrededor! Aquí -su mano rozó un vestido estampado manchado y putrefacto-. Y allí -señaló el cuerpo de un niño tan cerca de Deke que podría tocarlo-. Y allí -indicó un rostro laxo tras el parabrisas del autobús-. ¿Podéis mirar a alguna parte sin ver a alguien muerto? ¿Por qué os amontonáis como chacales alrededor de un canguro muerto?

–¡Cállate de una vez! – exclamó Kevin Murray, con los puños cerrados a los costados y los nudillos



blancos. Pero no se movió y, al cabo de un rato, apartó la mirada de Rick. Los demás le imitaron.

Todos menos Jacob Vinge.

—Nos hemos acostumbrado -dijo con un temblor en la voz-. Eso es todo. ¡Teníamos que acostumbrarnos, maldita sea!

La corriente cambió ligeramente de dirección. El canguro, o lo que fuera, se apartó del autobús y empezó a alejarse.

En otro tiempo, el *jeep* de Wagoner fue de un brillante color anaranjado con una cenefa blanca. Ahora estaba cubierto de pintura marrón y verde, formando un camuflaje. Dos hombres uniformados se sentaban en la parte delantera, con los rifles erectos entre sus rodillas.

Alim Nassor y el sargento Hooker se sentaban detrás. Hablaban poco mientras el vehículo se abría paso a través de campos embarrados y almendrales en ruinas. Cuando llegaron al campamento, los centinelas saludaron, y mientras el Wagoneer se detenía el conductor y los guardias saltaron de él para abrir las puertas traseras. Alim hizo un gesto de agradecimiento al conductor. Hooker no pareció percatarse de los hombres. Nassor y Hooker se dirigieron a una tienda de campaña en un lado del campamento. Era una tienda nueva, procedente de un almacén de artículos deportivos, de nailon verde con postes de aluminio, y perfectamente impermeable. Un brasero de carbón mantenía el interior seco y cálido. Una tetera bullía encima de las brasas, y una muchacha blanca esperaba para servir té caliente mientras los dos hombres se acomodaban en sillas plegables. Una vez servido el té, Hooker hizo un gesto para que la muchacha se marchara. Los guardias del exterior se situaron a una distancia desde donde no podían escuchar la conversación.

Cuando salió la chica, el sargento Hooker sonrió ampliamente.

—Qué buena vida, Cacahuete.

La sonrisa de Nassor se desvaneció al oír aquel apelativo.

—¡Por el amor de Dios, no me llames eso!

—De acuerdo. Aquí no nos oye nadie.

—Sí, pero podrías olvidarte.

Alim se estremeció. No le habían llamado Cacahuete desde que estaba en octavo grado, cuando estudiaron la vida de George Washington Carver, e inevitablemente el nombre fue adjudicado a George Washington Carver Davis hasta que él terminó con el asunto a fuerza de puñetazos y empotrando una hoja de afeitar en una pastilla de jabón...

—No se encuentra gran cosa por ahí -dijo Hooker. Tomó un sorbo de té, cuyo calorcillo era gratificante.

—No.

De su expedición exploratoria no salió nada de lo que habían esperado, excepto durante una pausa de la lluvia, cuando vieron que las cumbres de la Sierra Alta estaban nevadas. ¡Nieve en agosto! Nassor se había asustado, aunque Hooker decía que a veces había nevado en la Sierra Alta, antes del martes fatídico en que llegó el cometa.

Ambos hombres se sentían incómodos, a pesar del té caliente y el calor de la tienda, a pesar del lujo de estar secos, porque tenían muchas cosas de las que hablar y ninguno de ellos quería empezar. Ambos sabían que pronto deberían elegir. Su campamento estaba demasiado cercano a las ruinas de lo que había sido Bakersfield. Entre las cenizas y la destrucción de la ciudad había mucha gente que podría unirse, más que suficiente para presentarse allí y terminar con Nassor y Hooker. Todavía no se habían organizado. Los supervivientes vivían en grupos pequeños, desconfiaban unos de otros, se peleaban por restos de comida abandonada en los supermercados y almacenes, los restos que Hooker y Nassor habían dejado.

La situación era simple: juntos, Alim y Hooker tenían suficientes hombres y municiones para librar una buena batalla. Si la ganaban, tendrían lo suficiente para resistir. Si la perdían, estarían acabados. Y habían desvalijado aquella región. Tendrían que marcharse, pero ¿adonde?

—Maldita lluvia -musitó Hooker.

Alim tomó un sorbo de té y asintió. Ojalá cesara la lluvia. Si Bakersfield se secaba no habría problema. Sólo tendrían que esperar un buen día con fuertes vientos, y siempre los había, y quemar toda la maldita ciudad. Bastaría un centenar de incendios bien situados, y una tormenta de fuego barrería la ciudad sin dejar rastro detrás. Bakersfield ya no sería una amenaza.

Y las lluvias iban remitiendo poco a poco. El día anterior habían tenido una hora de sol. Hoy el sol casi se mostraba entre las nubes y aún no era mediodía.

—Disponemos de seis días -dijo Hooker-. Luego empezaremos a pasar hambre. Si hay bastante hambre, encontraremos algo que comer, pero...

No terminó la frase. No era necesario. Alim se estremeció. El sargento Hooker vio la expresión de Alim y su boca se torció en un gesto de desprecio.

—Tú también lo harás -dijo Hooker.

—Lo sé.

El recuerdo volvió a hacerle estremecer. Recordó el granjero al que Hooker había abatido, los olores del cocido, el reparto de las porciones del hombre. Todo el mundo en el campamento tomó un cuenco de sopa, y Hooker vigiló que nadie se quedara sin comer. Aquel horrendo ritual era lo que mantenía al grupo unido. Alim tuvo que disparar a uno de los hermanos que no quiso comer. Y a Mabe. Al final lo hizo. Su festín ritual le permitió matar a Mabe y desembarazarse de aquel pendón perturbador. Mabe

se negó a comer.

–Es curioso que nunca lo hicieras antes -dijo Hooker.

Nassor no dijo nada ni cambió de expresión. La verdad era que jamás se les había ocurrido la posibilidad de comer gente, a ninguno de ellos, y eso era una fuente de orgullo secreto para Alim. Los suyos no eran caníbales. Se habían visto obligados a comer carne humana, porque aquella era la única forma de que Hooker les permitiera unirse a él.

–Puedes considerarte afortunado por haber tenido aquel tasajo -dijo Hooker, como regodeándose en el tema-. Nunca has estado bastante hambriento. Sí, has sido afortunado.

–¿Afortunado, dices? ¡Afortunado! – El tono de Alim sorprendió a Hooker-. Había una tonelada de tasajo en aquella furgoneta, y no sacamos ni un kilo por culpa de ese hijo de perra. – A través de la abertura de la tienda miró hacia un negro esbelto que hacía guardia cerca del fuego-. Ese, ese maldito Hannibal.

Hooker frunció el ceño.

–¿Ese al que obligaste a hacer todo el trabajo? ¿Perdió algo de comida?

El recuerdo de lo ocurrido enfureció a Alim.

–Comida y licor. Escucha, podíamos olerlo, estuvo a punto de enloquecernos. ¿Has visto las quemaduras de Gay? Creímos que iba a morir, y todos nos quemamos tratando de...

–¿De qué diablos me estás hablando?

–Ah, no lo sabes. – Alim alcanzó un pequeño baúl situado detrás de él, lo abrió y sacó una botella de whisky barato, robada en una tienda-. Estábamos juntos -siguió diciendo-. Yo, mi gente y algunos otros. Y volvimos allí, pero no podíamos pensar... Todos los blancos...

El sargento Hooker se inclinó por encima de la mesa y abofeteó a Alim con fuerza. Alim se llevó la mano a la pistola, pero se detuvo.

–Gracias.

Hooker asintió.

–Ahora cuéntame lo que ocurrió.

–Los blancos, los ricos de Bel Air... La mitad de ellos se largaron abandonando sus casas. Las dejaron llenas de cosas. Sólo tuvimos que ir allí con camiones y recorrer las casas... -Hizo una pausa y sonrió recordando aquellos días-. Nos hicimos ricos. El reloj que te di. Y este anillo. – Alzó la mano para que el ágata reflejara la luz-. Televisores, aparatos de alta fidelidad, alfombras persas, persas auténticas, la

clase de cosas por las que te pagan veinte de los grandes. Toda clase de cosas, Gancho. Éramos ricos.

Hooker asintió. Sí, a él le habían ido peor las cosas. Aquello todavía le hacía sentirse incómodo. Hooker había sido soldado. Podían haberle enviado a Bel Air para disparar contra los malditos saqueadores. Aquel era un mundo loco.

—Y encontramos un alijo de drogas -dijo Alim-. Coca, aceite de hashish, hierba, y todo de lo mejor. Lo cogí antes de que mis chicos pudieran colocarse allí mismo.

Hookey bebió un trago de whisky.

—¿Lo consumiste todo tú solo?

—No seas tan mal pensado. No, yo no lo consumí. Ni siquiera lo intenté. Sólo quería dejar claro que no les permitiría drogarse allí. Había policías y patrullas por todas partes...

—Sí.

—Y entonces cayó el maldito cometa. Salimos pitando, por caminos, carreteras, por donde pudimos, en dirección a Grapevine, pero el camión empezó a fallar. Estábamos en un camino, pues tratábamos de mantenernos alejados de las autopistas. Así que llegamos a lo alto de una colina y vimos que un furgón venía detrás de nosotros. Un furgón azul claro con cuatro motoristas, todos con escopetas y rifles, como una diligencia de película escoltada por el ejército...

—No me digas. — Hooker se sirvió más whisky. Dentro de poco tendrían que hablar en serio, pero era agradable beber, tomar un trago, no pensar en lo que deberían hacer ahora.

—Lo hicimos todo muy bien -dijo Alim-. Nos adelantamos bastante al furgón, derribamos un árbol con una sierra a pilas, en un sitio estrecho... ¡Tendrías que haberlo visto! Aquellas motos se paran y mis hombres estaban ante sus narices. No estábamos bien armados y tuvimos que usar mucha munición, pero al final todo, salió perfecto. No hicimos ningún agujero en las motos. Allí estaba el furgón, parado, y el conductor manos arriba... Y el furgón ni siquiera tenía un rasguño en su bonita pintura azul.

«¿Pero crees que conservé aquella coca que encontré en Bel Air? Pues no. Ese hijo de perra de Hannibal se la fumó toda, y era buena mercancía, ¿sabes?, no la mierda que él solía consumir, pero se la cargó toda. Y cuando aquellos tipos abrían la puerta del furgón, sin poner problemas, Hannibal va y decide que es el último de los Mau Mau, y se abalanza contra el furgón con un cóctel Molotov. Mierda, arrojó aquella bomba de gasolina directamente al interior del camión.

—Oh, no. — Hooker meneó la cabeza-. ¿Había buen género en el furgón?

—¿Bueno? ¿Bueno dices? ¡Gancho, no te creerás lo que había en el maldito furgón! Aquella bomba estalló como... como...

–Gasolina.

–Sí, eso mismo. – Alim trató de reír pero no pudo-. Los tipos que estaban dentro del camión se incendiaron y salieron gritando, y un par de los bastardos tenían armas. Empezaron a disparar contra nosotros, tuvimos que responder, y cuando todo aquello terminó el camión estaba envuelto en llamas y no podíamos acercarnos a él.

»Las botellas empezaron a explotar en el camión. ¡Chico, los olores bastaban para hacerte enloquecer! Estábamos muertos de hambre, sin nada que llevarnos a la boca, y empezaron a salir olores de comida, y de whisky, coñac y todas esas golosinas que nunca probábamos, chocolate, pasas, manzanas... Mierda, Gancho, aquel camión estaba lleno de comida y licor. Había carne, carne de buey, no la del conductor...

Alim se detuvo bruscamente. Miró de reojo a Hooker. Este no dijo nada.

–Bueno, algo estalló y salió volando ese paquete de tasajo, todavía envuelto en papel de plata y bolsas de plástico. Estaba intacto, sin quemar ni impregnado de gasolina. Habría un kilo de carne. Gay entró corriendo en el furgón y salió con dos botellas, pero tuvimos que dejarle beberse una para aliviar el dolor de las quemaduras, y cuando empezó a hacerle efecto ya nos habíamos bebido la otra.

»Pero un par de motoristas estaban todavía vivos y nos dijeron lo que hubo en el furgón. De todo. Armas, alimentos, toda clase de licores, género europeo... ¿Puedes imaginar lo que valdría ahora? ¿Dónde parará Europa ahora? Había una tonelada de tasajo, y una cosa grasa que aún sabía peor, pero que nadie le importa cuando se muere de hambre. Y sopa, patatas y comida congelada... Mierda, aquellos tipos habían esperado hasta que cayó el cometa y entonces saquearon todos los lugares donde habían visto a la gente prepararse.

–Fueron más listos que tú -dijo Hooker.

Alim se encogió de hombros.

–Tal vez. Yo no creí que ese maldito cometa fuera a caer. ¿Y tú?

–No.

Hooker pensó que, de haberlo sabido, nunca hubiera salido con aquel camión, hubiera llevado muchas más municiones o... ¿Por qué se largó dejando al capitán allí, solo? Mierda.

–...Y botellas de gasolina -decía Alim-. Una gran ayuda, ¿verdad? Podíamos olería. La comida ardía, la gasolina explotaba, las ropas se quemaban, aquellos hijos de perra debían haber pensado que se acercaban los glaciares. – Alim alzó el tono de voz:- ¡Y si tuvieran razón, ese hijo de puta de Hannibal irá con el culo al aire, porque me voy a poner su ropa encima de la mía!

–¿Qué pasó con las motos? – preguntó Hooker. No se molestó en preguntar por los que las conducían.

–Se quemaron. Había más gasolina de reserva en el furgón y siguió ardiendo. Se extendió por todas partes. El fuego fue tan intenso que hasta se quemaron los árboles. ¡En medio de aquella lluvia, con el agua cayendo a cántaros, y hasta los árboles se quemaron! Pero pudimos salvar sus armas.

–Menos mal. Lástima que se perdiera lo demás.

–Sí, fue una pena.

Por el momento estaban a salvo. Todo el mundo, hasta los esclavos, estaban secos y calientes, y hasta casi tenían bastante qué comer. No querían pensar en que debían marcharse, ni hacia dónde, pero no tardarían mucho en verse obligados a hacerlo.

–¡Alim! ¡Sargento! – gritó Jackie.

Se le unieron los gritos de otros. Alim y Hooker salieron de la tienda.

–¿Qué ocurre?

–¡Cabo de guardia, puesto número cuatro! – gritó alguien.

–¡Vamos! – Hooker hizo una señal a los soldados para que tomaran posiciones y luego se dirigió al centinela que había gritado.

–¡No temáis, hermanos! – exclamó alguien en medio de la lluvia brumosa-. Os traigo paz y bendiciones.

–El maldito fuego... -dijo Hooker, escudriñando la bruma.

Una aparición se materializó. Era un hombre con largos cabellos blancos y una larga barba también blanca. Llevaba un impermeable que parecía una bata o la sábana de un fantasma. Detrás del hombre, en la penumbra, se veían otras figuras.

–¡No se mueva de ahí o disparamos! – gritó Hooker.

–La paz esté con vosotros, hermanos -dijo el hombre. Se volvió hacia sus seguidores-. No temáis. Quedaos aquí y yo hablaré con estos ángeles del Señor.

–Es un loco -dijo Hooker-. Un montón de locos.

Había visto muchos antes de entonces. Preparó la metralleta. No iba a dejar que aquel tipo se acercara demasiado.

Pero el hombre avanzó con paso firme, sin ningún temor, enfrentándose al arma de Hooker. Y en su mirada no había la menor señal de amenaza.

–No tiene por qué temerme -dijo el hombre.

–¿Qué quiere? – le preguntó Hooker.

–Hablar con usted. Traerle el mensaje del Señor Dios de los Ejércitos.

–Oh, no me venga con monsergas -dijo Hooker. Su dedo se tensó sobre el gatillo, pero ahora el viejo estaba demasiado cerca. Dos de los hombres de Hooker estaban demasiado próximos a la línea de fuego y Hooker no quería arriesgarse. Y aquel tipo parecía totalmente inofensivo. Tal vez aquello sería divertido. ¿Qué daño podía haber en dejarle pasar? – Los demás, quédense ahí. Gillings, coja un pelotón y regístrelos.

–De acuerdo -dijo Gillings.

El hombre del pelo blanco se dirigió directamente al fuego como si estuviera en su casa. Miró la cacerola y a los que estaban alrededor del fuego.

–Regocijaos -les dijo-. Vuestros pecados os son perdonados.

–Vamos, dígame qué es lo que quiere -le exigió Hooker-. Y no me suelte esa basura sobre los ángeles y el Señor. – Soltó un bufido y repitió:- Angeles...

–Pero ustedes pueden ser ángeles -dijo el hombre-. Han sido salvados del holocausto. El Martillo de Dios ha caído sobre este mundo malvado, y a ustedes no les ha alcanzado. ¿No quieren saber por qué?

–¿Quién es usted? – le preguntó Alim Nassor.

–Soy el reverendo Henry Armitage -dijo el hombre-. Un profeta. Lo sé, lo sé. De momento no parezco demasiado un profeta de Dios. Pero lo soy de todos modos.

Alim pensó que el reverendo tenía todo el aspecto de un profeta, con su barba y el cabello blanco, con aquel impermeable largo y holgado y su mirada brillante.

–Sé quienes sois, hermanos -dijo Armitage-. Sé lo que habéis hecho y que eso abrumba vuestros corazones. Habéis cometido toda clase de pecados. Habéis comido alimentos prohibidos. Pero el Dios de los Ejércitos os perdonará, pues El os ha salvado para que cumpláis su voluntad. ¡Seréis sus ángeles y nada os estará prohibido!

–Está usted loco -dijo Hooker.

–¿Usted cree? – Armitage se rió entre dientes-. Entonces puede escucharme como diversión. Sin duda un loco no puede hacerle daño, y tal vez dirá algo gracioso.

Alim notó que Jackie se aproximaba hasta ponerse a su lado.

–Para algo sirve -dijo Jackie-. ¿Os dais cuenta cómo ha logrado que las hermanas le escuchen? Y nosotros también.

Alim se encogió de hombros. Había algo apremiante en la voz del hombre, y su manera de pasar del tono grandilocuente de un predicador a la conversación normal era realmente notable. Cuando uno pensaba que estaba chalado, se ponía a hablar como todo el mundo.

–¿Cuál es esa misión que Dios ha reservado para nosotros? – le preguntó Jackie.

–El Martillo de Dios ha caído para destruir un mundo maligno -dijo Armitage-. Un mundo de maldad. Dios nos dio esta Tierra y sus frutos, y nosotros la hemos llenado de corrupción. Dividimos a la humanidad en naciones, y dentro de las naciones dividimos a los hombres en ricos y pobres, negros y blancos, y creamos guetos para nuestros hermanos. «Y si un hombre tiene los bienes de este mundo y ve a su hermano en la miseria y no comparte con él lo que tiene, ese hombre no tiene vida». El Señor dio los bienes de este mundo y quienes los tenían no Le conocieron. Amontonaron ladrillo sobre ladrillo, construyeron sus lujosas casas y palacios, cubrieron la Tierra con los vómitos y los hedores de sus fábricas, ¡hasta que la misma Tierra fue un hedor en las narices de Dios!

–¡Amén! – gritó alguien.

–Y por eso su Martillo llegó para castigar a los malos -dijo Armitage-. Cayó y los malvados murieron.

–Nosotros no estamos muertos -objetó Alim Nassor.

–Y sin embargo erais malos -respondió Armitage-. ¡Pero todos lo fuimos, todos nosotros fuimos malos! El buen Dios Jehová nos tuvo en la palma de Su mano. Nos juzgó y nos halló en falta. Y, sin embargo, vivimos. ¿Por qué? ¿Por qué nos ha salvado?

Ahora Alim guardaba silencio. Quería reír, pero no podía. ¡Aquel viejo bastardo loco! Chalado, realmente ido, pero con todo...

–Nos ha salvado para que llevemos a cabo su obra -siguió diciendo Armitage-, para que la completemos. ¡Yo no lo comprendía! En mi orgullo creí que sabía. En mi orgullo creí que veía llegar el Día del Juicio en la mañana del Martillo. Y así era, pero no como yo creía. ¡La escritura dice que ningún hombre conoce el día y la hora del Juicio! Y sin embargo hemos sido juzgados. Pensé en esto después de que cayera el Martillo. Había esperado ver los ángeles del Señor venir a esta Tierra, ver al mismo Rey llegar envuelto en gloria. ¡Vano, vano orgullo! Pero ahora conozco la verdad. Me ha salvado, os ha salvado, para que cumplamos Su voluntad, para completar su obra, y sólo cuando esa obra se haya realizado vendrá El envuelto en gloria.

»¡Unios a mí! ¡Sed ángeles del Señor y haced su obra! Pues el orgullo del hombre no conoce fin. Incluso ahora, hermanos míos, incluso ahora hay quienes traerían de nuevo los males que el Señor Dios ha destruido. Hay quienes volverían a construir de nuevo esas fábricas apestosas, sí, quienes restaurarían Babilonia. ¡Pero no será así, pues el Señor tiene sus ángeles, y vosotros estaréis entre ellos! Unios a mí.



Alim sirvió whisky en el vaso de Hooker.

—¿Crees algo de esa cháchara? — le preguntó. Fuera de la tienda, Henry Armitage todavía estaba predicando.

—Desde luego, tiene buena voz -replicó Hooker-. Lleva dos horas así y todavía no para.

—¿Crees en lo que dice? — repitió Alim.

Hooker se encogió de hombros.

—Mira, si fuera un hombre religioso, lo que no soy, diría que habla con sentido. Conoce bien la Biblia que predica.

—Sí, eso creo.

Alim tomó un sorbo de whisky. ¡Angeles del Señor! ¡El no tenía nada de ángel, y lo sabía. Pero aquel viejo hijo de perra seguía hurgando en los recuerdos. Antiguos recuerdos de iglesias y sesiones para orar, frases que Alim escuchó de niño. Y aquello le molestaba. ¿Por qué diablos aún estaban vivos? Asomó la cabeza por la abertura de la tienda.

—Jackie -llamó.

—En seguida.

Jackie entró y tomó asiento.

Jackie era un buen tipo. No había tenido problemas con Chick en mucho tiempo. Conoció a una chica blanca, que pareció interesarse mucho por él, y ahora Jackie iba como una seda.

—¿Qué me dices del predicador? — le preguntó Alim.

Jackie meneó ambas manos.

—Lo que dice tiene más sentido de lo que crees.

—¿Cómo es eso? — preguntó Hooker.

—Bueno, en ciertos aspectos tiene razón -dijo Jackie-. Las ciudades, los ricos, la manera en que nos trataban. No dice nada que no dijeran los Panteras Negras. Y *lo* cierto es que ese Martillo no acabó con toda esa mierda. Tenemos la revolución a nuestro alcance, ¿y qué es lo que hacemos? Nos quedamos sentados sin hacer nada ni ir a ninguna parte.

—Vamos, vamos Jackie -dijo Alim-. ¿Te vas a dejar influir por ese blan... -esquivó la palabra antes de

que el sargento Hooker pudiera reaccionar-, por ese predicador?

–Es blanco -dijo Jackie-. Y yo no sería el único. ¿Recuerdas a Jerry Owen?

Alim frunció el ceño antes de responder.

–Sí.

–Está ahí afuera, con los demás que acompañan al predicador.

–¿Te refieres a aquel tipo del Ejército de Liberación de Esclavos? – preguntó el sargento Hooker.

–No, no era el ELE -negó Jackie-, sino otro grupo.

–El Ejército de Liberación de la Nueva Hermandad -dijo Alim Nassor.

–Sí, eso es. – Hooker soltó un bufido de desprecio-. Se llamaba a sí mismo general.

No le gustaba la gente que se arrogaba títulos militares que no había ganado. El era el sargento Hooker, y había sido un sargento auténtico en un Ejército de verdad.

–¿Dónde diablos ha estado? – preguntó Alim-. El FBI y todos los cerdos de la bofia iban tras él.

Jackie se encogió de hombros.

–Estaba oculto no lejos de aquí, en un valle cerca de Porterville. Se ocultaba en una comuna de hippies.

–¿Y ahora está con el predicador? – preguntó Hooker-. ¿Cree en esas patrañas?

Jackie volvió a encogerse de hombros.

–El dice que sí. Desde luego, siempre estuvo metido en esas cosas del medio ambiente. Tal vez crea simplemente que ha encontrado algo bueno, porque el reverendo Henry Armitage tiene muchos seguidores que sí creen. Muchos seguidores. Además, es un hombre blanco y predica que el color de la piel no importa, cosa que también creen sus seguidores. Piensa en eso, sargento Hooker. Piensa bien en ello. No sé si Henry Armitage es el profeta de Dios o está loco de atar, pero deja que te diga una cosa: no va a haber muchos grupos sueltos por ahí que nos dejen ser sus líderes.

–Y Armitage...

–Dice que tú eres el jefe de los ángeles del Señor -dijo Jackie-. Dice que tus pecados te son perdonados, y también los de todos nosotros, hemos sido perdonados y tenemos que hacer la obra de Dios, capitaneados por ti, que eres el jefe de los ángeles.

El sargento Hooker les miró fijamente, preguntándose si estaban cayendo bajo el hechizo de un predicador altisonante y el predicar decía todo aquello en serio. Hooker nunca había sido supersticioso, pero sabía que el capitán Hora tomaba seriamente a los capellanes castrenses, al igual que algunos de los demás oficiales, a los que Hooker admiraba. Y además... Maldita sea, pensó Hooker, no sabemos adonde nos dirigimos, no sabemos qué deberíamos hacer, y me pregunto si hay alguna razón para hacer algo, si hay un motivo por el que seguir vivos.

Pensó en las personas a las que habían asesinado y comido, y que todo aquello debía tener algún fin. Tenía que haber una razón. Armitage dijo que había una razón, que todo estaba bien, todas las cosas que habían hecho para seguir con vida...

Aquello era atractivo. Pensar que todo ello tenía una finalidad.

—¿Y dice que yo soy el jefe de sus ángeles? —preguntó Hooker.

—Sí, sargento -replicó Jackie-. ¿No le has escuchado?

—La verdad es que no. —Hooker se levantó-. Pero puedes estar seguro de que ahora voy a escucharle.

## SEXTA SEMANA: LA JUSTICIA

### SUPERIOR

*Ninguna teoría escandalizará probablemente tanto a nuestros contemporáneos como esta: es imposible establecer un orden social justo.*

Bertrand de Jouvenal, *Soberanía*

Alvin Hardy hizo una comprobación final. Todo estaba dispuesto. La biblioteca, la gran sala con las paredes forradas de libros donde el senador celebraba los juicios, había sido arreglada y cada cosa estaba en su sitio.

Jellison se hallaba en la sala de estar. No se encontraba bien. Al no sabía qué le ocurría a su jefe, pero parecía muy fatigado. Era cierto que trabajaba en exceso, como todo el mundo, pero el senador lo había hecho durante largas etapas en Washington y nunca tuvo tan mal aspecto.

—Todo está listo -anunció Hardy.

—Bien. Empieza -le ordenó Jellison.

Al salió de la casa. No llovía y brillaba la luz del sol. A veces el sol brillaba hasta dos horas al día. El aire estaba claro, y Hardy podía ver la nieve en las cimas de la Sierra Alta. Nieve en agosto. Ayer parecía mantenerse en el nivel de los mil ochocientos metros. Hoy, tras la tormenta de anoche, parecía más baja. La nieve avanzaba inexorablemente hacia la fortaleza.

Hardy pensó que se estaban preparando para hacerle frente. Desde el porche de la casa pudo ver una docena de invernaderos, estructuras de madera cubiertas con tela plastificada que habían encontrado en una ferretería, y cada invernadero bajo una tela de araña formada por cuerdas de nylon para impedir que el delgado plástico oscilara con el viento. No durarían más que una estación, pero aquella era la única estación que les preocupaba.

La zona que rodeaba la casa era como una colmena de actividad. Los hombres empujaban carretillas cargadas con estiércol y las volcaban en unos agujeros dentro de los invernaderos. Al pudrirse, el estiércol produciría calor, y esperaban que así los invernaderos se mantendrían calientes en invierno. La gente podría dormir en ellos, añadiendo su propio calor corporal al estiércol en putrefacción y la hierba cortada, todo cuanto pudiera mantener a las plantas en crecimiento lo bastante calientes. Hoy, bajo el brillante sol de agosto, aquellas precauciones parecían absurdas, pero ya se notaba una cierta frialdad en el aire, cuando bajaban las brisas de las montañas.

Gran parte de su esfuerzo sería en vano. En el valle no estaban acostumbrados a los huracanes y tornados, y por mucho que se esforzaran en colocar los invernaderos resguardados de los vientos pero de manera que recibieran la luz solar, no podrían evitar que a algunos de ellos se los llevara el viento. Hardy musitó que estaban haciendo lo que podían. Siempre había más quehacer, cosas en las que no habían pensado hasta que era demasiado tarde, pero sus esfuerzos deberían bastar. Por mucho que les costara, lograrían mantenerse con vida. «Eso en cuanto a las buenas noticias -se dijo Hardy-. Ahora veamos las malas.»

Un grupo de desharrapados estaba cerca del porche. Eran granjeros que querían solicitar algo, refugiados que habían logrado introducirse en la fortaleza y querían suplicar que les permitieran quedarse. Se las habían ingeniado para hablar con Al, Maureen o Charlotte para que les consiguieran una cita con el senador. Había otro grupo a bastante distancia de los solicitantes. Eran granjeros armados que custodiaban prisioneros. Hoy los presos eran sólo dos.

Al Hardy les hizo una señal a todos para que entrasen. Se sentaron en sillas bien separadas de la mesa del senador. Todos dejaron sus armas fuera de la estancia, excepto Al Hardy y los rancheros en los que éste confiaba. Al deseaba registrar a todo el que iba a ver al senador, y algún día lo haría. Pero por el momento causaría demasiados problemas. Dos hombres armados en los que Al confiaba plenamente permanecían en la habitación de al lado y vigilaban a través de pequeños agujeros ocultos entre los estantes de libros, con los rifles a punto. Al pensó que era una pérdida de trabajo y que parecía inútil, pero ¿a quién le importaba lo que pensarán los demás? Cualquiera en su sano juicio sabría que era importante proteger al senador.

Cuando todos estuvieron sentados, Al regresó a la sala de estar.

—Listo —dijo. Luego se dirigió rápidamente a la cocina.

Hoy estaba allí George Christopher en persona. Siempre asistía un miembro del clan Christopher. Los demás entraban y ocupaban el asiento reservado al representante de Christopher, y se ponían de pie cuando entraba el senador en la sala, pero no George. George entraba con el senador. No exactamente como un igual, pero no como alguien que se pondría en pie cuando el senador entrara...

Al Hardy no cambió ni una sola palabra con George. No tenía necesidad de hacerlo. Ahora el ritual estaba bien establecido. George siguió a Al hacia el salón, con su cuello bovino del color rojo vivo que sólo tienen los campesinos... Bueno, no tanto, admitió Al, pero debió haberlo sido. George se encontró con el senador y ambos caminaron juntos, detrás de Al. Todo el mundo se levantó. Al no tuvo que decir nada, lo cual le complació. Le gustaba que las cosas siguieran el rumbo que debían con precisión y suavidad, sin que pareciera que Al Hardy tenía que hacer nada.

Al se sentó ante su propio escritorio, cubierto de papeles. Frente a él había una silla vacía. Estaba reservada para el alcalde, pero éste ya nunca acudía. Al pensaba que se había cansado de la farsa, y no podía echárselo en cara. Al principio aquellos juicios se celebraban en el Ayuntamiento, lo cual daba credibilidad a la pretensión de que el alcalde y el jefe de policía eran importantes, pero ahora el senador había decidido no perder tiempo en trasladarse al pueblo...

—Pueden empezar -dijo Jellison.

La primera parte fue fácil. Al principio se otorgaban las recompensas. Dos chicos de Stretch Tallifsen habían ideado una nueva clase de ratonera, y atraparon tres docenas de pequeños merodeadores, así como una docena de ardillas listadas. Se daban premios semanales a los mejores cazadores de ratas: algunas de las últimas barras de caramelo del mundo.

Hardy miró sus papeles e hizo una mueca. El siguiente caso iba a ser más difícil.

—Peter Bonar. Acusado de acaparamiento -dijo Al.

Bonar se puso en pie. Tendría treinta años o un poco más. Llevaba una barba fina y rubia y tenía la mirada apagada, probablemente a causa del hambre.

—¿Acaparamiento, eh? — dijo el senador-. ¿Qué es lo que acapara?

—Toda clase de cosas, senador. Cuatrocientas libras de pienso para pollos. Setenta kilos de semillas de maíz. Pilas. Dos cajas de cartuchos de rifle y probablemente otras cosas que desconocemos.

Jellison parecía sombrío.

—¿Has hecho eso? — preguntó al acusado.

Este no respondió.

—¿Lo ha hecho? — preguntó Jellison a Hardy.

—Sí, señor.

—¿Tienes algo que objetar? —Jellison miró fijamente a Bonar.

—¡No tenía derecho a venir a mi casa y registrarla! ¡No tenía orden judicial!

Jellison se echó a reír.

—Lo que me extraña es cómo diablos pudieron descubrirlo.

Al Hardy lo sabía. Tenía agentes en todas partes. Hardy dedicaba mucho tiempo a hablar con la gente, y no era difícil enterarse de cosas. Pescaba a alguien en una falta y no lo denunciaba, sino que le hacía vigilar, y pronto conseguía más información.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? —preguntó Jellison-. ¿Cómo lo descubrimos?

—El pienso es mío -dijo Bonar-. Todo ese género es mío. Lo encontramos mi mujer y yo. Lo encontramos y lo trajimos en mi camión, ¿y qué derecho tiene usted sobre él? Es mi propiedad y estaba en mi tierra.

—¿Tenías pollos? —preguntó Jellison.

—Sí.

—¿Cuántos? —Bonar no respondió y Jellison miró a los demás presentes en la sala-. ¿Cuántos tenía?

—Unos pocos, señor -dijo uno de los asistentes. Era una mujer de cuarenta años que parecía tener sesenta-. Cuatro o cinco gallinas y un gallo.

—No necesitas tanto pienso para tan pocos pollos -dijo Jellison razonablemente.

—El pienso es mío -insistió Bonar.

—Y la semilla de maíz. Aquí hay gente que pasa hambre para ahorrar suficiente semilla y tener una cosecha el año próximo, y tú tienes ocultos setenta kilos. Eso es asesinato, Bonar. Asesinato.

—Eh...

—Ya conoces las reglas. Si encuentras algo, tienes que informar. Diablos, no vamos a quedarnos con todo. No vamos a coartar la iniciativa. Pero tienes que informar de inmediato para que podamos hacer nuestros planes.

—Y quedaros con la mitad o más.

–Claro. Bueno, no vale la pena seguir hablando -dijo Jellison-. ¿Alguien quiere defenderle? – Nadie respondió-. ¿Al?

Hardy se encogió de hombros.

–Tiene mujer y dos hijos, de once y trece años.

–Eso complica las cosas -dijo Jellison-. ¿Alguien quiere defender a su familia?... ¿No? – Ahora había un deje nervioso en su voz.

–Eh, usted no puede... ¡Betty no tiene nada que ver en esto!

–Sabía que tenías todo eso oculto -dijo Jellison.

–Bueno, los niños...

–Sí, los niños.

–Es el segundo delito, senador -dijo Hardy-. La última vez acaparó gasolina.

–Era mi gasolina y estaba en mi tierra.

–Hablas mucho -dijo Jellison-. Más de la cuenta. Acaparamiento. La última vez saliste bien librado. ¡Maldita sea, sólo hay una manera de convencer a la gente de que lo que digo lo digo en serio! George, ¿tienes algo que decir?

–No -respondió Christopher.

–La carretera -dijo Jellison-. Hoy a mediodía. Dejaré que Hardy decida lo que puedes llevarte. Peter Bonar, se te condena a ser abandonado en la carretera.

–¡No tiene ningún derecho a echarme de mi propia tierra! – gritó Bonar-. ¡Si me abandona, nosotros le abandonaremos! No necesitamos nada de usted...

–¡No digas sandeces! – gritó George Christopher-. ¡Ya has tenido nuestra ayuda! Comida, invernaderos, hasta te dimos gasolina mientras nos ocultabas cosas. ¡Gracias a esa gasolina pudiste traer en el camión lo que habías encontrado!

–Creo que el hermano Varley cuidará de los niños -dijo una de las mujeres-. Y de la señora Bonar también, si puede quedarse.

–¡Ella vendrá conmigo! – gritó Bonar-. ¡Y los niños también! ¡No tienen derechos a separarme de mis hijos!

Jellison suspiró. Bonar intentaba inspirar compasión, apostando a que no enviarían a su mujer y sus

hijos a la carretera, y como no podían separar a los niños de Bonar... tampoco le enviarían a él. Jellison pensó que dejar a Bonar sin castigo sería como dejar una herida enconada dentro de la fortaleza. Los niños odiarían a todo el mundo. Y, además, la responsabilidad familiar era importante.

—Como quieras -dijo Jellison-. Deja que vayan con él, Al.

—¡Jesús, ten piedad! — gritó Bonar-. ¡Por favor! ¡Por el amor de Dios!

—Arregla las cosas, Al -dijo Jellison con un gran cansancio en la voz-. Ya discutiremos quién puede establecerse en esa granja.

—Sí, señor.

Hardy se dijo que el jefe odiaba aquello, pero ¿qué podían hacer? No podían encarcelar a la gente. Ni siquiera podían alimentar a los que tenían.

—¡Podrido bastardo! — gritó Peter Bonar-. ¡Cerdo hijo de perra! ¡Te veré en el infierno!

—Lléváoslo -ordenó Al Hardy. Dos de los granjeros armados hicieron salir a Bonar a empujones. El granjero aún soltaba maldiciones cuando salió. Hardy creyó oír golpes cuando llegaron al vestíbulo. No estaba seguro, pero las maldiciones se detuvieron abruptamente-. Haré que se cumpla la sentencia, señor -dijo Hardy.

—Gracias. ¿El siguiente?

—La señora Darden. Ha llegado su hijo de Los Angeles y quiere quedarse.

El senador Jellison observó la dura línea en que se había convertido la boca de Christopher George. Permaneció sentado muy erguido en su sillón de alto respaldo, y externamente parecía concentrado. En realidad, se sentía cansado y derrotado, pero no podía abandonar. Tenía que mantenerse en su sitio hasta el próximo otoño. Entonces podría descansar. El próximo otoño habría una buena cosecha. Tendría que haberla. Un año más era todo lo que pedía. Un año más, Señor.

Al menos el siguiente caso fue sencillo. Una anciana sin nadie que cuidara de ella, y se había presentado un familiar. Su hijo era uno de ellos, y George no podía oponerse. Estaba en el reglamento.

Se preguntó si podrían alimentarle el próximo invierno.

El senador miró a la anciana. Supo que, ocurriera lo que le ocurriese a su hijo, no sobreviviría hasta la primavera, y Arthur Jellison la detestó por lo que habría comido antes de morir.

## NOVENA SEMANA: EL



# ORGANIZADOR

*Sin embargo, hay que señalar, que muchos de los que ahora deploran la opresión, la injusticia y la intrínseca fealdad de la vida en una técnicamente avanzada y superpoblada sociedad, llegarán a la conclusión de que las cosas eran antes mejores cuando ellos las consideraban malas; y descubrirán que carecer de las ventajas propias de un sistema desarrollado tales como teléfono, luz eléctrica, automóviles, correo, puede ser divertido durante unos días, pero no como modo de vida.*

Roberto Vacca, *La próxima Edad Oscura*

Harvey Randall nunca había trabajado tan duramente en toda su vida. El campo estaba lleno de pedruscos y había que extraerlos. Algunos podían ser recogidos y trasladados por uno, dos o una docena de hombres. Otros era preciso volarlos y luego acarrear sus fragmentos para construir muros bajos de piedra.

Los diseños en cruz de los muros bajos en Nueva Inglaterra y la Europa meridional siempre le habían parecido elegantes y bellos. Hasta entonces Harvey Randall no se había percatado de cuánta miseria humana estaba representada en cada uno de aquellos muros. No se habían construido para que constituyeran un adorno, ni para marcar límites, ni siquiera para que el ganado y los cerdos estuvieran apartados de los campos. Estaban allí porque costaba demasiado trabajo sacarlas de los campos, y los campos necesitaban estar libres de piedras.

Tenían que arar la mayor parte de los pastos para sembrar en ellos. Sembrar lo que fuera: cebollas, cebada, granos silvestres que crecían en las cunetas de las carreteras, lo que fuera. Las semillas escaseaban, y había que tomar la decisión de plantar para recoger más tarde o comer de inmediato.

—Es como una maldita prisión -murmuró Mark.

Harvey descargó el mazo y partió una piedra limpiamente. Aquello le produjo una agradable sensación y casi olvidó los gruñidos de su estómago. El trabajo era pesado y no había mucho que comer. ¿Hasta cuándo resistirían? La gente del senador había calculado programas dietéticos, tantas calorías por tantas horas de duro trabajo, y según los libros, los habían calculado correctamente, pero el estómago de Harvey no parecía estar de acuerdo.

—Convertir los pedruscos en piedrecitas -dijo Mark-. Un trabajo brutal para un productor asociado.

Mark cogió un extremo del fragmento que habían arrancado de la roca mientras Harvey cogía el otro extremo. Juntos trabajaban bien, y no necesitaban hablar. Llevaron la piedra al muro. Harvey paseó su mirada de experto por el muro y señaló un lugar. La piedra encajó perfectamente en el sitio que había seleccionado. Fueron en busca de otro fragmento.

Permanecieron unos segundos ociosos y Harvey miró al otro lado del campo, donde una docena de

hombres despedazaban rocas y las transportaban al muro bajo. La escena podría pertenecer a varios siglos antes.

—John Adams -dijo Harvey.

—¿Qué? — Mark hizo unos sonidos alentadores. Los relatos aligeraban el trabajo.

—Nuestro segundo presidente de Estados Unidos. — Harvey introdujo la cuña en una pequeña grieta de la roca-. Estuvo en Harvard. Su padre vendió un campo al que llamaban «Los acres pétros», para pagar la matrícula. Adams prefirió ser abogado que limpiar el campo de piedras.

—Fue un tipo listo -dijo Mark. Sostuvo la cuña en su sitio mientras Harvey alzaba el mazo-. Ahora no queda mucho de Harvard.

—No, no queda mucho.

Harvard había desaparecido, y Braintree, Massachusetts, y los Estados Unidos de América, junto con Inglaterra. ¿Aprenderían ahora historia los niños? Harvey pensó que tendrían que hacerlo. Un día reflexionarían en todo aquello, y llegaría un tiempo en que sería importante tener un rey o un presidente, y esta vez tendrían que hacer las cosas bien, de manera que pudieran largarse de este maldito planeta antes de que golpeará otro Martillo. Algún día podrían permitirse el estudio de la historia. Hasta entonces pensarían en Inglaterra de la misma manera que solían pensar en la Atlántida...

—Eh -dijo Mark-. Mira eso.

Harvey se volvió a tiempo de ver que Alice Cox hacía saltar el caballo que montaba por encima de un muro bajo. Avanzaba como si ella misma formara parte del caballo, y de nuevo le dio la impresión de un centauro. Harvey recordó la primera vez que estuvo en aquel rancho, en una época que parecía muy alejada en el tiempo, cuando estuvo en lo alto del risco y por la noche habló de imperios interestelares.

Sí, aquello fue mucho tiempo atrás, en otro mundo. Pero éste de ahora no era tan malo. Estaban limpiando los campos y controlaban sus límites. Allí nadie era violado o asesinado, y aunque no había tanto para comer como Harvey hubiera deseado, había lo suficiente. Romper rocas y levantar muros era un trabajo duro, pero honrado. No había interminables conferencias sobre asuntos sin importancia. No había frustraciones deliberadas, atascos de tráfico y periódicos llenos de relatos de crímenes. Este mundo nuevo y más simple tenía sus compensaciones.

Alice Cox se acercó a ellos al trote.

—El senador quiere verle en la casa, señor Randall.

—Muy bien. — Harvey, aliviado, llevó el mazo al muro y lo dejó allí para que algún otro lo utilizara. Miró el sol entornando los ojos para calcular cuánta luz solar tendrían aún y llamó a Mark-. Tú también puedes volver -le dijo-. Puedes pasar el resto del día en la cabaña.

–De acuerdo.

Mark agitó alegremente las manos y empezó a subir la colina hacia la casita donde vivían Harvey, los Hamner, Mark, Joanna y los cuatro miembros de la familia Wagoner. Eran demasiados para una casa tan pequeña y estaban construyendo habitaciones adicionales, pero era un refugio y tenían suficiente para comer. Bastante para sobrevivir.

Harvey se dirigió por el otro camino, colina abajo, hacia la casa de piedra del senador. También allí estaban construyendo nuevas piezas. En una de ellas Jellison guardaba el arsenal de la fortaleza: rifles de repuesto, cartuchos, dos piezas de artillería de campaña, para las que no tenían munición, y que habían pertenecido al centro de entrenamiento de la Guardia Nacional antes de que se inundara, equipo de recarga manual para recargar proyectiles de escopeta y cartuchos de rifle, botín conseguido en una armería de Porterville. Las matrices habían estado bajo el agua y se habían oxidado, pero todavía funcionaban. La pólvora y los detonadores habían sido guardados en botes que aún no estaban oxidados cuando los recobraron, aunque les faltaba poco.

En otro anexo se encontraba el cuñado del senador, con un telégrafo y una radio. El telégrafo sólo llegaba hasta el bloqueo de la carretera del condado, y la radio no emitía nada, pero confiaban en poder extender las líneas telegráficas. Además, así Jack Turner tenía algo que hacer. No valía para mucho más, y conocía el código Morse. Harvey pensó que también podría servir de mensajero. El único intento de Turner para supervisar un proyecto del rancho fue un desastre, y finalmente los hombres acudieron al senador exigiéndole que sustituyera a Turner...

Turner le saludó al verle pasar.

–¡Eh, Randall!

–Hola, Jack. ¿Qué hay de nuevo?

–Tenemos otro presidente. Un tal Héctor Shorey, de Colorado Springs. Ha proclamado la ley marcial.

Jack Turner parecía pensar que aquello era ridículo, lo mismo que Harvey.

–Siempre hay alguien que proclama la ley marcial -dijo Harvey.

–Littman no lo hizo.

–Sí, me gustó el emperador provisional Charles Avery Littman, aunque sacara la mayor parte de su material del «Circo volante de Monty Python». Los otros fueron demasiado serios.

–El grupo de Shorey parece bastante serio. He conseguido algunas buenas grabaciones a pesar de las interferencias.

–Sigue así, Jack, ánimo -dijo Harvey, y siguió su camino.

Pensó que ya habían tenido cuatro presidentes en la nueva era. Littman era sólo un operador de radio que estaba medio loco. Pero Colorado Springs... Eso estaba cerca de Denver, a dos kilómetros sobre el nivel del mar. Aquel tipo podría ir en serio.

La gran sala de estar estaba llena de gente. Aquella no era una reunión ordinaria. El senador estaba sentado cerca de la chimenea, en el gran sillón de cuero que a Harvey le recordaba un trono... y probablemente aquella era su finalidad. Maureen se sentaba a un lado y Al Hardy al otro, la heredera y el jefe del estado mayor.

Estaban presentes el alcalde Seltz y el jefe de policía, y también Steve Cox, capataz del rancho de Jellison y ahora responsable de casi todas las faenas agrícolas del valle. Una docena de personas habían acudido en representación de la gente del valle. Y, naturalmente, no faltaba George Christopher, solo en un rincón, y con un solo voto, aunque contaba tanto como todos los demás juntos, exceptuando a Maureen.

Harvey sonrió a Maureen. Ella le respondió con una rápida e impersonal sonrisa y un gesto de cabeza, y él apartó en seguida la mirada.

Pensó que ambos tenían dos caras. Maureen había ido a verle varias veces a la choza en lo alto de la colina, cuando Harvey tenía guardia nocturna. Ella le había recibido en otros momentos y lugares, pero siempre muy en privado. Siempre era lo mismo. Hablaban del futuro, pero nunca del futuro de ellos dos, porque ella no quería. Hacían el amor con ternura, como si tal vez nunca volvieran a verse. Hacían el amor, pero nunca se prometían nada. Ambos parecían darse fuerza mutuamente, pero nunca en público. Era como si Maureen tuviera un marido armado, celoso e invisible. En público, Maureen daba la impresión de que apenas conocía a Harvey. Pero tampoco trataba a George Christopher de manera diferente. Era un poco más amistosa con él, pero sin dejar de ser fría. El no era su marido invisible... ¿Quién lo sería? ¿Era distinta con George cuando estaban a solas? Harvey no lo sabía.

Estos pensamientos recorrieron su mente antes de que un antiguo reflejo los reprimiera. No tenía tiempo para ocuparse de ellos. Harvey Randall quería algo, y aquellos eran los hombres que podían negárselo. Era una situación familiar.

—Entre, Harvey. — El senador Jellison no había perdido la sonrisa con la que había ganado las elecciones—. Ya podemos empezar. Gracias a todos por haber venido. Me pareció que era aconsejable recibir una información de cómo están las cosas.

—¿Hay alguna razón para hacerlo ahora? — preguntó George Christopher.

La sonrisa de Jellison no se alteró.

—Sí, George. Hay varias razones. Hemos sabido por el telégrafo que Deke Wilson vendrá a visitarnos, y también traerá algunos visitantes.

—¿Hay noticias del exterior? — preguntó el alcalde Seltz.

–Algunas -dijo Jellison-. ¿Quieres empezar, Al, por favor?

Hardy sacó unos papeles de su portafolio y empezó a leer. Cuántos acres habían limpiado de piedras y cuánto trigo podrían plantar. Hizo un inventario del ganado, armas y equipo. La mayor parte de los presentes parecían aburridos antes de que Hardy terminara.

–La conclusión es que, con suerte, aguantaremos el invierno.

Aquello despertó el interés de los presentes.

–Habrà dificultades -les advirtió Hardy-. Pasaremos bastante hambre antes de la primavera. Pero tenemos una oportunidad. Incluso tenemos suministros médicos, aunque no suficientes, y la clínica del doctor Valdemar está en funcionamiento. – Hardy se detuvo un momento-. Ahora pasemos a las malas noticias. Los muchachos de Harvey Randall han estado inspeccionando las presas y centrales eléctricas de ahí arriba. No es posible hacerlas funcionar de nuevo. Ha desaparecido demasiado. Y no tenemos ni una cuarta parte de las cosas que piden los ingenieros. Pasará algún tiempo antes de que podamos reconstruir aquí gran parte de una civilización.

–Diablos, estamos civilizados -dijo el jefe de policía Hartman-. Casi no hay delitos y tenemos bastante que comer. Tenemos un médico y una clínica, y a la mayoría no nos faltan servicios higiénicos. ¿Qué más necesitamos?

–La electricidad no estaría mal -dijo Harvey Randall.

–Sí, pero podemos vivir sin ella -dijo el jefe de policía Hartman-. Podemos aguantar hasta la primavera.

Harvey le comprendía. El viaje hasta la fortaleza había sido terrible... ¡y ahora estaban hablando como si no fuera suficiente con vivir! Pensó que podían haberle impedido el paso, abandonarle en la carretera...

–Yo preferiría expresarlo de una manera más positiva -dijo el reverendo Varley-. Deberíamos cantar hosannas. – La expresión del sacerdote era sombría, en contraste con sus palabras-. Naturalmente, el coste ha sido elevado. Tal vez, señor jefe de policía, usted lo haya expresado correctamente, después de todo...

El senador Jellison se aclaró la garganta para reclamar atención. En la estancia se hizo el silencio.

–Tenemos algunas noticias más -dijo Jellison-. Hay un nuevo pretendiente al puesto de presidente de Estados Unidos. Héctor Shorey.

–¿Quién diablos es Héctor Shorey? – preguntó George Christopher.

–Presidente de la Cámara de Representantes. Recién seleccionado por la junta de dirigentes del

partido. Ni siquiera recuerdo que la Cámara votara formalmente, pero con todo su pretensión es la más verosímil, y parece que el gobierno de Colorado Springs todavía está al frente del estado.

—Yo también podría hacer eso -dijo Christopher.

El senador se echó a reír.

—No, George. Tú no podrías. Yo sí.

—¿A quién le importa? — preguntó George Christopher en tono beligerante-. No pueden ayudarnos ni meternos en la cárcel. Tendrían que abrirse paso conteniendo con los demás gobiernos de Estados Unidos, y aun así no pueden llegar hasta nosotros. ¿Por qué damos importancia a lo que digan?

—Quisiera decir -intervino Al Hardy- que Colorado Springs probablemente dispone de los efectivos militares más numerosos que sobreviven en esta parte del mundo. Los cadetes de la Academia, el NORAD, o Defensa Aérea Norteamericana, cuyo mando está en Cheyenne Mountain y la base aérea de Ent. Y al menos un regimiento de tropas de montaña.

—Aun así no pueden llegar hasta nosotros -insistió Christopher-. Comprenda que no tengo nada en contra de que Estados Unidos funcione de nuevo, pero quiero saber el coste. ¿Nos pedirán que paguemos impuestos?

Jellison asintió.

—Buena pregunta. — Miró a su alrededor-. Pase lo que pase, puede esperar hasta la primavera, ¿verdad? Y entonces, una de dos, o bien estaremos a salvo o habremos muerto. Al dice que no estaremos muertos.

Hubo murmullos y gestos de asentimiento.

Jellison prosiguió:

—He pedido a Harvey que asistiera a esta reunión porque tiene una propuesta que hacer. Harvey ha pedido que hagamos otra expedición al exterior, para conseguir más equipo que necesitaremos en primavera. — Mostró un papel con la lista que habían preparado Harvey, Brad Wagoner y Tim Hamner-. La mayor parte de las cosas no serán necesarias antes de la primavera.

—Pero son perecederas, senador -dijo Harvey-. Herramientas eléctricas, transistores, componentes, motores eléctricos... muchas cosas que serían útiles aun cuando hayan estado sumergidas, ya no estarán en condiciones para la primavera.

—La última vez que salimos al exterior perdimos cuatro hombres -dijo George Christopher-. Es muy peligroso.

—Porque no llevamos bastantes hombres -replicó Harvey-. Tenemos que ir en un grupo compacto. Una

gran columna no será atacada.

Harvey estaba orgulloso de su dominio. No creía que nadie pudiera adivinar por el tono de su voz cuánto le aterraba la idea de salir de aquel valle. Miró brevemente a Maureen. Ella lo sabía. No le miraba, pero lo sabía.

—Pero gastaremos mucha gasolina -adujo Al Hardy-, y además interrumpiremos los programas de trabajo. Y todavía puede ser preciso luchar.

—Bien, si llevamos bastantes hombres, las cosas no irán tan mal -dijo George Christopher-. Pero no pienso salir más con un par de camiones. Harvey tiene razón. Si vamos, iremos con mucha gente. Diez camiones y de cincuenta a cien hombres.

—Supongo que hemos de pensar bien estas cosas -dijo el reverendo Varley en tono melancólico y triste.

—Sí, señor. — Christopher estaba decidido-. Reverendo, yo deseo la paz tanto como usted, pero no sé cómo conseguirla. No se olvide de los vecinos de Deke, los que fueron devorados.

El reverendo Varley se estremeció.

—No lo he olvidado.

Hubo una pausa y Harvey aprovechó para intervenir.

—Tim ha estado trabajando con la guía telefónica y unos mapas. Ha localizado una tienda de material de inmersión. No estará a más de cuatro metros por debajo del agua. Podríamos bucear y rescatar los equipos de inmersión.

—¿Y qué vas a utilizar para cargar las botellas de aire? — preguntó Steve Cox.

—Podemos construir un compresor -dijo Harvey-. No es difícil diseñarlo.

—Puede que no sea difícil diseñarlo -dijo Joe Henderson-, pero sin electricidad va a ser difícil construirlo.

Henderson había sido el propietario de la gasolinera del pueblo, y ahora ayudaba a Ray Christopher en la herrería y taller mecánico.

—Dejadme que diga otras cosas que necesitamos -dijo Harvey-. Herramientas mecánicas, tornos, taladradoras, toda clase de herramientas, y las hemos localizado en su mayoría... en el mapa, claro. Y un día las vamos a necesitar.

Henderson sonrió melancólicamente.

—Desde luego, me irían bien unas cuantas herramientas -comentó.

–Cable de generador -prosiguió Harvey-. Cojinetes, piezas de repuesto para nuestros vehículos de transporte, cable eléctrico.

–Para -dijo Henderson-. Me rindo. Vayamos a por ello.

–Al -llamó Jellison-. ¿Podemos prescindir de cincuenta hombres durante una semana?

Al Hardy no pareció complacerle la pregunta.

–Eileen, ven un momento. – La interpelada salió de otra habitación-. Dame esas listas de operarios, por favor.

–En seguida.

Antes de retirarse, Eileen dedicó a Harvey una de sus espléndidas sonrisas. Eileen Hancock Hamner se había equivocado: incluso después de que cayera el cometa eran necesarios buenos administradores. A menudo Al Hardy le decía al senador que ella era la persona más útil de la fortaleza. Los hombres fuertes, granjeros, tiradores, hasta mecánicos e ingenieros no eran tan difíciles de encontrar, pero alguien que pudiera coordinar todo el esfuerzo valía su peso en oro.

O en pimienta negra. Hardy frunció el ceño. No le gustaba aquella expedición. Era un riesgo innecesario. Si Randall se salía con la suya... ¿Todavía perseguiría el furgón azul y los hombres que asesinaron a su mujer? Por lo menos no había dejado de hablar de ello...

–Mientras la chica busca eso -dijo el jefe de policía-, permitidme que diga algo. Podemos prescindir de cincuenta hombres durante una semana, si nadie viene a atacarnos mientras estén fuera. Cincuenta hombres con sus rifles son una parte considerable de nuestra fuerza, Senador. Quisiera estar seguro de que nadie nos va a atacar, antes de enviar fuera tantos hombres a la vez.

–Puedo ocuparme de eso -afirmó el alcalde Seltz-. Podemos enviar una patrulla a través del Mal Paso antes de salir, para ver si alguien se acerca por ahí.

–Harry volverá dentro de un par de días, cuando termine su recorrido -dijo el senador Jellison-. Y Deke no tardará en llegar. Averiguaremos cómo están las cosas en el exterior antes de tomar la decisión final. George, ¿no tienes nada que decir de todo esto?

Christopher meneó la cabeza.

–Me da igual una cosa que otra. Si las cosas no están muy mal ahí afuera, si no hay nadie esperando para lanzar un ataque y acabar con nosotros, iremos sin duda alguna.

George se quedó en silencio, contemplando la pared, y todos supieron lo que estaba pensando. George Christopher no quería saber cómo estaban las cosas en el exterior. Nadie quería saberlo. Conocer la existencia del caos, la muerte y el hambre a unos pocos kilómetros de distancia, mientras ellos estaban



seguros en su valle, no haría más que dificultar las cosas.

Eileen regresó con unos papeles. Hardy los estudió durante un rato.

—Todo depende de lo que encontréis -dijo al fin-. Tenemos que limpiar más campos. Aún no tenemos bastante tierra preparada para plantar todas las semillas. Por otra parte, si podéis encontrar más materiales para construir con ellos invernaderos, no necesitaremos tanta tierra plantada para el invierno. Y lo mismo en cuanto al fertilizante y el pienso, si podéis conseguirlos. Luego está la cuestión de la gasolina...

Se trataba de gasolina y horas de trabajo a cambio de algo que sólo podía suponerse. Todos intercambiaron sus puntos de vista hasta que se impuso la voz del senador.

—Harvey, nos propones que corramos un riesgo. De acuerdo en que es un riesgo con una elevada recompensa y que no perdemos mucho, pero sigue siendo un riesgo... Y de momento no necesitamos correr riesgos para seguir con vida.

—Así es, más o menos -dijo Harvey-. Creo que vale la pena correr ese riesgo, pero no puedo garantizarlo. — Se detuvo un momento y miró a su alrededor. Le gustaba aquella gente. Hasta George Christopher era un hombre sincero y era conveniente tenerle a favor si se presentaban problemas-. Mirad, si de mí dependiera, me quedaría aquí para siempre. No podéis imaginar lo bien que uno se siente al entrar en este valle, lo que es sentirse seguro después de lo que vi en Los Angeles. No quisiera abandonar este valle jamás. Pero tenemos que mirar adelante. Hardy dice que resistiremos el invierno, y si él lo dice, será cierto. Pero después del invierno vendrá la primavera, y después otro invierno, y pasarán los años. Tal vez vale la pena que hagamos ahora algún esfuerzo para que esos años futuros sean más fáciles.

—Desde luego -dijo el alcalde Seltz-, pero siempre que el coste sea tan elevado que ya no haya más años. — Se echó a reír-. Mire, estuve hablando con esa doctora, Ruth, y dice que es un «síndrome de supervivencia». Todo el mundo que ha sobrevivido a la caída del cometa ha sufrido un cambio. Algunos se han vuelto majaretas y la vida no vale nada para ellos, así que harán cualquier cosa. Pero a la mayoría les ocurre como a nosotros, somos tan cautelosos que nos ponemos en guardia ante nuestra sombra. Sé que soy así. No quiero correr ningún riesgo. Sin embargo, Harvey tiene razón en algo. Hay por ahí mucho material que podríamos utilizar. Tal vez incluso encontremos el camión...

—¡El camión azul de Harv! — exclamaron al menos cuatro hombres, y Hardy se sobresaltó.

Aunque Randall hubiera dejado de hablar sobre el dichoso furgón, los demás seguían haciéndolo. Pimienta negra, especias, tasajo, sopa enlatada, jamón, café, licores y hasta una perdiz en un peral... Todo cuanto uno podía soñar, y en abundancia. Herramientas mecánicas. ¡Ah! Si Hardy pudiera leer las mentes de cincuenta hombres dispuestos a partir en aquella absurda expedición, sabía lo que encontraría: cincuenta imágenes de un furgón azul.

En aquel momento, el senador Jellison dio por finalizada la reunión.

—Es evidente que no podemos tomar ninguna decisión hasta que Deke llegue aquí para decirnos cómo están las cosas. Esperémosle.

—Veré si la señora Cox ha preparado el té -dijo Al Hardy-. Harvey, ¿quieres ayudarme un momento, por favor?

—Claro.

Harvey fue a la cocina, donde Al Hardy le esperaba.

—La verdad es que la señora Cox ya sabe lo que debe hacer -dijo Hardy-. Quería hablar contigo. En la biblioteca, por favor.

Hardy se volvió y fue hacia la biblioteca. ¿Y ahora, qué?, se preguntó Harvey. Era evidente que a Hardy no le interesaba la expedición de rescate, pero ¿a qué venía aquello? Cuando Al Hardy le hizo pasar a la gran estancia y cerró la puerta, Harvey sintió un temor familiar.

A Al Hardy le gustaban las cosas claras.

Años atrás, Harvey entrevistó a un almirante, y le sorprendió la mesa de trabajo de aquel hombre, que era absolutamente simétrica; la carpeta cubierta de papel secante bien centrada, las bandejas idénticas para asuntos pendientes y ya solucionados, el tintero en el medio con una pluma a cada lado... Todo, excepto el lápiz que el almirante usaba para acompañar sus gestos. Harvey miró todo aquello y entonces dirigió el objetivo de la cámara al centro del escritorio, y puso el lápiz frente al hombre, alineado con su aguja de corbata.

¡Y al almirante le encantó!

—Siéntate, por favor -dijo Hardy. Abrió un cajón de la gran mesa del senador y sacó una botella de whisky-. ¿Quieres un trago?

—Gracias.

Ahora la preocupación de Harvey era definitiva. Al Hardy tenía casi tanto poder como el senador. Era él quien ejecutaba las órdenes de Jellison. Coincidió exactamente con los ejecutivos de la emisora de televisión que ordenaban a Randall lo que debía hacer, y que hubieran encontrado su trabajo mucho más fácil si todos los hombres no hubieran sido creados sólo iguales, sino idénticos.

¿Se trataría de un problema con Mark? Si era así, ¿podría Harvey salvarle de nuevo? Mark había estado a punto de que le echaran de la fortaleza. A Hardy no le había gustado el cartel de Mark que anunciaba la fortaleza como «Factoría y Gobierno Provisional del Senador Jellison». Y a George Christopher tampoco le había gustado. A ninguno de los dos les importó la pintura gastada y le retiraron el cartel.

Quizá no se trataba de Mark. Si Al Hardy había decidido que Harvey Randall estaba obstaculizando

sus planes bien trazados... La fortaleza no podría sobrevivir sin la manía organizadora de Hardy. La carretera estaba siempre allí, y nadie lo olvidaba jamás. Harvey se agitó, incómodo, en el duro sillón.

Al Hardy estaba sentado frente a él. No había querido utilizar el sillón detrás de la mesa del senador. Nadie excepto el senador se sentaría jamás allí mientras Al Hardy pudiera decidirlo. Señaló la mesa cubierta de papeles. Mapas, con líneas a lápiz que indicaban la línea costera actual del valle San Joaquín convertido en mar; asignaciones de trabajo; inventarios de alimentos y equipo, todo lo que pudieron localizar, y otra lista de artículos necesarios de los que carecían; programas de plantación; detalles de trabajo, todo el papeleo necesario para la labor de mantener a tanta gente con vida en un mundo que de súbito se había vuelto hostil.

—¿Crees que todo eso sirve de algo? — le preguntó Al.

—Vale mucho -respondió Harvey-. Es la organización, lo que nos mantiene vivos.

—Me alegro de que lo creas así. — Hardy alzó su vaso-. ¿Por quién quieres brindar?

Harvey señaló el sillón vacío detrás del escritorio.

—Por el duque de Silver Valley.

Al Hardy asintió.

—Brindaré por él. Salud.

—Salud.

—Sí, es un duque -dijo Hardy-. Con su justicia superior, media e inferior.

El nudo de temor en el estómago de Harvey empezó a crecer.

—Dime, Harvey, si él muriese mañana, ¿qué sería de nosotros? — preguntó Hardy.

—Dios mío, no quiero ni pensar en ello. — La pregunta había sobresaltado a Harvey-. Pero no es muy probable que ocurra...

—Es muy probable -dijo Hardy-. Naturalmente, te estoy diciendo un secreto. Si lo dices, o le haces saber que te lo he dicho, no será muy agradable.

—¿Entonces por qué me lo dices? ¿Y qué le pasa?

—Está mal del corazón -explicó Al-. En el hospital de Bethesda le dijeron que se tomara las cosas con calma. Iba a retirarse después de esta legislatura, si hubiera vivido tanto.

—¿Tan mal está?

–Bastante mal. Podría durar dos años o morir en una hora. Es más probable un año que una hora, pero ambas cosas son posibles.

–Dios mío... Pero, ¿por qué me lo dices?

Hardy no respondió directamente.

–Tú mismo has dicho que la organización es la clave de la supervivencia. Sin el senador, no habría organización. ¿Se te ocurre alguien que pueda gobernar aquí si él muere mañana?

–No, ahora no...

–¿Qué hay de Colorado? – preguntó Hardy.

Harvey se echó a reír.

–Ya has oído a los otros. Colorado no puede mantenernos con vida. Pero sé quién podría suceder al senador.

–¿Quién?

–Tú.

Hardy meneó la cabeza.

–No saldría bien, por dos razones. En primer lugar, no soy de la región. No me conocen, y aceptan mis órdenes sólo porque son las órdenes del senador. De acuerdo, eso podría arreglarse con el tiempo. Pero hay una razón mejor, y es que no soy el hombre adecuado.

–Pareces hacerlo todo bien.

–No. Yo quería su escaño en el senado, y él lo hubiera arreglado cuando se retirase. Creo que habría sido un buen senador, pero no un buen presidente. Harvey, hace un par de semanas tuve que ir a casa de Bonar y desahuciar a su mujer y los dos niños. Lloraron, gritaron y me dijeron que les estaba matando, y tenían razón, pero lo hice. ¿Fue correcto lo que hice? No lo sé y, sin embargo, lo sé. Lo sé porque él lo ordenó, y lo que él ordena está bien.

–Esa es una extraña...

–Deficiencia de carácter -dijo Hardy-. Podría hablarte de mi infancia en un orfelinato católico, pero no creo que te interese la historia de mi vida. Créeme. Doy lo mejor de mí mismo cuando tengo alguien en quien apoyarme, alguien que sea la autoridad final. El viejo lo sabe. No hay la menor oportunidad de que me designe como su sucesor.

—¿Qué harás entonces cuando...?

—Seré el jefe de estado mayor de alguien a quien el senador Jellison designe, quienquiera que sea. Si no ha designado a nadie, lo seré de quien yo considere capaz de realizar su trabajo. Este valle es la obra de su vida, ¿sabes? Nos ha salvado a todos. Sin él, todos estaríamos en las mismas condiciones que los de ahí afuera.

Harvey asintió.

—Espero que tengas razón. — Pensó que le gustaba estar allí a salvo, y cuánto apreciaba la seguridad-. ¿Qué tiene todo esto que ver conmigo?

—Lo estás estropeando todo -dijo Hardy-. Ya sabes cómo.

Harvey Randall apretó los dientes.

—Si muere mañana... -siguió diciendo Hardy-, la única persona que podría sucederle es George Christopher. No, te lo diré antes de que lo preguntes. No me gustará ser su segundo de a bordo, pero lo haré, porque nadie más podría organizar este valle. Y haré que todo el mundo sepa que George es el heredero elegido por el senador. No habrá más de un día de diferencia entre la boda y el funeral.

—¡Ella no se casaría con George Christopher!

—Sí que lo hará. Si ello significa la diferencia entre el éxito y la ruina de todo lo que el senador ha intentado construir, lo hará.

—¿Quieres decir que quien se case con Maureen acabará siendo el dueño de la fortaleza...?

—No -negó Hardy, moviendo la cabeza tristemente-. Todo el mundo no. Tú no podrías, por ejemplo. No eres de aquí. Nadie aceptaría órdenes de ti. Bueno, algunos sí que lo harían, si fueras el heredero del senador, pero no bastantes. — Al se detuvo un momento-. Yo tampoco podría.

Harvey se volvió para mirar fijamente al hombre más joven.

—Estás enamorado de ella -musitó.

Hardy se encogió de hombros.

—La estimo lo suficiente para no querer matarla. Y eso es lo que haría si me casara con ella. Cualquier cosa que desorganice este valle, que lo divida en facciones, nos matará a todos. Será un empujón para el primer grupo que quiera conquistarnos... y no olvides, Harvey, que en el exterior hay enemigos. Peores de lo que crees.

—¿Has oído algo que no se haya dicho en la reunión?

—Deke te lo diré cuando llegue -dijo Al. Cogió la botella y sirvió más whisky en los vasos-. Aléjate de ella, Harvey. Sé que está sola y lo que sientes por ella, pero aléjate. Todo lo que puedes hacer es matarla y arruinar todo lo que su padre ha construido.

—Maldita sea, yo...

—No sirve de nada que me grites o te enfades conmigo -dijo Hardy en tono calmado y decidido-. Sabes que tengo razón. Ella debe casarse con el nuevo duque, quienquiera que sea. De otra manera, Jack Turner intentará hacer valer sus derechos, y tendré que matarle. De lo contrario habrá facciones que intentarán hacerse con el poder porque creerán que tienen tanto derecho como el que más. La única posibilidad de una transferencia apacible del poder es apelar a la lealtad y a la memoria del senador, y Maureen puede hacer eso. Nadie más. Pero no puede controlar a todo el mundo. Juntos. Maureen y George podrán hacerlo.

Finalmente, la calma glacial de Hardy se resquebrajó un poco. Le tembló la mano.

—¿Acaso crees que le facilitas las cosas? Ella sabe lo que debe hacer. ¿Por qué crees que te verá en secreto, pero no se casará contigo? — Hardy se levantó-. Ya hemos hablado bastante rato. Debemos reunirnos con los otros.

Harvey apuró su vaso, pero no se levantó todavía.

—He intentado ser amistoso -dijo Hardy-. El senador te tiene en alta estima. Le gusta el trabajo que has hecho y le gustan tus ideas. Creo que si pudiera elegir libremente tal vez... Eso no importa. No puede elegir libremente, y ahora te lo he dicho.

Hardy salió antes de que Randall pudiera decir nada.

Harvey se quedó sentado, mirando el vaso vacío. Al fin se levantó y lo arrojó contra la alfombra.

—¡Mierda! — exclamó-. ¡Maldito seas!

Cuando se levantó la sesión, Maureen salió de la casa. Había una fina niebla, tan fina que apenas se percató de ella. A nadie le molestaba la niebla. Había una buena visibilidad en varios kilómetros, y podía ver la nieve en la Sierra Alta y más abajo. Hacia el sur, había nieve en Cow Mountain, y su altura no llegaba a los mil quinientos metros. Pronto habría nieve en el valle.

El viento fresco la hizo estremecerse levemente, pero no tenía ganas de regresar a la casa y abrigarse más. Si entraba, tendría que ver a Harvey Randall de nuevo y apartar la mirada. No quería ver o hablar con nadie, pero sonrió complacida cuando vio a Alice Cox a caballo. Luego notó, más que oyó, que alguien se acercaba por detrás de ella. Se volvió lentamente, temerosa de quién podría ser.

—Hace frío -le dijo el reverendo Varley-. Debería ponerse una chaqueta.

—Estoy bien. — Dio unos pasos, alejándose de él, y volvió a ver la Sierra. El hijo de Harvey estaría en

aquellas montañas. Unos viajeros dijeron que los niños exploradores se desenvolvían bien allí. Se volvió de nuevo al reverendo-. Me han dicho que se puede confiar en usted.

—Así lo espero. — Como ella no dijo nada más, añadió-: Escuchar los problemas de la gente es mi principal ocupación aquí.

—Creía que su principal ocupación era rezar -dijo ella cínicamente, sin saber por qué quería herir a aquel hombre.

—Lo hago, pero eso no es una ocupación.

—No, claro.

Tom Varley era un hombre robusto y parecía mejor alimentado de lo que estaba en realidad. Mucha gente del valle le daba parte de sus propias raciones, las cuales él distribuía. Nunca decía cómo. George pensaba que daba de comer a gente de afuera, pero George no diría ni una palabra a Tom Varley. Le tenía miedo. Los sacerdotes y los magos son temidos en las sociedades primitivas.

—Ojalá éste hubiera sido realmente el Día del Juicio -dijo ella abruptamente.

—¿Por qué?

—Porque entonces tendría algún sentido. Nada de todo esto tiene sentido. Y no me hable de la voluntad de Dios y sus inescrutables razones.

—No lo haré si usted dice que no quiere oírlo, pero ¿está segura?

—Sí. Ya intenté eso y no funcionó. ¡No puedo creer en un Dios que hizo esto! Y no hay ninguna finalidad, ninguna razón para nada. — Señaló la nieve en las montañas-. Pronto vendrá el invierno y tendremos que resistir, los que podamos. Y luego vendrá otro, y otro. ¿Por qué molestarse?

No podía mirar al sacerdote, cuyos ojos de perro pastor traslucían preocupación y simpatía, y ella supo que eso era lo que había querido de él, pero ahora era insoportable. Se volvió y caminó rápidamente.

El la siguió.

—Maureen. — Ella continuó andando hacia el camino de la casa, pero el hombre se puso a su lado-. Por favor.

—¿Qué quiere? — dijo ella, mirándole-. ¿Qué puede decir? ¿Qué puedo decir yo? Todo es verdad.

—La mayoría de nosotros queremos vivir -dijo él.

—Sí. Me gustaría saber por qué.

–Usted lo sabe. También usted quiere vivir.

–No de esta manera.

–Las cosas no están tan mal...

–Usted no comprende. Creí que había encontrado algo. La vida consiste en hacer el trabajo de uno. Podía creer en eso, de veras. Pero no tengo un trabajo. Soy total y absolutamente inútil.

–Eso no es cierto.

–Es verdad. Siempre lo ha sido. Incluso antes... Antes. Simplemente existía. A veces podía ser feliz formando parte de la vida de otra persona. Podía engañarme a mí misma, pero eso tampoco servía de nada. Iba a la deriva, y no le veía a eso mucho sentido, pero tampoco estaba tan mal. Por lo menos entonces. Pero llegó el Martillo y acabó incluso con eso. Acabó con todo.

–Pero usted es necesaria aquí -dijo Varley-. Muchas de estas personas dependen de usted. La necesitan...

Ella se echó a reír.

–¿Para qué? Al Hardy y Eileen hacen el trabajo. Papá toma las decisiones. ¿Y Maureen? – Rió de nuevo-. Maureen hace a la gente desgraciada, Maureen tiene accesos de negra depresión que se extienden como la peste. Maureen se desliza furtivamente para ver a su amante y luego destruye al pobre hijo de perra al no hablarle en público porque teme que le maten, pero Maureen ni siquiera tiene redaños para dejar de hacer el amor. ¿Qué es peor que ser inútil?

Su lenguaje no produjo ninguna reacción en el sacerdote, y se avergonzó por tratar de... ¿de qué? No importaba.

–¿Ve como es verdad que se preocupa por algo? – dijo Varley-. Ese amante. Es alguien cuya vida usted quiere compartir.

La sonrisa de Maureen era amarga.

–¿No lo comprende? ¡No lo sé! Y temo averiguarlo. Quiero amar, pero no creo que pueda hacerlo, y temo incluso que sea ya imposible. Y no puedo descubrirlo porque mi trabajo consiste en ser la princesa coronada. Quizá debería casarme con George y terminar con esto.

Esta vez el sacerdote reaccionó. Pareció sorprendido.

–¿George Christopher es su amante?

–¡Dios mío, no! El es el que mataría...



—Lo dudo. George es un buen hombre.

—Desearía... Me gustaría estar segura de eso. Entonces podría averiguarlo. Podría averiguar si todavía puedo amar a alguien. Y quiero saberlo, quiero saber si el Martillo también destruyó eso. Lo siento. No debí haberle dicho todo esto. Usted no puede hacer nada.

—Puedo escuchar. Y puedo decirle que veo una finalidad en la vida. Este vasto universo no fue creado por nada. Y fue creado. No surgió por casualidad.

—¿Surgió el Martillo por casualidad?

—No lo creo.

—¿Entonces, por qué?

Varley meneó la cabeza.

—No lo sé. Quizá para conmocionar suficientemente a la clase alta de Washington y hacerle reconsiderar su vida. Tal vez sólo por eso. Por usted.

—Eso es absurdo. No puede creerlo.

—Creo que tiene un fin, pero ese fin será distinto para cada uno de nosotros.

—Será mejor que entremos. Tengo frío.

Maureen se volvió y se alejó rápidamente del sacerdote, en dirección a la casa de piedra. Pensó que aquella noche vería a Harvey, y se lo diría. Todo. Tenía que hacerlo. No podía soportar más aquella situación.

## FINAL DEL VIAJE

*En la inminente edad oscura, la gente sufrirá penalidades, y durante la mayor parte de su tiempo trabajará para satisfacer necesidades primarias. Unos pocos ostentarán posiciones de privilegio, y su trabajo no consistirá en... cultivar la tierra o construir refugios con sus propias manos, sino en una serie de tretas e intrigas, más sombrías y violentas que cualquiera de las que hoy conocemos, a fin de mantener sus privilegios personales...*

Roberto Vacca, *La próxima Edad Oscura*

Sonó la alarma del cronómetro de cocina que utilizaba Tim Hamner. Este dejó el libro que estaba leyendo y tomó los prismáticos. Disponía de dos juegos de prismáticos en la cabaña donde montaba guardia. Los que acababa de coger tenían lentes potentes, para la luz del día; los otros eran mucho más grandes y no aumentaban tanto, pero recogían mucha luz y eran ideales para la observación nocturna. Hubieran sido unos lentes perfectos para observaciones astronómicas, pero ahora el cielo estaba siempre cubierto de nubes y Tim casi nunca veía las estrellas.

La cabaña había sido muy mejorada. Ahora disponía de aislamiento y la estructura de madera se encontraba reforzada. Incluso disponía de calefacción. Contenía una cama, una silla, una mesa y algunas estanterías para libros. En el dorso de la puerta había un sujetador de rifles. Tim se puso al hombro el Winchester, antes de salir, y por un breve instante le divirtió un pensamiento: ¡El, Tim Hamner, astrónomo aficionado y playboy, armado hasta los dientes para ir en busca de los malvados!

Trepó al risco, junto al cual crecía un árbol. Desde cualquier distancia, Tim sería invisible entre la frondosidad de sus ramas. Apoyado en el tronco, inició su minuciosa exploración del terreno de abajo.

Malpaso no salía en los mapas. Era el nombre dado por Harvey Randall al punto más bajo entre las colinas que rodeaban a la fortaleza. Malpaso era la ruta más probable que seguiría cualquiera que tuviera la intención de entrar a pie en terrenos del rancho, y Tim lo exploró primero. Sólo un cuarto de hora antes había mirado al mismo lugar. El cronómetro sonaba a intervalos de quince minutos, de acuerdo con la teoría de que nadie, a pie o a caballo, podía rebasar el paso y perderse de vista en menos de un cuarto de hora.

No había nadie allí, como ocurría siempre en los últimos días. En las primeras semanas, algunas personas a pie habían tratado de penetrar por allí, pero fueron descubiertas y Tim tocó la corneta, dando la alarma. Cuando lo hacía, los guardias a caballo iban al encuentro de los intrusos y los desalojaban. Ahora el paso estaba siempre solitario, pero aun así era preciso vigilarlo.

Tim divisó dos ciervos y un coyote, cinco liebres y muchos pájaros. Una buena provisión de carne, si fuera posible dedicar algunos hombres a la caza. No había nada más en el paso. Miró a su alrededor con los prismáticos, sobre las cumbres y a lo largo de las colinas. No era muy distinto que buscar cometas. Uno recuerda el aspecto que deben tener las cosas, y busca algo diferente. Ahora Tim conocía todas las rocas de las colinas. Había una que tenía la forma de una estatua en miniatura de la isla de Pascua, y otra con el aspecto de un Cadillac. No había nada en las colinas que no perteneciera allí.

Se volvió y miró hacia el valle situado atrás. Sonrió otra vez por su buena suerte: era mejor ser un vigía en lo alto de una colina que estar abajo rompiendo piedras.

—Espero que los guardianes de San Quintín piensen también lo mismo -dijo en voz alta. Últimamente había adquirido la costumbre de hablar en voz alta consigo mismo.

La fortaleza tenía buen aspecto: sólida, segura, con invernaderos y rebaños que pacían. Habría bastante alimento.

—Soy un afortunado hijo de perra.

Tim pensó, como hacía a menudo, que era más afortunado de lo que se merecía. Tenía a Eileen y no le faltaban amigos. Tenía un lugar seguro donde dormir y bastante comida. Tenía trabajo, aunque su primer proyecto, la reconstrucción de las presas por encima de la fortaleza, no había salido bien... y no por culpa suya. El y Brad Wagoner habían ideado nuevos sistemas de generar electricidad, suponiendo siempre que podrían salir al exterior y encontrar el cable, los cojinetes, las herramientas y el equipo necesario.

Sin olvidar los libros. Tim tenía una lista con todos los libros que deseaba. La mayor parte de ellos ya los había poseído, hacía tanto tiempo que ya casi no lo recordaba, una época en la que todo lo que tenía que hacer cuando quería algo era hacérselo saber a alguien y dejar que el dinero hiciera el resto. Cuando pensaba en los libros y lo fácil que le había sido conseguirlos, a veces sus pensamientos iban más allá y se detenían en las toallas calientes, la sauna, la piscina, la ginebra Tanqueray, el café irlandés y ropas limpias a su disposición en todo momento... Pero era duro recordar aquellos tiempos. Tiempos anteriores a su encuentro con Eileen, y ella valía mucho. Si hubiera sido necesario el fin del mundo para que se conocieran, entonces tal vez valdría la pena.

Tim sólo se ponía triste cuando pensaba en el exterior, al recordar el niño muerto que arrojaron por la ventanilla, la policía y las enfermeras que trabajaban entre las ruinas del hospital de Burbank. Aquellos recuerdos de cuando avanzaron entre gente irremisiblemente condenada surgían a veces para obsesionarle, y no podía evitar el preguntarse por qué había sobrevivido, más aún, por qué había vivido hasta encontrar seguridad y mucha más felicidad de la que jamás había esperado...

Un movimiento le llamó la atención. Un camión subía por la carretera. Estaba lleno de hombres, y Tim casi bajó de un salto a la cabaña para dar la alarma. El aire estaba limpio, sin relámpagos, excepto en las cumbres de la Sierra Alta. La pequeña radio funcionaba, pero no debía usarse más de lo necesario, pues era muy duro arrastrar las baterías arriba y abajo de la colina, y se necesitaba una gasolina preciosa para recargarlas. Tim dejó que pasara el impulso. El camión estaba aún a bastante distancia. Tenía tiempo para examinarlo con los prismáticos.

No dudó de que se trataba del camión de Deke Wilson, pero de todos modos lo enfocó. Un solo camión podía transportar un considerable armamento, y un solo error de apreciación podía costar docenas de vidas y la condena del pobre centinela a ser arrojado a la carretera, no sin antes haberle capado.

Sí, parecía el camión de Deke, más cargado que de ordinario. Iba lleno de hombres de pie, y entre ellos había una mujer...

Cuatro de ellos destacaban en especial. Uno era una mujer, otro un negro y otros dos blancos. Pero los cuatro parecían agruparse como si... como si les disgustara mezclarse con los mortales que les rodeaban. No, no parecían mortales. Tim cambió los codos de sitio y estudió las caras vagamente familiares a través de los prismáticos...

Pero el camión se acercaba demasiado. Tim corrió a la cabaña. Cogió el micrófono y, de pronto, recordó.

—¿Qué ocurre? — le preguntaron a través del receptor.

—Deke Wilson está aquí -dijo Tim-. Llegará dentro de tres minutos. ¡Y viene con los astronautas! ¡Los astronautas del laboratorio espacial! ¡Los cuatro! Es increíble, Chet. Parecen dioses. Parece como si no hubieran pasado por el fin del mundo.

Rick Delanty se fijó en los rostros, docenas de ellos todos blancos, todos mirando a los recién llegados de pie en el camión. Hablaban a la vez, y Rick sólo captaba retazos de conversación, menciones a los rusos y los astronautas. Cuando bajó del camión, aquellos hombres se apiñaron a su alrededor, retrocediendo un poco para no empujar a los hombres del espacio, sonriéndoles. Hombres y mujeres, y no tenían aspecto de pasar hambre. Sus ojos no tenían la mirada inquieta de los hombres de Deke Wilson. Sin duda sólo habían presenciado parte del infierno.

Eran en su mayoría de edad mediana, y sus ropas mostraban signos de duro trabajo y escaso lavado. Los hombres tendían a ser robustos y las mujeres normales, ¿o acaso se debían a que vestían ropas de trabajo? En la granja de Deke Wilson las mujeres iban vestidas de hombre y trabajaban como ellos. Aquí había una diferencia. En este valle las mujeres eran diferentes de los hombres. Ciertamente que las cosas eran distintas a lo que habían sido antes de la caída del cometa, y si Rick no hubiera pasado varias semanas con Deke Wilson, habría podido reflexionar en los cambios producidos desde entonces. Ahora reparó en las similitudes. Aquel valle era tan distinto del campamento fortificado de Wilson como...

Rick no tuvo tiempo de seguir pensando en ello. Hubo presentaciones y les condujeron al gran porche de la casa de piedra. Rick hubiera sabido quién estaba al frente del rancho aun cuando no hubiese reconocido al senador Jellison. Este no era tan robusto como los hombres grandes y fornidos, pero todo el mundo le abrió paso y aguardaron a que él hablara. Su sonrisa hizo que todos se sintieran bien recibidos, incluso Pieter y Leonilla, que habían temido aquel encuentro.

Se aproximaba más gente. Unos bajaban de los campos y otros subían por el camino. La noticia debía haberse extendido con rapidez. Rick buscó a Johnny Baker y le vio, pero Baker permanecía ajeno a Rick Delanty o cualquier otro. Estaba frente a una muchacha esbelta y alta, pelirroja, que llevaba una camisa de franela y pantalones de trabajo. El le había cogido ambas manos y se devoraban mutuamente con la mirada.

—Estaba seguro de que habías muerto -le dijo Baker-. Yo no... no le pregunté siquiera a Deke. Temía hacerlo. Me alegro de que estés viva.

—También yo me alegro de que vivas -respondió ella.

Rick se dijo que aquello era curioso: por la expresión dolorida de sus rostros, se hubiera dicho que cada uno asistía al funeral del otro. Era evidente, tanto para Rick como para los demás, que habían

sido amantes.

¡Y a algunos de los hombres aquello no les gustaba en absoluto! Iba a haber problemas... Pero Rick, una vez más, no tuvo tiempo de pensar en ello. La multitud presionaba, todos hablaban a la vez. Uno de los hombres fornidos dejó de mirar a Johnny y a aquella mujer y se dirigió a Rick:

—¿Estamos en guerra con los rusos? — le preguntó.

—No -replicó Rick-. Lo que queda de Rusia y lo que queda de Estados Unidos son aliados... contra China. Pero podéis olvidaros de todo eso. Hace mucho que la guerra terminó. Entre el cometa, los misiles soviéticos y tal vez, creo, algunos de los nuestros, no quedará nada de China que pueda presentar batalla.

—Aliados... -El hombre fornido parecía perplejo-. Está bien, supongo.

Rick le sonrió.

—La verdad es que si alguna vez podemos llegar a Rusia, no encontraremos nada más que glaciares. Pero si llegamos a China encontraremos rusos, y ellos recordarán que somos aliados. ¿Comprendes?

El hombre frunció el ceño y se alejó, exactamente como si Rick le hubiera tomado el pelo.

Rick Delanty volvió a la antigua rutina. Estaba acostumbrado a hablar en reuniones, con palabras simples que evocaban imágenes vividas, explicando sin condescender. Las preguntas eran muchas. Querían saber qué se sentía en el espacio, cuánto tiempo se tardaba en acostumbrarse a la caída libre. A Rick le sorprendió constatar que muchos habían visto sus emisiones de televisión desde el laboratorio espacial y recordaban sus maniobras en un medio ingravido. ¿Cómo se movían, comían y bebían? ¿Cómo arreglaban los desperfectos por el impacto de un meteorito? ¿Aquella radiante luz solar no era fatal para la vista? ¿Llevaban continuamente gafas de sol?

Aprendió sus nombres. La muchachita era Alice Cox, la mujer con la bandeja de café caliente -¡café auténtico!— era su madre, los hombres fornidos de aspecto desafiante eran los hermanos Christopher, y también el que había preguntado sobre la guerra era un Christopher, pero éste había pasado dentro junto con Deke Wilson y Johnny Baker, dejando a la señora Cox la tarea de anfitriona. Había un hombre al que presentaron como el «alcalde» y otro al que llamaban «jefe de policía», pero a pesar de tales títulos había allí algo sutil que Rick no comprendía, porque los Christopher, sin título alguno, parecen tener una posición superior. Todos los hombres eran fornidos y estaban armados. ¿Acaso se había acostumbrado demasiado al aspecto de extenuación que tenían los hombres de Deke Wilson?

—Dice el senador que podemos ahorrar luz -anunció la señora Cox tras una de sus idas al interior-. Podéis hablar con los astronautas cuando esté demasiado oscuro para trabajar. Y tal vez tendremos una fiesta el domingo.

Hubo murmullos de aceptación y saludos de despedida, y el grupo se dispersó. La señora Cox hizo pasar a los astronautas a la sala de estar y sirvió más café. Era una anfitriona perfecta, y Rick sintió

que se relajaba por primera vez desde el aterrizaje. En la granja de Deke Wilson también se servía café, pero muy escaso, y era consumido precipitadamente por hombres que se disponían a montar guardia. Nadie se sentaba cómodamente en un salón, y desde luego el café no se servía en vajilla de porcelana.

—Siento que no haya nadie disponible para hacerles compañía -dijo la señora Cox-. Todo el mundo tiene algo qué hacer. Cuando vuelvan por la noche les acosarán a preguntas.

—No tiene importancia -dijo Pieter-. Le agradecemos su recibimiento. Espero que no le impidamos cumplir con sus obligaciones.

—Bueno, tengo que preparar la cena -dijo la señora Cox-. Si desean algo, sólo tienen que llamarme. — Salió de la estancia no sin antes dejar sobre la mesa la cafetera y añadir-: Será mejor que se lo tomen antes de que se enfríe. Puedo asegurarle que no habrá más durante algún tiempo.

—Gracias -dijo Leonilla-. Son todos tan amables con nosotros...

—No más de lo que se merecen, estoy segura -respondió la señora Cox antes de salir definitivamente.

Pieter, que estaba sentado junto a Leonilla, y ambos a cierta distancia de Rick, fue el primero en hablar.

—De modo que nos hemos encontrado con un gobierno. ¿Dónde está el general Baker?

Rick se encogió de hombros.

—Anda por ahí, con Deke, el senador y algunos otros. Están celebrando una gran conferencia.

—A la que no hemos sido invitados -observó Jakov-. Comprendo que no nos necesiten a Leonilla y a mí, pero ¿por qué no te dejan participar?

—He pensado en eso -dijo Rick-, pero todos salieron muy deprisa. Ya sabes lo que Deke tenía que decirles. Y alguien tenía que quedarse fuera y hablar a la gente. Yo lo he considerado como un cumplido.

—Confío en que tengas razón -dijo Jakov.

Leonilla hizo un gesto de asentimiento.

—Esta es la primera vez que me siento a salvo desde que aterrizamos. Creo que les gustamos. ¿De veras no les importa que seas negro, Rick?

—En general, adivino si eso le molesta o no a la gente. Y en este caso puedo decir que no, pero de todos modos hay algo extraño... ¿No os habéis dado cuenta? Después de averiguar lo de la guerra, todos querían saber cosas del espacio. Nadie, nadie en absoluto, nos preguntó por lo que sucede en la Tierra.

–Es cierto -convino Pieter-, pero pronto tendremos que decírselo.

–Ojalá pudiéramos evitarlo -dijo Leonilla-, pero me temo que, en efecto, tendremos que hacerlo.

Quedaron en silencio. Rick se levantó y sirvió el resto del café. Desde la cocina les llegaban sonidos de actividad, y a través de las ventanas podían ver hombres transportando piedras, arando los campos... Era un duro trabajo, y sin duda todos, incluso Leonilla, tendrían que hacerlo. Rick así lo esperaba. Se dio cuenta de que había rogado en silencio que hubiera trabajo, algo que hacer, algo que le hiciera sentirse útil de nuevo y olvidarse de Houston, El Lago y el maremoto...

Pero de momento le habían recibido como a un héroe, lo mismo que a Leonilla y Pieter, y estaban a salvo, rodeados por hombres armados que no querían hacerles ningún daño.

De algún lugar al fondo de la casa llegaba un murmullo de voces. Debía ser el senador, Johnny Baker, Deke Wilson y el personal de confianza del senador que planeaban... ¿qué? Rick pensó que estaban decidiendo qué hacer con ellos. ¿Estaría allí también la hija del senador? Rick recordó de qué manera ella y Johnny se habían mirado, hablándose en voz baja y sus rostros casi tocándose, ajenos a la gente que les rodeaba. ¿De qué modo afectaría aquello a las decisiones del senador?

Tuvo casi la certeza de que al senador podría gustarle aquella situación. Johnny Baker era general de la Fuerza Aérea. Si Colorado Springs tenía realmente el poder que afirmaba, eso podría ser importante.

–¿Cuántos hombres hay aquí? – preguntó Pieter, haciendo salir a Rick de sus reflexiones-. Calculo que son varios centenares. Y tienen muchas armas. ¿Crees que es suficiente?

Rick se encogió de hombros. Había estado pensando en el futuro lejano, en semanas y meses por delante, y casi logró olvidar por qué se habían presentado en la fortaleza del senador precisamente entonces.

–Ha de bastar -dijo Rick, sintiendo también la tensión de Pieter y Leonilla. Nunca se le había ocurrido que el senador no tuviera suficiente fuerza. Había estado tan seguro de que en alguna parte había hombres y mujeres civilizados, seguridad auténtica, civilización y orden...

Y tal vez no había nada de ello, en ningún lugar. Rick se estremeció levemente, pero no dejó de sonreír, y los tres hombres permanecieron sentados en la sala de paredes forradas de madera, esperando y confiando.

–Se llaman a sí mismos el Ejército de la Nueva Hermandad -dijo Deke, paseando la mirada entre los presentes:

Harvey Randall, Al Hardy, el general Johnny Baker, George Christopher, alejado del grupo, sentado en un extremo de la sala, y el senador Jellison en su sillón de juez. En los ojos de Deke podía leerse la inquietud que sentía. Se llevó su vaso a los labios y esperó un minuto a que el whisky produjera su

antigua magia. Luego añadió con voz más firme-: También aseguran que constituyen el gobierno legal de California.

—¿Con qué autoridad? — preguntó Al Hardy.

—Su proclamación estaba firmada por el vicegobernador. Ahora se hace llamar «gobernador en funciones».

Hardy frunció el ceño.

—¿El honorable James Wade Montross?

—Así se llama -dijo Deke-. ¿Puedo servirme un poco más de whisky?

Hardy miró al senador, el cual hizo un gesto de asentimiento, y volvió a llenar el vaso de Deke.

—Montross -musitó Al-. Así que el Chalado ha sobrevivido. — Miró a los demás y añadió rápidamente-: En política solemos dar apodos a la gente. El Perdedor, el Estoico. A Montross le llamábamos el Chalado.

—Chalado o no, me ha dado un plazo de siete días para que me una a su gobierno -dijo Deke-. En caso contrario, su Ejército de la Nueva Hermandad tomará mis terrenos a la fuerza.

El granjero abrió su chaqueta de campaña, obtenida de excedentes del Ejército, y sacó un papel de un bolsillo interior. Era un ejemplar multicopiado, pero estaba escrito a mano, con una elegante caligrafía. Se lo entregó a Hardy, el cual le echó un vistazo y luego lo pasó al senador Jellison.

—Es la firma de Montross -dijo Hardy-, no cabe duda.

Jellison asintió.

—Podemos considerar la firma como verdadera. — Miró a todos los presentes-. El vicegobernador proclama un estado de emergencia y se arroga la suprema autoridad en California.

George Christopher soltó un gruñido, un áspero ruido rasposo.

—¿También nos manda a nosotros?

—A todos -dijo Jellison-. También menciona el anuncio de Colorado Springs. ¿Sabe algo de eso, general Baker?

Johnny Baker asintió. Estaba sentado junto a Harvey Randall, pero no parecía formar parte del grupo. Los antiguos dioses habían regresado, al menos de momento. ¿Hasta cuándo serían dioses? Harvey había sido testigo del encuentro de Baker y Maureen, y se había sentido despechado.



–Captamos una emisión de radio de Colorado Springs -dijo Baker-. Estoy seguro de que era auténtica. Hablaban en nombre del presidente de la Cámara de Representantes...

–Un idiota senil -dijo Al Hardy.

–...el cual actúa como presidente -prosiguió el astronauta-. Su jefe de estado mayor parece ser un teniente coronel honorario llamado Fox. Creo que es Byron Fox, y en ese caso le conozco. Era uno de los profesores de la Academia, un buen hombre.

George Christopher había estado refrenando su impaciencia. Ahora habló con voz baja y llena de ira.

–Montross, ese hijo de perra. Estuvo por aquí hace un par de años, tratando de organizar a los recolectores. ¡Se presentó en mis tierras! Y no pude echar a aquel intruso bastardo, porque llevaba cincuenta policías estatales con él.

–Yo diría que Jimmy Montross tiene mucho poder legal -dijo el senador Jellison-. Es el funcionario de mayor rango en California, suponiendo que el gobernador haya muerto, lo cual es muy probable.

–Entonces, ¿ha desaparecido Sacramento? – preguntó Johnny Baker.

Al Hardy asintió.

–Por lo que sabemos, esa zona está totalmente sumergida. Harry exploró el noroeste hace un par de semanas, y encontró a alguien que le habló de gente que intentaba llegar a Sacramento. No encontraron más que agua, como en el valle de San Joaquín.

–Maldición -exclamó Baker-. En ese caso, la central nuclear ya no existe.

–En efecto -dijo Hardy-. Lo lamento.

–Deke, no vas a rendirte a ese maldito Montross, ¿verdad? – inquirió George Christopher.

–He venido aquí para pedir ayuda -dijo Wilson-. Pueden vencernos. Ese ejército es muy numeroso.

–¿Cuánta gente tienen? – preguntó Al Hardy.

–Mucha.

–Hay algo que me confunde -dijo el senador Jellison-. Deke, ¿estás seguro de que esa banda de caníbales contra la que luchaste forma parte de ese grupo con el que Montross está asociado?

–Ya lo he dicho, ¿no?

–Bueno, no te molestes. – La famosa simpatía del senador se puso de súbito en evidencia-. Es que me ha sorprendido, simplemente. Montross era un chalado, pero no estaba loco de atar, ni tampoco era

estúpido. Era el paladín de los oprimidos...

Christopher gruñó de nuevo.

—...o eso decía -siguió diciendo Jellison-. Pero me cuesta creer que esté en relaciones amistosas con unos caníbales.

—Tal vez le tienen prisionero -sugirió Al Hardy.

Jellison asintió.

—A eso iba. De ser así, no tiene en absoluto autoridad legal.

—Legal o no, lo que importa es lo que debo hacer -intervino Deke Wilson-. No puedo enfrentarme a él. ¿Me ayudarán los vuestros? No quiero rendirme a ellos...

—No te censure -dijo Christopher.

—No es sólo por los caníbales -dijo Deke-. Es posible que dejen eso si encuentran... otro tipo de alimento. ¡Pero algunos de esos mensajeros!

—¿Cuántos hombres enviaron? — preguntó Hardy.

—Acamparon unos doscientos junto a la carretera -dijo Deke-, y enviaron una docena, todos armados. El general Baker los vio. Un capitán de la policía estatal...

—¿Seguro? — preguntó Christopher-. ¿Policías estatales con los caníbales?

—Al menos llevaba el uniforme -dijo Deke-. Y un tipo que había sido funcionario en Los Angeles, un negro. Y otros más. La mayoría de ellos eran normales, pero había dos... ¡Diablos, eran raros!

Miró a Baker, el cual hizo un gesto de asentimiento.

—Realmente raros -siguió diciendo Deke-. Actuaban como si estuvieran drogados. Se les notaba en los ojos, muy abiertos, y no te miraban directamente. Y hablaban de los ángeles del Señor. «Los ángeles nos han enviado para entregar este mensaje.»

—¿Cómo reaccionaron los otros al oír eso? — preguntó Harvey Randall.

—Como si nada, como si fuera normal hablar de ángeles que les enviaban. Y cuándo les pregunté qué diablos querían decir, dieron media vuelta y se marcharon. «Ya has recibido el mensaje», fue todo lo que dijeron.

—¿Y has dicho que había doscientos acampados cerca de vosotros? — preguntó Hardy-. ¿A qué distancia? ¿Dónde?

—No muy lejos. Al sur, junto a la carretera. ¿Por qué lo preguntas?

—Harry fue por ese camino -dijo Hardy-. No es que se retrase, pues no tenía un horario establecido, pero le hemos estado esperando.

—No se presentó en mi granja -dijo Deke.

—¿Crees que esos tipos le habrán hecho algo a Harry? — preguntó Jellison.

Deke se encogió de hombros.

—Senador, no sé qué pensar de esa gente. Dicen que tienen mucha más gente de la que nos dejan ver, y lo creo. Ya no vemos por ahí traficantes ni refugiados. Es como si no hubiera nadie ahí afuera más que tú y la Nueva Hermandad.

—Angeles -dijo Al Hardy-. Eso no tiene mucho sentido.

«No está claro», pensó Harvey Randall, y lo que no estaba claro perturbaba a Al.

—He visto a Montross algunas veces -dijo Harvey-, y no me pareció un loco. Estaba obsesionado por el tema del medio ambiente, los sprays que destruyen el ozono y esa clase de cosas. Tal vez la caída del cometa le sacó de sus casillas.

—Puede que esté loco, puede que le hayan hecho prisionero, todo es posible -dijo Deke Wilson-. Pero hay doscientos hombres acampados junto a la carretera, y estoy seguro de que cuentan con quinientos más, y no sé qué diablos hacer.

—Te comprendo -dijo el senador. Hizo una pausa para reflexionar y nadie le interrumpió. Finalmente añadió-: Bien, quedan seis días más. Deke, iba a hacerte una oferta. Podrías traer aquí a vuestras mujeres, niños y heridos, a cambio de participar en operaciones de rescate de herramientas, componentes electrónicos y esa clase de cosas, empezando con equipos de inmersión que podríais usar para bucear...

—¿Y de dónde sacamos el tiempo para luchar contra el Ejército de la Nueva Hermandad?

Jellison suspiró.

—No hay tiempo, naturalmente. Y no creo que el gobernador Montross, o quienquiera que lo dirija, se interese en compartir esas tareas de rescate con nosotros. Parece como si tuviera intención de apoderarse de todo el estado.

—Incluido nuestro valle -intervino George Christopher.

—Sí, eso espero -dijo Jellison-. Bien, hoy hemos descubierto dos gobiernos. Colorado Springs y el

Ejército de la Nueva Hermandad, más la posibilidad de los ángeles.

—¿Qué hago entonces? — preguntó Deke.

—Ten paciencia. No tenemos suficientes datos -dijo Jellison-. Hemos de saber más. General Baker, ¿qué puede decirnos sobre el resto de Estados Unidos? ¿Y del resto del mundo?

Johnny Baker asintió y se reclinó en su asiento para organizar sus ideas.

—Las comunicaciones nunca fueron buenas -dijo-. Perdimos el contacto con Houston inmediatamente después del choque del cometa. A propósito, la familia del coronel Delanty murió entonces. Yo no le preguntaría nada sobre Texas.

A Baker le complació ver que los demás aún tenían suficiente sensibilidad para mostrar simpatía hacia Rick. Por lo que había visto en el exterior, la mayoría de la gente carecía de lágrimas que verter por unos pocos individuos. Había demasiada muerte en todas partes.

—Mis amigos rusos también perdieron a sus familias -dijo Johnny-. La guerra comenzó menos de una hora después de que cayera el cometa. China atacó a Rusia y ésta respondió. Algunos de nuestros misiles también se dirigieron a China.

—Dios mío -dijo Al Hardy-. Harvey, ¿dispone de algo con que medir la radiación?

—No.

Todos parecieron alarmados. Harvey hizo un gesto de asentimiento.

—La precipitación radioactiva atmosférica puede alcanzarnos, pero no veo qué podríamos hacer para evitarlo.

—¿No podemos hacer nada? — preguntó Hardy.

—Yo creo que estamos seguros -intervino Johnny Baker-. La lluvia sedimenta esas precipitaciones radioactivas. Y llueve mucho. Todo el mundo parece una gran bola de algodón. Tras la caída del cometa apenas pudimos ver el suelo.

—Ha hablado usted de las comunicaciones -dijo Jellison.

—Sí, perdone. Bueno, hablamos con Colorado Springs, pero fue una comunicación muy breve, poco más que un intercambio de identificaciones. Una vez entramos en contacto con una base del Mando Aéreo Estratégico, en Montana. No podían comunicarse con nadie. Y eso es todo con respecto a Estados Unidos.

Hizo una pausa para dejar caer sus palabras.

—En cuanto al resto del mundo, probablemente Sudáfrica y Australia han salido indemnes. No sabemos lo que ha ocurrido en Sudamérica. Ninguno de nosotros hablaba suficiente español, y cuando establecíamos contacto con alguien de allá abajo, no duraba mucho. No obstante, captamos algunas emisoras de radio comerciales, y por lo que pudimos colegiar en Venezuela tienen una revolución cada semana, y en el resto del continente también hay problemas políticos.

Jellison asintió.

—No es de extrañar. Y, naturalmente, sus ciudades más importantes estaban en la costa. Supongo que no sabe la altura que alcanzaron los maremotos en el hemisferio meridional.

—No, señor, pero supongo que fueron grandes -dijo Johnny Baker-. El que alcanzó el norte de África tenía más de quinientos metros de altura. Pudimos verlo poco antes de que las nubes lo cubrieran todo. Una hora de quinientos metros barriendo Marruecos... -Se estremeció-. Europa ha desaparecido por completo. Ah, y todos los volcanes de América central y meridional han entrado en erupción. El humo ascendió entre las nubes. Todo el Cinturón de Fuego ha entrado en erupción. Al Este de aquí hay volcanes, en Nevada, creo, y también al Norte, los montes Lassen, Hood y tal vez el Rainier, muchos de ellos en California del Norte, Oregon y Washington.

Siguió hablando y, a medida que lo hacía, los demás se dieron cuenta de lo solos que estaban. El Valle Imperial de California había desaparecido. Un fragmento del cometa que cayó en el mar de Cortés lanzó olas inmensas que llegaron incluso al monumento nacional Joshua Tree, en las montañas al oeste de Los Angeles. Ya no existían Scratch Palm Springs, Palm Desert, Indio y Twentynine Palms, ni tampoco el valle del río Colorado.

—Y también ha debido producirse un choque en el lago Hurón -dijo Baker-. Vimos la típica formación nubosa espiral con un agujero en el centro, poco antes de que todo se volviera blanco.

—¿Queda algo de este país aparte de Colorado? —preguntó Al Hardy.

—Otra vez he de decir que lo ignoro. Con toda esa lluvia, supongo que el Medio Oeste está anegado, sin cosechas ni transportes, y con mucha gente muñéndose de hambre...

—Y matándose unos a otros por lo que queda -dijo Al Hardy.

Miró a los demás uno tras otro, y todos asintieron: la fortaleza era afortunada. Tenían más que suerte, pues allí estaba el senador y había orden. Era una pequeña isla de seguridad en un mundo que había estado muy cerca de la extinción.

Harvey Randall seguía haciéndose cruces de que tuvieran tanta suerte. El informe de Johnny Baker no le había sorprendido lo más mínimo. Mucho tiempo atrás ya había pensado que las cosas estaban tan mal. Uno de los indicios era la falta de comunicaciones radiofónicas. Ciertamente que las constantes interferencias atmosféricas hacían improbable que pudieran recibir ningún mensaje, pero de vez en cuando deberían oír algo, y nunca oían nada, lo cual significaba que nadie emitía, al menos con potencia suficiente y de manera constante.

Pero era distinto saber a ciencia cierta que eran una de las pocas bolsas de supervivientes.

¿Qué había ocurrido en el mundo? Una revolución por semana en Sudamérica. Quizás aquella era la respuesta en todas partes. Lo que el cometa y la guerra chino-soviética no habían hecho, la gente se afanaba ahora por hacerlo.

Al Hardy rompió el silencio.

–Tengo la impresión de que la Caballería de Estados Unidos no cargará contra la colina para rescatarnos.

Deke Wilson rió con amargura.

–El Ejército se ha vuelto caníbal. Al menos, lo que hemos visto de las fuerzas armadas.

–Tendremos que luchar -dijo George Christopher-. Ese condenado de Montross...

–George -intervino Al Hardy-. No puedes estar seguro de que ese hombre esté al mando.

–¿A quién le importa? Si él no manda será peor, porque entonces los amos serán esos malditos caníbales. Tarde o temprano tendremos que pelear, y creo que es mejor hacerlo mientras los hombres de Deke estén de nuestra parte.

–Yo estoy de acuerdo -dijo Deke Wilson-. Siempre que...

–¿Qué? – preguntó Christopher, en un tono súbitamente suspicaz.

Wilson extendió las manos. Harvey reparó en que había sido un hombre robusto, al que ahora las ropas le iban demasiado holgadas. Las privaciones le habían adelgazado y empequeñecido. Y estaba asustado.

–Siempre que podamos quedarnos aquí -dijo Wilson-. Podemos mantener esa banda a raya. Vosotros tenéis colinas que defender. Nosotros no. Todo cuanto tenemos es lo que podemos construir. No tenemos cerros ni límites naturales. Nada. Pero aquí podemos resistir a esos bastardos hasta que se mueran de hambre, y tal vez podemos colaborar para que eso suceda antes. Hacer incursiones y quemarles lo que hayan almacenado.

–Eso es absurdo -dijo Harvey Randall-. ¿No hay ya bastante gente que se muere de hambre sin necesidad de quemar cosechas y alimentos? ¡Por Cristo! ¡En todo el mundo, lo que el cometa no logró lo estamos haciendo nosotros! ¿También tiene que ocurrir aquí?

–No podríamos alimentar a todos tus hombres durante el invierno, Deke -dijo Al Hardy-. Lo siento, pero el margen es demasiado estrecho. No podemos hacerlo.

–Todavía no tenemos datos suficientes -dijo Jellison-. Tal vez sea posible llegar a un acuerdo con la Nueva Hermandad.

–Tonterías -dijo George Christopher.

–No son tonterías -intervino Harvey Randall-. Conozco a Montross y sé que no está loco, no es un caníbal y no es un malvado aunque se presentara en sus tierras y tratara de ayudar a los agricultores para que organizaran un sindicato...

–Basta ya -dijo Jellison en tono firme-. George, sugiero que esperemos a Harry. Tenemos que saber más sobre las condiciones del exterior. Creo que Deke nos ha dicho casi todo lo que sabe. Harvey, ¿tiene tiempo para ayudar o ha de hacer alguna otra cosa?

El tono de Jellison decía claramente que Harvey Randall ya no sería necesario en la Biblioteca en aquellos momentos.

–Si puede prescindir de mí, tengo que hacer algunas cosas...

Se levantó y fue hacia la puerta. Casi rió entre dientes cuando oyó que George Christopher iba tras él.

–Veré los mapas cuando estén terminados -decía Christopher-. También yo tengo trabajo. Encantado de conocerle, general Baker. – Siguió a Harvey al exterior-. Espere un minuto.

Harvey caminó lentamente, preguntándose que ocurriría ahora. Era evidente que al senador le había disgustado el exabrupto de Harvey. Había tratado de separarle de Christopher, pero sin resultado...

–Bien, ¿qué hacemos ahora? – le preguntó Christopher.

Harvey se encogió de hombros.

–Mire, no estamos bien enterados de lo que ocurre. Además, aún disponemos de algunas días. Tal vez si saliéramos con Deke podríamos encontrar suficientes fertilizantes y materiales para el invernadero, de modo que pudiéramos alimentar a los hombres de Deke durante el invierno...

–No me refería a eso -dijo Christopher-. Vamos a tener que luchar contra esos malditos caníbales, y es mejor que lo hagamos antes de que se hagan más fuertes. Hemos de coger todas las armas y todos los hombres capaces de usarlas, ir ahí y acabar con ellos de una vez por todas. No quiero pasarme todo el invierno mirando por encima del hombro. Cuando alguien te asusta, sólo puedes hacer una cosa, y es derribarle y darle de patadas hasta que no te pueda hacer ningún daño.

O echar a correr, o hablar por los codos, pensó Harvey, pero no dijo nada.

–El asunto entre usted y Maureen me ponía nervioso -dijo George.

–A mí también me interesa -replicó Harvey. Se detuvo ante la puerta cerrada de la cocina y miró a

Christopher-. Si usted me derriba y me da de patadas, va a ser algo muy embarazoso para todos. Ahora le toca a usted jugar.

—Todavía no. Cuando me haga salir de mis casillas, irá a parar a la carretera. Por el momento, ambos tenemos un problema.

—Sí, yo también me he dado cuenta -dijo Harvey-. ¿Va a ponerle a él en la carretera?

—No sea estúpido. Es un héroe. Salgamos fuera.

Christopher avanzó el primero a través de la cocina. En aquel momento no había nadie. Abrió la puerta que daba al exterior y los dos hombres salieron a la oscuridad.

—Mire, Randall -dijo Christopher-, creo que no le gusto mucho.

—No. Creo que es algo mutuo.

Christopher se encogió de hombros.

—No tengo nada contra usted. No creo que me dispare por la espalda o me golpee cuando esté desprevenido.

—Gracias.

—Y a menos que lo haga así, no puede vencerme. La cuestión estriba en si ella decide casarse con el general Baker. ¿Qué haría usted?

—Llorar mucho.

—Mire, estoy tratando de ser cortés -dijo Christopher.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga? Si se casa con Baker, bien casada esté. Eso es todo.

—¿Y no la importunará? ¿No tratará de verla a escondidas?

—¿Por qué diablos iba a hacer eso? —preguntó Harvey.

—Oiga, usted me toma por un estúpido palurdo, ¿no? Y a lo mejor lo soy, desde su punto de vista. He vivido siempre aquí. Iba a la iglesia, me ocupaba de mis asuntos, no iba a bailes, no tenía una amiguita en cada ciudad a las que visitaba cargando los gastos a la cuenta de representación...

Harvey se echó a reír.

—Yo no vivía de esa manera -le dijo-. Ha leído demasiado el Playboy.



—¿Ah, sí? Mire, Randall, supongo que soy anticuado, pero pienso que si un hombre está casado, tiene que quedarse en casa. Yo nunca me casé. Estuve comprometido una vez, pero no salió bien, luego me enteré de que Maureen se había divorciado, y aunque no puedo decir exactamente que la estuviera esperando, pues sabía muy bien que ella no querría vivir de nuevo en este valle ni yo querría vivir en Washington, nunca encontré a nadie más. Entonces ocurrió el desastre, y ahora ella tiene que vivir aquí. Tal vez podría vivir conmigo. Una vez quisimos casarnos, pero aquello no salió bien, éramos demasiado jóvenes...

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque tenía algo que decir. Maldita sea, Randall, si alguna vez me caso, seguiré casado, sí, y también seré fiel a mi esposa. Puede que Baker lo fuera, pero estoy seguro de que usted no.

—¿Ahora qué diablos quiere...?

—Sé cómo están las cosas en este valle, Randall. Lo sabía antes de que cayera el cometa y lo sé ahora. Así que deje en paz a Maureen. Usted no es la clase de hombre que ella necesita.

—¿Por qué no? ¿Quién le ha nombrado a usted guardián de la moral pública?

—Yo mismo. Y usted no es bastante bueno para ella. Usted tiene sus aventuras por ahí. De acuerdo, fue con ella. Eso no me gusta, pero no le eché la culpa a ella. Usted estaba casado, Randall. ¿Qué diablos significaba Maureen para usted? ¿Otra más que añadir a su marcador? Mire, me estoy poniendo nervioso, y no lo quiero. Sólo le pido que la deje en paz. Hágame caso y apártese de ella.

George dio media vuelta y se alejó antes de que Harvey pudiera decir nada más.

Harvey Randall se quedó donde estaba, asombrado, y apenas pudo contenerse para no echar a correr tras el fornido ranchero. Pensó que debía estar loco. Debería odiar a aquel bastardo...

Pero no le odiaba, sino que sentía un fuerte impulso de correr hacia aquel hombre y explicarle que las cosas no habían sido como él creía, que Harvey Randall pensaba sobre el matrimonio lo mismo que George Christopher, que estaba de acuerdo, y por eso él y Maureen habían...

¿Qué habían hecho?, se preguntó Harvey. Tal vez Christopher tuviera razón. Pero Loretta nunca lo supo, no sufrió por ello, ni tampoco Maureen, y todo era un montón de excusas porque él sabía muy bien lo que estaban haciendo.

Pero se limitó a regresar a la sala de estar para hablar con los astronautas.

# HISTORIA DE UN EXILIADO

*Cuando el Sol se repliegue y salgan las estrellas,*

*cuando las bestias salvajes se hayan reunido...*

*cuando las hojas del Libro estén desenrolladas*

*Y cuando se haya hecho arder el Infierno*

*y el Paraíso esté cerca,*

*Cada alma sabrá lo que ha producido.*

*por la noche, cuando se oscurezca,*

*al alba, cuando se ilumine...*

*¿adonde iras entonces?*

El Corán

—Agua caliente para remojarte los pies -dijo Harry-. Comida cocinada. Ropa para cambiarte. Y, además, te necesitan, hombre. Ellos lo sabrán en seguida.

—Lo conseguiré -dijo Dan Forrester resoplando-. Me siento ligero... como una pluma sin... esa mochila. ¿Y tienen ovejas?

En los últimos días, Dan temía mirarse los pies, pero dentro de poco no tendrían que esforzarlos más. En cuanto a la provisión de insulina, había tenido que aumentar la dosis. Debía estar deteriorándose.

—¿Tienen frigorífico?

—No, frigorífico no. Ovejas, sí. Tendremos que tratar sobre eso de inmediato. No falta mucho. La carretera está bloqueada más adelante.

Su compañero, que iba delante de ellos por la desierta carretera, con la mochila de Dan Forrester a la espalda, se detuvo de repente y miró atrás.

—Tú estás conmigo -dijo Harry-. Todo irá bien.

Hugo Beck asintió, pero esperó a que Dan y Harry llegaran hasta él. Tenía miedo y no podía ocultarlo.

Había un cartel a cincuenta metros de la barricada de troncos. Decía:

¡PELIGRO!

TERRITORIO VIGILADO. NO SIGA ADELANTE. SI TIENE ALGO QUE HACER AQUÍ, CAMINE LENTAMENTE HASTA LA BARRICADA Y QUÉDESE QUIETO. NO HABRÁ DISPAROS DE ADVERTENCIA. MANTENGA LAS MANOS CONTINUAMENTE A LA VISTA.

Debajo había otro letrero en español, y más allá una gran calavera con el símbolo de tráfico internacional de «prohibido el paso».

—Extraña bienvenida -dijo Dan Forrester.

El trabajo seguía turnos rotatorios. Mark Czescu montaba guardia mientras algún otro fragmentaba piedras. Pero hacer guardia no siempre era divertido. Una vez llegó una familia en bicicletas. Se habían abierto paso a través del valle San Joaquín, y contaron historias de caníbales y cosas peores. A Mark no le resultó nada agradable tener que echarles de allí. Les mostró la carretera del norte, donde había un campamento de pescadores que sobrevivían a duras penas.

Eran cuatro personas. La fortaleza podía alimentar a cuatro más, pero ¿qué personas en concreto? Si aceptaban aquellas, ¿por qué no otras? La decisión de no aceptar a nadie sin razones especiales era acertada, pero eso no facilitaba la tarea de mirar a un hombre a los ojos y enviarle a la carretera.

Mark estaba sentado tras una pantalla de troncos y hojas desde donde podía vigilar sin ser visto. Sus compañeros le vigilaban a él, sobre todo Bart Christopher.

Tres figuras se acercaban por la carretera, y Mark salió de su escondrijo al reconocer los restos de un uniforme gris del Servicio Postal. Saludó a Harry alegremente, pero su sonrisa se desvaneció cuando vio que los tres cruzaban la barrera.

—Feliz día de reparto de basura, Harry -dijo mirando a Hugo Beck.

—Le he traído conmigo -dijo Harry en tono desafiante-. Ya conoces las reglas. Tiene mi salvoconducto. Y este es el doctor Dan Forrester...

—Hola, doctor -dijo Mark-. Usted y su maldito helado de crema de chocolate...

En los labios de Forrester se dibujó una sonrisa espectral.

—Tiene un libro -dijo Harry-. Tiene muchos libros, pero ése lo ha traído con él. Enséñaselo, Dan.

Caía una ligera llovizna. Dan no quitó las tiras de cinta adhesiva. Mark leyó el título a través de cuatro capas de plástico: *De qué modo funcionan las cosas*, Volumen II.

—El primer volumen se encuentra en lugar seguro -dijo Dan-, junto con otros cuatro mil libros sobre la manera de reconstruir una civilización.

Mark se encogió de hombros. Estaba seguro que de todos modos les interesaría tener a Dan Forrester en la fortaleza. Pero valía la pena saber qué otros regalos tenía el doctor.

—¿Qué clase de libros?

—La *Enciclopedia Británica*, edición de 1911. Un libro de fórmulas, editado en 1894, para cosas como el jabón, con toda una sección sobre la manera de hacer cerveza a partir de los granos de cebada. *El manual del apicultor*, libros de veterinaria, manuales para la instrucción en laboratorios que empiezan con la química inorgánica y siguen hasta la síntesis orgánica. Tengo unos para los equipos de los años treinta y otros modernos. *El manual del radioaficionado*, el *Almanaque del granjero*, el *Libro del caucho*. *Hágase una casa usted mismo*, de Peters, y dos libros sobre cómo fabricar cemento Portland. El *Manual del armero* y una serie de textos militares sobre conservación de las armas de infantería. Los manuales de mantenimiento para la mayoría de coches y camiones. *Las reparaciones domésticas*, de Wheeler. Tres libros sobre jardinería hidropónica. Una serie completa de...

—¡Basta! —gritó Mark-. Entrad, príncipe. Bienvenido a casa, Harry. Los de dentro están preocupados por ti. Pon las manos en la barandilla, Hugo, abre las piernas. ¿Llevas artillería?

—Ya has visto que he descargado la pistola -dijo Hugo-. La llevo al cinto, y un cuchillo de cocina. Lo necesitaba para comer.

—Pondremos esas cosas en la bolsa -dijo Mark-. Probablemente no comerás aquí. Yo no diría adiós, Hugo. Te veré cuando vuelvas para salir.

—No me toques las narices.

Mark se encogió de hombros.

—¿Qué ocurrió con tu camión, Harry?

—Me lo quitaron.

—¿Alguien te quitó el camión? —preguntó Mark, incrédulo-. ¿Les dijiste quién eras? Diablos, esto significa la guerra. Los de arriba se preguntaban si tendrían que mandar un grupo al exterior. Ahora tendrán que hacerlo.

—Tal vez.

Harry no parecía tan complacido como Mark creía que estaría.

Dan Forrester se aclaró la garganta.

—Mark, dime una cosa. ¿Ha llegado aquí Charlie Sharps? Iba un par de docenas de personas con él.

—¿Se dirigían aquí?

—Sí, al rancho del senador Jellison.

—No los hemos visto.

Mark parecía azorado, lo mismo que Harry. Dan pensó que aquello debía ser muy frecuente entre ellos: alguien no llegaba jamás a algún sitio, y lo único que quedaba por saber era si el superviviente haría una escena.

Harry rompió el incómodo silencio.

—Tengo un mensaje para el senador, y el doctor Forrester no anda muy bien. ¿Tienes algún medio de transporte?

Mark reflexionó un instante.

—Creo que lo mejor será telegrafiar y solicitarlo -dijo-. Esperad aquí. Entretanto, vigila la carretera, Harry. En seguida vuelvo.

Mark extendió ambas manos y las movió a la altura de la cadera, haciendo que pareciera casual, de manera que Hugo Beck no imaginara que hacía señales. Luego se internó entre los arbustos.

Dan Forrester le observó con interés. Había leído a Kipling. Se preguntó si Hugo Beck también lo habría hecho.

El sol se ponía tras las montañas. Una luz dorada con violentos tonos rojizos aparecía bajo los bordes de la cubierta nubosa. Las puestas y las salidas del sol habían sido espectaculares desde la caída del cometa, y el doctor Forrester sabía que eso duraría largo tiempo. Cuando estalló el Tamboura, en 1814, el polvo que arrojó al cielo hizo que las puestas de sol fueran brillantes durante dos años, y no fue más que un volcán.

Dan Forrester iba en la cabina del camión, al lado del conductor taciturno. Harry y Hugo Beck viajaban en la caja, bajo un toldo. No había más tráfico en la carretera, y Forrester apreciaba el cumplido que le habían hecho. ¿O lo habían hecho por Harry? Tal vez los dos juntos eran dignos de la gasolina gastada, y en cambio no lo hubiera sido uno solo. Avanzaban bajo una ligera llovizna, y la calefacción del vehículo confortaba los pies y las piernas de Dan.

No había cadáveres. Eso fue lo primero que Dan observó: nada muerto a la vista. Las casas parecían casas, todas ellas habitadas. Algunas estaban rodeadas de defensas a base de sacos de arena, pero muchas no mostraban ninguna señal de defensa. Era extraño, casi misterioso, que hubiera un lugar donde la gente se sintiera lo bastante segura para no cerrar los postigos de las ventanas.

Dan vio dos rebaños de ovejas, así como caballos y vacas. Vio signos de actividad organizada en todas partes, campos recién limpiados, algunos arados por grupos de caballos (no había tractores a la vista), otros todavía en proceso de limpieza, en donde los hombres transportaban piedras y las amontonaban formando muros. En general, los hombres llevaban armas al cinto, pero no todos estaban armados. Cuando llegaron al amplio camino que conducía a la casa de piedra, Dan Forrester había llegado a la conclusión de que, por algunos minutos, tal vez incluso por todo un día, estaba a salvo. Podía contar con que viviría hasta el amanecer. Era una sensación extraña.

Tres hombres les esperaban en el porche. Hicieron una seña a Dan Forrester para que entrara en la casa, sin hablarle. George Christopher señaló a Harry con el pulgar.

—Te necesitan dentro -le dijo.

—En seguida voy.

Harry ayudó a Hugo Beck a bajar del camión y luego cargó con la mochila de Forrester. Al volverse, George apuntó con su escopeta al vientre de Hugo.

—Yo lo he traído -dijo Harry-. Debes haberte enterado por el telégrafo.

—Oímos lo del doctor Forrester, pero nada sobre este tipo. Beck, te pusimos en la carretera. Yo mismo te mandé allí. ¿No recuerdas que te dije que no volvieras? Estoy seguro de que te lo dije.

—Está conmigo -repitió Harry.

—¿Es que has perdido el juicio, Harry? Este despreciable chorizo de tres al cuarto no es digno de...

—George, si tengo que empezar a explorar el territorio de los Christopher, sin duda el senador te dará las noticias que crea convenientes.

—No me apremies -dijo George, pero apartó ligeramente la escopeta, de manera que no apuntaba a nadie-. ¿Por qué lo dices?

—Puedes devolverle a la carretera si quieres -dijo Harry-, pero creo que primero debes escucharle.

Christopher pensó un momento en aquellas palabras. Luego se encogió de hombros.

—Están esperando dentro. Vamos.

Hugo Beck se enfrentó a sus jueces.

—He venido a traer información -dijo en voz muy baja.

Quienes le juzgaban eran pocos. Deke Wilson, Al Hardy, George Christopher... y los otros. Harry tuvo

la misma impresión que los demás: los astronautas parecían dioses. Harry reconoció a Baker por su fotografía en la portada de *Time*, y no le fue difícil saber quiénes eran los otros dos. La bonita mujer que no hablaba debía ser la cosmonauta soviética. Harry ardía en deseos de hablarle. Pero de momento era preciso decir otras cosas.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Harry? — preguntó Al Hardy. Su tono revelaba la sinceridad de la pregunta, como si estuviera a medias seguro de que Harry había perdido el juicio-. Tú eres el servicio de información. No Beck.

—Lo sé -dijo Harry-, pero me pareció que esta información debería ser de primera mano. Es un poco difícil de creer.

—Y yo puedo creerla, ¿eh? — dijo George Christopher.

—¿Puedo sentarme? — preguntó Harry.

Hardy le indicó una silla y Harry se sentó. Deseaba que Hugo mostrara más temple, pues su conducta se reflejaba en Harry. Aquella recepción no era la que él acostumbraba a tener, y la culpa era de Beck. Ni tazas de porcelana, ni café, ni un chorrito de whisky.

El equilibrio del poder era cuestión de vida o muerte en la fortaleza. Uno tenía que seguir bien el juego o quedarse al margen. Harry trataba de no intervenir, de disfrutar los beneficios de su utilidad sin verse envuelto en la política local. Pero esta vez tenía que jugar. ¿Había ofendido gravemente a Christopher? ¿Y si así fuera, le preocupaba? Era extraño que los instintos viriles de Harry se hubieran extinguido tras la caída del cometa.

—Le pusimos en la carretera -dijo George Christopher-. A él y a Jerry Owen. Yo di las órdenes. Los echaron incluso del Shire, y esos chorizos trataron de vivir robándonos a nosotros. ¡Owen intentó enseñar comunismo a mis rancheros! Beck no se quedará aquí mientras yo viva.

Se oyó una risita al fondo de la habitación. Era de Leonilla Malik o de Pieter Jakov. Nadie prestó atención. No había nada divertido en la situación, y Harry se preguntó si habría ido demasiado lejos.

—Mientras discutes sobre Hugo Beck, los pies del doctor Forrester están cada vez peor. ¿Puedes ayudarles o primero has de arreglar las cosas con Beck?

—Eileen -dijo Al Hardy, sin apartar la mirada de Christopher y Beck, en el centro de la estancia-. Lleva al doctor Forrester a la cocina y cuida de él.

—De acuerdo.

Eileen indicó el camino al astrofísico, y éste la siguió rígidamente, con signos evidentes de agotamiento.

Hugo Beck se pasó la lengua por sus gruesos labios.

–Me conformaré con una comida -dijo Hugo, sudoroso-. Diablos, me conformaré con una galleta rancia. Sólo quiero saber que aún estáis aquí.

Los demás le miraron perplejos.

–Estamos aquí -dijo Al Hardy-. ¿Tienes información o no? Todavía no he despertado al senador, y quiere hablar con Harry.

Hugo tragó saliva.

–He estado con los bandidos, con el Ejército de la Nueva Hermandad.

–Hijo de perra -dijo Deke Wilson.

–¿Cuánto tiempo? – preguntó Al Hardy, súbitamente interesado-. ¿Te enteraste de algo?

–¿O te escapaste a la primera oportunidad que tuviste? – intervino Christopher.

–Me he enterado de lo suficiente para perder el juicio -dijo Hugo.

Harry asintió. Era la verdad estricta.

–Será mejor que nos lo digas -dijo Hardy. Se volvió hacia la cocina y añadió-: Alice, trae, un vaso de agua.

Harry pensó que Beck había logrado atraer su atención. Lo importante ahora era que hablase como un hombre.

–Son más de un millar -dijo Hugo. Vio que Deke Wilson retrocedía al oír aquello-. Tal vez el diez por ciento son mujeres, quizá más. No importa mucho. La mayoría de las mujeres están armadas. No podría decir quién está realmente al mando. Parece que es un comité. Aparte de eso, están muy bien organizados... ¡Pero, Dios, están locos de atar! Ese predicador chalado es uno de los líderes...

–¿Predicador? – le interrumpió Deke Wilson-. ¿Han abandonado entonces el canibalismo?

Hugo tragó de nuevo saliva y meneó la cabeza.

–No. Los Angeles del Señor no han abandonado el canibalismo.

–Será mejor que vaya en busca del senador. – Al Hardy salió de la estancia. Alice Cox entró con un vaso de agua y miró a su alrededor, insegura.

–Déjalo sobre la mesa -dijo George Christopher- Hugo, creo que debes esperar para proseguir tu historia.



—¡Te dije por qué me marché del Shire! — exclamó Hugo-. Mi propia tierra. ¡Mía, maldita sea! Me daban el doble de trabajo que a cualquier otro. Después de la catástrofe, dijeron que ellos tenían tanto derecho a la tierra como cualquier otro. ¿No fue así? Todos nosotros iguales, así es como lo entendí. Pues bien, ahora cada uno de ellos ha de demostrar que era mi igual de alguna manera, ahora que tienen la oportunidad de hacerlo.

Nadie replicó.

—Lo único que quiero es trabajo y un sitio donde dormir -dijo Hugo.

Miró a su alrededor, y lo que vio no era tranquilizador: la expresión despectiva de Christopher hacia un hombre que no podía dominar a sus propios trabajadores; Deke Wilson, temeroso tanto de oír como de no hacerlo; Eileen de pie junto a la puerta, la mujer del espacio en su silla, sin decir nada; la expresión sombría de Harry, que se preguntaba si, después de todo, debía haber traído a Hugo; el alcalde Seltz...

El alcalde se levantó de repente y acercó una silla a Hugo. Este se dejó caer en ella, susurrando las gracias. Luego el alcalde ofreció silenciosamente a Hugo el vaso de agua y regresó a su sitio.

Leonilla habló en voz baja a Pieter. Los demás seguían guardando silencio y todos oyeron las palabras rápidas. La miraron, y ella tradujo lo que había dicho.

—Una reunión en el Presidium -dijo-. Al menos, así es como imagino que debían ser tales reuniones. Perdonen.

George Christopher frunció el ceño, y luego se sentó. Poco después entró Al Hardy con el senador. Se detuvo en el umbral y llamó a Alice.

—¿Quieres ir en busca de Randall? Y trae también al señor Hamner. Será mejor que les lleves caballos.

El senador Jellison iba en zapatillas y llevaba batín. Su cabello gris canoso sólo estaba en parte peinado. Entró en la estancia y saludó a todo el mundo con movimientos de cabeza. Luego miró a Harry.

—Celebro que estés de vuelta -le dijo-. Empezábamos a preocuparnos por ti. Al, ¿por qué nadie le ha dado a Harry una taza de té?

—Me encargaré de eso -dijo Hardy.

—Gracias. — Jellison se dirigió a su sillón de respaldo alto y tomó asiento-. Siento haberte hecho esperar. Quieren que haga la siesta por la tarde. Señor Beck, ¿le ha hecho alguien alguna promesa?

—Sólo Harry. — El obsequio de la silla había restaurado un poco la compostura de Hugo-. Que saldré vivo de aquí. Eso es todo.

–Bien. Cuente su historia.

Hugo asintió.

–Usted nos envió a la carretera a Jerry Owen y a mí, ¿recuerda? Jerry estaba furioso y con deseos de matar. Hablaba de... venganza, de las semillas de rebelión que había plantado en sus hombres, señor Christopher.

George sonrió.

–Por poco le matan a patadas.

–Exacto. Jerry no podía ir muy de prisa y yo no quería seguir solo. Fue espantoso allá afuera. Una vez alguien nos disparó sin aviso, y corrimos como demonios. Fuimos hacia el sur, porque ésa era la dirección de la carretera, y Jerry no estaba en condiciones de subir a la Sierra, ni tampoco yo. Andamos todo el día y la mayor parte de la noche, y no sé qué distancia recorrimos, pues no teníamos más que un viejo mapa de la Union Oil, y ahora todo ha cambiado. Jerry encontró unas espigas que crecían en la cuneta. Parecían hierbajos, pero dijo que podíamos comer aquellos granos, y al día siguiente conseguimos encender fuego y los comimos. Son buenos.

–Oye, no necesitamos que nos cuentes cómo os las arreglasteis para comer -gruñó Christopher.

–Perdón, pero lo que viene ahora es importante. Jerry me contaba cosas extrañas. ¿Sabíais que le buscaba el FBI y todos los demás? Era general del... -Hugo hizo una pausa-. El Ejército de Liberación de la Nueva Hermandad.

–Nueva Hermandad -musitó Al Hardy-. Supongo que eso encaja.

–Así lo creo -dijo Hugo-. La cuestión es que utilizaba el Shire como escondrijo. Mantuvo la boca cerrada y nunca lo supimos, hasta después del cometa. Probablemente estábamos en el territorio del señor Wilson, y yo empezaba a pensar en desembarazarme de Jerry. Ir más lento no me molestaba, pero ¿cómo iba a unirme con la gente del señor Wilson si Jerry quería iniciar una revolución popular? Si hubiera visto una sola ventana iluminada me hubiese ido, y Jerry jamás habría sabido dónde.

«Pero no vimos casi nada. Una vez pasó un camión, pero no se detuvo. Pasamos junto a granjas rodeadas de barricadas, pero si nos acercábamos demasiado lanzaban los perros contra nosotros. Así que seguimos avanzando hacia el sur, cada vez más hambrientos, y hacia el tercer o cuarto día vimos un puñado de tipos desharrapados. Eran unos cincuenta y todos parecían al borde de la extenuación.

–Pensé en echar a correr, pero Jerry se dirigió directamente a ellos. Me llamó para que fuera con él, pero yo no tenía ningún deseo de unirme a aquella gente. Pensé que podrían ser los caníbales de los que Harry nos había hablado, pero no parecían peligrosos, sino tan sólo acabados.

–¿No llevaban uniformes militares? – preguntó Deke Wilson-. ¿Ni armas?

–No me acerqué lo suficiente para ver qué armas tenían, pero estoy seguro de que no había ningún uniforme militar.

–Entonces no era el Ejército de la Nueva Hermandad...

–Escucha -le interrumpió Harry-. Todavía no ha terminado.

Entró Eileen con una bandeja.

–Aquí tienes el té, Harry. – Sirvió una taza y la depositó en la mesa al lado del cartero-. Y el tuyo, senador.

Beck miró el té de Harry y luego sorbió un poco de agua de su vaso.

–Bien, Jerry se quedó con aquel grupo y yo me largué. Supuse que no volvería a verle y que podía volver a los terrenos del señor Wilson, pero me encontré con una anciana y su hija. Vivían en una casita en medio de un almendral y no tenían armas. Nadie las molestaba porque estaban alejadas de la carretera, y no habían salido desde la caída del cometa. La chica tenía diecisiete años y estaba enferma, con mucha fiebre, tal vez a causa del agua. Cuidé de ellas y me mantuvieron.

–¿De qué vivías? – le preguntó el alcalde Seltz.

–Principalmente de almendras. Además la señora tenía algunas conservas y un par de sacos de patatas.

–¿Qué les ocurrió? – quiso saber George Christopher.

–A eso iba. – Hugo Beck se estremeció-. Llevaba allí tres semanas. Cheryl, la chica, estaba muy mal, pero las obligué a hervir el agua y fue reponiéndose. Estaba ya bastante bien cuando. – Beck se interrumpió, luchando visiblemente por dominarse. Tenía lágrimas en los ojos-. Me gustaba de veras. – Se interrumpió de nuevo. Todos esperaron.

»No podíamos ir a ninguna parte a causa de la señora Home, la abuela de Cheryl. La señora Horne nos decía que nos marcháramos antes de que alguien nos encontrara, pero no podíamos dejarla allí. – Beck se encogió de hombros-. Así que nos encontraron. Primero pasó un *jeep*. No se detuvo, pero sus ocupantes parecían matones. Supongo que ellos dieron el aviso, porque poco después se presentaron diez tipos armados y nos cogieron. No dijeron ni una palabra. Nos metieron a Cheryl y a mí en el camión y se nos llevaron. Supongo que algunos de los otros se quedaron en la casa con la señora Horne. Por lo que sucedió luego, estoy seguro de eso. No iban a desperdiciar un lugar como aquel. Seguro que la mataron.

»Recorrimos varios kilómetros en el camión. Oscurecía cuando llegamos allí. Habían encendido fogatas, tres o cuatro. Les pregunté una y otra vez qué iban a hacernos, y ellos siempre me decían que me callara. Finalmente, uno de ellos me dio un puñetazo, y ya no dije nada más. Cuando llegamos al campamento nos encerraron con otra docena de personas, vigilados por tipos armados.

»Algunas de aquellas personas estaban heridas, cubiertas de sangre. Tenían heridas de bala, cuchilladas, huesos rotos... -Hugo se estremeció de nuevo-. Nos alegramos de no haber opuesto resistencia. Dos de los heridos murieron mientras esperábamos. Estábamos rodeados de alambre espinoso, tres tipos con metralletas nos vigilaban, y otros muchos armados iban de un lado a otro.

—¿Llevaban uniformes? — preguntó Deke Wilson.

—Algunos sí. Uno de los tipos con metralleta. Era un negro con galones de sargento.

Ahora Hugo parecía hablar con desgana. Las palabras le salían lentamente, con esfuerzo.

Al Hardy miró inquisitivamente al senador, el cual hizo un gesto de asentimiento. Al se volvió a Eileen, que seguía en el umbral. Ladeó la cabeza hacia el estudio, y ella salió, caminando apresuradamente para no perderse el relato.

—Cheryl y yo hicimos hablar a los prisioneros -dijo Hugo Beck-. Había habido una guerra, y ellos la perdieron. Eran granjeros, y tenían un grupo como el del señor Wilson, creo, un puñado de vecinos que querían que les dejaran en paz.

—¿Dónde ocurrió eso? — preguntó Deke Wilson.

—No lo sé, pero no importa. Ya no están allí.

Eileen regresó con un vaso a medio llenar. Se lo ofreció a Hugo Beck.

—Tenga.

El hombre bebió, pareció sorprendido y bebió de nuevo, vaciando la mitad del líquido.

—Gracias, muchas gracias. — El whisky afirmó su voz, pero no cambió la expresión atormentada de su mirada-. Entonces llegó el predicador. Se acercó a la alambrada y empezó a hablar. Estaba muy asustado y no recuerdo todo lo que dijo. Se llamaba Henry Armitage, y estábamos en manos de los Angeles del Señor. Habló y habló, a veces con naturalidad, otras en un tono declamatorio, como si estuviera en el púlpito. Dijo que todos habíamos sido salvados, habíamos superado el fin del mundo y teníamos una finalidad en esta vida. Teníamos que completar la obra del Señor. El Martillo de Dios había caído, y el pueblo de Dios tenía una misión sagrada. Lo que escuché con más atención fue la alternativa que nos propuso: unirnos a ellos o morir. Si nos uníamos, tendríamos que disparar contra los que no lo hicieran, y entonces...

—Espera un momento. — La voz de George Christopher mostraba una mezcla de interés e incredulidad-. Henry Armitage era un predicador de la radio. Solía escucharle. Era un buen hombre. ¿Ahora dices que se ha vuelto loco?

A Hugo le costó mirar directamente a Christopher, pero habló con voz bastante firme.

–Está completamente ido, señor Christopher. Todos sabéis que la caída del cometa ha enloquecido a mucha gente. Armitage tenía más motivos que la mayoría.

–Pero lo que decía tenía sentido, siempre. De acuerdo, continúa. ¿Qué le hizo volverse loco y por qué te lo dijo a ti?

–¡Pero eso formaba parte de su discurso! Nos dijo que sabía que el Martillo de Dios traería el fin del mundo. Advirtió al mundo lo mejor que pudo, por la radio, la televisión, los periódicos...

–Eso es correcto -dijo George.

–Y el último día reunió cincuenta buenos amigos, no sólo miembros de su congregación, sino amigos, junto con su familia, y subió a lo alto de una montaña para observar. Vieron tres impactos. Aguantaron aquella misteriosa lluvia que empezó con bolitas de barro caliente y terminó como el Diluvio Universal, y Armitage esperó la llegada de los ángeles.

»Ninguno de nosotros se rió cuando dijo eso, pues no eran sólo los prisioneros los que escuchaban, sino muchos... Angeles del Señor, como se llaman a sí mismos, que le habían rodeado y eran todo oídos. De vez en cuando exclamaban ¡amén! y agitaban sus armas ante nosotros. No nos atrevíamos a reírnos.

»Armitage esperó a que llegaran los ángeles en busca de su rebaño, pero nunca llegaron. Con el tiempo, bajaron la colina, en busca de seguridad.

»Anduvieron por la orilla del mar de San Joaquín, y vieron cadáveres por todas partes. Algunos de los amigos de Armitage perdieron la esperanza y murieron. El hombre estaba desesperado. Descubrieron toda clase de horrores, lugares en donde habían estado los caníbales. Algunos de ellos enfermaron, y un par de ellos fueron muertos a tiros cuando trataban de entrar en una escuela medio inundada...

–Vaya al grano -dijo el senador.

–Sí, señor. Lo estoy intentando. La parte que sigue es nebulosa. Durante todo ese tiempo. Armitage trató de imaginar dónde habían ido los ángeles, por así decirlo. Y en algún punto de su vagabundeo lo descubrió. Aquí encaja Jerry Owen, de alguna manera.

–¿Owen?

–Sí. Owen se había unido a aquel grupo. Según él, hizo que Armitage volviera a la vida. No sé si algo de eso es cierto, pero sé con certeza que en cuanto Jerry le pescó, Armitage se unió a la banda de caníbales, que ahora se llama Ejército de la Nueva Hermandad y está dirigido por los Angeles del Señor.

–¿Y Jerry Owen es su general? – preguntó George Christopher. Aquello parecía divertirlo.

—No, señor. Ignoro cuál es su posición. Desde luego, es un dirigente, pero no creo que sea tan importante. Déjenme que les diga esto, por favor. Tengo que decírselo a alguien. — Alzó el vaso de whisky y se lo quedó mirando-. Esto es lo que Armitage dijo a los caníbales, y lo que nos dijo a nosotros.

Hugo se concedió tiempo para pensar mientras terminaba el whisky. Harry pensó que Hugo lo estaba haciendo bien, que no iba a tener problemas por su culpa.

—Nos dijo que la obra del Martillo no ha terminado, que Dios no pretendió terminar con la humanidad, sino que su propósito fue sólo destruir la civilización, de manera que el hombre pudiera vivir de nuevo como Dios lo desea. Se ganará el pan con el sudor de su frente. Ya no contaminará la tierra y el mar y el aire con la basura de una civilización industrial que le aleja más y más del camino de Dios. Algunos de nosotros hemos sido salvados para terminar la obra realizada por el Martillo de Dios.

»Y los que han sido salvados para ese fin son los Angeles del Señor. No pueden errar. El asesinato y el canibalismo son cosas que hacen cuando deben, y no manchan sus almas. Armitage nos exigió que nos uniéramos a los Angeles.

»En ese momento, unas doscientas personas agitaban metralletas, escopetas, hachas y cuchillos de carnicero. Una muchacha agitaba un tenedor, lo juro, esa clase de tenedor con dos largas púas que va en los juegos de trinchar... y todo aquello era bastante convincente. Pero Armitage era el más convincente de todos. Usted le ha oído, señor Christopher, y sabe que puede ser tremendamente convincente.

Christopher no dijo nada.

—Y los otros gritaban «Aleluya» y «Amén», y allí estaba Jerry, blandiendo un hacha y gritando con el resto de ellos. Pude ver en sus ojos que él era el causante de todo aquello. Me miró como si nunca me hubiera visto antes, como si no le hubiera dejado vivir en mi granja durante meses.

El senador, sentado en aquel sillón a modo de trono, alzó la vista. Había estado escuchando con los ojos entornados.

—Espera un momento, Hugo -le dijo-. ¿No fundaste el Shire con esa misma intención? Una vida natural, todo orgánico y autosuficiente, nada de jerarquías ni contaminación. ¿No era precisamente eso lo que buscabas? Porque parece como si ese Armitage quisiera lo mismo.

Aquel comentario sobresaltó a Hugo Beck.

—Oh, no, señor. No. Ya estaba harto de eso antes de que cayera el cometa, y después... Senador, nunca nos dimos cuenta de la cantidad de cosas modernas que teníamos. ¡Hasta teníamos dos hornos de microondas! Y aquel maldito molino de viento nunca produjo suficiente electricidad para mantener las baterías cargadas, y mucho menos para hacer funcionar las microondas, y después de que cayera el cometa lo destruyeron los huracanes. Tratamos de cultivar la huerta sin usar insecticida, sólo con fertilizante orgánico, y no fueron los seres humanos los que comieron la mayor parte de la cosecha,

sino los bichos. Después de aquella experiencia yo quería echar insecticida, pero no lo hicimos, y un día tras otro alguien tenía que sentarse en el polvo y sacar bichos de las lechugas. Y teníamos el camión, un arado rotatorio y una segadora eléctrica. Teníamos un equipo de alta fidelidad, una colección de discos, luces estroboscópicas y guitarras eléctricas. Teníamos un lavavajillas y una secadora de ropa, pero colgábamos las ropas a secar para ahorrar gas. Oh, sí, a veces también lavábamos a mano la ropa, pero siempre había alguna ocasión especial en que no queríamos molestarnos.

»Y aspirina, agujas, imperdibles, una máquina de coser y una gran estufa de hierro forjado fabricada en Maine nada menos...

—Entonces debo entender que no estabas de acuerdo con Armitage -dijo el senador Jellison.

—No, pero mantuve la boca cerrada y observé a Jerry. Parecía importante, e imaginé que si él podía unirse a aquella banda y tener su propia hacha, también yo podría hacerlo. Cheryl y yo hablamos de ello en voz baja, porque ellos no aguantarían que ninguno de nosotros interrumpiera a Armitage, y estuvimos de acuerdo en que nos uniríamos al grupo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Así que nos unimos. De hecho, todos lo hicieron aquella vez. Más tarde hubo dos que retrocedieron, en el último...

Pareció como si Hugo tuviera un nudo en la garganta. Paseó su mirada angustiada por la estancia, y no encontró simpatía en nadie. Prosiguió apresuradamente su relato.

—Primero teníamos que matar a los que no quisieran unirse a la banda. Creo que nos hubieran dado cuchillos para hacerlo, pero no fue necesario, porque todo el mundo se unió. Luego había que cocer a los muertos. Eso lo hicimos, porque cuatro prisioneros habían muerto por heridas de bala. Un tipejo con aspecto conejil nos dijo que no podíamos utilizar a dos de ellos porque no parecían bastante saludables. ¡Sólo los sanos eran comestibles! Más tarde hablé con él y... -Hugo parpadeó.

»No importa. Había dos grandes cacerolas. Teníamos que descuartizar a los muertos, y Cheryl fue sintiéndose mal. Tuve que ayudarla. Nos dieron cuchillos y troceamos los cuerpos, y aquel médico con aspecto de conejo lo inspeccionaba todo antes de echarlo a la cacerola. Una mujer cogió un cuchillo de carnicero y se quedó mirando aquella... la mitad inferior de un hombre muerto. Entonces alzó las manos y echó a correr hacia un guardia. La mataron a tiros y el tipo aquel la inspeccionó y luego la descuartizamos a ella también.

»Y mientras el... cocido... iba haciéndose, Armitage no dejaba de predicar. Podía hacerlo durante horas sin detenerse. Todos los ángeles decían que aquello era una señal milagrosa, que un hombre de su edad pudiera predicar sin cansarse. Gritaba que nada les estaba prohibido a los Angeles del Señor, que nuestros pecados no eran perdonados. Llegó el momento y comimos. Un tipo que había soportado bien la carnicería no pudo comer. Entonces nos obligaron a derribarlo al suelo y degollarlo.

Hugo se detuvo, sin aliento, y el silencio se hizo en la estancia.

—¿Y tú comiste? — preguntó el senador Jellison.

–Sí, comí.

–Supongo que no pensarás que puedes quedarte aquí después de eso -dijo George Christopher casi con amabilidad.

Harry miraba a las mujeres. Eileen estaba serena, pero Harry observó que evitaba mirar a Hugo. La cosmonauta soviética, en cambio, le miraba horrorizada. A Harry le recordó la manera en que su hermana había mirado a una enorme araña que corría por la bañera que estaba a punto de llenar. Aquella mujer tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente a Hugo.

*¡Vean ahora! El capitalista típico muestra ciertas tendencias que tenía latentes, de las cuáles el asesinato y el canibalismo...*

Harry rogó que nadie mirase en su dirección. Nadie más sentía el impulso de echarse a reír. Tenía ganas de esconderse bajo la mesa.

–No, sé que no puedo quedarme aquí, ni en ninguna parte. En eso estriba su fuerza. Una vez has comido carne humana, ¿adonde puedes ir? Eres uno de ellos, y ese loco predicador te dice que todo está bien. Eres un Ángel del Señor. No puedes hacer nada malo, excepto huir, y entonces eres un apóstata. – Bajó el tono de voz y añadió-: Esa es su fuerza, y les va bien. Cheryl no quiso huir conmigo. Iba a entregarme a aquella gente, y tuve que matarla. Era la única forma de salir de allí... Ojalá no lo hubiera hecho, pero no tenía más remedio.

–¿Cuánto tiempo estuviste con ellos? – le preguntó Al Hardy.

–Unas tres semanas. Hubo otra guerra e hicimos más prisioneros. Todo fue igual que antes, sólo que ahora yo estaba fuera de la alambrada, con una pistola y gritando aleluya. Nos dirigimos de nuevo hacia el norte, hacia las tierras del señor Wilson, y cuando vi a Harry no me atreví a hablarle. Pero al ver que le dejaban libre...

–¿Te dejaron libre? – preguntó el senador.

–Sí, señor, pero se llevaron el camión -dijo Harry-. Tengo un mensaje para usted, de los Angeles del Señor. Por eso me soltaron. Cuando me capturaron les dije que era su cartero, que estaba bajo su protección, y les mostré aquella carta que usted escribió. Se echaron a reír, pero entonces Jerry Owen dijo...

–Owen de nuevo -dijo Christopher-. Sabía que debía matarle.

–Así que Owen es uno de los líderes -dijo Al Hardy.

Harry se encogió de hombros.

–Le escuchan, pero él no da ninguna orden, o al menos nunca vi que lo hiciera. Dijo que yo sería la persona más indicada para traerle un mensaje, y lo he traído. Había andado algunos kilómetros por la



carretera cuando Hugo me dio alcance, y después de que me dijera cómo estaban las cosas aquí, pensé que debería oír esa historia antes de leer la carta que le han enviado.

—Sí. Has hecho bien, Harry -dijo Jellison-. ¿Qué dices, George? Beck fue expulsado por orden tuya.

Christopher parecía aturdido por todo lo que había oído.

—Podemos darle veinticuatro horas. Que pase aquí la noche y le daremos tres comidas como es debido.

—Creo que deberíamos leer ese mensaje antes de decidir nada -dijo Al Hardy-. Y necesitamos mucha más información. ¿Qué fuerza tienen, Hugo? Has dicho que son unos mil hombres. ¿Es un cálculo correcto?

—Es lo que Jerry Owen dijo que le había dicho el sargento Hooker. Creo que es más o menos correcto. Pero cada vez son más. Se han apoderado de Bakersfield. Todavía no se han organizado ahí, pero son los dueños, y su gente anda buscando entre los restos de la ciudad... armas y reclutas.

—¿Así que son más de un millar?

—Creo que sí, pero quizá no todos estén armados, ni muchos de ellos reclutados todavía.

—Parece que están en condiciones de doblar sus efectivos después de una... una ceremonia de iniciación -dijo Hardy-. Tenemos problemas. Has mencionado al sargento Hooker. ¿Quién es?

Beck se encogió de hombros.

—Sólo sé que manda mucho. Es un militar negro, o al menos lleva uniforme militar. Hay generales y otros jefes, pero el sargento Hooker los supera a todos en rango. No le he visto mucho. Tiene su propia tienda, y cuando va a alguna parte le llevan en un coche lleno de guardaespaldas. Armitage le habla siempre con mucha cortesía.

—Un negro -dijo George Christopher. Miró a Rick Delanty, que había permanecido sentado en silencio mientras Beck contaba su historia. Luego apartó apresuradamente la vista.

—Hay otros dirigentes negros -dijo Beck-. Pasan mucho tiempo con Hooker. Y hay que ir con cuidado para no decir nada malo de los negros, los chicanos o cualquier otro. Los dos primeros días te zurren si lo haces, lo mismo que si un negro insulta a un blanco, pero si no aprendes con rapidez piensan que no te has convertido realmente...

—No os preocupéis por mí -dijo Rick Delanty-. Tengo toda la igualdad que siempre he deseado.

Harvey Randall y Tim Hamner entraron en la sala, con sillas plegables de la biblioteca. Eileen se acercó a Tim y le susurró algo apresuradamente, y todo el mundo trató de ignorar la creciente expresión de horror en el rostro de Hamner. Alice Cox trajo lámparas de keroseno. Su alegre resplandor amarillo parecía fuera de lugar.

–¿Quiere que encienda fuego, senador? – preguntó Alice.

–Sí, por favor. ¿Viste su arsenal, Hugo?

–Sí, señor. Había muchas armas. Ametralladoras, algunos cañones y morteros...

–Necesito detalles -dijo Al Hardy-. Todos los necesitamos, y las cosas empiezan a complicarse. Podríamos necesitar más de un día para obtener toda la información útil que tiene Hugo. Señor Christopher, ¿podría reconsiderar su postura?

–No le quiero aquí. No puede quedarse.

Hardy se encogió de hombros.

–¿Y el gobernador? Hugo, ¿qué sabe del vicegobernador Montross?

–Nada, excepto que está allí. Cuando va a alguna parte está rodeado de guardaespaldas, igual que el sargento Hooker. El gobernador nunca se dirigió a nosotros, pero a veces nos dieron mensajes en su nombre.

–¿Pero quién está al mando de ese grupo? – preguntó Hardy.

–¡No lo sé! Creo que es un comité. Nunca llegué a hablar con los jefes... La mía era una mujer negra llamada Cassie, una mujerona de mal genio y muy creyente. Los jefes verdaderos eran Armitage y el sargento Hooker. El gobernador, tal vez. Y un negro de la ciudad, un tal Alim Nassor...

–¿Alim Nassor? – preguntó Randall-. Le conozco. Una vez le entrevistamos. Era un líder por naturaleza, muy poderoso en la zona de Watts.

Eileen se apartó de Tim y fue a arrodillarse al lado de Randall. Mientras le susurraba algo, Harry la miró con curiosidad. ¿Podía asombrarse de algo un reportero de la televisión? Sí, indudablemente. Y asustarse también, por lo que Harry podía juzgar. No era el único. Deke Wilson parecía cada vez más angustiado. No era sorprendente que el territorio de Deke fuera más pequeño cada vez que Harry pasaba por allí. Y ahora la Nueva Hermandad se encontraba en la zona principal de las tierras de Deke.

George parecía disgustado.

–Tengo deseos de vomitar cada vez que le miro, senador. ¿Cuánto whisky le queda? Le doy medio litro del licor barato que tengo por un trago de buen whisky ahora mismo.

–El cambio no es necesario -dijo Jellison-. Eileen, ¿quiere traer una botella, por favor? Creo que a todos nos irá bien un trago. Y me parece que hay más noticias. Harry, hablaste de una carta.

–Sí, señor.

–Creo que voy a leerla mientras bebemos.

Harry se levantó y se aproximó al senador. Sacó un sobre de un bolsillo interior y se lo entregó a Jellison. El senador lo abrió cuidadosamente y sacó varias hojas de papel. Estaban escritas a mano, con trazos gruesos, con alguien que tenía una excelente caligrafía. Harry tenía grandes deseos de saber qué decía la carta, pero regresó a su sitio.

Eileen trajo una botella de whisky de buena calidad y sirvió a todos. Nadie lo rechazó. Llenó el vaso de Hugo Beck, el cual lo bebió ansiosamente.

Harry pensó que si aquel hombre podía encontrar alcohol, estaría borracho el resto de su vida.

–¿Cómo es su situación alimenticia? ¿Es desesperada o simplemente pasan hambre? – preguntó Christopher.

–Ni siquiera pasan hambre -dijo Hugo-. Su médico, ese tipo con aspecto de conejo, dice que tienen bastantes vitaminas, y yo mismo comí bien. – Vio la expresión de los demás y exclamó:- ¡No! ¡Sólo comí carne humana dos veces! ¡En los rituales! La mayor parte de la comida que nos daban procedía de los supermercados, pero también había algunos animales. No necesitan el canibalismo. Sólo lo practican cuando hay nuevos reclutas. Es un ritual.

–Un ritual muy útil -dijo Harvey Randall. Todas las cabezas se volvieron hacia él-. Miren a Hugo. Le han circuncidado el alma. Le han puesto una marca que todo el mundo puede reconocer. Eso es lo que sientes, ¿verdad, Hugo?

El interpelado asintió.

–¿Y si te dijera que no es en absoluto visible? – Hugo pareció confundido. Harvey añadió:- Exacto. Sabes que esa marca sigue ahí.

–A algunos les gusta el sabor -susurró Hugo, muy bajo pero de forma audible.

Deke Wilson habló con voz llena de terror.

–¡Y yo soy el siguiente! ¡Vendrán a por mí dentro de cuatro días!

–Tal vez podamos pararlos. – Jellison alzó la vista de la carta-. Este documento es interesante. Es una proclamación de autoridad por parte del gobernador en funciones Montross. Y hay una carta dirigida a mí en la que me invita a discutir las condiciones en que mi organización puede integrarse en la suya. Las palabras son corteses, pero perentorias, y aunque no nos amenaza directamente, detalla algunos incidentes desgraciados en los que varios grupos se negaron a reconocer su autoridad y tuvieron que ser tratados como rebeldes. – Jellison se encogió de hombros-. Pero no menciona a los caníbales ni a los Angeles del Señor.

—No querrá decir... que no me cree, ¿verdad, senador? — preguntó Hugo Beck en tono desesperado.

—Te creo -dijo Jellison-. Todos te creemos. — Miró a su alrededor y los demás hicieron gestos de asentimiento-. Bien, esto nos da dos semanas de tiempo, y menciona la zona de White River, en las tierras de Deke, así como las nuestras. Puede deberse simplemente a que quieren coger a Deke desprevenido, pero también puede significar que han retrasado su ataque...

—Creo que no presentarán batalla todavía -dijo Hugo Beck-. Acaban de descubrir algún otro lugar. Creo que irán primero ahí.

—¿Dónde? — preguntó Hardy.

Resultó evidente que Hugo consideró la posibilidad de plantear un trato, pero la rechazó.

—La central nuclear, el llamado «Proyecto Nuclear San Joaquín». Acaban de descubrir que la central todavía funciona, y eso les ha puesto como locos.

Johnny Baker habló por primera vez.

—No sabía que hubiera una central nuclear en el valle de San Joaquín.

—Todavía no la habían inaugurado -dijo Harvey Randall-. Aún está en construcción. Creo que habían llegado a la etapa de pruebas antes de que cayera el cometa. No le dieron demasiada publicidad, a causa de la oposición de los ecologistas.

Los cosmonautas intercambiaron excitadamente unas palabras en ruso. Baker y Delanty intervinieron, hablando mucho más lentamente. Luego habló Baker:

—Estábamos buscando una central nuclear en funcionamiento. Creímos que la de Sacramento podría haber sobrevivido. ¿Dónde está la central de San Joaquín? Hemos de salvarla.

—¿Salvarla? — preguntó George Christopher en tono colérico-. ¿Podemos salvarnos a nosotros mismos? ¡No lo creo, maldita sea! ¿Cómo ha podido aumentar tanto ese ejército de caníbales?

—Mahoma -dijo Harvey Randall.

—¿Qué?

—Cuando Mahoma empezó tenía cinco seguidores. En cuatro meses dominó Arabia. En un par de años dominó la mitad del mundo. Y la Nueva Hermandad tiene esa misma clase de crecimiento.

El alcalde Seltz meneó la cabeza.

—Senador... No sé qué pensar. ¿Podemos detener a ese grupo? Tal vez deberíamos marcharnos a la Sierra mientras tengamos oportunidad de hacerlo.

Hubo un largo silencio.

## EL MAGO

*La tecnología muy avanzada se confunde con la magia.*

Arthur C. Clarke

Dan Forrester dormitaba ante el fogón de la cocina, en el que ardía la madera. Se había lavado y vendado los pies. Se había inyectado insulina, confiando en que aún estuviera en buen estado, pero a la vez temiendo que no fuera así. Era muy difícil permanecer despierto.

Maureen Jellison y la señora Jellison le habían mimado trayéndole ropas limpias, ¡y secas!, y sirviéndole té caliente. Era muy agradable estar allí sentado, sintiéndose a salvo. Podía oír las voces que llegaban de la estancia vecina. Dan trataba de seguir la conversación, pero los ojos se le cerraban y tenía que hacer un esfuerzo para no ceder al sueño.

Dan Forrester se había pasado la vida descifrando las reglas del universo. Nunca había tratado de personalizarlo. Sin embargo, cuando cayó el cometa sintió en el fondo un pequeño arrebató de ira.

Había olvidado aquella ira, la misma que sintió cuando supo por primera vez que era diabético. Las reglas del universo nunca habían favorecido a los diabéticos, y hacía mucho tiempo que Dan lo había aceptado así. De todos modos, se había propuesto sobrevivir metódicamente.

Día tras día seguía vivo. Exhausto, ocultándose de los caníbales, cada vez más hambriento, plenamente consciente de lo que le ocurría a la insulina y a sus pies, había seguido adelante. Aquella ira contenida siempre le había acompañado... pero ahora algo cedía dentro de él. La comodidad física y el consuelo de la amistad le permitían recordar que estaba cansado, enfermo y que sus pies se habían vuelto como madera quebradiza. Apartó aquellos pensamientos a causa de las palabras que le llegaban de la habitación vecina.

Hablaban de caníbales. El Ejército de la Nueva Hermandad. Un ultimátum para el senador. Un millar de hombres... Habían tomado Bakersfield y podían haber doblado su número... Dan Forrester suspiró profundamente. Miró a Maureen.

—Parece que se acerca la guerra. ¿Hay un almacén de pinturas por aquí?

Ella frunció el ceño. Otros se habían vuelto locos después de haber soportado menos desgracias que

Dan Forrester.

—¿Un almacén de pintura?

—Sí.

—Creo que sí. Cerca de Porterville había un establecimiento de Standard Brands. Creo que estaba inundado.

Dan trató de disciplinar sus pensamientos.

—Tal vez haya cosas en bolsas de plástico. ¿Y fertilizante? ¿Tienen aquí? Amoníaco, por ejemplo. Se usa para...

—Sé para qué se usa -dijo Maureen-. Sí, tenemos un poco. No es suficiente para las cosechas.

Forrester suspiró de nuevo.

—Puede que nunca haya cosechas. O quizá podamos utilizarlo más tarde, cuando sea posible cultivar. ¿Había muchas piscinas? ¿Una tienda de material para piscinas?

—Sí, había una. Ahora está bajo el agua...

—¿A qué profundidad?

Ella le miró atentamente. Dan tenía un aspecto terrible, pero sus ojos sólo reflejaban cordura. Sabía lo que preguntaba.

—No lo sé. Eso estará anotado en los mapas de Al Hardy. ¿Es importante?

—Creo que sí... -Se interrumpió bruscamente. Estaba escuchando. En la otra habitación hablaban de una central nuclear. Forrester se levantó. Tuvo que sujetarse a la silla-. ¿Quiere ayudarme a ir ahí, por favor? — Su voz tenía un tono de disculpa, pero de alguna manera daba a entender que no aceptaría una negativa-. Ah, una cosa más. ¿Dónde hay una gasolinera? Necesitaré varios botes de disolvente de grasa.

Confusa, Maureen ayudó a Forrester a trasladarse hasta la sala de estar.

—No lo sé. Aquí tenemos una estación de servicio, pero era muy pequeña. En Porterville las había mayores, naturalmente, pero estaban bajo la presa y quedaron anegadas. ¿Por qué? ¿Qué puede usted hacer con todo eso?

Forrester había llegado a la sala de estar y entró apoyado en el brazo de Maureen. Johnny Baker, que estaba hablando, se interrumpió y le miró. Los demás también lo hicieron.

–Siento interrumpirles -dijo Forrester. Miró a su alrededor en busca de una silla.

El alcalde Seltz era el más próximo a él y se levantó del sofá. Fue a la biblioteca en busca de una silla plegable, mientras Forrester ocupaba el lugar del alcalde en el sofá.

–Lo siento -repitió Forrester-. ¿Ha preguntado alguien dónde estaba la central nuclear de San Joaquín?

–Sí -dijo Al Hardy-. Sé qué estaba en alguna parte del valle, pero debe estar sumergida. Se encontraba en medio del valle. No puede funcionar...

–Estaba en las colinas de Buttonwillow -dijo Forrester-. Lo miré en un mapa, y eso está a cierta altura por encima de las tierras circundantes. De todos modos, pensé también que se habría inundado, y no pude llegar al borde del mar San Joaquín a causa de los caníbales.

Hardy pareció reflexionar. Eileen Hamner salió apresuradamente y volvió con un mapa. Lo extendió en el suelo, delante del senador, y lo estudió junto con Hardy.

Maureen Jellison cruzó la estancia y se sentó en el suelo cerca de Johnny Baker. Sin darse cuenta sus manos se encontraron.

–Esa zona está a quince metros bajo el agua -anunció Al Hardy-. Hugo, ¿estás seguro de que la central funciona?

–Los Angeles así lo creen. Como he dicho, se pusieron locos.

–¿Por qué? – preguntó Christopher.

–Es una guerra santa -dijo Hugo Beck-. Los Angeles del Señor no viven más que para destruir las obras prohibidas del hombre, lo que queda de la industria. Les vi atacar lo que quedaba de una central termoeléctrica. No utilizaron armas ni dinamita. Se lanzaron al ataque con hachas, palos y manos. Ya estaba en estado ruinoso, naturalmente, inundada. Pero cuando terminaron, nadie podría decir qué había sido aquello. Y mientras la destruían Armitage les gritaba que llevaran a cabo la obra del Señor.

»Todas las noches predica lo mismo. Destruid los trabajos del hombre. Hace tres días... Creo que fue hace tres días... -Hugo contó con los dedos-. Sí, hace tres días oyeron decir que la central nuclear todavía funcionaba. ¡Creí que Armitage iba a sufrir una hemorragia cerebral! A partir de ese momento no dejó de predicar que era preciso destruir la ciudadela de Satán. ¡Nada menos que energía nuclear! El compendio de todo cuanto odian los Angeles. Incluso Jerry Owen estaba excitado. Solía hablar de la posibilidad de salvar algunas cosas. Las plantas hidroeléctricas, tal vez, si podían reconstruirlas sin dañar la Tierra. Pero odiaba las centrales nucleares incluso antes de que cayera el cometa.

–¿Destruyen toda la tecnología? – preguntó Al Hardy.

Hugo Beck meneó la cabeza.

—El sargento Hooker y los suyos conservan todo lo que consideran útil, cualquier cosa que tenga valor militar. Pero todos estuvieron de acuerdo en que no querían una central nuclear en el valle. Jerry Owen se refirió a que sabía la manera de destruirla.

—No podemos permitir que hagan eso -dijo Dan Forrester. Se inclinó hacia adelante y habló resueltamente. Había olvidado dónde estaba, el largo vagabundeo hacia el norte, tal vez incluso la caída del cometa-. Tenemos que salvar la central. Podemos construir de nuevo una civilización si tenemos electricidad.

—Tiene razón -dijo Rick Delanty-. Es importante...

—También es importante conservar la vida -dijo el senador Jellison-. Pero hemos oído que la Nueva Hermandad tiene más de un millar de hombres, tal vez muchos más. Nosotros podemos disponer de quinientos, y muchos de ellos no estarán bien armados. Pocos tienen alguna clase de instrucción para el combate. Seremos afortunados si podemos salvar este valle.

—Papá -dijo Maureen-. Creo que el doctor Forrester tiene algunas ideas al respecto. Me preguntó sobre... Dan, ¿por qué quería datos sobre disolventes de grasas y tiendas de material para piscinas? ¿En qué pensaba?

Dan Forrester suspiró de nuevo.

—Tal vez no debería sugerir esto. He tenido una idea, pero puede que no les guste.

—¡Por el amor de Dios! — exclamó Al Hardy-. Si sabe algo que puede ayudarnos, dígalos. ¿Qué es ello?

—Bueno, probablemente ya habrán pensado lo mismo -dijo Forrester.

—Maldita sea... -empezó a decir Christopher.

El senador Jellison alzó la mano.

—Créame, doctor Forrester, no va a ofendernos. ¿Qué se le ha ocurrido?

Forrester se encogió de hombros.

—Gas mostaza, bombas de termita, napalm. Y creo que también podríamos fabricar gas nervioso, pero no estoy seguro.

Se hizo un largo silencio, que finalmente rompió el senador Jellison.

—Que los diablos se me lleven -dijo en voz baja y entre dientes, pero todos le oyeron.



# LA EXPEDICIÓN

*El mundo debe llegar a su fin esta noche,  
y el Hombre se perderá de vista, Pero de vez en cuando anhelaremos  
las cosas que hemos dejado atrás...*

Balada europea, 1000 d. C.

Tim Hamner terminó su cena mientras Eileen llenaba una mochila con prendas de vestir. Soplaban un fuerte viento frío procedente de la Sierra, un viento cargado de cellisca que se abatía contra la cabaña, pero no encontraba ningún resquicio por donde colarse. La pequeña lámpara de keroseno de Eileen emitía un resplandor cálido, y la estufa mantenía la cocina caliente y seca. Por el momento, Tim se sentía tranquilo. Miraba la abertura de ventilación de la estufa, donde diminutas llamas azuladas se retorcían y elevaban.

—Es mejor que molestes al tigre en su madriguera -dijo como si hablara consigo mismo.

Eileen alzó la vista.

—¿Cómo?

—Es la introducción de un relato de ciencia ficción escrito por Gordon Dickson. No sé si es una cita real o se la inventó Dickson. Dice: «Es mejor que molestes al tigre en su madriguera antes que al sabio entre sus libros, pues para ti los reinos y sus ejércitos son objetos poderosos y duraderos, más para él no son sino juguetes del momento, que serán derribados sólo con el movimiento de un dedo.»

—¿Puede hacerlo de veras? —preguntó Eileen.

—¿Forrester? Es un mago. Si Forrester dice que puede fabricar napalm, bombas y gas mostaza, es que puede hacerlo. — Tim suspiró—. Ojalá no tuviéramos que hacerlo. Me educaron para que odiara el gas venenoso. Naturalmente, no creo que importe si se trata de gas o de una bala. Un muerto es un muerto.

Cogió su rifle y un trapo grasiento de una bolsa sobre la mesa y empezó a limpiar el cañón.

—¿Es preciso que vayas? —inquirió Eileen.

—Convinimos en que no hablaríamos de esto -dijo Tim.

—No me importa lo que convinimos. No quiero que vayas. Yo...

—A mí tampoco me gusta mucho la idea -confesó Tim-. Pero ¿qué podemos hacer? Forrester insistió. El se quedará aquí y construirá armas terribles para defender la fortaleza si enviamos refuerzos a la central nuclear. — Tim movió la cabeza, con un gesto admirativo-. Es el único hombre en el mundo que ha podido chantajear al senador y a George Christopher. No parecía tener tanto aplomo, con todas esas excusas y parpadeos, pero estoy seguro de que no pensaba decir una palabra más sobre armas hasta que ellos accedieran a sus peticiones.

—¿Pero por qué has de ir tú? — insistió Eileen. Metió un par de calcetines recién tejidos, confeccionados con pelo de perro.

—¿Para que más puedo servir? Tú lo sabes muy bien, pues ayudaste a Hardy a preparar los programas de trabajo. No sé nada de cultivos y no soy tan buen mecánico como Brad, no monto bien a caballo y no puedo ir con el grupo de Christopher... Podría formar parte del escuadrón suicida. Es lo único que queda.

—Oh, no hables así.

Eileen dejó su tarea y se acercó a su lado. Tim le dio unas palmaditas en el vientre.

—No te preocupes. Volveré, nadando si es preciso, o repitiendo el numerito del coche que avanza por el agua. Quiero ver a nuestro niño o niña. ¿O serán mellizos? Ya tienes un poco el aspecto de un signo de interrogación.

Se dio cuenta de que hablaba por hablar y que se notaba el miedo bajo aquella cháchara.

—Tim...

—No lo hagas más difícil, Eileen.

—No. Ya está todo preparado.

Tim oprimió el botón de su reloj.

—Aún queda una hora para la partida -dijo. Se levantó y tomó a Eileen de un brazo-. Te cogí.

—Tim...

—¿Sí?

—¿Has hecho la reserva en el Savoy?

—Todo estaba reservado. Encontré un sitio más cerca.

—Estupendo.

Eran doce hombres, al mando de Johnny Baker. Tres de ellos eran rancheros de Deke Wilson. También estaba Jack Ross, cuñado de Christopher. A Tim no le sorprendió ver a Mark Czescu y Hugo Beck entre los voluntarios. Reconoció a la mayor parte de los otros como rancheros del valle, pero uno de los hombres, de edad mediana y que vestía unas ropas demasiado grandes para su talla, era desconocido. Tim se acercó a él y se presentó.

—Me llamo Jason Gillcuddy -dijo el hombre-. Vi sus programas de televisión. Encantado de conocerle.

—Gillcuddy. Ese nombre me suena. ¿Dónde lo habré oído?

Jason sonrió.

—Tal vez por mis libros. Es lo más probable. Harry y yo estamos casados los dos con Donna... Donna Adams. Su madre armó un escándalo por eso.

—Oh. — Tim siguió la mirada de Gillcuddy y vio a una muchacha esbelta, rubia, que no tendría veinte años, al lado de Eileen. Colocó la mochila en el camión y se puso el rifle al hombro-. ¿Cuánto falta para salir? — preguntó al escritor.

—Están esperando algo -dijo Jason-. No sé qué será. No hace falta que nos quedemos aquí. Hasta luego.

Jason se dirigió hacia Harry y la muchacha. Esta abrazó a Gillcuddy mientras Harry los miraba.

Tim se preguntó qué pensaría Hardy de aquello. Le gustaban las cosas claras. ¿Y qué vínculo tenían Jason y Harry? ¿Seguían siendo cuñados aunque los dos fueran maridos de la misma mujer? Sin duda era un arreglo conveniente, pues Harry se pasaba semanas enteras fuera del rancho, en expediciones de vigilancia, y alguien tenía que cuidar del rancho Chicken mientras Harry estaba ausente. Tim encontró a Eileen con Maureen Jellison.

—Parece que mi cometa está alterando las normas convencionales -dijo inclinando la cabeza en dirección a Harry, Jason y Donna.

Eileen le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Hola, Maureen -saludó Tim-. ¿Dónde está el general Baker?

—Saldrá dentro de un momento.

Eileen, Maureen y Donna tenían las tres el mismo aspecto. Tim sintió un impulso de reír, pero se contuvo. Se parecían exactamente a las mujeres de las películas de John Wayne, cuando los soldados de caballería estaban a punto de cruzar las puertas del fuerte. ¿Habrían ellas visto las películas o John Ford supo captar la realidad?

Se acercó un pequeño camión del que bajaron dos rancheros. El jefe de policía Hartman bajó de la

cabina.

–Cuidado con eso -dijo a los rancheros. Miró a su alrededor y se acercó a Tim y Maureen-. ¿Dónde está el general? – preguntó.

–Dentro.

–Bueno, de todos modos será mejor que lo sepa más de uno. Venga a ver, señor Hamner. Hemos traído su equipo de radio. – Señaló las cajas que los rancheros estaban cargando en el camión-. Funciona con una batería de coche. Esa otra caja contiene una antena direccional. Se coloca en el lugar más alto que pueda encontrar, dirigiéndola hacia nosotros. Desde la central nuclear son veinte grados magnéticos. Es posible que podamos oírle, aunque nadie podría asegurarlo. Estaremos a la escucha cinco minutos antes y cinco después de cada hora. Es el canal trece. Y tenga en cuenta que la Nueva Hermandad puede escucharle también. ¿Está claro?

–Sí. – Tim repitió las instrucciones.

Johnny Baker salió de la casa. Llevaba un rifle y tenía una pistola al cinto. Maureen se acercó a él y le abrazó.

Todos tenían semblantes sombríos. Tim decidió que parecer despreocupado era un esfuerzo inútil. Mark Czescu parecía indecentemente alegre, pero aquella alegría armonizaba con su forma de ser. Tim le había oído preguntar a Harry, el cartero, con toda inocencia, si debían llamar a aquello la «Guerra del camión de Harry». Mark no sabía por qué luchaban, ni le importaba.

Hugo Beck estaba más sombrío que el resto. Si los Angeles capturaban al apóstata tendría razón... pero tal vez tenía razón ahora. Nadie se acercaba a él. Se sentía como un pobre paria.

–¿A qué diablos esperamos? – preguntó Jack Ross. Tenía la envergadura de un Christopher, y era un hombre macizo y colérico. Le faltaban tres dedos de la mano izquierda y tenía una cicatriz que le llegaba hasta el codo, debido a un accidente con la máquina segadora. Su fino bigote rubio apenas era visible.

–A los exploradores -dijo Baker-. No pueden tardar.

Rick Delanty parecía de malhumor. Se acercó a Baker, ignorando a los que rodeaban a éste.

–Johnny, quiero ir contigo.

–No.

–Maldita sea...

–Ya te lo he explicado -dijo Baker. Apartó a Delanty a un lado. Tim apenas podía oír sus voces. Se esforzó por entender lo que decían-. No podemos arriesgar a todos los astronautas. Tampoco podemos

dejar aquí un ruso solo, y de todos modos los rusos no servirían de mucho. Esta es una misión diplomática. Puede que no fueran bien recibidos.

—Bueno, que se queden aquí y llévame a mí.

—¿Y quién cuida de ellos, Rick? Son nuestros amigos y se lo prometimos. Les dijimos que vinieran a nuestra casa y que tendrían un guía nativo. Ya viste cómo reaccionaron estos granjeros. Los rusos no son populares precisamente ahora.

—Tampoco lo son los negros.

—Pero tú sí. ¡Eres un héroe del espacio. Se lo prometimos, Rick. Y bajamos en su cápsula.

—Entonces quédate e iré yo. Maldita sea, Johnny, esa central nuclear es importante.

—Lo sé. Ahora recuerda dónde vamos y dime lo que pensará cualquiera que vea un rostro negro desde cierta distancia. No puedes hacer de embajador. Calla y acata las órdenes, coronel Delanty.

Rick se quedó un momento en silencio.

—Sí, señor. Me gustaría presentar una queja pero no sé la dirección del inspector general.

Baker dio unas palmadas a Delanty en el hombro y volvió a Tim, el cual no mencionó nada de lo que había oído.

—Te necesitan dentro -le dijo.

Hamner parpadeó.

—De acuerdo.

Entró en la casa, todavía sujetando la mano de Eileen. La hinchazón de su vientre sólo empezaba a notarse, pero le hacía perder el equilibrio; tropezó y tuvo que sostenerse del brazo de Tim.

Jellison, Hardy y Dan Forrester estaban en la sala de estar. Forrester entregó a Tim una bolsa de plástico que contenía papeles.

—Son algunas otras ideas que he tenido. El general Baker también tiene copias, pero...

—De acuerdo -dijo Tim.

—Si tenéis ocasión, explorad la orilla occidental -dijo Al Hardy-. Nos gustaría saber cómo están las cosas allí. Y aquí tienes una lista de cosas que podríamos usar.

Tim miró los papeles. A través del plástico sólo podía ver la primera hoja. Era una lista: óxido de

hierro (se encuentra en tiendas de pintura, recibe el nombre de pigmento rojo; también se encuentra en piezas oxidadas en los cementerios de coches; también puede extraerse de cualquier hierro oxidado, convirtiéndolo en polvo fino); aluminio en polvo (se encuentra en tiendas de pintura en forma de pigmento); escayola...

La lista era larga, y la mayor parte de los artículos parecían inútiles. Pero Tim sabía que en las demás hojas estaban indicados los medios para convertir aquellos artículos corrientes en armas mortíferas. Miró a Forrester.

—No me gustaría nada tenerte en contra mía -le dijo.

Forrester pareció azorado.

—Recuerdo todo lo que leo, y leo mucho.

—¿Has practicado alguna vez buceo sin escafandra? — le preguntó Al Hardy. Era una extraña pregunta.

—Sí.

—Lo suponía -dijo Hardy-. Resulta que tú y Randall sois los únicos que habéis tenido esa idea. Ese campamento de pescadores cerca de Porterville tiene equipos de inmersión que pudieron rescatar, y nos los venden junto con los botes. — Hardy miró tristemente a Forrester-: Esta expedición es cara. No puedes imaginar hasta qué punto. Hemos tenido que hacer trueques por los botes, y necesitan gasolina, de la que no tenemos bastante. Y todos esos sacos que te llevas... Buen fertilizante...

—Lo siento -dijo Forrester.

—Está bien -dijo Hardy-. Hamner, en el valle hay poblaciones sumergidas. Confiamos en que tú o Baker tendréis ocasión de efectuar algunas operaciones de rescate. Ambos tenéis experiencia en submarinismo, pero el único traje de hombre rana que hemos podido conseguir es pequeño. No sé si le irá bien a Baker, pero me temo que no, así que tú tendrás que sumergirte. Hay otra lista entre esos papeles que te ha dado Forrester. Cosas que necesitamos. Pero a esto debes darle prioridad.

—Y queremos información -dijo el senador Jellison. Hablaba en tono de fatiga, y a Tim le pareció que tenía mal aspecto, pero tal vez sólo se debía a la pálida luz amarilla de la lámpara de keroseno-. Hemos tenido un breve contacto por radio con gente al otro lado del San Joaquín -añadió el senador-. Allí había muchos yacimientos petrolíferos, y parece que hay supervivientes. Por la radio parecían amistosos, pero vete a saber. Averigua cuanto puedas. Tal vez lo sepan los de la central nuclear. Podrían ser aliados, y Baker tiene autoridad para hacer tratos. Tú no, pero conoces las condiciones mejor que Johnny. El necesitará tu consejo.

Tim se quedó pensativo.

—Todo el mundo ha supuesto que la gente de la central nuclear nos recibirá bien, pero ¿y si no es así? Yo creía que mi observatorio... Bueno, ¿qué hacemos si son hostiles?

—En ese caso Baker tiene instrucciones -dijo Jellison-. Advertidles del peligro de los caníbales y dejadles solos.

—Y ved lo que se puede salvar en el valle -dijo Hardy-. No podemos dejar que este gasto de gasolina y mano de obra sea inútil.

Un ranchero asomó la cabeza por la puerta.

—Los exploradores han vuelto -anunció-. Todo está bien. Tenemos los botes.

Hardy asintió.

—Bien Hamner, despídete. Ahora averiguaré con exactitud cuánto nos cuesta todo esto.

Tras decir aquellas palabras en tono disgustado, Hardy salió de la estancia.

Bajo la poblada barba negra, los labios de Dan Forrester formaban una línea dura. Forrester no siempre mostraba su enojo. Ahora se mostraba en su forma de farfullar las palabras.

—Abandonar la central nuclear no sería la solución óptima -dijo.

—La salvaremos. Tú custodia el frente civil.

Tim salió a la fría noche. Faltaban cuatro horas para el alba.

Cuando el camión se alejó, Maureen se esforzó por contener las lágrimas. Contempló las luces traseras hasta que se desvanecieron en la carretera del sur.

Pensó que todo aquello era lógico. Si tenían que enviar una expedición, era lógico que la mandara Johnny Baker. La gente le conocía. Podían reconocerle o al menos sabían quién era, y nadie más en la fortaleza reunía esas condiciones. George Christopher y los demás que iban a caballo podrían avanzar por el lado oriental del valle, sin bajar las colinas, buscando ranchos, valles organizados y gente a la que pudieran reclutar para resistir el ataque de los caníbales. Pero nadie al otro lado del San Joaquín habría oído hablar de los Christopher, y en cambio conocerían a Johnny Baker. Johnny era un héroe.

Maureen no deseaba entrar. Allí estarían Al Hardy y Harvey Randall, trabajando con el doctor Forrester, planeando la actividad del día siguiente, localizando suministros y productos químicos que Forrester podría usar. También su padre estaría allí. No quería ver a Harv en aquellos momentos, ni tampoco a su padre.

—No soy más que un premio en un maldito concurso -dijo en voz alta-, en un cuento de hadas. ¿Por qué nunca habla nadie en favor de la princesa?

Difícilmente podía culpar a su padre por aquella situación, aunque se sentía tentada a hacerlo. Pero no

podía negar la lógica de las cosas.

Era preciso que la fortaleza tuviera aliados, gente que se les pudiera unir para luchar contra los caníbales, y aquella gente estaba sólo en las montañas, donde los hombres no podían llegar más que a pie o a caballo. En su mayoría serían de la región. Era lógico enviar a veinte personas del lugar que subirían a las montañas a caballo, dirigidas por uno de ellos, un buen jinete: George Christopher.

Y, gracias a la suave extorsión de Forrester, era preciso salvar la central nuclear. Pero, cortados todos los vínculos con el exterior, ¿cómo sabrían los defensores distinguir a los amigos de los enemigos? Lo mejor era enviar a un hombre con cierta autoridad militar, un hombre que cualquier adulto norteamericano reconocería en medio de la niebla o en una noche sin luna: el general Johnny Baker.

Quedaba, pues, Harvey Randall para trabajar con el doctor Forrester, al que había conocido en una vida anterior, en la preparación de las armas para defender la fortaleza.

Y así los caballeros cabalgaban en todas direcciones, y el que regresara con el premio -su vida- heredaría a la princesa y la mitad del reino. Todos podían regresar. Sí, podría suceder. ¿Pero cuándo tendría elección la princesa?

—Hola.

Ella no se volvió a mirar.

—Johnny es tan notorio... -musitó.

—Sí -dijo Harv. Se preguntó en silencio si los Angeles que odiaban la central nuclear sentirían algo parecido hacia el programa espacial. Alguien como Jerry Owen reconocería a Baker con la misma rapidez que cualquier empleado de la central nuclear-. Por eso está aquí -añadió al cabo de un rato.

Como ella no respondió, ni siquiera se volvió, Harvey volvió a entrar en la casa.

Había cuatro botes para veinte hombres. Dos eran pequeños yates a motor con camarote, pequeñas embarcaciones de fibra de vidrio utilizadas en los lagos interiores y propulsadas por motores fuera borda. Había también un esquife de fondo plano, propulsado igualmente por un fuera borda, y el *Cindy Lu*, que era una especie de bomba, un bote de seis metros de largo con el espacio justo en el centro para que se sentaran dos personas. El resto estaba ocupado por un enorme motor interno recubierto de cromo brillante.

El *Cindy Lu* había perdido la mayor parte de su pintura metálica anaranjada. El cromo no brillaba cuando Johnny Baker la iluminaba con la linterna. Era una embarcación de carreras, pero no correría mucho llevando a remolque una balsa con bidones de petróleo a modo de flotadores y cargada de suministros.

—Esto ha sido todo un hallazgo -dijo Horrie Jackson-. Podemos usarla para...



–¡Es maravillosa! ¿A quién le importa su utilidad?

El líder del campamento de pescadores se echó a reír.

–Un poco estrecha, ¿no? Pero el senador quería algo que pudiera remolcar una carga. Me parece bien disponer de un vehículo rápido, por si tenemos que huir repentinamente.

–No vamos ahí para huir -le dijo Baker.

Jackson sonrió, mostrando que le faltaba un diente.

–General, yo voy porque me han contratado. Algunos de mis muchachos van porque el hombre del senador dijo que llevaría a sus mujeres a ese valle y las mantendría durante el invierno. No sé qué hace aquí el último de los astronautas.

–¿No le importa? – preguntó Baker-. ¿No cree que vale la pena salvar esa central? ¿Podría ser la última central nuclear de la Tierra!

Jackson meneó la cabeza.

–General, después de lo que he visto, no puedo pensar más que en el presente inmediato, y todo lo que sé en este momento es que usted va a alimentarme algún tiempo. Recuerdo... -Enarcó las cejas-. Parece que fue hace mucho tiempo. Los periódicos clamaban porque el gobierno iba a instalar una central nuclear en nuestra región y hablaban de las posibilidades de accidentes... No recuerdo los detalles, pero no me emociona ir a salvar una central atómica.

–Ni ninguna otra cosa -dijo Jason Gillcuddy-. Es el síndrome del desastre.

–Subamos a bordo -dijo fríamente Horrie Jackson.

Tim Hamner hizo su elección: uno de los botes tenía un toldo, que servía de protección contra la lluvia. Se sentó al lado de Hugo Beck. Era preciso romper el aislamiento de aquel hombre. Mark y Gillcuddy subieron al mismo bote. Horrie Jackson se sentó en el asiento del piloto y luego miró a su alrededor. Vio que Johnny Baker estaba al mando de la *Cindy Lu*.

–Supongo que no será demasiado rápida para un astronauta, pero no se mojará tanto bajo el toldo.

Baker se echó a reír.

–¿Qué le importa un poco de lluvia a un hombre enamorado? – replicó, poniendo en marcha el motor.

La pequeña flota se apartó lentamente de la orilla y avanzó por el mar interior. Las aguas eran peligrosas, con las copas de los árboles que sobresalían, los detritus flotantes y los postes telefónicos. Horrie Jackson abrió el camino en su pequeño yate con camarote. La parte superior de un silo indicaba el lugar donde debía hallarse un granero sumergido. Horrie maniobró con el timón; parecía saber

exactamente dónde debía girar para encontrar el canal entre las islas y obstrucciones.

La noche no era totalmente oscura. Una débil luminosidad entre la lluvia señalaba a la luna oculta por la constante cubierta de nubes.

Mark sacó tortas de maíz y las ofreció a sus compañeros. Llevaban bolsas de harina de maíz y bastantes tortas para alimentarse mientras cruzaran las aguas..., o fueran bastantes hasta que Hugo Beck puso una de ellas en la mano de Horrie.

—¡Eh! — exclamó Horrie. La mordió, luego se la metió toda en la boca y trató de hablar a pesar de aquella masa-. Aquí tengo pescado seco. Tomadlo. Es todo vuestro. Quiero todas las tortas de que podáis prescindir, todas para mí.

Mark le miró estupefacto.

—¿Qué tienen de especial las tortas de maíz?

Horrie terminó de tragar la torta.

—Tienen de especial que no son pescado. Mira, tengo la impresión de que todo el mundo se muere de hambre, excepto nosotros. No pasamos hambre, aunque nos fue muy mal durante un par de meses. Luego, de repente, empezamos a encontrar pescado en todas partes, pero sólo de dos clases, barbos y carpas. El único problema es cocinarlos. Nosotros...

—¡Espera! — exclamó Mark-. ¿Has dicho carpas?

—Eso parecen, pero son mayores que las carpas doradas corrientes. Es lo que estás comiendo ahora. Gary Fisher dice que la carpa puede alcanzar cualquier tamaño. Los barbos siempre estuvieron ahí, en los arroyos. Anda, pásame esa bolsa de tortas.

Cumplieron los deseos de Horrie, y Tim comió con entusiasmo. Hacía mucho tiempo que no probaba pescado, y era bueno, aunque estuviera seco. Se preguntó por qué de repente había tanto pescado, pero pronto cayó en la cuenta de que las fuentes alimenticias de los peces habían aumentado considerablemente con tantos cuerpos muertos que flotaban en el agua. Aquel pensamiento sólo le molestó un instante.

—¿Pero por qué hay tantas carpas doradas? — quiso saber Mark Czescu.

Gillcuddy se echó a reír.

—No es difícil imaginarlo. Tenemos un mar de agua dulce cuyo caudal va en aumento. Por otra parte, tenemos una sala de estar con una pecera que contiene una carpa dorada. El agua sube, entra por las ventanas y, de repente, el más dócil de los animalitos domésticos es expulsado de su encierro y va a parar al ancho mundo. «¡Al fin libre!», grita. — Gillcuddy mordió un filete de carpa y añadió:- La libertad tiene su precio, naturalmente.

Horrie comía tortas de maíz sin decir nada.

Mark rebuscó en sus bolsillos y sacó un pequeño fragmento de puro. Se lo metió en la boca y lo masticó.

–Sería capaz de matar a alguien por un Lucky Strike -dijo.

–Puede que tengas la oportunidad de hacerlo -comentó Jason Gillcuddy.

Mark sonrió en la oscuridad.

–Así lo espero. Por eso me ofrecí voluntario.

–¿De veras? – le preguntó Tim.

–No, no fue por eso, sino porque cualquier cosa es mejor que partir rocas.

Algo pasó por la mente de Gillcuddy que le hizo reír.

–Veamos -dijo-. Serías capaz de matar por un cigarrillo Lucky. ¿Mutilarías a alguien por un Tareyton?

–¡Desde luego! – exclamó Mark.

–Y supongo que llenarías a uno de insultos por un Carlton -dijo Hugo Beck. Todos rieron, pero brevemente. Hugo Beck todavía les ponía nerviosos.

–Ahora ya sabéis por qué estoy aquí -dijo Mark-. Pero, ¿y tú, Tim?

Tim meneó la cabeza.

–En su momento me pareció una buena idea. No, olvidad que he dicho eso. Parece como si debiera algo a alguien... -La gente a la que había dejado atrás cuando escapaba del desastre en el coche, los policías que se esforzaban para limpiar de escombros un hospital mientras una ola inmensa avanzaba hacia ellos... -Y Eileen está embarazada.

No dijo más, y al cabo de un momento Horrie Jackson le preguntó sin mirarle.

–¿Y qué vas a hacer?

–Tendré un niño. ¿Te das cuenta?

Hugo Beck intervino aunque nadie le había preguntado.

–Yo estoy aquí porque nadie se digna mirarme en la fortaleza.

–Me alegro de que estés aquí -le dijo Tim-. Si alguien quiere rendirse, le dirás lo que eso significa.

Beck reflexionó en aquellas palabras.

–No es necesario que sepan nada de mí, ¿verdad?

Los demás intercambiaron miradas.

–No, hasta que sea inevitable -dijo Tim rápidamente, y se volvió a Jason-. Tu caso no lo comprendo. Eres amigo de Harry. No creo que te hayan obligado a venir.

Jason rió entre dientes.

–No, soy un auténtico voluntario. Tenía que hacerlo. ¿No habéis leído ninguno de mis libros? –  
Prosiguió antes de que ninguno pudiera responder-: Están llenos de las maravillas de la civilización, las grandes cosas que la ciencia hace por nosotros. Decidme, ¿cómo podía negarme a ir voluntario en esta loca misión? – Gillcuddy miró la oscuridad del agua y la noche-. Pero hay lugares en los que preferiría estar.

–Claro -dijo Tim-. El hotel Savoy de Londres, con Eileen. Ahí es donde quiero estar.

–Y Hugo quiere tener el Shire de nuevo -añadió Mark.

–No -negó Hugo Beck con voz firme-. No, yo quiero la civilización. – Como nadie le interrumpió siguió hablando con vehemencia-: Quiero un coche con calefacción, y hablar con los guardias para que no pongan multas. Quiero ver *Lo que el viento se llevó* en un canal no comercial, sin interrupciones. Quiero cenar en el restaurante Mon Grenier con una mujer que no sepa deletrear la palabra «ecología» pero que haya leído el *Kama Sutra*.

–Y haya descubierto los errores -dijo Mark.

–¿Conoces Mon Grenier? – le preguntó Gillcuddy.

–Claro. Vivía en Tarzana. ¿Has estado allí?

–Tenían una estupenda ensalada de setas -replicó Gillcuddy.

–Y bullabesa, con un Mosela helado -añadió Tim. Hablaban de cosas que nunca habían probado y que ahora nunca probarían.

–Y perdí la mayor parte de mis oportunidades -dijo Hugo Beck-. Tenía que poner en marcha una maldita comuna. Amigos, dejadme que os diga que eso no funciona.

–Nunca lo hubiera dicho -dijo Jason. Hugo Beck se replegó ante la ironía en el tono de Gillcuddy, y

éste añadió rápidamente-. De todos modos, aquí tenemos milagros. – Golpeó con el pie un gran saco que yacía en el fondo del bote-. ¿Funcionará esto?

–Forrester dice que sí -dijo Mark-, sobre todo si le das una buena patada. Pero no tenemos demasiado. Hardy regatea mucho.

Desde su puesto ante el timón, Horrie Jackson se volvió hacia los otros.

–Eso es verdad. La prueba es que estoy aquí.

La cortina gris de la lluvia fue aclarándose. A ciento cincuenta millones de kilómetros hacia el este el Sol debía seguir inmutable ante el mayor desastre registrado por la historia escrita. Los botes flotaban en un mar interminable salpicado de escombros. Los cadáveres de seres humanos y animales ya habían desaparecido. Horrie Jackson aumentó un poco la velocidad, pero siguieron avanzando con precaución, pues había troncos, fragmentos de casas, neumáticos hinchados, los despojos de la civilización. Las copas de los árboles parecían conjuntos rectangulares de abultados arbustos, pero había también árboles aislados y algunos estaban apenas sumergidos. Cualquiera de ellos podía rasgar el fondo del bote.

–Eh, Mark -dijo Hugo Beck-. ¿Qué harías por un cigarrillo Silva?

–Quítame la mano de la rodilla y te lo diré.

Jackson condujo la embarcación guiado por la brújula, mientras el alba despuntaba con una luz sombría. En el lago no había más que la flotilla. *Cindy Lu* avanzaba penosamente detrás, arrastrando una gran carga. Horrie gritó por encima del ruido de su propio motor:

–Volveré con un bote cargado de pescado, suficiente para alimentar a todo el mundo en esa central nuclear. A cambio quiero bastantes tortas de maíz para llenar el saco que contenía el pescado. No es un saco muy grande...

Tim Hamner escudriñó a través de la lluvia. Parecía haber algo delante. Primero vio una isla con formas rectangulares enhiestas. Pero a medida que se acercaban vio que algunas de las formas eran cilindros, y muy grandes. Trató de ver movimiento, formas humanas. Tenían que haber oído el rugido del motor de la *Cindy Lu*.

Alim Nassor encontró a Hooker y Jerry Owen en el puesto de mando. Había mapas desplegados sobre la mesa, y Hooker movía pequeñas fichas de cartón sobre ellos. Una voz atravesó la pared de tela de la tienda y atronó en los oídos de Alim.

–Pues su orgullo es el orgullo de los magos antiguos, quienes pensaron en someter toda la naturaleza a su mandato. Pero el nuestro es el orgullo de los que confían en el Señor. No necesitamos las armas de los magos, sino el favor del Señor...

Hooker alzó la vista, disgustado.

–Loco hijo de perra.

Alim se encogió de hombros.

Necesitaban a Armitage, y a pesar de la forma cínica de hablar que usaban cuando Armitage no estaba presente, la mayoría de ellos creían al menos parcialmente en el mensaje del predicador.

–Bueno, no me parece mal destruir esa maldita central nuclear -dijo Hooker-. Sé que hemos de hacerlo, pero...

–¡Claro! – exclamó Jerry Owen sin importarle interrumpir-. Se necesita mucha industria para sostener una cosa así. Si tenemos esa central, querremos usar la electricidad, primero porque nos conviene, luego porque la necesitaremos, y entonces será demasiado tarde. Tendremos necesidad de todas las demás industrias para mantener la central en funcionamiento. La sociedad industrial de nuevo, y eso es el fin de la libertad y la hermandad, porque necesitaremos volver a la esclavitud para...

–Ya dije que te creía. Por favor, guárdate tus condenados discursos.

–¿Entonces cuál es el problema? – preguntó Owen.

–Bueno, la central no se irá a ningún sitio. Esperará hasta que estemos preparados. Hay que saber cuándo. Mira, cuando empezamos no queríamos más que un sitio donde escondernos. Como el terreno del condenado senador, un sitio que podamos defender, nuestro. Pero no podemos hacer eso.

–Renunciaste a eso la primera vez que metiste a un hombre en la cacerola.

–¿Crees que no lo sé, estúpido? – preguntó Hooker con un nerviosismo apenas disimulado-. Así que ahora estamos en las montañas rusas. No podemos detenernos. Hemos de seguir creciendo, apoderarnos de todo el maldito estado, y tal vez más. No hay duda de que no podemos parar ahora.

Señaló el mapa.

–Y el valle del senador está exactamente aquí. No podemos ir más al norte hasta que nos apoderemos de sus tierras. Ni siquiera podemos hacernos con White River y esas colinas mientras la gente del senador pueda invadir nuestro territorio siempre que quieran. En Vietnam aprendí una cosa: si dejas al enemigo un lugar donde retirarse y organizarse, no podrás vencerle. ¿Y sabes qué está haciendo el senador? – Hooker deslizó un dedo por la línea de colinas al este del mar de San Joaquín-. Ha enviado cincuenta hombres a caballo aquí arriba. Estás reclutando gente, y en nuestros flancos. No sé cuánta gente habrá en esas colinas, pero si se juntan todos podrán causarnos problemas. Así que no vamos a darles la oportunidad de hacerlo. Tenemos que atacar al senador, y hacerlo ahora, antes de que se organice.

–Ya veo -dijo Jerry Owen, acariciándose la barba rubia-. Y el profeta quiere que vayamos a buscar la central nuclear...

–Exacto -dijo Hooker-. Dirigir todo el ejército hacia el sur. ¿Ves lo que eso significa? ¿Pero cómo diablos convenzo a ese loco hijo de perra para que me deje acabar con la propiedad del senador antes de ir a la central nuclear?

Owen se quedó pensativo.

–Tal vez no sea necesario. Mira, no creo que haya más de cincuenta o sesenta personas en esa central. No presentarán batalla. Puede que haya bastantes más entre mujeres y niños, pero no estarán preparados para luchar. Y están aislados, no pueden tener mucha comida, ni munición, ni verdaderas defensas...

–¿Quieres decir que será fácil vencerlos? – preguntó Alim Nassor.

–¿Hasta qué punto será fácil? – quiso saber Hooker-. ¿Cuántos hombres serían necesarios?

Jerry se encogió de hombros.

–Dame doscientos hombres. Y algunas piezas de artillería. Morteros. Bastará alcanzar las turbinas con morteros para terminar con la electricidad. Y sin electricidad no podrán utilizar el reactor nuclear, que necesitan para las bombas. Si destruyes las turbinas, todo se viene abajo.

–¿Y estallará? – preguntó Alim Nassor. La idea le excitaba y asustaba a la vez-. ¿Habrá una gran nube en forma de hongo? ¿Y la contaminación? Tendremos que alejarnos rápido, ¿verdad?

Jerry Owen le miró con expresión divertida.

–No, no habrá una gran luz blanca ni una enorme nube en forma de hongo. Lo siento.

–Yo no lo siento -dijo Hooker-. Una vez nos hagamos con ese sitio, ¿puedes construirme algunas bombas atómicas?

–No.

–¿No sabes hacerlo?

Hooker mostró su decepción. Owen había hablado como si lo supiera todo. Y Owen se ofendió.

–Nadie puede hacerlo. Mira, no se pueden construir bombas atómicas con combustible nuclear. No es un material adecuado, no ha sido diseñado para eso, ni tampoco para estallar. Diablos, probablemente no conseguiremos una destrucción completa. Duplican o triplican las medidas de seguridad.

–Vosotros siempre decíais que no eran seguras -dijo Alim.

–No, claro que no lo son, pero hay que saber qué entendemos por seguridad. – Jerry Owen señaló con

la mano hacia el norte, en dirección a la presa derruida y la anegada ciudad de Bakersfield, una serie de islas cubistas en un mar de suciedad-. Aquella era una central hidroeléctrica, ¿y era segura? La gente que no se atrevería a acercarse a una central nuclear vivía al lado de las presas.

—¿Entonces por qué la detestas? — preguntó Hooker-. Tal vez... Tal vez deberíamos salvarla.

—No, maldita sea -dijo Jerry Owen.

Alim miró a Hooker. Era una mirada que decía: «Ya has vuelto a darle cuerda.»

—Es demasiado, ¿no os dais cuenta? — preguntó Owen-. La energía atómica hace que la gente crea que los problemas pueden resolverse con la tecnología. Allenta el despilfarro. Tienes la energía, la usas y pronto necesitas más, de modo que sacas de la tierra diez mil millones de toneladas de carbón al año, con la consiguiente contaminación. Las ciudades llegan a ser tan grandes que se pudren en el centro. Surgen los guetos. ¿No lo veis? La energía atómica hace que sea fácil vivir fuera de equilibrio con la naturaleza, por algún tiempo, hasta que finalmente no es posible recuperar el equilibrio. El cometa nos ha dado una oportunidad de regresar al modo de vida para el que estamos hechos, a ser amables con la Tierra...

—De acuerdo, maldita sea -dijo Hooker-. Coge doscientos hombres y un par de morteros y vete a destruir esa central. Asegúrate de que el profeta sabe lo que haces. Tal vez se callará durante el tiempo suficiente para que me organice. — Hooker miró el mapa-. Vete a jugar, Owen. Nosotros iremos tras el verdadero enemigo.

Hooker pensó que Owen pediría voluntarios, y sonrió. Los más locos irían con Owen y dejarían en paz a Hooker por algún tiempo.

Adolf Weigley introdujo a Tim en una agradable habitación. Ciertamente estaba atestada: una serie de gruesos cables pasaban por orificios practicados en una pared, se dividían, subdividían y extendían por conductos metálicos suspendidos debajo del techo. ¡Pero había luz eléctrica! Dos de las paredes estaban cubiertas por paneles verdes llenos de botones, lucecitas e interruptores, y todo estaba limpio como un quirófano.

—¿Qué es esto? — preguntó Tim-. ¿La sala de control?

Weigley se rió. Era un muchacho alegre, libre del síndrome del desastre, y hablaba con familiaridad de toda la tecnología. Su rostro lampiño le hacía parecer más joven de lo que era; casi todos los hombres de la fortaleza llevaban barba.

—No, es la sala de extensión de cables. Pero es el único sitio disponible para que pueda usted dormir. Ah... -Sonrió con malicia-. No se le ocurra tocar ningún botón.

—No se preocupe.



Tim miró los extintores de incendio, las luces parpadeantes y los gruesos cables, todo exactamente en su sitio, envuelto en una luz indirecta. Podía oír el rumor apagado de la energía.

—Deje su mochila ahí -le dijo Adolf-. Otras personas dormirán también en esta sala. Procure no quedarse en el medio, pues los operadores de turno tienen que trabajar aquí. A veces han de hacerlo con rapidez. — Su sonrisa se desvaneció—. Y algunas de estas líneas tienen un voltaje muy alto. Permanezca apartado.

—Desde luego. Dígame, Adolf, ¿cuál es su trabajo aquí?

Weigley parecía demasiado joven para ser un ingeniero, pero era corpulento como un obrero de la construcción.

—Soy aprendiz del sistema energético -dijo Weigley-, lo cual significa que lo hago todo. ¿Ya ha dejado sus cosas? Vamos. Me han dicho que le enseñe la instalación y le ayude a instalar la radio.

—Bien... ¿Así que lo hace todo?

Weigley se encogió de hombros.

—Cuando estoy de servicio me siento en la sala de control y tomo café y juego a cartas hasta que el operador de turno decide lo que hay que hacer. Entonces lo hago. Puede ser cualquier cosa. La lectura de los instrumentos, apagar un incendio, conectar un enchufe. Girar una válvula. Reparar una rotura en un cable. Cualquier cosa.

—Así que es usted una especie de robot de los ingenieros.

—¿Ingenieros?

—Los operadores de servicio.

—No son ingenieros. Todos empezaron como yo. Un día seré operador, si esto sigue funcionando. Mire, Hobie Latham empezó andando con raquetas de nieve en la Sierra, midiendo el espesor de la nieve para averiguar el aflujo de aguas que podríamos esperar en primavera, y ahora es el director de operaciones.

Salieron a la explanada llena de barro, rodeada de altos riberos de tierra en los que trabajaban los hombres, vertiendo cemento para reforzar la ataguía de seguridad de la central. Otros hombres hacían cosas incomprensibles con elevadores de cargas. La explanada bullía de una actividad al parecer caótica, pero todo el mundo parecía saber qué estaba haciendo.

Tim sintió una sensación de vulnerabilidad al pensar que se encontraba en los terrenos de la central y que el agua del exterior estaba a diez metros por encima de ellos. El Proyecto Nuclear San Joaquín era una isla hundida, rodeada por reparos de tierra levantados con bulldozers. Unas bombas se encargaban de la filtración a través de los muros de tierra. Una brecha en los reparos de tierra, o un día sin energía

para las bombas, bastaría para que la central se inundara.

Los holandeses habían vivido siempre con aquellos conocimientos, y lo que habían temido llegó a ocurrir. No era concebible que Holanda hubiera sobrevivido a los maremotos que siguieron a la caída del cometa.

—Creo que el mejor lugar para instalar la radio es una de las torres de enfriamiento -dijo Adolf-, pero están separadas de la planta. Subió por una escalera de madera hasta el borde del ribazo y señaló con la mano.

A unos treinta metros de distancia emergían las torres de enfriamiento en medio del agua. Eran cuatro, rodeadas por un ribazo más pequeño que había sufrido fuertes filtraciones. Las bases de las torres estaban parcialmente inundadas. De cada una de ellas surgía un espeso humo blanco que iba ascendiendo hacia el cielo, hasta desvanecerse.

—No van a tener problema para encontrar este lugar -dijo Tim.

—No.

—Vaya, creía que las centrales nucleares no contaminaban.

Adolf Weigley se rió.

—Eso no es contaminación. Es sólo vapor de agua. ¿Cómo iba a ser humo? Aquí no quemamos nada. — Señaló un estrecho puente de tablones que unía el ribazo con la torre más próxima-. Ese es el único camino, a menos que vayamos en bote. Pero sigo creyendo que es el mejor sitio para la radio.

—Yo también, pero no podemos transportar la antena por ese puente tan estrecho.

—Claro que podemos. ¿Está preparado? Vamos a buscar las cosas.

Tim subió con precaución la escalera empinada que zigzagueaba alrededor de la gran torre. Una vez más le impresionó la organización de la central nuclear. Weigley había ido a la explanada y regresó con hombres para transportar la radio, las baterías de automóvil y la antena, y fueron capaces de llevar todo aquel material a través del estrecho puente de madera en un solo viaje y volver a su trabajo. Sin preguntas, discusiones ni protestas. Tal vez la caída del cometa había cambiado algo más que las costumbres matrimoniales. Tim recordó haber leído en la prensa que el Proyecto Nuclear San Joaquín había estado plagado de huelgas y discusiones sobre qué sindicato representaría a los trabajadores, el precio de las horas extras, las condiciones de vida... Los problemas laborales habían retrasado la puesta en funcionamiento casi tanto como los ecologistas, los cuales habían puesto todo su empeño en impedir que nunca llegara a hacerlo.

Llegó a lo alto de la torre, que tenía quince metros de altura y cuya parte superior se encontraba a unos diez sobre el nivel del agua. La base de la torre estaba rodeada por una presa que dejaba entrar el agua, y las bombas funcionaban para mantener expeditas las aberturas de admisión. Había un fuerte viento

en el fondo de la torre. Esta era grande, con más de sesenta metros de diámetro. La plataforma sobre la que estaba Tim era una gran placa metálica horadada por innumerables agujeros. Las bombas aspiraban el agua y la vertían en la plataforma, donde permanecía estancada con una profundidad de algunos centímetros e iba goteando al interior de la torre. Una docena de columnas cilíndricas más pequeñas se elevaban a seis metros por encima de la plataforma, y de cada una de ellas salía vapor. La plataforma vibraba con el zumbido de las bombas.

—Este es un buen lugar para la radio -dijo Tim. Miró dubitativamente el mar de San Joaquín y añadió:- Pero es un poco expuesto.

Weigley se encogió de hombros.

—Podemos colocar algunos sacos de arena, construir un refugio. También podemos instalar una línea telefónica desde aquí hasta la planta. Usted ha de decidir si quiere la radio aquí.

Tardaron una hora en instalar la antena direccional y afianzarla en una de las pequeñas columnas. Tim conectó la radio a las baterías. Cuidadosamente hicieron girar la antena direccional para que señalara veinte grados magnéticos, y Tim consultó su reloj.

—No estarán a la escucha hasta dentro de un cuarto de hora. Tomemos un descanso. Cuénteme cómo van las cosas aquí. Ha sido una verdadera sorpresa descubrir que estaban aquí, que la central funciona.

Weigley se apoyó en la barandilla.

—A veces me sorprende a mí también -confesó.

—¿Estaban aquí cuando...?

—Sí. Naturalmente, ninguno de nosotros creía que el cometa iba a chocar. Para el señor Price fue un día de trabajo como otro cualquiera. El absentismo laboral le puso furioso. Mucha gente no se presentó a trabajar. A mí y a otros nos envió al valle, para que llenásemos los depósitos de los camiones. Cargamos diesel, gasolina, todo lo que pudimos. En el desviadero del ferrocarril encontramos un vagón lleno de harina y judías, y el señor Price nos hizo cargar con todo. Fue una suerte que lo hiciera. No había mucha variedad, pero no pasamos hambre. ¿De qué se ríe?

—A los pescadores les ocurre lo mismo con la comida.

—¿Y quién no siente así? ¿Puede usted creer que nunca volverá a comer un plátano? A propósito, nos iría bien un poco de zumo de naranja. Estamos preocupados por el escorbuto.

—El naranjo se ha extinguido en California. A veces encontramos algún sobre de naranjada en polvo en un mercado inundado. — Cuanto más miraba Tim el muro de tierra entre él y el mar de San Joaquín, más grande le parecía-. Adolf, ¿cómo habéis podido levantar eso mientras el valle se inundaba?

—Nosotros no hubiéramos podido. Es una historia absurda. La idea inicial era emplazar la central más

allá, cerca de Wasco. El señor Price la quería aquí, en la colina, porque las condiciones son más favorables para las torres de enfriamiento, y no teníamos que excavar los estanques tan hondos. A los directores del Departamento no les gustó, porque así la central era más visible.

—¡Oh, pero es hermosa! Es como una cubierta de *Historias Asombrosas* de los años 1930. ¡El futuro!

—Eso es lo que dijo el señor Price. En cualquier caso, situaron la central aquí, en la colina.

No era, con propiedad, una colina, sino un cerro bajo. La central no estaba a más de seis metros de altura por encima del valle que la rodeaba.

—Y una vez que hicieron el trabajo, los del Departamento se asustaron y construyeron los ribazos. No por alguna razón especial, sino para ocultar la central de modo que los ecologistas no pensarán en ella cuando pasaran por la autopista cinco. ¡Y entonces algunos de los bastardos que intentaron acabar con la central pusieron el grito en el cielo porque habíamos gastado más dinero de la cuenta en los ribazos! Pero resultó útil. Todo lo que tuvimos que hacer fue excavar con los bulldozers bastante tierra para llenar las grietas, los lugares por donde pasaban las carreteras y la vía férrea. Nos fue francamente bien, porque el nivel del agua subió rápidamente tras la caída del cometa.

—Desde luego. Yo tuve que conducir atravesando aquel mar -dijo Tim.

—¿Cómo fue eso?

Tim se lo explicó.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los Holandeses Errantes?

Wigley meneó la cabeza.

—Pero no hemos tenido mucho contacto con gente de fuera. El alcalde Allen no creyó que fuera buena idea.

—Allen. Le he visto. ¿Cómo llegó aquí?

—Apareció poco antes de que el nivel del agua fuera demasiado alto. Estaba en el ayuntamiento cuando el maremoto asoló Los Angeles. Parece que fue algo horrible. En cualquier caso, se presentó al día siguiente con una docena de policías y funcionarios del ayuntamiento. Ya sabe, la ciudad de Los Angeles era propietaria de la central antes de que cayera el cometa...

—Así que el alcalde Allen es quien manda aquí.

—¡No! El jefe es el señor Price. El alcalde es un huésped, como usted. ¿Qué sabe ese hombre de centrales nucleares?

Tim no comentó que era Wigley quien le había dicho que el alcalde no quería contactos con el

exterior.

—De manera que, al mantener la central en funcionamiento, se han librado de la catástrofe -dijo Tim-. ¿Qué piensan hacer con ella?

Weigley se encogió de hombros.

—Eso depende del señor Price. No ha sido tarea fácil mantener la central en marcha. Todo tiene que funcionar a la vez. Podemos producir un millar de megawatios.

—Con eso se podría iluminar...

—Diez millones de bombillas -dijo Weigley sonriendo.

—Es mucho, sí. ¿Hasta cuándo podrán mantener esa producción?

—Con plena capacidad, un año más o menos. Pero no trabajamos con plena capacidad, y nunca lo haremos. Se necesitan unos diez megawatios para que la planta funcione. Las bombas de enfriamiento, el equipo de control, las luces... ya sabe. Eso supone el uno por ciento de la capacidad, de manera que podríamos mantener ese nivel durante cien años. Pero tenemos otra serie de elementos combustibles, allá en el número dos.

Tim miró de nuevo la planta. Dos enormes cúpulas de cemento armado que contenían los reactores nucleares. Cada una tenía una serie de edificios rectangulares adosados, dentro de los que se encontraban las turbinas y el equipo de control.

—El número dos no funciona -dijo Weigley-. Ponerlo en marcha será nuestro primer trabajo una vez haya desaparecido el agua. Y entonces podremos producir veinte megawatios para que alguien los use. Podremos mantener esa producción durante cincuenta años.

—Cincuenta años...

Tim reflexionó en todo aquello. En cincuenta años Estados Unidos había pasado de los coches de caballos a una civilización motorizada. Se habían abierto minas, construido ciudades, descubierto la electrónica y los ordenadores, los vuelos espaciales se habían convertido en realidad. Y aquella sola central nuclear podía producir más electricidad de la que se generó en todo el país en los años veinte.

—Eso es estupendo -dijo Tim. ¡Dios mío, valía la pena venir aquí! Forrester tenía razón, dejar que le ocurriera algo a esta central no sería la solución óptima.

—¿Cómo? — Weigley le miró, confundido.

Tim sonrió.

—Nada. Es hora de que probemos si funciona la radio.

Entrar en la sala de conferencias era como regresar al pasado, a una reunión de una junta de directores. No faltaba nada: la larga mesa con cómodas sillas, blocs de papel, pizarras, tiza y borradores, y hasta punteros de madera. Tim se sintió conmovido. Se preguntó lo que Al Hardy daría por una sala de conferencias bien equipada, con tableros a los que adosar mapas y listas, y archivadores...

En la sala se discutía. Johnny Baker hizo una seña a Tim para que se sentara a su izquierda. Tim le susurró rápidamente que la radio emitía muchas interferencias, pero que funcionaba. Podían comunicarse con la fortaleza. No había más noticias. Baker le dio las gracias en voz baja y se volvió de nuevo a escuchar.

Los hombres, con variopintos atuendos, la mayoría armados y pálidos como espectros, excepto el alcalde Allen y un detective-investigador, negro, parecían espantapájaros humanos. Sus ropas eran viejas y sus zapatos estaban gastados. Unos meses atrás hubieran parecido totalmente fuera de lugar en aquella sala. Ahora la sala era la que parecía extraña. Las personas eran normales, con la salvedad de que estaban muy limpias.

Tim se tocó la barbilla recién afeitada. Parecía mentira que estuviera limpia. Allí había agua caliente para el baño y maquinillas de afeitar eléctricas. La lavadora-secadora no había dejado de funcionar desde que llegó el grupo de la fortaleza. La camisa, los pantalones y los calcetines de Tim estaban limpios y secos.

Tim trató de prestar atención a lo que decían. Oía la misma frase una y otra vez:

—No sabía que un ejército, nada menos, se disponía a atacarnos.

Barry Price no era tan robusto como el jefe de los trabajadores de la construcción, sentado ante él, pero no cabía duda de quién mandaba. Price vestía de caqui, y en el bolsillo de su camisa abultaban las plumas y lápices. De su cinto colgaba una calculadora de bolsillo. Cerca de él se encontraba un ayudante provisto de un bloc de notas. Su cabello bien cortado y cepillado y su fino y cuidado bigote le daban incluso un aspecto elegante.

—¿Qué ha cambiado entonces? —preguntó el ayudante-. Nunca fuimos populares.

—No, nunca lo fuimos. ¡Pero un ejército de caníbales es demasiado! — No era el calor lo que hacía sudar al jefe de los obreros bajo su casco de seguridad-. Barry, tenemos que largarnos de aquí.

—No hay ningún sitio donde ir.

—Tonterías. Podemos ir a la orilla occidental del mar, a cualquier parte. ¡Pero no quedarnos aquí! No podemos luchar con todo un ejército.

—Tenemos que hacerlo -dijo Price-. ¿Cómo podemos dejar que todo esto se lo lleve el diablo? ¡Robin, tú has trabajado tanto como el que más! Ahora tenemos aliados...

–Una docena de hombres. – Robin Laumer se inclinó por encima de la mesa hacia Barry Price. Era como si estuvieran solos en la sala; nadie les interrumpía-. Mira, todo tiene que funcionar, no puede fallar nada, ¿verdad?

–Sólo tienen que alcanzar las turbinas, el patio de maniobras, la sala de cables, la sala de control, y estamos listos. ¡Quedaremos sumergidos y nada volverá a funcionar de nuevo!

–Lo sé -dijo Price-. Por eso no dejaremos que nos alcancen.

–Hablo en serio, Barry. Yo me voy. Llevaré conmigo a los hombres que quieran seguirme. Tomaremos prestados sus botes, pero se los devolveremos.

–Mis botes no -negó Johnny Baker, que estaba sentado a la izquierda de Barry Price, frente al alcalde Allen-. No he traído los botes para ayudar a evacuar esta central.

Laumer pareció a punto de replicar, pero se limitó a encogerse de hombros.

–Pues cogeré los botes que ya teníamos aquí. De todos modos, uno de ellos es mío y me lo llevaré. Nos marchamos.

Se dispuso a salir de la estancia. Cuando pasó al lado de Tim Hamner, éste le dijo:

–Nunca volverá a estar limpio.

Laumer vaciló un instante y luego siguió su camino.

–¿No deberíamos detenerle? – preguntó Baker.

–¿Cómo? – replicó Price.

Baker no añadió más. Ninguno de ellos estaba dispuesto a detener a Laumer de la única forma que podrían hacerlo.

–¿Cuántos hombres se irán con él?

–No lo sé. Tal vez veinte o treinta del equipo de construcción. Quizá no tantos. Trabajamos como esclavos para salvar esta central. No creo que me abandone ninguno de mis operadores.

–Así que la planta podrá seguir funcionando.

–Estoy seguro de ello -dijo Price.

Johnny se volvió hacia el alcalde.

—¿Qué me dice de su gente, sobre todo de los policías?

—Dudo que ninguno se marche -dijo Bentley Allen-. Nos costó demasiado esfuerzo llegar hasta aquí.

—Magnífico -dijo Baker. Vio la expresión del rostro del alcalde y añadió-: Es magnífico que no huyan. Y naturalmente, Barry, usted se queda...

Price no parecía sereno ni orgulloso. Su aspecto era el de un hombre en agonía.

—Tengo que quedarme -dijo-. Ya he pagado ese billete. No, usted no sabe de qué va. Cuando cayó el maldito cometa, tuve dos opciones: ir en busca de alguien que se encontraba en Los Angeles o quedarme aquí y procurar salvar la central. Me quedé. — Apretó la mandíbula-. Bien ¿qué hacemos ahora?

—No puedo darle órdenes -dijo Johnny.

Price se encogió de hombros.

—Por mí, puede usted hacerlo. — Miró al alcalde Allen y éste hizo un gesto de asentimiento-. Por lo que a mí concierne, el senador Jellison está al frente de este estado. Tal vez es el presidente del país. Es más sensato que los otros.

—Vaya, también usted... -dijo Johnny Baker-. ¿De cuántos presidentes ha oído hablar?

—De cinco. Colorado Springs; Mose Jaw, de Montana; Casper, de Wyoming... En cualquier caso, me inclino por el senador. Denos las órdenes que desee.

Johnny Baker habló cautelosamente.

—No me ha entendido. Tengo órdenes de no darles órdenes a ustedes, sino sólo sugerencias.

Prince pareció incómodo y confundido. El alcalde Allen susurró algo a un ayudante, y luego Allen preguntó:

—¿No quiere obligarnos?

—Mire, yo estoy de su parte. Tenemos que mantener esta central en pie. Pero yo no estoy al frente de la fortaleza.

—Usted puede ser la persona de más alto rango... -dijo el alcalde Allen.

—¿Que trate de imponer las órdenes del senador? ¿Yo? Ni hablar.

—Bien, general. Las obligaciones feudales obligan en ambos sentidos, al menos si el rey es el senador Jellison. De modo que quiere atenuar sus imposiciones. Dígame, general Baker, ¿qué sugerencias tiene



que hacernos?

—Ya les he dado algunas. Formas de construir armas especiales...

Price asintió.

—Ya las estamos fabricando. A su debido tiempo pensamos en la preparación de defensas, pero nunca se nos ocurrió utilizar gas venenoso. Lo que sí fabricamos fueron bombas incendiarias y cañones que se cargan por la boca, pero en poca cantidad. Ahora he destinado un equipo de hombres para que trabajen en eso. ¿Qué más hace falta?

—Tenemos que almacenar suministros. El agua no falta y ustedes tienen energía para hervirla. Dispondremos de pescado seco, y podemos pescar más. Hay que prepararse para un asedio. Según nuestros informes, la Nueva Hermandad intenta seriamente apoderarse de toda California, y está dispuesta a destruir esta planta.

—Si Alim Nassor está metido en eso, la cosa es grave -comentó el alcalde Allen-. Es un hombre inteligente y decidido. Pero no comprendo sus motivos. Nunca estuvo metido en ninguno de los movimientos en contra del desarrollo industrial, sino todo lo contrario.

—Se olvida usted de Armitage -dijo Baker-. Probablemente Nassor y el sargento Hooker no podrían mantener unido ese ejército. Armitage sí puede. Es él quien quiere ver la central destruida.

El alcalde se quedó pensativo.

—En la región de Los Angeles era famoso por sus originales prédicas... Predicaba una religión divertida.

Tim todavía esperaba que no fuera necesario hacer entrar a Hugo. Habló por él:

—Si el Islam fue una religión divertida, siga riendo, alcalde. Se están extendiendo de la misma manera. Asimilan a todo el mundo: o te unes o te comen. No hay alternativa.

—Si la central desaparece nunca tendrán otra -dijo Barry Price-. Deben estar locos.

Pero Baker se puso en pie de súbito.

—De acuerdo. Tenemos nuestras armas y las notas del doctor Forrester. Tim, Pruébese ese traje de inmersión. Tal vez pueda encontrar bajo el agua algo de lo que necesitamos. Ojalá supiera cuánto tiempo nos queda.

El policía subió la empinada escalera lenta y cuidadosamente, con un pesado saco de arena al hombro. Era un hombre rubio de mandíbula cuadrada, y llevaba un uniforme desgastado. Mark le siguió con otro saco de arena. Apilaron los sacos en la barricada, en lo alto de la torre de enfriamiento. La radio de Tim ya estaba casi del todo parapetada.

El hombre se volvió para enfrentarse a Mark. Era de la misma altura que éste, y estaba enfadado.

—Nosotros no desertamos de nuestra ciudad -le dijo.

—No quería decir eso. — Mark resistió el impulso de retroceder-. Sólo dije que la mayoría de nosotros...

—Estábamos de servicio -dijo el policía-. Algunos miraban la televisión, incluso el alcalde, pero yo no. De repente una de las chicas empezó a gritar que el cometa había chocado. Me quedé en mi puesto. Entonces el alcalde fue a buscarnos. Nos llevó a los ascensores y al garaje, y metió a las mujeres y algunos de los hombres en media docena de camionetas que ya estaban cargadas. Salimos con una escolta de motoristas y nos dirigimos al parque Griffith.

—¿No tuvo ninguna...?

—No tuve ninguna idea de lo que ocurría -dijo el patrullero Wingate-. Subimos a las colinas y el alcalde nos dijo que el cometa había causado algunos daños y que luego podríamos ir a echar una mano. Dios mío.

—¿Viste el maremoto?

—Fue horrible, Czescu. No se podía hacer nada. Todo era espuma y niebla. Algunos de los edificios aún sobresalían del agua. Johnny Kim y el alcalde se hablaban a gritos, y yo estaba cerca de ellos, pero con los truenos, los relámpagos y el ruido del maremoto no podía oír nada. Entonces nos reunimos y tomamos la dirección norte.

El policía se interrumpió. Mark Czescu respetó su silencio. Contemplaron cuatro botes que zarpaban con Robin Laumer y parte de su equipo de obreros. Se había producido una disputa a gritos cuando Laumer intentó reclamar parte de los víveres, pero los hombres armados, entre ellos Mark y el policía del alcalde, les impidieron que se salieran con la suya.

—Corrimos durante cuatro horas por el valle de San Joaquín -siguió diciendo el policía-, y fue un viaje difícil. Teníamos las sirenas, pero pasamos tanto tiempo fuera de la carretera como en ella. Tuvimos que abandonar uno de los vehículos. Cuando llegamos aquí, el agua llegaba ya a los tapacubos. Tuvimos que cargar las cosas a la espalda y subir por ese dique, bajo el diluvio. Después Price nos puso a trabajar en los ribazos. Nos hizo trabajar como burros. Al día siguiente ahí fuera había un océano, y pasaron seis horas más antes de que pudiera darme una ducha.

—Una ducha.

El policía se volvió para mirar a Mark.

—Lo has dicho con tanta naturalidad. Una ducha. Una ducha caliente. ¿Sabes cuánto tiempo...? Déjalo correr. Todo lo que dije fue que la mayoría de nosotros ha tenido que huir más o menos.

La nariz del policía casi tocó la de Mark. Era estrecha, con un puente prominente, una nariz clásica romana.

—Nosotros no huimos. Estábamos en el lugar apropiado para reconstruir la ciudad después... ¡Maldita sea, no quedaba nada! No queda nada más que esta central eléctrica que, según el alcalde, oficialmente es parte de Los Angeles. Aquí estamos ahora. Nadie va a dañarla.

—De acuerdo.

Los cuatro botes iban desapareciendo en la distancia. Algunos de los obreros que se habían quedado subieron al ribazo para ver su partida, tal vez con nostalgia.

—Supongo que ahora se harán pescadores -dijo Mark.

—No puedes imaginarte lo poco que me importa -replicó el policía-. Vamos a trabajar.

Horrie Jackson cerró el motor y dejó que el bote avanzara por su propio impulso hasta detenerse.

—Bueno, yo diría que Wasco se encuentra debajo de nosotros. Si no es así, qué le vamos a hacer.

Tim miró las frías aguas y se estremeció. El traje de inmersión le iba bien, pero no ajustaba en algunos lugares, y haría mucho frío allí abajo. Comprobó el sistema de aire. Funcionaba. Los depósitos estaban llenos. Aquello también había sido impresionante. Cuando los mecánicos de la central no tenían existencias de válvulas y otras piezas, se iban al taller y las fabricaban. Era algo propio de otro mundo, un mundo en el que no era necesario pensar en lo que había costado crear las cosas que le rodeaban a uno.

—Una cosa me obsesiona -dijo Tim-. Si se han liberado las carpas doradas domésticas, ¿qué habrá ocurrido con las pirañas?

—El agua está demasiado fría para ellas -dijo Jason Gillcuddy, riéndose.

—Claro. Bueno, allá voy.

Tim subió a la borda, permaneció sentado en equilibrio un momento y se lanzó al agua hacia atrás.

El frío le conmocionó, pero no tanto como esperaba. Hizo una seña a los tripulantes del bote y se sumergió. El agua estaba negra como la tinta. Apenas podía ver su brújula de pulsera y el profundímetro. Este era otro de los milagros del personal de la central. Lo habían fabricado y calibrado en un par de horas. Tim encendió la linterna. La luz no le permitió más que unos tres metros de visibilidad lechosa.

Recordó las aguas claras como el cristal de la bahía Esmeralda, las selvas de algas entre las que nadaban velozmente los peces... Aquello había sido mucho tiempo atrás.

Descendió en la blancuzca lobreguez, buscando el fondo, y lo encontró a dieciocho metros. No había más sonido que el de las burbujas de su regulador, el de su propia respiración. Apareció un bulto ante él, monstruoso y jorobado. Cuando se acercó, vio que era un Volkswagen. No miró el interior.

Tim siguió la carretera. Pasó junto a un autobús de cuyas ventanas rotas entraban y salían manadas de peces. No se veía ningún edificio, sólo coches, y finalmente una estación de servicio, pero había ardido antes de inundarse. Siguió adelante. Pronto se le agotaría el aire.

Finalmente encontró la civilización: unas formas rectangulares en aquella oscuridad. La visibilidad era demasiado escasa para poder elegir. Intentó abrir algunas puertas, pero estaban cerradas por la presión del agua. Siguió nadando hasta que encontró un escaparate con el vidrio destrozado.

En su interior reinaba una oscuridad aterradora, pero Tim se obligó a entrar.

Se encontró en una gran estancia; al menos daba la impresión de que era grande. Una densa nube de niebla blanca a un lado resultó ser una estantería de libros en rústica convertidos en una pasta blanda y partículas flotantes. Aquella niebla le siguió cuando se alejó nadando. Encontró mostradores y estantes, mercancías amontonadas en el suelo, lleno de tesoros: lámparas, cámaras, radios, magnetófonos, televisores, botes de pintura, modelos plásticos, peceras, pilas, jabón, bombillas, cacahuets salados en lata...

Eran muchas cosas, y la mayoría estropeadas. El aire de las botellas dejó de fluir bruscamente. Presa de pánico, Tim miró atrás, tratando de localizar a su compañero de inmersión, y entonces se dio cuenta de que a pesar de su entrenamiento se había sumergido sin un compañero. Era algo casi divertido. Antes de pensar en un compañero, era preciso disponer de más de un equipo de inmersión. Se tranquilizó y se contorsionó para alcanzar la válvula del regulador y abrir la reserva. Ahora sólo disponía de unos momentos, y los aprovechó para recoger objetos y meterlos en el saco atado a su cinturón.

Salió del almacén y subió a la superficie. Estaba bastante alejado del bote. Agitó los brazos hasta llamar la atención de los tripulantes, y el bote se acercó a él. Cuando le subieron a bordo estaba agotado.

—¿Has encontrado algo de comer? — quiso saber Horrie Jackson-. Nosotros encontramos algo con ese equipo de inmersión antes de que se agotara el aire. Si volvemos a Porterville puedo mostrarte muchos sitios donde hay comida. Tú bajas a buscarla y nos la repartimos.

Tim meneó la cabeza. Sentía una tristeza infinita.

—Era un almacén general -dijo.

—¿Puedes encontrarlo de nuevo?

—Creo que sí. Está debajo de nosotros.

Probablemente podría y habría mucho que salvar, pero estaba tan cansado que no le emocionaba gran cosa su hallazgo. Se volvió hacia Jason Gillcuddy, que probablemente era el único hombre que podría comprenderle.

—Cualquiera podía entrar ahí a comprar -dijo Tim-. Hojas de afeitar, servilletas de papel, calculadoras, libros. Cualquiera podía adquirir esas cosas; y si trabajamos duro durante largo tiempo, tal vez algunos de nosotros podremos volver a hacerlo.

—¿Qué has subido? — le preguntó Horrie Jackson.

—Almacén general -dijo Adolf Weigley-. ¿Has conseguido algo de lo que hay en la lista de Forrester? ¿Disolvente? ¿Amoníaco? ¿Algo de eso?

—No. — Tim alzó la bolsa. Cuando la abrieron vieron que contenía un frasco de jabón líquido y unos prismáticos. Todos le miraron con extrañeza, excepto Jason Gillcuddy, el cual le dio unas palmaditas en el hombro.

—Hoy no estás en forma para volver a zambullirte -le dijo.

Horrie Jackson sacó más cosas de la bolsa de Tim. Anzuelos y sedal para pescar. Una lata de tabaco de pipa. Los cacahuetes... Horrie abrió la lata y la ofreció. Tim cogió unos cuantos. Tenían el sabor... de un cóctel en su apogeo.

—La inmersión puede hacerte tener ideas raras -dijo, y supo al instante que aquella no era la explicación. Todo el mundo que había perdido estaba allí, bajo el agua, convirtiéndose en basura.

—Toma, queda un sorbo -dijo Gillcuddy. Le pasó una botella de whisky que Tim no recordaba haber visto antes. Tomó un sorbo, que fue como una explosión de nostalgia en el paladar, y tiró la botella al agua.

Y allí, a lo lejos, como manchas siniestras en el horizonte, al este, estaban los botes de la Nueva Hermandad.

—Pon en marcha el motor, Horrie. Rápido, o nos darán alcance.

Tim se inclinó hacia adelante, tratando de ver más detalles, y tuvo que sujetarse para no perder el equilibrio cuando el motor se puso en marcha, pero no pudo ver más que un par de botes pequeños y otro mucho mayor... una gabarra, cargada con cosas.

—Creo que tienen una plataforma de artillería.

## HOMBRES SACRIFICABLES



*No era culpa suya que nadie les hubiera dicho que la verdadera función de un ejército consiste en luchar y que el destino de un soldado, al que pocos escapan, es sufrir y, si es necesario, morir.*

T. R. Fehrenbach, *Esta clase de guerra*

Dan Forrester parecía cansado. Estaba sentado en la silla de ruedas que el alcalde Seltz había traído del centro de convalecencia del valle, y trataba de vencer al sueño. Estaba bien abrigado, con una manta, un anorak con capucha, una camisa de franela y dos suéters, uno de los cuales era tres tallas más grande que la suya. Una bala del calibre veintidós no le hubiera llegado a la piel.

El corral carecía de calefacción. Fuera, el viento soplaba a cuarenta kilómetros por hora, y algunas ráfagas doblaban esa velocidad. Llevaba en su seno nieve y cellisca. La oscilante linterna de gasolina iluminaba un espacio circular, dejando sombras de negrura lunar en los rincones del corral.

Tres hombres y dos mujeres se turnaban para hacer girar el mezclador de cemento, mientras otros iban cargando en él el polvo con palas. Dos paladas de polvo rojo, una de polvo de aluminio, mientras el mezclador de cemento giraba. Cuando los polvos estaban bien mezclados, otros hombres los recogían y los introducían en latas y tarros, cerrándolos herméticamente con yeso blanco fundido.

Maureen Jellison entró quitándose la nieve del pelo. Se quedó un momento mirando desde la puerta, y luego se aproximó a la silla de ruedas de Forrester. Este no la vio, y ella le tocó el hombro.

—Dan. Doctor Forrester.

—¿Sí?

—¿Necesita algo? ¿Quiere café o té?

El pensó lentamente en el ofrecimiento.

—No. No tomo café ni té. ¿Puede darme algo azucarado? Una coca-cola. O simplemente agua azucarada. Agua azucarada caliente.

—¿Está seguro?

—Sí, por favor. — Pensó que lo que necesitaba era insulina fresca. Allí nadie sabía prepararla. Si dispusiera de tiempo para ello, él mismo lo haría, pero primero... -Lo primero que debemos hacer es devolver a la fortaleza los beneficios de la civilización.

—¿Qué?

—Debí saber que me metería en una guerra -le dijo a Maureen-. Buscaba a los ricos. Los desposeídos estarían en algún lugar a su alrededor.

–Le traeré té -dijo Maureen. Se dirigió a los hombres que hacían girar el mezclador de cemento-. Harvey, papá quiere que vayas a la casa.

–De acuerdo. Brad, quédate con el doctor Forrester, y asegúrate...

–Ya sé -dijo Brad Wagoner-. Creo que debería dormir un poco.

–No puedo. – Forrester les había oído aunque estaba bastante alejado de ellos. Empezó a levantarse-. Ahora tengo que ir al otro corral.

–Diablos, quédese en la silla -gritó Wagoner-. Yo le empujaré.

Harvey siguió a Maureen fuera del corral. Se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del viento, y caminaron un rato en silencio. Finalmente, él apretó el paso y se puso al lado de Maureen.

–Supongo que no hay nada de qué hablar -le dijo.

Ella meneó la cabeza.

–¿De veras estás enamorada de él?

Ella se volvió y le miró con una expresión extraña.

–No lo sé. Creo que papá quiere que lo esté. ¿No te parece irritante? ¡Todo por la política! Lo que papá quiere es la categoría de Johnny. Me parece que cree en Colorado Springs.

–Bueno, desde luego sería conveniente.

–¿Así lo crees, Harv? Mira, Johnny y yo nos acostábamos antes de que tú me conocieras, y no porque me lo ordenaran.

–¿Ah, sí? – Harvey sonrió de repente y ella no supo por qué, pero no iba a mencionarle la arenga de Christopher-. ¿Tengo una posibilidad?

–No me lo preguntes ahora. Espera a que regrese Johnny, hasta que todo esto haya terminado.

¿Pero cuándo terminaría? Harvey rechazó aquel pensamiento, pues sería muy fácil caer en la desesperación. Primero la caída del cometa y la muerte de Loretta. La huida de pesadilla, acurrucado en el vehículo, con el peso muerto de su yo herido. La lucha para estar en condiciones de enfrentarse al invierno. Los glaciares ya habían pasado por allí una vez. Cada pedrusco de aquel valle era un recordatorio. Sentía el impulso de clamar a los cielos: ¿No era suficiente? ¿No bastaba ya, sin necesidad de caníbales, gases tóxicos y bombas de termita?

–No has dicho que no -dijo a Maureen-. Lo tendré en cuenta.



Ella no respondió, lo cual también era alentador.

—Sé cómo debes sentirte.

—¿De veras? — le preguntó ella en tono amargo—. Soy el premio de un concurso. Siempre lo tomé a broma. La pobre muchacha rica... Pero ya nada es divertido.

Llegaron a la casa y entraron en ella. El senador Jellison y Al Hardy habían extendido mapas sobre el suelo de la sala de estar. Eileen Hamner sostenía más papeles, las eternas listas de Hardy.

—Pareces helado -dijo Jellison-. Hay algo caliente en el termo. Yo no lo llamaría té.

—Gracias.

Harvey se sirvió una taza. El brebaje olía a cerveza de raíces y hierba, y sabía de un modo muy parecido, pero estaba caliente y le reconfortó.

—¿Hay progresos? — preguntó Hardy.

—Hasta cierto punto. Vamos produciendo bombas de termita, pero hay que fabricar las espoletas. En el corral de Hal están preparando una cosa tremenda que según Forrester será gas mostaza, pero no está seguro de cuánto tiempo lleva completar la reacción. Lo prepara lentamente para no correr riesgos.

—Puede que lo necesitemos más rápidamente de lo que creemos -dijo Jellison.

Harvey alzó la vista.

—¿Qué ocurre?

—Hace una hora hemos recibido un mensaje por radio de la gente de Deke -dijo Jellison-. No pudimos descifrarlo. Alice recibió otro mensaje en lo alto del monte Turtle.

—¿Alice? — preguntó Harvey incrédulo-. ¿El monte Turtle?

—Está en el campo visual tanto de Deke como nuestro -explicó Al Hardy-. Y últimamente las comunicaciones son mejores. Es un lugar ideal.

—Pero Alice es una niña de doce años.

Harvey le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Conoce a alguien que tenga más posibilidades de subir con un caballo a esa montaña, por la noche y con nieve?

Harvey empezó a decir que, naturalmente, debía haber alguien más apropiado, pero lo pensó mejor y no dijo nada. Era cierto que Alice y su caballo podían hacer cosas inverosímiles. Pero no parecía correcto enviar a una niñita en medio de la nieve y la oscuridad. ¿Acaso la civilización no consistía en eso, en proteger a Alice Cox?

—Entretanto -prosiguió Harvey-. Hemos llamado algunos refuerzos, por si acaso. Están cargando su furgón.

—Pero... ¿qué cree que decía Deke? — preguntó Harvey.

—No es fácil saberlo. — Jellison parecía cansado, tanto como Forrester, y tenía su mismo color grisáceo. El tono de su voz era sombrío-. ¿Sabía que la Nueva Hermandad trató de atacar la central nuclear esta tarde?

—No.

Harvey se sintió aliviado. La central nuclear estaba a más de ochenta kilómetros de distancia. Habían atacado a Baker. Al alivio siguió un sentimiento de culpabilidad, pero lo reprimió porque la culpabilidad era lo último que necesitaba ahora.

—¿Qué sucede?

—Fueron en botes -dijo Al Hardy-. Exigieron la rendición, y cuando el alcalde Allen les dijo que se fueran al infierno...

—¿Qué? ¡Espere! ¿El alcalde Allen?

Hardy mostró su irritación por verse interrumpido.

—El alcalde Bentley Allen está al frente de la central nuclear de San Joaquín, pero no conozco los detalles. La cuestión, Randall, es que la Nueva Hermandad sólo disponía de unos doscientos hombres para atacar la central. Eran pocos, el ataque no tuvo éxito y no lo repitieron.

Harvey miró a Maureen, que estaba guardando el termo, la miel y el azúcar moreno en un maletín. Se había enterado de la lucha en la central nuclear, pero no había reaccionado como si hubiera podido perder a alguien allí.

—¿Ha habido bajas? — preguntó Harvey.

—Ligeras. Un muerto, un miembro de la policía del alcalde, y tres heridos, no sé de cuánta gravedad. Ninguno de ellos era de los nuestros.

—Humm. Buenas noticias de todas partes. Conocía a Bentley Allen -explicó Harvey-. Sabía que el día del desastre estaba en su puesto, en el centro de Los Angeles. ¡Es extraordinario que haya podido sobrevivir! Sin embargo es curioso cómo suponemos que todo el mundo que no está en la fortaleza

debe haber muerto.

Al, Maureen y el senador le miraron seriamente.

—No, no es tan divertido -rectificó Harvey-. Así que doscientos tipos de la Nueva Hermandad han atacado la central nuclear. Eso significa... ¿Qué significa? — Harvey siguió aquel pensamiento hasta una conclusión que no le gustaba-. Pensaron que la central caería fácilmente y enviaron el grueso de su fuerza a algún otro lugar. ¿Aquí? Claro. ¿Dónde iba a ser? Antes de que podamos prepararnos.

Hardy asintió, apretando los labios, en un gesto de disgusto.

—Maldita sea, hicimos lo que pudimos.

—Yo estaba al mando -dijo Jellison.

—Sí, señor, pero yo debí haber pensado en esto. Sólo nos ocupamos de prepararnos para el invierno. Nunca tuvimos tiempo de pensar en la defensa.

—Sí que lo hicimos -dijo Harvey-, pero no podíamos esperar que todo un ejército apareciera por el valle de San Joaquín.

—¿Por qué no? — preguntó Hardy-. Yo debí haberlo supuesto. Pero no lo hice y ahora todos tenemos que pagar por mis errores.

—Mire -insistió Harvey-. Si no nos hubiera hecho trabajar para tener comida, no habría nada por lo que luchar. No tiene que...

El receptor de radio al lado de Eileen sonó en aquel momento. La voz juvenil y chillona de Alice Cox les llegó claramente. Se notaba que estaba asustada, pero todas sus palabras eran inteligibles.

—Senador, soy Alice.

—Adelante, Alice -dijo Eileen por el micrófono.

—El señor Wilson informa que están sufriendo un fuerte ataque -dijo Alice Cox-. Son muchos, centenares. El señor Wilson dice que son más de quinientos, y que no puede contenerles. Ahora está haciendo salir a sus hombres, y quiere instrucciones.

—Maldita sea -dijo Harvey Randall.

—Dígale que les daremos órdenes dentro de cinco minutos -ordenó el senador.

Eileen asintió.

—Alice, ¿pueden esperar cinco minutos?

–Creo que sí. Se lo diré al señor Wilson.

–No parece sorprendido -dijo Harvey-. ¿Ya lo sabía?

–¿Sorprendido? No. Había confiado en que la Nueva Hermandad esperaría hasta que se agotara su plazo, pero no me ha sorprendido que no lo hayan hecho.

–¿Qué vamos a hacer ahora? – preguntó Harvey.

Al Hardy se inclinó sobre los mapas.

–Lo hemos estado haciendo desde que recibimos su ultimátum. He hecho que todos los hombres no imprescindibles para el trabajo de Forrester excavaran en estas colinas. – Señaló las líneas trazadas a lápiz en el mapa-. El jefe de policía Hartman y los suyos han trabajado ahí estos dos últimos días. George Christopher no regresará antes de tres. Confiamos en que traerá refuerzos, pero no podemos contar con ello. Los hombres de Hartman están agotados y no se encuentran en condiciones para excavar. Supongo que las superarmas de Forrester no están terminadas.

–No -dijo Harvey-. Esperaba disponer de una semana más.

–No tendremos tanto tiempo -musitó Jellison.

Al Hardy asintió.

–Harvey, usted ha estado trabajando todo el día, pero no excavando ahí fuera como los hombres de Hartman. Y alguien tiene que ir para hacernos ganar algún tiempo.

Harvey había esperado aquello.

–Se refiere a mí. – Vio que Maureen se había detenido, con el maletín lleno de miel y hierbas en la mano. Cerró la puerta, sin salir, y se quedó mirando a los hombres-. Es hora de que me gane el sustento -añadió Harvey.

–Más o menos -dijo Jellison. Miró a Maureen-. ¿Era importante lo que tenías que decirle?

Ella asintió.

–Puedes hablar con él antes de que se marche, dentro de una hora.

–Gracias -dijo Maureen, abriendo la puerta-. Ten cuidado, Harvey. Por favor -añadió antes de salir.

–Le daré algunos hombres -dijo Al Hardy con su tono firme habitual; ahora que la decisión estaba tomada volvía a ser el funcionario eficiente. Harvey pensó que le gustaba más cuando parecía preocupado-. No son los mejores que tenemos. Me temo que aún son niños.

–Hombres sacrificables -dijo Harvey Randall en tono neutro.

–Si es preciso.

Harvey pensó que lo peor de todo era que resultaba lógico. No pueden destinarse los mejores hombres a ganar tiempo. Los mejores se dedican a las trincheras, y se envían fuera aquellos de los que se puede prescindir. ¡Hardy podía prescindir de él! Y la fortaleza también...

–No esperamos milagros -dijo el senador Jellison-. Pero es importante.

–Desde luego -dijo Harvey.

–Vaya en su furgón -dijo Hardy-. Dentro hemos instalado el transmisor de radio. Lleve también un camión cargado de equipo y haga que ganemos algún tiempo. Días, a ser posible, o al menos horas. Como ha dicho el senador, no esperamos milagros. La gente de Deke se retirará luchando. Volarán los puentes y quemarán todo cuanto puedan en su camino. Vaya a encontrarse con ellos. Lleve sierras de cadena, dinamita y el torno en el furgón, para destrozar la carretera.

–Haga que tengan que ir a pie -dijo Jellison-. Que la Nueva Hermandad no pueda usar vehículos. Destroce esas carreteras. Eso nos dará un día de margen, tal vez más.

–¿Y cuánto tiempo estaré fuera? – preguntó Harvey.

Jellison se echó a reír.

–No puedo pedirle que se quede sentado por ahí hasta que le maten. Tal vez lo hiciera, si creyese que usted lo aceptaría... No importa. Deje pasar a la gente de Deke, luego vuelva a casa, y tarde tanto como puede en regresar. A menos que usted tenga una idea mejor.

Harvey meneó la cabeza. Ya había intentado pensar algo mejor.

–¿Lo hará? – preguntó Hardy abruptamente, como si tratara de descubrir si Harvey mentía.

–Sí -respondió Harvey en tono irritado.

–Muy bien -dijo Hardy-. Eileen, envía el mensaje a Deke. Está en marcha la operación tierra calcinada.

Las fuerzas de Randall consistían en una docena de muchachos, el mayor de los cuales tendría diecisiete años, dos muchachas, Harvey Randall y Marie Vanee.

–¿Qué diablos haces aquí? – le preguntó Harvey a Marie.

Ella se encogió de hombros.

—En estos momentos no necesitan una cocinera. — Estaba equipada para ir de excursión, con botas, gorro con orejeras y varias prendas de abrigo todas cubiertas por una chaqueta llena de bolsillos. Llevaba un rifle con mira telescópica-. He practicado un poco la caza del zorro, y puedo conducir, ya lo sabes.

Harvey miró el resto del grupo y trató de ocultar su decepción. Sólo conocía a algunos de ellos. Tommy Tallifsen, de diecisiete años, sería su segundo. No podía imaginar cuál sería la graduación de Marie.

—Tommy, tú conducirás la camioneta.

—De acuerdo, señor Randall. Barbara Ann vendrá conmigo, si no le importa.

Señaló a una muchacha que no tendría más de quince años.

—De acuerdo -dijo Harvey-. Bien, todos listos para partir. — Regresó al porche-. Por Dios, Al, son todos unos críos.

Hardy le miró entre decepcionado y disgustado. No le gustaba que pusieran reparos a sus decisiones.

—Es lo que tenemos. Mira, son muchachos granjeros. Saben disparar, y la mayoría de ellos han manejado dinamita antes. Además, conocen estas colinas muy bien. No los subestimes.

Harvey meneó la cabeza.

—Piensa que morirían si la Nueva Hermandad nos invadiera. Y Marie, tú, yo. ¡Diablos, no vas a luchar!

—No, con sólo cuatro escopetas sería imposible.

—No podemos prescindir de más armas. Y esos muchachos son los únicos disponibles. Anda, ve a trabajar. Estás perdiendo el tiempo.

Harvey hizo un gesto con la cabeza y dio media vuelta. Tal vez los jóvenes campesinos eran diferentes. Sería agradable creer... porque había visto demasiados chicos de ciudad, mayores que aquellos, en Vietnam, chicos que acababan de salir del campamento de instrucción, que no sabían luchar y estaban aterrados constantemente. Harvey había hecho un reportaje sobre ellos, pero el Ejército nunca había permitido su difusión.

Se dijo que no iban a luchar. Tal vez todo saldría bien.

Se detuvieron en el pueblo y cargaron material en el camión y en la baca del furgón. Dinamita, sierras de cadena, gasolina, picos y palas y un bidón de aceite para los motores. Cuando todo estuvo cargado, Harvey cedió el volante a Mane. El se acomodó en el asiento trasero, y dejó que uno de los muchachos se sentara delante con el mapa. Avanzaron por la carretera, alejándose del valle.

Harvey intentó hacer hablar a los muchachos, para conocerles, pero ellos no se mostraron muy cooperadores. Respondían cortésmente a las preguntas, pero permanecían ensimismados en sus pensamientos. Al cabo de algún tiempo, Harvey se reclinó en su asiento y procuró descansar. Pero aquello le recordó penosamente la última vez que había viajado con Mane en el furgón, y se irguió en el asiento.

Estaban abandonando el valle, y Harvey se sentía como desnudo, vulnerable. Había sufrido mucho, con Mark, Joanna y Marie, para llegar hasta allí. Se preguntó qué pensarían los muchachos. Y la chica, Marylou, cuyo apellido no podía recordar. Su padre era el farmacéutico del pueblo, pero ella nunca se había interesado por el negocio. De momento sólo parecía interesada por el muchacho a cuyo lado se sentaba. Harvey recordó que se llamaba Bill. Bill y Marylou habían conseguido una especie de beca para la universidad de Santa Cruz. A los demás les parecía extravagante que quisieran irse a estudiar tan lejos.

Marie condujo por los cerros en cuyo extremo finalizaba el valle. Harvey nunca había estado allí. En lo alto de los cerros se veían luces en movimiento. Eran los hombres del jefe de policía Hartman, que estaban cavando trincheras y todavía trabajaban a media noche a pesar del viento helado. Al pie del cerro, en la barricada de la carretera había un solo guardián acurrucado en el pequeño refugio.

En cuanto salieron del valle Harvey sintió que penetraban en el caos universal dejado por el cometa. Daba miedo seguir adelante. Harvey permaneció silencioso, conteniendo sus deseos de gritarle a Marie que diera media vuelta y regresaran a la seguridad. Se preguntó si los demás sentían lo mismo. Era mejor no hacer preguntas, que todos creyeran que nadie más estaba asustado, y así nadie huiría. El silencio no era natural.

La carretera estaba interrumpida en algunos tramos, pero los vehículos habían abierto caminos alrededor de la calzada rota. Harvey observaba lugares donde la carretera podría estar fácilmente bloqueada, y los señalaba a los demás ocupantes del vehículo. No podía ver mucho a través de la cellisca intermitente y la intensa oscuridad exterior. El mapa mostraba que estaban en otro valle, con una serie de cerros hacia el sur mucho más bajos que los que rodeaban la fortaleza.

Aquél sería el campo de batalla. Por abajo pasaba un afluente del río Tule, la principal línea defensiva de la fortaleza. Más allá se extendía un territorio que Hardy no podría defender. Dentro de pocos días, quizá sólo dentro de unas horas, el valle por el que avanzaban será escenario de matanzas, un lugar de combate.

Harvey trató de imaginárselo. Un ruido incesante, el tartamudeo de las ametralladoras, los estampidos de los rifles, las bombas de dinamita y los morteros. Y por encima de todo los gritos de los heridos y moribundos. Allí no habría helicópteros ni hospitales de campaña. En Vietnam a menudo los heridos eran trasladados a los hospitales con mayor rapidez que a los heridos en un accidente de tráfico en la vida civil. Aquí tendrían que correr sus riesgos.

Pero él no. ¿Quién dijo que «un ejército racional echaría a correr»? Pero correr, ¿hacia dónde?

A la Sierra. Podría ir en busca de Gordie y Andy. Volver con su hijo. Un hombre se debe ante todo a sus hijos... «¡Basta!, se dijo. Actúa como un hombre.»

¿Acaso actuar como un hombre significa permanecer sentado tranquilamente mientras le llevan a uno al matadero?

Sí, algunas veces. Esta vez. Se propuso pensar en otras cosas. En Maureen. ¿Tenía una posibilidad? Tampoco esa clase de pensamientos era satisfactoria. Se preguntó por qué le interesaba tanto Maureen. Apenas la conocía. Habían pasado una tarde juntos, y parecía que eso había sido mucho tiempo antes, e hicieron el amor. Y después lo repitieron tres veces más, furtivamente. No era mucho para pensar en una vida en común. ¿Le interesaba porque era una promesa de seguridad, poder e influencia? No lo creía, estaba seguro de que había algo más, pero objetivamente no podía encontrar motivos. ¿La fidelidad? Fidelidad a la mujer con la que había tenido una relación adúltera; en cierto modo, una especie de fidelidad a Loretta. Aquello no le llevaba a ninguna parte.

Algunas luces eran visibles en la oscuridad; granjas diseminadas por el campo de batalla, lugares aún no abandonados. A Harvey no le concernían. Se suponía que sus ocupantes ya sabían lo que ocurría. Siguieron avanzando en silencio hasta llegar a la confluencia meridional del río Tule. Cruzaron el río. Ya no había posibilidad de retorno. Estaban más allá de las defensas de la fortaleza, más allá de toda ayuda. Harvey notó la tensión entre los ocupantes del vehículo, y sintió que aquello le consolaba de una manera extraña. Todos tenían miedo, pero nadie lo decía.

Giraron al sur y pasaron entre unos cerros que se abrían a otro valle. La tierra parecía más nivelada y lisa a ambos lados de la carretera. Harvey se detuvo y colocó minas de fabricación casera: botes con clavos y vidrios rotos envueltos en dinamita y percutores; cartuchos de escopeta apuntados hacia arriba y escondidos en una tabla de madera agujereada.

Marie le observó perpleja.

—¿Cómo harás para que no pasen por aquí? — le preguntó.

—Para eso está el aceite de motor. — Bajaron el pesado barril y lo dejaron a un lado de la carretera-. Una vez hayamos pasado, agujerearemos el barril a tiros. Cuando el aceite cubra la carretera nadie podrá andar por ella, ni pasar en coche.

Siguieron avanzando por colinas y valles, a través de un paisaje ondulado. A quince kilómetros de la fortaleza pasaron junto al primer camión de Deke Wilson. Iba lleno de mujeres, niños y hombres heridos, enseres domésticos y víveres. Encima y a los lados de la caja del camión había cestos atados y cargados de cosas, ollas y sartenes, muebles inútiles, alimentos y fertilizantes, y preciosas municiones.

La caja estaba cubierta por un toldo, bajo el que se acurrucaba más gente junto con más cosas, sábanas, mantas, una jaula sin pájaro. Patéticas posesiones, pero todo lo que tenía aquella gente.

Unos kilómetros más allá encontraron más camiones, y luego dos coches. El conductor del último no



sabía si les seguía alguno más. Cruzaron un amplio arroyo, y Harvey se detuvo y colocó dinamita, dejando las mechas señaladas con piedras, para que cualquiera de su grupo pudiera descubrirlas y volar el puente.

El cielo estaba teñido de un débil color rojo hacia el este, cuando llegaron a la cima de la última colina antes de llegar a los pequeños cerros ondulantes donde se encontraba la granja de Deke Wilson. Se acercaron cautelosamente, temiendo que la Nueva Hermandad hubiera llegado más lejos que la gente de Deke e interceptado la carretera. Se detuvieron a escuchar. A lo lejos se oían estampidos dispersos.

–Bien -dijo Harvey-. Vamos a trabajar.

Cortaron árboles y construyeron un laberinto en la carretera, un sistema de árboles caídos entre los que podría pasar un camión, pero sólo lentamente, deteniéndose para hacer marcha atrás y girando cuidadosamente. Prepararon bombas de dinamita y las colocaron en lugares convenientes para arrojarlas a la carretera. Luego Harvey envió a la mitad de los muchachos a los lados y al resto colina abajo. Cortaron árboles en parte, de manera que pudieran derribarse con facilidad. Los demás se alinearon a los lados, y Harvey pudo oír el ruido de las sierras de cadena y a veces el fragor de medio cartucho de dinamita.

El color rojo tras la Sierra Alta era más intenso cuando regresaron los grupos de trabajo.

–Sólo hay que cortar un par de árboles más y colocar una carga para que la carretera quede bloqueada durante horas -informó Bill-. No costará demasiado.

–Creo que deberíamos hacerlo ahora -dijo alguien.

Bill miró a su alrededor y luego de nuevo a Randall.

–¿No deberíamos esperar al camión del señor Wilson?

–Sí, esperemos -dijo Marie-. Sería terrible que impidiéramos pasar a nuestra propia gente.

–Claro -convino Harvey-. El laberinto detendrá a los de la Hermandad si llegan primero. Descansemos un poco.

–Los tiros se oyen más cercanos -dijo uno de los muchachos.

Harvey asintió.

–Eso parece, aunque es difícil asegurarlo.

–Ha llegado oficialmente el alba -anunció Marie-, según la definición musulmana. Cuando puedes distinguir un hilo blanco de otro negro. Lo dice el Corán. – Se quedó silenciosa, escuchando, y al cabo de un momento dijo:- Alguien se acerca. Oigo el ruido de un motor.

Harvey sacó un silbato del bolsillo y lo hizo sonar. Gritó a los muchachos más próximos para que se desparramaran y salieran de la carretera. Esperaron mientras los ruidos del camión se aproximaban. El vehículo salió de la curva y se detuvo con un chirrido de frenos poco antes de llegar al primer árbol. Era un camión grande, todavía un objeto amorfo bajo la luz gris.

—¿Quién está ahí? – gritó Harvey.

—¿Quién es usted?

—Bajen del camión. Pónganse a la vista.

Alguien saltó de la caja del camión y permaneció de pie en la carretera.

—Somos gente de Deke Wilson -gritó-. ¿Quién está ahí?

—Nosotros somos de la fortaleza.

Harvey empezó a andar hacia el camión. Uno de los muchachos estaba mucho más cerca. Se encaramó a la cabina y miró al interior. Entonces retrocedió rápidamente.

—No es...

No pudo terminar la frase. Se oyeron disparos de pistola y el muchacho quedó tendido en el suelo. Algo golpeó a Harvey en el hombro izquierdo y le derribó hacia atrás. Hubo más disparos. Varios hombres saltaron del camión.

Marie Vanee fue la primera en disparar. Surgieron más disparos desde los lados de la carretera y las rocas de encima. Harvey se esforzó para encontrar su rifle. Lo había dejado caer, y palpaba el suelo a su alrededor.

—¡Cuerpo a tierra! – gritó alguien.

Un objeto chisporroteante aterrizó delante del camión y rodó hasta quedar debajo. Nada sucedió durante una eternidad, y se oyeron más disparos. Luego estalló la dinamita. El camión se levantó ligeramente, el olor de la gasolina impregnó el aire, y al final estalló en una columna de fuego. Las llamas danzaron en el aire, y Harvey pudo notar su calor en el rostro. Pudo ver formas humanas en el fuego. Hombres y mujeres envueltos en llamas que gritaban y se agitaban. Hubo más disparos.

—Basta. Alto el fuego. Estáis desperdiciando munición. – Marie Vanee corrió hacia el camión en llamas-. ¡Basta!

Cesó el tiroteo y no se oyó más sonido que el crepitar de las llamas.

Harvey encontró al fin su rifle. El hombro izquierdo le temblaba y temía mirar, pero se obligó a hacerlo, esperando ver un agujero sanguinolento. Pero no había nada. Lo tocó y sintió dolor, y cuando

se abrió la chaqueta descubrió un gran morado. Pensó que había sido una bala rebotada, a la que había detenido la gruesa chaqueta. Se levantó y bajó a la carretera.

La muchacha, Marylou, trataba de acercarse más al fuego, y dos muchachos la sujetaban para que no lo hiciera. No decía nada, sólo luchaba para liberarse de ellos, mirando fijamente el camión en llamas y los cuerpos tendidos cerca.

—Estaba muerto cuando cayó al suelo -le gritó uno de los muchachos-. Muerto, maldita sea. No puedes hacer nada.

Ahora parecían aturridos, mientras contemplaban los cadáveres y el fuego.

—¿Quién era? — preguntó Harvey, señalando al muchacho muerto cerca de la cabina del camión. El chico yacía boca abajo y tenía la espalda en llamas.

—Bill Dummery -dijo Tommy Tallifsen-. ¿No deberíamos...? ¿Qué hacemos, señor Randall?

—¿Sabéis dónde colocó Bill las cargas?

—Sí.

—Vamos allá. Las encenderemos.

Bajaron por la falda de la colina. La visibilidad aumentaba con rapidez. A unos doscientos metros encontraron una roca que sobresalía sobre la carretera. Tommy la señaló. Cuando Harvey se agachó para encender la mecha, Tommy le tocó el hombro.

—Viene otro camión -le dijo.

—Oh, mierda. — Harvey buscó la mecha de nuevo. Tommy no dijo nada. Finalmente Harvey se levantó. Estallará antes de que lleguen aquí. Vuelve a la colina y avisa a los demás. De todos modos no podrán pasar con ese camión ardiendo en medio. No te acerques hasta saber quién es.

—De acuerdo.

Harvey esperó, maldiciéndose a sí mismo, a Deke Wilson, a la Nueva Hermandad, a Bill Dummery, con una beca para Santa Cruz y a una muchacha llamada Marylou. Había sido culpa suya.

El camión ascendió por la colina. Iba cargado de gente, sin enseres domésticos. En una baca encima de la cabina, dos niños con abultados impermeables se agachaban para protegerse del viento. Cuando el camión se aproximó Harvey reconoció al hombre que iba de pie en la caja, al lado de la cabina. Era uno de los granjeros que había ido con Wilson a la fortaleza, un tal Vinge.

Los ocupantes del camión eran mujeres, niños y hombres con vendajes sanguinolentos. Algunos yacían en la caja del camión, y permanecían inmóviles mientras el vehículo sobrecargado cambiaba de

marcha y subía por la ladera. Harvey dejó que pasaran y entonces encendió la mecha. Echó a correr. La dinamita estalló detrás de él, pero la roca no cayó a la carretera.

El camión se detuvo en el laberinto de troncos. No había duda de quiénes iban en él. Los muchachos salieron de sus escondrijos. Vinge saltó de la cabina. Parecía cansado, pero no estaba herido.

—¡Teníais que bloquear la maldita carretera después de que pasáramos! — gritó.

—¡Vete al diablo! — exclamó Harvey airado. Intentó dominarse. El camión estaba lleno de heridos, mujeres y niños, y todos ellos parecían medio muertos de agotamiento. Harvey, apenado, meneó la cabeza y llamó a Marie Vanee-: ¡Trae el furgón! Tendremos que usar el torno para abrirles paso.

Tardaron media hora en serrar dos troncos y apartarlos del camino para que el camión pudiera pasar. Mientras trabajaban, Harvey envió a Tommy Tallifsen para que tratara de nuevo de mover la roca. Al ritmo con que la estaban usando, agotarían allí mismo la dinamita, cuando quedaban aún muchos kilómetros de carretera por bloquear. Esta vez la roca rodó. Formó un obstáculo formidable, sin ningún acceso fácil a su alrededor. Otros muchachos con las sierras de cadena derribaron más árboles sobre la carretera.

—Ya está -gritó uno de los muchachos-. Podéis seguir.

Vinge se acercó a la cabina del camión, en la que se hacinaban cuatro personas. El conductor era un adolescente que no tendría más de catorce años, apenas lo bastante corpulento para llegar a los pedales.

—Cuida de tu madre -le gritó el granjero.

—Sí, señor -respondió el muchacho.

—En marcha -dijo el granjero-. Y... -Meneó la cabeza-. Adelante.

—Adiós, papá.

El camión empezó a deslizarse.

El granjero volvió al lado de Harvey Randall.

—Me llamo Jacob Vinge -le dijo-. Vamos a trabajar. No vendrá ninguno más de nuestra zona.

El fragor de la batalla se oía mucho más cercano. Harvey podía ver el otro lado de las colinas y el mar de San Joaquín. Había columnas de humo que señalaban las granjas en llamas, y los continuos estampidos de pequeñas armas de fuego. Producía una impresión extraña saber que hombres y mujeres luchaban y morían a menos de dos kilómetros de distancia y, no obstante, no ver nada. De repente se oyó la voz de uno de los muchachos:

—Hay gente corriendo.

Los hombres se desparramaban por la colina a menos de un kilómetro de distancia. Corrían vacilantes, sin ningún orden, y pocos iban armados. Harvey pensó que huían aterrorizados. No era una retirada con lucha, sino una huida.

Bajaban al valle y se dirigían a la colina que ocupaban las fuerzas de Randall.

Una camioneta apareció en lo alto del cerro siguiente. Se detuvo y varios hombres bajaron de ella. Harvey se sobresaltó al ver más hombres a pie a cada lado. Habían llegado tan cautelosamente que no los había visto acercarse. Hicieron gestos a los de la camioneta, y un hombre que iba en la caja se levantó y, apoyándose en la cabina, exploró el terreno con unos prismáticos. Avanzaron tras los hombres que huían colina arriba, hacia Harvey, se detuvieron un momento y luego pasaron a la carretera y examinaron con cuidado cada uno de los bloqueos de Harvey. Ahora el enemigo tenía rostro y, a su vez, conocía el rostro de Harvey Randall.

En menos de cinco minutos el valle y los cerros aparecieron llenos de hombres armados que avanzaban cautelosamente, extendiéndose a cada lado. Se acercaban a Harvey.

Los fugitivos subieron penosamente la colina y pasaron junto a los hombres y los camiones de Harvey. Jadeaban como si se encontraran en la fase final de una pulmonía. Iban desarmados y en sus ojos muy abiertos se reflejaba el terror.

—¡Alto! —gritó Harvey-. ¡Quedaos y luchad! ¡Ayudadnos!

Ellos siguieron huyendo, como si no le oyeran. Uno de los muchachos de Harvey se levantó, miró atrás y vio el avance cauteloso e inexorable de la línea enemiga. Presa del pánico, echó a correr para unirse a los fugitivos. Harvey le gritó, pero el muchacho siguió corriendo.

—Menos mal que los demás se han quedado -dijo Jacob Vinge-. Yo... Diablos, también quisiera echar a correr.

—Lo mismo que yo.

Las cosas no salían según lo planeado. La Nueva Hermandad no ascendía la colina para limpiar la carretera, sino que se desplegaban en abanico a ambos lados, y Harvey no tenía suficientes hombres para defender su posición. Confiaba en retrasarlos más, pero era evidente que no lo conseguiría. Si no se marchaba en seguida, les cortarían el paso.

—Tenemos que marcharnos.

Sacó el silbato y lo hizo sonar con fuerza. Los hombres que avanzaban abajo apretaron el paso.

Harvey hizo señas para que los muchachos fueran al furgón y el camión. Jacob Vinge ocupó el lugar de Bill. Dio órdenes para que el camión se pusiera en marcha, pero luego vaciló.

–Vamos, les mandaremos un poco de plomo...

–No servirá de nada -dijo Marie Vanee-. Están demasiado bien cubiertos y no les vemos bien. Nos atraparían antes de que alcanzáramos a ninguno de ellos.

–¿Cómo sabes tanto de estrategia? – le preguntó Harvey.

–Me gustan las películas de guerra. ¡Salgamos de aquí!

–De acuerdo.

Harvey hizo girar el furgón y avanzó colina abajo, hacia el valle siguiente. El camión se detuvo para permitir que subieran los hombres que corrían.

–Pobres desgraciados -dijo Marie.

–Resistimos todo un día -dijo Vinge-, pero no pudimos con ellos. Fue como en esa colina: se extendieron y nos rodearon. Si llegan a sorprendernos por detrás, estamos muertos. No queda más remedio que huir. Al cabo de algún tiempo puede convertirse en un hábito.

–Es cierto.

Hábito o no, pensó Harvey, huían como conejos, no como hombres.

La carretera les llevó hasta un arroyo crecido por la lluvia que había desatado el impacto del cometa. Las partes bajas del valle estaban cubiertas de espeso barro. Harvey se detuvo en el extremo del pequeño puente que cruzaba el arroyo, y bajó del vehículo para encender los cartuchos de dinamita que ya estaban colocados.

–¡Ahí están! – gritó uno de los muchachos.

Harvey dirigió la mirada a lo alto de la colina. Un centenar o más de hombres armados bajaban a toda velocidad la colina. Se oyó el tableteo de una ametralladora, y la hierba se agitó no lejos de Harvey.

–¡Terminad rápido! – gritó Vinge-. ¡Nos están disparando!

A pesar de la distancia, aquel ruido era familiar. Harvey lo recordaba de Vietnam. Era una ametralladora pesada. No tardarían en tener a tiro a Harvey y el furgón, y no habría salvación posible. Harvey accionó su encendedor de mecha y lo bendijo cuando prendió a la primera, aunque no estaba cargado con su combustible habitual. La mecha chisporroteó, y Harvey corrió hacia el furgón. Marie se había puesto al volante y el vehículo ya estaba en marcha. Harvey lo alcanzó y los que estaban arriba le cogieron las manos y le ayudaron a entrar. La ametralladora tableteó de nuevo y Harvey oyó el silbido de las balas cerca de su oreja.

–¡Maldita sea! – gritó.

–Disparan muy bien -dijo Vinge.

La dinamita estalló y el puente quedó en ruinas, pero no del todo. Harvey vio que quedaba todavía una porción en pie, lo bastante ancha para pasar andando. No costaría mucho destruirla, pero desde luego no iba a volver atrás para hacerlo. Siguieron adelante, hacia la cumbre de la próxima colina, y bajaron de los vehículos, buscando más árboles que derribar, rocas para dinamitarlas sobre la carretera, cualquier cosa que pudiera detener al enemigo.

Las tropas de la Nueva Hermandad entraron en el valle, unos a pie, otros, hasta una docena, en moto. Llegaron al puente derribado y se detuvieron. Luego algunos se metieron en el arroyo y lo vadearon. Otros se extendieron por las orillas y encontraron nuevos lugares por donde cruzar. Al cabo de cinco minutos cien hombres habían cruzado el obstáculo y avanzaban rápidamente hacia el grupo de Harvey.

–Dios mío, es como contemplar la subida de la marea -comentó Harvey.

Jacob Vinge no dijo nada. Siguió cavando bajo una roca para hacer un hoyo que albergara la dinamita. Por encima de ellos un árbol cayó sobre la carretera, y los muchachos fueron a por otro.

Desde el valle, delante de ellos, les llegó un ruido de motores. Dos motocicletas pasaban cautelosamente por los estrechos restos del puente. Otros dos hombres subieron a las motos, y avanzaron hacia la posición de Harvey.

Marie Vanee se quitó el rifle del hombro.

–Seguid cavando -dijo.

Se sentó y apoyó el rifle en una gran roca. Luego aplicó el ojo a la mira telescópica. Esperó a que las motos estuvieran bastante cerca antes de disparar. No ocurrió nada. Corrió el cerrojo y apuntó de nuevo. Disparó una y otra vez. Al tercer disparo la motocicleta delantera se bamboleó y cayó en la cuneta. Uno de sus ocupantes se levantó. Marie apuntó de nuevo, pero la otra moto se apartó de la carretera y los motociclistas corrieron a ponerse a cubierto. Esperaron a que llegara el grueso de las fuerzas. Estas se acercaban con rapidez, y Marie cambió el punto de mira y disparó para detener el avance.

De nuevo el centro de la línea de atacantes redujo su avance, mientras los demás se extendían a cada lado, desplegándose mucho más allá de cualquier punto que Harvey pudiera defender.

–Terminad de una vez -exclamó Harvey-. ¡Tenemos que salir de aquí!

Nadie puso inconvenientes. Vinge colocó dos cartuchos de dinamita en el hoyo debajo de la piedra y los selló con barro.

–¡Mirad! – gritó Barbara Ann, la amiga de Tommy Tallifsen. Horrorizada, señaló la colina opuesta,

donde habían estado al alba, bloqueando la carretera.

Un camión apareció en lo alto de la colina. Empezó a descender por la otra ladera, seguido de otro y otro más. Cuando los camiones llegaron al puente derribado, saltaron de ellos varios hombres con vigas y planchas de acero. Más camiones aparecieron en lo alto de la colina.

Harvey consultó su reloj. Habían retrasado los camiones enemigos en treinta y ocho minutos.

## EL VALLE DE LA MUERTE

*Señor, Señor, no me escucharás.*

*El coronel dijo: «¡Aguantad!» Pero no lo vamos a hacer,*

*Porque echamos a correr, Sí, pies para qué os quiero...*

*El Bugout Buggie*, balada prohibida del Ejército norteamericano

El procedimiento era siempre el mismo. Por muchas obstrucciones que el grupo de Harvey pusiera en la carretera, no podían detener al ejército de la Nueva Hermandad más de lo que tardaban en levantarlas. Si los muchachos de Randall hubieran podido defender activamente sus bloqueos, habrían podido detener el avance enemigo mucho más, pero no tenían posibilidades de hacerlo. La Nueva Hermandad utilizaba sus camiones para llevar a sus hombres lo más adelante posible; entonces sus tiradores se extendían por ambos flancos y avanzaban, amenazando con impedirle a Harvey la retirada. Y en una ocasión Harvey tuvo que retirarse.

Además, el enemigo puso en práctica una nueva táctica. Instalaron ametralladoras pesadas en uno de sus camiones, y los hicieron avanzar para disparar sobre los hombres de Harvey, desde una distancia que les hacía quedar fuera del alcance de los rifles. De ese modo Harvey no podría llevar a cabo adecuadamente la tarea de inutilizar la carretera, y ni siquiera podía disparar contra el enemigo, formado por fantasmas sin rostro a los que no era posible dañar, ni se podía detener. Su infantería continuaba avanzando, evitando a los defensores de Harvey, tratando siempre de rodearlos. Era una batalla a distancia, con pocos heridos, pero el avance de la Nueva Hermandad era implacable. Hacia media tarde habían avanzado unos veinte kilómetros hacia la fortaleza.

Trabajar y huir eran las tareas de Harvey. Y huir se estaba convirtiendo en un hábito. Una docena de veces Harvey deseó seguir avanzando, correr hacia la fortaleza y mandar al diablo los bloqueos de la carretera. Su mente elaboró una docena de excusas para salir huyendo.



–¡Es como si nada pudiera detenerlos! – gritó Tommy Tallifsen.

Se habían detenido en otra hilera de cerros. Según los mapas, el valle de abajo, donde los de la Nueva Hermandad se afanaban en retirar troncos de árboles, tapar agujeros, reparar la carretera con más rapidez de la empleada por Harvey para destruirla, se llamaba «Hondonada Hambrienta». El nombre parecía apropiado.

–Tenemos que intentarlo -dijo Harvey.

Tallifsen pareció dubitativo. Harvey sabía en qué estaba pensando. Todos estaban agotados, habían perdido cinco hombres, uno muerto de un tiro mientras trabajaba con la sierra, los otros cuatro desaparecidos. Tal vez habían huido, o los habían capturado, o herido, o estaban tendidos en las colinas. No lo sabían. No subieron a los camiones cuando llegó el momento de echar a correr, y la Nueva Hermandad estaba demasiado cerca para buscarles. Y huir se había convertido en un hábito. ¿Qué podían hacer ocho hombres exhaustos para detener a una horda que se abalanzaba hacia ellos como una marea?

–Oscurecerá dentro de un par de horas -dijo Harvey-. Entonces podremos descansar.

–¿Tú crees? – preguntó Tallifsen. Pero volvió al trabajo y se puso a cavar bajo otra roca, encima de la carretera. Otros la rodearon con el cable del torno. No disponían de suficiente dinamita para volar cada roca que encontraban.

Una hora antes de que oscureciera tuvieron que salir corriendo de la Hondonada Hambrienta y cruzar las colinas próximas. Cruzaron el riachuelo del Ciervo, deteniéndose tan sólo para encender la mecha de la dinamita que habían colocado allí. Cuando subieron a la siguiente colina vieron que ya había hombres allí.

Harvey tardó un momento en darse cuenta de que eran amigos. Steve Cox y cerca de un centenar de hombres habían sido enviados desde el rancho para defender aquella colina. Las fuerzas de la fortaleza ya habían dejado de huir. Ahora tendrían que disponerse a luchar. Cox había extendido sus fuerzas a lo largo de la colina, en trincheras. Harvey y sus muchachos, los pocos que le quedaban, podían descansar. Había incluso cena fría y un termo con té caliente.

–Tenemos los pies destrozados -le dijo Harvey a Steve Cox-. No seremos de mucha ayuda.

Cox se encogió de hombros.

–No importa. Dormid bien. Nosotros les tendremos a raya.

Harvey quiso decirle que era un estúpido. El enemigo contaba con un millar de hombres y ellos eran cien. Los otros iban armados hasta los dientes y nada podía detenerles.

–¿Has traído...? ¿Qué tal el trabajo de Forrester? ¿Tenéis algunas de sus superarmas?

—Granadas de termita. — Cox mostró a Harvey una caja que contenía unos objetos parecidos a terrones de arcilla cocida, con mechas adheridas. Cada uno tenía unos quince centímetros de diámetro, y una cuerda de nylon de unos sesenta centímetros—. Hay que encender la mecha y hacerla girar -dijo Cox-. Luego la arrojas.

—¿Funcionan?

—Desde luego -dijo Cox con entusiasmo-. Algunas explotan como bombas. Otras sólo se abren, pero aun así arrojan fuego a unos tres o cuatro metros. Verás el susto que van a dar a esos malditos caníbales.

—¿Pero y las demás armas? ¿El gas de mostaza?

Cox volvió a encogerse de hombros.

—Están trabajando en eso. Hardy dice que aún tardarán algún tiempo. Por eso estamos aquí.

En el valle de abajo, los primeros efectivos de la Nueva Hermandad habían alcanzado el puente en ruinas. El río del Ciervo estaba crecido, corría velozmente y el puente había desaparecido por completo. Los pocos hombres que habían tratado de vadearlo, desistieron rápidamente. El ejército de la Hermandad se detuvo y luego empezó a desparramarse por las orillas. Algunos hombres siguieron corriente arriba hasta perderse de vista. Otros dieron media vuelta y regresaron en dirección al mar, que se encontraba a varios kilómetros al oeste.

—Van a rodearnos -dijo Harvey nerviosamente.

—No. — Cox sonrió. Señaló corriente arriba, hacia la imponente Sierra-. Tenemos aliados allá arriba. Unos quince indios Tule, algunos de los refuerzos de Christopher. Tipos duros. Duerme un poco, Randall. No llegarán aquí ni esta noche ni mañana. Tenemos una buena posición. Los rechazaremos.

—Creo que Cox está loco -le dijo Harvey a Marie-. Yo he visto... Nosotros hemos visto luchar a la Nueva Hermandad. Él no.

—Han recibido nuestros mensajes por radio -dijo Marie. Se tendió en el asiento trasero del furgón-. Qué agradable es descansar. Podría dormir una semana entera.

—Yo también.

Pero Harvey no durmió. El furgón estaba aparcado en el extremo de la colina, al otro lado del río del Ciervo. Harvey había enviado a los muchachos a una granja próxima donde podrían descansar adecuadamente. Sabía que debería unirse a ellos, pero estaba preocupado. Había aprendido a respetar a quienquiera que se encontrara al frente de la Nueva Hermandad. El enemigo no había desperdiciado un solo hombre, nunca había expuesto temerariamente a los suyos, y sin embargo había avanzado más de veinte kilómetros en menos de un día.

El, en cambio, había gastado imprudentemente gasolina y municiones. Aquella era una guerra sin concesiones. El territorio de la Nueva Hermandad debía habersele quedado pequeño, y ahora tratarían de apoderarse de la fortaleza para tener nuevos suministros.

Con la llegada de la noche se levantó un viento frío, pero cesó la cellisca. Unas pocas estrellas aparecieron diseminadas por los claros entre nubes, puntos de luz parpadeantes demasiado alejados para reconocerlos como constelaciones. Harvey recordó una sauna caliente seguida de un chapuzón en el agua fría de una piscina, bajo un fuerte sol; se vio conduciendo el furgón por la ardiente belleza desierta de la Baja California, para nadar finalmente en un océano de aguas calientes como una bañera, nadando sobre las olas enormes de Hermosa Beach y tendiendo una toalla para echarse sobre una arena demasiado caliente para andar por ella.

Les llegaban desde el valle los ruidos de los camiones enemigos y de los hombres que movían objetos pesados. No había forma de saber qué estaban haciendo. Cox había dispuesto patrullas que vigilaban posibles infiltraciones, pero el mando enemigo seguía otra táctica: sus hombres disparaban sus armas a intervalos regulares, gritaban, lanzaban granadas y piedras al otro lado del río, y a menudo los rancheros respondían, disparando ciegamente a la oscuridad, con lo que perdían munición y sueño.

Harvey sabía que aquello era lo que pretendía la Hermandad, pero saberlo no le servía de ayuda. Durmió irregularmente, despertándose con demasiada frecuencia. Marie se agitó en el asiento, detrás de él.

—¿Estás despierto? —susurró.

—Sí.

—¿Quién era ese tipo del camión, el de los prismáticos? ¿Lo sabes?

—Probablemente el sargento, Hooker. ¿Por qué?

—Si le das un nombre asusta menos. ¿Crees que podemos ganar? ¿Es Hardy bastante listo para eso?

—Claro -dijo Harvey.

—Siguen avanzando. Como una máquina, una gran máquina trituradora.

Harvey se incorporó. En algún lugar estalló una granada, y Cox gritó que no gastaran munición.

—Esa es una imagen aterradora -dijo Harvey-. Por suerte no es la adecuada. No, no es como una máquina de triturar carne, sino una de esas estructuras cinéticas en las que el artista invita a una horda de periodistas a permanecer a su alrededor y beber mientras contemplan cómo la máquina se autodestruye.

La risa de la mujer pareció forzada.

–Bonita imagen, Harv.

Demonios, mi vida era la creación de imágenes, antes de dedicarme a partir piedras y destrozar carreteras. Solía pensar en las batallas como un juego de ajedrez, pero no son así. Es como esos montajes. El director, los realiza, sabiendo que las piezas se oprimirán unas a otras, y que no las domina todas. La mitad de ellas están controladas por un crítico de arte que le odia. Y cada uno de ellos trata de cerciorarse de que él se quedará con las piezas sobrantes cuando el juego haya terminado, por lo que tienen que repetirlo una y otra vez.

–Y nosotros somos algunas de las piezas -dijo Marie-. Espero que Hardy sepa lo que está haciendo.

Por la mañana aumentó la excitación en el campamento de la fortaleza. Durante la noche se había presentado Stephen Tallman, vicepresidente del Consejo de Tule, para decir que sus guerreros estaban atrincherados al este, y que había más en camino. Los rumores aumentaron. Se dijo que George Christopher iba a regresar y que tenía cien, doscientos, mil rancheros armados que había reclutado en las colinas. A todo el que lo pusiera en duda se le hacía callar.

Pero era cierto que había cincuenta indios al este, y todos los rancheros hablaban de lo duros que eran y de que serían unos grandes aliados. Se contaban otros relatos, uno de ellos sobre un intento nocturno de la Nueva Hermandad para atravesar el río del Ciervo, a ocho kilómetros corriente arriba, y cómo los indios de Tallman los habían rechazado y matado a docenas, y la Nueva Hermandad había huido. Cuando Harvey habló con los demás, no encontró a nadie que hubiera visto la batalla. Sólo algunos afirmaban haber hablado con alguien que había participado en ella. Todo el mundo tenía un amigo que había hablado con Tallman en persona, o con Stretch Tallisen, el cual estaba con los hombres del rancho enviados corriente arriba para defender el extremo occidental de la línea.

Siempre era así. Los nuevos combatientes eran demonios encarnados, que atacarían al enemigo como otras tantas máquinas de picar carne. Y los nuevos combatientes también pensaban siempre lo mismo. Pero podría ser cierto... A veces lo era... Tal vez ganarían, después de todo. La Nueva Hermandad sería detenida, y ni siquiera sería necesaria toda la fuerza de la fortaleza para hacerlo.

Al Este se disiparon las nubes, y el sol apareció con un brillo insólito. El día avanzó sin que sucediera nada. Los rancheros y la línea de tiradores de la Hermandad intercambiaban disparos esporádicos, de escaso efecto. Entonces...

Aparecieron camiones sobre la colina contraria. No parecían camiones. Tenían un aspecto extraño, pues les habían colocado delante unas grandes estructuras de madera. Bajaron la ladera a no demasiada velocidad, pues con todo aquel peso delante eran difíciles de manejar e inestables, pero avanzaron hacia el riachuelo crecido.

Al mismo tiempo, centenares de enemigos salieron de detrás de rocas y pliegues del terreno donde habían permanecido ocultos, y empezaron a disparar a cualquier cosa que se moviera. Los camiones con sus extrañas torres avanzaron hasta el borde del arroyo, y algunos de ellos atravesaron prados que debían estar demasiado embarrados, pero durante la noche la Hermandad había colocado rodadas de alambre y planchas para permitir que los camiones pudieran pasar sin hundirse en el barro.

Cuando llegaron al borde del arroyo las torres cayeron, formando puentes. Las fuerzas de la Hermandad avanzaron por ellos y se desparramaron al otro lado del arroyo. Otros se concentraron para disparar contra cualquier defensor de la fortaleza que osara mostrarse. Harvey oyó el sordo fragor que conocía de la guerra de Vietnam: eran morteros. Las bombas de mortero caían entre las rocas donde se ocultaban los rancheros de Cox, y cada vez eran más precisas. Alguien, al otro lado del río, la dirigía, y lo hacía bien. Cada vez que los hombres de Cox trataban de hacer frente a los que avanzaban, los morteros pronto los encontraban.

Más soldados de la Hermandad cruzaron el río, se desplegaron y avanzaron en una línea de casi dos kilómetros de longitud, y las tropas de Cox o bien retrocedían o eran alcanzadas. En poco más de media hora la línea defensiva del río había desaparecido, y Cox sólo mantenía la colina, e incluso allí los implacables morteros y ametralladoras, alejados del alcance eficaz del fuego de rifle, buscaba a los defensores y les obligaba a abandonar sus posiciones, mientras más fuerzas de la Hermandad avanzaban por las colinas, ocultándose detrás de las rocas, esquivando, saltando, avanzando siempre...

—¡Hormigas! —exclamó Harvey—. ¡Es un ejército de hormigas!

Supo que no podrían detener a los caníbales. Había estado locos al creer que sí. Y al ritmo que avanzaban, Cox perdería la mayor parte de sus hombres. Algunos grupos ya habían empezado a huir, unos arrojando sus armas, otros aferrándose todavía a ellas, deteniéndose de vez en cuando para disparar contra el enemigo. Pero la defensa ya no estaba organizada, y cada vez eran más los que lo veían así y sólo pensaban en salvarse. No había ningún lugar desde donde resistir. Toda posición estaba amenazada por un avance en algún otro punto, y los defensores no habían luchado ni vivido juntos, no tenían confianza en los hombres de la primera línea, los cuales podrían huir y dejar una brecha por donde penetrarían los vociferantes caníbales para impedirles definitivamente la retirada.

Una docena de hombres se aferraban al furgón de Harvey, se amontonaban dentro, subían a los guardabarros. Harvey lo puso en marcha. El riachuelo del Ciervo, que Cox había esperado defender todo el día, deteniendo incluso permanentemente a la Hermandad, había caído en menos de una hora y media.

El resto de la mañana fue una pesadilla. Harvey no pudo encontrar el camión. El único equipo que le quedaba estaba en el furgón, y sólo algunos de los rancheros de Cox estaban dispuestos a ayudarle. Finalmente llegaron refuerzos de la fortaleza, veinte hombres y mujeres con más dinamita, gasolina y sierras de cadena, pero nunca pudieron estar lo bastante alejados de las fuerzas de la Hermandad para hacer un trabajo eficaz.

Las tácticas de la Hermandad habían cambiado. Ahora, en lugar de desplegarse y flanquear las defensas, avanzaron en masa, acercándose. Querían hacer que las fuerzas de la fortaleza siguieran huyendo, y ahora su general estaba dispuesto a perder hombres para lograrlo.

Si Marie no hubiera estado con él, Harvey habría huido con el resto, pero ella no se lo permitiría. Insistió en que debían seguir cumpliendo con su misión, o por lo menos que se detuvieran y encendieran las mechas de las cargas que habían colocado dos noches antes, durante su avance. Una

vez se retrasaron demasiado y estuvieron a punto de sufrir un serio percance. Oyeron un estrépito y los fragmentos de la ventanilla trasera cayeron sobre ellos, un instante antes de que también se rompiera en mil pedazos el parabrisas. Una bala del calibre cincuenta había atravesado el furgón de parte a parte, y pasó entre Harvey y Marie, a pocos centímetros. La próxima vez que pararon, los rancheros que iban con ellos les abandonaron.

Fuera de sí, Harvey gritó a Marie.

—¿Por qué diablos eres tan... -Iba a decir «valiente», pero no terminó la frase, pues hubiera significado que él no lo era, que era un cobarde-. ¿Por qué eres tan decidida? – dijo finalmente.

Ella estaba cavando un hoyo para colocar la dinamita, su último cartucho. Alzó la vista y señaló la Sierra Alta.

—Mi hijo está allá arriba -le dijo-. Si no les detenemos, ¿quién lo hará? Este hoyo será suficiente. Dame la dinamita.

Harvey ya había conectado la mecha al extremo del cartucho. Se lo dio a Marie y ella lo introdujo en el hoyo, tapándolo con tierra y piedras.

—¡Ya es suficiente! – gritó Harvey-. ¡Salgamos de aquí!

Estaban en el extremo de un cerro bajo y no podían ver el avance del enemigo, pero Harvey no creía que estuvieran lejos.

—Todavía no -dijo Marie-. Tengo que hacer algo primero.

Se dirigió a lo alto del cerro.

—¡Vuelve aquí! ¡Te juro que te abandonaré! ¡Eh!

Ella no se volvió. Al cabo de un momento, Harvey soltó un juramento y la siguió colina arriba. La encontró colocando el fusil en posición para disparar, apoyada en una roca.

—Ahí abajo es donde pusiste el aceite y las minas. Antes hemos pasado sin parar.

—¡Teníamos que hacerlo! ¡Los teníamos en los talones!

Harvey pensó que todo aquello era inútil. Unas motos subían por la carretera. Llegarían a la colina en un minuto o dos.

Marie apuntó con cuidado y disparó.

—Bien -musitó, y disparó de nuevo-. Acabaría antes si tú también disparases -le dijo.

Harvey sabía que no podría alcanzar el barril de aceite situado a trescientos metros. Apoyó el rifle en una roca y apuntó a la primera moto que se acercaba. Disparó una y otra vez, sin acertar nunca, pero los motoristas aflojaron la marcha, se detuvieron y corrieron a cubrirse en la cuneta, para esperar a la infantería. Marie siguió disparando, lenta, cuidadosamente.

—Ya es suficiente -dijo por fin-. Vamos... La verdad es que no hay prisa, porque los hemos detenido.

Harvey cerró los puños y respiró hondo. Marie tenía razón. No había un peligro inmediato. Ahora el aceite se estaba derramando sobre la carretera y las motos no podrían avanzar.

Otra moto llegó al tramo cubierto de aceite. Resbaló y cayó a la cuneta, y el motorista gritó. Marie sonrió débilmente.

—Eso del aceite ha sido una buena idea -le dijo.

Harvey la miró asombrado. Marie Vanee había figurado en la junta directiva de media docena de instituciones benéficas; era la esposa de un banquero, había formado parte de la alta sociedad, y ahora sonreía ante aquel espectáculo de destrucción.

Un camión llegó a la capa aceitosa y se detuvo. Luego empezó a avanzar lentamente. Marie disparó y atravesó el parabrisas. El camión zigzagueó y quedó ligeramente de lado. Aceleró el motor y las ruedas giraron, pero no se movió.

Llegó otro camión detrás de él y empezó a rodear el obstáculo.

Una de las minas estalló y el camión quedó envuelto en llamas. En aquel momento Harvey sintió el impulso de gritar triunfalmente. Algo había salido bien. Aquellos individuos que se arrastraban para alejarse del camión en llamas, algunos de ellos también ardiendo, no eran personas, sino un ejército de hormigas, y el truco había funcionado...

Oyeron un estallido y un débil silbido. Algo estalló a veinte metros a su izquierda. Hubo otro estallido.

—¡Al coche! ¡Vámonos ya, maldita sea! —gritó Harvey.

—Sí, creo que ya es hora.

Marie le siguió. La segunda carga de mortero estalló en algún lugar detrás de ellos. Subieron al furgón y partieron riendo y gritando como niños.

Harvey sabía que aquello no era una gran victoria, pero había sido lo mejor del día. Ya no tenían que detenerse, hasta que llegaran a la siguiente barrera, un afluente del río Tule. Sería una barrera formidable una vez que hubieran volado el puente. Aquello debería detener a la Nueva Hermandad, pues más allá estaban las colinas que señalaban la entrada a la fortaleza. El Tule era su línea defensiva más importante.

Salieron de una curva y bajaron hacia el valle del Tule... No encontraron el puente. Ya había sido volado.

Harvey se acercó a las ruinas del puente y miró el río crecido. Tenía treinta metros de anchura, era profundo y corría velozmente.

—¡Eh! — gritó.

Al otro lado del río, uno de los policías de Hartman salió de su escondite detrás de unos troncos.

—Dijeron que habíais muerto -les dijo.

—¿Qué hago ahora? — preguntó Harvey.

—Sea lo que sea, hazlo rápido -dijo Marie-. No deben estar muy lejos de nosotros...

—Id corriente arriba -gritó el policía-. Tenemos hombres allá arriba. No os olvidéis de avisar por radio de vuestra llegada.

—De acuerdo. — Harvey hizo girar el furgón y enfiló la carretera del condado en dirección a la reserva india Tule-. Pon en marcha la radio -le dijo a Marie-. Diles que los informes de nuestra muerte han sido muy exagerados.

A un par de kilómetros la carretera cruzaba el río Tule. Una docena de hombres trabajaban con palas en los cimientos del puente. Harvey se aproximó cautelosamente, pero ellos le saludaron con la mano. Se acercó hasta detenerse.

Parecían rancheros, pero estaban más morenos y no parecían sufrir los efectos de varios meses sin luz solar. Harvey se preguntó si la falta de vitamina D podría afectarles. La vida en un medio frío y nuboso producía palidez.

Uno de los trabajadores dejó de cavar y se acercó al furgón.

—¿Es usted Randall?

—Sí. Oiga, la Nueva Hermandad debe estar detrás de nosotros...

—Sabemos dónde están -dijo el hombre-. Alice puede verlos, y tenemos una radio. Tiene usted que subir a la montaña Turtle y ayudarla a observar. Busque un lugar donde pueda ver el valle sin dejar de estar en comunicación con ella por radio.

—De acuerdo. Gracias. Me alegro de que estén de nuestro lado.

El indio sonrió.



–Yo creo que son ustedes los que están de nuestro lado. Buena suerte.

Su anterior buen humor se había desvanecido. Avanzaron por una carretera cada vez más difícil, llena de barro, rocas caídas y surcos profundos. Harvey conectó la tracción trasera del furgón. A medida que ascendían todo el valle apareció ante su vista. Hacia el sudoeste estaba el ramal sur del Tule, y el cruce de la carretera y el puente que acababan de abandonar. El afluente se dirigía al noroeste, hacia los restos del lago Success, donde se unía con el Tule.

Unas colinas separaban los ramales del Tule. Eran las colinas que defendían la fortaleza. Desde el lugar en que se encontraban Harvey y Marie podían ver la línea defensiva del jefe de policía Hartman: trincheras, pozos de tiradores y búnkeres contruidos con troncos. Hacia el sur del valle las defensas eran menos compactas, y no parecían adecuadas. Sólo las colinas altas daban la impresión de estar bien defendidas. Harvey pensó que era una clásica defensa encostrada. El enemigo sólo tenía que perforarla y no habría nada que pudiera detener su invasión de toda la fortaleza.

Al oscurecer resultó claro el plan del enemigo. Trajeron sus camiones, las tropas se atrincheraron y encendieron grandes fogatas a la vista de la fortaleza. Parecían descansados y confiados, y Harvey supo que durante la noche habían estado trabajando en los puentes. Finalmente se hizo de noche y las colinas quedaron en silencio.

–Bien, ya no podemos ver nada más -dijo Harvey-. Ahora si que no tenemos nada que hacer.

Marie se movió inquieta a su lado. En la oscuridad no era más que una presencia, de forma indeterminada. Pero Harvey era cada vez más consciente de que Marie Vanee estaba muy cerca y que los dos se hallaban apartados del mundo hasta que saliera el sol. Su memoria le tendió una sucia trampa, mostrándole a Marie Vanee unas semanas antes de la caída del cometa, cuando recibió a Harvey y Loretta a la puerta de su casa. Llevaba esmeraldas y un traje de noche de un verde muy vivo escotado casi hasta el ombligo. Su cabello ostentaba fantásticas circunvoluciones. Recordó su amable sonrisa y el abrazo que le dio antes de hacerles pasar. Su mente superpuso aquella imagen al oscuro bulto que estaba a su lado, y el silencio se hizo realmente incómodo.

–Puedo pensar en algo -dijo ella en voz baja.

–Si no es el sexo, será mejor que me lo digas ahora.

Ella no respondió. Harvey se deslizó hacia ella y la atrajo. Se oyó una serie de crujidos, pues ninguno de los numerosos bolsillos de la chaqueta de Marie estaba vacío. Ella rió y se quitó la chaqueta, mientras él se desprendía de la suya, con sus bolsillos no menos abultados.

Entonces el terror del día y el peligro de mañana, la lenta y horrible muerte de un mundo y el próximo fin de la fortaleza, pudieron olvidarse en la frenética entrega del uno al otro. El hueco para los pies ante el asiento del pasajero se llenó de ropas, y Harvey arrojó las suyas detrás del volante. El asiento del pasajero no estaba diseñado para aquello, pero se unieron con cuidado y delicadeza, y luego mantuvieron la posición, él medio recostado en el asiento del pasajero y ella arrodillada ante él, con el rostro por encima del suyo. Cada uno notaba el aliento del otro en la mejilla.

–Me alegro de que pensaras en algo -dijo él finalmente, ya que no podía decirle que la amaba.

–¿Nunca lo habías hecho en un coche?

–Sí, claro. Pero entonces era más flexible.

–Yo nunca lo había hecho.

–En general se usa el asiento de atrás, pero...

–El asiento de atrás está lleno de cristales rotos -concluyó Marie.

Ambos sintieron de nuevo la tensión al recordar la bala del calibre cincuenta y la lluvia de fragmentos de cristal. Marie había tenido que desprenderse de las diminutas astillas mientras él conducía. Pero había una forma de olvidar.

Y más tarde se repitió aquella forma de olvidar, con el mismo frenesí. Harvey pensó que no se sentían atraídos el uno por el otro, pero que cada uno se lanzaba en los brazos del otro a causa del miedo a lo que había fuera. Hicieron el amor con el oído aguzado por si oían disparos, pero lo hicieron. Hasta cuando se hace en malas condiciones es bueno.

Harvey se despertó antes del alba. Estaba tapado con la manta del asiento de atrás, pero no recordaba haberla cogido. Permaneció despierto, sin moverse, con los pensamientos confusos.

–Hola -le dijo Marie en voz baja.

–Hola. Creí que estarías dormida.

–Hace un rato que estoy despierta. Descansa un poco más.

Harvey lo intentó, pero le dolían demasiado los músculos que había esforzado en exceso la noche anterior, y sentía punzadas de su conciencia, la cual al parecer no había sido informada de que era un viudo cuya nueva mujer le había abandonado por un astronauta. Se propuso rechazar aquellos pensamientos, pero aun así no pudo dormir, y se incorporó.

–Vaya, parece que hemos sobrevivido a la noche.

–Yo no te hice trabajar tanto.

Debía haber una nota de falsedad en su propia risa, o... Ella le conocía desde hacía largo tiempo. Se volvió hacia él en la oscuridad.

–No estás preocupado por Gordie, ¿verdad? Eso ha terminado. Ya se ha buscado nueva compañera, y no se necesita un juez para que diga cuándo un matrimonio ha terminado.

Harvey no había pensado en Gordie.

—¿Qué harás ahora? — le preguntó él-. Cuando todo esto haya terminado.

Ella se rió.

—No haré de cocinera. Pero te agradezco que me trajeras a este valle. Es mucho mejor que cualquier cosa que yo hubiera podido encontrar por mí misma. — Se quedó un momento en silencio, y oyeron un ruido en el exterior: un búho había atrapado un conejo-. Ahora el mundo es sólo de los hombres, y supongo que habré de casarme con alguno importante. Siempre me ha importado mucho la condición social, y no veo por qué he de cambiar ahora. De hecho, hay más razones que nunca. Los músculos cuentan. Buscaré a un líder y me casaré con él.

—¿Y quién podrá ser ese líder?

—Desde ayer tú eres un líder, un hombre importante. — Se deslizó hacia él y le rodeó con un brazo. Entonces soltó una carcajada-. ¿Por qué estás tan tenso? ¿Soy tan aterradora? Pobre Harvey. Sé exactamente qué estás pensando. Piensas en la obligación. Has seducido a la muchacha y deberías casarte con ella, y sabes muy bien que no te podrás resistir si realmente me lo propongo... ¿Lo ves?

Sus manos acariciaron lugares íntimos de Harvey.

Vivir con Loretta no le había preparado para aquella clase de guerra. La besó fuertemente (¡no podía reírse de Harvey Randall!) y sostuvo el beso (porque era muy agradable y, qué diablos, Maureen tenía ya a su hombre alado) hasta que ella se retiró.

—No he sido muy amable contigo -le dijo ella-. No te preocupes, Harv, no voy detrás de ti. No saldría bien. Me conoces demasiado. No importa lo que hemos hecho. Aunque hubiéramos aprendido realmente a amarnos, siempre tendrías dudas. Nos pelearíamos, jugaríamos al dominador y el dominado...

—Estaba pensando en algo así.

—No te comprometas a nada. No lo necesito. Me gustaría que fuéramos amigos.

—Claro. A mí también me gustaría. ¿Quién es tu verdadero objetivo?

—Oh, voy a casarme con George Christopher.

Harvey se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Lo sabe él?

—Claro que no. Todavía cree que tiene posibilidades con Maureen. Me habla de ella siempre que

puede. Y yo le escucho.

—¿Qué te hace suponer que no se casará con Maureen?

—No seas tonto. Ella os tiene a ti y a Johnny Baker para elegir. Nunca se casará con George. Si no se conocieran de toda la vida, si él no hubiera sido su primer amor, ni siquiera le tendría en cuenta.

—¿Y yo?

—Tú tienes una posibilidad, pero la de Baker es mejor.

—Sí. Supongo que sería estúpido preguntarte si estás enamorada de George.

Marie se encogió de hombros. El pudo notarlo en la oscuridad.

—El estará seguro de que le quiero -dijo ella-. Y nadie más intervendrá. Lo de esta noche no se repetirá, Harvey. Eso ha sido... algo especial. El hombre adecuado en el momento propicio. Yo siempre... Dime, ¿en todos esos años en que hemos vivido como vecinos, nunca te has sentido tentado de pasar por casa, alguna tarde, cuando Loretta estaba fuera y Gordie en el banco?

—Sí, pero no lo hice.

—Muy bien. No habría ocurrido nada, pero siempre me preocupó que ni siquiera lo intentaras. Bueno, durmamos un poco.

Marie dio media vuelta y se arrebujó en la manta.

Pobre George, pensó Harvey. O tal vez debería considerarle afortunado. Si él no la hubiera conocido tan bien... «Maldita sea, aún me siento tentado. George, no lo sabes, pero estás a punto de ser un hombre feliz.» Si viviera lo suficiente. ¡Si Marie viviera!

Al alba la Sierra se tiñó de rojo. Los vientos soplaban a ráfagas. La niebla se levantó en el valle de San Joaquín.

Cuando el sol estuvo alto pudieron comprobar que más de un centenar de hombres de la Nueva Hermandad habían cruzado durante la noche. Se estaban concentrando cerca de la vieja cuenca del lago Success, y se encaminaban al puente destruido, echando a un lado la línea defensora de la fortaleza. Los morteros de la Hermandad empezaron a disparar, obligando a los defensores a retirarse valle arriba, hacia las colinas.

La retirada fue ordenada pero constante.

—A mediodía serán dueños del valle -dijo Harvey-. Creía, esperaba, que resistieran más. Por lo menos no corren como conejos.

Ella asintió, pero siguió informando de las posiciones enemigas por la radio. No había nada más que hacer.

Alice parecía aterrada cada vez que hablaba, pero de todos modos les pedía los informes.

Harvey pensó que era inútil. Miró el mapa, tratando de encontrar un camino hacia la Sierra que no pasara por los lugares que ocupara el enemigo, o donde la Nueva Hermandad estaría pronto.

—Están reparando el puente -informó Marie-. Disponen de troncos grandes y mucha gente para transportarlos.

—¿Cuánto tardarán en pasar los camiones? — preguntó Alice a través de la radio.

—No más de una hora.

—Quédate a la escucha -dijo Alice-, tengo que informar al señor Hardy.

La radio quedó en silencio.

—Mal asunto -comentó Harvey. Trató de sonreír-. Parece como si, después de todo, sólo fuéramos a quedar tú y yo. Tal vez podremos subir allá arriba y buscar a los chicos. No creo que tenga que pelearme con Gordie por ti...

—Calla y vigila -dijo Marie. Parecía asustada, y Harvey no podía culparla por ello.

Tardaron algo más de una hora en tender el puente. Luego una columna de camiones, encabezados por las camionetas descubiertas en cuyas plataformas habían montado ametralladoras, avanzaron hacia las líneas defensivas. El enemigo subió por las carreteras del valle. Otros camiones transportaban los morteros, mientras grupos de trabajo cavaban emplazamientos para ellos. El ejército de la Hermandad se extendió por el valle, trató de avanzar hacia las colinas y se retiró cada vez que les hacían frente. Tenían mucho tiempo, y ahora la noche estaría de su lado. Podrían infiltrar hombres entre las rocas, por las colinas, en la misma fortaleza.

El día se hizo más cálido, pero no para Harvey y Marie. El viento que se levantaba del mar de San Joaquín traía el frío de la Sierra. A lo largo de la mañana nublada el enemigo siguió avanzando. A mediodía habían alcanzado el extremo del valle y empezaban a subir las laderas hacia las últimas defensas.

—Permaneced a la escucha -dijo Alice. Ahora parecía excitada, no atemorizada.

—¿Para qué? — quiso saber Harvey.

—Para vigilar e informar -dijo Alice-. Por eso estáis ahí. No puedo ver...

Algo sucedía en las colinas. Unos hombres habían empujado una cosa enorme, que parecía un vagón,

lo empujaron y cayó rodando por la ladera, hasta detenerse a unos cientos de metros del puente reparado. Permaneció allí, inmóvil durante treinta segundos... y estalló. Surgió una nube inmensa y el viento la llevó hacia el puente y más allá, hasta cubrir a los atacantes.

Desde todas las colinas, salían volando unos objetos que caían lentamente. Los hombres empujaban pesadas estructuras de madera, cajas provistas de largos brazos que lanzaban diminutos objetos negros con una trayectoria curva.

—¡Catapultas! — gritó Harvey.

Lo eran, en efecto. Harvey no sabía con qué las hacían funcionar. Probablemente con cuerdas de nylon, tal vez con los cabellos donados por las mujeres cartaginesas...

Las catapultas no tenían mucho alcance, pero no lo necesitaban. Arrojaban unos tarros que, al chocar y romperse, producían una humareda amarilla. El viento arrastraba aquel humo por el valle, donde avanzaba el enemigo. Los hombres de la Nueva Hermandad gritaron aterrorizados. Arrojaban sus armas, corrían desesperados, se desgarraban las ropas, se lanzaban al río para ser arrastrados por la corriente. Luchaban por pasar al otro lado del puente, y desde las colinas los rifles disparaban sin cesar, derribando a los que huían. Las catapultas vertían una lluvia continua de tarros ardientes, renovando la mortífera humareda amarilla.

—¡Están huyendo! — A Harvey se le quebró la voz mientras gritaba por el micrófono-. ¡Están cayendo como moscas! Dios mío, por lo menos hay quinientos de ellos ahí abajo.

—¿Qué les ocurre a los que no han cruzado el río? — La voz era de Alice Cox, pero la pregunta debía ser de Hardy.

—Están cargando los camiones.

—¿Y sus armas? ¿Las abandonan?

Harvey exploró con los prismáticos.

—Sí. No han recogido todos los morteros... Ahí va uno de sus camiones.

Harvey se estremeció. La camioneta, con una carga de hombres jadeantes y aterrados, bajó por la carretera a toda velocidad y no redujo la velocidad al llegar al puente. Doce hombres cayeron desde el puente al agua, y la camioneta siguió adelante, abandonando a su suerte a los que habían caído.

—En ese camión llevaban dos ametralladoras -informó Harvey-. Parece que se marchan.

El gas no había cubierto el valle por completo, y algunos miembros de la Nueva Hermandad pudieron escapar. Muchos huían gritando, desarmados, pero Harvey vio que otros se detenían, buscaban una ruta y partían llevando armas pesadas. Se llevaron dos de los morteros antes de que las catapultas cerraran aquella vía de escape. Harvey informó de las zonas todavía expeditas, y minutos más tarde

contempló como lanzaban recipientes de gas a cada una de ellas.

—Algo sucede corriente arriba -gritó Harvey-. No puedo ver...

—No se preocupe por eso -dijo Alice, y preguntó-: ¿Está libre de gas la carretera que lleva a la reserva?

—Espera un segundo... Sí.

—Espera.

Poco después bajaron unos camiones por aquella carretera. Transportaban indios de Tallman y más rancheros. Harvey creyó reconocer a George Christopher en uno de los camiones. Avanzaron en busca del enemigo en desbandada, pero se detuvieron en lo alto de la colina, más allá del cruce de carreteras. Ahora le tocaba a la fortaleza desplegarse y explorar, buscar puntos débiles, limpiar las carreteras...

Entretanto, detrás de ellos el valle se había convertido en un mundo irreal. Su extraña atmósfera teñida de amarillo era mortal para los hombres desprovistos de trajes especiales. Su fauna había sido transfigurada: los cuadrúpedos se movían lentamente y los hombres eran una especie de reptiles, algunos armados con agujones metálicos, cada vez más torpes en sus movimientos hasta que la mayoría parecían quedar en hibernación y muy pocos se movían. Se arrastraban como caracoles sobre sus vientres y avanzaban a paso de caracol hacia el río, dejando tras de sí regueros rojos. Los peces del río surgieron momentáneamente a la superficie, con una agilidad increíble, pero de repente dejaron de moverse y flotaron con las aletas inútiles oscilando en la corriente.

Cuando llegó la noche, el silencio era el de un mundo muerto y desierto.

## LOS RESULTADOS

*Desde el Lejano Oriente os envió un solo pensamiento, una única idea, escrita en rojo en todas las cabezas de playa desde Australia hasta Tokyo: «No hay nada igual a la victoria.»*

General Douglas MacArthur

Estaba demasiado oscuro para ver. Un viento frío soplaba desde la Sierra. Harvey se volvió hacia Marie.

—Victoria.

—¡Sí! ¡Lo conseguimos! ¡Dios mío, Harvey, estamos a salvo!

La oscuridad le impedía ver su rostro, pero Harvey sabía que debía sonreír como una idiota.

Puso en marcha el furgón. Alice le había dicho que se mantuviera alejado del valle y de la carretera principal. Tenían que dirigirse a la fortaleza por la polvorienta cañada. Cambió de marcha y avanzó cautelosamente. La luz de los faros iluminaba el camino, bastante nivelado, pero la inclinación hacia la izquierda era pronunciada, y Harvey sabía que se estaban hundiendo en la superficie de barro. Sería fácil caer por el borde. Era terrible pensar que podrían morir después de que hubiera terminado la batalla, pero no era más que una mala carretera, y Harvey ya había pasado por muchas iguales o peores.

Se sintió alegre. Tenía que refrenar los deseos de acelerar el motor. Nunca había tenido con tal intensidad la sensación de estar vivo. Rodearon la montaña y cruzaron la colina que marcaba el inicio de las posesiones del senador. Entonces aceleró y condujo a través del barro a toda velocidad, por encima de los surcos y los baches, peligrosamente. El furgón brincaba como si compartiera su alegría.

Corrieron como si huyeran de algo. Harvey lo sabía, y sabía también que si pensaba en ello, en lo que había visto, no sentiría alegría sino una tristeza infinita. Allá, en aquel valle donde se había librado la batalla, había centenares de personas de todas las edades, hombres, mujeres, muchachos, arrastrándose con los pulmones destrozados, dejando regueros de sangre que habían sido visibles a través de los prismáticos hasta que las sombras piadosas de la noche cayeron sobre la tierra: los moribundos, los que habían sobrevivido al fin del mundo.

—Harvey, no puedes pensar en ellos como personas.

—¿Tú también piensas en eso?

—Sí, un poco. ¡Pero estamos vivos! ¡Hemos ganado!

El furgón dio un brinco en lo alto de un pequeño altozano, y las cuatro ruedas abandonaron brevemente el suelo, pero a Harvey no le importó.

—Hemos luchado nuestra última batalla -gritó-. Se acabó la guerra. — Se sintió lleno de euforia. El mundo volvía a ser un lugar encantador. Que los muertos enterraran a los muertos. Harvey Randall estaba vivo, y el enemigo derrotado.— ¡Salud a los héroes que regresan! Pero, diablos, tú has sido más heroica que yo. Yo hubiera echado a correr si no hubieses estado ahí para impedírmelo. Pero no pude. El orgullo viril... Los hombres no pueden huir si les observan las mujeres. No sé por qué hablo tanto. ¿Por qué no dices nada?

—¡Porque no me das ocasión de hacerlo! — gritó Marie, risueña-. Ninguno de los dos huimos, y hubiera sido fácil... -Rió nuevamente-. Y ahora, amigo, vamos a recoger el premio tradicional para los héroes. Maureen. Te la has ganado.

—Es curioso, pero pensaba en eso. Sin embargo, George volverá...



—Tú deja a George para mí -dijo Marie-. Después de todo, también merezco mi premio.

—Creo que estoy celoso de él.

—Qué lástima.

El buen humor les duraba cuando llegaron a la casa de piedra del senador y entraron en su interior. Había mucha más gente. Al Hardy, borracho, pero no de alcohol, sonreía como un bobo mientras los demás le daban palmaditas en la espalda. Dan Forrester parecía cansado, ensimismado e infeliz, y nadie hacía caso de aquél talante; le alababan, le daban las gracias y le dejaban con su humor: que gozara u odiara, que estuviera triste o alegre. Los magos pueden hacer lo que les venga en gana.

Faltaban muchos. Podrían contarse entre los muertos o tal vez haber huido, sin saber que ya nadie les amenazaba. Los vencedores estaban demasiado cansados para pensar en ellos. Harvey buscó a Maureen y se acercó a ella. No sentían deseos lujuriosos, sino una infinita ternura, y se tocaron como niños.

No se celebró ninguna fiesta. Pocos minutos después finalizó la reunión. Algunos se dejaron caer en sillones y durmieron, otros regresaron a sus casas. Ahora Harvey no sentía nada, salvo la necesidad de descansar, dormir, olvidar todo lo que había ocurrido aquel día. No era la primera vez que veía aquella reacción. Recordó los hombres que regresaban de una patrulla en Vietnam, pero él mismo no lo había sentido: vacíos de energía, de emoción, capaces de excitarse unos breves momentos para quedar luego más agotados todavía.

Se despertó recordando que habían ganado. Los detalles habían desaparecido. Había tenido sueños, vívidos y mezclados con los recuerdos de los últimos días, y a medida que los sueños se desvanecían, así lo hacían también los recuerdos, dejándole sólo la palabra... ¡Victoria!

Estaba tendido en el suelo de la sala de estar, sobre una alfombra y tapado con una manta. No tenía idea de cómo había llegado allí. Tal vez había hablado con Maureen y luego se había derrumbado en el suelo. Todo era posible.

Había ruidos en la casa, gente que se movía, olores de comida. Harvey saboreó los sonidos, los olores y las sensaciones de la vida. Las nubes grises que veía a través de la ventana parecían infinitamente detalladas, vividas y brillantes como la luz del sol. Los trofeos de bronce de las paredes eran una maravilla que necesitaba investigación. Consideraba un tesoro cada momento de la vida y lo que podía aportar.

Gradualmente desapareció aquella sensación, dejándole hambriento. Se levantó y vio que la misma alfombra de la sala de estar parecía un campo de batalla. Los hombres yacían allí donde la fatiga los había hecho tenderse. Algunos habían aguantado lo suficiente para hacerse con una manta. Harvey extendió su propia manta sobre Steve Cox, acurrucado contra el frío, y salió, dejándose guiar por los olores del desayuno.

La luz del sol inundaba la estancia. Maureen Jellison contempló incrédula aquel brillo. Temía saltar de la cama. El sol brillante podría ser un sueño, y en ese caso quería saborearlo. Finalmente se convenció de que estaba despierta. No se trataba de una ilusión. El sol entraba por la ventana, cálido, amarillo y brillante. Haría una hora que había salido. Ella pudo notar el calor sobre sus brazos cuando descorrió las cortinas.

Fue despertando del todo. Pensó en el terror, la sangre y la fatiga mortal. Los recuerdos del día anterior corrían como una película a cámara rápida. El horror de la mañana, cuando las fuerzas de la fortaleza tuvieron que actuar con rapidez, retirarse lentamente, dejando que los de la Hermandad entraran en el valle pero no llegaran jamás a las colinas. La retirada gradual que no podía parecer demasiado evidente, con soldados a los que no se había podido explicar el plan de combate por temor a que pudieran capturarlos. Finalmente, el pánico generalizado, cuando todos habían huido.

—Cuando corres, ellos se agrupan y te siguen -había dicho Al Hardy-. Los informes de Randall lo dejan muy claro. El comandante se rige por el manual. Así lo haremos nosotros también, hasta cierto punto.

El problema había radicado en mantenerse en terreno alto, de manera que la Hermandad permaneciera en el valle; dejar paso libre por el valle hasta que un número suficiente de miembros de la Hermandad hubieran cruzado el puente. ¿Cómo podían lograr que los rancheros lucharan y no echaran a correr hasta que se les diera la señal? Hardy había elegido la solución más simple al problema. «Si te quedas ahí resistiendo -le dijo-, algunos permanecerán contigo. Son hombres.»

A Maureen no le gustó aquella decisión, pero no hubo tiempo de enmendarle la plana a Hardy. Y luego resultó que había tenido razón. Maureen sólo tenía que hacer gala de su propio valor. Para una persona que, como ella, no estaba segura de que quisiera vivir, aquello le había parecido tarea sencilla. Pero cuando estuvo realmente bajo el fuego, empezó a tener sus dudas.

Recordó los horrores que había visto. Algo desgarró el costado de Roy Miller. Este trató de taponar la herida con el brazo, el cual cabía en la brecha entre las costillas desgarradas. Maureen sintió ganas de vomitar... y en su último momento Roy miró a su alrededor y vio la expresión de Maureen.

Un proyectil de mortero estalló detrás de Deke Wilson y dos de sus hombres. Estos rodaron por el suelo y quedaron tendidos en posturas que hubieran sido muy incómodas si no hubiesen estado muertos. Pero Deke huyó, moviendo los brazos frenéticamente, bajando por la colina, como un polluelo que aprendiera a volar, hacia la penumbra amarillenta del valle.

Joanna MacPherson se volvió para gritar a Maureen. Una bala silbó a través de su cabello, por el espacio donde un instante antes había estado su cráneo, y el mensaje de Joanna resultó extrañamente obsceno.

Un fragmento de metal procedente de la explosión de un mortero alcanzó la bomba de mostaza de Jack Turner cuando se disponía a lanzarla. Sus amigos y su cuñada corrieron hacia él, pero Jack Turner perdió el equilibrio, cayó dentro de la nube amarillenta y se ahogó.

Pudgy Galadriel, del Shire, hizo girar su honda, dio un paso adelante y lanzó una botella de gas

nervioso colina abajo. El movimiento complementario después del lanzamiento fue demasiado largo, y Galadriel quedó de pie como la Victoria Alada, sin cabeza. Maureen vio manchas negras ante sus ojos. Se apoyó en una roca y logró mantenerse firme.

Una cosa era permanecer en lo alto de un risco y jugar a su placer con la idea de arrojarse al vacío (¿Pero habría tenido el valor de hacerlo o no era más que una comedia? Ahora nunca lo sabría). Otra cosa muy distinta era contemplar a la pobre y afable Galadriel desplomarse arrojando sangre por el cuello cercenado, y luego, sin pararse a mirar si alguien la observaba, recoger su honda y la botella de gas nervioso y hacer girar aquella cosa mortífera por encima de su cabeza, recordando en el último segundo que debía volar en dirección tangente y no en la dirección que señalaba la honda cuando la soltara, arrojándola contra la horda de caníbales que seguía avanzando hacia ellos. De repente, Maureen Jellison encontró muchas razones por las que vivir. Los cielos grises, los vientos fríos, las ráfagas de nieve, la perspectiva de un invierno de hambre... Todo aquello se había desvanecido. Maureen se percató de algo muy simple: si uno puede sentir terror, es que quiere vivir. Era extraño que nunca lo hubiera comprendido antes.

Se vistió rápidamente y salió al exterior. El brillante sol había desaparecido. Maureen no podía ver el astro, pero el cielo brillaba, y las nubes parecían mucho más delgadas que de costumbre. ¿Habría sido al final un sueño la luz del sol? No importaba. El aire era cálido y no llovía. El arroyuelo que pasaba cerca de la casa estaba muy crecido, y el agua gorgoteaba alegremente. Era agua fría, apropiada para las truchas. Los pájaros se lanzaban contra el arroyo, piando intensamente. Maureen bajó por el camino que llevaba hasta la carretera.

No había tráfico. Antes lo había habido, cuando se llevaron a los heridos de la fortaleza al antiguo centro de convalecencia que servía como hospital del valle, y más tarde el tráfico se reanudaría, cuando los heridos menos graves fueran transportados en carros tirados por caballos, pero de momento la carretera estaba libre. Maureen caminó por ella a buen paso, atenta a cada imagen y sonido: los golpes de un hacha en la colina, la ráfaga rojiza producida por un mirlo alirrojo que se ocultó entre unos arbustos, los gritos de los niños que cuidaban de los cerdos de la fortaleza que pastaban en los bosques.

Los niños se habían adaptado rápidamente a la nueva situación. Un adulto de edad avanzada hacía de maestro. Los niños eran una docena o más, y cuidaban de la piara de cerdos con dos perros pastores: escuela y trabajo a la vez. Un tipo de escuela distinto, con lecciones diferentes. Lectura y aritmética, desde luego, pero también otros conocimientos: conducir a los cerdos hasta las deposiciones de los perros (éstos, a su vez, comían parte de los desperdicios humanos), y llevar siempre un cubo para recoger el estiércol de los cerdos, que debían entregar por la noche. Otras lecciones versaban sobre la manera de atrapar ratas y ardillas. Las ratas eran importantes en la nueva ecología. Había que mantenerlas alejadas de los graneros de la fortaleza, trabajo que corría principalmente a cargo de los gatos, pero las ratas eran útiles, porque encontraban su propio alimento, eran comestibles, con sus pieles se confeccionaban ropas y zapatos, y con sus huesos pequeños se hacían agujas. Había premios para los niños que capturasen más ratas.

Cerca del pueblo estaban los depósitos de aguas fecales, donde los excrementos animales y humanos se echaban en unas calderas con virutas de madera y serrín. El calor de la fermentación lo esterilizaba

todo, y los gases calientes se enviaban por tuberías que pasaban por debajo del ayuntamiento y el hospital para formar parte del sistema de calefacción, y luego se condensaban. El metanol resultante, alcohol de madera, servía como combustible para los camiones que recogían los desperdicios, y aún sobraba algo para otros trabajos. El sistema no estaba completo, pues necesitaban más tuberías y condensadores, y el trabajo absorbía a demasiados obreros cualificados, pero Hardy podía sentirse merecidamente orgulloso de sus primeras realizaciones. Para la primavera tendrían una gran cantidad de fertilizante altamente nitrogenado procedente de los residuos de las calderas, con una absoluta esterilización y listo para los cultivos que plantarían, y habría suficiente metanol con que alimentar los tractores para el pesado trabajo inicial de arar la tierra.

Maureen pensó que lo habían hecho bien. Pero era mucho más lo que quedaba por hacer. Tenían que construir molinos de viento y de agua, plantar cultivos, construir una forja. Hardy había encontrado un viejo libro sobre el trabajo del bronce y los métodos para fundirlo con arena, pero aún no habían tenido tiempo para ponerlo en práctica. Ahora tendrían tiempo, cuando ya no pesaba sobre ellos una amenaza de guerra. No habría más guerras, como había dicho Harvey Randall cuando volvió al rancho después de la batalla.

No sería fácil. Maureen miró las nubes, que se estaban oscureciendo. Deseaba que la luz del sol se abriera paso, no porque quisiera ver el sol de nuevo, aunque sí lo quería, sino porque sería muy apropiado, un símbolo de su éxito final. Sin embargo, no había más que las nubes gradualmente oscuras, pero ella se negó a dejar que la deprimieran. Sería muy fácil caer de nuevo en su negro talante desesperado.

Harvey Randall había tenido razón: evitar a la gente aquel sentimiento de impotencia y fatalidad valía todos los esfuerzos. Pero primero era preciso evitárselo uno mismo. Había que mirar de manera realista este nuevo y terrible mundo, saber qué podía reservarle y desafiarlo. Entonces uno podría ponerse manos a la obra.

Al pensar en Harvey recordó a Johnny Baker, y se preguntó qué le habría ocurrido a la expedición que fue a la central nuclear. Ahora todos deberían estar a salvo. Con la Nueva Hermandad derrotada, la central nuclear no sufriría ningún daño, ahora que habían repelido aquel primer intento de ataque, pero...

Su último mensaje había llegado tres días atrás.

Tal vez se había producido un segundo ataque. Desde luego, la radio callaba. Maureen se estremeció. Tal vez se les había estropeado y no podían comunicarse, o quizás estaban muertos. No había manera de saberlo. Johnny habría estado en primera línea... y destacaba demasiado...

Maureen se dijo que el silencio se debería sin duda a una avería de la radio. Debía rechazar el pesimismo y mantenerse ocupada. Bajó por la ladera, en dirección al hospital.

Alim Nassor no podía recobrar el aliento. Estaba sentado, apoyado en la pared de la caja del camión. No podía tenderse, porque se ahogaría. De todos modos tenía los pulmones llenos de gas. Habían

fallado. La Hermandad había sido derrotada, y Alim Nassor era hombre muerto.

Swan y Jackie ya no existían, y también había muerto la mayor parte de la banda, a causa de las nubes de gas amarillo asfixiante que quemaba como fuego. Sintió las manos de Erika que movían un paño sobre su rostro, pero no pudo centrar la mirada en ella. Era una buena mujer, una mujer blanca, pero que se había quedado con Alim, le había ayudado a salir de aquel infierno cuando los demás huyeron. Si pudiera hablar...

Notó que el camión reducía la marcha, y oyó que alguien gritaba un santo y seña. Habían llegado al nuevo campamento, y alguien había organizado centinelas. ¿Sería Hooker? Alim creía que el Gancho estaba vivo. No había cruzado el río. Estaba al frente de los morteros, y en aquella posición debió hallarse a salvo, a menos que le capturasen durante la persecución. Alim se preguntó si quería que Hooker estuviera vivo. Ya nada importaba. El Martillo había matado a Alim Nassor.

El camión se detuvo junto a una fogata. Alim sintió que le bajaban y le colocaban cerca del fuego, y se sintió mejor. Erika estaba a su lado, y alguien le trajo una taza de caldo caliente. Era demasiado difícil decirles que estaban desperdiciando un buen caldo, que ya no se despertaría la próxima vez que durmiera. Moriría ahogado por sus propias flemas. Tosió con fuerza, tratando de aclarar sus pulmones para poder hablar, pero le dolió demasiado y renunció a hacerlo. Gradualmente oyó una voz.

—¡Y habéis desafiado al Señor Dios de los Ejércitos! ¡Habéis puesto vuestra fe en las armas, vosotros, Angeles del Señor! ¡Estrategia! ¿Para qué necesitan estrategia los Angeles? ¡Poned vuestra fe en el Señor Dios Jehová! ¡Realizad su obra! Cumplid su voluntad, hermanos míos. Destruid la ciudadela de Satán, como lo quiere Dios, y entonces podréis lanzaros a la conquista!

La voz del profeta azotaba a Alim.

—¡No lloréis por los caídos, pues han caído al servicio del Señor! Grande será su recompensa. ¡Oh, vosotros, ángeles y arcángeles, escuchadme! ¡Este no es tiempo de tristeza! ¡Es tiempo de seguir adelante en el nombre del Señor!

—No -jadeó Alim, pero nadie le oyó.

—Podemos hacerlo -dijo una voz cerca de él.

Alim tardó un momento en reconocer a Jerry Owen. Este prosiguió:

—No tienen gas venenoso en la central nuclear, y aunque lo tuvieran ya no importaría. Llevaremos todos los morteros y rifles sin retroceso en la gabarra y volaremos las turbinas. Acabaremos de una vez con la central nuclear.

—¡Golpead, en el nombre de Dios! – gritaba Armitage.

Ahora hubo algunas respuestas. Alguien gritó «¡Aleluya!», y otro exclamó «¡Amén!». Al principio las reacciones eran inciertas, pero a medida que Armitage hablaba se hicieron más entusiastas.

–Mierda -dijo alguien. Tenía que ser el sargento Hooker. Alim no pudo volver la cabeza para mirarle-. Alim, ¿me oyes?

Alim asintió levemente.

–Dice que oye -dijo Erika-. Déjale en paz. Tiene que descansar. Ojalá duerma un poco.

¡Dormir! Dormir acabaría con él fatalmente. Cada vez que respiraba era una lucha, un esfuerzo de voluntad. Si se relajaba un momento dejaría de respirar.

–¿Qué diablos hago ahora? – le preguntó Hooker-. Eres el único hermano con el que puedo hablar.

Las palabras se formaron en los labios de Alim. Erika las tradujo.

–Pregunta cuántos hermanos quedan.

–Diez -dijo Hooker.

Diez negros. ¿Serían los últimos negros del mundo? Claro que no. África debía seguir existiendo, ¿o no? Pero no había visto ningún rostro negro entre sus enemigos. Tal vez no había más en California. Musitó algo de nuevo.

–Dice que diez no son suficientes -dijo Erika.

–Sí. – Hooker se inclinó para hablarle a Alim al oído. Nadie más pudo oírle-. Tengo que quedarme con este predicador -le dijo-. Dime, Alim, ¿está loco? ¿Tiene razón? Ya no sé qué pensar.

Alim meneó la cabeza. No quería hablar de aquello. Armitage hablaba de nuevo, del paraíso que aguardaba a los caídos. Sus palabras se mezclaban con los pensamientos vagos y lentos que se arrastraban por la conciencia de Alim. El paraíso. Tal vez fuera cierto. Quizás aquel loco predicador tuviera razón. Era mejor creerlo así.

–Conoce la verdad -musitó Alim.

El calor del fuego era casi agradable. La oscuridad aumentaba en su cabeza, a pesar de los atisbos de sol matutino que había creído ver antes. Las palabras del predicador atravesaron la oscuridad.

–¡Atacad ahora, Angeles! ¡Hoy mismo, en esta misma hora! ¡Es la voluntad de Dios!

Lo último que Alim oyó fue el grito del sargento Hooker.

–¡Amén!

Cuando Maureen llegó al hospital, Leonilla Malik la cogió del brazo y la condujo a una sala.

–He venido para ayudar -dijo Maureen-, pero quería hablar con los heridos. Uno de los muchachos Tallifsen estaba en mi grupo y...

–Ha muerto -dijo Leonilla, sin ninguna emoción en la voz-. Su ayuda me iría bien. ¿Ha usado alguna vez un microscopio?

–No desde las clases de biología en el instituto.

–No olvide cómo se hace -dijo Leonilla-. Primero necesito una muestra de sangre. Siéntese aquí, por favor. – Sacó una aguja hipodérmica de una olla a presión-. Es mi autoclave -explicó-. No es muy bonito, pero funciona.

Maureen se había estado preguntando qué habría ocurrido con las ollas a presión del rancho. Hizo una mueca cuando la aguja, que estaba embotada, le perforó la piel del brazo. Leonilla extrajo la sangre y cuidadosamente la vertió en un tubo de ensayo procedente de un juego infantil de química.

La rusa introdujo el tubo en un calcetín, que tenía cosido un trozo de cuerda de nylon, y Leonilla lo usó para hacer girar velozmente el tubo de ensayo por encima de su cabeza.

–Estoy centrifugando -le dijo-. Le muestro cómo hacer esto y así usted podrá realizar luego parte del trabajo. Necesitamos más ayuda en el laboratorio. – Siguió haciendo girar el tubo-. Ya está. Hemos separado las células del plasma. Ahora extraemos el plasma, así, y metemos las células en una solución salina. – Trabajaba rápidamente-. Aquí, en el estante, tenemos células y plasma de pacientes que necesitan sangre. Cotejaré la suya con la de ellos.

–¿No quiere saber su grupo sanguíneo? – preguntó Maureen.

–Sí, en seguida. Pero de todos modos he de hacer las pruebas. No conozco los grupos sanguíneos de los pacientes y no tengo manera de arreglarlo, y este sistema es más seguro, aunque resulta muy incómodo.

La habitación había sido un despacho. Hacía poco que pintaron las paredes y estaban muy limpias. La mesa de oficina sobre la que trabajaba Leonilla estaba inmaculada.

–Ahora -dijo Leonilla- coloco muestras de sus células en una muestra del suero del paciente, y las células del paciente en el suyo, y miramos por el microscopio.

El microscopio también era una pieza de un juego infantil. Alguien había incendiado el instituto de la localidad antes de que Hardy hubiera pensado en enviar una expedición para recoger material científico.

–Es muy difícil trabajar con esto -dijo Leonilla-, pero funcionará. Ha de tener mucho cuidado con el foco. – Aplicó el ojo al microscopio-. Ah, células cilíndricas. No puede ser donante de este paciente. Mire, así lo sabrá.

Maureen miró por el microscopio. Al principio no vio nada, pero manejó el foco y en seguida recordó cómo se hacía. Pensó que Leonilla tenía razón. Esas cosas no se olvidan nunca una vez aprendidas. Recordó que no era necesario cerrar el otro ojo, pero lo hizo de todos modos. Cuando el instrumento estuvo bien enfocado vio las células sanguíneas.

—¿Se refiere a esas pequeñas pilas, como fichas de póquer?

—¿Fichas de póquer?

—Como platitos...

—Sí, son formaciones cilíndricas. Indican agrupamiento. Ahora dígame cuál es su grupo sanguíneo.

—El A -dijo Maureen.

—Muy bien. Lo señalaré. Tenemos que usar estas tarjetas de archivo, una para cada persona. Anoto en su tarjeta que su sangre hace que se amontonen las células de Jacob Vinge, y anoto lo mismo en la tarjeta de éste. Ahora probamos con otros. — Repitió el procedimiento dos veces más-. Bien, puede usted ser donante de Bill Darden. Lo anotaré en sus tarjetas respectivas. Ahora ya conoce el procedimiento. Aquí están las muestras, claramente etiquetadas. Cada una debe cotejarse con las otras, comprobando qué donante corresponde a cada paciente. Luego podremos cotejar los donantes entre sí, aunque esto no es tan perentorio. Tendremos así los datos por si algún día hemos de hacer una transfusión a alguno de ustedes...

—¿No tiene que extraer sangre para Darden?

Maureen trató de recordarle. Se había incorporado hacía poco a la fortaleza, y le dejaron pasar porque su madre vivía allí. Había estado peleando en el grupo del jefe de policía Hartman.

—Ya le he hecho una transfusión -dijo Leonilla-. El donante fue Rick Delanty. No tenemos forma de almacenar la sangre completa. Cuando Darden necesite más la avisaré. Ahora he de volver a la sala general. Si quiere ayudar de veras, puede seguir haciendo esas pruebas.

Maureen estropeó la primera prueba, pero cuando procedió con más cuidado descubrió que no era un trabajo difícil, sino aburrido. Los olores de las cercanas aguas fecales no contribuían precisamente a hacer la tarea más agradable, pero no se podía hacer nada por evitarlo. Necesitaban el calor de las calderas de fermentación. Al hacer pasar los gases por el ayuntamiento y el hospital, la calefacción les salía gratis, pero a costa de los malos olores.

Una vez Leonilla entró y extrajo la muestra y la tarjeta de un paciente. No dio explicaciones. No era necesario. Maureen cogió la tarjeta y leyó el nombre. Era una de las niñas Aramson, de dieciséis años, herida al arrojar una bomba de dinamita.

—Con penicilina hubiera podido salvarla -dijo Leonilla-. Pero no hay, y jamás la habrá.



–¿No podemos fabricarla? – preguntó Maureen.

–Sulfamidas, quizá, pero no los demás antibióticos. Eso requiere más equipo del que podemos tener en muchos años. Una regulación precisa de la temperatura, centrifugado a altas velocidades. No, tenemos que aprender a vivir sin penicilina. – Hizo una mueca-. Eso significa que un simple corte descuidado puede ser una sentencia de muerte. Hay que hacer comprender eso a la gente. No podemos ignorar la higiene y los primeros auxilios. Lavar todos los cortes. Y pronto se nos acabará la vacuna contra el tétanos, aunque eso quizá podría hacerse. Quizá.

La ballesta era grande, y se tensaba con una ruedecilla. Harvey Randall la giró con esfuerzo y colocó un dardo largo y delgado en el arma. Miró a Brad Wagoner.

–Tengo la impresión de que debería ponerme una máscara negra.

Wagoner se estremeció.

–Termina con eso -le dijo.

Harvey apuntó con cuidado. La ballesta estaba colocada en un gran trípode, y tenía un buen punto de mira. Estaban en un cerro sobre el Valle de la Batalla. Pensó que aquel nombre se mantendría. Apuntó la ballesta a una figura inmóvil, abajo. La figura se movió ligeramente. Harvey comprobó la posición por el punto de mira y se hizo a un lado.

–De acuerdo -dijo. Soltó la cuerda.

Los muelles de acero del arco vibraron y el dardo, de más de un metro de largo, salió disparado. Era una delgada varilla de acero con plumas en el extremo. Siguió una trayectoria plana y se clavó en la figura de abajo, la cual movió las manos convulsamente y quedó inmóvil. No habían visto su rostro. Al menos, aquel no había gritado.

–Hay otro más -dijo Wagoner-. A unos cuarenta metros a la izquierda. Yo me encargaré de ese.

–Gracias.

Harvey apartó la mirada. Aquello era demasiado personal. Los rifles irían mejor, o las metralletas. Una metralleta era muy impersonal. Si uno mata a alguien con una ametralladora, puede persuadirse de que lo ha hecho el arma. Pero la ballesta tenía que tensarse con la fuerza muscular. Sí, demasiado personal.

No se podía hacer otra cosa. Entrar en el valle significaba la muerte. Durante la fría noche el gas mostaza se había condensado, y a veces eran visibles pequeños estratos del gas amarillo. Nadie podía entrar en aquel valle. Podían abandonar a los enemigos heridos, o matarlos. Por fortuna todos los heridos de la fortaleza habían sido recogidos antes del ataque con el gas, pero Harvey sabía que Al

Hardy hubiera ordenado el ataque aunque no todos hubiesen estado a salvo. Para aquel fin podían ahorrarse munición de rifle y ametralladora. Los dardos de la ballesta eran recuperables. Después de una buena lluvia, o tras algunos días de calor, el gas se dispersaría.

Sería un buen fertilizante, lo mismo que los cadáveres. El valle de la Batalla sería una tierra fértil la próxima primavera. Ahora era un matadero.

Harvey trató de recordar el júbilo que había sentido la noche anterior, la sensación de estar vivo cuando se despertó por la mañana. Aquel trabajo era horrible, pero necesario. No podían abandonar al sufrimiento a los heridos de la Hermandad. De todos modos morirían pronto. Era mejor matarlos limpiamente.

Y aquella habría sido la última guerra. Ahora construirían una civilización. La Hermandad les había ahorrado trabajo, al limpiar gran parte de la zona cercana a la fortaleza. Ya no sería necesario enviar una gran expedición en misión de rescate. Harvey pensó en lo que podrían encontrar, en las maravillas que lograrían llevar a casa.

Cuando oyó el ruido del arco, Harvey se volvió. Era su turno. Que Brad descansara un momento.

Maureen terminó su trabajo con las muestras de sangre y fue a visitar a los heridos. Resultó duro, pero no tanto como había esperado. Y supo por qué: los casos más desesperados ya no estaban. Habían muerto. Maureen se preguntó si les habrían ayudado a fallecer. Leonilla, el doctor Valdemar y su esposa psiquiatra, Ruth, conocían sus límites, sabían que muchos que habían inhalado gas mostaza o recibido balazos en el vientre estaban condenados, porque carecían de los medicamentos y el equipo necesarios para salvarlos. Además, los afectados por los gases de mostaza acabarían ciegos en su mayoría. ¿Habían participado los médicos en el fallecimiento de aquellas personas? Maureen no quería preguntarlo.

Salió del hospital.

En el ayuntamiento se preparaban para celebrar una fiesta, la conmemoración de la victoria. Maureen pensó que se la merecían. Podían llorar a los muertos, pero tenían que seguir viviendo, y aquellas personas habían trabajado, habían dado su sangre y muerto por aquel instante: para la celebración que significaba el fin de la guerra, que lo peor había pasado y ahora era tiempo de reconstruir.

Joanna y Rosa Wagoner gritaban de alegría. Habían conseguido encender una lámpara.

—¡Funciona! — exclamó Joanna-. Hola, Maureen. Hemos conseguido que una lámpara arda con metanol.

Aquella lámpara no daba mucha luz, pero era suficiente. En un extremo de la gran estancia central con las paredes forradas de libros, algunos niños preparaban cuencos de ponche. Había vino de moras y una caja de coca-cola que alguien había salvado. Habría comida, principalmente cocido, excelente si uno no se paraba a pensar lo que contenía. Las ratas y ardillas no eran en realidad muy diferentes del

conejo. No habría muchas verduras en el cocido. Las patatas eran escasas y muy valiosas. Pero había copos de avena. Dos muchachos exploradores de Gordie Vanee habían bajado de las montañas con avena, cuidadosamente clasificada: los granos más raquíuticos para comer, los mejores para guardarlos como semillas. La Sierra estaba llena de avena silvestre.

No debían olvidar que Escocia había creado una cocina nacional a base de avena. Aquella noche sabrían cuál era el sabor del *haggis* escocés.

Maureen pasó al salón, donde mujeres y niños colocaban adornos, trapos de vivos colores usados ahora como colgaduras, cualquier cosa que diera ambiente festivo. En un extremo del salón estaba la puerta que daba acceso al despacho del alcalde.

Allí estaban su padre, Al Hardy, el alcalde Seltz y George Christopher, con Eileen Hamner. Su conversación cesó abruptamente cuando ella entró. Maureen saludó a George y él le respondió, pero parecía algo nervioso, como si de alguna manera se sintiera culpable en su presencia. ¿O acaso eran imaginaciones suyas? Pero no imaginaba el silencio de la estancia.

—Seguid con lo que hacíais -les dijo.

—Estábamos hablando de... cosas -dijo Al Hardy-. No sé si te interesarían...

Maureen se echó a reír.

—No te preocupes por eso. Seguid.

Si se empeñaban en seguir tratándola como a una princesa, que lo hicieran. Pero se iba a enterar de lo que sucedía.

—Bien, es un tema un tanto desagradable -dijo Al Hardy.

—¿Ah, sí?

Maureen se sentó al lado de su padre. Este no tenía buen aspecto. Maureen sabía que no sobreviviría al invierno. Los médicos de Bethesda le habían dicho que tenía que tomarse las cosas con mucha más calma... pero eso era imposible. Puso la mano sobre el brazo del senador y sonrió.

—Diles que no me pasará nada.

La sonrisa de su padre se ensanchó.

—¿Estás segura, pequeña?

—Sí. Puedo representar mi papel.

—Díselo, Al.

–Sí, señor. Es sobre los prisioneros. ¿Qué hacemos con ellos?

–No he visto muchos de sus heridos en el hospital -dijo Maureen-. Creía que habría más...

Hardy asintió.

–Al resto los estamos... Nos ocupamos de ellos. Los que nos preocupan son los cuarenta hombres y las seis mujeres que se rindieron. – Alzó una mano y señaló las posibilidades con los dedos-. Veo las siguientes alternativas. Una. Podemos admitirlos como ciudadanos...

–Nunca -gruñó George Christopher.

–Dos. Podemos tratarlos como esclavos. Tres, podemos dejarlos en libertad. Cuatro, podemos matarlos.

–Tampoco los dejaremos libres -dijo George-. Si lo hiciéramos, se unirían de nuevo a la Hermandad. No podrían ir a otra parte. Y la Hermandad es todavía mayor que nosotros, no lo olvides. Pueden volver a presentar batalla. Tienen líderes, algunos camiones, morteros... Cierto que capturamos algunas de sus armas, pero siguen estando ahí. – Sonrió ferozmente-. Sin embargo, apuesto a que nunca volverán a meterse con nosotros. – Se quedó un momento pensativo-. Esclavos. Hay muchas cosas que podríamos hacer con esclavos.

–Sí. – Hardy hizo un gesto de asentimiento-. Podrían ocuparse de los trabajos más pensados. Girar bombas compresoras para que tengamos refrigeración, fuerza muscular para los tornos manuales, pulir vidrio para lentes, incluso tirar de arados. Hay mucho trabajo que nadie quiere hacer...

–Pero la esclavitud es horrible -protestó Maureen.

–¿Tú crees? ¿Te parecería mejor si lo llamásemos condena a trabajos forzados? ¿Serían sus vidas mucho peores de lo que eran cuando formaban parte de la Hermandad? ¿O peor que los condenados en las prisiones antes de que cayera el Martillo?

–No -dijo Maureen-. No estoy pensando en ellos, sino en nosotros. ¿Queremos ser la clase de gente que tiene esclavos?

–Entonces matémoslos y terminemos de una vez -dijo George Christopher-. Porque puedes estar segura de que no vamos a dejarlos sueltos, ni dentro ni fuera.

–¿Por qué no podemos dejarles en libertad? – quiso saber Maureen.

–Ya te lo he dicho -dijo George-. Volverán con los caníbales...

–¿Tan peligrosa es ahora la Hermandad? – preguntó ella.

–Para nosotros no -dijo Christopher-. No volverán aquí.

–Y supongo que para la primavera no quedarán muchos -añadió Al Hardy-. No están muy organizados para el invierno. Y si lo están, los que capturamos no lo saben.

Maureen trató de reprimir la sensación que la amenazaba.

–Es bastante horrible -dijo.

–Hay que pensar en lo que podemos permitirnos -dijo el senador Jellison en voz baja, para no gastar energía-. Las civilizaciones pueden permitirse la moralidad y la ética. Pero ahora no es mucho lo que podemos permitirnos. Podemos ocuparnos de nuestros heridos, pero mucho menos de los suyos. Todo lo que podemos hacer por ellos es librarlos de su desgracia. ¿Qué podemos hacer con los demás prisioneros? Maureen tiene razón. No podemos volvernos bárbaros, pero puede que nuestras capacidades no estén a la altura de nuestras intenciones.

Maureen dio unas palmaditas a su padre en el brazo.

–Eso es lo que estuve pensando esta última semana. ¡Pero si no podemos permitirnos mucho, hemos de trabajar para que podamos! Lo que no nos atreveremos a hacer es acostumbrarnos a hacer el mal. Hemos de detestarlo, aunque no podamos hacer otra cosa.

–Eso no soluciona lo que hemos de hacer con los prisioneros -dijo George Christopher-. Voto por matarlos. Lo haré yo mismo.

Maureen supo que nada le haría salir de su determinación, que nunca comprendería. Pese a todo, a su manera era un buen hombre. Compartía todo cuanto tenía. Trabajaba más que cualquier otro, y no lo hacía sólo para sí mismo.

–No -dijo Maureen-. De acuerdo, no podemos dejarles libres ni podemos admitirlos como ciudadanos. Si lo único que podemos permitirnos es la esclavitud, tengámoslos como esclavos y hagámosles trabajar para que podamos permitirnos algo más. Pero no les llamaremos esclavos, porque así es muy fácil pensar como un dueño de esclavos. Podemos hacerles trabajar, pero les llamaremos prisioneros de guerra y les trataremos como tales.

Hardy pareció confundido. Nunca había visto a Maureen tan segura de sí misma. Miró al senador, pero no vio en éste más que el aspecto de un hombre mortalmente fatigado.

–De acuerdo -dijo Al-. Eileen, tendremos que organizar un campamento de prisioneros de guerra.

## LA DECISIÓN FINAL

*El campesino es él hombre eterno, independiente de todas las culturas. La religiosidad del verdadero campesino es más antigua que el cristianismo, sus dioses son más viejos que los de cualquiera de las religiones superiores.*

Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*

La camioneta no era nueva cuando cayó el cometa. En los meses transcurridos desde entonces, parecía haber envejecido muchos años. Se había abierto paso a campo través y por las aguas del nuevo mar. Hedía a pescado. No había sido posible conservarla, y la lluvia continua había producido en poco tiempo una corrosión de años. Medio ciego, con un solo faro en funcionamiento, el vehículo parecía saber que su época estaba muerta. Gruñía, renqueaba, y a cada salto de sus desvencijados amortiguadores, Tim Hamner sentía una punzada de dolor en la cadera.

Cambiar de marchas era lo peor. Su pierna derecha no llegaba al embrague. Utilizaba la izquierda, y era como si un punzón de picar hielo se clavara en el hueso. Sin embargo, avanzaba por la carretera llena de baches, compensando el traqueteo con la necesidad de correr.

Cal Christopher estaba de guardia en la barricada, armada con una metralleta militar. En la otra mano tenía una botella de whisky, y parecía borracho: reía, daba traspiés, hablaba por los codos.

—¡Hamner! ¡Me alegro de verte! — Ofreció la botella a través de la ventanilla—. Anda, toma un trago. ¡En! ¿Qué le pasa a tu cara?

—Es arena -dijo Tim-. Oye, llevo tres heridos detrás. ¿Puede conducir alguien por mí?

—Aquí sólo estamos dos. Los demás están celebrando la victoria. Habéis ganado, tíos. Oímos que tuvisteis una pelea y ganasteis...

—Los heridos -dijo Tim-. ¿Hay alguien en el hospital?

—Supongo que sí. También hemos tenido heridos aquí. ¡Pero ganamos! ¡No se lo esperaban, Tim, fue magnífico! Los potingues de Forrester acabaron realmente con ellos. No dejarán de huir hasta que...

—Dejaron de huir, y no tengo tiempo para hablar, Cal.

—Bien, de acuerdo. Todo el mundo lo está celebrando en el ayuntamiento, y el hospital está al lado, así que tendrás toda la ayuda que quieras. Puede que no estén sobrios, pero...

—Abre la barricada, Cal. No puedo ayudarte. Yo también estoy herido.

—Oh, lástima.

Cal apartó el tronco y Tim avanzó. La carretera estaba oscura y en ninguna de las casas había

iluminación. No transitaba nadie, pero el camino era mejor, pues los baches habían sido tapados. Rodeó una curva y vio el pueblo.

El ayuntamiento brillaba tenuemente en la oscuridad. Todas las ventanas estaban iluminadas por la luz de velas y linternas. No era una visión impresionante tras haber visto la magnífica iluminación de la central nuclear, pero aún así se notaba que estaban de fiesta. El edificio era demasiado pequeño para albergar a tanta gente, y muchos estaban en la calle, a pesar de las breves ráfagas de nieve. La gente se agrupaba para protegerse del frío y el viento, pero podía oír sus risas. Tim aparcó delante del centro de convalecencia.

Al bajar de la cabina, la gente que estaba fuera del ayuntamiento se acercó a él. Uno de ellos corría tambaleándose. Era Eileen, con su amplia y familiar sonrisa.

—¡Cuidado! —gritó Tim. Pero era demasiado tarde. Eileen se abalanzó sobre él y le abrazó fuertemente, riendo, mientras él trataba de mantener el equilibrio de los dos. Sintió un dolor lacerante en el hueso—. Cuidado, por favor. Hay un trozo de metal en mi cadera.

Ella retrocedió como si se hubiera quemado.

—¿Qué ha ocurrido? —Vio la expresión de Tim y su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un proyectil de mortero. Estalló ante nosotros. Estábamos en la torre de enfriamiento, con la radio. La explosión destrozó la radio y al policía, ¿cómo se llamaba?... Sí, Wingate, y yo estaba entre ellos, Eileen, en el medio. No recibí más que el impacto de la arena de uno de los sacos y esa cosa en la cadera. ¿Estás bien?

—Muy bien. Y tú también, ¿verdad? Puedes caminar. Estás a salvo, gracias a Dios. — Antes de que Tim pudiera interrumpirla, ella prosiguió: ¡Hemos ganado, Tim! Debemos haber matado a la mitad de los caníbales, y los restantes todavía están huyendo. ¡George Christopher los persiguió hasta una distancia de ochenta kilómetros!

—No volverán a atacarnos -dijo alguien, y Tim se dio cuenta de que estaba rodeado de gente. El hombre que había hablado era un desconocido, un indio por su aspecto. Ofreció a Tim una botella-. Es el último whisky irlandés del mundo -le dijo.

—Deberías guardarlo para el café irlandés -rió uno de los presentes-, pero ya no hay café.

La botella estaba casi vacía. Tim no bebió.

—¡Hay heridos en la parte trasera de la camioneta! —gritó-. ¡Necesito camilleros! ¡Camilleros y camillas!

Algunos se dirigieron al hospital.

Eileen fruncía el ceño, más confundida que triste. No dejaba de mirar a Tim para asegurarse de que

estaba allí, de que estaba bien.

—Oímos hablar del ataque a la central, pero los vencisteis. Ningún herido...

—Ese fue el primer ataque -dijo Tim-. Nos atacaron de nuevo. Esta tarde.

—¿Esta tarde? — El indio parecía incrédulo-. Pero iban huyendo. Los perseguimos.

—Pues dejaron de huir -dijo Tim.

Maureen le habló al oído.

—Maureen querrá saber qué ha sido de Johnny Baker.

—Ha muerto.

Ella le miró, sorprendida.

Llegaron hombres con las camillas. Los heridos estaban en la caja de la camioneta, envueltos en mantas. Uno de ellos era Jack Ross. Los hombres que transportaban las camillas se detuvieron sorprendidos al ver a los otros. Ambos eran negros.

—Son policías del alcalde Allen -les dijo Tim.

Quería ayudar a transportarlos, pero ya le resultaba bastante difícil aguantarse de pie. Encontró el bastón que le habían dado los pescadores de Horrie y lo utilizó para ayudarse mientras cojeaba hacia el hospital.

Leonilla Malik los condujo a una sala con calefacción. Una gran mesa de oficina hacía las veces de mesa de operaciones. Dejaron las camillas en el suelo y la doctora efectuó un examen rápido y cuidadoso de los heridos. Primero examinó a Jack Ross. Le auscultó, frunció el ceño, cambió el estetoscopio de lugar, luego alzó una mano y presionó fuertemente la uña del dedo pulgar. Se volvió blanca y no varió. En silencio, Leonilla le tapó la cabeza con la manta y pasó al siguiente.

El policía estaba consciente.

—¿Puede entenderme? — le preguntó Leonilla.

—Sí. ¿Es usted la astronauta rusa?

—Sí. ¿Cuántas veces le hirieron?

—Seis, con metralleta. Me arden las tripas.

Mientras la doctora buscaba el pulso al herido. Tim salió cojeando de la estancia. Eileen le siguió y le



cogió del brazo.

—¡Estás herido! Quédate aquí.

—No tengo hemorragia. Puedo volver luego. Alguien tiene que informar a George sobre su cuñado. Y tengo que hacer otra cosa. Necesitamos refuerzos en seguida.

La expresión de Eileen fue elocuente. Allí nadie deseaba oír aquella clase de noticias. Habían luchado y ganado, y no querían oír hablar de más lucha.

—No había ningún médico en aquella central -dijo Tim-. Nadie quiso quitarme ese trozo de hierro.

—¡Vuelve al hospital! — le ordenó Eileen.

—Ya lo haré, pero los policías están peor que yo. La enfermera de la central echó sulfamida a la herida y la cubrió con gasa estéril. Estaré bien por algún tiempo. Tengo que hablar con Hardy.

Le resultaba difícil mantener sus ideas en orden. Le ardía la herida de la cadera, y el dolor le confundía.

Dejó que Eileen le ayudara a recorrer la escasa distancia hasta el ayuntamiento. De nuevo se vieron rodeados de gente.

—¿Qué ha ocurrido, Hamner? — le preguntó Steve Cox, el capataz de Jellison.

—Déjale en paz -gritó alguien-. Deja que nos lo diga a todos a la vez.

—Hamner -le llamó otro-: ¿Vas a beber eso?

Tim descubrió la botella semivacía aún en su mano y la entregó al que le había preguntado.

—¡Eh! — gritó Steve Cox-. Devuélvesela. Vamos, hombre, bebe con nosotros. ¡Hemos ganado!

—No puedo. Tengo que hablar con el senador y con Hardy. Necesitamos ayuda. — Notó que Eileen se ponía rígida. Los otros le miraron como lo había hecho ella. Le odiarían por darles malas noticias-. No podemos resistir otro ataque -dijo Tim-. Nos han hecho demasiado daño.

—No, tiene que haber terminado -susurró Eileen. Tim la oyó.

—Creías que todo había terminado -le dijo Tim.

—Todo el mundo lo cree. — El rostro de Eileen mostró una inmensa desolación, pero no conmovió a Tim Hamner-. Nadie quiere volver a luchar -concluyó ella.

—¡No tendremos que hacerlo! — gritó Joanna MacPherson con su voz aguda y clara-. ¡Destrozamos a

esos hijos de perra, Tim! – Se acercó a él y le pasó el otro brazo alrededor de su hombro-. No quedan suficientes para luchar. Verás como cada uno irá por su lado y pretenderá no haber oído hablar jamás de la Hermandad. Pero no les servirá de nada, porque los conocemos. – Joanna había probado el sabor de la sangre. De repente preguntó-: ¿Está bien Mark?

–Sí, está bien. – Tim empezaba a darse cuenta de la situación. Convencerles sería una tarea inútil. Pero tenía que hacerlo, debían comprender-. Está más sano, alegre y limpio que tú -añadió-. En la central tienen duchas calientes y máquinas de lavar.

Aquello podría servir de ayuda.

En una habitación cercana a la sala de reuniones del ayuntamiento, Rick Delanty discutía con Ginger Dow, que parecía decidida a llevarle a casa con ella. La situación parecía divertir a Ginger de una manera indecente.

–Oye, no estás obligado a casarte conmigo.

Rick no respondió y ella se echó a reír. Era una mujer robusta, de unos treinta y cinco años, que se había cepillado sus largos cabellos castaños hasta sacarles brillos, tal vez por primera vez desde la caída del cometa.

–Si te gusta, puedes mudarte, y si no te vas por la mañana. A nadie le importará. Esto no es Mississippi, ¿sabes? Probablemente no hay más mujeres negras que las caníbales en muchos kilómetros a la redonda.

–Bien -dijo Rick-, admito que toda esta situación me pone nervioso. Pero no es sólo eso. Estoy de luto.

Rick no hubiera estado tan nervioso si él y Ginger no trataran de alzar sus voces por encima del jolgorio en la sala vecina. Alguien cantaba.

## **Nunca se afeitaba las patillas**

*de su duro pellejo;*

*¡Golpeaba bien las cerdas*

*y las mordía cuando estaban dentro!*

La sonrisa de Ginger se apagó un poco.

—Todos estamos de luto por alguien, Rick. No hemos de obsesionarnos por eso. La última vez que vi a Gil, mi marido, iba camino de Porterville para almorzar con su abogado. Y ¡zás! Creo que la presa se los cargó a los dos.

*Vi a mi amigo talador*

*Abriéndose paso por la nieve,*

*Alegre en su regreso a casa,*

*¡A diez bajo cero!*

—No es el momento de estar de luto -le dijo ella-, sino de celebrar la victoria. — Hizo un mohín con la boca-. Hay muchos hombres, muchos más que mujeres, y ninguno me dijo nunca que fuera fea.

—No eres fea -le dijo Rick. ¿Quería la cabellera del astronauta para su colección o la del hombre negro? ¿O acaso iba a la caza de marido? Rick se sintió halagado, pero los recuerdos de la casa de El Lago eran demasiado vividos. Abrió la puerta de la habitación.

*El viento trató de helarle,*

*Hizo cuanto pudo.*

*Pero a cuarenta bajo cero,*

*El se desabrochó el chaleco.*

El ayuntamiento era también la biblioteca de la ciudad, comisaría de policía y prisión. La gran sala de juntas con las paredes forradas de libros había sido adornada con pinturas y colgantes, que absorbían parte del ruido, pero la fiesta seguía siendo bastante ruidosa. Rick encontró a Brad Wagoner en un rincón. Wagoner miraba algo que estaba dentro de una vitrina.

—¿De dónde ha salido eso? — preguntó Rick-. ¿Hay alguien aquí que colecciona cristal de Steuben?

Wagoner se encogió de hombros.

—No lo sé. Bonita ballena, ¿verdad?

Wagoner llevaba una gran venda alrededor de la frente. Era impresionante, como una escena de *La*

*roja insignia del valor.* Sin embargo no contaba a la gente cómo se había herido. Fue lanzando una granada de termita con la honda. Lo hizo con demasiado vigor, tropezó con una piedra y cayó rodando por la ladera hasta que le pareció que iba a envenenarse con el gas, pero no se intoxicó. En cambio ahora estaba bastante intoxicado, de whisky con agua.

—Al menos no tendremos que repetir todo eso —le dijo a Rick.

La felicidad era contagiosa y Rick quería abandonarse a la alegría, pero no podía dejar de pensar en aquella condenada central nuclear y en Johnny, ni podía olvidar El Lago. Decidió ir al hospital y hacer algún trabajo decente. En el hospital no le aguaría la fiesta a nadie. Cuando se dirigía a la puerta, vio entrar a Hamner, apoyado en una muchacha a cada lado y seguido de una multitud. Todos querían hablar a la vez.

Rick se abrió paso hacia Hamner. El ruido se hizo más intenso. Hamner andaba hacia el fondo de la sala, en dirección al despacho del alcalde, y Rick le siguió. Varios de los presentes pidieron silencio a gritos. Eileen Hamner vio a Rick, se deslizó por debajo del brazo de Tim y fue hacia él.

—Tengo que decirte algo.

Rick lo supo en seguida. Sintió escalofríos.

—¿Cómo ocurrió? — le preguntó.

—Tim dice que se defendieron con uñas y dientes. No sé nada más.

Rick notó que las rodillas le flaqueaban, pero se mantuvo erguido.

—Debí obligarle a que me dejara ir. ¿Lo sabe Maureen?

—Todavía no. ¿Dónde está?

—La última vez que la vi, en el despacho del alcalde, con su padre. Iré contigo.

Apartó a la gente, abriendo camino para los dos.

De modo que Johnny había muerto. Ahora todos los seres a los que Rick quería estaban muertos. El Martillo se los había llevado a todos. Sintió un salvaje impulso de reír. El récord norteamericano seguía siendo perfecto. Todavía no habían perdido ningún astronauta en el espacio.

—¿De qué tuvieron que defenderse tanto? — preguntó, pero Eileen estaba demasiado lejos y había demasiado ruido.

Alguien pasó a Tim una botella. Era whisky. Esta vez bebió y se llevó la botella al despacho del alcalde. Allí estaban los jefes: el senador, sentado tras la mesa del alcalde; Al Hardy, junto a él, Maureen, el jefe de policía y el alcalde. Parecían felices, triunfantes. Tim se sintió un poco ofendido.

Sabía que era irracional, que merecían aquella celebración, pero su pesar era demasiado grande. Entró cojeando en el despacho, complacido al ver que las sonrisas se desvanecían a medida que veían su modo de andar, la expresión de su rostro. Eileen y Rick Delanty quedaron tras él. Luego la puerta se cerró.

—¿Os atacaron de nuevo?

—Sí. — Tim miró a Maureen y ella comprendió. Lo supo por la expresión de su rostro. No valía la pena ir con circunloquios-. El general Baker ha muerto. Detuvimos su ataque, pero por los pelos. Y lo que sigue quiero que lo oiga todo el mundo.

No apartó la mirada del senador, porque no quería ver el rostro de Maureen.

Hardy se volvió al senador.

—Por mí no hay inconveniente -dijo. Jellison asintió y Hardy se dirigió a la puerta.

—Callaos y escuchad -pidió.

Steve Cox se acercó al podio y solicitó atención, mientras Hardy condujo a Tim y una docena de manos le ayudaron a subir a la plataforma. Alguien movió la silla del senador hacia la puerta, para que pudiera oír. El alcalde y el jefe de policía estaban detrás de él, inclinados hacia adelante. Tim no podía ver a Maureen.

Tim se apoyó en el atril, ante centenares de ojos y tomó más whisky. Se sintió reconfortado. La sala casi había quedado en silencio. Nadie hablaba, excepto los recién llegados que se amontonaban en la puerta, y se oían los siseos de los que ya estaban dentro. Nunca había hablado ante un auditorio presente... antes de que cayera el cometa. Estaban demasiado cerca, eran demasiado reales, podía olerlos. Vio que George Christopher se abría paso entre la muchedumbre, como un rompehielos, avanzando triunfante, como Beowulf mostrando el brazo del monstruo Grendel, y observó que todos ellos tenían aquel aspecto de triunfo. Y aguardaban expectantes.

—Primero las buenas noticias -dijo Tim-. La central eléctrica todavía funciona. Esta tarde fuimos atacados. Los derrotamos, pero a duras penas. Algunos murieron, otros están heridos y más morirán a causa de las heridas. Ya sabéis que la mayor parte de la Nueva Hermandad no estaba allí...

Se oyeron aplausos y risas triunfantes. Tim debió haberlo esperado de los guerreros que diezmaron al grueso de la Nueva Hermandad, pero no lo había hecho. Se sintió conmovido. ¿A qué venían aquellos gritos, la bebida, el baile y las bravatas mientras los hombres y mujeres que Tim Hamner había dejado atrás aguardaban la muerte? Cuando las voces se acallaron, habló en tono airado.

—El general Baker ha muerto. La Nueva Hermandad, no.

Observó las reacciones de cólera e incredulidad.

–No volverán aquí -gritó alguien. Otras voces le corearon.

–Dejadle hablar -ordenó George Christopher-. ¿Qué sucedió?

La sala quedó en silencio de nuevo.

–La primera vez, los de la Hermandad se acercaron a nosotros con botes. No fue difícil alejarlos. Luego oímos por la radio que estabais luchando con ellos e imaginamos que aquello sería el fin. Dijisteis que habíais ganado.

Se agarró al atril y recordó el júbilo que habían sentido en la central de San Joaquín cuando recibieron la noticia de la victoria de la fortaleza.

–Pero hoy han vuelto. Tenían una gran balsa protegida con sacos de arena, y llevaban morteros. Permanecieron fuera del alcance de nuestras armas, y nos bombardearon. Uno de los proyectiles alcanzó una tubería de vapor, y la gente de Price lo pasó muy mal para repararla. Otro proyectil alcanzó a Jack Ross.

Tim observó que George Christopher perdía su sonrisa de triunfo.

–Jack estaba vivo cuando lo sacamos del bote y lo pusimos en la camioneta. Pero murió cuando llegamos aquí. Otro mortero estalló delante de mí. Cayó en los sacos de arena que habíamos colocado en lo alto de la torre de enfriamiento, donde teníamos la radio. Mató al chico que estaba a mi lado y destrozó la radio. Un trozo de metralla se me incrustó en el hueso de la cadera, y todavía sigue ahí.

»Siguieron con su táctica, permaneciendo fuera del alcance de nuestras armas. Los hombres de Price habían fabricado algunos cañones. Estaban hechos con tuberías, se cargaban por la boca y funcionaban con aire comprimido, pero no eran bastante precisos. No pudimos alcanzar la gabarra. Y los malditos morteros seguían lloviendo sobre nosotros. Baker salió con algunos hombres en botes. Tampoco dio resultado. Los de la Hermandad tenían ametralladoras y los botes no podían acercarse lo suficiente... Además, el enemigo estaba protegido con los sacos de arena. Finalmente, Baker volvió con los botes e hizo bajar a todo el mundo.

Por el rabillo del ojo Tim vio a Maureen en el umbral del despacho del alcalde. Estaba detrás de su padre, apoyando una mano en su hombro. Eileen estaba cerca de ella.

–Teníamos un bote de carreras que usábamos como remolcador, la *Cindy Lu*. Johnny dijo a Barry Price que había sido piloto de caza, y le habían enseñado que siempre había una forma de no fallar. Subió a la *Cindy Lu* y se lanzó a toda velocidad contra la gabarra. La cubrió de gasolina. En la cubierta llevaba gasolina extra y bombas de termita. Después la Hermandad vino con sus otros botes, pero entonces estaban a tiro y les hicimos algún daño. Finalmente se marcharon.

–Huyeron -dijo George Christopher-. Siempre huyen.

–No huyeron -dijo Tim-. Se retiraron. Había un tipo loco de pelo blanco de pie en uno de los botes.

Disparamos una y otra vez, pero nunca le dimos. Les gritaba a los otros que nos mataran. Lo último que oí fueron sus palabras de arenga. Volverán.

Tim hizo una pausa para ver el efecto que habían causado sus palabras. No había sido suficiente. Había aguantado la fiesta, pero todo lo que veía era resentimiento y pesar. Nada más.

—Mataron a catorce de los nuestros, contando a Jack. Nosotros alcanzamos a un número tres veces superior, y muchos de ellos morirán. Hay una enfermera y algunas medicinas, pero ningún médico. Necesitamos uno, y también otra radio. — Las expresiones de los oyentes seguían mostrando ira, pesar y resentimiento. Sabían qué iba a decir a continuación. Tim continuó tenazmente: Lo que más necesitamos son refuerzos. No podemos resistir otro ataque como aquel. Tampoco creo que las bombas de gas sirvan de ayuda. Necesitamos armas. Las ametralladoras arrebatadas a la Nueva Hermandad nos irían bien. Pero lo más necesario son hombres, porque hay que utilizar a la mayor parte del personal de la central para que siga funcionando en caso de que haya un percance. Los hombres de Price son... -Buscó un momento la palabra apropiada-. Son magníficos. Vi a un tipo meterse entre una nube de vapor ardiente. Fue directamente a cerrar una válvula, para cortar el flujo de vapor. Todavía estaba vivo cuando me marché, pero no valía la pena traerle aquí.

«Otro trabajador de la central cortó cables eléctricos cargados con millares de voltios, mientras las bombas de mortero caían a su alrededor. Baker ha muerto. Ellos todavía están vivos. Y necesitan ayuda, necesitamos ayuda. Voy a volver allá.

No pudo mirar a Eileen al decir aquello.

Notó que había alguien a su espalda. Al Hardy había subido al podio. Se colocó al lado izquierdo del atril y permaneció allí, con la mano alzada, pidiendo atención.

Cuando habló, lo hizo con una voz de orador que resonó en la sala.

—Gracias, Tim -dijo-. Eres persuasivo. Naturalmente, quieres volver, pero la cuestión es, ¿tenemos algo que ganar? ¿Cuántas personas hay en la central nuclear? Porque tenemos botes, y ahora tenemos comida, y podemos llevarlos allí. No será difícil evacuar esa central, y estoy seguro de que tampoco será difícil encontrar voluntarios para el trabajo.

Harvey Randall, que volvía del hospital, entró a tiempo de escuchar el inicio del informe de Tim. Había entrado por la parte trasera, a través del despacho del alcalde, y vio que Maureen estaba allí. Cuando Tim habló de lo que le había ocurrido a Baker, él estaba allí, con su mano apoyada ligeramente en el brazo de Maureen. Esta no iba a desmayarse ni a gritar. Puede que hubiera llorado, pero ni siquiera eso era evidente. Y Harvey no quería que su presencia fuera demasiado notoria en aquellos momentos.

Maureen se lo tomaba mejor que Delanty. El astronauta negro parecía dispuesto a asesinar. Era lógico. Sus otros dos compañeros no estaban en la sala. Leonilla estaba operando al policía herido, ayudada por el Camarada.

Ahora llamaban Camarada al ruso. El brigadier Pieter Jakov era el último comunista, orgulloso de serlo, y así se evitaba la dificultad de su nombre.

El rostro del senador tenía un tinte ceniciento, y tenía las manos fuertemente apretadas sobre el regazo. Harvey pensó que se había estropeado uno de sus planes. Un príncipe estaba muerto y otro encantado por una bruja.

George Christopher no estaba solo. Marie le acompañaba. Marie era la única mujer en la sala que llevaba medidas y tacones, así como falda, suéter y unas joyas sencillas. Resultaba claro que formaban una pareja. Cada vez que alguien se acercaba demasiado a Marie o le hacía sugestivas insinuaciones con la mirada, el rostro de George se ensombrecía.

Tres príncipes. Uno muerto por los ogros, otro encantado por una bruja. El tercero estaba al lado de la princesa, y el enemigo había sido derrotado. La necesidad de luchar con otros hombres no había terminado, pero ya no era imperativa. Ahora la fortaleza necesitaba constructores, y aquello podría hacerlo Harvey Randall. Pensó que ahora era el príncipe coronado, un hijo de perra...

¡Pero Tim Hamner les estaba convocando a una nueva batalla!

Con la impresión todavía viva de su trabajo con la ballesta, Harvey deseaba con todas sus fuerzas que aquel hombre se callara. Cuando Al Hardy ofreció al personal de la central nuclear refugio en la fortaleza, Harvey quiso gritar de júbilo, y algunos lo hicieron, pero Rick Delanty seguía teniendo aquella expresión asesina, y Tim Hamner...

—No abandonaremos -dijo Tim-. ¡Usad los botes para llevar allí hombres, armas y municiones! No para huir. No vamos a abandonar.

—Sé razonable -le dijo Al Hardy; su voz llegó a todos los rincones de la sala, proyectando cordialidad, amistad, comprensión, las habilidades básicas de un político, y Al Hardy estaba bien entrenado. Tim se veía aventajado-. Podemos alimentarlos a todos, y los ingenieros y técnicos nos serán útiles. La Nueva Hermandad nos ha causado pérdidas humanas, pero no de alimentos. Incluso hemos capturado parte de sus reservas. ¡No sólo tenemos suficiente para comer, sino para estar bien alimentados durante todo el invierno! Podemos alimentar a todo el mundo, incluso a las mujeres y los niños de Deke Wilson y a los pocos supervivientes de su grupo. La Nueva Hermandad ha sido herida gravemente. — Hizo una pausa para recoger los aplausos y gritos de júbilo, y prosiguió cuando éstos cesaron, con un perfecto cronometraje-. Y ahora está demasiado débil para atacar de nuevo. Para la primavera, los pocos caníbales resultantes se estarán muriendo de hambre...

—O comiéndose unos a otros -gritó alguien.

—Exactamente -dijo Hardy-. Y para la primavera estaremos en condiciones de apoderarnos de sus tierras. Tim, no sólo podemos acoger a nuestros amigos, sino que necesitamos gente nueva para trabajar las tierras que poseeremos en primavera. No digo que tus amigos huyan, sino que les recibiremos como huéspedes, amigos, nuevos ciudadanos. ¿Estáis todos de acuerdo?



Se oyeron gritos. «¡Sí!» «¡Nos alegrará que estén aquí!»

Tim Hamner extendió las manos, con las palmas hacia afuera, suplicante. Empezaban a asomar lágrimas en sus ojos.

—¿No comprendéis? ¡La central eléctrica! ¡No podemos abandonarla, y sin ayuda la Nueva Hermandad la destruirá!

—No, maldita sea -musitó Harvey. Notó que Maureen se ponía rígida-. No más guerras. Ya hemos tenido suficientes. Hardy tiene razón.

Miró a Maureen en busca de aprobación, pero su rostro era inexpresivo.

La risa de George Christopher era contagiosa, como la voz de Hardy.

—Están demasiado débiles para atacar -dijo a gritos-. Primero les aplastamos nosotros, luego vosotros. No dejarán de correr hasta que hayan regresado a Los Angeles. ¿Por qué nos hemos de preocupar por esos bastardos? Nosotros les perseguimos durante ochenta kilómetros.

Hubo más risas en la sala. Entonces Maureen se apartó de Harvey y de su padre, y avanzó hasta quedar delante de la multitud. Cuando habló su voz no impresionó como la de Hardy, pero requería silencio, y la escucharon.

—Todavía tienen sus armas -les dijo-. Y tú, Tim, has dicho que uno de sus líderes aún vive...

—Sí, uno por lo menos -corroboró Hamner-. El predicador loco.

—Entonces algunos de ellos tratarán de destruir la planta de nuevo -dijo Maureen-. Mientras ese hombre esté vivo, lo intentarán una y otra vez. — Se volvió a Hardy:- Al, tú lo sabes. Ya oíste a Hugo Beck. Lo sabes muy bien.

—Sí -dijo Hardy-. No podemos proteger la central. Pero una vez más invito a todos sus ocupantes a que vengan a vivir con nosotros.

—Maldita sea -exclamó George Christopher-, la Hermandad no nos amenaza directamente. No volverán aquí.

—Pero... -Un gesto del senador le interrumpió-. Sí, señor. ¿Quiere subir aquí, senador?

—No. — Jellison se puso en pie-. Acabemos de una vez -dijo en un tono que indicaba embriaguez o extremo cansancio, y todos sabían que no había estado bebiendo-. ¿Estamos de acuerdo o no? La Hermandad no es lo bastante fuerte para perjudicarnos aquí, en nuestro valle. Pero sus líderes siguen vivos, y tienen fuerza suficiente para destruir la central nuclear. No es que sean ellos fuertes, sino que la central es frágil.

Hamner se sobresaltó al oír aquello. Estaba interrumpiendo al senador, pero no le importaba. Sabía que debía hablar cuidadosamente, sopesando cada palabra, pero estaba demasiado fatigado y el impulso para intervenir demasiado fuerte.

—¡Sí! Somos frágiles. ¡Como esa ballena! — Señaló la vitrina de cristal-. Como la última pieza de cristal de Steuben en el mundo. Si la energía se detiene un solo día...

—Hermosa y frágil -le interrumpió Al Hardy-. Senador, ¿tiene algo más que decir?

Jellison meneó su imponente cabeza.

—Sólo esto. Pensadlo cuidadosamente. Esta puede ser la decisión más importante que hayamos tomado desde... aquel día. — Volvió a sentarse-. Seguid, por favor.

Hardy miró preocupado al senador, y luego hizo un gesto a una de las mujeres que estaban cerca de él. Le habló, demasiado bajo para que Harvey pudiera oír lo que le decía, y la mujer salió. Hardy se colocó de nuevo ante el atril.

—Frágil y hermosa -dijo-, pero de escaso valor para la comunidad agrícola.

—¿De escaso valor? — estalló Tim-. ¡Energía! ¡Ropas limpias! Luz...

—Lujos -dijo Al Hardy-. ¿Vale la pena que arriesguemos nuestras vidas por ellos? Somos una comunidad agrícola. El equilibrio es delicado. No hace muchas semanas ignorábamos si sobreviviríamos al invierno. Ahora sabemos que podemos. Hace unos días no sabíamos si podríamos resistir a los caníbales. Lo hicimos. Estamos a salvo y tenemos trabajo que hacer, y no podemos destinar más gente para una guerra innecesaria. — Miró a George Christopher-. ¿Estás de acuerdo, George? Ninguno de nosotros huye de una lucha... pero ¿tenemos que precipitarnos a luchar?

—Yo no -dijo Christopher-. Hemos ganado nuestra guerra.

Hubo murmullos de conformidad. Harvey dio un paso adelante, con la intención de unirse al coro general. Otra guerra no. No más tardes con la ballesta...

Sintió a Maureen a su lado. Ella le miró con una súplica en sus ojos.

—No permitas que hagan esto -le dijo-. ¡Hazles comprender! — Soltó el brazo de Harvey y se inclinó sobre el senador-. Díselo, papá. Tenemos que... luchar. Hay que salvar esa central nuclear.

—¿Por qué? — preguntó Jellison-. ¿No hemos tenido ya bastante guerra? No importa. Yo no podría ordenárselo. No irían.

—Irían si se lo pidieras, estoy segura.

El no respondió. Maureen se volvió hacia Harvey, el cual la miró sin comprensión.

–Escucha -le dijo-. Escucha a Al.

–Los refuerzos no bastarían, Tim -decía Al Hardy-. Esta tarde, el jefe de policía Hartman, el senador, el alcalde y yo hemos considerado el problema. ¡No os hemos olvidado! Y el coste es demasiado elevado. Tú mismo has dicho que la central es frágil. No basta con poner una guarnición en ella, mantenerla siempre con hombres, sino que es preciso evitar que la Hermandad lance un mortero en el lugar crítico. Dime, ¿si ese trabajador no hubiera cerrado la válvula del vapor, no habría terminado todo?

–Sí -gruñó Tim-. Eso habría acabado con nosotros, y por ello un chico de veintidós años se achicharró vivo para salvar la central. Y el general Baker tomó su decisión.

–Tim, Tim -le rogó Hardy-. No comprendes. No valdría de nada enviar sólo refuerzos. Mira, enviaré voluntarios. Tantos como quieran ir, y con suficiente comida y municiones...

El rostro de Tim se iluminó, pero sólo por un momento.

–...pero no servirá de nada, y tú lo sabes. Para salvar esa central nuclear tendremos que enviar todas nuestras fuerzas, a *todos*, no para defender la central, sino para atacar a la Nueva Hermandad. Perseguirlos, pelear con ellos, aniquilarlos, cogerles todas las armas. Luego tendremos que enviar patrullas para que vigilen las orillas del lago, y mantener al enemigo por lo menos a un par de kilómetros de la central. Necesitaríamos toda nuestra fuerza, Tim, y el coste sería terrible.

–Pero...

–Piensa en ello -dijo Hardy-. Patrullas, espías, un ejército de ocupación. Todo ello para impedir que un fanático destruya una pieza vital de las instalaciones y haga que la central deje de funcionar un solo día. Esa es la tarea, ¿no?

–Por ahora -dijo Tim-. Pero cuando haya paz y tranquilidad por algunas semanas, Price pondrá en marcha el segundo reactor. Entonces, mientras uno trabaje se podrá reparar el otro.

A la mayoría de los presentes se les estaban pasando los efectos del alcohol, porque el licor estaba tan agotado como las existencias de café. Murmuraban entre sí, hablaban, discutían, y Harvey tuvo la impresión de que las opiniones estaban divididas, pero los que estaban a favor de Tim eran los menos. Como debía ser, pensó. No más guerra.

Sin embargo, al mirar a Maureen vio que estaba llorando abiertamente. ¿Era a causa de Baker? Baker había tomado su decisión, pero tal vez ella no podía aceptarla...

Sus miradas se cruzaron.

–Háblales -le pidió Maureen-. Hazles comprender.

–Yo mismo no lo comprendo -replicó Harvey.

–Háblales de lo que está a nuestro alcance. Una civilización tiene la ética que puede permitirse. Nosotros no podemos permitirnos muchas cosas. No podemos hacernos cargo de nuestros enemigos... lo sabes.

El se estremeció. Sí, lo sabía.

Leonilla Malik entró por la puerta trasera, a través del despacho del alcalde. Se inclinó sobre el senador.

–Me han dicho que me necesita.

–¿Quién se lo ha dicho? – preguntó Jellison.

–El señor Hardy.

–Estoy bien. Vuelva al hospital.

–El doctor Valdemar está de turno. Dispongo de algunos minutos.

La doctora se quedó detrás del senador y le observó atentamente, con expresión profesional y preocupada.

–Hemos de tener en cuenta los costes -decía Al Hardy-. Nos pides que lo arriesguemos todo. Nos hemos asegurado la supervivencia. Estamos vivos. Hemos luchado la última batalla. Tim, la luz eléctrica no vale tanto para que echemos todo eso por la borda.

El cansancio y el dolor hicieron vacilar a Tim Hamner.

–No abandonaremos -dijo-. Lucharemos. Todos.

Pero su voz no era fuerte; parecía abatido.

–Haz algo -dijo Maureen-. Díselo.

Cogió el brazo de Harvey.

–Díselo tú.

–No puedo, pero tú ahora eres un héroe. Tus hombres los tuvieron a raya...

–Tu posición aquí tampoco está nada mal -le dijo Harvey.

–Se lo diremos los dos. Ven conmigo. Les hablaremos juntos.

Harvey pensó en los motivos de Maureen. ¿Lo hacía sólo por la central? ¿Por la memoria de Johnny Baker? ¿Porque estaba celosa de Marie y George Christopher? Cualesquiera fueran sus motivos, acababa de ofrecerle la dirección de la fortaleza... y por la mirada de Maureen supo que no le haría otra oferta semejante.

—Tendríamos que defender su territorio -decía Al Hardy-. Deke no podría hacerlo...

—¡Sí que podemos! —exclamó Tim-. ¡Los vencisteis! ¡Podemos!

Hardy asintió gravemente.

—Sí, supongo que podríamos. Pero primero hemos de apoderarnos de sus tierras... y no podemos hacerlo con armas mágicas. Las granadas y las bombas de gas no son demasiado útiles en el ataque. Perderíamos gente, mucha gente. ¿Cuántas vidas valen tus luces eléctricas?

—Muchas -dijo Leonilla Malik, sin ningún temor en la voz-. Si ayer hubiera tenido la luz adecuada en el quirófano, podría haber salvado otras diez vidas por lo menos.

Maureen se dirigió a la tarima. Harvey vaciló, pero fue con ella. ¿Qué diría? Los hombres podían tomar las armas por una causa. ¡Viva la República! ¡Por el rey y la patria! ¡Deber, honor y patria! ¡Recordad El Álamo! ¡Libertad, igualdad, fraternidad! Pero nadie había ido a la lucha gritando: «¡Un mayor nivel de vida!» o «¡Duchas calientes y afeitadoras eléctricas!»

Pensó en sus propias motivaciones. Cuando subiera al estrado se habría comprometido. Cuando la Nueva Hermandad llegara por el agua con una nueva balsa y sus morteros, él tendría que ir el primero en los botes, tendría que ser el primero en atacar, y sería el primero en morir. ¿Cómo podía convencerse de que aquello era realmente lo que quería?

Recordó la batalla, el ruido, la soledad, el miedo, la vergüenza de la huida, el terror cuando uno no lo hacía. Un ejército racional echaría a correr. Cogió a Maureen del brazo para hacerla retroceder.

Ella se volvió y le miró preocupada. Le habló en voz baja, para que nadie la oyera.

—Todos tenemos que hacer nuestro trabajo -le dijo-. Y esto es lo correcto. ¿No te das cuenta?

El breve retraso había sido excesivo. Al Hardy se retiraba, tras haber expuesto su opinión. La muchedumbre empezaba a marcharse, hablando entre ellos. Harvey oyó retazos de conversación: «Diablos, no sé, pero no quiero pelear más.» «Baker murió por ese sitio. ¿Valía la pena?» «Estoy cansado, Sue. Volvamos a casa.»

Antes de que Hardy pudiera abandonar la tarima, Rick Delanty le cerró el paso.

—El senador ha dicho que ésta es una decisión importante -le dijo.

–Hablemos de ello, ahora. – Harvey vio con alivio que la expresión de Delanty ya no era asesina, pero parecía lleno de decisión-. Al, ha dicho usted que sobreviviremos al invierno. Hablemos de eso.

Hardy se encogió de hombros.

–Si se empeña. Creo que ya está todo dicho.

En los labios de Delanty se dibujó una sonrisa taimada, artificial.

–Diablos, Al, todos estamos aquí, el licor se ha terminado y mañana tendremos que volver a partir piedras. Hablemos claramente ahora. ¿Podemos resistir el invierno?

–Sí.

–Pero sin café. Se ha terminado.

Hardy frunció el ceño.

–Sí.

–¿Qué tal estamos de ropa? Se acercan los glaciares, y la ropa que llevamos está podrida. ¿Podemos sacar algo de los almacenes sumergidos?

–Tal vez podamos usar algunos plásticos. Eso puede esperar, ahora que no hemos de preocuparnos por la Nueva Hermandad. Tendremos que aprovechar al máximo nuestra ropa.

–¿Y el transporte? Los coches y camiones se están estropeando uno tras otro, ¿no es cierto? ¿Tendremos que comernos los caballos?

Al Hardy se pasó la mano por el cabello.

–De momento, no. Lo había pensado, pero... no. Los caballos no se reproducen con rapidez. De todos modos, los camiones nos durarán años.

–Qué más nos falta? ¿Penicilina?

–Sí...

–¿Aspirina? Y el licor. No hay anestesia de ninguna clase.

–¡Podremos fermentar licor!

–Claro. Así que viviremos. Resistiremos este invierno, y el próximo, y el siguiente. – Rick hizo una pausa, pero antes de que Hardy pudiera decir nada, añadió a gritos-: ¡Como campesinos! Hoy hemos tenido aquí una ceremonia, un premio al chico que capturó más ratas esta semana. Y podemos esperar

que eso continúe durante el resto de nuestras vidas, que nuestros chicos crezcan como cazadores de ratas y pastores de cerdos. Un trabajo honorable, necesario. Nadie lo desprecia. Pero... ¿no hemos de poner nuestra esperanza en algo mejor? Y vamos a tener esclavos. No porque queramos, sino porque los necesitamos. ¡Nosotros, que habíamos llegado a dominar la electricidad!

Aquella última frase conmocionó a Harvey Randall. Vio que también había afectado a otros, a muchos más. Permanecieron en pie, incapaces de marcharse.

—Así que podemos acurrucarnos en nuestro valle -siguió diciendo Delanty-. Podemos quedarnos aquí, estar a salvo y dejar que nuestros niños crezcan cuidando cerdos y recogiendo estiércol. Podemos sentirnos orgullosos de eso, porque es mucho más de lo que podíamos haber esperado, pero, ¿es suficiente? ¿Es suficiente con que estemos a salvo cuando abandonamos a todos los demás a la intemperie? Vosotros mismos decís cuánto sentís tener que echar a los que vienen aquí, devolverlos al peligroso exterior. Bien, ahora tenemos la oportunidad. Podemos hacer que en el exterior, en todo el valle de San Joaquín, estén tan seguros como lo estamos nosotros.

»O podemos elegir el otro camino, quedarnos aquí, seguros como... ardillas. Pero si esta vez seguimos el camino fácil, también lo seguiremos la próxima, y todas las demás, ¡y dentro de cincuenta años nuestros hijos se esconderán bajo la cama cuando oigan tronar! Se esconderán de la misma manera que los antiguos se escondían de los grandes dioses atronadores. Los campesinos siempre creen en los dioses terribles.

»Y pensad en el cometa. Nosotros sabemos qué fue. ¡Diez años más y hubiéramos sido capaces de apartarlo del camino! He estado en el espacio. No volveré allá, pero nuestros hijos podrían. Con esa central nuclear, dentro de veinte años podríamos volver al espacio. Sabemos cómo hacerlo, no se necesita más que energía, y esa energía está ahí, a menos de cien kilómetros, pero no tenemos bastantes redaos para salvarla. Pensad en ello. Esas son las alternativas. Seguid adelante y sed buenos campesinos, a salvo y supersticiosos... o tened de nuevo mundos que conquistar, sed capaces de dominar la electricidad.

Se detuvo, pero no el tiempo suficiente para dejar que nadie más hablara.

—Yo voy -dijo-. ¿Leonilla?

—Desde luego -dijo ella, avanzando hacia la tarima.

—Y yo -gritó el camarada general Jakov desde el fondo de la sala-. Por la electricidad.

—Vamos. — Harvey dio una palmadita a Maureen y pasó junto a ella en dirección a la tarima. Ahora que sabía lo que iba a decir, las decisiones eran sencillas-: ¿Quién se une al grupo de combate Randall?

—Yo -dijo alguien.

Maureen se unió a ellos, otro granjero dio un paso adelante, y Tim Hamner y el alcalde Seltz. Marie

Vanee y George Christopher discutían. Marie pertenecía al grupo de combate de Randall a menos que Christopher tuviera un grupo propio. Y Christopher también se unió a ellos.

Al Hardy permaneció de pie, confuso, queriendo hablar pero disuadido por la imperiosa mirada de Maureen.

Harvey Randall pensó que podría detenerlos. No sería muy difícil. Una vez todos se hubieran comprometido, sería difícil retroceder, pero de momento era posible disuadir o convencer más al grupo, y Al Hardy sabía cómo hacerlo...

Hardy miró al senador. El anciano se había levantado a medias de su sillón y boqueaba en busca de aire. Volvió a caer en el asiento y Leonilla corrió hacia él, pero le hizo una seña para que se apartara y llamó a Hardy.

—Al -jadeó.

Leonilla tenía su maletín en el despacho. Lo abrió y sacó una jeringuilla. Venció la débil resistencia del senador y le abrió la chaqueta y la camisa. Clavó rápidamente la aguja en el pecho, cerca del corazón.

Al Hardy se abrió paso entre la muchedumbre, como un loco. Se arrodilló junto al senador, que se retorció en el sillón, llevándose las manos al pecho, mientras el jefe de policía Hartman y otros le sostenían. Los ojos del anciano se centraron en Al Hardy.

—Al.

—Sí, señor -dijo Hardy con voz ahogada, casi inaudible. Se agachó para acercarse más a él.

—Al. Da a mis niños de nuevo la luz eléctrica. — Su voz era clara y se oyó en toda la sala, pero en seguida se desplomó en el sillón y sólo oyeron un débil susurro-: Dales de nuevo la luz eléctrica.

## EPILOGO

*La Tierra es una cesta demasiado pequeña y frágil para que la especie humana conserve en ella todos sus huevos.*

Robert A. Heinlein

Tim Hamner se detuvo en lo alto de un pequeño cerro. Al moverse crujían unos papeles en el bolsillo



de su chaqueta.

La larga ladera a su espalda bullía de actividad. Equipos de animales arrastraban rastrillos por el duro suelo, mientras en los campos adyacentes, los tractores accionados con metanol, araban surcos profundos. Miríadas de motas blancas brillaban en el suelo, detrás de los rastrillos. Enriquecida por el gas de mostaza y la derrota de la Nueva Hermandad, aquella tierra produciría en abundancia.

Tres carros eléctricos avanzaban por la carretera. Otro de ellos estaba al lado de Tim Hamner. Era hora de bajar la colina y volver al trabajo, pero se quedó allí unos momentos más, disfrutando del brillante sol y el claro cielo de primavera. Era un día magnífico.

Ante él se extendía el valle de San Joaquín. Gran parte de lo que había estado sumergido, era ahora tierra pantanosa. En medio del agua había una pequeña isla, la colonia de prisioneros, donde los miembros de la Hermandad que no habían querido ir al exilio permanente trabajaban en los cultivos. Jakov mandaba allí. Ahora le llamaban «camarada»... y el camarada les había dado el comunismo. Pero según la teoría marxista la historia ha seguido etapas definidas, de la sociedad esclavista a la feudal, de la feudal a la capitalista... y el valle apenas había pasado la etapa esclavista de la historia. La tierra no estaría preparada para el comunismo durante largo tiempo. Entretanto, el camarada estaba dispuesto a reeducar a los prisioneros.

Tim se encogió de hombros. El camarada y Hooker los mantenían organizados, y cuidaban de sus propios cultivos. Si escapaban, a nadie le importaba.

Más a su izquierda, en el sur distante, vio las humaredas de vapor de la central nuclear. Más cerca, los grupos de obreros que tendían las líneas de fuerza. Dentro de un par de semanas tendrían electricidad en la fortaleza. El invierno había sido duro, muy duro. El hijo de Eileen había estado a punto de morir, y estaba todavía en el hospital. La tasa de mortalidad infantil era superior al cincuenta por ciento, pero estaba descendiendo lentamente, y según las notas de Forrester, cuando recuperaran los libros que había ocultado en Tujunga, sabrían cómo fabricar penicilina.

Las notas de Forrester. Aquel era el trabajo de Tim, transcribir las numerosas cintas que contenían todo lo que Dan Forrester había dictado antes de morir. Si no se hubieran comprometido a salvar la central nuclear tal vez hubieran podido preparar insulina, y Dan lo sabía, naturalmente. El invierno se llevó la vida de su mago, como las de otros muchos. Saber que un amigo había sobrevivido era siempre una buena noticia. Tim se dio una palmadita sobre el bolsillo.

A veces el pasado acudía violentamente a la mente, sin aviso. Tim Hamner tocó el telegrama que llevaba en el bolsillo. ¡Medio cometa! El observatorio de Kitt's Peak había confirmado su descubrimiento. Tim meneó violentamente la cabeza y se echó a reír. En el bolsillo llevaba también el arrugado papel que Harry el cartero le había traído ayer, un pagaré por un cuarto de millón de dólares.

¡Harry Stimms estaba vivo! ¿Qué recibiría por aquel pagaré? ¿Un empleo en la central nuclear? Stimms debía tener facultades para la mecánica y los chicos de la central estaban en deuda con Tim. Si eso no era posible... ¿Podría dedicarse a colaborar para el embarazo de las vacas? Era una tarea que valdría fácilmente un cuarto de millón. Tim contempló el cielo azul, contento.

Una fina y clara línea cruzó el cielo. Por un instante no supo qué era. Tenía que dar aviso, pero ¿cómo llamaban antes a aquellas cosas?

—¡Atención, control! ¡Un avión a reacción!

Habían recibido algunas noticias procedentes de Colorado Springs: que algunos ocupantes del avión habían sobrevivido. Harvey y Maureen tendrían que llegar a un acuerdo con Colorado Springs cuando regresaran de su visita a una fosa séptica en Tujunga. Pero aunque lo habían oído por la radio, no era lo mismo que ver la clara línea a través del cielo. Tim había olvidado lo hermoso que podía ser.

Saludó solemnemente el aparato.

—Puedes volar -dijo. Alzó la voz-: Puedes volar-. Pero nosotros dominamos la electricidad.

*El asteroide era un vástago del torbellino: una áspera pepita de ferroníquel con algunos estratos pétreos, cuyo eje más largo medía cinco kilómetros. Todavía no existía el hombre sobre la Tierra cuando el paso del poderoso Júpiter arrancó la pepita de su órbita y la lanzó hacia el espacio interestelar,*

*Ocurrió en la segunda vuelta de su larga y estrecha órbita elíptica. La superficie de hierro estaba ahora helada, con hielos extraños, al pasar por el extremo de la curva y empezar a retroceder hacia el Sol.*

*Y el gigante negro estaba allí. Su anillo de bolas de nieve cometarias brillaba ancha y hermosa bajo la luz estelar. Los rayos infrarrojos trazaban bandas y espirales en su tormentosa superficie. Era la única gran masa entre las estrellas, y el asteroide se curvó hacia ella y aumentó su velocidad.*

*Los rayos infrarrojos bañaron y licuaron el hierro helado. El planeta anillado se hizo enorme.*

*El asteroide cayó a través del plano del anillo a veinte kilómetros por segundo. Golpeado y lleno de cráteres brillantes, retrocedió, llevando en su pequeño campo gravitatorio una nube de masas heladas procedentes del anillo. Llegaban como sirvientes, por delante y detrás, formando un diseño semejante a los brazos curvos de una galaxia espiral. El asteroide y un montón de cometas se liberaron del gigante negro y empezaron su larga calda hacia el torbellino.*

**FIN**

